

POIRE

TRIPLICE

CORONA

2

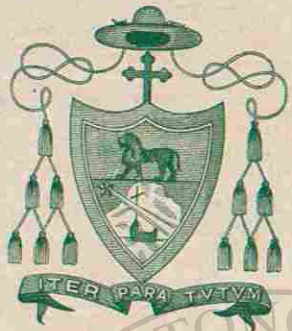
BT600

P65

v. 2

1854-55

008752



1080014873

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIP. CATÓLICA-CASALS
SECCIÓN DE LIBRERÍA
CASPE, 106. - BARCELONA

E
HEN



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

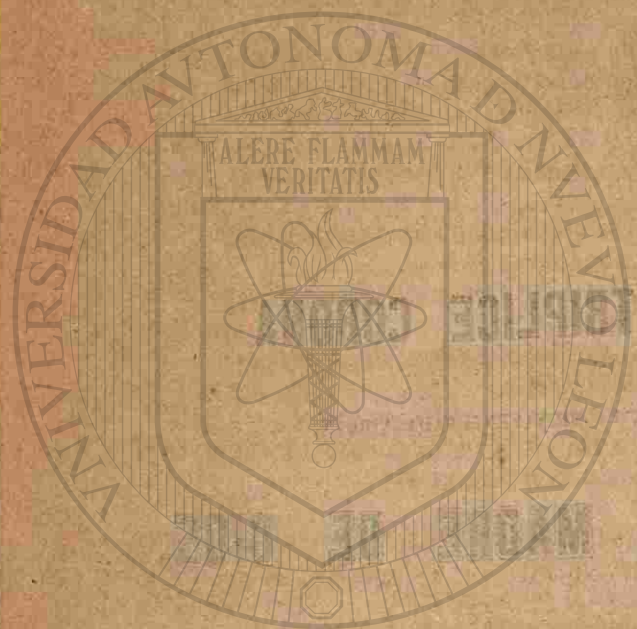
MARIA, MADRE DE DIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARÍA, MADRE DE DIOS,

TEJIDA DE SUS PRINCIPALES GRANDEZAS

DE EXCELENCIA, PODER Y BONDAD,

Y ENRIQUECIDA CON DIVERSAS INDUSTRIAS PARA AMAR, HONRAR, Y
SERVIR A ESTA SEÑORA :

OBRA ESCRITA EN IDIOMA FRANCES

POR **DE P. FRANCISCO POIRE,**

de la compañía de Jesus,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR **DON JUAN DE VILLASEÑOR Y ACUÑA,**

Director de la Biblioteca Religiosa.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

TOMO II

MADRID :

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO

A CARGO DE D. A. ACHARD

1854.



45351

BT 600

P65
V.2
1854-55



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

2888

LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARIA, MADRE DE DIOS.

CONTINUACION DEL CAPITULO XII.

La Lorena.

Nuestra señora de Nancy.—Nuestra señora del Buen socorro.

XLIX. Pasemos ahora á la Lorena ya por la proximidad, ya por el contento que recibiremos de ver á la santa imágen cordialísimamente servida. Es venerada como la tutelar del país con S. Nicolás, y en diversos lugares manifiesta que le son en extremo gratos tales servicios. En Nancy tiene un santuario en la parte mas elevada de la ciudad y es reconocida como guarda y defensora de ella, habiendo mas confianza en su proteccion que en la firmeza de las murallas y baluartes. Cerca de la puerta de S. Nicolás está la iglesia de nuestra señora de las Gracias, que es del noviciado de la compañía de Jesus: hay una graciosa capilla con una hermosísima imágen de nuestra señora de Monteagudo, donde han encontrado muchos el alivio de sus males.

Fuera de las puertas de la misma ciudad en direccion de S. Nicolás está la capillita de nuestra señora del Buen socorro. Primeramente se tituló nuestra señora de los Borgoñones por los muchos guerreros de esta nacion enterrados junto á la misma capilla, despues es la

TOMO II.

008752

sangrienta batalla en que Carlos el Temerario, último duque de Borgoña, fué derrotado con los suyos por el duque Renato de Lorena en la llanura que hay por bajo de la capilla. Despues por la misma razon se llamó nuestra señora de la Victoria. Hoy tiene la advocacion de nuestra señora del Buen socorro tanto por la caritativa asistencia que dió al duque Renato y á la Lorena, como por los beneficios que dispensa todos los dias á cuantos imploran de corazon su auxilio en las diferentes necesidades corporales y espirituales. A dos leguas de Nancy en la falda de una colina se descubre el santuario de nuestra señora de Boussiere, que pertenece á unas canonesas, en lo antiguo monjas. La primera fundacion de esta iglesia consta del breviario de la diócesis de Tul en la fiesta de S. Gaucelino, obispo de la misma y descendiente de la casa real de Francia. Allí se refiere que impelido el santo de un vehemente deseo de edificar una iglesia á la gloriosa virgen Maria, pero no sabiendo en qué sitio habia de hacerlo, se le apareció la misma señora una noche y le mandó le erigiese un templo en el paraje donde al otro dia viera una cierva blanca parada. Este sitio fué el monte de Boussiere, donde el obispo Gaucelino edificó la iglesia y convidó para la dedicacion de ella al arzobispo de Tréveris y los obispos de Metz y Verdun. La noche antes de celebrarse esta majestuosa ceremonia tuvo una fuerte inspiracion para que se levantara y viera si le faltaba algun preparativo para el dia siguiente. Este era el verdadero motivo que tenia entonces en el pensamiento, pero el designio de Dios fué hacer ver á él y á los otros obispos la dedicacion de su iglesia hecha por nuestro Señor en presencia de la santísima Virgen y de innumerables espíritus bienaventurados. En efecto entró S. Gaucelino en la iglesia, y habiendo visto una luz extraordinaria y conocido lo que pasaba, corrió á llamar á los obispos, quienes lle-

H. omor

garon á tiempo para ver la ceremonia y recibir la bendicion de nuestro Señor y una remision de la tercera parte de sus pecados en forma de indulgencia.

L. Los habitantes de Pont-à-Mousson en prueba del afecto que profesan á la virgen Maria, la han colocado sobre todas sus puertas como dándole las llaves de la ciudad y encomendándole su guarda; y nuestra señora ha manifestado que se complacia en recibir aquellos homenajes haciendo maravillas, á lo que se cree, por algunas de sus imágenes.

Nuestra señora de Sion.

A seis ó siete leguas de Nancy en el condado de Vaudemont sobre el monte de Sion es venerada la Virgen santísima bajo la advocacion de nuestra señora de Sion. Vassebourg que escribió la historia eclesiástica de los obispos de Verdun, atribuye la fundacion de esta iglesia á Enrique III, conde de Vaudemont, apellidado el justo, y á su mujer Isabel, hija de Ferri, segundo duque de Lorena, y dice que se hizo por los años de 1506. Pero hay fuertes conjeturas de que esta iglesia es mucho mas antigua y que aquellos principes no hicieron sino reedificarla y mejorarla. Los duques de Lorena Francisco II y Carlos IV, principes singularmente celosos de la honra de Dios y de su santísima madre, segun diré en el tratado tercero, viendo que iba en decadencia la devocion de este santuario frecuentado antes con tanto respeto y deseando resucitarla, resolvieron facilitar á los peregrinos la concurrencia en cuanto les fuese posible. A este fin pusieron los ojos en los religiosos de la tercera orden de S. Francisco como hombres celosos del servicio de Dios y de la Virgen y mas á propósito para promover la gloria del uno y de la otra, y fundaron un convento, poniendo la primera piedra el dia 27 de se-

tiembre de 1626. Hoy vemos que Dios de tal suerte ha bendecido las santas intenciones de aquellos buenos principes y los esfuerzos de los religiosos, que concurren gran muchedumbre de devotos, á quienes el cielo se muestra propicio.

La piedad bien conocida de la esclarecida casa de Lorena y especialmente para con la Virgen requiere que dé yo á la posteridad noticia de una cofradía instituida en nuestra señora de Sion en 1593 por Ferri de Lorena, conde de Vaudemont, y su mujer Margarita de Joinville y abrazada por muchos señores y señoras de distincion, segun consta en los archivos de los duques de Lorena. Los estatutos de esta cofradía prevenian que solo fuesen admitidos en ella los nobles: que todos los cofrades compareciesen anualmente, pena de multa, el dia de la Asuncion en nuestra señora de Sion: que cada cofrade llevase encima ocho dias antes y ocho dias despues de dicha fiesta la imágen de la Virgen ya de plata, ya pintada ó bordada; y el que no lo hiciese, pagaria cierta multa: que entre los cofrades hubiera mutua concordia y amistad cristiana, la que se procuraria y conservaria por todos los medios: que si sobrevenia algun altercado entre ellos, todos estaban obligados á hacer lo posible así en general como en particular para restablecer la paz y buena inteligencia entre los desavenidos. Además habia un reglamento de rezos, oficios y otros ejercicios devotos, de que no hablo por no alargarme.

Nuestra señora del Pie de plata.—Nuestra señora de Verdun.—Nuestra señora de Beaumont.—Nuestra señora de Chatillon.

LI. En una capilla particular de la catedral de Tull se venera una imágen de nuestra señora llamada del Pie de plata, á quien recurre el pueblo devoto. La causa

de esta advocacion es que la vispera de S. Mateo del año de 1284, mientras algunos habitantes de la ciudad en inteligencia con el enemigo trataban de entregársela, una buena mujer que oraba delante del altar de la Virgen, fué advertida divinamente de aquella pérvida maquinacion y recibió orden de avisar á los magistrados. Para que su palabra fuese mas creida, la imágen alargó el pie, que al punto se volvió de plata; de donde le quedó á aquella su actual advocacion.

En Verdun la catedral de nuestra señora es uno de los primeros santuarios del pais. Creese comunmente que S. Pulcronio ó Policronio, quinto obispo de Verdun, de vuelta del concilio calcedonense, al cual se juzga que asistió con otros seiscientos veinte y nueve obispos, le dedicó el altar que tiene en la misma iglesia con una imágen, á cuyos pies hay un dragon para figurar las victorias que alcanzó la Virgen en el mismo concilio de los herejes, que se habian opuesto en vano á la veneracion de esa augusta señora. Lorenzo de Lieja y Guillermo de Verdun refieren en las vidas de los obispos de esta santa iglesia algunos de los milagros obrados por la Virgen Maria, y Vassebourg afirma que fueron tantos, especialmente cuando Reinaldo, conde de Bar, turbaba mas al pueblo y clero de Verdun, que con este motivo se instituyó una fiesta anualmente el dia 20 de octubre en conmemoracion de los milagros obrados en la misma iglesia de la gloriosísima Virgen. A mas de esta milagrosa imágen hay otra en el tejado de la iglesia, en la cual no tiene el pueblo de Verdun menos confianza que en la primera. Ve aquí lo que dicen de ella los mismos historiadores.

Habiendo sido electo obispo de Verdun Alberto de Chiny en el año 1131, el conde Reinaldo de Bar que habia determinado vengar una injuria recibida de los de aquella ciudad, se fué á Amblonville con Simon,

duque de Mozellane, y con los mas de los príncipes y señores de Metz, Mozellane, la Lorena y el Barrois, todos deudos ó parientes suyos, llevando la firme resolución de hacer experimentar los efectos de su enojo á los verdunenses. Salieron de Amblonville decididos á poner cerco á la ciudad; pero en cuanto traspusieron los montes y llegaron al llano desde donde se descubria aquella, columbraron en el tejado de la iglesia de nuestra señora varios prodigios que los llenaron de terror y los hicieron cambiar bien pronto de resolución; de modo que habiendo conferenciado entre sí, habló por todos el de Mozellane y dijo al conde Reinaldo que visiblemente les era manifiesto que su empresa era contrariada por el cielo y que ellos nunca se decidirian á pelear contra Dios, ni contra su gloriosa madre la Virgen. Ofreciéronse no obstante á ayudarle en cualquier otra empresa justa y razonable, en que no les fuese la conciencia como en aquella. Reinaldo pensó reventar de ira viendo trastornados sus planes; pero tuvo que ceder. Desde entonces la devota ciudad de Verdun se ha creído siempre obligada á la sacratísima Virgen que la libertó.

En Ligny, cosa de dos leguas de Bar-le-Duc, se ve una imágen de nuestra señora, que ha obrado muchos milagros y los obra aun todos los dias. Varias veces se ha tratado de hermosearla; pero nunca se la ha podido pintar, ni dorar. En la colegiata de la misma ciudad hay otra imágen, hechura de S. Lucas á lo que se dice, ó por lo menos sacada de las que salieron de las manos del santo evangelista. Es muy famosa y en especial por los niños que habiendo nacido muertos y habiendo sido llevados al sitio donde se vepera, han dado suficientes señales de vida para recibir el bautismo.

Entre Domprein y Vaucouleurs está nuestra señora de Beaumont, que es el lugar á donde Juana de Arc, llamada la doncella de Orleans, se retiraba de ordinario

para orar y encomendar á la Virgen la suerte de la Francia. Allí recibió del cielo la orden de tomar las armas en defensa de su patria, segun diré mas largamente en el tratado tercero.

En Chatillon, hermosa y antigua abadía de S. Bernardo, en la frontera de la Lorena hácia el ducado de Luxemburgo hay á la entrada del coro una imágen de nuestra señora, á quien acuden los devotos, que han experimentado muchas veces los efectos de la proteccion poderosa de María santísima.

El Franco Condado.

Nuestra señora de Batan.—Nuestra señora de Revot.—Nuestra señora de Jusavant.—Nuestra señora del Claustro.—Nuestra señora de Beaupré.—Nuestra señora de Gray.—Nuestra señora de Dole.—Nuestra señora de Montroland.—Nuestra señora de Villarsé.—Nuestra señora del Monte.—Nuestra señora de l'Effont.—Nuestra señora de Cusance.—Nuestra señora de Faverney.—Santa María.—Nuestra señora de Montieux.—Nuestra señora de Baume.—Nuestra señora de Claraval.—Nuestra señora de Ornans.

LII. Lleguemos hasta el Franco Condado, pues está próximo á la Lorena y no cede á ninguna otra provincia en devocion á la reina de los cielos. Las mas de sus iglesias están dedicadas á esta señora; pero aqui no trato sino de aquellos santuarios donde hay alguna particular devocion. La catedral de Besanzon titulada S. Juan el grande fué restaurada hácia el año 790 por Bernoio, trigésimo séptimo obispo de aquella ciudad y descendiente de los reyes de Austrasia, quien la dedicó á la resurreccion del Salvador, á la santa cruz, á la sacratísima Virgen, al evangelista S. Juan y á los bienaventurados levitas S. Estéban y S. Vicente. Está enriquecida con muchas y preciosas reliquias, en especial de la Virgen.

En la misma ciudad hay otros varios santuarios frecuentados de antiguo por los devotos, como son nuestra

señora de Batan, nuestra señora de Revot etc. La iglesia de nuestra señora hermoseedada y alhajada por los religiosos mínimos ha sido siempre famosa por los milagros obrados allí, y como está lejos del estrépito de la ciudad, es muy propia para la devoción y el recogimiento. Así nunca faltan personas que van á implorar el auxilio de la Virgen. En la iglesia de la compañía de Jesus hay una nuestra señora de Monteagudo que ha obrado muchos milagros, según atestan los votos pendientes del altar.

En el claustro de la Magdalena se ve una antigua imagen de la Virgen, que por este motivo se titula del Claustro, ó de las Angustias porque tiene en los brazos al Salvador bajado de la cruz. Habiéndose quemado todo el claustro en el año 1624, se conservó milagrosamente la imagen sin lesión ni aun del velo que tenía, á pesar de haber quedado reducido á cenizas el nicho donde estaba colocada. Esto aumentó sobremanera la devoción que ya había. Allí acuden los enfermos de toda clase de males; pero especialmente los que padecen cuartanas. En la iglesia de los franciscanos hay una cofradía de la Concepción, y aunque no consta nada de cierto acerca de su fundación, porque se perdieron todos sus títulos en la espantosa inundación de 1575, debe de tener mas de trescientos años de antigüedad según las cuentas.

A una legua de la misma ciudad está nuestra señora de Beaupré, famoso lugar de peregrinación, donde se conserva el ceñidor de la Virgen santísima, que un arzobispo de Besanzon regaló á aquella abadía. En la iglesia de los capuchinos se venera nuestra señora de Gray, que es una imagen hecha de la encina de Monteagudo, y concurre tanta gente de ocho á nueve años acá, en que empezó á obrar milagros, que con verdad puede decirse que hoy es uno de los santuarios mas frecuentados de la cristiandad. Pasan de dos mil y quinientos los por-

tentos de que se ha podido llevar cuenta: tanto es lo que se complace la Virgen en ser honrada y servida allí.

La iglesia de nuestra señora de Dolé llama la atención de los pasajeros desde lejos por su altura. Antonio de Vergey, arzobispo de Besanzon, puso la primera piedra de ella en 1508. A un cuarto de legua de la misma ciudad se descubre en una colina nuestra señora de Montroland, antigua peregrinación del Franco Condado y de las provincias aledañas. Cerca de Butier está nuestra señora de Villarsé; cerca de Touraise nuestra señora del Monte; cerca de Gy nuestra señora de l'Effont, fundada por Tibaldo de Rougemont, arzobispo de Besanzon, á su vuelta de la tierra santa; cerca de Baume nuestra señora de Cusance; cerca de Vesoul nuestra señora de Faverney, tan celebrada por sus muchos y antiguos milagros como por la sagrada hostia que se conservó portentosamente ilesa en medio de las llamas el día de Pentecostés, 25 de mayo del año 1608; cerca de Pontalier la iglesia de santa Maria en los montes de Borgoña; por el lado de S. Claudio nuestra señora de Montiaux, santuarios afamados todos por su antigüedad y devoción, sin hablar de nuestra señora de Baume, de Claraval, de Ornans y otros varios, á que la piedad de los fieles y los beneficios recibidos del cielo han dado nombradía mucho tiempo hace.

El País Bajo.

LIII. Volvamos ahora pies atrás y pasemos otra vez por la Lorena para entrar en el País Bajo. Apenas encontraremos un rincón donde no haya señales de la piedad de aquel pueblo devoto de María santísima. Nada pues diré de las insignes iglesias de Amberes, Bruselas, Lovaina, Malinas, Arras, Saint-Omer, Brujas, Cambrai, Dordrac, Teruana, Tournay, Utrecht, Valenciennes y algunas otras de igual celebridad. Tampoco hablaré de

señora de Batan, nuestra señora de Revot etc. La iglesia de nuestra señora hermoseedada y alhajada por los religiosos mínimos ha sido siempre famosa por los milagros obrados allí, y como está lejos del estrépito de la ciudad, es muy propia para la devoción y el recogimiento. Así nunca faltan personas que van á implorar el auxilio de la Virgen. En la iglesia de la compañía de Jesus hay una nuestra señora de Monteagudo que ha obrado muchos milagros, según atestan los votos pendientes del altar.

En el claustro de la Magdalena se ve una antigua imagen de la Virgen, que por este motivo se titula del Claustro, ó de las Angustias porque tiene en los brazos al Salvador bajado de la cruz. Habiéndose quemado todo el claustro en el año 1624, se conservó milagrosamente la imagen sin lesión ni aun del velo que tenía, á pesar de haber quedado reducido á cenizas el nicho donde estaba colocada. Esto aumentó sobremanera la devoción que ya había. Allí acuden los enfermos de toda clase de males; pero especialmente los que padecen cuartanas. En la iglesia de los franciscanos hay una cofradía de la Concepción, y aunque no consta nada de cierto acerca de su fundación, porque se perdieron todos sus títulos en la espantosa inundación de 1575, debe de tener más de trescientos años de antigüedad según las cuentas.

A una legua de la misma ciudad está nuestra señora de Beaupré, famoso lugar de peregrinación, donde se conserva el ceñidor de la Virgen santísima, que un arzobispo de Besanzon regaló á aquella abadía. En la iglesia de los capuchinos se venera nuestra señora de Gray, que es una imagen hecha de la encina de Monteagudo, y concurre tanta gente de ocho á nueve años acá, en que empezó á obrar milagros, que con verdad puede decirse que hoy es uno de los santuarios más frecuentados de la cristiandad. Pasan de dos mil y quinientos los por-

tentos de que se ha podido llevar cuenta: tanto es lo que se complace la Virgen en ser honrada y servida allí.

La iglesia de nuestra señora de Dolé llama la atención de los pasajeros desde lejos por su altura. Antonio de Vergey, arzobispo de Besanzon, puso la primera piedra de ella en 1508. A un cuarto de legua de la misma ciudad se descubre en una colina nuestra señora de Montroland, antigua peregrinación del Franco Condado y de las provincias aledañas. Cerca de Butier está nuestra señora de Villarsé; cerca de Touraise nuestra señora del Monte; cerca de Gy nuestra señora de l'Effont, fundada por Tibaldo de Rougemont, arzobispo de Besanzon, á su vuelta de la tierra santa; cerca de Baume nuestra señora de Cusance; cerca de Vesoul nuestra señora de Faverney, tan celebrada por sus muchos y antiguos milagros como por la sagrada hostia que se conservó portentosamente ilesa en medio de las llamas el día de Pentecostés, 25 de mayo del año 1608; cerca de Pontalier la iglesia de santa Maria en los montes de Borgoña; por el lado de S. Claudio nuestra señora de Montiaux, santuarios afamados todos por su antigüedad y devoción, sin hablar de nuestra señora de Baume, de Claraval, de Ornans y otros varios, á que la piedad de los fieles y los beneficios recibidos del cielo han dado nombradía mucho tiempo hace.

El País Bajo.

LIII. Volvamos ahora pies atrás y pasemos otra vez por la Lorena para entrar en el País Bajo. Apenas encontraremos un rincón donde no haya señales de la piedad de aquel pueblo devoto de María santísima. Nada pues diré de las insignes iglesias de Amberes, Bruselas, Lovaina, Malinas, Arras, Saint-Omer, Brujas, Cambrai, Dordrac, Teruana, Tournay, Utrecht, Valenciennes y algunas otras de igual celebridad. Tampoco hablaré de

muchos monasterios fundados bajo la advocacion de la reina de los cielos: solamente visitaré algunos santuarios de los mas famosos por el concurso de los fieles y los milagros obrados.

LIV. Al entrar en el ducado de Luxemburgo visitaremos la hermosa y antigua iglesia de nuestra señora de Aviots, que está entre las dos célebres abadías de Orval y Juvigny. Los frecuentes milagros hechos en favor de los niños que nacen muertos, han ocasionado esta nombradía, aunque el concurso de peregrinos de diversos lugares es una prueba perentoria de otras maravillas obradas por la reina de los cielos. Cerca de Marceles en Pont Vilette entre el Sombra y el Mosa, pais y diócesis de Lieja, un pastor halló el día 12 de abril del año 1626 una imágen de piedra amarillenta que estaba atada á una encina vieja. Pronto empezó á hacer milagros, y los naturales la titularon nuestra señora de la Misericordia.

Cerca de Foy, que es una alquería situada en la baronía de Cellas en el mismo pais y diócesis de Lieja, se halló en mayo del año 1609 la imágen tan celebrada de nuestra señora de Foy: diré el cómo. Gil de Wanlin, carpintero de ribera de Foy, habiendo cortado una corpulenta encina para construir un barco, se encontró con que estaba careomida por dentro; determinó pues hacer leña de ella para calentarse; mas cuando ya la había cortado á la altura de un hombre, halló en el hueco una imágen de nuestra señora, labrada de un barro blanquizco y de un pie de alta, con tres barrotes de hierro que habian servido para encerrarla cuando el árbol tenia pocos años. Fué conducida primeramente á casa del dueño de la alquería, donde estuvo seis semanas, y luego se colocó en otra encina como estaba antes: al fin fué puesta en la capillita actual, construida en el mismo sitio donde estaba plantada la encina que produjo este fruto excelente. Allí acuden devotos de todas las partes

de la cristiandad atraídos de los diversos milagros que se han obrado y continúan obrándose.

LV. En Hainaut veremos á nuestra señora de Tongres, cuyo origen merece referirse. Es Tongres una aldea linda y alegre de la diócesis de Cambrai, distante como una legua de Ath y media de Chierves. Hector, señor de ella en el año 1081, era recomendable así por su noble prosapia (porque era primo de los condes de Flandes y sobrino del de Namur) como por su vida irreprehensible. Pues al jardin de este señor fué llevada por los ángeles la imágen de la santísima Virgen la víspera de la Candelaria á las once de la noche, rodeada de una nube tan clara y resplandeciente, que alumbró todo el territorio como si fuera un hermoso día del estío. Habiendo sabido Hector lo sucedido hizo que le trasladasen inmediatamente á su jardin (porque se habia quedado ciego hacia tres años), y allí oyó junto con muchos de sus vasallos que le acompañaban, una música celestial continuada por espacio de hora y media y percibió un olor tan suave, que les parecia una fruicion anticipada de la gloria. Luego que cesó este suceso extraordinario, mandó Hector llevar la imágen á su habitacion con todo honor y respeto y ordenó que se custodiase cuidadosamente. Al otro día por la mañana fué trasladada con solemnidad á la iglesia parroquial de S. Martin y colocada en el altar mayor. Pero; qué maravilla tan singular! Al día siguiente fué hallada la imágen en el jardin á donde la llevaron los ángeles primeramente. Entretanto cundió por todas partes la nueva de este milagro, y no se hablaba de otra cosa. Súpelo el obispo de Cambrai, y habiendo mandado hacer informacion jurídica de todo lo ocurrido fué en persona el 17 de febrero y despues de alabar á la madre de Dios en un excelente discurso bendijo el jardin donde estaba la imágen, y todo el castillo del señor de Tongres. Este dispuso al punto levantar

una hermosa capilla, en la que se han obrado innumerables prodigios. Roberto de Hautport recopiló algunos de los mas principales y mejor probados, y de él he sacado yo esta relacion.

Nuestra señora de Cambrai. — Nuestra señora de Chierves. — Nuestra señora de Spinlieu.

En la misma diócesis de Cambrai está la antigua abadía de Cambron, distante unas tres leguas de Mons, á donde solia ir un judío convertido sacado de pila por el conde de Hainaut, quien le hizo alguacil del tribunal de Mons. En esta abadía habia en cierta galeria de la habitacion de los forasteros una imágen de la madre de Dios con el niño Jesus en los brazos que era adorado de los magos. Esta imágen trazada con almagre en una tapia de tierra causaba tal desprecio y repugnancia á aquel infeliz, cristiano de nombre y nada mas, que del odio que tenia á la madre de Dios, despertaba muchas veces sobresaltado, antojándosele que la señora le decia ó hacia algo; lo cual le ponía aun de peor talante, como si la Virgen se hubiese divertido en turbar el descanso é interrumpir el sueño del judío. Asi poseido de furor, no contentándose con las injurias é improperios que continuamente vomitaba contra ella, un dia del año 1522 llegó al extremo de disparar cinco venablos contra la sagrada imágen, de donde al punto manó sangre en abundancia. Grandemente se indignaron dos hermanos conversos que acudieron al ruido, cuando vieron el desacato, y uno de ellos se preparaba á partir la cabeza de un hachazo á aquel sacrilego, si su compañero no le hubiera detenido. Conferenciaron entre si y pensando que valia mas proceder por la justicia dieron parte al abad, el cual recurrió al conde de Hainaut. En virtud de esta querrela fué preso el reo y puesto en el tormento; pero

le sufrió pertinaz y arregló de manera sus respuestas, que hubo que soltarle y reponerle en su oficio.

De allí á cuatro años se apareció un ángel á un anciano paralítico hacia ya siete y residente en Estinnes, y le mandó retar al judío en desafio á título de desquite de la afrenta que habia hecho á la imágen de la madre de Dios. El anciano se aconsejó de su pastor, el cual viéndole repentinamente curado de la parálisis, pero todavía débil le ordenó que esperase la reiteracion del mandato. A la tercera noche volvió el ángel mas resplandeciente que antes y le mandó de parte de la reina del cielo ir á la abadía de Cambron para ver con sus propios ojos la ofensa que ella habia recibido del pérfido judío, y para castigarla del modo que se le habia prevenido. El anciano marchó armado de celo y confianza y desafió al judío, el cual tuvo que aceptar el reto. El sitio del combate era junto al coto de la ciudad de Mons, donde se ve todavía hoy una capillita dedicada á la Virgen de Cambron. Habiendo caido al suelo del primer golpe el malvado judío fué condenado á ser arrastrado por un caballo al lugar del suplicio y ahorcado por los pies con la cabeza hácia abajo: pusiéronle fuego debajo y á los lados dos alanos hambrientos. Refiere todo esto el historiador Hautport, donde podrá el que guste leer las grandes maravillas que ha obrado Dios por esta imágen.

En Chierves, aldehuela de Hainaut, mandó la señora del lugar el año 1150 edificar una capilla junto á una fuente de donde se sacaba agua. No bien fué construida cuando comenzó á concurrir mucha gente; pero lo que aumentó la devocion, fué en primer lugar lo acontecido á un enfermo de la gota, que se vió libre de ella por haber hecho un voto á nuestra señora de Chierves, y luego lo que sucedió á un habitante de Paris, que padeciendo de perlesia hizo por inspiracion divina que le llevaran á aquel lugar, donde al punto quedó libre de su enferme-

dad. En agradecimiento resolvió ensanchar la capilla en la forma que hoy se ve.

Nuestra señora de Spinlieu cerca de Mons en Hainaut no era antes mas que una ermita: hoy es un hermoso monasterio del Cister, donde la Virgen ha mostrado en todo tiempo que se complacia en ser servida y honrada. La ciudad de Cambrai confiesa haberse librado del furor de los hunos ó húngaros que la asediaban el año 950, por la intercesion de la gloriosísima Virgen, á quien dedicó una hermosa iglesia el arzobispo S. Vasto. Nuestra señora de Hault en Hainaut es una de las imágenes que honró religiosamente durante su vida santa Isabel, reina de Hungría, y que dejó por testamento como una rica herencia á su hija Sofia, la cual las distribuyó á diferentes iglesias, donde Dios obra hoy maravillas por ellas. La mas célebre es la que se venera en Hault, donde ha premiado bien el culto que se le tributa, habiéndole libertado de manifiestos peligros en muchas ocasiones.

Nuestra señora del Bosque. — Nuestra señora de Buena esperanza. —
Nuestra señora de la Fuente.

LVI. En Arras hay una capilla de nuestra señora, donde se conserva un cirio milagroso, que se cree fué traído del cielo por la Virgen. La cosa pasó así, segun se lee en los Anales de Flandes por Meyer. En el año 1093 ó 1103 como quieren otros, fué grandemente affligida la ciudad de Arras de una enfermedad perniciosa llamada fuego sacro; lo que movió á los habitantes á recurrir á la madre de misericordia. Esta al cabo compadecida bajó por la bóveda del coro de la iglesia mayor á vista de muchas personas con un cirio en las manos, que entregó á Ittier de Brabante y á Pedro el normando, los cuales estaban entonces enemistados por un homicidio. Esta era

la primera maravilla de aquel don divino, reconciliar á dos enemigos. Cuantos enfermos bebían el agua en que se habia metido la cera que corria del cirio encendido, recobraban la salud. Lo mas singular y portentoso es que el cirio se enciende mas de quinientos años há sin haber menguado nada, aunque se han hecho muchas velitas de la cera que corre cuando se enciende.

Cerca de Arras también hay una capillita titulada de nuestra señora del Bosque, donde queriendo entrar con su caballo el malvado Juan de la Palu como si fuera en un establo, cayó en tierra derribado por el bruto y se desnucó; con lo que vengó la Virgen la ofensa que aquel intentaba hacerle. Esto acaeció el año 1478. En medio de un bosque que está á media legua de Valenciennes, en el mismo condado de Artois, hay una iglesia fundada por el duque de Ascot con motivo de los muchos milagros que obraba la imagen de nuestra señora de Foy, que los estudiantes del colegio de la compañía de Jesus habian colocado en una encina el día 3 de agosto, propio de la Virgen de las Nieves, del año 1326.

A media legua de la misma ciudad se ve la ermita de Fontenelles, titulada antes nuestra señora de la Fuente, donde sucedió una cosa muy notable el año 1608. Asolaba la peste á la ciudad de Valenciennes, y la Virgen se apareció la antevíspera de su natividad al ermitaño, que era un santo hombre, y le mandó decir de su parte á los habitantes que ayunasen al día siguiente y pasasen la noche en oración; con lo que verían maravillas. Al momento se dispusieron todos á obedecer el celestial mandato. Llegada la noche, se hallaban los mas haciendo fervorosa oracion en las murallas, cuando ve aquí que á presencia de todos baja del cielo la Virgen mas resplandeciente que el sol y acompañada de innumerables bienaventurados, y con una cuerda que traía en la mano, rodea toda la ciudad dos leguas á la redonda. Hecho

esto marchó á la celda del ermitaño y le previno expresamente que fuera á buscar á los del concejo y los mandase de su parte que pasaran tambien en oracion el dia siguiente dedicado á su memoria, é hicieran una procesion general en el sitio donde ella habia dejado la cuerda; con lo que cesaria el contagio. La cosa sucedió como habia predicho la Virgen santísima, y en agradecimiento de tan señalada merced todos los años en la octava de la natiuidad de nuestra señora la procesion anda cada dia parte del recinto de dos leguas que la Virgen marcó. La cuerda milagrosa se guarda con mucho respeto entre las reliquias mas preciosas de la ciudad, y desde entonces se instituyó una cofradia que se llama de los rayados, porque aquel dia llevan unos trajes con rayas en señal de regocijo y para memoria de un beneficio tan considerable.

Nuestra señora de Brouburg. — Nuestra señora de la Parra. — Nuestra señora de Wes. — Nuestra señora de Vasier. — Nuestra señora de la Consolacion. — Nuestra señora de la Reja. — Nuestra señora del Alto ó del Consuelo. — Nuestra señora de la Cerca. — Nuestra señora de Fines. — Nuestra señora de Gracias. — Nuestra señora de Fournes. — Nuestra señora de Linselle. — Nuestra señora de Messina. — Nuestra señora de Smeleem.

LVII. En la provincia de Flandes está nuestra señora de Broubourg, que se venera en la iglesia parroquial. Ya era afamada por sus milagros y por la devocion de los pueblos; pero su nombradía se aumentó sobremanera cuando habiéndola herido en el pecho un breton con su espada, salió sangre en abundancia de la herida y el sacrilego cayó muerto en el sitio. Esto aconteció en el año 1585, segun consta en los archivos de la iglesia de Brouburg. En la noble ciudad de Desai no faltan santuarios de la virgen María, ni muestras de sus beneficios. Junto á la iglesia de S. Pedro hay una bonita capilla de nuestra señora de la Parra, y antes que se construyese,

existia ya allí una imágen de la Virgen. En el año 1531 sucedió que jugando unos niños en aquel paraje faltaron al respeto que se debia á la santa imágen; pero se quedaron parados al ver que la Virgen mudaba al niño Jesus de un brazo á otro y los amenazaba con la mano. Llenos de espanto corrieron sin aliento á sus casas para contar á sus padres lo que les habia sucedido. Al punto se llenó el sitio de gente, y de cuantos acudieron á ser testigos de aquella maravilla, ni uno solo dudó que María santísima queria ser servida y venerada allí mas particularmente. En efecto seria difícil decir cuántas personas curaron entonces de diversas enfermedades. Fueron tantas y tan frecuentes las gracias que infinito número de devotos recibieron, que con las limosnas y donaciones se construyó en poco tiempo una capilla muy preciosa.

En la calle de Wes hay tambien otra donde se han obrado muchos milagros. En la iglesia de los franciscanos se ve aun el cuadro de la Concepcion, en el que no pudo el fuego causar lesion, aunque redujo á cenizas todo lo demás que habia en el altar el año 1555. En las cercanias de la misma ciudad concurren muchas gentes á nuestra señora de Vasier, y especialmente campesinos, cuyos ganados suelen sanar bebiendo el agua de un pozo que hay en el cementerio de la iglesia. Junto á la casa de los leprosos hay una capillita de nuestra señora de la Consolacion ó de las fiebres á causa del alivio que experimentan los enfermos y en particular los calenturientos. En l'He en la iglesia de S. Pedro se enseña la capilla de nuestra señora de la Reja, titulada así porque la imágen de la Virgen está detrás de una reja ó verja de hierro. Mas de trescientos años há que tiene celebridad por diversos milagros obrados allí y por la devocion de los fieles que concurren de diferentes lugares, sobre todo los sábados. En medio de la plaza pública y frente á la casa de

ayuntamiento hay una capilla de la Virgen, donde se guarda una vela formada de la cera que gotea del cirio de Arras. El agua en que se echa la cera que corre de esta vela cuando se enciende, tiene grandes virtudes tanto para ahuyentar las calenturas como para calmar toda especie de ardor maligno.

En uno de los arrabales frente á la puerta nueva hay una capilla muy frecuentada, que se titula de nuestra señora del Alto por su situacion, ó de la Consolacion por elivio que experimentan los que van á implorar allí el auxilio de María santísima. Fue edificada por haber libertado milagrosamente esta señora de un peligro evidente de naufragio á un señor de Haucron. A media legua de la ciudad se encuentra la capilla de nuestra señora de Esquermes, que ya era célebre en milagros mas de cuatrocientos años há. A otra media legua por otro lado está la capilla de nuestra señora de la Cerca, llamada así porque está junto á la cerca de la abadía de Marguete, y á otra tanta distancia nuestra señora de Fines, donde ya de antiguo se hicieron muchos milagros. A una legua de la ciudad la capilla de nuestra señora de Gracias, que empezó á ser mas frecuentada que antes de resultas de haber salido milagrosamente de un ataque de apoplejía Juan Dubois, vecino de l'île, el año 1581.

A dos leguas de la ciudad y en direccion de Bethume es á nuestra señora de Fournes, á donde concurren muchas personas afligidas de diferentes enfermedades, como ciática, contracciones de nervios etc., especialmente desde que hace algunos centenares de años una mujer tullida que habia tardado dos dias enteros y una noche en andar una legua para llegar allá, se volvió buena y sana, dejando las muletas en la capilla, donde se ven muchas. A otras dos leguas por la parte de Levante la parroquia de nuestra señora de Linselle, á donde se recurre principalmente á implorar la lluvia del cielo en las

grandes sequías. A tres leguas nuestra señora de Messina, no menos famosa que las anteriores ya por las curaciones milagrosas que se efectúan, ya por la concurrencia. No hay que olvidar á nuestra señora de Smelcem, edificada y fundada por Balduino Barbaherosa á consecuencia de haber curado por la intercesion de María de un flujo de sangre que le atormentaba diez y siete años hacia y que se tenia por incurable. En el sitio donde se edificó esta iglesia, habia una imágen milagrosa de la Virgen, y entre otras maravillas notaban los pastores que cuando se acercaban allí sus ovejas, doblaban la rodilla.

Nuestra señora de Monteagudo.—Nuestra señora de Agniés.—Nuestra señora de Affleghem.—Nuestra señora de Lovaina.—Nuestra señora de Laken.—Nuestra señora de Schiedem.—Nuestra señora de Dordrach.

LVIII. Pasemos ahora al ducado de Brabante. ¿Quién no ha oido hablar de nuestra señora de Monteagudo, llamada tambien de Siquem por estar inmediata á la antigua ciudad de este nombre á dos leguas de Lovaina, tres de Malinas, cuatro de Amberes y otras tantas de Bruselas? En un paraje llamado Monteagudo enmedio de un hermoso llano habia una añosa encina que encerraba un rico tesoro, á saber, una imágen pequeña de nuestra señora: habiéndola encontrado un pastor la cogió con ánimo de llevársela y erigirle una capillita en su casa. Pero ¡qué cosa tan singular! No bien habia tomado esta resolucion cuando se quedó parado en el sitio donde estaba sin poder dar un paso: no parece sino que le habian clavado allí. Entre tanto el sol caminaba hacia el ocaso, y el dueño del ganado esperaba con impaciencia la llegada del pastor; pero viendo que pasaban las horas y no venia, sospechó algun contratiempo. Determinó pues ir en persona á averiguar lo que habia sucedido. No hay términos para expresar la sorpresa del

pobre pastor cuando vió llegar á su amo, conociendo que todo iba á descubrirse; mas como ya no podia ocultar lo que habia ocurrido, confesó ingenuamente su delito, sacó del pecho la imágen y rogó con encarecimiento á su amo que la pusiese donde antes estaba. No bien lo hubo hecho el amo, cuando el pastor empezó á andar como si le hubieran desatado.

La noticia de este suceso extraordinario cundió inmediatamente por todas partes, y desde entonces fué prodigiosa la concurrencia de los fieles á aquel sitio. Es verdad que en el año 1380 fué robada no se sabe por quién, ni cómo; pero aquel lugar fue frecuentado como antes. De allí á seis años un venerable anciano puso otra imágen en lugar de la robada, y en 1602 se colocó en una capillita de madera, de donde fué trasladada á la iglesia edificada por el arzobispo de Malinas. No pueden reducirse á guarismo los milagros que allí se han obrado y se obran aun hoy; y si yo quisiera indagar cuántas imágenes se han labrado de la encina donde se halló la primera, habria de componer una historia entera. El docto Lipsio, bien conocido en la república literaria, escribió lo que pudo averiguar de mas cierto.

A una legua de Nivelles, que está tambien en el Brabante, se ve nuestra señora de Egniés, de donde la beata Maria de Egniés tomó el nombre así por ser el lugar de su naturaleza como por la mucha devocion que tenia á aquel santuario, que visitaba descalza todos los años, y donde nuestro Señor y su santa madre le dispensaron infinitos beneficios, segun diré en el capítulo IV del tratado tercero. En el monasterio de Afleghem se enseña aun hoy una imágen de la Virgen, de la cual se tiene por antigua tradicion que saludándola S. Bernardo con estas palabras: «Dios te salve, Maria;» respondió la Señora con voz clara é inteligible: «Dios te salve, Bernardo.» En una capilla de la iglesia de S. Pedro de Lovaina hay una imá-

gen de nuestra señora, que empezó á hacer milagros el dia 25 de setiembre de 1444 y ha continuado despues. Cerca de Bruselas se va á visitar á nuestra señora de Laken, que es una iglesia edificada por órden expresa de la Virgen, la cual marcó todas las medidas con una cuerda que se enseña todavia el dia de hoy. Fué consagrada por nuestro Señor y se ha hecho insigne por muchos milagros.

LIX. Tampoco faltan en la Holanda vestigios de la antigua piedad de sus mayores y del cariño de la gloriosa Virgen, aunque aquella provincia sea ahora grandemente indigna de él. La ciudad de Schiedam se gloria de poseer una imágen de Maria santísima no menos que de ser la patria de santa Lidwina. Cierta comerciante llevaba á vender á la feria de Amberes entre otras mercaderías una preciosa imágen de nuestra señora, y al ir á levar anclas en el puerto de Schiedam le fué imposible por mas diligencias que hizo. Acudieron los habitantes para presenciar la novedad, y aun muchos entraron en la nave, y cuando descubrieron la imágen de Maria, juzgaron al punto que esta no queria pasar de allí y que ese era el único motivo de la detencion. En efecto en cuanto compraron la imágen y la sacaron de la nave, se movió esta por sí sin ninguna dificultad y se dejó llevar de los vientos. Viendo los habitantes en esta maravilla el cariño que la reina del cielo profesaba á su ciudad, la condujeron solemnemente á la iglesia de S. Juan Bautista, donde comenzó bien pronto á adquirir nombradía por sus milagros. Santa Lidwina tenia mucha devocion á esta imágen, delante de la cual acostumbraba pasar muchas horas aun á la edad de siete años; y si acontecia que se enfadase su madre por la tardanza, le decia la niña abrazándola: «Mi buena madre, pido á V. que no se enfade: he ido á saludar á la hermosa imágen de nuestra señora, que se ha sonreido conmigo muy cariñosamente.» Acos-

tumbraba ser llevada por su ángel bueno en espíritu ó de otra manera á una region oriental, que era una verdadera imágen del paraíso; pero nunca dejaba de llevarla ante todo á saludar á nuestra señora de Schiedam.

En Dordrach se ve la iglesia de nuestra señora, que santa Sotera, virgen y mártir, mandó levantar. Cerca de la ciudad hay un riachuelo llamado Dordrech, y á la orilla de él habia en un árbol una imágen muy devota de nuestra señora, que aquella santa solia visitar. Habiendo pensado edificar una iglesia, la Virgen aprobó el pensamiento y le envió un ángel que trazó el plano y tomó todas las medidas. Además le puso en la mano tres monedas de oro, que sirvieron para pagar los gastos y dejar satisfechos á los operarios. Persuadiéndose por esta razon algunos ladrones á que la santa tenia dinero escondido, la asesinaron en el mismo sitio, de donde saltó al punto una fuente de agua clara y cristalina, que van á beber los que padecen calenturas, y ordinariamente hallan alivio.

Inglaterra.

Nuestra señora de los Arcos.—Nuestra señora de Cantorbery.—Nuestra señora de Wesminster.

LX. Hemos llegado muy oportunamente cerca del mar para ir á hacer una excursion á Inglaterra á fin de descubrir vestigios de la piedad inglesa, no de la que ahora hay, sino de aquella que en tiempos antiguos difundia tan grato olor por todo el mundo, cuando la madre de Dios por su propia mano daba la santa ampolla para la consagracion de los reyes ingleses, segun diré en el tratado tercero, cuando su imágen iba á la cabeza de las tropas (1) y con un puñado de gente conseguia insig-

(1) Guill. Malmesbury, De gestis reg. Angl., c. 1.

nes victorias, cuando daban oidos á S. Anselmo, á S. Edmundo, al venerable Beda, á Alejandro de Hales y á otros muchos que les decian maravillas de la excelencia y devoción de su visible protectora. Tendremos que renovar la memoria de aquel tiempo; para lo que nos ayudarán mucho las casas que todavía tiene la reina del cielo en aquel reino, aunque profanadas por la impiedad de un siglo entero.

Antiguamente no se hablaba más que de la hermosa iglesia de nuestra señora de los Arcos, que está en Londrés (1). En el año de gracia de 1071 fué arrebatada con más de seiscientas casas por un huracan tan espantoso, que la levantó en el aire y dejándola caer en la misma disposicion en que estaba antes, la hundió más de veinte pies dentro de tierra, de donde no hubo modo de sacarla jamás: lo único que pudo hacerse fué serrar lo que sobresalia de los cabriaes para dejar el pavimento intacto. Tal vez era esta una advertencia secreta de las tormentas más peligrosas que habian de levantarse algun dia en aquel reino obligando á la reina del cielo su buena protectora á abandonarlos.

En Lincoln se ve aun la magnífica iglesia edificada el año 1080 por Remigio, que habiendo trasladado allí su silla desde Dorchester levantó en honor de nuestra señora aquel hermoso templo y fundó buen número de canónigos para el servicio de su catedral; pero murió cuando no pensaba, el dia antes de consagrarla. Allí tambien se ve la que S. Hugo el cartujo, despues obispo, erigió en honor de la Virgen. La de Walsingham fué edificada por un motivo que merece ser conocido de toda la posteridad. El rey Eduardo I siendo mozo jugaba al ajedrez con un soldado en una sala abovedada, cuando de pronto sin

(1) Malmesbury, *ibid.*

tumbraba ser llevada por su ángel bueno en espíritu ó de otra manera á una region oriental, que era una verdadera imágen del paraíso; pero nunca dejaba de llevarla ante todo á saludar á nuestra señora de Schiedam.

En Dordrach se ve la iglesia de nuestra señora, que santa Sotera, virgen y mártir, mandó levantar. Cerca de la ciudad hay un riachuelo llamado Dordrech, y á la orilla de él habia en un árbol una imágen muy devota de nuestra señora, que aquella santa solia visitar. Habiendo pensado edificar una iglesia, la Virgen aprobó el pensamiento y le envió un ángel que trazó el plano y tomó todas las medidas. Además le puso en la mano tres monedas de oro, que sirvieron para pagar los gastos y dejar satisfechos á los operarios. Persuadiéndose por esta razon algunos ladrones á que la santa tenia dinero escondido, la asesinaron en el mismo sitio, de donde saltó al punto una fuente de agua clara y cristalina, que van á beber los que padecen calenturas, y ordinariamente hallan alivio.

Inglaterra.

Nuestra señora de los Arcos.—Nuestra señora de Cantorbery.—Nuestra señora de Wesminster.

LX. Hemos llegado muy oportunamente cerca del mar para ir á hacer una excursion á Inglaterra á fin de descubrir vestigios de la piedad inglesa, no de la que ahora hay, sino de aquella que en tiempos antiguos difundia tan grato olor por todo el mundo, cuando la madre de Dios por su propia mano daba la santa ampolla para la consagracion de los reyes ingleses, segun diré en el tratado tercero, cuando su imágen iba á la cabeza de las tropas (1) y con un puñado de gente conseguia insig-

(1) Guill. Malmesbury, De gestis reg. Angl., c. 1.

nes victorias, cuando daban oidos á S. Anselmo, á S. Edmundo, al venerable Beda, á Alejandro de Hales y á otros muchos que les decian maravillas de la excelencia y devoción de su visible protectora. Tendremos que renovar la memoria de aquel tiempo; para lo que nos ayudarán mucho las casas que todavía tiene la reina del cielo en aquel reino, aunque profanadas por la impiedad de un siglo entero.

Antiguamente no se hablaba más que de la hermosa iglesia de nuestra señora de los Arcos, que está en Londrés (1). En el año de gracia de 1071 fué arrebatada con más de seiscientas casas por un huracan tan espantoso, que la levantó en el aire y dejándola caer en la misma disposicion en que estaba antes, la hundió más de veinte pies dentro de tierra, de donde no hubo modo de sacarla jamás: lo único que pudo hacerse fué serrar lo que sobresalia de los cabriales para dejar el pavimento intacto. Tal vez era esta una advertencia secreta de las tormentas más peligrosas que habian de levantarse algun dia en aquel reino obligando á la reina del cielo su buena protectora á abandonarlos.

En Lincoln se ve aun la magnífica iglesia edificada el año 1080 por Remigio, que habiendo trasladado allí su silla desde Dorchester levantó en honor de nuestra señora aquel hermoso templo y fundó buen número de canónigos para el servicio de su catedral; pero murió cuando no pensaba, el dia antes de consagrarla. Allí tambien se ve la que S. Hugo el cartujo, despues obispo, erigió en honor de la Virgen. La de Walsingham fué edificada por un motivo que merece ser conocido de toda la posteridad. El rey Eduardo I siendo mozo jugaba al ajedrez con un soldado en una sala abovedada, cuando de pronto sin

(1) Malmesbury, *ibid.*

decir por qué, ni saberlo él mismo deja el juego y se levanta de su puesto: apenas lo había hecho, cayó una gran piedra de la bóveda precisamente en el sitio donde estaba sentado, y á haber estado allí sin duda hubiera muerto despachurrado. Este milagro le atribuyó el príncipe á un favor particular de la madre de Dios, en quien tenía especial confianza.

LXI. No puedo decir bienamente en qué lugar de Inglaterra aconteció lo que leemos en la vida de S. Lorenzo, obispo de Dublin en Irlanda (1). Encontrándose este santo en Inglaterra para una necesidad de su iglesia, sucedió que un hombre opulento despues de edificar una iglesia á nuestra señora la puso bajo la guarda de un ermitaño. Aparecióse á este la Virgen y le preguntó por qué tardaba tanto su templo en consagrarse. El solitario respondió que la única causa de la tardanza era porque el obispo de la diócesis estaba ausente hacia muchísimo tiempo. Hay muchas nuevas, repuso la madre de Dios, porque no quiero ni pienso en manera alguna que mi iglesia sea dedicada por ese obispo: ahí está Lorenzo, de quien deseo este servicio, y en señal de esta mi voluntad hágasele saber que no tendrá viento favorable para su regreso mientras no se haga la dedicacion. El ermitaño lo contó todo al ricacho, el cual convidó al santo á su casa y le manifestó por orden toda la vision. El prelado al principio puso alguna dificultad no queriendo usurpar la jurisdiccion del obispo ausente; pero al cabo despues de muchas oraciones y consultas se averiguó que nuestra señora dispensaba suficientemente de las leyes y formalidades ordinarias, como lo confirmaron los sucesos. Con efecto apenas habian comido despues de concluida la solemnidad, se levantó un viento favorable y

(1) Surio, 14 novembr.: Polydor. Virg. l. 13, Hist. Angl.

S. Lorenzo arribó felizmente á la Irlanda, donde edificó y dedicó á poco tiempo una iglesia á nuestra señora mucho mas magnífica que la que había consagrado en Inglaterra.

En Cantorbery nadie puede ver la iglesia de nuestra señora sin acordarse de S. Agustin, arzobispo de la misma ciudad y primado de Inglaterra, que se crió y educó allí como otro Samuel. En Wesminster hay una capilla muy gallarda que mandó construir el rey Enrique poniendo por sus mismas manos la primera piedra y enriqueciéndola con muchos sagrados ornamentos. Allí oia ordinariamente todos los dias tres misas cantadas sin las rezadas, de que no llevaba cuenta. Muchas cosas habria que decir así de los monasterios como de los santuarios frecuentados antes en este reino tan floreciente por su piedad; pero tengo ya que pasar á la parte septentrional del continente.

Dinamarca.

LXII. Entraremos por Dinamarca, donde entre otras muchas particularidades que manifiestan el modo de pensar de esta nacion acerca de la madre de Dios, veremos el escudo del rey Primislao, sobre el que estaba la imagen de la Virgen y con el cual embestia arrojadamente á todos sus enemigos. Así es que los historiadores notan con cuidado como cosa averiguada que Maria santísima, en quien aquel príncipe tenía puesta su confianza, le alcanzó muchas veces la victoria.

Moscovia.

LXIII. Aunque la mayor parte de la Moscovia sea cismática, sin embargo no deja de tener particularísimo ca-

riño á la virgen Maria nuestra señora (1). Con efecto aunque el pueblo no deja el trabajo por ninguna fiesta en el discurso del año, ni aun por la solemnidad de la Pascua, juzgando que esto corresponde solo á los ricos y magnates, abandona todo ejercicio manual el día de la anunciacion de la Virgen. Tal es la estima que la nacion hace de la madre de Dios (2).

Polonia.

Nuestra señora de Cracovia.—Nuestra señora de Clermont.

LXIV. Es cosa cierta que en toda Polonia se venera prodigiosamente á la Virgen santísima, siendo peculiar de esta nacion que mira con tanto respeto el sagrado nombre de Maria, que ninguna mujer puede usarle, sea la que quiera su categoria. Encontraremos excelentes muestras de la piedad de los polacos para con la Virgen en las ciudades de Posnan, Kalisz, Dublin, Jorslau, Semdomira, Luko, Totum y otras. Es muy digno de referirse aquí lo que aconteció á S. Jacinto, de la orden de predicadores, el año de 1241. Este gran siervo de Dios y de su santísima madre moraba en Kiovia, que es la metropolitana de Rusia, cuando la cercaron los tártaros y empezaron á batirla. Habia en el altar mayor una hermosa imagen de alabastro de la Virgen, ante la cual acostumbraba el santo orar y dilatar su corazon. Allí fué á decir misa como por última vez con ánimo de despedirse de su buena madre y señora y encomendarle su convento. Mas apenas habia acabado

(1) Possevin., Comment. rerum moscovit.

(2) Adicion de la madre M. J. de Blemur.—«Nuestros enemigos, serán nuestros jueces: ellos no temen excederse cuando se trata de honrar á esta criatura celestial.»

su súplica, cuando le habló Maria en estos términos: «Hijo mio Jacinto, ¿por qué me dejas aquí y no me llevas con los santos sacramentos de mi hijo?» A lo que respondió el bienaventurado siervo del Señor: «¿Cómo he de poder yo, señora, Hevar una imagen tan pesada?» «Cógeme, cógeme con resolucion, replicó la Virgen, y no me dejes aquí: ya verás como me hago ligera en tus brazos y te sirvo mas bien de alivio que de carga.» El santo se llegó al altar llorando á lágrima viva, y tomando el santísimo sacramento con una mano y la imagen de la Virgen con la otra salió con los religiosos por una puerta, á donde no habian llegado aun los tártaros. En tal estado pasó por la Moscovia, la Lituania y algunas otras provincias y se dirigió á Cracovia, que era la capital de la Polonia, en cuya iglesia de la Trinidad dejó su ligera y suave carga. Al punto para que fuese completa la maravilla, recobró su peso natural, aunque en todo el camino no habia servido de embarazo al portador. El pueblo de Cracovia recibió con admirable devocion estas dos prendas de su dicha, y desde entonces ha conservado siempre la imagen de la Virgen lo mismo que un asilo sagrado venido del cielo.

LXV. El año de 1583 uno de los retratos de la Virgen sacados por S. Lucas fué llevado á Clermont, lugar distante diez y ocho leguas de Cracovia: la cosa pasó así. La imagen de nuestra señora, que á lo que se cree es la enviada á la emperatriz Pulqueria y puesta por esta princesa en la iglesia de nuestra señora de la Guia cerca de la ciudad de Constantinopla, con el transcurso del tiempo vino á manos de un duque de Rusia llamado Leon, quien la dejó finalmente al duque Ladislao de Opolia, aliado entonces del rey de Polonia. Ladislao intentó llevar esta imagen á Opolia; mas cuando llegó á la cumbre de un monte llamado Clermont, le fué imposible moverla de allí. Esto fué para él una señal cierta

de que la reina del cielo habia escogido aquel sitio para ser allí servida y venerada. Con efecto se erigió una iglesia, donde se obraron despues muchos milagros. El analista Bozovio, de la orden de predicadores, cita hasta veinte y cinco de los mas insignes en el año de 1583.

Alemania.

Nuestra señora de Crupne.—Nuestra señora de Cajau.—Nuestra señora de Witzburgo.—Nuestra señora de Hoechberg ó Almonte.—Nuestra señora de Dittelbach.

LXVI. Pasemos ahora á Alemania, donde la virgen María ha tenido en todo tiempo muchos buenos siervos y santuarios dedicados á su nombre. Hay ciudades y provincias enteras que son feudatarias de nuestra señora. El docto y devoto Costere da este honor al ducado de Baviera, á la Alsacia, á Magdeburgo, que en nuestra lengua significa ciudad de la Virgen, á Mariemburgo (ciudad de María), á Strasburgo, Munster, Basilea y algunas otras, siendo una prueba de ello que la moneda de la mayor parte de estas ciudades ó provincias lleva por un lado el cuño de la Virgen. No me quiero detener á hablar aquí de las hermosas y antiguas iglesias de nuestra señora de Maguncia, de Colonia, de Witzburgo, de Augsburgo, de Cleves, de Vormes, de Munich, de Ratisbona y de otras infinitas que se encuentran en todas las ciudades y lugares. Quiero seguir mi primer plan, que no es otro que indicar los principales y mas famosos santuarios de la Virgen.

LXVII. Entremos por la Bohemia y no dejaremos de encontrar así en Praga como en otras partes muestras insignes de la piedad y devocion de aquellos naturales á la Virgen santísima. Hay dos santuarios particularmente que han llegado á mi noticia: el primero se llama nuestra señora de Crupne y está cerca de Commautau: el se-

gundo se llama nuestra señora de Cajau y no dista mucho de la ciudad de Cromlam. Son dos lugares de peregrinacion muy famosos, á donde concurren dos ó tres veces al año los cofrades de las congregaciones de nuestra señora que residen en las cercanias, sin hablar de otras muchísimas personas que acuden de diferentes partes.

En la Franconia no faltarán santuarios donde María hace experimentar de cuando en cuando los benéficos efectos de su presencia. En Witzburgo la saludaremos en la hermosa iglesia que edificó el duque Hetam á persuasion del mártir S. Hilario que le convirtió á la fé. A una legua de la misma ciudad es muy famosa nuestra señora de Hoechberg ó Almonte, y se celebran mucho los milagros obrados diariamente por la intercesion de la Virgen. Se cree que esta fué la primera silla de san Burcardo, obispo de Witzburgo. Nuestra señora de Dittelbach es celeberrima en toda Franconia. A mas de lo que recopiló acerca de sus milagros Cesáreo, el docto Tritanio, primeramente abad de Spanhen y despues de Santiago debajo de Witzburgo, escribió tres libros enteros de las principales maravillas que obró Dios por la intercesion de la gloriosísima Virgen desde el año de 1503, en que comenzó á ser famoso este santuario, hasta el de 1511 en que él escribia. Ve aqui lo que dice acerca del origen de esta devocion.

En la granja de Melquendorff habia un rústico llamado Nicolás Lenimeler, el cual en una pendencia ocasionada por el vino salió tan mal herido y especialmente en la cabeza, que estuvo mas de un año postrado en la cama sin poder moverse, ni llevar la mano á la boca. Lo que mas le incomodaba, era que de resultas de la epilepsia, efecto de aquella causa, se le debilitó en tales términos el cerebro, que apenas sabia lo que hacia. Al cabo del año habiendo recobrado un tanto el entendimiento como por un lúcido intervalo empezó á recur-

de que la reina del cielo habia escogido aquel sitio para ser allí servida y venerada. Con efecto se erigió una iglesia, donde se obraron despues muchos milagros. El analista Bozovio, de la orden de predicadores, cita hasta veinte y cinco de los mas insignes en el año de 1583.

Alemania.

Nuestra señora de Crupne.—Nuestra señora de Cajau.—Nuestra señora de Witzburgo.—Nuestra señora de Hoechberg ó Almonte.—Nuestra señora de Dittelbach.

LXVI. Pasemos ahora á Alemania, donde la virgen María ha tenido en todo tiempo muchos buenos siervos y santuarios dedicados á su nombre. Hay ciudades y provincias enteras que son feudatarias de nuestra señora. El docto y devoto Costere da este honor al ducado de Baviera, á la Alsacia, á Magdeburgo, que en nuestra lengua significa ciudad de la Virgen, á Mariemburgo (ciudad de María), á Strasburgo, Munster, Basilea y algunas otras, siendo una prueba de ello que la moneda de la mayor parte de estas ciudades ó provincias lleva por un lado el cuño de la Virgen. No me quiero detener á hablar aquí de las hermosas y antiguas iglesias de nuestra señora de Maguncia, de Colonia, de Witzburgo, de Augsburgo, de Cleves, de Vormes, de Munich, de Ratisbona y de otras infinitas que se encuentran en todas las ciudades y lugares. Quiero seguir mi primer plan, que no es otro que indicar los principales y mas famosos santuarios de la Virgen.

LXVII. Entremos por la Bohemia y no dejaremos de encontrar así en Praga como en otras partes muestras insignes de la piedad y devocion de aquellos naturales á la Virgen santísima. Hay dos santuarios particularmente que han llegado á mi noticia: el primero se llama nuestra señora de Crupne y está cerca de Commautau: el se-

gundo se llama nuestra señora de Cajau y no dista mucho de la ciudad de Cromlam. Son dos lugares de peregrinacion muy famosos, á donde concurren dos ó tres veces al año los cofrades de las congregaciones de nuestra señora que residen en las cercanias, sin hablar de otras muchísimas personas que acuden de diferentes partes.

En la Franconia no faltarán santuarios donde María hace experimentar de cuando en cuando los benéficos efectos de su presencia. En Witzburgo la saludaremos en la hermosa iglesia que edificó el duque Hetam á persuasion del mártir S. Hilario que le convirtió á la fé. A una legua de la misma ciudad es muy famosa nuestra señora de Hoechberg ó Almonte, y se celebran mucho los milagros obrados diariamente por la intercesion de la Virgen. Se cree que esta fué la primera silla de san Burcardo, obispo de Witzburgo. Nuestra señora de Dittelbach es celebérrima en toda Franconia. A mas de lo que recopiló acerca de sus milagros Cesáreo, el docto Tritanio, primeramente abad de Spanhen y despues de Santiago debajo de Witzburgo, escribió tres libros enteros de las principales maravillas que obró Dios por la intercesion de la gloriosísima Virgen desde el año de 1503, en que comenzó á ser famoso este santuario, hasta el de 1511 en que él escribia. Ve aquí lo que dice acerca del origen de esta devocion.

En la granja de Melquendorff habia un rústico llamado Nicolás Lenimeler, el cual en una pendencia ocasionada por el vino salió tan mal herido y especialmente en la cabeza, que estuvo mas de un año postrado en la cama sin poder moverse, ni llevar la mano á la boca. Lo que mas le incomodaba, era que de resultas de la epilepsia, efecto de aquella causa, se le debilitó en tales términos el cerebro, que apenas sabia lo que hacia. Al cabo del año habiendo recobrado un tanto el entendimiento como por un lúcido intervalo empezó á recur-

rir á Dios pidiéndole perdon de sus culpas é implorando su asistencia. Estando en oracion le asaltó un dulce sueño, durante el cual se le apareció un venerable varon y le dijo que si hacia voto de ir en peregrinacion á nuestra señora de Dittelbach y llevar una vela por devocion, recobraría la salud. A poco rato despertó y repasando en su imaginacion el sueño que habia tenido, se acordó de haber rezado muchas veces delante de aquella imágen de Maria santísima. No bien lizo el voto, cuando se halló bueno y sano con gran admiracion de todos. La idea que mas le atormentaba, era la de cumplir pronto su voto: asi se puso sin tardanza en camino, y luego que llegó al santuario, oró ante la imágen por cuya intercesion habia recuperado la salud. Ya estaba para volverse sin encontrar dónde poner su vela, porque la imágen de nuestra señora estaba en el tronco de un árbol sin mas dosel ni cortina que las ramas de este. Rendido del cansancio se sentó y se quedó dormido pensando en el suceso: en el mismo instante volvió el que se le habia aparecido en sueños la primera vez, y le dijo que se fuese desde allí á Dittelbach, donde hallaria reunido el ayuntamiento; que hiciese relacion de lo que le habia acontecido; dejase allí la vela y no se alterase por ninguna cosa que pudieran decirle. Ejecutó puntualmente lo que se le habia mandado: unos escucharon lo que decia; otros no hicieron mas que reirse. Pero habiéndose divulgado la noticia, Dios tocó de tal suerte el corazon á muchísimas personas, que antes de poco tiempo fué grande el concurso; y como los repetidos milagros confirmasen las palabras del rústico, fueron cediendo á la razon aun los mas obstinados. Primeramente se estableció una casilla de madera para recibir las limosnas, y pronto se reunieron fondos para labrar allí una bonita iglesia.

Nuestra señora de Helbron ó de las Ortigas.—Nuestra señora de Retzbach.—Nuestra señora de Weyer.—Nuestra señora de las Ortigas.

El mismo Tritemio escribió otros tres libros de los milagros de nuestra señora de Helbron, llamada tambien de las Ortigas, que está igualmente en la Franconia ó Francia oriental y en la diócesis de Witzburgo. Allí comprendió las cosas mas memorables y mejor averiguadas que ocurrieron desde el año de 1442 hasta el de 1524 en que él escribia. Dice que el dia de S. Marcos del año de 1442 habiendo ido en procesion segun costumbre el clero y el pueblo de Helbron á una parroquia cercana llamada Boekinghem, cuando volvian, encontraron mas de quinientas personas reunidas en un paraje sin saber qué pedian, ni si eran amigos ó enemigos. Tratándose de averiguar quiénes eran, se supo que la causa de tal concurso era un milagro obrado hacia pocos dias por nuestra señora de las Ortigas (era una imágen de la virgen de los Dolores, oculta por las ortigas que habian crecido al rededor). Decian ellos que al hijo de un aldeano le pasó un carro por encima del cuerpo y le dejó tan estropeado, que era imposible que el muchacho sobreviviese una hora siquiera; mas habiéndole ofrecido el padre á nuestra señora de las Ortigas con promesa de que sería su vasallo toda la vida en caso que alcanzase la salud, en un instante quedó sano el lisiado. Llegada á oidos de los de Helbron la noticia de este suceso, todos quisieron ir á ver la imágen y oír á aquellos aldeanos. Desde luego se hizo muy célebre el lugar, y se obraron tantos milagros y se recogieron tan copiosas limosnas, que en poco tiempo hubo para labrar una iglesia muy hermosa y un convento. Este se dió en el año 1447 á los religiosos del Cármen por autoridad del sumo pontífice Nicolás V y del obispo de Witzburgo (Go-

dofredo. Yo dejaría manca esta historia, si omitiese una cosa muy notable que ocurrió aun antes que se descubriera la imágen. Pasando un labrador con su mujer por delante de la tapia donde estaba la sagrada imágen, la mujer la divisó entre las ortigas y exhortó á su marido á que la saludara; pero como este la ínstase á proseguir el camino, la mujer le dijo que se fuera delante y que ella le seguiría de contado. El hombre volvió la cabeza de cuando en cuando, y viendo que no parecía su mujer, retrocedió y la halló tendida en el suelo delante de la imágen. Figuróse que dormía y le dió varios empujones hasta que la hizo levantar y supo de su boca todo lo que había pasado en aquel breve rato. Ella le confesó que admirada de la hermosura de nuestra señora había tenido deseos de llevársela á su casa y erigirle un oratorio y que con efecto se adelantó para poner por obra su designio; pero que á medida que alargaba la mano, oyó una voz muy clara é inteligible que la reprendía por su temeridad y la prohibía tocar la imágen, añadiendo que tiempo vendría en que se diese á conocer y aquel lugar fuese uno de los mas famosos del país. Dijo la mujer que se había apoderado de ella un terror tan grande, que cayó como muerta. Su marido no hizo mucho caso de esta relacion; antes la prohibió formalmente decir una palabra á nadie, porque no se burlasen de ella. La mujer calló por algun tiempo; pero llegada la cuaresma no pudo contenerse y se lo contó á su confesor, el cual la remitió á un docto religioso. Este le impuso el mismo silencio, y ella le guardó escrupulosamente hasta que las grandes maravillas obradas por Dios mediante la intercesion de la sagrada imágen la forzaron en cierto modo á publicar lo que había acontecido. Esta relacion fué uno de los motivos que alegaron los carmelitas para pedir al padre santo la posesion de dicho lugar. Tambien poseen á nues-

tra señora de Retzbach una legua mas adelante. En la misma Franconia oiremos hablar de nuestra señora de Weyer, monumento de la piedad de Oton, obispo de Bamberg, que habiendo mamado con la leche la devocion á María le edificó aquella iglesia para merecer su asistencia en la conversion de los pueblos. Él mismo hizo la dedicacion, y la Virgen santísima no tardó en mostrar su complacencia obrando diversos milagros en aquel lugar y continuándolos hasta hoy. Cerca de Nuremberg en la misma provincia hay un manzano que por algunos años consecutivos no ha dejado de echar en Nochebuena manzanas del tamaño de un dedo para honrar á lo que se cree el parto de María, que dió al mundo el verdadero fruto de vida. Es cosa admirable ver á aquel árbol dar fruto cuando todo el país está cubierto de nieve. Juan Nider, dominico sueco y testigo ocular de semejante maravilla, afirma que conferenció sobre ella con varios ilustres personajes del concilio de Basilea y que no hubo quien creyese pudiese suceder naturalmente una cosa tan extraordinaria, en que no había arte, ni industria alguna. Al lado de la ciudad de Heilbrun en los confines de la Franconia está el famoso santuario de nuestra señora de las Ortigas, á donde concurren muchas personas atraídas de las gracias que dispensa el cielo.

La casa de la Virgen.— Nuestra señora de Trr.— Nuestra señora de Heildesem. ®

LXVIII. Bajando por la orilla del Rin veremos á dos leguas cortas de Spirá un santuario muy frecuentado por los milagros que allí se obran: se llama en aleman Waghenselein ó Magdthenselein, es decir, la casa de la Virgen. Cerca de Ringhau, que está mas arriba de Maguncia, hay un devoto santuario llamado Marienthal

ó el valle de María. Muy cerca de Colonia se enseña la iglesia y monasterio de nuestra señora de Trut. Es obra del emperador Oton, quien dió la direccion de ella al arzobispo de Colonia S. Heriberto, que quiso ser enterrado allí. Cuando se trazaba el plan del edificio, ocurrió al santo prelado una cosa memorable, porque no sabiendo dónde situarle recurrió á la virgen María y la suplicó con muchísima humildad que se sirviese darle alguna señal de su voluntad. La madre de misericordia decretó al punto su memorial y le señaló cierto lugar donde antes eran adorados los demonios, diciendo que su intencion era que donde habia reinado el pecado, reinase la justicia en la muchedumbre de los santos.

LXIX. En el ducado de Brunswich veremos en la iglesia y monasterio de nuestra señora de Heildesem los vestigios de la singularísima devocion de Luis el Benigno, hijo del emperador Carlo Magno, á la virgen Maria. Salió de caza aquel príncipe sin mas compañía que su capellan, y cuando se internó bastante en los bosques, quiso rezar sus oraciones acostumbradas; para lo cual echó pie á tierra y se hincó de rodillas ante la sagrada imágen que llevaba consigo á todas partes. Así que acabó volvió á montar á caballo: el capellan con la prisa de seguir al emperador dejó olvidada la imágen y no se acordó hasta que á la mañana siguiente fué necesario prepararla para el rezo del monarca. Entonces montó á caballo para ir á buscarla con toda diligencia; lo que le costó mucha fatiga, porque el bosque era bastante dilatado. Al cabo la encontró; pero le fué imposible arrancarla del sitio donde estaba, de modo que tuvo que volverse sin ella y contar al emperador lo que habia pasado. El príncipe piadoso y benigno no se dió por entendido; mas á la noche se le advirtió que edificase una iglesia en el mismo sitio donde habia dejado la imágen; lo que ejecutó al punto añadiendo un monasterio mag-

nífico con una fundacion real. El lugar se llamó Heildesem, segun refiere Alberto Krants.

Aquisgran.

LXX. No hay cosa mas excelente en el ducado de Juliers que la iglesia de la virgen de Aquisgran; de donde la ciudad misma ha tomado el nombre. Es la pieza maestra de la devocion y de la munificencia regia del emperador Carlo Magno, que la hermoseó con muchas columnas de mármol, la enriqueció con varias y preciosas reliquias y especialmente con la camisa de la Virgen, la dotó perpetuamente con real esplendor é hizo celebérrima la solemnidad de enseñar aquella alhaja inestimable. Cada siete años se enseña por espacio de trece dias desde el 10 de julio, y es tan grande el concurso de personas que van de todas las partes de Alemania, de Francia, del País Bajo, de Esclavonia, de Sajonia, de Frisia, de Hungría, de Bohemia y otras naciones, que el año de 1440 murieron diez y nueve y salieron heridas gravemente ochenta en las apreturas. Los esclavones, los húngaros y los bohemios tienen altares particulares con sus capellanes dedicados al servicio de ellos y á la administracion de sacramentos durante aquellas fiestas. Seria interminable este discurso si hubiera yo de contar todas las particularidades: el que guste, puede leer á Avantino en el libro cuarto de la Historia de Baviera, á Pedro Breek en sus indagaciones sobre Aquisgran y á Balinghen en su inventario de las reliquias de la Virgen santísima.

LXXI. Poco á poco hemos llegado al electorado de Tréveris, donde hay una iglesia de nuestra señora que me empeña en una narracion, en que no me meteria, si no tuviera por fiadores algunos autores doctos y fidedig-

nos (1); porque no puede negarse que la cosa es extraordinaria y tiene lances singulares y que tal vez induzcan sospecha. Cuando el santo arzobispo Hidulfo ocupaba la silla de Tréveris por los años de 740, se ajustó una liga católica contra los paganos é idólatras y se presentó como uno de los caudillos de tan santa empresa el palatino de Tréveris Sifredo, príncipe generoso, entendido en la guerra y animado de ardiente zelo por la propagacion del cristianismo. Estaba entonces casado con Genoveva, princesa de Brabante y señora tan ilustre por su virtud como por su sangre, entre cuyas prendas peregrinas descollaba una devocion ternísima á la virgen Maria. Tanta hermosura y tan singulares perfecciones hicieron temer al celoso Sifredo que acaso con motivo de su ausencia fuese cogida en los lazos amorosos de los que suspiraban por ella, si la dejaba en el palacio y ciudad de Tréveris. Determinó pues al tiempo de resolver su partida sacarla de allí y llevarla á un lejano castillo cerca de la ciudad de Meifeld, donde mandó se reunieran los castellanos, caballeros y barones que dependian de él, y donde eligió con el parecer y consejo de los mismos por lugarteniente en sus estados á Golon, á quien tomó segun la costumbre el juramento solemne de fidelidad. A la noche siguiente, víspera de su partida, durmió con su mujer, la cual concibió de él por la voluntad de Dios y la intercesion de la Virgen, de quien habia alcanzado contra la esperanza de muchos que Genoveva sería madre. Por la mañana despues de recomendar encarecidamente á Golon el amor y cuidado de sus buenos vasallos y sobre todo la guarda de su querida esposa se despidió de ella. Y aunque el valor le contuvo como

(1) Addilion. ad Molan. de vol. 2 et antiquis sacelli monsanctis belguis: Eryc. Putean.: mentis Rader in Bavaria sancti Frofer., De origine Palatinat.,

una represa por algun tiempo, al cabo el profundo dolor de una separacion tan cruel le obligó á dar rienda suelta al llanto y mezclar sus lágrimas con las de su mujer, mucho mas cuando la vió en sus brazos desmayada de pena. No podia suceder otra cosa siendo los corazones de ambos tan tiernos y amorosos. Así se partió de sus estados el palatino Sifredo despues de hacer oracion á la Virgen y se dirigió con sus caballeros y comitiva al Abra para embarcarse con el ejército y dar la vela hácia los países á donde le llevaba su animoso zelo.

LXXII. El lugarteniente Golon que visitaba con frecuencia á la esposa del palatino ya por cortesania, ya para comunicarle por atencion lo que ocurría, no tardó mucho en arder en la llama de una pasión ilícita, y ciegamente prendado de aquella señora se atrevió á solicitarla con criminal descaro. Genoveva le dió repulsa con la sequedad y el desprecio merecido. Así como las espinas de que está rodeada la rosa, estimulan el deseo de los que quieren cogerla, así esta repulsa no sirvió mas que para avivar el torpe afecto de Golon y hacerle discurrir ardides á fin de sorprender á la casta princesa. Determinó pues fingir cartas llegadas de remotas regiones, en que se hacia particular mencion del lastimoso destroz del palatino y su ejército ahogado en el mar de resultas de una deshecha borrasca. Comunicadas estas cartas á la princesa, Golon preparó para una noche un triste tema á sus lamentos, porque no obstante que ella tenia conformidad con la voluntad de Dios, tardó mucho tiempo en enjugar sus lágrimas y calmar su justo dolor, como si aquella muerte hubiera eclipsado de repente el hermoso dia de todos sus contentos. Al fin volviendo los ojos á su buena madre la virgen Maria, en quien ponía toda su confianza y á quien encomendó el consuelo de su atribulado corazon, se halló embargada de un dulce sueño como suele acontecer en tales casos.

Durante él le pareció ver á la amable consoladora de los afligidos, que se le presentaba con rostro risueño y placentero y le decia tuviese valor y no llorase la muerte de su marido, el cual se habia librado sano y salvo de los peligros, aunque habian perecido algunos de los suyos. Esta alegre nueva junto con la halagüena visita de la Virgen disipó toda la tristeza que tenia anublado el corazon de Genoveva. Así es que despertando á poco rato, todos se quedaron admirados al ver mudado su semblante y trocada en gozo la afliccion. Golon que hacia de carcelero, advirtió esta mudanza sin saber la causa, y para contribuir á su contento mandó se la tratase espléndidamente: luego quedándose solo con ella y creyendo vencer al primer asalto la resolución de la princesa le habló en estos términos: « Bien me esperaba yo, señora, que vuestro valeroso ánimo venciese pronto el dolor, aunque tan vehemente y tan justo, ocasionado por la muerte del principe vuestro esposo y que todos tendríamos el gusto de ver que vuestra constancia al principio un poco vacilante se resistiera á los embates del sentimiento y la afliccion. Esta gloria es vuestra; á nosotros nos queda el deseo de proporcionaros en adelante toda especie de contento; lo cual me mueve á proponeros con confianza que no tardeis en pensar en nuevas nupcias. Y no tengo reparo de deciros que al punto á que han llegado las cosas, no debeis de ningun modo rechazar el buen afecto de aquel á quien el principe difunto dejó encomendada la gobernacion absoluta de sus estados. » Su frenética pasion, que se inflamaba á medida que él hablaba, no le dejó decir mas, aunque tuvo la avilantez de querer besar á la princesa; mas ella habiéndose desviado con semblante muy severo y confiada enteramente en la proteccion de la Virgen le descargó una bofetada en la cara con todas sus fuerzas. Sorprendido en gran manera quedó Golon, el cual para vengar ta-

maño desprecio mandó al punto encerrarla rigurosamente en su cámara despidiendo á todas las damas de su servidumbre. En tal estado permaneció un buen espacio de tiempo sin tener á quién quejarse del rigor que ejercian con ella, sufriendo los disgustos y el fastidio de un cautiverio tan duro por la firme esperanza del auxilio de Maria. Hallábase ya en el término de su preñez y con dificultad pudo alcanzar le facilitasen una partera para asistirle: al fin dió á luz un hermoso niño, que será en parte objeto de una historia lastimosa.

LXXIII. Continuó guardada con esta severidad hasta que pasó el tiempo del sobreparto, y habiendo llegado por entonces un mensajero con cartas del palatino, que participaba su regreso, el traidor Golon quedó sumamente sorprendido y temeroso de la justa ira de su señor. No obstante resolvió por consejo de cierta mujer disimular y prevenir la acusacion de la princesa acusándola calumniosamente á ella de que el niño recién nacido era hijo de un criado de baja esfera. Este inicuo desig- nio le salió tan bien, que habiéndose adelantado á recibir á su señor en cuanto supo su llegada á Strasburgo, aprovechó la ocasion para manifestarle con un discurso estudiado que la princesa habia manchado indignamente el tálamo nupcial y le persuadió á que pusiera donde no le diese el sol, á la que era objeto de escándalo público y de la infamia de su casa. El palatino extremadamente enojado con una noticia tan inesperada despues de soltar algunas quejas amargas contra la Virgen, á quien habia encomendado la guarda de su mujer, mandó á Golon que se adelantase y diese orden de hacer perecer á la madre y al hijo, para que no volviera él á tener noticias de ninguno de los dos. Por este mandato temerario se hizo instrumento del furor de su lugarteniente, cediendo sin reflexionar á la primera impresion. El traidor Golon en cuanto recibió la orden, se apresuró á cumplir-

la para saciar su ira, y mandó á algunos soldados pena de la vida que llevasen la madre y el hijo á un bosque impenetrable y los echasen en un lago. A los pobres soldados les costó un gran esfuerzo el contener su sentimiento; pero por librar la vida aparentaron obediencia y llevaron las infelices victimas al interior del bosque. Cuando se vieron allí solos, empezaron á discurrir cómo podrian salvar unos inocentes condenados á una muerte tan cruel. Todos ellos estaban resueltos á no quitar la vida á unas personas dignas del mas profundo respeto, y preferian dejarlas expuestas á la saña de las fieras antes que manchar sus manos con sangre inocente; pero temian que si la madre y el hijo se libraban del peligro de las fieras, el hambre los forzase á salir del bosque para buscar qué comer. Con todo fiados en la palabra de la princesa, que les prometió no salir jamás por su voluntad del lugar donde la dejaban, se marcharon no sin derramar muchas lágrimas y con el corazon traspasado de dolor viéndose á una señora de tal mérito y tan principal victima de un malvado y falta de todo remedio en lo humano. Mas tuvieron la advertencia de arrancar la lengua á un pernillo que los habia acompañado, para dar una muestra á Golon de que habian cumplido su encargo. Y fué bien discurrido, porque no tuvieron otro medio para asegurar á aquel mónstruo que sus órdenes quedaban cumplidas, que enseñarle la lengua del perro.

LXXIV. Mientras el perverso Golon celebraba lo bien que le habian salido sus ardides, la infeliz princesa estaba anegada en llanto, sola y desamparada en un bosque, donde no veia mas que riscos y peñascos horribles. Su angustiado corazon estaba dividido entre el cuidado de sustentar á su tierno hijo (hacia un mes que habia parido) por no poder darle de mamar, el temor de las fieras y el despecho por el cruel tratamiento de Golon: todo esto era bastante para quebrantar su valor

y sumirla en la desesperacion, si su virtud y su devocion á la Virgen santísima no le hicieran tolerables tantas desgracias. Recurrió pues á Maria, en quien tenia toda su esperanza, conjurándola por las entrañas de su misericordia que la socorriese en aquel apuro. La Virgen que tiene siempre los oidos abiertos y el corazon blando para socorrer á los afligidos, y mas si son inocentes, hizo llegar á la princesa estas palabras como llevadas en alas del céfiro: Mi amada Genoveva, yo no te desampararé jamás. Estas palabras parece que enjugaron de golpe sus lágrimas, calmaron sus penas y derramaron en las llagas de su corazon el bálsamo suave del consuelo, que conservó mientras estuvo en aquella soledad. Después de oidas estas palabras vió echarse á sus pies á una cierva enseñando sus ubres llenas de leche, que acercó á la boca del niño; así tuvo este el sustento adecuado, y ella se alimentó de bellotas y plantas silvestres. Por seis años y tres meses llevó con admirable paciencia esta vida dura y penosa guareciéndose en el hueco de un árbol, al rededor del cual habia hecho una estacada para librarse de los asaltos de las fieras. Al cabo de tanto tiempo sucedió que un dia hácia la fiesta de la Epifanía se le antojó al palatino salir á cazar en compañía de una multitud de nobles que tenia convidados, al bosque mismo donde vivia la infeliz princesa; y habiendo los cazadores arrojado de su cama con las jaurías á la cierva que servía de nodriza al niño, la obligaron á ir á echarse á los pies de este, que era su guarida mas comun.

LXXV. El palatino y buen número de ojeadores la habian perseguido largo trecho, y acercándose al sitio donde se habia refugiado, quedaron asombrados de ver á una mujer desconocida que esgrimia un palo grueso para defender á la cierva de los perros. La curiosidad por saber quién era aquella mujer hizo que

el palatino mandara retirar los perros, y luego llegando a ella la preguntó acerca de su religion, de su método de vida en la soledad, del tiempo que llevaba allí, del niño y de la cierva que le habia criado maravillosamente. Aunque las delicadas facciones de la princesa se habian echado a perder con el aire, el sol y la abstinencia, el palatino empezó a sospechar si aquella seria su mujer, y queriendo cerciorarse la reconoció mas de cerca, y por ciertas señales y por un anillo, prenda de su antiguo cariño, se convenció hasta la evidencia de que lo era en efecto. Lo mismo juzgaron cuantos la habian conocido en otro tiempo. Todos los espectadores lloraban de alegría y mas que todos el buen palatino, que cediendo a los impulsos del amor y la compasion juntamente echó los brazos a su desdichada cuanto virtuosa esposa.

Deseoso de saber por boca de ella la perfidia de Golon (de que siempre habia habido grandes sospechas) le preguntó todas las particularidades, y Genoveva contó punto por punto, aunque con brevedad, cómo el inicuo lugarteniente por vengar el desaire recibido mandó llevarla al bosque y echarla en un lago con su hijo, y cómo la habian librado de este peligro la Virgen santísima y los compasivos ejecutores de la sentencia. Fué tal el coraje de todos los caballeros, que viendo acercarse a Golon con el resto de los ojeadores quisieron despedazarle en el acto; pero lo impidió el palatino, el cual mandó cogerle por los cabezones para deliberar qué suplicio se le impondria. A poco rato fué sentenciado a ser descuartizado por cuatro toros bravos, y allí mismo se ejecutó la sentencia. El palatino despues de pedir perdon llorando a su querida esposa por haber hecho juicio temerario de su virtud y fidelidad acendrada no pensó mas que en entregarse a la alegría y en celebrar festejos públicos que duraron mu-

chos dias en Tréveris y en todos sus estados. Mas la agradecida princesa queriendo perpetuar la memoria de las mercedes que habia recibido de Dios y de su santísima madre, pidió con instancias que en el mismo sitio donde habia habitado en el desierto, se labrase una iglesia dedicada a la beatísima Trinidad y a la gloriosa virgen Maria; lo cual se cumplió inmediatamente, y el templo fué consagrado por el arzobispo Hidulfo y dotado con pingües rentas para celebrar los divinos oficios. En este santuario frecuentado de los pueblos se obraron grandes prodigios y curaciones milagrosas. Parecia que no faltaba desear otra cosa sino que la buena princesa Genoveva gozase por mucho tiempo de los felices dias que le preparaban el amor de su esposo y el afecto y fidelidad de sus pueblos; pero prefirió ir a gozar del dia eterno en el cielo, y el 2 de abril a los tres meses de haber sido hallada en el bosque entregó su espíritu en manos del Criador y de la virgen Maria.

Nuestra señora de Clos Evard.—Marienthal.—Nuestra señora de las Tres espigas.—Nuestra señora de Aldrun.

LXXXVI. A legua y media de Tréveris hay una hermosa iglesia en un lugar llamado Clos Evard. Un viñador, gran siervo de la Virgen santísima y muy amante de la castidad, puso por devocion particular una imágen de esta señora sobre el tronco de un árbol que habia en un paraje desierto. Allí solia postrarse y dar culto y veneracion a Maria santísima. Esta al cabo de algun tiempo le pidió que la pusiera bajo techado, y el buen hombre construyó una choza y colocó en ella la sagrada imágen con el mismo afecto con que Salomón edificó el soberbio templo de Jerusalem. Divulgada la noticia acudieron muchos fieles de diversas partes, y los milagros allí obrados no solo aumentaron la

devocion, sino las limosnas y donativos; de modo que en poco tiempo se pudo labrar una capilla mas espaciosa que la primera. Luego se edificó una iglesia, que en el año 1449 fué dedicada por el arzobispo de Tréveris Santiago le Sireq. Finalmente aquel santuario vino á parar á manos de los canónigos reglares de san Agustin, quienes labraron de nuevo una hermosísima iglesia aumentando considerablemente el culto de la Virgen.

En la misma ciudad de Tréveris á mas de la antigua iglesia de nuestra señora que está contigua á la catedral, tenemos el insigne monasterio de nuestra señora del Granero, titulado así porque con efecto era el granero del rey Dagoberto. La hija de este santa Irmina, á cuyo poder vino á parar aquel edificio, le convirtió en un hermoso monasterio dotándole con pingües rentas: ella fué la primera abadesa.

LXXVII. En Alsacia veremos una iglesia pequeña, que se llama tambien Marienthall como la otra situada á orillas del Rin, de que ya hemos hablado. Ambas á dos las poseen los padres de la compañía de Jesus, y el gran concurso de los pueblos aledaños muestra bien que la Virgen dispensa sus gracias con mano liberal. Cerca de Colmar, que está tambien en la Alsacia, enfrente de los montes Vosgas hay otra llamada comunmente nuestra señora de las Tres espigas, y otra titulada nuestra señora de Aldrun ó de la fuente vieja á una legua de Molsgem.

Nuestra señora de las Ermitas.

LXXVIII. Apenas se encontrará un santuario mas famoso que el de nuestra señora de las Ermitas en Suiza. Aunque no hubiera otra prueba que el haber quedado siempre en pie en medio de los trastornos y discordias civiles suscitadas por los religionarios, sería bastante

para reconocer que la Virgen santísima gusta sobremodera de ser venerada allí. Al principio no fué mas que una ermita pequeña enmedio de un dilatado bosque, servida por S. Meinrado: despues S. Odon obedeciendo la órden recibida del cielo por conducto de los santos Uldarico y Conrado mandó edificar una buena iglesia en honor de la reina del cielo al rededor de la capilla antigua. No es cosa de olvidar aquí lo que sucedió en la consagracion de esta iglesia el año 1418, y lo refieren el papa Leon VIII en una bula expedida á favor de ella y Conrado, obispo de Constanza, que la consagró, en el libro intitulado: *Secreto de los secretos*. Habiendo suplicado un abad de S. Benito, de quien era el lugar, al obispo Conrado que fuera á consagrar la ermita de la Virgen y la iglesia que hay al rededor, resolvió el obispo pasar en aquel santuario, que sabia ser singularmente predilecto de la reina de los ángeles, una buena parte de la noche en compañía de algunos religiosos. A cosa de las doce cuando estaban orando con fervor, entró en la capilla el salvador del mundo revestido de una casulla morada: á su rededor estaban los ángeles incensando continuamente el altar; detrás los cuatro evangelistas quitándole y poniéndole la mitra que llevaba en la cabeza segun las ceremonias de la iglesia: S. Pedro tenia el báculo y S. Gregorio le asistia; S. Ambrosio y S. Agustin estaban á los dos lados; S. Miguel era el maestro de capilla; S. Lorenzo servia de diácono y S. Esteban de subdiácono. Entre estos astros brillantes la Virgen que estaba junto al altar, resplandecia como el sol en el estío. Las ceremonias se hicieron del modo acostumbrado en la iglesia sin mas que decir al *Sanctus: Sanctus Deus in aula gloriosæ Virginis, miserere nobis*; es decir: Dios santo en el templo de la gloriosa Virgen, ten piedad de nosotros. El *Benedictus* se cantaba así: *Benedictus Mariæ filius in æternum regnaturus, qui venit in nomine Domini*; es decir:

Bendito el hijo de Maria que ha de reinar eternamente y que viene en el nombre del Señor. El *Agnus Dei* se cantaba de esta manera: *Agnus Dei, miserere vivorum in te credentium, miserere nobis: Agnus Dei, miserere mortuorum in te pie quiescentium, miserere nobis: Agnus Dei, da pacem vivis et defunctis in te pie regnantibus*; es decir: Cordero de Dios, ten piedad de los vivos que creen en ti, ten piedad de nosotros. Cordero de Dios, ten piedad de los muertos que descansan piadosamente en ti, ten piedad de nosotros. Cordero de Dios, da paz á los vivos y á los difuntos que reinan piadosamente en ti. Cuando decia nuestro Señor: *Dominus vobiscum*; respondian los ángeles: *Qui sedet super Cherubim et intuetur abyssos*; esto es, que está sentado sobre los querubines y contempla los abismos.

Conrado que habia considerado atentamente todas estas maravillas, quedó embargado y atónito por muchísimo tiempo, de modo que ya estaba el sol cerca de la mitad de su carrera y no se hablaba aun de empezar la consagración, porque nadie se atrevia á interrumpir la contemplación del santo prelado. Al fin los obispos y abades que habian acudido para asistir á la ceremonia, le instaron á que principiase por la mucha gente que esperaba. Habiéndoles declarado Conrado lo que habia ocurrido por la noche, y cómo nuestro Señor habia consagrado la capilla, los prelados se echaron á reir juzgando que era un sueño. Pero como reiterasen sus instancias, se oyó una voz que dijo tres veces distintamente: «Despacio, hermano, despacio; que la capilla está ya consagrada.» Al oír estas divinas palabras todos cedieron, y el obispo se contentó con consagrar la iglesia que hay al rededor de la capilla, bajo el título de S. Mauricio y compañeros mártires. Hace algunos años parte del bosque inmediato á la santa capilla fué asolado por un incendio, sin que el fuego tocase á aquella, ni á la iglesia contigua, ni á los edificios de al rededor.

Nuestra señora de la Colina.—Nuestra señora de Tours.—Nuestra señora de Berlin.—Nuestra señora de la Capilla.—Nuestra señora de Ratisbona.—Nuestra señora de Oetinghen.—Nuestra señora de Salzburgo.—Nuestra señora de Etalen.—Nuestra señora de Scheir.—Nuestra señora de Allerstoff.—Nuestra señora de Neukirken.—Nuestra señora de Cellos.

LXXIX. La ciudad y canton de Friburgo veneran particularmente á la Virgen bajo cuatro títulos en cuatro diversos lugares, frecuentados todos de grandísimo número de fieles. El primero es nuestra señora de la Colina, llamada comunmente nuestra señora de Bourdillon, que es una linda capilla con un hospital para los pobres de S. Lázaro á un cuarto de legua de la ciudad. Allí se obran muchos y grandes milagros, especialmente con los niños que nacen muertos. El segundo es nuestra señora de Tours edificada en dominios de los herejes: esta capilla se labró por haber aparecido la Virgen en un espino. El tercero es nuestra señora de Berlin, muy célebre en todo el país por los votos que se hacen, en particular para sanar de los dolores de cabeza. El cuarto es nuestra señora de la Capilla, cuya memoria quisieron borrar los herejes al renegar de la fé de sus mayores; pero en vano, porque sus esfuerzos únicamente sirvieron para hacerla siempre mas célebre. Lo mismo sucede en los otros cantones; mas no han llegado á mis manos los documentos.

LXXX. Considerando cómo solo el ducado de Baviera se ha conservado ileso en medio del incendio general de tantas provincias asoladas por haber arrojado una millarada de herosiarcas la tea fatal en aquella nacion belicosa, sin dificultad me persuado á que ha intervenido de veras la reina del cielo movida del singular afecto que le profesaron siempre los principes de aquella ilustre casa, de que han dado pruebas de muchas diferentes maneras. Testigo la hermosa iglesia de Ratisbona, con-

sagrada por S. Ruperto, obispo de Salzburgo y apóstol de Baviera (1), y fundada por el duque Teodon despues que recibió el bautismo de las manos de aquel santo. Testigo la de Oettinghen dedicada por el mismo santo despues que bautizó al duque Uton (2). Testigo el insigne monasterio de Salzburgo, donde el santo apóstol dió el velo á su hermana Erentrudis, cuya santidad derramó suave perfume por toda la Alemania (3). Testigo el de Etalen, que fué edificado por la munificencia del emperador Luis IV, quien dejó allí la efigie de la Virgen, su compañera inseparable en el viaje de Italia á Baviera (4). Testigo el de Scheir, con motivo del cual contaré una cosa singular que aconteció cuando la Virgen fué puesta en posesion de aquel santuario (5). Todos los que estaban emparentados con la casa de los condes de Scheir ó que podian tener algun derecho á su herencia, cedieron libre y espontáneamente en favor de la virgen Maria todos sus derechos al castillo de Scheir, para que se convirtiese en iglesia y monasterio dedicado al servicio de la misma Virgen: solo uno no quiso consentir diciendo que daba su parte al diablo y al mismo tiempo tiró al aire un guante como prenda del derecho que le cedia. ¡ Cosa singular! Apenas hubo proferido estas palabras, le cogieron los demonios, se le llevaron á preséncia de todos y le arrojaron en un lago inmediato, para que aprendiesen todos con este escarmiento lo que cuesta el mofarse de la madre de Dios.

Cerca de Biburgo deleita sobre manera ver el concurso que hay á nuestra señora de Allestorff, donde de dia

(1) Canis. de B. Virg., l. 5, cap. 25.

(2) Baron. año 590.
(3) Trithem., De origine gentis et principum batavorum.

(4) Crantz., l. 4 Metropol. car.

(5) Trithemio en el lugar citado.

en dia se aumenta la devocion por los frecuentes milagros que se obran. Lo mismo digo de nuestra señora de Neukirken ó de iglesia nueva, llamada comunmente nuestra señora de la Sacratísima sangre, que es un devoto santuario.

LXXXI. A una legua de Grés en la Stiria es venerada la Virgen santísima. Antes de llegar al santuario se encuentran catorce columnas, siete á un lado del camino y siete á otro; que se colocaron en memoria de los misterios de la madre de Dios. Esta era la devocion ordinaria de la serenísima princesa Maria, esposa del archiduque Cárlos y madre del emperador Fernando, actualmente reinante. Aquella señora incomparable iba todos los sábados con sus hijas, y en cuanto se acercaban á la primera columna, se apeaban del coche, se hincaban de rodillas y oian las letanias de la Virgen cantadas á música. De allí pasaban á otra columna y las visitaban todas hasta llegar á la iglesia. También tenia gran devocion á nuestra señora de Celles, que está á treinta leguas de Grés, y nunca iba allí sin que su corazon se derritiese de ternura y sus ojos derramasen copiosas lágrimas.

Hungria.

LXXXII. Si hay un reino que pueda gloriarse de ser de la reina de los ángeles, es la Hungria, cuyo apóstol y rey S. Estéban transfirió la soberanía á aquella señora contentándose con ser su lugarteniente: de ahí proviene que aun hoy es llamada en todo el reino la señora. Si uno pronuncia el dulce nombre de Maria, al punto todos los presentes hincan ambas rodillas y se postran hasta tocar el suelo con la cabeza. A mas de otras varias cosas que hizo en honor de Maria santísima el glorioso S. Estéban (de quien hablaré en otro lugar con mayor extension), edificó, alhajó y dotó rica-

sagrada por S. Ruperto, obispo de Salzburgo y apóstol de Baviera (1), y fundada por el duque Teodon despues que recibió el bautismo de las manos de aquel santo. Testigo la de Oettinghen dedicada por el mismo santo despues que bautizó al duque Uton (2). Testigo el insigne monasterio de Salzburgo, donde el santo apóstol dió el velo á su hermana Erentrudis, cuya santidad derramó suave perfume por toda la Alemania (3). Testigo el de Etalen, que fué edificado por la munificencia del emperador Luis IV, quien dejó allí la efigie de la Virgen, su compañera inseparable en el viaje de Italia á Baviera (4). Testigo el de Scheir, con motivo del cual contaré una cosa singular que aconteció cuando la Virgen fué puesta en posesion de aquel santuario (5). Todos los que estaban emparentados con la casa de los condes de Scheir ó que podian tener algun derecho á su herencia, cedieron libre y espontáneamente en favor de la virgen Maria todos sus derechos al castillo de Scheir, para que se convirtiese en iglesia y monasterio dedicado al servicio de la misma Virgen: solo uno no quiso consentir diciendo que daba su parte al diablo y al mismo tiempo tiró al aire un guante como prenda del derecho que le cedia. ¡ Cosa singular! Apenas hubo proferido estas palabras, le cogieron los demonios, se le llevaron á preséncia de todos y le arrojaron en un lago inmediato, para que aprendiesen todos con este escarmiento lo que cuesta el mofarse de la madre de Dios.

Cerca de Biburgo deleita sobre manera ver el concurso que hay á nuestra señora de Allestorff, donde de dia

(1) Canis. de B. Virg., l. 5, cap. 25.

(2) Baron. año 590.
(3) Trithem., De origine gentis et principum batavorum.

(4) Crantz., l. 4 Metropol. car.

(5) Trithemio en el lugar citado.

en dia se aumenta la devocion por los frecuentes milagros que se obran. Lo mismo digo de nuestra señora de Neukirken ó de iglesia nueva, llamada comunmente nuestra señora de la Sacratísima sangre, que es un devoto santuario.

LXXXI. A una legua de Grés en la Stiria es venerada la Virgen santísima. Antes de llegar al santuario se encuentran catorce columnas, siete á un lado del camino y siete á otro; que se colocaron en memoria de los misterios de la madre de Dios. Esta era la devocion ordinaria de la serenísima princesa Maria, esposa del archiduque Cárlos y madre del emperador Fernando, actualmente reinante. Aquella señora incomparable iba todos los sábados con sus hijas, y en cuanto se acercaban á la primera columna, se apeaban del coche, se hincaban de rodillas y oian las letanias de la Virgen cantadas á música. De allí pasaban á otra columna y las visitaban todas hasta llegar á la iglesia. También tenia gran devocion á nuestra señora de Celles, que está á treinta leguas de Grés, y nunca iba allí sin que su corazon se derritiese de ternura y sus ojos derramasen copiosas lágrimas.

Hungria.

LXXXII. Si hay un reino que pueda gloriarse de ser de la reina de los ángeles, es la Hungria, cuyo apóstol y rey S. Estéban transfirió la soberanía á aquella señora contentándose con ser su lugarteniente: de ahí proviene que aun hoy es llamada en todo el reino la señora. Si uno pronuncia el dulce nombre de Maria, al punto todos los presentes hincan ambas rodillas y se postran hasta tocar el suelo con la cabeza. A mas de otras varias cosas que hizo en honor de Maria santísima el glorioso S. Estéban (de quien hablaré en otro lugar con mayor extension), edificó, alhajó y dotó rica-

mente una magnífica iglesia dedicada á la Virgen en Alba Real, capital de sus estados. Allí habia varias mesas de altar de oro fino con gran cantidad de las mas exquisitas piedras preciosas: la sacristia estaba abastecida de riquísimos ornamentos cuales no habia en los primeros templos del mundo. Pero me falta el tiempo para detenerme en esto.

La Tracia.

LXXXIII. No sé por dónde dar principio al alto é inimitable proyecto del emperador Constantino Magno, el cual intentando igualar con la capital de todo el orbe la reina de las ciudades de Oriente, llamada por él Constantinopla en vez de Bizancio como se nombraba antes, y de hacer que con razon se apellidase la nueva Roma, no discurrió mejor medio que dedicarla á la madre de Dios. Así lo hizo bajo el pontificado del patriarca Alejandro el día 15 de mayo del año de 550 y vigésimoquinto de su imperio con toda la solemnidad que puede discernirse, habiendo convidado á todos los padres congregados en el concilio de Nicea. Este acto se ejecutó en medio del regocijo general de todos los presentes, á cuyo propósito referiré una cosa muy notable que habia acontecido cuatro años antes á aquel religioso emperador (1). Estando ocupado en preparar en su ciudad una iglesia á nuestra señora que fuese digna de esta y del que la edificaba, y habiendo mandado llevar columnas de una altura prodigiosa y de un tamaño proporcionado (tenian diez y seis pies en redondo), el que dirigia la obra ya estaba desalentado y habia perdido la esperanza de levantarlas en alto; pero la Virgen santísima que queria

(1) Gregor. Turon., De gloria mart., cap. 9.

dar al emperador un testimonio de que aceptaba la obra y el afecto, se apareció en sueños al arquitecto y le dió trazas para levantarlas con muy poca industria y aun menos trabajo (1). En ocasión mas oportuna hablaré de los emperadores Leon y Marciano, de la emperatriz Pulqueria y de las muestras de su piedad que dejaron tanto en Constantinopla como en sus alrededores. Ahora voy á atravesar la Grecia.

La Grecia.

LXXXIV. Recuérdese cómo el emperador Zenon, segun se ha dicho al principio de este capítulo, hospedó á nuestra señora en la noble ciudad de Atenas. No se olvide tampoco cómo S. Basilio Magno, orando en Capadocia, en el monte Didimo delante de una imágen de la Virgen y suplicándola pudiese coto á los estragos é iniquidades de Juliano el apóstata, tuvo una vision en que se le apareció S. Mercurio, soldado y mártir, el cual sacaba el alma de aquel impío fuera del cuerpo clavándole un dardo en el pecho. Al poco tiempo se cumplió esta vision, porque el sacrilego principe pereció traspasado de una saeta sin que se supiese qué mano la disparó, como diré en el capítulo IX del tratado segundo. La historia eclesiástica hace mencion de otras muchas iglesias, donde antiguamente era servida y adorada la Virgen en Grecia, cuya region parecia entonces verdaderamente el paraiso del mundo.

(1) Adición de la madre Maria J. de Blemur.—«Ella es industriosa como su hijo: este hizo el mundo jugando (para valernos de los términos de la santa escritura), y ella ejecuta sin dificultad alguna cosas imposibles para los otros.»

La isla de Paros, Rodas, Malta y Sicilia.

Nuestra señora de Paros.—Nuestra señora de Filermo.—Nuestra señora de la Victoria.—Nuestra señora del Arco.—Nuestra señora de Itria.—Nuestra señora del Pasma.—Nuestra señora del Parte.—Nuestra señora de Monreal.

LXXXV. Enderecemos el rumbo hácia Italia y de paso veremos en la isla de Paros la insigne iglesia de nuestra señora, donde santa Teoctista, natural de la isla de Lesbos, pasó tan dichosos dias. Cerca de Rodas veremos en el monte Filermo, aunque con sentimiento, las ruinas de la hermosa iglesia de S. Marcos, donde antes de la toma de la isla había una milagrosa nuestra señora de Filermo, que conservada divinamente fué trasladada á la iglesia de santa Catalina. Cuando los caballeros abandonaron la ciudad de Rodas, fué llevada de nuevo á la iglesia de S. Lorenzo en Malta: abrasado este templo el lunes de Pascua del año de 1532, la imagen quedó intacta y sin lesion alguna, aunque estaba apoyada en una pared que se arruinó.

En la catedral de la misma ciudad de Malta se venera nuestra señora de la Victoria. Aquel templo fué edificado despues del largo y terrible sitio del año de 1565, el cual han creido siempre los caballeros que fué levantado por la proteccion y asistencia de Maria santísima. Con efecto este celestial auxilio les llegó la vispera de la natividad de nuestra señora: de ahí viene la resolucion que tienen hecha de celebrar perpetuamente una solemne procesion en hacimiento de gracias el dia 8 de setiembre propio de la natividad de la Virgen. En un monte cercano de Malta veremos de lejos una devota capilla de nuestra señora, que es saludada por los navegantes y visitada por muchas personas de todas partes.

LXXXVI. En la Sicilia hallaremos que ha echado tan profundas raices el culto de nuestra señora, que es para

edificarse. En Palermo á mas de la catedral y algunas otras iglesias y monasterios dedicados á la Virgen y á mas de nuestra señora de los Angeles inmediata á la ciudad distinguiremos cerca de la catedral una iglesia pequeña llamada aun hoy nuestra señora la coronada, porque allí recibian los antiguos reyes de Sicilia la corona real como que la tenian de la madre de Dios y no la querian llevar mas que por ella. En toda la extension de la isla encontraremos muchos y devotos santuarios, donde de muy antiguo es reverenciada Maria, como nuestra señora de Nueva luz junto á los muros de Catania, nuestra señora del Arco en Noto, nuestra señora de Itria y nuestra señora del Pasma en Sacca, al pie del monte Maron nuestra señora del Parte, nuestra señora de Monreal y otras muchas que los devotos peregrinos conocen muy bien. En Trápani saludaremos la iglesia de Maria santísima, donde la B. Cecilia de Palermo, monja de la orden de mínimos, que murió el año 1571, iba todos los años el dia de la Asuncion á rendir sus homenajes á la madre de Dios despues de haberse preparado con quince dias de ayuno. Allí murió entregada á su devocion ordinaria en una de esas visitas y fué hallada con la cara vuelta al altar y el rosario en la mano.

El reino de Nápoles.

Nuestra señora la Mayor de Nápoles.—Nuestra señora de la Cruz.—Nuestra señora de la Asuncion.—Devocion de la ciudad de Nápoles á la immaculada Concepcion.—Nuestra señora del Pie de la gruta.

LXXXVII. En el reino de Nápoles veremos maravillas en punto á esta devocion y generalmente en todas partes; pero en particular en la capital. Con efecto hace unos cien años que Pedro Estéfano compuso un libro de los santuarios que hay en esta ciudad, y dice que en su tiempo se contaban noventa y cuatro iglesias ú oratorios

y setenta de ellas estaban dedicadas á la madre de Dios. Es muy cierto que desde entonces se ha acrecentado considerablemente el número y que la devoción á la virgen María es muy señalada, especialmente por el número casi increíble de cofradías y congregaciones, de que hablaré con mas oportunidad en otro lugar (1). La iglesia de nuestra señora la Mayor es una muestra de la piedad de S. Pomponio, obispo de Nápoles. Allí se enseña una imágen de la Virgen pintada por S. Lucas. El papa Juan II, que era pariente de S. Pomponio, consagró despues esta iglesia el año de 553. La de nuestra señora de la Cruz fué edificada por la regia liberalidad de Roberto, rey de Sicilia, príncipe justo, bondadoso, pio, liberal, amigo de los sabios, en una palabra tal como María acostumbra hacer á aquellos en quienes pone particularmente los ojos.

La iglesia de nuestra señora de la Asuncion, que es de las canonesas reglares de S. Agustin, se edificó con el motivo que diré. Moraban hasta cuarenta religiosas en una casa ruinososa que amenazaba venir abajo. Una víspera de la Asuncion la Virgen su tutelar hizo entender á la abadesa que á la noche siguiente caeria todo el edificio excepto la pieza en que ella estaba y la de encima. Con este aviso la abadesa recogió todas sus monjas en aquellos dos aposentos, y cuando estaban rezando se oyó un horrible estruendo de viento, lluvia, truenos y rayos, que hundieron y destruyeron toda la casa excepto dichas dos piezas. Por esta causa las religiosas resolvieron labrar una hermosa iglesia á la virgen Maria con el título de la Asuncion en accion de gracias por el beneficio recibido y por el peligro de que se habian librado la víspera de aquella festividad.

(1). Trat. 3, cap. 12.

LXXXVIII. Antes de salir de esta devota ciudad quiero poner aqui para edificacion de la posteridad el voto que en el dia de la Concepcion del año 1618 hicieron solemnemente en la iglesia de nuestra señora la Mayor el virey, la universidad, la corte y la milicia de Nápoles. Dice así trasladado fielmente á nuestra lengua: «Princesa del cielo y de la tierra, nos Pedro Giron, duque de Osuna y virey del reino de Nápoles, la respetable universidad de los reales estados, los ministros del consejo real y la milicia de esta ciudad, postrados á vuestras sagradas plantas en reconocimiento de todos los beneficios que hemos recibido de vuestra majestad y que atribuimos despues de vuestra singular bondad á la devoción que os habeis servido darnos de defender la honra de vuestra immaculada concepcion, fundada en la autoridad de las santas escrituras, de los sacrosantos concilios y especialmente del de Trento, de los sumos pontífices y en particular de nuestro padre santo Paulo V, que tanto y tan acertadamente ha trabajado por extender vuestra gloria en medio del aplauso general de todo el pueblo católico, en vuestra casa y en este dia feliz para vos y para nosotros confesamos que vuestra concepcion fué siempre immaculada en el plan eterno de Dios y tomamos por testigo al mismo Dios, que es vuestro hijo, de que estamos resueltos á querer defender esta verdad, que está grabada de muy antiguo en el fondo de nuestros corazones hasta el último aliento. Juramos querer tenerla y enseñarla tanto en público como en particular y procurar que todos aquellos sobre quienes en lo venidero tuviéremos alguna especie de poder, tengan y hagan lo mismo que nosotros. Así lo ofrecemos, prometemos y juramos todos los que somos. Así Dios nos favorezca y estos santos evangelios que tocamos, sometiendo no obstante este voto y juramento nuestro á los pies de nuestro santo padre Paulo V, para que se digne

de aprobarle y despacharle bien por su bendición apostólica. » A esto se siguieron los votos y aclamaciones solemnes que hicieron por la santidad de Paulo V y por S. M. C.

LXXXIX. A alguna distancia de Nápoles tirando hácia el mar se ve la iglesia de nuestra señora llamada del Pie de la gruta, la que se labró con la ocasion siguiente. Un hombre muy piadoso llamado Benito iba á los baños de Puzzol el dia mismo de la natividad de la Virgen, cuando se le apareció esta señora con su hijo en los brazos en el mismo sitio donde ahora se ve la iglesia. Petrarca en su viaje afirma que todos los navegantes cuando pasan aquella costa, dirigen ordinariamente sus plegarias á la reina del cielo y que la artillería de las naves saluda á la tutelar de aquel santuario. Para abreviar, en toda esta region encontraremos innumerables señales del culto que se da á la Virgen, y muchísimos santuarios donde es venerada particularmente.

La Italia.

Nuestra señora la Mayor.—Nuestra señora del otro lado del Tiber.—
Nuestra señora de los Angeles.—Nuestra señora de la calle Mayor.—
Nuestra señora del Pórtico.

XC. Ahora nos llama la Italia, de la que puedo decir en general con el devoto Bozio (1) que la madre de Dios a tiene adquirida con toda justicia por haberla librado de la tiranía de los godos y de la impiedad de los arrianos. En particular la ciudad de Sena es suya, y lo atestigua la moneda que se acuña allí, en la que se leen estas palabras: *Sena, la antigua ciudad de la Virgen*. Lo mismo debe de decirse de Luceria, la cual habiendo arro-

(1) De signis eccles., l. 9.

jado á los sarracenos el dia de la Asuncion se llama desde entonces la ciudad de nuestra señora. Toda la marca de Ancona aspira al mismo derecho con algunas otras ciudades, entre las cuales no es la menor la de Lesina, que está en la campiña de Roma: fué donada á María santísima hácia el año de 1400 por la devota Margarita, reina de Polonia y madre del rey Ladislao. Es admirable lo que el ya nombrado Bozio ha observado: que no se hallará una sola ciudad en toda Italia que no tenga alguna iglesia de nuestra señora donde no se obren milagros.

XCI. Roma será siempre Roma, es decir, la ciudad sin par; porque ¿no es una cosa admirable que de mas de trescientas iglesias que hay en ella, se cuenten hasta cuarenta y seis dedicadas á la madre de Dios? Entre las otras hay algunas cuya fama se ha extendido por todas partes, como la que á consecuencia de un milagro bien sabido se llamó primeramente santa María de las Nieves y despues la iglesia de Sixto, porque este zeloso pontífice la reparó estando ruिनosa, la ensanchó y la hermoseó grandemente. Este santo papa la reedificó por los años de 432 á poco tiempo de haber alcanzado la Virgen una insigne victoria de sus enemigos en el concilio de Efeso. Luego se llamó santa María del Pesebre por guardarse allí el pesebre donde nació el Salvador. Hoy día se titula santa María la Mayor para distinguirla de las muchísimas iglesias dedicadas á nuestra señora y darle el lugar honroso que merece así por su antigüedad como por su grandiosidad y belleza. Allí se conserva cuidadosamente la bella imágen de la Virgen pintada por S. Lucas, que se llama tambien santa María la Mayor como el templo. Allí fué donde celebrando solemnemente el papa S. Gregorio Magno el santo sacrificio de la misa, cuando hubo dicho estas palabras: *Pax Domini sit semper vobiscum*; respondieron los ángeles del cielo:

de aprobarle y despacharle bien por su bendición apostólica. A esto se siguieron los votos y aclamaciones solemnes que hicieron por la santidad de Paulo V y por S. M. C.

LXXXIX. A alguna distancia de Nápoles tirando hacia el mar se ve la iglesia de nuestra señora llamada del Pie de la gruta, la que se labró con la ocasión siguiente. Un hombre muy piadoso llamado Benito iba á los baños de Puzzol el día mismo de la natividad de la Virgen, cuando se le apareció esta señora con su hijo en los brazos en el mismo sitio donde ahora se ve la iglesia. Petrarca en su viaje afirma que todos los navegantes cuando pasan aquella costa, dirigen ordinariamente sus plegarias á la reina del cielo y que la artillería de las naves saluda á la tutelar de aquel santuario. Para abreviar, en toda esta region encontraremos innumerables señales del culto que se da á la Virgen, y muchísimos santuarios donde es venerada particularmente.

La Italia.

Nuestra señora la Mayor.—Nuestra señora del otro lado del Tiber.—
Nuestra señora de los Angeles.—Nuestra señora de la calle Mayor.—
Nuestra señora del Pórtico.

XC. Ahora nos llama la Italia, de la que puedo decir en general con el devoto Bozio (1) que la madre de Dios a tiene adquirida con toda justicia por haberla librado de la tiranía de los godos y de la impiedad de los arrianos. En particular la ciudad de Sena es suya, y lo atestigua la moneda que se acuña allí, en la que se leen estas palabras: *Sena, la antigua ciudad de la Virgen*. Lo mismo debe de decirse de Luceria, la cual habiendo arro-

(1) De signis eccles., l. 9.

jado á los sarracenos el día de la Asunción se llama desde entonces la ciudad de nuestra señora. Toda la marca de Ancona aspira al mismo derecho con algunas otras ciudades, entre las cuales no es la menor la de Lesina, que está en la campiña de Roma: fué donada á María santísima hácia el año de 1400 por la devota Margarita, reina de Polonia y madre del rey Ladislao. Es admirable lo que el ya nombrado Bozio ha observado: que no se hallará una sola ciudad en toda Italia que no tenga alguna iglesia de nuestra señora donde no se obren milagros.

XCI. Roma será siempre Roma, es decir, la ciudad sin par; porque no es una cosa admirable que de mas de trescientas iglesias que hay en ella, se cuenten hasta cuarenta y seis dedicadas á la madre de Dios? Entre las otras hay algunas cuya fama se ha extendido por todas partes, como la que á consecuencia de un milagro bien sabido se llamó primeramente santa María de las Nieves y despues la iglesia de Sixto, porque este zeloso pontífice la reparó estando ruिनosa, la ensanchó y la hermoseó grandemente. Este santo papa la reedificó por los años de 432 á poco tiempo de haber alcanzado la Virgen una insigne victoria de sus enemigos en el concilio de Efeso. Luego se llamó santa María del Pesebre por guardarse allí el pesebre donde nació el Salvador. Hoy día se titula santa María la Mayor para distinguirla de las muchísimas iglesias dedicadas á nuestra señora y darle el lugar honroso que merece así por su antigüedad como por su grandiosidad y belleza. Allí se conserva cuidadosamente la bella imágen de la Virgen pintada por S. Lucas, que se llama tambien santa María la Mayor como el templo. Allí fué donde celebrando solemnemente el papa S. Gregorio Magno el santo sacrificio de la misa, cuando hubo dicho estas palabras: *Pax Domini sit semper vobiscum*; respondieron los ángeles del cielo:

Et cum spiritu tuo. De este suceso se guarda aun hoy religiosa memoria, porque cuando el papa celebra en aquella iglesia, el coro por respeto no responde nada á las mismas palabras. La que está al otro lado del Tíber, es tambien muy célebre por el milagro de la fuente de aceite que corrió un dia entero en el nacimiento de Jesucristo, segun se refiere en tantas historias. La Rotonda ó el antiguo panteon, dedicado por Bonifacio IV, se halla descrito en muchísimos autores. Nuestra señora del Pópulo es una muestra de la piedad del pueblo romano para con la madre de Dios.

XCH. La iglesia de nuestra señora de los Angeles tiene la particularidad de estar edificada en un lugar que ha sido regado con la sangre de infinitos mártires, á saber, los baños de Diocleciano, que se convirtieron en templo de Maria santísima por mandato del papa Julio III. La iglesia de nuestra señora de la calle Mayor, á mas de que la imágen tiene en el dedo un anillo, obra de S. Lucas, es digna de un honor muy especial porque allí estaba la casa donde permaneció S. Pablo dos años enteros, segun se lee en los Hechos de los apóstoles (1), cargado de una gruesa cadena de hierro y guardado por un soldado, donde predicó el Evangelio á cuantos iban á verle, donde hizo muchos milagros, donde fué favorecido repetidas veces con altísimas revelaciones y alentado á sufrir, en una palabra donde escribió las epístolas á los efesios y filipenses, la segunda á Timoteo, la de Filemon y la que envió á los hebreos.

XCHH. La iglesia de nuestra señora del Pórtico se gloria de poseer la milagrosa imágen traída del cielo á santa Gala, viuda del cónsul Simmaco (2). Esta virtuosa matrona entregada continuamente á las obras de pie-

(1) Act. XXVIII, 30.

(2) Ex monumentis S. Mar-
riae in Porticu.

dad y al alivio de los pobres, sustentando doscientos todos los dias y sirviéndolos y asistiéndolos por su propia mano, mereció en premio de tan loables acciones y especialmente de su devocion á la Virgen recibir en su casa una imágen de la misma señora que le trajeron los ángeles despues de haberla formado ellos mismos con oro en una tabla de pórfido, segun se cree. Los ángeles la sostenian en el aire rodeada de un gran resplandor dando á la santa viuda unos sentimientos de piedad inexplicables. Luego que ella la hubo adorado y dió gracias á la madre de Dios por la merced que le hacia, se fué en derechura á buscar al papa Juan I, despues mártir glorioso de Jesucristo, y le dijo en particular lo que ocurría en su casa. El pontífice fué allá y al tiempo de poner el pie en el umbral de la puerta sonaron solas todas las campanas de Roma: lo que hizo mas notable la maravilla fué que habiéndose hincado de rodillas para adorar la imágen, los ángeles que la sostenian en el aire, la bajaron poco á poco y se la pusieron entre las manos. Por algun tiempo estuvo guardada en la capilla del papa: despues se trasladó á la iglesia de nuestra señora del Pórtico, donde se conserva con todo respeto y veneracion. Cuando Roma se vió asolada por la peste en tiempo de Calixto III, apenas se sacó en procesion la santa imágen, cesaron los estragos de la enfermedad. Lo mismo sucedió en el pontificado de Adriano, en cuya época ocurrieron dos cosas memorables. Al pasar la procesion por las calles un judío volvió la cabeza atrás y se burló de la Virgen santísima y de los que la llevaban; pero al punto recibió el castigo merecido, porque la cabeza se le quedó en aquella postura sin poderla volver adelante. Una judía que habia apartado la vista por no mirar á la Virgen, quedó ciega para siempre. En el año 1518 cuando toda la cristiandad estaba atemorizada con el pujante ejér-

cito que el turco habia levantado, el papa Leon X mandó llevar en procesion esta imágen por la ciudad yendo él detrás con los pies descalzos, y no tardó la iglesia en experimentar el efecto deseado.

Nuestra señora de los Montes.—Nuestra señora de la Paz.—Nuestra señora de la Plaza.—Nuestra señora de la Consolacion.—Nuestra señora de la Concepcion.

X CIV. Nuestra señora de los Montes se titula así por estar edificado el templo entre el monte Esquilino y el Viminal. La milagrosa imágen fué hallada en un helecho el año 1580 en el mismo sitio donde está la iglesia, que se labró á consecuencia de los grandes milagros obrados desde la época del descubrimiento. En el lugar donde existe ahora la iglesia de nuestra señora de la Paz, estaba antes la de S. Andrés, y fuera de ella se veia una imágen de la Virgen pegada á la pared. Por los años de 1485 jugando á los dados ciertos hombres licenciosos en el sitio donde estaba la imágen, uno de ellos, furioso por haber perdido su dinero, tiró los dados al rostro de la Virgen y le dijo mil denuestos. No contento con esto sacó un puñal y la hirió en el pecho, en el cuello, en la mejilla y en la barba, de cuyas heridas salió al punto una gran cantidad de sangre. Apenas se divulgó esta maravilla, acudió gente de todas partes, y despertada la devocion se hicieron muchos votos. Maria santísima no tardó en manifestar que queria ser venerada particularmente en aquel lugar, porque obró en poco tiempo tantos milagros, que empezó á titularse nuestra señora de los Milagros. Despues habiendo tomado las armas toda Italia y estando cercada Roma por el duque de Calabria, Paulo IV que gobernaba á la sazón la iglesia, fué á aquel santuario con mucha devocion y prometió á Dios que si se servia de dar la paz á Italia y librar á la ciudad de Roma

por la intercesion de la Virgen santísima, edificaria allí mismo una iglesia en honor de esta señora. No bien se habia pronunciado el voto en la tierra, cuando ya era escuchado propiciamente en el cielo. Así es que el pontifice se dispuso sin tardanza á labrar donde estaba la parroquia de S. Andrés una iglesia de la Virgen, á la que se dió el dulce nombre de nuestra señora de la Paz; pero no habiendo podido concluirla porque le sorprendió la muerte, su sucesor Inocencio VIII la acabó y la puso en el estado en que ahora la vemos.

X CV. La de nuestra señora de la Plaza tiene su origen milagroso lo mismo que las anteriores. Por los años de 1250 aconteció fortuitamente en casa del cardenal Capocio que una imágen de nuestra señora pintada en ladrillo cayó en el pozo de una cuadra, que daba á la plaza. Nadie sabia lo que habia ocurrido; pero no pasó mucho tiempo sin descubrirse, porque á la noche habiendo elevado las aguas la imágen hasta el brocal, rebosaron en términos que se inundó toda la cuadra. Con el ruido que hacian los caballos metidos en el agua, despertaron los criados, y descubierta el milagro avisaron al cardenal, quien tomó respetuosamente la imágen y la colocó en su oratorio. Mas despues el papa Inocencio IV le mandó edificar una capilla á la Virgen en el mismo sitio donde habia acontecido el milagro; lo cual hizo el purpurado de bonísima gana llamándola nuestra señora de la Plaza, porque daba á una plaza pública. Esta capilla vino por último á parar á manos de los padres servitas, que levantaron una hermosa iglesia é incluyeron en ella el pozo donde habia caído la imágen. Hoy se bebe esta agua para sanar de toda clase de enfermedades.

X CVI. La de nuestra señora de la Consolacion, que está al pie del Capitolio, tiene tambien una imágen que comenzó á hacer muchos milagros el año 1471 y despues

ha continuado siempre consolando á los menesterosos en las necesidades corporales y espirituales; de donde le vino el nombre de nuestra señora del Consuelo. La iglesia es una de las mas bellas y frecuentadas de Roma. No quiero pasar en silencio una singularidad que se ve en la iglesia de S. Martín y es muy honrosa para la Virgen santísima. Hace cerca de trescientos años que esta iglesia con el altar mayor fué dedicada á la inmaculada concepcion de María; de lo cual se tuvo un testimonio auténtico cuando se derribó el altar pocos años há, porque se encontró un añejo pergamino donde estaban escritas estas palabras: El año 1340 en la segunda indicion un martes que era dia 8 de diciembre, el año sexto del pontificado de Bonifacio IX, este altar con la iglesia fué dedicado en honor de la concepcion de la bienaventurada virgen Maria. Sola esta ciudad, que es la capital del orbe cristiano y la ciudad santa por excelencia, nos suministraria materia para componer libros enteros si quisiéramos detenernos; pero ya es tiempo de entrar en la Toscana.

Nuestra señora de la Bóveda. — Nuestra señora de la Rosa. — Nuestra señora de la Roca.

XCVII. En Florencia además de la hermosa iglesia de la Anunciata, de que hablaré despues, hay otras muchas iglesias y santuarios dedicados á la Virgen. Estándole dedicada especialmente la ciudad de Sena, no es maravilla que tenga allí nuestra señora bellisimas iglesias, que esté en las puertas de la ciudad, en una palabra que se hallen por todas partes señales de su señorío. A pocas leguas de Nola junto al lugar llamado santa Anastasia hay una capilla de la Virgen bajo la advocacion de nuestra señora de la Bóveda y en la pared del lado izquierdo de la capilla una imágen de la misma señora, que

tiene al niño en los brazos. Ya era antigua la devosion á este santuario; pero se aumentó sobremanera despues del lance siguiente. Un jugador de trucos perdía el dinero al juego y despechado cogió una bola y se la tiró á la imágen hiriéndola en la mejilla izquierda: al punto salió sangre en abundancia, y la mejilla quedó señalada con una cicatriz. El sacrilego fué colgado en la horca con su bola. En Orbiato veremos la iglesia que el papa Nicolás IV mandó edificar en honor de la virgen Maria el dia 15 de noviembre del año 1290.

En Luca saludaremos el santuario de nuestra señora de la Rosa, que en otro tiempo estaba extramuros; pero ahora ya está dentro de la ciudad. César Francioto refiere en su historia de Luca la causa de la fundacion de esta iglesia, que fué por los años de 1269. La tapia de la capilla era tambien el muro de la ciudad, y sobre él se veía una imágen de nuestra señora pintada, que tenía al niño Jesus en el brazo izquierdo y tres rosas en la mano derecha. Un pastorcillo que ordinariamente llevaba sus ovejas á los alrededores de la capilla, veía con asombro que ninguna de ellas se atrevía á acercarse á un pedazo de tierra cubierta de verde yerba; al contrario huían todas como si fueran perseguidas. La curiosidad le estimuló á averiguar la causa de esta rareza. Era por el mes de febrero, cuando no se encuentran rosas en los campos; no obstante cuando se acercó á aquel paraje, halló entre espinas una rosa tan fresca y encarnada como pudiera cogerse en primavera. La tomó y se la llevó á su padre, y para que fuese completo el gozo de ambos, el pastorcillo hasta entonces mudo comenzó á hablar. El padre asombrado fué á contar al obispo de Luca todo lo ocurrido. El obispo quiso saber por boca del muchacho toda la verdad del suceso: no contento con esto marchó al sitio donde se habia cogido la rosa, y considerando atentamente cuál podía ser la causa de este hecho ex-

traordinario, halló que aquel cabalmente era el sitio en que estaban clavados los ojos de la imágen. La noticia de este suceso cundió muy pronto á todas partes; con lo que fué grande el concurso de gente á ver la imágen milagrosa, y esta favoreció con singulares gracias á los que iban á visitarla.

XCVIII. Este pastor me trae á la memoria lo que aconteció á dos zagalas en el territorio de Fiésoli en la misma provincia de Toscana y dió motivo á la fundación de la iglesia de nuestra señora de la Roca. En los páramos de Fiésoli hay unos peñascos, á donde dos zagalas jóvenes y hermanas llevaban comunmente sus ovejas, y cuando abrasaba mas el sol, se refugiaban en la concavidad de una peña en que habia una imágen vieja de la Virgen; allí se arrodillaban y rezaban sus oraciones. La piedad junto con la inocencia de estas sencillas zagalas agradó tanto á nuestra señora, que un dia de la Visitación cuando iban á entrar en la concavidad, se les apareció visiblemente con su querido hijo en un alto rodeada de una nube resplandeciente. Las muchachas temblaron de miedo en cuanto la divisaron; pero María las tranquilizó haciéndoles seña de que tenia que decir una palabra á su padre, y que queria se le edificase una iglesia en el mismo lugar donde se habia aparecido. Cuando vino el padre, se dejó ver nuestra señora y le dijo en pocas palabras lo que debia comunicar á los otros tocante á la iglesia que queria se le edificase. Habiendo cumplido diligentemente el anciano su comision, todos los pueblos comarcanos concurren al sitio donde se habia aparecido María santísima por dos veces, y la Señora se dignó de mostrarse la tercera á muchas personas en el mismo sitio y de la misma manera que antes. Aconteció esto el dia 22 de agosto de 1490. Les declaró de nuevo como queria ser venerada y servida en aquel sitio y que su voluntad era se labrase allí una iglesia.

Al punto el pueblo devoto se dispuso á cumplir el mandato de la reina del cielo; pero los que habian emprendido la fábrica, juzgando que seria mas cómodo para todo el vecindario construir la iglesia al pie de la montaña empezaron á trabajar. Y ve aquí otra maravilla, porque lo que construian de dia, era derribado por la noche. Por aquí conocieron evidentemente que la voluntad de la Virgen era se edificase la iglesia en el sitio mismo donde habia aparecido visiblemente. Así hubieron de cambiar de resolución, y la iglesia se concluyó en poquisimo tiempo. La muchedumbre de milagros obrados en este santuario le hicieron uno de los mas frecuentados de toda la Toscana.

Cerca de Viterbo hay un convento de dominicos que tuvo su origen del suceso siguiente. Juan Bautista Clavier, honrado vecino de aquella ciudad, tenia una viña en los alrededores y la habia puesto bajo la protección de la Virgen; á cuyo efecto habia colgado de una encina una imágen de nuestra señora pintada en un ladrillo. En tal estado subsistió cincuenta años, hasta que en el de 1467 se apareció María santísima á algunas personas devotas y les ordenó abrir un camino para ir á visitar su imágen en la viña de Clavier y levantar allí un altar, asegurando que habia elegido aquel lugar para que fuese un manantial de las gracias y bendiciones del cielo. Esparcida esta noticia, el obispo de Viterbo á cuyos oidos llegó, dió su consentimiento para labrar primero una capilla pequeña y despues una iglesia muy hermosa con un convento que se dió á los frailes de santo Domingo. La Virgen ha mostrado bien que no era menós fiel en cumplir sus promesas que liberal en empeñarlas.

Nuestra señora de los Angeles.— Nuestra señora de las Lágrimas.— Nuestra señora de la Plebe.

XCIX. En el ducado de Espoleto á seiscientos pasos

de la ciudad de Asis veremos la tan célebre iglesia de nuestra señora de los Angeles, por otro nombre de la Porciúncula, que es la primera de la seráfica orden de S. Francisco. En aquella vasta iglesia hay una capillita cerrada á semejanza de la de Loreto, que fué la tercera reedificada por el siervo de Dios al principio de su conversion movido de secreto impulso del espíritu divino, que le dirigia y le estimulaba á preparar habitacion á su naciente familia sin saber aun lo que hacia. Como se iba multiplicando de dia en dia el número de los que le enviaba Dios para imitar su conducta y método de vida, se dispuso á proporcionarles morada; y habiéndolo comunicado con los monjes benedictinos de quienes era aquel lugar, fué recibido muy cordialmente de ellos, y desde luego se le concedió la capilla con una casita y un pedazo de tierra contiguo sin mas condicion que si Dios se servia de bendecir y propagar la congregacion de ellos, la casa que erigiesen allí, sería tenida para siempre por la matriz de la orden. S. Francisco aceptó gustosísimo la condicion y hasta el fin de su vida no cesó de mostrarse agradecido á los monjes. Solia decir despues que no queria mas que aquella corta heredad en la tierra de los muertos; por lo cual se llamó segun algunos Porciúncula ó porcion pequeña de tierra, aunque otros afirman que ya llevaba aquel nombre mucho tiempo antes de la llegada de S. Francisco con motivo del pedacito de tierra unido á la capilla como para la manutencion del capellan. Lo era entonces Pedro Mazencole, sacerdote muy piadoso de Asis, quien no pudo disimular su contento al ver que caia en tan buenas manos el lugar de su morada. A la primera manifestacion que le hizo S. Francisco de haber traspasado los benedictinos aquella heredad en favor de la familia naciente, Pedro le abrazó estrechamente congratulándose con él por la donacion y afirmándole que aquel santuario era uno de los en que mas se com-

placia la Virgen santísima. Al mismo tiempo llamó al labrador que cultivaba la heredad, el cual encareció todavía lo dicho por su amo y aseguró que muchas veces habia visto por entre las ventanas de la capilla grandes resplandores y oido melodías angélicas; de donde provino el darle el nombre de nuestra señora de los Angeles.

C. San Francisco que no podia contener el gozo oyendo tantas maravillas, resolvió al punto pasar la noche delante del altar de Maria santísima para encomendarle despacio sus queridos hijos. Cuando estaba mas extático en su contemplacion, se llenó la capilla de celestial claridad y apareció en el altar nuestro Señor Jesucristo con su santísima madre rodeado de millares de espíritus bienaventurados. El humilde siervo del hijo y de la madre se postró en tierra y se quedó tan confuso como gozoso de aquel favor extraordinario. Luego que se recobró, preguntó á Jesus y á Maria qué es lo que los habia movido á dispensarle tal gracia; á lo cual respondió el Salvador que habian venido para entregarle aquel santuario, en que tenian muy particular complacencia. Es indecible el cariño con que desde entonces miró san Francisco la casa de la Porciúncula. «Allí empezó humildemente, dice san Buenaventura; allí prosiguió santamente; allí recibió infinitas gracias é ilustraciones del cielo.» Allí juntó el primer capítulo general de su orden, al que asistieron cinco mil frailes segun testimonio del mismo santo doctor; de modo que todos los habitantes de Asis tuvieron que labrar en el campo chozas de juncos, cañas y tablas en forma de dormitorio. De ahí proviene que cuando en Italia se habla de aquel capítulo, le llaman el capítulo de las cañas ó de los juncos. Allí dió el velo á santa Clara, primera religiosa de su orden: allí finalmente entregó tranquilo su alma al Criador, y al morir recomendó con tantas instancias aquel santuario á sus hermanos, que no se puede encarecer.

Mandó que perpetuamente estuviese bajo la inmediata jurisdicción del general de la orden y que él mismo eligiese los frailes empleados en el servicio de la Virgen, previniendo que fuesen siempre de los mas santos y calificados: que no se dijese ninguna palabra vana ó inútil, sino que toda la conversacion de los que morasen allí, fuera de las alabanzas de Dios y de María santísima y del mejor culto y servicio de ambos: que se acordaran de hacer una vida de ángeles y domésticos de la reina de los ángeles; y que si acontecia que fuesen echados fuera por una puerta, volviesen á entrar al instante por la otra sin consentir jamás en abandonarle. Tres años antes de su muerte alcanzó de nuestro Señor indulgencia plenaria para todos los que visitasen el santuario el día de san Pedro Advíncula. Esta indulgencia fué confirmada despues por el papa Honorio III y diferentes sucesores suyos, queriendo Dios manifestar de todas maneras el aprecio que hacia de aquel lugar y el cariño que profesaba á su humilde y fervoroso siervo. En el mismo valle de Espoleto cerca del lugar de Trivio hay una iglesia con la advocacion de nuestra señora de las Lágrimas, porque en el año 1494 la imágen de la Virgen pintada en la pared de una capillita que habia en el mismo sitio, lloró mucho tiempo á lágrima viva como para manifestar las desgracias que habian de caer sobre la Italia. Todos los habitantes de la comarca quisieron ser testigos de esta maravilla, y de Roma misma fueron grandes turbas. Con este motivo se recogieron tan copiosas limosnas, que se edificó una iglesia muy hermosa y capaz.

CI. Hagamos desde aquí una corta excursion á los estados de Venecia. En las lagunas mas distantes hay una aldea llamada la Plebe de Setti, donde vivian por los años 1486 dos hermanos, que habiendo partido muy amistosamente la herencia de su difunto padre no pudieron avenirse jamás cuando se trató de una imágen de la Virgen, por-

que cada cual deseaba poseerla y no queria cederla al otro. De las palabras pasaron á las obras, y ya estaban para acuchillarse, cuando un niño de menos de un año, hijo de uno de ellos, los contuvo diciéndoles que soltasen las armas en nombre de Dios y de la Virgen que se lo mandaba por su boca; que suspendiesen sus reyertas; y que María santísima, por cuya imágen disputaban, les ordenaba colocarla en una capillita cercana, donde queria ser servida y venerada de allí en adelante. Al ver los dos hermanos esta maravilla se calmaron al punto, y trocado el odio en respeto y admiracion no hablaron sino de ejecutar cuanto antes el mandato de la madre de Dios. Llevada la imágen á la capilla, fueron extraordinarios el concurso de gente y la multitud de milagros que obró el Señor. En poco tiempo se multiplicaron tanto y montaron á tal cantidad los donativos, que se edificó una hermosa iglesia en lugar de la capilla.

Nuestra señora de la Guardia.—Nuestra señora de la Paloma.

CII. A media legua de Bolonia veremos de lejos á nuestra señora de la Guardia, que es uno de los santuarios mas famosos de toda Italia. Tomó este nombre del monte de la Guardia sobre que está situado, y que se llamó así porque en tiempo de las antiguas guerras entre los boloneses y los de Módena, Parma y Reggio coligados tenian allí los boloneses un cuerpo de guardia para descubrir de lejos á los enemigos. Sobre este monte habia desde antiguo una iglesia de San Lucas muy frecuentada de los habitantes de Bolonia; pero se hizo mas célebre por lo que aconteció hácia el año 1455, segun refieren diferentes historiadores (1). Dicen que por esta época siendo emperador de Oriente Manuel Comneno y de Occi-

(1) Sigon., De episcopis bo- Albergati: Bezovius an. 1433, noniensibus in vita B. Nicolai número 379.

dente Federico Barbaroja, habia en la Grecia un solitario de gran fama así por la inocencia de sus costumbres como por los continuos favores que recibia del cielo, y que habiendo ido á Constantinopla y entrado en la iglesia de santa Sofia vió entre otras muchas imágenes una de nuestra señora como de unos tres pies de alto con un letrero que decia: *Este cuadro que fué pintado por San Lucas, debe de ser llevado á la iglesia que está sobre el monte de la Guardia y colocado en el altar de la misma.* Sobremanera admirado quedó el solitario al leer este letrero considerando dentro de sí cuál podia ser aquel monte; y habiéndolo tratado con los sacerdotes de santa Sofia se quedó con la misma duda, porque únicamente le dijeron haber sabido de sus antecesores que aquella imagen habia estado siempre en mucha veneracion en su iglesia; que el letrero era antiguo; pero que ni ellos, ni sus antepasados no habian podido saber jamás dónde estaba el monte de la Guardia. Despues de otras muchas conversaciones sintiéndose inspirado de Dios el ermitaño les dijo que si querian entregarle la imagen, él iria hasta el fin del mundo para averiguar dónde estaba aquel lugar. A muchos se les hará difícil de creer que los griegos entregasen un tesoro tan singular y precioso á un hombre á quien no conocian sino de oídas cuando mas; no obstante la historia declara que lo hicieron, y la experiencia muestra bien que nada hay tan fácil para Dios como mudar los corazones en un instante y obligarlos á hacer cosas de que ellos mismos se pasman cuando las consideran con serenidad. Sigonio añade en la historia de los obispos de Bolonia que el ermitaño fué advertido por una revelacion que se fuese en derechura á Italia y allí sabria de cierto lo que le traia desasosegado. Con esta orden pasó inmediatamente á Roma juzgando que allí mejor que en otra parte le darian nuevas. Dios que dispone todas las cosas para el cumplimiento de su vo-

luntad, hizo que al entrar en la iglesia de S. Pedro encontrase á un noble bolonés llamado Pascipo Vero, de quien supo dónde estaba el monte de la Guardia y obtuvo promesa de que él le llevaria en derechura á la iglesia situada sobre él. Pusiéronse pues en camino y llegaron á Bolonia, donde Pascipo Vero informó al clero y senado de lo que le habia pasado; con lo cual el solitario fué recibido como un ángel del cielo. Luego fué conducida la imagen con gran solemnidad al lugar que le habia destinado el cielo, y desde entonces comenzó á ser célebre por toda clase de milagros. El analista Bozovio ha recopilado algunos de los principales sacándolos de los autores susodichos. Al cabo de poco tiempo mudó de nombre la iglesia que estaba dedicada á S. Lucas, y se llamó nuestra señora de la Guardia. En el año 1487 una honestísima doncella de Bolonia llamada Angela dejó el mundo y se retiró á una pobre choza en este monte, donde se entregó á los ejercicios de piedad. Poco á poco se juntaron otras animadas de los mismos deseos, y los canónigos reglares de nuestra señora del Rin de Bolonia, de quien era el monte, les traspasaron su derecho; de modo que ellas edificaron allí un buen convento. Mas por mandato de los arzobispos de Bolonia se metieron dentro de la ciudad, aunque con facultad de enviar siempre algunas que cuiden de la iglesia de nuestra señora de la Guardia y se entreguen con mas fervor á los ejercicios piadosos. Las que van allá, no están mas de un año: al cabo de este tiempo las llama la priora y envia otras. Al principio eran como ermitañas; pero luego tomaron el hábito y la regla de santo Domingo.

Sobre otro monte inmediato á Bolonia se ve nuestra señora de la Paloma, á cuya capilla se dió este titulo por lo que diré (1). Ricciola Galluci, mujer de Octaviano

(1) Sigon., De episc. bonon.; Victor Leander, Descrip. Ital.

Platesio, ciudadano bolonés, habia hecho voto de edificar una capilla á la Virgen santísima en aquel monte; y ya se estaban abriendo los cimientos cuando los albañiles vieron una paloma que revoloteaba al rededor de ellos y parecia señalar cierto espacio con unas ramitas que cogia acá y acullá. Esto duró dos dias, y la novedad hizo pensar que habia algo de extraordinario. Con efecto extendida la noticia acudieron muchos de Bolonia y entre ellos el obispo Victor con su clerecia, que tuvo el gusto de ver dar vueltas á la paloma sin asombrarse por la mucha gente. Al punto juzgó el prelado que la Virgen santísima habia enviado á la inocente avecilla para que trazara el sitio de la capilla proyectada por Ricciola. Por lo tanto la aconsejó que la edificase en redondo en el lugar que la paloma habia señalado. La piadosa matrona lo hizo así y con tanta diligencia, que el primer dia de setiembre estaba ya concluido el templo y dispuesto para su dedicacion. Los frecuentes milagros obrados en él mostraron bien la predileccion con que le miraba la virgen Maria.

Nuestra señora de Loreto.—Nuestra señora de los Mártires.—Nuestra señora de Patiro.—Nuestra señora de Genesta.—Nuestra señora de Milan.—Nuestra señora de la puerta Luisa.—Nuestra señora de la Basilla.—Nuestra señora del Monte.—Nuestra señora de Montdevy.—Nuestra señora de Oroppe.

CIII. Ya estamos en la marca de Ancona, donde ruego á mis amados lectores que purifiquen su corazon y levanten sus pensamientos, porque se trata de entrar en el lugar mas santo y augusto que conocemos en la tierra. Es la casita de Nazareth, donde se crió la Virgen, donde fué concebido el Verbo divino y donde el hombre Dios habitó muchos años con su santísima madre y el bienaventurado patriarca S. José dando al mundo los ejemplos de su vida oculta y trabajosa que pasman á los hombres y á los ángeles. Esta casita llamada hoy el san-

tuario de nuestra señora de Loreto está rodeada de una magnífica iglesia á imitacion de la que tuvo al rededor en lo antiguo por la liberalidad mas que régia de la emperatriz santa Helena. Viendo el cielo que aquella santa casa no era venerada como antes por haberse hecho dueño de la Judea el turco, dispuso que en el año 1291 fuese trasladada por los ángeles á la provincia de Esclavonia en el mismo estado en que estaba antes. Pero no habiendo conocido bien aquella provincia el tesoro que poseia, solo le disfrutó tres años y nueve meses, y al cabo de ellos la llevaron los ángeles á la marca de Ancona, donde estuvo primeramente en Recanati cerca de ocho meses: de allí pasó al monte de los dos hermanos, que haciendo infame tráfico de esta devocion dieron motivo para que los dejase la Virgen, y en el año 1595 se aposentó en una hacienda de la piadosa viuda Loreto, de donde tomó el nombre que ha conservado hasta ahora. La historia de este santuario fué escrita por el P. Horacio Turselino, de nuestra compañía, en cuyo autor podrá verse mas por extenso lo que he dicho en breves palabras. Los milagros obrados allí son famosos como los que mas. En Italia es creencia comun que cuando pasaba la santa capilla, se inclinaron muchos árboles y quedaron así encorvados hasta que cayeron de viejos ó derribados por los vientos. La noche de la traslacion los pastores que estaban en el campo, la vieron pasar por cima del mar con una claridad tan extraordinaria, que parecia la del dia (1).

(1) Adicion de la madre M. J. de Blemur. «Allí concurren de todas partes del mundo para ver el admirable palacio donde moró toda la corte celestial. Allí van en persona los reyes y emperadores á rendir sus homenajes y ofrecer sus presentes á la reina del cielo y á su divino hijo. Allí concurren continuamente una muchedumbre de peregrinos de las provincias mas remotas atraidos de la devocion, que se enajenan y saltan de gozo cuando se acercan. Oh Señor, cuando se ven escritas con le-

CIV. En el país de Berry en la Pulla muy cerca de Marfaite á orilla del mar se ve la iglesia de nuestra señora de los Mártires, donde no falta concurrencia en ninguna época del año. Refiere Gabriel de Barry que queriendo los sarracenos sorprender la ciudad de Rossan en la Calabria y habiendo puesto ya las escalas, fueron rechazados por una señora vestida de púrpura que llevaba en la mano una antorcha encendida, y les causó tal espanto, que huyeron apresuradamente dejando las escalas puestas en las murallas. Cerca de Rossan hay una iglesia muy famosa bajo la advocacion de nuestra señora de Patiro: es una de las que los griegos llaman Hodegetrices y nosotros diríamos muestracamino. Alberto Leandro hace mencion de ella en la descripcion de Italia.

CV. En la costa de Génova está la villa de Genesta, donde dura aun la memoria de una buena vieja llamada Petrucia. Esta mujer mas rica de fé y confianza en Dios que de bienes habia emprendido la reedificacion del convento de los ermitaños de S. Agustin que estaba arruinándose. Todos los que oian hablar de esto,

tras de oro en la puerta de esta pobre casa aquellas grandes palabras: *Hic Verbum caro factum est: Aquí el Verbo se hizo carne;* ¿quién no se pasma de admiracion? Es indudable que la fé mas vacilante se confirma en la santa creencia del misterio de la Encarnacion, y cuando uno entra con respeto en este divino santuario, no hay un hombre tan estólido que no sienta la fuerza de las palabras del ángel: *gratia plena:* porque ha estado siempre tan lleno de gracias, que no hay corazon por duro é insensible que sea, que no se

posea de una tierna devocion y de un sentimiento de mansedumbre y amor no experimentado en ninguna otra parte. Aunque esta santa capilla no tiene mas de veinte y cuatro pies de largo y quince y diez y seis de ancho, siempre hay ardiendo dia y noche unas cuarenta lámparas de oro y plata, homenaje de todos los soberanos y repúblicas de la cristiandad. ¡Mil veces dichosa la Italia que goza de un tesoro tan precioso, el cual le sirve de un monumento certísimo del cariño de la madre de Dios!

se burlaban como de una empresa que sólo existia en la vana fantasia de una vieja chocha. Mas ella persistia en decir que no queria morir antes que la Virgen y S. Agustin hubiesen acabado aquella obra, y era tanta su resolucion para atender á ella como su firmeza para discurrir. Aun no se habia cumplido un año desde que se pusiera la primera piedra, cuando apareció una imagen milagrosa de nuestra señora en una de las paredes de la iglesia; lo cual dió tanto ánimo á la buena Petrucia é infundió tal devocion á las infinitas personas que fueron á ver la maravilla obrada por Dios, que en poco tiempo se acabaron la iglesia y el convento.

CVI. Si entramos en la Lombardia, encontraremos en la noble ciudad de Milan tantas iglesias como dias tiene el año, dedicadas las mas de ellas á la gloriosa madre de Dios. Seria menester no saber lo que es Italia para no haber oido hablar de la catedral de Milan, que fué dedicada y consagrada á nuestra señora por el papa Martin V á la vuelta del concilio de Constanza y edificada por Juan Galeazo, duque de Milan, en el año 1388. En la misma ciudad cerca de la puerta Luisa habia un oratorio en el lugar de donde sacó san Ambrosio los cuerpos de los santos Nazario y Celso, y dentro de un nicho y sobre una columnita una imagen de nuestra señora cerrada con verja de hierro. Un dia estando diciendo misa uno de los primeros eclesiásticos de Milan, se vieron al rededor del pilar dos ángeles, que doblaron la rodilla y levantaron el velo con que estaba cubierta la imagen de la Virgen. Todos los asistentes quedaron extáticos al ver el rostro divino de nuestra señora. Cuando se trató de hacer prueba auténtica de esta maravilla, hubo hasta veinte y ocho personas que certificaron bajo su firma. Además salió del mismo nicho cierto olor tan agradable, que mas parecia del cielo que de la tierra. Esto no fué mas que el

principio de las maravillas que la Virgen había resuelto obrar en aquel lugar, las cuales fueron tantas y tan copiosas las limosnas de los devotos, que en muy poco tiempo se labró una hermosísima iglesia.

En la misma Lombardía del otro lado del Pó se ve el santuario de nuestra señora de la Basilla. El motivo de haberle dado este nombre le refiere Alberto Leandro en su descripción de Italia. Una vez se apareció María santísima á una aldeana que estaba en el campo, y le dijo que mandara cavar la tierra junto á las raíces de cierta encina: que allí encontraría una cruz: que la besase y procurase edificar allí mismo una iglesia donde se colocaría aquella con respeto. Tanto hizo la muchacha, que persuadió á sus padres cavasen la tierra en el sitio indicado, y á poca profundidad hallaron la cruz. En breve se edificó allí una iglesia y se obraron infinitos milagros en favor de los devotos. El santuario se llamó nuestra señora de la Basilla, porque la aldeana repitió muchas veces en su dialecto bergamasco que la Virgen le había dicho: Cuando halles la cruz, bésala. En la misma Lombardía cerca de Galerat está el monasterio de santa María del Monte, donde se han hecho y se hacen aun muchos milagros, como atestiguan los peregrinos que concurren á bandadas.

CVII. Es celeberrimo en el Piamonte el santuario de nuestra señora de Mondevy, habiéndose extendido por todas partes la fama de los milagros obrados allí. Cuenta Felipe María Roffredy en la historia de él que su origen y celebridad vienen del hecho siguiente: estando ruínosa la ciudadela de Mondevy, mandó el gobernador á un calero que le hiciera cal para trabajar en la reparacion de la fortaleza. El hombre comenzó su faena, y viendo que no ardia la leña, aunque seca, se impacientó muchísimo; por lo que una hija suya le rogó que ofreciera á la Virgen levantarle un pilar en caso

que ardiese la leña. Apenas había hecho el voto, comenzó á calentarse el horno y salió todo á pedir de boca. Luego al punto cumplió el hombre su promesa y mandó pintar una devotísima imagen de nuestra señora en el pilar que había erigido. La madre de bondad pagó este servicio con una nueva merced, porque de allí adelante le salió todo tan bien al calero, que el horno se calentaba con las dos terceras partes menos de leña de la que consumían los otros: tan cierto es que la reina del cielo se muestra bondadosa lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes.

Como á tres leguas de Bielle, ciudad del ducado de Saboya de este lado del Pó en el monte de Oroppe, hay una capilla de la Virgen con una imagen milagrosa, que es muy frecuentada de los pueblos. Es antigua tradición autorizada por una bula de Clemente VIII que S. Eusebio, obispo de Vercelli y mártir, la edificó hace mil doscientos y cincuenta años y que á este santuario se retiraba ordinariamente durante las turbaciones que los arrianos suscitaron en Italia, y siempre que quería apartarse del tráfigo de los negocios propios de su oficio. La peregrina imagen, que es de cedro y de la altura regular de una persona, se tiene por obra de una mano extraordinaria segun el comun sentir. Se han hecho muchos milagros en el espacio de mil y doscientos años, y algunos se recopilaron en 1624 á instancia de los diputados del santuario. Habiéndose preservado los habitantes de Bielle y de la comarca de la mortandad que asoló á tantas provincias al principio de este siglo, edificaron en honor de la virgen María una iglesia muy linda en el mismo lugar; pero conservando la capillita fabricada por S. Eusebio. Como la devoción iba siempre en aumento, el dia 30 de agosto de 1620 pusieron á la Virgen una triplice corona de oro, y al niño Jesus que está en los brazos de su madre, una diadema

imperial de la misma materia; pero con tan solemne aparato y tanto regocijo público, que es imposible describirlo en pocas palabras. Puede verlo el que guste en un libro italiano impreso en Turin el año 1621. En el contorno del monte hay diversas celdillas ó estaciones, donde se representan los misterios de la vida de la Virgen y donde los peregrinos dan por lo comun pruebas de su devoción hácia la reina de los cielos.

La Saboya.

Nuestra señora de Charmes.—Nuestra señora de Vivona.—Nuestra señora de Roqueta.—Nuestra señora de Myans.

CVIII. Cerraremos la vuelta del mundo por la Saboya, donde es venerada la Virgen con muchísimo respeto; pero especialmente en algunos lugares en que distribuye con mas liberalidad sus gracias y mercedes. En la ciudad de Charmes hay una milagrosa imágen de la Virgen, cuya historia y milagros han sido dignamente recopilados por Santiago Bertrand. Cerca de Vivona hay una iglesia de nuestra señora con una residencia de los carmelitas fundada por los años de 1485 con el motivo que diré. Cierta boyero queria hacer pasar sus bueyes por una tierra; pero por mas que los agujoneaba, no lo pudo conseguir. Pasó por allí un caballero y le aconsejó prudentemente que no se obstinara en hacerlos pasar, sino que viera cuál era la causa de su detencion. El resultado mostró bien que el caballero habia sido inspirado de Dios, porque persuadido de sus palabras el boyero cavó la tierra en el sitio donde notó que se detenian los bueyes, y halló primeramente una losa tan reluciente como si acabara de labrarse y ponerse allí y debajo una hermosa imágen de nuestra señora. Avisados los vecinos del pueblo inmediato acudieron solícitos y

llevaron respetuosamente la imágen á la iglesia parroquial; pero al otro dia fué hallada en el mismo sitio de donde la habia sacado el boyero. Por tres veces aconteció lo mismo; y así se tuvo por señal evidente de que la Virgen queria ser venerada allí. Al efecto se labró iglesia con casa para los carmelitas, á quienes se entregó la sagrada imágen. El santuario de nuestra señora de la Roqueta tiene mucha semejanza en todas sus circunstancias con el anterior. Cerca de Ginebra hay unos pastos, á donde habiendo llevado un pastor sus ovejas oyó á manera de unos lamentos que salian de entre una zarza. Determinó ver lo que era, y á medida que se acercaba, se redoblaban los lamentos. Así que llegó al sitio de donde salian, vió en medio de la zarza una imágen de nuestra señora. Avisados los vecinos quisieron trasladarla al pueblo; pero no lo pudieron conseguir; por lo cual resolvieron edificar una iglesia que tambien fué dada á los carmelitas. Despues aconteció que habiendo algunos robado la imágen y trasladándola al Delfinado, se halló al otro dia en el lugar primitivo.

CIX. A un cuarto de legua del camino real de Chambery á Montmelian y á media legua de la aldea de las Marcas sobre un cerro no muy alto se ve la capilla de nuestra señora de Myans edificada de tiempo inmemorial con una imágen muy morena de la Virgen, que tiene en su regazo al niño Jesus. Su altura es de pie y medio y parece hecha de una tela zurrada que se hubiera vaciado en un molde. Este santuario es muy frecuentado de todos los que habitan en los alrededores, y se obran allí muchos milagros: algunos de ellos han sido recopilados por Fr. Santiago Foderé, religioso observante, en la descripcion de los conventos de su orden pertenecientes á la provincia de S. Buenaventura, á que corresponde el de Myans. Hay uno que no puedo pasar

imperial de la misma materia; pero con tan solemne aparato y tanto regocijo público, que es imposible describirlo en pocas palabras. Puede verlo el que guste en un libro italiano impreso en Turin el año 1621. En el contorno del monte hay diversas celdillas ó estaciones, donde se representan los misterios de la vida de la Virgen y donde los peregrinos dan por lo comun pruebas de su devoción hácia la reina de los cielos.

La Saboya.

Nuestra señora de Charmes.—Nuestra señora de Vivona.—Nuestra señora de Roqueta.—Nuestra señora de Myans.

CVIII. Cerraremos la vuelta del mundo por la Saboya, donde es venerada la Virgen con muchísimo respeto; pero especialmente en algunos lugares en que distribuye con mas liberalidad sus gracias y mercedes. En la ciudad de Charmes hay una milagrosa imágen de la Virgen, cuya historia y milagros han sido dignamente recopilados por Santiago Bertrand. Cerca de Vivona hay una iglesia de nuestra señora con una residencia de los carmelitas fundada por los años de 1485 con el motivo que diré. Cierta boyero queria hacer pasar sus bueyes por una tierra; pero por mas que los agujoneaba, no lo pudo conseguir. Pasó por allí un caballero y le aconsejó prudentemente que no se obstinara en hacerlos pasar, sino que viera cuál era la causa de su detencion. El resultado mostró bien que el caballero habia sido inspirado de Dios, porque persuadido de sus palabras el boyero cavó la tierra en el sitio donde notó que se detenian los bueyes, y halló primeramente una losa tan reluciente como si acabara de labrarse y ponerse allí y debajo una hermosa imágen de nuestra señora. Avisados los vecinos del pueblo inmediato acudieron solícitos y

llevaron respetuosamente la imágen á la iglesia parroquial; pero al otro dia fué hallada en el mismo sitio de donde la habia sacado el boyero. Por tres veces aconteció lo mismo; y así se tuvo por señal evidente de que la Virgen queria ser venerada allí. Al efecto se labró iglesia con casa para los carmelitas, á quienes se entregó la sagrada imágen. El santuario de nuestra señora de la Roqueta tiene mucha semejanza en todas sus circunstancias con el anterior. Cerca de Ginebra hay unos pastos, á donde habiendo llevado un pastor sus ovejas oyó á manera de unos lamentos que salian de entre una zarza. Determinó ver lo que era, y á medida que se acercaba, se redoblaban los lamentos. Así que llegó al sitio de donde salian, vió en medio de la zarza una imágen de nuestra señora. Avisados los vecinos quisieron trasladarla al pueblo; pero no lo pudieron conseguir; por lo cual resolvieron edificar una iglesia que tambien fué dada á los carmelitas. Despues aconteció que habiendo algunos robado la imágen y trasladándola al Delfinado, se halló al otro dia en el lugar primitivo.

CIX. A un cuarto de legua del camino real de Chambery á Montmelian y á media legua de la aldea de las Marcas sobre un cerro no muy alto se ve la capilla de nuestra señora de Myans edificada de tiempo inmemorial con una imágen muy morena de la Virgen, que tiene en su regazo al niño Jesus. Su altura es de pie y medio y parece hecha de una tela zurrada que se hubiera vaciado en un molde. Este santuario es muy frecuentado de todos los que habitan en los alrededores, y se obran allí muchos milagros: algunos de ellos han sido recopilados por Fr. Santiago Foderé, religioso observante, en la descripcion de los conventos de su orden pertenecientes á la provincia de S. Buenaventura, á que corresponde el de Myans. Hay uno que no puedo pasar

en silencio. Habiéndose retirado el papa Inocencio IV á Leon de Francia por los años de 1249 para pedir auxilios á S. Luis contra Federico II, obtuvo del conde Tomás de Saboya por mediacion de un valido del mismo conde que se cerrase al emperador el paso de los Alpes. Por estos buenos oficios el valido impetró del papa un pingüe priorato de S. Benito que habia en la ciudad de S. Andrés en Saboya, donde está ahora el castillo de Apremont á un cuarto de legua de Myans; y para gozar de él mas á sus anchas obligó á los monjes con su excesivo rigor á que se marcharan á otra parte. Cuando se retiraban anegados en llanto y llenos de amargura á la abadía de S. Ramberto, de quien dependia el priorato, fueron á quejarse de paso á nuestra señora de Myans. En esto el secretario estaba en S. Andrés, donde trataba á los principales de la ciudad, cuando de pronto se oscureció el cielo y los demonios levantaron tan espantosas tormentas de truenos y rayos y ocasionaron tales temblores de tierra, que quedaron sepultados la ciudad de S. Andrés, diez y seis lugares comarcanos y parte del monte de Grue. Pero lo mas admirable fué que esta tormenta no pudo jamás pasar de Myans, y aunque azotaba los pies de los monjes, no les hizo ningun daño. Durante aquel horrible estruendo oian estos á los diablos de la retaguardia que gritaban á los de la vanguardia: Caminad, caminad, pasad adelante; y estos respondian que no podian y que se lo estorbaba la negra. Fueron tan hondas aquellas ruinas, que desde luego se llamaron los abismos, con cuyo nombre se han quedado despues. Extiéndense á una gran legua de largo y otra de ancho, y por espacio de cuarenta años no se habia visto ni una brizna de yerba, hasta que el 8 de diciembre, dia consagrado á la concepcion de nuestra señora, del año 1286 fué bendecido el lugar por el obispo de Grenoble Lorenzo Alemán. Desde enton-

ces ha dado vides, árboles y cuanto se ha querido plantar y sembrar.

Desearia que mi pluma acertase á manifestar á los siglos venideros la gratitud con que el noble senado y la ilustre congregacion erigida en el colegio de la compañía de Jesus de Chambery se ofrecieron el año 1652 á Maria santissima despues de haber sido afligidos consecutivamente como otras muchas provincias de las tres plagas ordinarias de Dios, que son la guerra, el hambre y la peste. Con efecto teniendo por indudable que la reina de los cielos habia contenido el justo enojo de Dios ofrecieron solemnemente á nuestra señora de Myans un corazon de plata alado y coronado de estrellas y medias lunas, de donde salia un librito tambien de plata y cubierto de piedras preciosas, en que estaban escritos con letras de oro los nombres de todos los congregantes. Dignos siervos de la Virgen, que tan acertadamente juntaís el ejercicio de la justicia con el de la devocion, ¡ojalá que de tal modo os capteis el favor de la reina de los corazones, que vays siempre creciendo en gracias y beneficios del cielo hasta tener la dicha de contemplarla en la eterna Sion!

CX. Tiempo es ya de tocar retirada con la esperanza de que nadie se ofenderá si por olvido ó ignorancia he pasado por alto muchas cosas notables de diferentes ciudades ó provincias, porque así como puedo responder de mi sinceridad en manifestar lo que me ha sugerido mi memoria, así puedo asegurar que nunca he tenido ánimo de hacer una recopilacion exacta de cuanto puede decirse, sino hacer ver por mi sucinta relacion que no es menos venerada nuestra señora en la vasta extension de la tierra que lo ha sido y lo será en la larga duracion de los siglos.

§. VI.—Que ha sido reconocida y honrada por todas las órdenes y primeramente por las militares.

I. Hasta aquí hemos visto á la madre de Dios como al ángel del Apocalipsis con un pie en la tierra y otro en el mar para significar que sus dominios en este mundo no tienen otros límites que los del sol y la luna. De aquí adelante vamos á ver estampado su nombre en el estandarte de todas las órdenes así militares como regulares para dar á entender que preside lo mismo en la guerra que en la paz y que no es menos formidable al frente de los ejércitos que venerable en el santuario de las iglesias. Aquí aparece hermosa como la luna; allí se muestra terrible como un ejército en orden de batalla. Aquí inflama los corazones de sus hijos y siervos; allí alienta á sus soldados y pone espanto en sus contrarios. Aquí oye las oraciones y súplicas; allí recibe los trofeos. Aquí se la sirve con las manos juntas y el corazón humillado; allí se pelea por ella con las manos levantadas y esgrimiendo las armas. Aquí nos defiende de los enemigos invisibles; aquí nos afirma contra los visibles. Aquí está engalanada como Jerusalén; allí se asemeja á las tiendas de campaña de Cedar y á los pabellones de Salomón. Aquí la rodean los coros de los ángeles de paz; allí está formada en torno de ella toda la milicia celestial. Pero siempre en uno y otro caso da pruebas ciertas de su poder y de su bondad á los que la sirven de corazón. Téngase pues á bien que yo la presente en ambos estados. La veremos primero guiar las órdenes militares erigidas para propagar la gloria de Dios y dilatar su iglesia y poco después gobernar las órdenes que suscitó Dios para promover su servicio. Me creo obligado á decir algo de las unas y de las otras, pues que tan buena parte han tenido siempre en las gracias y mercedes de la Virgen santísima y en todo tiempo han sido zelosísi-

mas para llevar el nombre y el honor de la Señora á todas partes.

Orden de nuestra señora de la Estrella.

II. Razon es que la Francia, singularmente afecta en todo tiempo al servicio de la virgen María, dé principio á las órdenes militares que estan dedicadas á la misma señora. La primera que encuentro, es la de nuestra señora de la Estrella, fundada por el rey Roberto el año 1022 (1). Este principe verdaderamente devoto y cordialmente afecto al servicio de la reina del cielo, á quien llamaba de ordinario la estrella de su reino, instituyó en honor de la misma la orden de la Estrella el dia de la natividad de nuestra señora del año citado arriba, dos despues de la creacion de los pares de Francia. La orden se compuso de treinta caballeros, incluso el rey de Francia, que era perpétuamente jefe soberano y gran maestro. Llevaban el manto de damasco blanco, la muceña y forros de damasco encarnado y la cota de lo mismo; al lado izquierdo sobre el pecho una estrella recamada de oro en bordado de cinco radios; el gran collar hecho de una rosca de cadena de oro con tres eslabones entrelazados de rosas de oro esmaltadas alternativamente de blanco y rojo. Los caballeros tenían obligacion de rezar todos los dias una parte de rosario en reverencia de María santísima con algunas oraciones que habia compuesto el piadoso principe para implorar el favor del cielo tanto para él como para los reyes sus sucesores.

Orden de los caballeros de nuestra señora del Lirio.

III. D. Garcia de Nájera, rey de Navarra, á imita-

(1) Andr. Favín, Theatri honor. l. 4.

cion del devoto monarca francés instituyó poco despues la órden de nuestra señora del Lirio en honra de Maria santísima, que es el lirio entre las espinas y la madre del verdadero lirio de los campos. Aconteció esto el año 1048 despues de haber sanado de una gran enfermedad con motivo del hallazgo de una imágen de la Virgen en la ciudad de Nájera: salia la Señora de un hermoso lirio blanco con su hijo en los brazos. El rey mandó edificar una iglesia en el mismo sitio donde habia sido hallada la imágen: allí estan enterrados los mas de los reyes de Navarra. La órden se componia de treinta y ocho caballeros de las familias mas antiguas de Navarra y Vizcaya. Llevaban en medio del pecho un lirio bordado en plata y en los dias solemnes una cadena doble de oro entrelazada con un óvalo, un lirio de oro que sale de un bancal y sostiene una M de oro coronada, que es la primera letra de Maria. Tenian obligacion de rezar todos los dias cierto número de veces la oracion del Ave Maria.

Orden de los caballeros de Malta.

IV. La órden de S. Juan de Jerusalem, llamada despues de los caballeros de Rodas, y que tomada esta ciudad ha conservado siempre el nombre de órden de los caballeros de Malta, podria con igual razon llamarse órden de nuestra señora. Con efecto mucho tiempo antes de la última conquista de la tierra santa y especialmente de la ciudad de Jerusalem, que aconteció por los años de 1100, los cristianos de la iglesia occidental, á quienes llaman por lo comun latinos, habian impetrado ya del califa de Egipto, dueño entonces de la Palestina y la Siria, la licencia de establecerse cerca del santo sepulcro bajo duras condiciones y habian labrado una iglesia y un convento dedicado á la gloriosa Virgen, debajo de

cuya proteccion y salvaguardia se habian puesto, titulóla santa Maria Latina. Por entonces su intento no era otro que guardar los santos lugares y recibir caritativamente á los peregrinos que acudian de todas partes llevados de su devocion. Pero siendo tan grande el número de estos, que no habia ya medio de hospedarlos, se discurió edificar un hospital contiguo á la primera casa, y se tituló de S. Juan en memoria del Bautista que frecuentaba aquel lugar para orar. En poco tiempo crecieron de tal suerte en número y bienes aquellos hospitalarios, que persuadiéndose el papa Inocencio III á que serian un baluarte de la religion cristiana les dió el título de órden militar y los hizo vestir la librea de nuestra señora, que fué una cruz blanca sobre manto negro. Así es que leemos en sus historias que la santísima madre de Dios, á quien tanto veneran, los ha asistido y mantenido infinitas veces contra los insultos de sus enemigos. En el año 1480 habiendo dado cuarenta mil turcos el último asalto á la ciudad de Rodas, recurrieron los cristianos al cielo y desplegaron en los baluartes á vista del enemigo las banderas de nuestro Señor, de la Virgen y de S. Juan Bautista implorando su ayuda con grandes gritos y gemidos. En el mismo instante vieron los bárbaros á una señora de extraordinaria hermosura, que rondaba las murallas y llevaba la lanza en la mano derecha y la adarga en la izquierda: acompañábala otro santo bastante mal vestido, pero de singular majestad, que no era otro que S. Juan Bautista. Esto les infundió tal espanto, que hubieron de retirarse, aunque despues habiendo llegado al extremo los pecados de los cristianos, Dios permitió que aquella hermosa isla cayese en poder de los infieles el año 1522. No fué menos importante el auxilio que recibieron los caballeros en el cerco de Malta; pero me contento con lo dicho poco há al hablar de esta isla. Para abreviar seria mas fácil contar las es-

trellas del firmamento que los auxilios que han recibido de Maria en medio de infinitos riesgos.

Orden de los templarios.

V. Los templarios fueron en socorro de ellos el año 1118, porque la afluencia de peregrinos tentó á innumerables malhechores que cubrieron los caminos; de suerte que era preciso escoltar á aquellos con fuerza armada para visitar los santos lugares. El hábito blanco que vistieron por decreto de los sumos pontífices Honorio II y Eugenio I, me persuade enteramente á que empezaron bajo la proteccion y asistencia de la madre de Dios.

Orden de Calatrava.

VI. Cuando se ganó de los moros el lugar de Calatrava en España, fué entregado para fortificarle y guardarle á los templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenia gran crédito. Pretendíase que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos por aviso que tuvieron de que los moros en muy gran número querían poner cerco á Calatrava, perdida la esperanza de poderla defender la volvieron al rey. No se hallaba ninguno entre los grandes que de su voluntad ó convidado por el rey se ofreciese y atreviese á ponerse al peligro de la defensa: solo dos monjes del Cister que venidos por otras causas á la corte se hallaban á la sazón en Toledo, se atrevieron á esta empresa, y eran Fr. Raimundo, abad de Fitero junto al río de Pisuerga, y su compañero Fr. Diego Velazquez. Este habia sido soldado viejo del emperador D. Alonso: despues cansado y por menosprecio de las cosas humanas se metió monje, y como era de gran corazon, persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza; con-

sejo al parecer temerario, pero en efecto inspirado de Dios. El rey hizo donacion del señorío de Calatrava y de su tierra á santa Maria de la orden del Cister y en su nombre al abad Raimundo y compañeros para siempre. Esto sucedió al principio del año 1138. Tal fué el principio de la gloriosa milicia y orden de Calatrava, que llegó luego á tener gran lustre y esplendor. Alejandro III la confirmó por una bula el año 1164. Los caballeros de Calatrava usaron al principio un escapulario con una capilla que salia de él sobre el vestido á manera de los frailes; mas por concesion del papa Benedicto XIII dejaron la capilla en el año 1397 y tomaron la cruz roja flor-delisada que remata en cuatro flores de lis, de la forma que hoy la usan.

Orden de Alcántara.

VII. Ganada de los moros en el siglo XIII la antigua y fuerte villa de Alcántara, se hizo gracia de ella para que la defendiesen á los caballeros de la orden de Calatrava, que pusieron allí buena guarnicion de soldados, los que de ordinario salian á correr la tierra de los infieles. Este fué el principio de la caballería de Alcántara, que estuvo sujeta á la de Calatrava; pero luego fué exenta por bula del sumo pontífice Julio II. Su hábito primitivo fué un capirote y una quia roja de cuatro dedos de ancha y una tercia de larga; pero el mismo papa les concedió en 1411 que trocasen aquellas insignias en la cruz verde flordelisada de que usan, en manto blanco de la misma forma y remates que la de Calatrava. Unos y otros caballeros militan debajo de la regla de S. Bernardo y estan sujetos á la orden de Cister.

Orden de Santiago.

VIII. Por los años de 1170 comenzaron á ser nombra-

dos los caballeros de la orden de Santiago, cuyo origen es el siguiente. Siendo en aquellos tiempos tan famoso el santuario del apóstol Santiago en España, á cuyo sepulcro venian en peregrinacion cristianos de todas las regiones del mundo, los canónigos de S. Eloy con deseo de remediar los males nacidos de la esterilidad de aquellos lugares y de las correrías de los moros (cosas que retenian á muchos de visitar el célebre santuario) edificaron hospitales para recibir á los peregrinos por todo el camino que llega hasta Francia. Entre estos hospitales fué el mas principal el que se edificó en el arrabal de la ciudad de Leon con título de S. Marcos. Mas adelante algunas personas nobles, ricas y ejercitadas en la guerra juntaron en comun sus bienes á manera de los religiosos y á persuasion del cardenal Jacinto determinaron unirse con los canónigos de S. Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago. Con este acuerdo se partieron para Roma á fin de obtener aprobacion de su instituto y manera de vida, que querian ordenar conforme á la regla de S. Agustin profesada por dichos canónigos. El sumo pontífice por su bula de 5 de julio del año 1175 señaló á los soldados la manera de vivir poniéndoles leyes muy buenas. Entre otras cosas se mandó que de todos los caballeros se eligiesen trece, que no se apartaran nunca del lado del maestro y juntamente con él hicieran su capitulo general todos los años en un lugar señalado. El primer maestro de esta orden fué Pero Fernandez de Puente Encalada. Las insignias de los soldados eran manto blanco con una cruz roja á manera de espada. Señalóseles por convento el hospital de S. Marcos de Leon. Tenian en Castilla y en Leon grandes heredamientos y no pocos castillos y lugares, entre los que se contaban Uclés, Mora, Estriana, Almodóvar, Larunda y Santa Cruz de la Zarza.

Orden teutónico.

IX. Es cosa indisputable que los teutones ó alemanes desde su institucion se calificaron de soldados de la Virgen. Empezaron por un hospital que un rico señor alemán, residente ya de mucho tiempo atrás en la tierra santa, fundó en favor de los de su nacion que necesitasen ser socorridos en un pais extraño, cuya lengua no entendian. Al mismo tiempo les erigió una capilla bajo la advocacion de nuestra señora. El año 1491 algunos buenos ciudadanos de Brema y Lubeck en Alemania que eran opulentos, juntaron en comun sus bienes y uniéndose á aquellos edificaron un magnifico hospital en la ciudad de Acre, que por entonces era poseida de los cristianos. Todos tomaron el título de caballeros teutónicos ó del hospital de la virgen Maria de la casa de los teutones de Jerusalem y nombraron primer maestro á Enrique de Valpot, valiente y esforzado caballero. Abrazaron la regla de San Agustin con túnica y manto blanco y en medio del pecho una cruz negra llana; sobre la cual habia otra blanca doblemente potentada. Hallándose á la sazón San Luis en ultramar añadió el jefe de Francia. Algunos escritores han notado que tenian al rededor de sus cruces un rosario bordado como señal del servicio que habian ofrecido por voto á la Virgen. Hicieron los de pobreza, castidad y obediencia en manos de Heraclio, patriarca de Jerusalem, y en el año 1295 fueron confirmados por el papa Urbano III, quien los encargó de rezar todos los dias doscientas veces la oracion del Padre nuestro y el Ave Maria con el simbolo de los apóstoles, y otras tantas todas las noches. Igualmente mandó que no se admitiese á nadie en la orden sino á los teutones ó alemanes que hubieran hecho pruebas de nobleza y que en todas ocasiones estuvieran dispuestos para la defensa del

santo sepulcro. En ella se ocuparon valerosamente algun tiempo; pero como los móviles de la divina providencia son ocultos, permitió que á poco fuesen echados por el turco; con lo que se vieron precisados á retirarse á Tolemaida, ciudad de la Siria, donde no los dejaron establecer los sarracenos, sino que los hicieron dejar en breve la plaza. En virtud de lo cual resolvieron volverse á Alemania, y los sucesos mostraron bien que era Dios quien los guiaba, porque habiendo llegado á la Prusia, que estaba sepultada en las tinieblas del paganismo, y habiendo obtenido la bendición del papa Gregorio IX y el consentimiento del emperador Federico y de los duques de Moscovia, que se decían señores de aquella region, la subyugaron por las armas, redujeron los pueblos á la obediencia de la iglesia y para perpetua memoria de los beneficios recibidos de la reina del cielo su señora edificaron una ciudad llamada Mariemburgo, de la que he hablado ya mas arriba.

Orden de los caballeros de Avis.

X. Al mismo tiempo que acudieron los teutones al socorro de la Palestina, Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, que en el año 1147 habia conquistado á los moros la ciudad de Evora, reconoció que la tenia de Dios y de la santísima virgen Maria. Para sostenerla contra los infieles llamó á ciertos soldados, que en su reino tenían fama de hombres osados y valerosos, y los puso en Evora con encargo de guardarla y promesa de dejársela á ellos si se conducian esforzadamente. Así lo hicieron con gran contento de aquel príncipe, que no quiso faltar á su palabra, ya que ellos habian dado pruebas de valor. Hizo mas: desde entonces formó el plan de instituir una orden de caballeria bajo la proteccion de nuestra señora del Cister, dedicándole perpetuamente la ciudad de Evora

con todas sus dependencias, de donde fueron llamados primero los hermanos de santa Maria de Evora. Pero aumentándose de dia en dia el número de los caballeros así como la liberalidad de los portugueses, el rey les señaló además en el año 1181 su castillo de Avis: de donde tomaron el nombre de caballeros de Avis. En la misma época adoptaron el hábito blanco con cruz roja en el hombro en honor de la Virgen. Sus armas fueron una cruz de sinople flordelisada en campo de oro y en punta dos aves así como cuervos de sable. Estos caballeros fueron confirmados por el papa Inocencio III el año 1204, reinando en Portugal Sancho I, hijo y sucesor de Alfonso.

Orden de la Merced redencion de cautivos.

XI. En el año 1223 el rey de Aragon Jaime el Conquistador, de quien he hablado mas arriba, sabiendo por experiencia las miserias del cautiverio, instituyó en la ciudad de Barcelona la orden de nuestra señora de la Merced redencion de cautivos, que despues fué aprobada por el papa Gregorio IX el 17 de enero de 1250. Aquel príncipe tenia el corazon traspasado de los indignos tratamientos que sufrían los cristianos por parte de los bárbaros, y Pedro Nolasco, caballero francés tan acomodado como virtuoso, lo sentia en el alma y no pensaba mas que en el modo de remediarlo. Agradó tanto el zelo del uno y del otro á la madre de Dios, que se apareció á ambos al mismo tiempo y les declaró ser la voluntad de su hijo y la suya que instituyesen una orden militar destinada á redimir á los cautivos hechos por los infieles: que Pedro emplease todos sus bienes para este fin; y que el rey contribuyese con su autoridad á llevar adelante una obra tan buena. La misma revelacion tuvo el bienaventurado Raimundo de Peñafort, religioso piadosísimo de santo Domingo y confesor entonces de Jaime y de Pedro. El hábito que les dió San Rai

mundo, fué una túnica y capa blanca, una cruz del mismo color sobre su escapulario y en medio de sus escudos las armas de los reyes de Aragon.

Orden de la milicia de la Virgen.

XII. Por los años de 1260 instituyó el papa Urbano IV una orden militar llamada la milicia de la Virgen, encargando particularisimamente á los caballeros el cuidado de las viudas y huérfanos pobres. Permitted que vivieran en sus propias casas, con sus mujeres é hijos. Sus insignias eran una sotana blanca y una ropa parda, sobre la cual llevaban cruz roja en campo de plata con dos estrellas encima.

Orden de nuestra señora de Montesa.

XIII. En el año 1317, habiendo sido extinguida la religion de los templarios en el concilio general de Viena que el sumo pontifice Clemente V congregara siete años antes, el rey Jaime II de Aragon instituyó una nueva caballería debajo de la regla del Cister y sujeta á la orden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señalóseles por hábito y divisa una cruz roja simple y llana, en manto blanco. Su principal asiento y convento se fundó en Montesa, en el reino de Valencia; de donde tomó el apellido. La renta no era mucha: en las hazañas contra los moros que corrian aquellas tierras, no se distinguieron menos que las otras órdenes. La cruz de Montesa se llama ordinariamente la cruz del caballero S. Jorje, que es el patron de los reinos de Valencia y Aragon.

Orden de la Anunciada.

XIV. En el año 1336 el conde Amadeo de Saboya, apellidado el caballero verde, instituyó la orden de la Anun-

ciada en favor de la nobleza y bajo los auspicios de la madre de Dios, y no quiso que pasasen de quince los caballeros, por cuanto eran instituidos particularmente en honor de los quince misterios de la vida de la Virgen. Por el mismo motivo en la fundacion de la Cartuja de Pedro Chastel, que está en los confines de la Saboya, mandó que hubiese siempre quince monjes sacerdotes que ofrecieran diariamente á Dios sus sacrificios y oraciones, tanto por su prosperidad como por el bien de su casa y la conservacion de sus caballeros. El collar de la orden es un triplice eslabon, distinguido por cuatro letras capitales F. E. R. T. (1); por donde pretendió ligar los caballeros á la madre de Dios, con el sagrado lazo de una servidumbre muy noble y libre, y entre ellos mismos con el vínculo de una amistad sincera é indisoluble, honrando además la memoria del conde de Saboya Amadeo el Grande su predecesor, el cual en el año 1310 ó segun otros 1330 acudió con un grueso ejército en auxilio de los caballeros de Rodas é impidió la toma de esta isla. Del collar llevan pendiente la imágen de la Anunciada, verdadera muestra de la devocion á la gloriosa virgen Maria.

Orden del Cardo de nuestra señora.

XV. En el año 1370 Luis II de Borbon, llamado el buen duque, instituyó la orden de los caballeros del Cardo de nuestra señora bajo el reinado de su sobrino Carlos VI. Este buen principe que tenia puesta toda su esperanza despues de Dios en la virgen Maria, cuando mas afligida y castigada se veia la Francia por los ingleses, fundó esta orden con veinte y seis caballeros de los

(1) Fortitudo ejus Rhodum tenuit.

mas valerosos que habia en el reino. Diariamente llevaban ceñidor de terciopelo azul celeste, forrado de raso encarnado y bordado de oro, y sobre él estaba escrita la palabra *Esperanza* con letras de oro. Sujetábase con hebilla de este mismo metal esmaltada de verde como la cabeza de un cardo. En las fiestas solemnes y especialmente el día de la Concepcion, que era la mayor de la orden, vestian los caballeros sotana de damasco encarnado con anchas mangas y sujeta con el ceñidor azul celeste. Además tenían el gran manto de damasco azul celeste con las franjas de oro, el gran collar forrado de raso encarnado y el capirote de terciopelo verde, sobre el cual llevaban el collar de la orden de oro fino y del peso de seis marcos, que se cerraba por detrás con hebilla así como el ceñidor. Componiase de rombos enteros y medios de orla doble, esmaltados de verde, abiertos y horadados, llenos de flores de lis de oro y de la palabra *Esperanza* en letras mayúsculas antiguas en cada un rombo esmaltado de rojo. Al remate del collar pendia sobre el pecho un óvalo, cuyo circulo estaba esmaltado de verde y rojo. En medio del óvalo se veía la imagen de la Virgen rodeada de un sol de oro, coronada de doce estrellas de plata, con una media luna de la misma debajo de los pies, esmaltada de púrpura y azul celeste; y al extremo del óvalo habia una cabeza de cardo esmaltada de verde y pintarrajada de blanco.

Orden del Vaso de nuestra señora.

XVI. En el año 1410 ó segun otros 1415 el infante D. Fernando de Antequera, llamado así por haber ganado esta fortaleza á los moros, que perdieron mas de quince mil hombres, instituyó la orden del Vaso de nuestra señora con el fin de conservar la memoria de aquella conquista, de que se confesaba deudor á la Vir-

gen. La divisa de la orden era un tiesto con ramilletes de lirios y entrelazado con erizos. Esta orden trasladada de Castilla á Aragon duró bajo el reinado de los hijos de Fernando.

Orden del Toison de oro.

XVII. En el año 1429 Felipe, duque de Borgoña, se casó con Isabel, hija del rey Juan de Portugal, y el día mismo de su boda, que fué el 10 de enero, creó en su ciudad de Brujas los primeros caballeros del Toison de oro para gloria de Dios, reverencia de su santísima madre y honra del bienaventurado apóstol S. Andrés, segun declara la cédula de ereccion de dicha orden, expedida á 27 de noviembre de 1431. Y aunque los mas juzgan que este toison dice relacion principalmente al de Jason y los antiguos argonautas; otros sin embargo con tanta probabilidad y mas han creido que Felipe atendió en especial al vellocino de Gedeon, verdadera figura de la madre de Dios, segun hice ver en el capitulo III de este tratado.

Orden de la milicia de la virgen Maria del monte Carmelo.

XVIII. En el año 1607 Enrique el Grande, de feliz memoria, instituyó la orden de la milicia de la virgen Maria del monte Carmelo, que fué aprobada por Paulo V en el mismo año. Componiase de cien caballeros franceses de casa distinguida, para que en lo sucesivo y en caso de haber necesidad de ir á la guerra estuviesen alado de S. M. como un escuadron de gente escogida para guardarle. Debian llevar sobre el manto y al lado izquierdo una cruz de terciopelo ó raso de color de tabaco con orla de plata. En medio de ella estaba la imagen de la Virgen rodeada de rayos de oro, todo bordado; y lleva-

ban al cuello una cruz tambien de oro y en medio de ella por ambos lados la imágen esmaltada de la Virgen con una cinta de seda de color de tabaco. Tenian por patrona y protectora á nuestra señora del Cármen, cuya fiesta celebraban todos los años el día 6 de julio. Debían rezar diariamente el oficio de la Virgen ó el rosario: lo demás de los estatutos está contenido en la bula de institucion.

Ordones de la Milicia sagrada y de la Milicia cristiana de la inmaculada Concepcion.

XIX. El año 1615 fué instituida la orden de la Milicia sagrada contra los infieles bajo la particular proteccion de la virgen Maria y de S. Francisco, siendo sus fundadores tres caballeros italianos llamados Petrignan. La divisa de la orden era una cruz de raso azul celeste bordada de plata, en medio de la cual habia un círculo y en el centro una cifra compuesta de una S y una M coronadas, que querian decir Santa Maria; al rededor habia esta leyenda: *In hoc signo vincam*: A favor de esta señal venceré. Al rededor del círculo entre los cuatro brazos de la cruz habia doce radios de plata para representar á los doce apóstoles; en cada brazo nueve flechas de plata en memoria de los nueve coros de los ángeles: los brazos remataban en florones de lises exóticas, es decir, del modo que las hacen los italianos y alemanes, para denotar que la orden se habia fundado en honor de la Virgen, que es el verdadero lirio del paraiso. Al remate de los cuatro florones habia cuatro estrellas rodeadas de rayos. En el año 1619 habiendo venido á Francia Juan Bautista Petrignan, que era el hermano segundo, para que se asociara á la orden la nobleza del reino, pasó tambien á Alemania, donde se hallaba entonces el duque de Nevers, despues duque de Mantua, el cual

con el conde de Atam, el dicho Petrignan y algunos otros señores alemanes erigió otra orden casi por el modelo de la que acabo de describir. Esto aconteció el día 8 de marzo del año 1619 á cuatro leguas de la ciudad de Viena en Austria en medio del campo. Así habiendo absorbido esta orden á la de los Petrignan, quedó el principal honor de la institucion para el duque de Mantua. Fué primeramente confirmada con sus reglas y estatutos por el papa Paulo V y despues por Urbano VIII bajo el título de Milicia cristiana de la inmaculada concepcion de la virgen Maria, cuya imágen se colocó en medio de la divisa de la orden en lugar de la S y la M coronadas.

Cruzada para la guerra santa.

XVII. Las cruzadas tienen una conexion particular con las ordenes de caballeria y son por lo comun los frutos de esos árboles frondosos: así pide la razon que diga yo dos palabras de ellas, en atencion á que una de las insignes grandezas de la Virgen es haber inflamado tantos corazones para acometer esas empresas nobles y generosas. La historia, depositaria fiel de la verdad, me enseña que los franceses se cruzaron hasta siete veces ó ellos solos, ó unidos con otras naciones para recobrar la tierra santa y que no perdonaron medio ni diligencia, caminando sin reparar en peligros á la sombra del estandarte de la cruz y capitaneados por la madre de Dios. La primera vez fué el año 1095 cuando habiendo convocado Urbano II un concilio general de trescientos y veinte prelados en la iglesia de nuestra señora de Clermont en la Auvernia y aprobado allí mismo el oficio que se reza en honor de la Virgen, animó de tal suerte á los obispos asistentes y por su medio á los príncipes cristianos, que anduvieron á porfia sobre

quién ofrecería mas estados y señoríos y acudiría de los primeros. Las dos últimas cruzadas fueron dirigidas por el invencible S. Luis, príncipe tan santo como magnánimo, que arriesgó su propia vida por llevar adelante esta gloriosa empresa. Los que hayan hojeado los libros escritos sobre el particular, habrán podido notar cuántas veces experimentaron los cruzados la protección y asistencia de la madre de Dios. Tampoco ellos fueron ingratos, porque en cuanto se apoderaron de Damietta, ciudad tan importante, que les ofreció el soldan restituirles Jerusalem y todo cuanto ocupaba en la Palestina y la Fenicia, lo que tenía del madero de la verdadera cruz, con todos los cautivos cristianos que había en las provincias de Babilonia y de Damasco, con tal que levantasen el cerco de Damietta, una de las primeras cosas que hicieron, fué consagrar á la Virgen la mezquita de los sarracenos, que era un templo muy suntuoso y magnífico con ciento cuarenta y nueve columnas de mármol y riquísimos ornamentos, para poder dar gracias á nuestra señora en su propia casa por tantos bienes recibidos.

Cruzada contra los albigenses.

XVIII. La cruzada levantada contra los herejes albigenses por los años de 1208 bajo la conducta de Simon de Monfort es otra señal del poder que tiene la madre de Dios sobre los ejércitos, y del favor con que mira siempre á sus fieles siervos. La jornada de Muret á orillas del Garona es una prueba extraordinaria de lo uno y de lo otro: los enemigos eran mas de cien mil combatientes, y el conde Simon no tenía mas que unos doscientos y cuarenta hombres de armas, quinientos caballos ligeros y setecientos peones mal armados; y sin embargo cayeron con tal arrojó sobre los albigenses, que los pusieron en derrota y los persiguieron victoriosos

mientras les quedaron fuerzas para aniquilar á los enemigos de Dios y de la Virgen. Segun los cronistas perecieron en el campo de batalla unos veinte mil hombres; victoria ciertamente maravillosa, si se atiende al escaso número de los vencedores; pero de todo punto asombrosa por cuanto cien mil enemigos no pudieron matar mas que un solo hombre de armas y ocho soldados. Bien sé que los escritores, que por lo comun se fijan mas en el resultado de las guerras que en lo que toca á la devoción, no se han ocupado en recopilar cuidadosamente lo que hace á mi propósito; pero los que han escrito la historia de santo Domingo, convienen en que el buen suceso de todos los reencuentros de esta cruzada se debió á la asistencia de la madre de Dios, á quien aquellos herejes insultaron y calumniaron tanto, que la representaban como á una mujer perdida y la pintaban por escarnio con un ojo solamente (1). Es indudable que la principal fuerza de aquellas tropas victoriosas, entre las cuales iban muchos santos prelados y monjes del Cister y cuyo heraldo era el glorioso santo Domingo, vino de parte de la Virgen. La historia de este santo dice que como los infieles albigenses se obstinaron mas para recibir la verdad cuanto mas claramente se les hacia ver la luz, un dia postrado Domingo delante de la bondadosa virgen María, bañado en lágrimas y abatido de dolor le dió quejas por lo poco que se adelantaba con tantos sermones, tantas conferencias y tantas maravillas. Entonces la madre de misericordia le consoló y confortó manifestándole cuántos trabajos, cuántos sudores y cuánta sangre había costado á su amado hijo la reden-

(1) D. Antonin. 3 parte Summa; Flaminius, Ferdinandus, Castellán., Jordanus Constantinus, Hubertus, Theodorus, omnes in vita Dominici: Bzovius in suplemento Annal. Baronii ad ann. 1213.

cion de las almas; que sola la perseverancia era capaz de llevar al cabo las grandes empresas y que al fin cogeria él con gusto lo que regaba con tantas lágrimas: que además le ponía en las manos un medio muy excelente para promover en poco tiempo la gloria de su hijo y la suya, facilitar la conversion de los herejes y pelear contra los enemigos visibles é invisibles; á saber, la devocion del santo rosario acompañado de la meditacion de los misterios de Jesucristo y de la Virgen. Añadió que esta seria la prenda de su cariño hereditario á la órden que habia de fundar él muy pronto en la iglesia, y que sus hijos publicarian perpetuamente por todo el mundo la excelencia y el uso de estas armas espirituales. Quien quiera saber mas y en especial cómo fué confirmada inmediatamente la verdad de esta vision por las maravillas que obró santo Domingo, puede leer los autores que han escrito la vida del santo. Por mi parte voy á hablar de las órdenes regulares.

S. VII.—Que la Virgen ha sido reconocida y venerada por los órdenes regulares.

I. Aquí vienen otros esuadrones y otros capitanes y soldados de la milicia de la iglesia, que dicen con san Pablo: las armas de nuestra milicia no son materiales, sino que reciben la fortaleza y virtud de Dios para destruir las trincheras y las máquinas de los enemigos, abatir toda presuncion que se levanta contra la ciencia de Dios, y sujetar todo entendimiento criado al servicio de Jesucristo. Esta milicia la componen las órdenes regulares instituidas en diferentes tiempos en la casa de Dios, las cuales, aunque caminando bajo diferentes alféreces y vistiendo distintas libreas, tienen todas un mismo corazon y un mismo intento de seguir el camino estrecho de

la perfeccion evangélica y atraer las almas al amor de aquel que las redimió, y todas pelean bajo la proteccion particular de la madre de Dios, como parecerá por el discurso que voy á principiar.

Los primeros religiosos.

II. Los primeros campeones que enarbolaron el estandarte de la perfeccion cristiana en tiempo de los apóstoles, encontraron tanto que hacer en sus principios y se dedicaron á ello con tanto abinco, que cuidaron muy poco de dejar escritas para la posteridad sus hazañas. Tales fueron los que habiéndose juntado primeramente en la ciudad de Alejandria bajo la disciplina de S. Marcos evangelista fueron arrojados despues por la borrasca de la persecucion á diversas regiones, donde hallaron imitadores de su modo de vivir: unos se refugiaron en los desiertos, y otros moraron en las ciudades, como los que andando el tiempo se pusieron en Oriente bajo la regla de S. Basilio, en Africa bajo la de san Agustin, en Italia bajo la direccion de S. Simpliciano, en Francia bajo la obediencia de S. Martin. Asi sucedió en los otros paises, hasta que apareciendo S. Benito en Occidente como un nuevo sol difundió por todas partes los rayos de su luz y se llevó en pos de sí á todo el mundo.

Orden de S. Benito.

III. Este santo que comenzó á reunir discipulos por los años de 510, sentó los primeros fundamentos de su órden sobre la devocion á la madre de Dios. De esto tenemos una prueba perentoria (1) en haberle dedicado

(1) Crónica de S. Benito por el P. Yepes en el año citado.

cion de las almas; que sola la perseverancia era capaz de llevar al cabo las grandes empresas y que al fin cogeria él con gusto lo que regaba con tantas lágrimas: que además le ponía en las manos un medio muy excelente para promover en poco tiempo la gloria de su hijo y la suya, facilitar la conversion de los herejes y pelear contra los enemigos visibles é invisibles; á saber, la devocion del santo rosario acompañado de la meditacion de los misterios de Jesucristo y de la Virgen. Añadió que esta seria la prenda de su cariño hereditario á la órden que habia de fundar él muy pronto en la iglesia, y que sus hijos publicarian perpetuamente por todo el mundo la excelencia y el uso de estas armas espirituales. Quien quiera saber mas y en especial cómo fué confirmada inmediatamente la verdad de esta vision por las maravillas que obró santo Domingo, puede leer los autores que han escrito la vida del santo. Por mi parte voy á hablar de las órdenes regulares.

S. VII.—Que la Virgen ha sido reconocida y venerada por los órdenes regulares.

I. Aquí vienen otros esquadrones y otros capitanes y soldados de la milicia de la iglesia, que dicen con san Pablo: las armas de nuestra milicia no son materiales, sino que reciben la fortaleza y virtud de Dios para destruir las trincheras y las máquinas de los enemigos, abatir toda presuncion que se levanta contra la ciencia de Dios, y sujetar todo entendimiento criado al servicio de Jesucristo. Esta milicia la componen las órdenes regulares instituidas en diferentes tiempos en la casa de Dios, las cuales, aunque caminando bajo diferentes alféreces y vistiendo distintas libreas, tienen todas un mismo corazon y un mismo intento de seguir el camino estrecho de

la perfeccion evangélica y atraer las almas al amor de aquel que las redimió, y todas pelean bajo la proteccion particular de la madre de Dios, como parecerá por el discurso que voy á principiar.

Los primeros religiosos.

II. Los primeros campeones que enarbolaron el estandarte de la perfeccion cristiana en tiempo de los apóstoles, encontraron tanto que hacer en sus principios y se dedicaron á ello con tanto abinco, que cuidaron muy poco de dejar escritas para la posteridad sus hazañas. Tales fueron los que habiéndose juntado primeramente en la ciudad de Alejandria bajo la disciplina de S. Marcos evangelista fueron arrojados despues por la borrasca de la persecucion á diversas regiones, donde hallaron imitadores de su modo de vivir: unos se refugiaron en los desiertos, y otros moraron en las ciudades, como los que andando el tiempo se pusieron en Oriente bajo la regla de S. Basilio, en Africa bajo la de san Agustin, en Italia bajo la direccion de S. Simpliciano, en Francia bajo la obediencia de S. Martin. Asi sucedió en los otros paises, hasta que apareciendo S. Benito en Occidente como un nuevo sol difundió por todas partes los rayos de su luz y se llevó en pos de sí á todo el mundo.

Orden de S. Benito.

III. Este santo que comenzó á reunir discipulos por los años de 510, sentó los primeros fundamentos de su órden sobre la devocion á la madre de Dios. De esto tenemos una prueba perentoria (1) en haberle dedicado

(1) Crónica de S. Benito por el P. Yepes en el año citado.

uno de los seis primeros monasterios é iglesias que edificó en Italia, tituléndole santa Maria de Porciúncula. A imitacion de esta se labró despues otra iglesia bajo el mismo nombre cerca de Asis y dependiente de Monte Casino, que los monjes de S. Benito cedieron generosamente á S. Francisco cuando formaba los primeros planes de su órden, segun queda dicho (1).

De esta escuela del gran patriarca S. Benito salieron los Gregorios, los Leones, los Ildefonsos y otros mil excelentes siervos de la Virgen, de quien hablaré mas oportunamente en los tratados sucesivos. Por ahora me contentaré con una preciosa devocion de esta órden á Maria santísima, que es citada por el devoto Ruperto, monje de la misma y abad de Trieste en Alemania. Repasando las palabras del real profeta, que decia que la santa Sion sería por siempre jamás su primera y principal alegría, indica el abad Ruperto que esto se observa

(1) Adicion de la madre Maria J. de Blemur. — « Allí fué donde le anunció un ángel que su servicio era aprobado del Señor: que su órden duraria hasta el fin del mundo: que todos sus verdaderos hijos se salvarian: que los protectores de ellos serian favorecidos de Dios y los perseguidores castigados. Pero S. Benito no aguardó á tan tarde para ponerse bajo la proteccion de la Virgen, porque á la edad de siete años tenia secreta comunicacion con ella y pasaba buena parte del dia en obsequiar y venerar á una imágen suya, á quien tenia singular devocion. De ella aprendió el desprecio del mundo, y formó el plan de abandonarle. La misma madre de Dios declaró al bienaventurado Alano de la Peña, religioso domi-

nico, que el origen de las grandezas de S. Benito y la gloria que posee de ser el primer patriarca de los monjes de Occidente es un efecto de su piedad y el galardón del conato con que la veneró durante su mansion en Roma. La imágen de que hablamos, recibe aun culto en una capilla llamada el oratorio de S. Benito. Creciendo la devocion del santo con la edad fué el primero que saludó á la santísima Virgen con el número de ciento y cincuenta Avemarías; lo cual reveló la señora al mismo Alano. Añade este que los hijos del bienaventurado patriarca propagaron el uso de esta devocion donde quiera que establecieron la santa regla, fundando la órden sobre una piedad tan saludable.»

misticamente en la órden de S. Benito, en la que hay una regla que previene que en todos los monasterios haya en el claustro un oratorio de la virgen Maria, donde se haga la primera estacion y procesion de todos los domingos del año. Por mi parte no dudo que la madre de Dios ha pagado ya de mil maneras esta devocion inspirada por ella misma á sus hijos; no obstante confieso que me he penetrado de un sentimiento muy particular de consuelo al leer lo que la misma Virgen reveló un dia á su fiel sierva santa Brigida. Despues de mostrarle el glorioso S. Benito como un globo de fuego y de luz que habia abrasado é iluminado el mundo, y despues de manifestarle cómo sus sucesores habian dejado apagar aquel fuego y eclipsarse aquella luz, añadió que aun tenia tres chispas para encenderle y hacer que su amado hijo fuese glorificado algun dia como antes. Buena nueva de que mi alma se regocija mucho mas, porque conozco que la Virgen santísima ha comenzado á cumplir su promesa en nuestros dias, en que vemos gracias á Dios que los primeros fuegos del antiguo fervor se vuelven á encender con todas veras en esta sagrada religion y que hay muchas trazas de que la que empezó tan felizmente no cese hasta que la propague por todas partes.

Orden de Cluny.

IV. Habiéndose amortiguado en algun modo con el tiempo el primitivo fervor de la órden de S. Benito, aconteció cuatrocientos y seis años despues de su primera institucion que el santo abad de Cluny Odon se dedicó con todas sus fuerzas á restaurar la disciplina regular en su monasterio. Y para que no se limitase allí el órden que introducía, obtuvo que en adelante fuese aquel monasterio la casa matriz de la órden y que las que se inclinaran á abrazar la regla establecida por

él para los suyos, reconociesen por su superior al abad de Cluny. Ordenó desde entonces que todos los monjes celebrasen el oficio de la Virgen los sábados no impedidos desde la octava de la Purificación hasta cuaresma, desde Pascua hasta las Rogaciones y desde Pentecostes hasta el Adviento, para que entendieran todos que levantaba aquel nuevo edificio con la asistencia de la madre de Dios, sin la cual no podía subsistir. Luego la iglesia universal imitó esto así como el hacer conmemoración de los fieles difuntos al otro día de todos los santos; costumbre que introdujo el primero S. Odilon, abad también de Cluny. No obstante si alguno quisiera sostener con este mismo santo en la vida que escribió de S. Mayolo, que el beato Bernon, predecesor de S. Odon y muerto en el año 912, fué el primer restaurador de la disciplina monástica en Cluny, no disputaré por eso, ni por cosa de mas transcendencia.

Orden del Cister.

V. A los doscientos años de haber recobrado la orden de Cluny su primitivo vigor, Roberto abad de Molesmes, que se había retirado con veinte monjes para igual intento, erigió un monasterio y comenzó á hacer una vida angelical con los suyos en los bosques del Cister. Como todos habían salido por inspiración y bajo la conducta de la madre de Dios, á quien estaban dedicadas la iglesia y la abadía de Molesmes, ordenaron desde luego que todos los monasterios que se edificaran en lo sucesivo bajo la obediencia del Cister, tuviesen por titular á la Virgen santísima y que todos los monjes la reconociesen por su buena madre. Así hay que confesar cuán maravilloso es ver el dulce cariño á María que todos los religiosos de ambos sexos de esta orden abrazan con el hábito. A este propósito me acuerdo de lo que cuenta un piadoso

escritor de la misma religion á un hermano suyo de profesion, hombre muy fervoroso y espiritual. Dice que habiendo sido arrebatado un día en espíritu al cielo vió un número casi infinito de santos distribuidos en diversas clases y vestidos de diferentes hábitos, y no dividiendo entre ellos á ninguno de los suyos se quedó algo turbado. Entonces recurrió á la reina de los ángeles y le dió sus quejas en estos términos: Virgen santa, ¿qué quiere decir que veo bienaventurados de toda condicion y calidad sin distinguir uno solo de tu orden del Cister, no obstante que te venera tan particularmente y te ama con tanta ternura? A lo cual respondió la madre de bondad: Hijo mio, no te admires; mis queridos hijos de tu orden están siempre debajo de mis alas y á mi lado. Dicho esto abrió su manto real, debajo del cual habia grandísimo número de monjes y monjas del Cister, á quienes tenia abrazados nuestra señora (1).

Sin embargo los que deseen saber por menor los obsequios que la madre de Dios ha hecho á varios santos de esta orden, y cuántas veces los ha protegido, pueden satisfacer su piadosa curiosidad leyendo á Cesareo.

(1) Adición de la madre M. J. de Blemur.—«Todo el mundo está convencido del modo con que María santísima trataba á S. Bernardo, el monje mas ilustre del Cister. Créese que un día le regaló con inefables delicias y que de resultas fué tan tierna la devoción del santo á María. En efecto cuando habla á esta reina, usa de una expresión propia solamente del amor. ¿No es verdad, señora (le dice en un raptó divino), que robas los corazones con tu bondad? ¿No es verdad que has robado el mio? Pero dime por

tu vida, ¿dónde le has puesto? ¿Dónde le encontraré? ¡Oh robadora de los corazones! ¿Cuándo me restituirás el mio? ¿Por qué robas así el corazón de las personas sencillas? ¿Por qué haces violencia á tus amigos? ¿Estás resuelta á dejarme sin corazón? Cuando te le pido me echas una mirada sonriéndote, y yo desfallezco, pierdo el habla y quedo fuera de mí como un hombre ébrio: el amor que te profeso, me reduce á este estado, y no distingo ya mi corazón del tuyo.»

Orden de los cartujos.

VI. Me he anticipado á hablar de la orden del Cister con motivo de la de S. Benito, aunque la de los cartujos fué unos doce años anterior á aquella. Desde el principio prometió la orden de los cartujos yo no sé qué de grande, porque antes que viniese á Grenoble su fundador S. Bruno y escogiese para su morada la vasta soledad de la Cartuja, el obispo de aquella diócesis S. Hugo habia tenido ya revelacion de la llegada del siervo de Dios y habia visto bajar la majestad del Señor á aquel desierto. No tardó la virgen Maria en dar á conocer á Bruno y á sus compañeros que ella misma los habia conducido allí, porque como el enemigo de todo lo bueno quisiese disuadirlos de tan santa resolucion poniéndoles delante mil falsos pretextos, entre otros que era una empresa superior á las fuerzas humanas enterrarse vivos en unas celdas pequeñas, aquella buena madre envió prontamente en su auxilio al apóstol S. Pedro y le mandó decir de su parte á S. Bruno que tuviesen ánimo, que se acordasen de que ella los habia recibido bajo de su proteccion, y que no los abandonaria jamás mientras se rezase su oficio. Habiéndolo ellos observado por su parte, la Virgen ha cumplido tan fielmente su promesa, que esta orden por la particularísima asistencia de la misma señora ha gozado de un privilegio no concedido á ninguna otra, cual es el haber subsistido ya quinientos y sesenta años en su primitivo vigor. Así es que se mantienen tan firmes en la devocion á Maria, que todas sus iglesias le están dedicadas, y el que tuviese espacio para recopilar todas las particularidades sobre este asunto, hallaria materia con que componer un tratado entero. Bastará citar el ejercicio de reconocimiento que el devoto cartujo Lansperge ordenó á sus hermanos; á saber, que cuan-

tas veces salgan de sus celdas ó vuelvan á ellas se acuerden de saludar á la Virgen santísima como á su guardadora y su única esperanza despues de Dios.

Orden de los premonstratenses.

VII. No mediaron mas que veinte y dos años entre la orden del Cister y la de los Premonstratenses instituida por S. Norberto, arzobispo de Magdeburgo. Hay muy poco que decir con respecto á la devocion de la madre de Dios, á la cual deben las dos religiones sus principios, sus progresos y su restauracion. Hasta en el nombre mismo de Premonstrato se descubre que todos los hijos de esta esclarecida orden pertenecen á la Virgen; porque aunque no ignoro lo que se dice comunmente, que conservó el nombre del lugar donde se fundó primero, así como las órdenes de Cluny, del Cister, de los cartujos y casi en general todas las órdenes antiguas, y aunque esta opinion tenga muchas probabilidades, no obstante hago gran caso de lo que se refiere al principio de las constituciones de la orden; á saber, que no estando aun bien resuelto S. Norberto en punto al hábito que habia de dar á sus religiosos, se le apareció un ángel por expreso encargo de la Virgen y le previno que les diese su librea, es decir, el hábito blanco. Por haber sido mostrado este así antes de la institucion de la orden se llamaron estos religiosos premonstratenses. Las vidas de S. Norberto y de muchos hijos suyos, especialmente del bienaventurado Herman de Steinald, de quien hablaré en diversas ocasiones, manifiestan bastante los singulares favores que han recibido de su medianera tanto para ellos en particular como para la orden en general; pero mi plan no consiente que me detenga mas tiempo en esto.

Orden de Monte-Virgen.

VIII. En el mismo año ó segun otros cuatro despues comenzó la órden de S. Guillermo de Verceil, llamado el encorazado porque vestia una coraza y llevaba la cabeza desnuda. Esta órden, que nació por decirlo así entre los brazos de nuestra señora, se llamó de Monte-Virgen con motivo de haberse erigido en un monte del mismo nombre la primera capilla y eremitorio de este título, dedicados á María santísima.

Orden de la Trinidad, redencion de cautivos.

IX. Por los años de 1197 comenzó la órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos, que es diferente de la de los caballeros llamados tambien de la redencion de cautivos, de quienes he hablado poco antes. Los fundadores de la órden de la Trinidad fueron dos anacoretas franceses, Juan de Mata y Félix de Valois, cuyos loables designios inspirados por el cielo fueron benignísimamente oídos y aprobados por Inocencio III, quien los estableció en la ciudad de Roma y les dió medios de propagarse en diferentes países de la cristiandad. En todo tiempo han estado estos religiosos bajo la proteccion particular de la madre de Dios de lo cual dieron una prueba solemne cuando en el capitulo general tenido el año 1429 en el convento de Ciervo Frio confirmaron un antiguo estatuto, por el que se obligaban á rezar todos los jueves el oficio de la santísima Trinidad y todos los sábados el de nuestra señora, ambos de nueve lecciones, como patronos de la órden. Tampoco es cosa de pasar en silencio que hay un decreto del consejo real de Portugal, llamado comunmente la tabla de conciencia, por el cual se previene que en los cepillos donde los religiosos trini-

tarios recogen las limosnas para la redencion de los cautivos, se pinte la imágen de la Virgen con su hijo en los brazos y á sus pies por un lado algunos cautivos cargados de cadenas y esposas, y por otro un religioso de la órden que coge con una mano la punta del manto de la madre de misericordia, y con la otra alza el dedo contra los cautivos. De la boca del religioso salen estas palabras dirigidas á María: Digna madre de Dios, desata las cadenas de los cautivos. Dejo á un lado las muchas cofradías que tenian para venerar á la reina de los ángeles, especialmente del escapulario de su órden, de nuestra señora de los Remedios y otras: solo en el convento de Lisboa se cuentan hasta siete. En la historia de esta religion verá el curioso lector que no son menores los beneficios y gracias recibidas de la madre de bondad que el cariño y devocion que le han tenido siempre estos religiosos.

Orden del Valle de los Estudiantes.

X. En el año 1201 nació en la diócesis de Langres una órden nueva titulada del Valle de los estudiantes, consagrada de tal suerte al servicio de la Virgen desde su origen, que todas sus casas llevan el nombre de ella, como nuestra señora de Bonaval, de Beauroy, de la Forêt, de l'Ile y otras.

Orden de predicadores.

XI. En el año 1217 vino muy oportunamente al socorro de la iglesia de Dios la celeberrima órden de predicadores, cuando los albigenses conculcaban en Francia todos los derechos divinos y humanos, cuando los maniqueos y sacramentarios se derramaban por Italia, cuando los moros assolaban aun una buena parte de España, cuando la iglesia oriental estaba separada de la romana

por un cisma lamentable, cuando Saladino soldan de los sarracenos, se habia lanzado á la Siria, cuando la faccion de los güelfos y gibelinos conturbaba á toda la cristianidad, en una palabra cuando parecia haberse desatado Satanás con plena potestad de trastornarlo todo. San Antonino, arzobispo de Florencia y una de las lumbreras mas brillantes de esta misma orden, dice en pocas palabras lo que explica á la larga, y es cuanto yo puedo decir á mi intento: que la Virgen santísima procuró y encaminó la fundacion de esta religion, que le dió el hábito y que la protege en todas ocasiones. Procuró la fundacion, como se ve manifestamente por la vision que tuvo santo Domingo orando una noche en la iglesia de S. Pedro de Roma, cuando con unos pocos compañeros proyectaba abrazar la regla de S. Agustin con el consentimiento y autoridad del papa Honorio III. Parecióle ver al salvador del mundo ofendido sobremanera de los pecados de los hombres y resuelto á exterminarlos á todos con tres lanzas que tenia en la mano, muestras ciertas á mi parecer de las tres plagas con que Dios acostumbra castigar nuestras iniquidades. Por otra parte consideraba á la madre de misericordia arrodillada delante de él, y se le advertia que la arenga de reconciliacion pronunciada por ella venia á decir en sustancia que no podia negar que era muy excesiva la medida y calidad de los pecados cometidos diariamente en la tierra; pero supuesto que por su infinita bondad era mas inclinado al perdon que á la venganza y en todo tiempo habia deseado encontrar alguno que se opusiese á su ira, ella le presentaba dos hijos suyos llenos de zelo y valor para procurar de todas maneras su mayor gloria y la conversion de los pecadores: estos hijos eran santo Domingo y S. Francisco. ¿Quién creerá que el Salvador tuviese corazon para negar nada á su madre? Tan lejos de eso le concedió cuanto pedia, y le dió encargo de hacer de manera que se empleasen con to-

das sus fuerzas en la reduccion de los pecadores. La misma vision con poca diferencia tuvieron un fraile de esta orden y uno de los que fueron resucitados por santo Domingo, segun se lee en su historia. Además no hay ningun pais en la tierra alumbrado por el sol que no haya sido ilustrado por estos religiosos y no haya experimentado los efectos de sus afanes apostólicos; lo cual es una prueba irrefragable de la verdad de la vision. A esto puedo añadir una singularidad notable, y es que habiéndose encontrado á poco tiempo santo Domingo y S. Francisco se conocieron y se saludaron uno á otro sin haberse visto jamás. Entre las revelaciones de santa Brigida puede leerse cómo santo Domingo á la hora de su muerte puso á todos sus hijos presentes y venideros en manos de la Virgen Maria, y cómo esta le prometió que cuidaría de ellos por su amor. Hasta el hábito que visten los hijos de santo Domingo fué mostrado antes por la Virgen á un famoso doctor llamado Renaldo que queria entrar en la orden. En cuanto á la proteccion que la Señora les ha dispensado en diferentes ocasiones, seria tarea prolija referir sus particularidades. Quien quiera saberlas puede leer á S. Antonino en el lugar ya citado, y por las mercedes que otorgó á los bienaventurados Alberto, Gil, Leodato, Herman, Jacinto, Dupuy, Juvenancio, Acurso y otras lumbreras de la orden, conocerán todos que no sin motivo tomaron al principio el nombre de frailes de nuestra señora, aunque despues sus singulares hazañas en la conquista de las almas hicieron prevalecer el titulo honroso de frailes predicadores que han conservado siempre. Los que conocen cuánta es la corrupcion del mundo, no tendrán motivo de admirarse cuando sepan que en los principios de esta orden oyó santo Domingo en muy poco tiempo mas de cien confesiones generales de sus hermanos, que por una gracia especialísima de la madre de Dios habian pasado toda la vida con una pu-

reza verdaderamente angélica? Y los que aprecian como es debido la incomparable dicha de la íntima amistad de la reina de los ángeles, ¿no tendrán una santa envidia á los hijos de este glorioso, patriarca, cuando se acuerden que los vió un dia bajo el manto de la Virgen, ocupando un lugar tan dilatado por los muchos que eran, que le pareció haber bastantes para poblar la Jerusalem celestial? Lo que aconteció al bienaventurado Rodulfo de Faenza en los principios de la órden, merece contarse entre las principales gracias recibidas de María santísima. Estando aquel un dia extraordinariamente abatido á causa de que se salian muchos novicios por no poder tolerar el extremado rigor de la regla, se le apareció nuestro Señor con S. Nicolás y cogiéndole amorosamente por la cabeza le dijo: «Hijo mio Rodulfo, no te aflijas mas, porque mientras mi madre proteja tu órden, no faltarán personas que entren y permanezcan en ella.» Al mismo tiempo vió una nave cargada de dominicos que se dirigian á Bolonia, y oyó de nuevo una voz que le dijo: «Rodulfo, no temas ya en adelante, porque te prometo que dentro de poco tiempo todo el mundo estará lleno de religiosos de tu órden.» Los sucesos mostraron bien la verdad de esta prediccion, y no hay mas que abrir los ojos para conocerlo. Nada diré del cariño que han profesado siempre á la Virgen santísima, porque es sabido que le estan dedicadas las mas de sus iglesias, y nadie ignora de cuántas maneras han promovido el honor de aquella señora. Los frutos producidos por el rosario solo son tales que se necesitarian volúmenes enteros para contarlos. Acuérdomé de haber leído en la vida de santo Domingo que habiendo Dios manifestado un dia á una buena alma el dulce amor que tenia María santísima á esta órden, todos los religiosos existentes entonces cobraron tan entera confianza en ella y concibieron un deseo tan extraordinario de amarla, honrarla, servirla y darla á conocer á

todo el mundo, que se descubria en sus ojos, en sus palabras y en todo su porte. Todos ellos querian tener siempre delante su imágen y recrearse con ella dia y noche. En una palabra no vuelan las abejas en tanto número en torno de sus colmenas ó entre las flores de un huerto, como se agolpaban ellos ante el altar de la Virgen para contemplar las excelencias y celebrar las grandezas de esta señora.

Orden de S. Francisco.

XII. S. Francisco sigue próximamente á santo Domingo no menos en el cariño que tenia á la madre de Dios, que en la institucion de su órden. S. Buenaventura escribe de él que habiendo puesto su principal confianza en María despues de nuestro Señor la eligió por su particular abogada y de todos sus hermanos y que con este motivo instituyó el ayuno que se practica en su religion desde la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo hasta la de la Asuncion. El amor que tenia á la Virgen, le impelió á reedificar la iglesia de la Porciúncula, por otro nombre nuestra señora de los Angeles, que estaba para venir á tierra: por eso el humilde siervo de Dios escogió aquella morada y la amó mas que todos los lugares del mundo, segun queda dicho arriba. No debo olvidar lo que añade S. Buenaventura á este propósito, y es que una persona piadosa antes de entrar en la órden tuvo una vision, en la que descubrió una muchedumbre de ciegos que estaban hincados de rodillas delante de aquella iglesia con la cara vuelta y las manos levantadas al cielo gritando misericordia entre lágrimas y sollozos, y al mismo tiempo recibian la vista por medio de una luz celestial, que se difundia sobre todos los asistentes. Pronóstico indudable de la órden que S. Francisco debía de instituir en el mismo lugar, y de la gracia de la vocacion

religiosa, á cuyos primeros rayos habian de abrir muchos los ojos y consagrarse á su divina majestad. Habiendo sido concebido en cierto modo este instituto en el seno de la madre de Dios, ha conservado siempre un amor muy tierno hácia ella y ha manifestado en infinitas ocasiones el zelo por su honra y especialmente para defender el privilegio de su inmaculada concepcion. En los tratados siguientes se ofrecerá oportunidad de presentar algunos casos de los beneficios que la Virgen santísima ha dispensado á los hijos de S. Francisco, y algun testimonio del singular afecto que han tenido ellos á su servicio: aquí bastará decir dos palabras acerca de la vision con que fué favorecido el beato Leon, uno de los primeros compañeros del santo patriarca, por los años de 1250. Pareciale ver un campo dilatado y dos escalas que subian desde la tierra hasta el cielo; la una encarnada en que se apoyaba el Salvador, y la otra blanca y sobre ella la virgen María. El campo estaba cubierto de religiosos de su orden y S. Francisco al pie de las escalas ocupado en hacérselas subir. Ya se habian encaramado una buena porcion de ellos por la escala encarnada, cuando sobrevino de improviso una desgracia que le afligió grandemente, porque cayeron todos de espaldas, unos de los escalones mas altos, otros de los de en medio y algunos de los de abajo. El santo no sabia qué pensar de este funesto accidente; pero estando considerando y levantando los ojos á lo alto vió á la madre de misericordia, que le hacia seña de que subieran resueltamente á ella y que los dirigiria. Los frailes acuden á la orden de S. Francisco, suben volando, son recibidos benignísimamente por la Virgen y presentados á nuestro Señor, el cual en consideracion de su santísima madre les hizo un buen recibimiento. S. Francisco entendió bien el sentido de la vision y tomó de aquí motivo para aficionar mas y mas sus hijos á la Virgen como á su querida abogada y medianera. En el último tratado

de esta obra hablaré de la corona de la Virgen, que es una invencion de los hijos de S. Francisco, y del fruto que ha producido en la iglesia de Dios.

Orden de los ermitaños de S. Agustin.

XIII. Hácia la misma época fué aprobada la orden de los ermitaños de S. Agustin, aunque algunos la hacen mas antigua. El beato Juan apellidado el Bueno, porque su padre se llamaba Juan y su madre Buena, fué el que restauró la disciplina eremítica, ó mejor dicho el que instituyó la vida comun que despues han hecho siempre los ermitaños de S. Agustin, antes dispersos y solitarios. Hariamos mal en dudar que la Virgen santísima ha reconocido en ellos los fieles servicios de su gran patriarca S. Agustin y que ellos recíprocamente á imitacion de tan esclarecido siervo de la madre de Dios se han dedicado de todo punto á honrarla y servirla; mas por no haber llegado los documentos á mis manos no puedo decir nada en particular.

Orden de los Carmelitas.

XIV. No trato de resolver la controversia que hay entre los autores tocante al origen de esta orden. Sé que algunos refieren los principios de ella á la época del papa Honorio III por los años de 1217. Otros atribuyen este honor al beato Alberto, patriarca de Jerusalem, y dicen que en el año 1171 les dió la regla que conservaron hasta el de 1451, es decir, hasta el pontificado de Eugenio IV, por quien fué mitigada. El cardenal Baronio los pone en el pontificado de Alejandro III año 1181. Varios autores graves suben hasta el de 1141 y dicen que Aimerico, patriarca de Antioquia y legado de la santa sede en Oriente, fué quien los reunió y les dió una forma de

vida comun. Otros pasan hasta Juan, cuadragésimo segundo patriarca de Jerusalem, que vivia por los años de 400 bajo los emperadores Arcadio y Honorio, y fué el que compuso el libro de los institutos monásticos que nacieron en la ley antigua y perseveraron despues en la nueva: este libro se encuentra en el tomo noveno de la Biblioteca de los padres. Algunos suben hasta el tiempo de los apóstoles y aun hasta la época de Elías, de quien los hacen hijos y sucesores. Es cierto que así como no puede negarse que en cierto modo traen su origen de Elías y de los otros profetas que habitaban en el monte Carmelo, supuesto que los romanos pontífices lo afirman tan formalmente en sus bulas (1), de la misma manera es indudable que todos los que acabo de citar, dieron en diversas épocas alguna regla y algun método de vida á los ermitaños del monte Carmelo: de aquí resultó el haber sido tenidos por sus fundadores ó por restauradores de la antigua disciplina, que poco á poco habia ido decayendo. No obstante sin perjuicio de sus derechos de antigüedad les he dado el lugar que ocupan así en la capilla papal como en las procesiones públicas, tal vez sin otro motivo que el de ser los últimos mendicantes que se dieron á conocer y se fijaron en Occidente. Como quiera que sea y viniendo á mi propósito, es cosa indudable que hace muchos cientos de años son honrados con el glorioso título de frailes de nuestra señora del Carmen. Juan, patriarca de Jerusalem, en el libro ya citado refiere el primer origen de esta devoción y de este título á la vision misteriosa del criado del profeta Elías, quien á la séptima vez que se presentó por orden de su amo para mirar el signo que habia de parecer en el cielo ó en

(1) Sixto IV en la bula *Dum* las bulas concedidas á la orden *attenta* etc., Juan XXII, Julio III, de nuestra señora del Carmen. Pío V, Gregorio XIII, Sixto V en

la tierra, vió una nubecilla en forma de un paso humano, figura de la vírgen Maria, que venia á ser la precursora de nuestra dicha en la séptima edad del mundo. Habiendo sabido el profeta la secreta inteligencia de esta vision dejó en herencia á los imitadores de la vida que hacian, la devoción á la reina del cielo y una santa impaciencia de que viniese al mundo. El docto Armacan, primado de Hibernia, asevera en un sermón pronunciado el año 1542 en la ciudad de Aviñon haber sabido por buenos autores y por la respetable tradicion que habiendo empezado los apóstoles á publicar el Evangelio, los ermitaños del monte Carmelo fueron los primeros que recibieron la fé y dedicaron á la Virgen una capilla en el lugar de su morada, de donde tomaron y han conservado el nombre de religiosos de nuestra señora del Carmen. Algunos buenos autores han escrito que la Virgen santísima visitaba á veces á aquellos anacoretas así en vida de su hijo como despues de su muerte; que los consolaba singularmente en sus trabajos; y que de ahí provino el tierno amor de sus sucesores á la madre de Dios. Los sumos pontífices Sixto IV y Gregorio XIII no tienen reparo de asegurar en sus bulas á favor de esta orden que reconocen á la vírgen Maria como á la madre, nutriz, defensora y tutelar de ella. En una palabra las prendas que les ha dejado de su extraordinario cariño, especialmente en la institucion del escapulario, las finezas que ha hecho á muchos religiosos de esta orden, los frutos que ha producido por ellos en la iglesia, y las diversas invenciones que han discurrido los mismos para servirla y hacerla honrar en agradecimiento, son otras tantas pruebas auténticas de lo que dejo sentado. Pondré fin á todos estos testimonios de amistad por lo que aconteció al papa Honorio III cuando ponía dificultad en confirmar la regla que le habian presentado estos religiosos. Apareciósele la Virgen con rostro severo y le dió á entender que cuan-

do ella hablaba, era menester no andarse en contemporalizaciones, ni dilatar lo que queria adelantar, y que además se acordase de que dos oficiales suyos habian sido llevados ya, aunque sus fines fuesen muy diferentes, por haber mostrado dificultad en promover el negocio que ella tomaba á pechos.

Orden de los Celestinos.

XV. El papa Gregorio X admitió el año 1274 en el concilio de Leon la orden de los celestinos bajo la regla de S. Benito. S. Pedro de Moron, que despues fué papa con el nombre de Celestino V, practicó los primeros ejercicios en una cueva del monte Magela en el Abruzzo. Y aunque no he encontrado grandes particularidades sobre este asunto, sin embargo el milagro que la virgen Maria obró restituyendo al santo por las lágrimas de su madre la vista de un ojo que habia perdido desgraciadamente á la edad de tres años, la gran familiaridad que tuvo Pedro desde su niñez con Maria, la cual venia á visitarle muy á menudo con S. Juan Evangelista y le acompañaba en el canto de los salmos y en el aprendizaje que hizo de la disciplina monástica en el convento de nuestra señora del Cármen de Friésoli en la Toscana, y otras muchas singularidades de la confianza que habia puesto en la reina de los ángeles y de lo bien que esta le queria, me hacen concebir una opinion firmisima de que desde luego le distinguió la Virgen como á uno de sus mejores siervos, porque por su medio debia de promover la gloria del Señor y de consiguiente queria bendecir todas sus empresas.

Orden de los servitas.

XVI. Basta oír el nombre de servitas para persua-

dirse sin mas á que desde su primera institucion estuvieron enteramente dedicados al servicio de la madre de Dios. El origen de esta orden fué como voy á referir. El año séptimo del pontificado de Gregorio IX, que cayó en el 1253 del nacimiento del Salvador, siete honrados mercaderes de Florencia llamados Bonfilio, Amadeo, Bonajunta, Manuel, Alejo, Sostenes y Ugucion, que pertenecian á cierta cofradia empleada en alabar á la madre de Dios, habiéndose juntado la vispera de la Asuncion para cantar segun costumbre las alabanzas de la Virgen, oyeron una voz que los mandaba retirarse todos juntos al monte Senario distante tres leguas de dicha ciudad y entregarse allí á la oracion, mientras el cielo les mostraba el designio que tenia sobre ellos. Aquellos siervos de Dios obedecieron inmediatamente la inspiracion del Espiritu Santo, y habiendo distribuido entre los pobres todo cuanto poseian, comenzaron á vivir en el lugar que se les habia señalado, con gran pobreza y extraordinaria abstinencia. Muchos admirados de la estrecha vida que hacian los santos varones, se resolvieron á unirse á ellos, y de tal modo se acrecentó su número, que hubo que multiplicar las casas. Como iban pidiendo limosna por las calles de Florencia, sucedió que los niños de pecho comenzaron á gritar: Ahí van los siervos de Maria; dadles limosna. Desde entonces les quedó ese nombre. Mas ya hacia siete años que vivian de esta manera sin que se hubiese explicado el cielo, cuando una noche se les apareció la Virgen á cada uno de por sí, rodeada de una luz clarísima y acompañada de una multitud de ángeles, llevando en una mano el libro de la regla de S. Agustin, que deseaba guardasen, y en la otra un hábito negro como señal de la vida que habia pasado entre lágrimas y trabajos. Al otro día conferenciaron los siete entre si sobre lo que les habia acontecido, y esto bastó para ejecutar

al punto el mandato de la Virgen santísima. El papa Gregorio IX aprobó la orden, y varios de sus sucesores la confirmaron. No puedo omitir dos cosas notables que sucedieron en sus principios. La primera es que hácia esta misma época habiendo sido enviado á Florencia san Pedro de Verona, mártir, á combatir la herejía de los maniqueos, que habian salido de los infiernos para perturbar la Italia, vió en espíritu mas de una vez un monte elevado cubierto de una gran luz y adornado de toda especie de flores; pero entre otras divisó siete azucenas de incomparable hermosura que descollaban por cima de todas las demás. Lo que aumentó su admiracion, fué el ver á una tropa de ángeles que las cogian á porfia para ofrecérselas á la madre de Dios, quien las recibia con señales de singular regocijo. En fin lo que le dejó mas absorto que todo, fué que las siete azucenas se juntaron en una en las manos de la Virgen. Habiendo pedido el santo muchas veces la explicacion de esta vision, supo que aquellas azucenas eran los bienaventurados siervos de María, que hacian una vida verdaderamente angelical en el monte Senario. Despues contrajo una amistad tan íntima con ellos, que no se podia separar de su lado. Tal vez sería esta la causa por qué los padres de la orden escogieron por escudo de armas un puñado de flores de lis en campo azul atadas con una S, que es la primera letra del nombre de servita, ó como dicen otros, con una M coronada, que quiere decir María. La otra maravilla aconteció en Caffagio cerca de Florencia, donde habian erigido una iglesia á la madre de Dios. Habiendo resuelto dedicarla bajo la advocacion de la Anunciada llamaron á un pintor para que pintase un cuadro alusivo al misterio de la Anunciacion. Entonces ocurrió la maravilla tan sabida de todos; á saber, que habiendo pintado ya el cuerpo entero de la Virgen y dejando la cabeza para lo último, como pen-

sase profundamente sobre su obra sin poder quedar contento, creyó que habia en ella alguna cosa que desagradaba á la madre de Dios, y que por eso tenia tan poco acierto en su empresa. Con esta idea hizo una confesion general, y lo donoso fué que cuando quiso tomar el pincel halló acabada la cabeza de la Virgen, tan hermosa y de una majestad tan extraordinaria, que no le cupo duda de que era obra del cielo y de que la habia pintado algun ángel. Así es que comenzó á dar voces por aquel feliz hallazgo: al ruido acudieron todos los religiosos y al poco tiempo los habitantes de la ciudad, y todos creian la maravilla en cuanto fijaban los ojos en aquel rostro radiante y divino. En otra ocasion hablaré de la vocacion admirable de S. Felipe Benicío y del dulce y dichoso tránsito así del mismo santo como de los siete primeros fundadores (1), porque temeria hacerme molesto si quisiera recopilar aquí todo lo que puede conducir á mi propósito.

Orden del monte Olivete.

XVII. La orden del monte Olivete debe sus principios lo mismo que las precedentes á la madre comun de los religiosos. S. Bernardo Tolomeo, que era senador y catedrático de filosofia en la ciudad de Sena, enarbó este estandarte de santidad del modo que diré. Habia perdido la vista por una feliz desgracia y juntamente con ella todo el vano contento que podia esperar en esta vida. La ceguera del cuerpo le abrió los ojos del espíritu; de suerte que habiendo atraído á su modo de pensar otros dos senadores senenses, se retiró con ellos á un monte cerca de

(1) Tratado III, capítulo 5, párrafo 5 y cap. 13, párrafo 3.

Sena, que llamaron de Olivete, y allí comenzaron una vida austerísima y un trato todo celestial. Mas como nunca faltan personas que contrarian los buenos designios, fueron tan calumniados los tres senadores, que el papa Gregorio XI, residente entonces en Aviñon, los llamó á su presencia resuelto á hablarles como convenia. Llegaron á la corte pontificia y hallaron tan mudado al papa, que solo les dijo palabras de cariño: inmediatamente los envió al obispo de Arezo dándole orden de tratar con aquellos religiosos y escribir la regla que habian de observar en adelante. Entre tanto la Virgen advirtió al obispo que iban mas bien de parte suya que de la del pontífice; que los recibiese como á hijos suyos; y que les diese el hábito blanco y la regla de S. Benito. Hizose puntualmente como habia ordenado la Señora, y el mismo pontífice aprobó la regla el año 1571.

Orden de san Gerónimo.

XVIII. No menos propicia se mostró la Virgen santísima con los monjes de S. Gerónimo en sus principios. Esta orden, que nació el año 1405, estuvo bastante tiempo sin medrar mucho y sin tener mas de tres casas en España y aun esas muy pobres; lo cual descorazonó de tal manera á los primeros monjes, que ya iban á retirarse á donde Dios les diese á entender, desesperanzados de poder multiplicarse. Mas la madre de Dios no les faltó en la necesidad, porque se presentó á ellos cuando estaban tan afligidos, los reprendió por su poco ánimo y su escasa confianza en Dios y en ella, y les encargó que se volvieran y que de allí adelante la imploraran, estando seguros de que pronto se multiplicarian. Los sucesos confirmaron esta promesa. Desde entonces los monjes tomaron á María por su buena madre y fiel abogada, y á fin de dejar á la posteridad un memorial de lo que les

habia sucedido, trocaron en su honor la túnica blanca debajo del hábito ordinario.

Orden de los mínimos.

XIX. Por los años de 1470 S. Francisco de Paula, calabrés, instituyó la orden de los mínimos para socorro de la iglesia militante. Seria preciso ignorar de todo punto la singular devocion que el santo profesaba á la bienaventurada Virgen, para dudar que esta tomara desde el principio bajo su particularísima proteccion la orden recién fundada. Francisco siendo muy niño todavía, cuando queria saludar á sus padres ó decirles algo, empezaba siempre por estas palabras: Ave María; lo cual hizo todo el resto de su vida en sus conversaciones y á imitacion suya sus queridos hijos, que no se saludan jamás ni hablan entre sí sin saludar antes á la Virgen con las mismas palabras. A la edad de trece años, habiendo dejado á los religiosos franciscanos entre quienes habia vivido cerca de un año, porque Dios le llamaba secretamente á otra parte, pidió á sus padres que le llevasen á la iglesia de nuestra señora de los Angeles ó de la Porciúncula; lo cual le fué concedido sin dificultad. Yo creo fácilmente que alli mismo recibió de la Virgen y del glorioso S. Francisco la orden de fundar su nueva milicia, porque vuelto á su pais se puso incontinenti á labrar una iglesia en honor de la Virgen, y como la empresa parecia poco animada y el plan muy pequeño, se le presentó un religioso con hábito de S. Francisco, el cual exhortándole á echar los cimientos de un edificio mas capaz y magnífico y á poner su confianza en Dios, derribó lo que el santo tenia ya edificado, y desapareció. Por aquí juzgaron muchos que era Francisco de Asis enviado á Francisco de Paula por la Virgen, singular promotora de la obra emprendida. Lo que afirmó más á aquellos en su

ereencia y me afirma á mi en la mia, es que al principio los religiosos de la nueva orden se llamaron los mínimos de Jesus y de María. Ordinariamente comenzaba sus largas oraciones de la noche y sus profundas contemplaciones por el rosario, sabiendo por experiencia cuánto le valia captarse la gracia de la madre de Dios. A ella atribuía los milagros que obraba, y nunca faltaba en su oratorio una imagen de la Virgen, que era su seguro refugio. Habiéndolo sabido el rey Luis XI de Francia que le tenia un respeto indecible, quiso regalarle una estimada en diez y siete mil escudos; pero el santo la rehusó diciendo que su devoción no estaba aparejada al oro, ni á la plata, sino solamente á la reina del cielo. Habiéndose encomendado á sus oraciones el rey D. Fernando el Católico cuando iba á pelear contra los moros, recibió del santo la seguridad de que vencería; por cuyo motivo el príncipe le edificó al poco tiempo un hermoso convento con el título de nuestra señora de la Victoria. Como Francisco y los suyos han reconocido siempre á la virgen María por su buena madre y su particular abogada, han experimentado en mil ocasiones su amparo y favorable asistencia.

Orden de la compañía de Jesus.

XX. El deber me obliga á decir dos palabras de la humilde compañía de Jesus, á donde Dios me ha hecho la dignación de llamarme. Todos los que gozan conmigo de esta dicha, han creído siempre que despues de aquel cuyo nombre lleva, la Virgen tenia la mejor parte en su institucion, como que procuró la ereccion de ella, protegió la empresa, bendijo sus adelantamientos, y tomó su defensa y amparo en infinitas ocasiones. Su fundador S. Ignacio es obra suya y á ella debe enteramente todo lo que es y todo lo que hizo. De ella recibió los primeros

movimientos de su conversion: por ella fué fortalecido en los combates de la castidad. A ella le ofreció las reliquias de la profesion que hasta entonces le habia entretenido, cuando veló sus armas é hizo su primer ensayo de la caballería espiritual en la iglesia de Monserrat la vispera de la Anunciacion, pasando toda la noche en oracion ante la milagrosa imagen. Con ella emprendió sus viajes, sus estudios y sus devociones: ella misma, segun se cree, le inspiró y como dictó el precioso libro de los ejercicios espirituales, que compuso Ignacio sin haber estudiado mas que la ciencia de los santos. En la casa de ella, es decir, en su iglesia de Montmartre cerca de Paris, y bajo su amparo ofreció á Dios con sus nueve compañeros los primeros votos y las protestas solemnes de querer consagrarse enteramente á su servicio. Bajo su conducta se encaminó con ellos á Italia, y en el año 1540 obtuvo la primera confirmacion de su orden por Paulo III. Sin ella no emprendió jamás cosa ninguna desde que fué recibido bajo su proteccion, y como no pudo consentir que esta nueva religion se llamase con su nombre, le dejó por padre y madre á Jesus y á María, y únicamente recomendó á sus hijos que siempre se amparasen de estos dos arrimos. Así que es imposible referir de cuántos modos protegió María los loables designios de los nuevos religiosos para conquistar almas y promover la gloria de Dios. El P. Martin Gutierrez, de la misma compañía, que tenia una comunicacion muy particular con la Virgen santísima, estando en oracion algunos años antes de su muerte tuvo una vision que le llenó de consuelo y dió motivo á toda la posteridad para dedicarse eternamente á ella. La vió rodeada de una luz extraordinaria y vestida de un manto bordado de oro, debajo del cual le mostró todos sus hermanos asegurándole por este medio que los tenia bajo su salvaguardia y que mientras recurrieran á ella, no dejaria jamás de ser su bondadosísima, amabili-

sima y fidelísima madre. Ya he citado mas arriba iguales gracias concedidas á algunas otras órdenes, y no me admiro de que Maria se dignase de hacer la misma fineza á esta, que habia de necesitar de su sosten mas que todas. Con otro motivo manifestaré la complacencia que ha tenido por su singular bondad en poblarla y enviarle personas á quienes destinaba para promover la gloria de su hijo. En los discursos siguientes intercalaré de cuando en cuando las inestimables mercedes que les ha hecho, y la diligencia con que en agradecimiento han procurado ellos que sea amada y venerada en todas partes.

Orden de los carmelitas descalzos.

XXI. Dios que introdujo en otro tiempo la confusion en el ejército de Nabucodonosor por medio de una mujer prudente y virtuosa, no ha hecho menos en nuestros dias destruyendo las máquinas de Satanás por las valerosas hazañas de una mujer fuerte, á quien ha hecho fundadora ó restauradora de una orden santa, que refuerza los escuadrones de la iglesia militante y contribuye con todas veras á ocupar las sillas de la triunfante. Esta mujer es la bienaventurada Teresa de Jesus, de quien puedo decir en dos palabras que debió á la Virgen santísima cuanto le puede deber una criatura, y que reciprocamente la amó y honró cuanto puede amarla y honrarla un corazón mortal. Habiendo quedado sin madre á la edad de doce años, se echó en los brazos de la Virgen y la escogió solemnemente para que de allí adelante fuese su buena madre y su única esperanza despues de Dios. Desde entonces la sirvió con tanto conato y con tan cordial afecto, que no emprendió ninguna cosa sin encomendársela antes. Todo su contento era pensar en ella, hablar de sus grandezas y aficionar todos los que podia á que la amasen como ella con ternura. Por su amor principalmente

profesó un cariño indecible al patriarca S. José; por complacerla entró en la religion de nuestra señora del Cármen, que está muy particularmente dedicada á ella, segun he mostrado arriba; y para obligarla mas se ocupó con todas sus fuerzas ya en restaurar la disciplina de la orden que se habia relajado, ya en erigir otra nueva. Digamos mejor y confesemos que esta fué una merced sin igual de la madre de Dios, quien desde la niñez la habia prevenido con las bendiciones de dulzura para hacerla digno instrumento de tan noble y santa empresa. A este efecto la atrajo con los vínculos de una admirable caridad á la conversacion amorosa de su divino hijo, cuya gracia le granjeó, y como acostumbraba decir la sierva de Dios, á medida que se iba perdiendo no obstante estas gracias extraordinarias del cielo, la Virgen le restituia la salud. Ella fué la que rompió de pronto las cadenas de las frivolas conversaciones y de las vanidades que la tenian apegada al mundo, y la que le trocó el corazón casi en un instante. Ella fué la que favoreció todos los planes que tuvo para gloria de Dios en la institucion de su orden, y la que un dia la hizo ver todos sus hijos bajo de su real manto para asegurarla de que los tenia á todos singularmente bajo su proteccion. Asi es que puedo decir con verdad que todas las delicias de esta orden son las personas de la sacra familia, Jesus, Maria y José. Se necesitaria mucho tiempo para referir en particular el cuidado que Maria santísima tuvo de su orden desde el principio, y las finezas mas que maternas que les ha hecho; pero esto corresponde mejor á los historiadores de esta religion que á mí, á quien me basta hacer ver de paso que á lo menos está como las otras órdenes bajo las alas de la dulcísima y amabilísima providencia de Maria, madre de Dios.

Congregacion del Oratorio.

XXII. Aunque esta esclarecida congregacion fundada en Roma por S. Felipe Neri no es una orden regular, no por eso deja de producir los mismos frutos en la iglesia de Dios y de participar de la misma proteccion de la Virgen. Desde el principio esta congregacion de sugetos escogidos así por su doctrina como por su santidad la eligió por su única tutelar despues de Dios. Desde luego las armas de esta santa congregacion fueron la misma Virgen rodeada de rayos de luz y con su hijo en los brazos. A este propósito no debe de olvidarse la maravilla que aconteció cuando estos padres tomaron posesion de la iglesia de nuestra señora llamada *in Vallicella*, porque por buen pronóstico hallaron encima de la puerta la imágen de una virgen enteramente igual á la que habian tomado por divisa, como si María santísima les hubiera preparado la habitacion desde que se echaron los cimientos de aquel templo. Despues edificaron la hermosa iglesia que poseen en Roma, en donde es notable que todas las capillas están dedicadas á la madre de Dios, excepto aquella en que se guarda como precioso depósito el cuerpo de S. Felipe. De esta noble escuela de virtud han salido varios personajes eminentes, los cuales así como han promovido todos con singular zelo el honor de la Virgen santísima, así le han sido dadores de infinitos beneficios recibidos por su mediacion. Otro tanto digo del oratorio de Jesus y María fundado en Francia por el cardenal de Berulle, cuya insigne virtud, unida á una ciencia profunda y á un conocimiento exquisito en las cosas interiores, ha brillado extraordinariamente en nuestros dias, mereciendo que el sumo pontífice le condecure con la sagrada púrpura. El nombre que ha dado á su congregacion, es una muestra in-

falible de que pelea bajo la blanca bandera de la madre de Dios; pero en nada se descubre mas que en la asistencia que esta le da en sus empresas, y en los preciosos frutos que la Francia coge todos los dias.

Orden de las Escuelas pías (4).

XXIII. En el año 1597 el ilustre español José de Calasanz echó en Roma los cimientos de la grandiosa obra de las escuelas pías, abriendo en santa Dorotea unas escuelas para niños pobres, donde se les enseñaba á leer, escribir, gramática y aritmética, proveyéndolos la caridad del santo fundador de papel, plumas, tinteros y libros. Quiso denominarlas escuelas pías, para que se entendiese que en ellas la principal enseñanza era la piedad. Con el fin de buscar un arrimo que les diese estabilidad y las perpetuase, pensó José de Calasanz en unir sus escuelas á la congregacion de la madre de Dios, y así se efectuó el año de 1614; pero á los tres años por justas y poderosas razones se revocó la union, y el papa instituyó una nueva congregacion religiosa llamada *congregacion paulina de pobres de la madre de Dios de las escuelas pías*. Por fin en 1622 fué elevada al grado de religion y aprobadas sus constituciones por la santidad de Gregorio XV. Este instituto, que en vida del santo se habia propagado ya no solo en toda la Italia, sino en

(4) Es bien extraño que el autor francés, cuyo objeto en este discurso es probar que las órdenes regulares han reconocido y venerado á la virgen María, omitiese hacer mencion de la religion de las escuelas pías, que denota ya en su mismo título *clérigos regulares de la madre de Dios de las escuelas pías* su veneracion y rendimiento á María. El traductor de esta obra á fuer de español amante de las glorias de su patria y de discípulo agradecido de las escuelas pías ha creído que debía salvar esta notable omision del P. Poiré. (N. del T. E.)

otras naciones, ha sido siempre devotísimo de la Virgen, á quien reconoce por patrona, y ha infundido en sus innumerables discípulos el mismo espíritu de devoción. En cuanto á los opimos frutos que han producido á la religion y al estado, baste decir que hasta los enemigos de todas las órdenes regulares han confesado á boca llena la utilidad de las escuelas pías y en ese concepto las exceptuaron de la ruina general en que perecieron todas las otras religiones.

Orden de Fontevrault.

XXIV. Antes de cerrar este discurso me creo obligado á apuntar el nacimiento de algunas órdenes instituidas principalmente para las mujeres. La primera será la de Fontevrault, que tuvo por fundador á Roberto de Arbrissel, doctor de Paris no menos insigne por su singular santidad que por su gran ciencia. Murió el año 1117. Poco antes un noble llamado Everaldo, que aunque era distinguido por su nacimiento era bajo por su vida desenfrenada, se fué á los montes con una cuadrilla de salteadores robando, matando y haciendo mil estragos. Indignado Roberto de estos desórdenes resolvió ir á buscar á Everaldo y le exhortó tan eficazmente, que ablandó aquel corazón de bronce, le infundió el desprecio de las cosas terrenas y le persuadió á abrazar la austeridad de la vida religiosa; en lo que le imitaron otros muchos. Con este motivo compuso Roberto una regla, cuyo tenor era el siguiente. Acordándose de estas palabras que dijo el Salvador á su santísima madre desde la cruz: Mujer, ve ahí á tu hijo (hablando por S. Juan), y al discípulo amado: Ve ahí á tu madre; mandó construir un monasterio muy capaz con dos habitaciones apartadas, una para hombres y otra para mujeres, con la condición de que la abadesa habia de tener el gobierno y el mando absoluto

tanto de los unos como de las otras, y que los hombres, á imitación de S. Juan Evangelista habian de obedecer á una mujer, la cual siguiendo el ejemplo de la virgen María tendria por sus hijos á los religiosos y los cuidaria como una madre. Esta orden fué aprobada por diversos pontífices, y floreció mucho tiempo bajo el gobierno de las abadesas, la mayor parte de ellas princesas de las casas mas distinguidas de la cristiandad, que se hicieron tan recomendables por sus excelentes virtudes como lo eran por su noble prosapia.

Orden de señoras de S. Juan de Jerusalem.

XXV. En el año 1188 Raimundo Beranger, proveedor de la orden de S. Juan, fundó la orden de las señoras llamadas de S. Juan de Jerusalem unos ochenta años despues de la institucion de los caballeros que se llaman ahora de Malta. Confirmáronla diversos papas hasta Gregorio XIII. El primer monasterio que tuvieron, fué el de nuestra señora de Sicena, fundado por la reina doña Sancha, hija de D. Alfonso de Castilla y mujer de D. Alfonso II de Aragon, apellidado el Casto. Aquella virtuosa princesa la fundó en favor de las doncellas nobles y pobres con motivo de haberse visto milagrosamente sobre el agua una imágen de nuestra señora en dicho lugar y muerto el rey su esposo entró ella tambien en la orden con su hija doña Dulce, con doña Blanca, hija de Jaime II el rey de Aragon y con algunas otras princesas de sangre real. Las señoras de S. Juan de Jerusalem llevan la cruz blanca como los caballeros; pero la priora lleva la gran cruz sobre el pecho. Las jóvenes se llaman discípulas y las ancianas maestras. Tienen diez sacerdotes y un prior, á quien la priora da el hábito; hacen el servicio con gran ostentación y de la misma manera de cuatrocientos años á esta parte, y cantan el oficio solem-

ne con un largo cordon sobre sus mantos y un cetro de plata en la mano. Hay otros monasterios de esta misma orden como el de nuestra señora de Algaire en Cataluña, que fué fundado hácia el año 1212 por Saurina de Jarba y Elfa de Sagardia, señoras catalanas, y otros en diversos lugares.

Orden del santo Salvador.

XXVI. Esta orden se parece mucho á la de Fontevrault de que acabo de hablar, principalmente en que desde su institucion los religiosos y religiosas tienen sus habitaciones contiguas, y en que aquellos, que deben de ser trece y no mas en memoria del número de los santos apóstoles, están bajo la obediencia de la abadesa del monasterio en todo, salvo en lo que pertenece á la direccion interior y á la administracion de los sacramentos, sino en cuanto mira al gobierno exterior. Se llama orden del santo Salvador, porque este mismo dictó la regla á santa Brígida y le dijo expresamente que la fundaba en honor de la bienaventurada virgen María su muy amada madre. Esto se evidencia mas por diversas devociones ordenadas en obsequio de la misma señora. La regla se halla literalmente al fin de las revelaciones de santa Brígida de la misma manera que fué dictada por nuestro Señor y aprobada por el papa Urbano V hácia el año 1368.

Orden de nuestra señora de la Torre de los espejos.

XXVII. Esta orden fué instituida por santa Francisca, viuda romana, hácia el año 1423 y aprobada por el papa Martino V. Hácia ya algun tiempo que la santa vivia con el consentimiento de su marido en compañía de algunas damas romanas, que vacaban á los ejercicios de piedad y la tenían como á su madre. Todas ellas, y especialmente Francisca, suspiraban por hacerse reli-

giosas; pero la detenia el vínculo conyugal, aunque en este estado hacia una vida angélica. No obstante creia no deber desistir de dirigir la obra de Dios, el cual llamaba aquellas buenas almas á cosas mas altas, y nuestro Señor la estrechó en cierto modo segun voy á decir. La vispera de Navidad, habiendo dispuesto Francisca su celdita con ramas y musgo en forma de un desierto y habiéndose retirado allí para pasar una parte de la noche en contemplacion del misterio que la iglesia celebra, fué arrebatada en profundo éxtasis, durante el cual tuvo mucho tiempo al niño Jesus entre sus brazos y en su regazo como si fuera recién nacido. Derretido su corazón en amorosas ansias y deshechos sus ojos en lágrimas de devocion, se le apareció S. Pedro acompañado de S. Pablo, de santa María Magdalena y de S. Benito, á quien tenia particularísima devocion, y habiendo dicho misa delante de ella, antes de darle la comunión la zambulló en una fuente misteriosa, donde dejó Francisca todo lo que podia impedirle de coger los frutos oportunos de la comunión. Acabada la misa, el santo apóstol tomó á Francisca y la presentó á la virgen María, á quien debia dedicarse para siempre con la orden que iba á fundar. Dióle la regla de esta, que solo contenia diez puntos citados en su vida, remitiéndola para todo lo demás á la regla de S. Benito. La Virgen que queria manifestarle que por buenas razones la habia recibido bajo su particular proteccion, le envió primeramente el glorioso patriarca S. Benito, quien la reprendió con aspereza por haber querido recibir á una doncella que no tenia aun suficiente edad y madurez para saber lo que emprendia, y la mandó formalmente que no atendiese jamás al favor, ni á las conveniencias, ni á ninguna otra consideracion para dar el hábito á quien no fuese á propósito para el estado religioso. Además se le apareció la misma Virgen, y cogiéndole la cabeza entre sus manos

la tuvo mucho tiempo en su regazo y le hizo mil caricias. Le puso en la cabeza su propio velo, que era de tela de oro, y le dió otro mas blanco que la nieve para sus demás compañeras en señal de la proteccion que dispensaba tanto á ella en particular como á la órden en general. En cuanto estuvieron juntas en comunidad aquellas señoras, despidieron un olor tan agradable de su vida y trato, que el papa Eugenio IV, sucesor de Martino V, aprobó la regla y les concedió muchas gracias y privilegios. Por fin habiendo muerto en el año 1456 Lorenzo Ponciano, marido de Francisca, esta, libre enteramente de los lazos que la sujetaban, fué á juntarse con sus hermanas y compañeras. La casa que compraron, tenia una torre de seis lados con algunos espejos en la parte exterior; por lo cual se llamaba la Torre de los espejos, y ese fué tambien el motivo de dar á la congregacion el título de nuestra señora de la Torre de los espejos. La santa fué recibida con los brazos abiertos como la madre de todas aquellas mujeres piadosas, y al poco tiempo fué elegida unánimemente, no obstante su resistencia, para superiora de la congregacion, la que gobernó tan á satisfaccion, que es imposible declarar el bien que hizo en vida, y el pesar que ocasionó su muerte.

Orden de la Concepcion.

XXVIII. Cuando la reina Isabel marchó para casarse con D. Juan II, rey de Castilla, llevó consigo entre otras varias señoras á la hermana del bienaventurado Amadeo y de Santiago de la Foret, primer conde de Portoalegre. Esta doncella llamada Beatriz tenia á mas de la nobleza de su cuna tan singulares partes de hermosura, donaire y discrecion, que no la veia uno que no se prendase inmediatamente de ella. Así es que en poco tiempo inflamó el corazon de muchos cortesanos, y toda la corte hubo de

turbarse con este motivo; de lo cual se dió la reina Isabel por tan ofendida, que la mandó encerrar en una prision estrechísima y bajo de llave con ánimo de dejarla envejecer allí. Beatriz viéndose anegada en un abismo de aflicciones no menos por las sospechas que se concebían de ella, que por las penalidades que sufría, recurrió á la madre de misericordia y le prometió que si se dignaba de proteger la inocencia y librarla de aquellas desgracias, no tendría jamás otro esposo que el Señor, á quien serviría en perpetua virginidad. A la noche siguiente se dejó ver la Virgen santísima vestida de una túnica blanca debajo del manto azul y le prometió que la asistiría. En efecto al tercer dia mandó la reina que fuese puesta en libertad, y como le advirtiese cuál era su deber, Beatriz manifestó que tenia otros pensamientos en el ánimo y que ningun hombre sería su esposo: por cuya causa suplicaba humildemente á la reina que le diese su licencia. La reina que conocía los grandísimos riesgos que hubiera corrido en el mundo una mujer tan hermosa, se regocijó de esta buena noticia y sin dificultad dió su licencia para que llevase al cabo sus loables deseos. Beatriz se manejó tan bien y con tanta resolucion, que á los tres dias entró en un convento de santo Domingo en Toledo, donde pasó cuarenta años sin ser vista de ninguna otra persona seglar mas que de la reina y la infanta su hija. Se me olvidaba decir que en el camino de Toledo encontró á dos religiosos con hábito de S. Francisco, que siempre juzgó haber sido este santo patriarca y S. Antonio de Padua, á quien tenia una particular devocion, porque desaparecieron en cuanto llegaron á cierta casa, donde ella los convidó á tomar alguna refaccion. Dijéronle entre otras cosas que tuviese buen ánimo; que Dios queria servirse de ella; y que sería algun dia madre de muchas hijas. Esto es lo que me falta declarar.

XXIX. Como era muy devota de la inmaculada concepcion de la virgen Maria, alimentaba en su espiritu ciertos elevados pensamientos y aspiraba nada menos que á erigir algun dia una órden que hiciese profesion particular de venerar tan excelente misterio. Comunicó este designio á la reina Isabel, á quien agradó tanto, que prometió dar todos los pasos necesarios, encargándole solamente que lo encomendara con eficacia á Dios y á su santísima madre. Ambas cumplieron tan dignamente su encargo, que Beatriz puso de su parte al cielo, y la reina obtuvo cuanto quiso del romano pontifice. Era este Inocencio VIII, quien prescribió una forma de vida segun las constituciones de la órden del Cister, pero bajo la obediencia del obispo, y aprobó como religion el nuevo instituto con el titulo de la concepcion inmaculada.

No tendria yo disculpa si pasara en silencio una cosa digna de eterna memoria, que ocurrió casi al mismo tiempo. Habiéndose encargado la reina de mandar traer las bulas de ereccion de la nueva órden y en particular del primer convento, hizo la desgracia que el que las traia las dejara caer en el mar; pero el cielo habia dispuesto esta desgracia para hacer ostentacion de una maravilla. Con efecto aconteció que hojeando Beatriz ciertos escritos en su celda, encontró entre otros papeles la bula pontificia que habia caido al agua; lo cual dejó pasmado no solo al convento, sino á la corte y á toda la ciudad, de suerte que el obispo de Guadix, por órden del arzobispo de Toledo llevó solemnemente la bula á la nueva casa ó palacio que la reina Isabel habia preparado al efecto. Así Beatriz entró en él con doce monjas el año 1484 para dar principio á la órden de la Concepcion. La Virgen santísima le habia mostrado el hábito que debian usar, y era el mismo que ella llevaba cuando se le apareció; á saber, túnica y escapulario blanco y manto azul, sobre el cual habia una imágen de nuestra señora

con su hijo en los brazos, que estaba coronada de estrellas y rodeada del sol. Tambien se les dió un breviario particular, que no contenia mas que el oficio de la inmaculada concepcion, excepto los domingos y fiestas solemnes. A los diez dias de tomar el hábito pasó Beatriz á mejor vida, habiéndole sido revelado que solo habia vivido para dar principio á tan loable proyecto. En cuanto murió se quedó mas hermosa que cuando era viva, aumentando admirablemente la belleza de su rostro angelical una estrella de oro que apareció encima y despedia por todas partes rayos de luz: por aquí se podia juzgar del esplendor del alma que habia animado á un cuerpo tan hermoso. Los religiosos de santo Domingo hicieron muchas instancias para tenerle; pero el arzobispo de Toledo no quiso permitir que Beatriz despues de su muerte saliese del lugar á donde habia sido conducida en vida por una providencia extraordinaria de Dios. Al poco tiempo las doce monjas abrazaron la regla de santa Clara por la direccion del cardenal D. Francisco Jimenez de Cisneros, y desde entonces la han observado siempre.

Orden de la Anunciada de Bourges, llamada de las diez virtudes ó gustos de la virgen Maria.

XXX. La institucion de la órden de la Anunciada de Bourges, llamada por otro nombre de las diez virtudes ó gustos de la virgen Maria, no es menos maravillosa que la de la Concepcion. La bienaventurada Juana de Francia, hija de Luis XI, hermana de Carlos VIII y esposa de Luis XII, echó los cimientos de esta órden á mitad del siglo XVI. La gravedad, el recato, la devocion, el desprecio de las cosas percederas, la grandeza de ánimo, en una palabra todas las buenas inclinaciones habian nacido al parecer con aquella princesa; pero sobre todo la humildad y la paciencia, de que

fué menester que estuviese bien provista. Con efecto como era mas aventajada en las perfecciones interiores que hacen el alma agradable á Dios, que en las calidades exteriores ardientemente deseadas de las doncellas de distincion, el rey su padre la veia con disgusto y le causaba pena fijar los ojos en aquel rostro poco agraciado y en aquel cuerpo notablemente contrahecho. Pero á proporcion que el mundo la desechaba, era obsequiada por su esposo celestial, á quien únicamente deseaba agradar. Así es que no tenia contento mas que en la oracion y en la comunicacion con Dios, suplicándole sin cesar que se sirviese dirigirla por algun rayo de su divina luz al camino de su voluntad y de su mayor gloria. La misma súplica hacia á la reina de los ángeles, á quien habia elegido por madre y protectora, pidiéndole todos los dias que intercediera por ella con su amado hijo, á fin de que le manifestase en qué podria servirle mejor é imitarle mas perfectamente. La madre de Dios infinitamente amorosa y siempre caritativa con los que recurren á ella y en especial para tales asuntos, se le apareció sin tardanza, la llamó inteligiblemente por su nombre y le aseguró que antes de morir fundaria ella una religion en honor suyo, que era el mas señalado servicio que podia hacerse á Jesucristo y á su santísima madre. Juana no tenia mas que seis años cuando recibió este aviso del cielo; no obstante las palabras que oyó quedaron tan profundamente grabadas en su alma, que desde aquel dia no cesó de formar el plan del edificio espiritual cuyos cimientos habia de echar, y de trazar el proyecto de la religion, que no se alteró nunca por todas sus desgracias y contratiempos.

XXXI. Pero como Dios habia elegido á esta princesa para levantarla á una virtud muy excelente, hubo de ser acendrada en el crisol para purificarse de todas maneras. En esto trabajó la divina bondad hasta la muerte

de la bienaventurada sierva del Señor, y especialmente en los veinte y un años que estuvo casada. No bien habia cumplido la edad de diez y seis, cuando el rey su padre para divertirla del proyecto de fundar una religion y unirla mas estrechamente al mundo la casó con el duque de Orleans Luis de Valois, que luego ocupó el trono con el nombre de Luis XII. Si ha habido jamás una princesa que mas haya padecido y haya hecho buena cara en medio de sus desgracias; es esta, porque habiéndose casado con ella el duque de Orleans contra su voluntad y solo por temor al enojo de Luis XI, y habiendo protestado secretamente la coaccion y violencia ante un notario y testigos no la tuvo nunca por su mujer sino en la apariencia. Siempre abrigó en su ánimo el proyecto de separarse de ella cuanto antes pudiese, y la trató como es de presumir de un príncipe que se veia forzado á vivir con una mujer á quien no podia amar. No obstante por temor á Luis XI y á Carlos VIII su sucesor no se atrevió á repudiarla en vida del uno y del otro; pero así que se sentó en el trono por la muerte de ambos, creyó que ya no habia ningun obstáculo para sus designios. Recurrió pues á su santidad rogándole que tomase conocimiento de un negocio, que á su juicio importaba tanto á la felicidad del estado como á la tranquilidad de su espíritu. El sumo pontífice dió comision á tres prelados de los mas calificados de Francia, los cuales despues de oidas las partes y considerando especialmente que el rey no se habia llegado jamás á la princesa su presunta esposa, declararon nulo el matrimonio y por autoridad apostólica dieron al monarca licencia para casarse con la mujer que mejor le pareciese. Imagínese quien pueda cuál sería el sentimiento de una princesa magnánima y muy discreta, hija y hermana de reyes y emparentada con los primeros monarcas del mundo, al verse tratada tan duramente y despreciada tan á las claras y tanto

tiempo por el duque de Orleans. ¡Qué angustia al ver que la traían al retortero los abogados en sus discursos; que servía de pábulo á las conversaciones de sus súbditos; y que era abandonada de casi toda la Francia, habiendo recibido antes los honores correspondientes á una princesa de su prosapia! ¡Qué agitacion para la que de buena fé se habia casado con un principe real y habia vivido veinte y un años con él en la creencia de ser su verdadera y legítima esposa, saber que tenia que ceder este título á otra, cuando habia llegado á la cumbre de la grandeza y justamente podia esperar coger el fruto de las penas y aflicciones pasadas (1)!

XXXII. A pesar de todas estas consideraciones no tardó mucho tiempo en conocer que Dios, que sabe sacar la miel de la piedra y el aceite de la peña, lo disponia todo para su mayor bien y que aquella marejada habia de echarla al puerto tanto tiempo deseado. Con efecto cuando le llevaron la noticia de la sentencia pronunciada en favor del rey, dijo: Dios sea loado; bien sé que permite esto para que yo tenga modo de servirle con mas fidelidad que hasta aquí y cumplir mi primer deseo, que fué fundar una orden en honor de la virgen Maria. A decir verdad mostró bien que las palabras salidas entonces de su boca eran un oráculo del cielo, porque en cuanto al primer capítulo, así que llegó á Bourges, lugar de su retiro, se persuadió á que debia mudar de

(1) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur.—No sé si ha habido jamás en el mundo una princesa mas virtuosa que esta; pero probablemente no ha habido otra menos feliz: se casó de luto y fué viuda durante su matrimonio: el dia de su boda oscureció su púrpura y no le causó mas que humo y es-

pinas. Pero Dios la queria perfecta y pura: queria que la adversidad y la constancia le diesen la última mano y que las señoras ilustres aprendieran en su ejemplo que puede haber mártires en los estrados y bajo los doseles lo mismo que en los calsos y los anfiteatros.

método de vida al mismo tiempo que de condicion. Al punto tomó un traje conveniente á su estado, se puso un áspero cilicio que no se quitó nunca jamás, colocó sobre su estómago una cruz de madera con cinco clavillos de plata que la picaban continuamente, se ciñó una cadena de hierro, y todas las noches se disciplinaba hasta saltarle la sangre. Su vida ordinaria convenia con lo demás de sus austeridades. En cuanto al segundo capítulo no perdió nunca un instante que pudiera emplear en promover los negocios de su nueva religion. Respecto de lo cual me acuerdo de haber leído que implorando una vez fervorosamente la proteccion de la santísima Virgen, y requiriéndola para que le manifestase cuál era la nueva orden que habia de fundar y cómo habia de conducirse, oyó una voz que le dijo: Hija mia, manda reunir en una regla todo lo que halles de mi en el Evangelio, y haz que sea aprobada por la santa sede, y sabe que este es el verdadero medio por el cual tú y las que abracen esta regla, agradareis á mi hijo y á mí y sereis queridas de los dos. Habiéndolo declarado Juana á su confesor Fr. Gabriel Maria, franciscano observante, y habiéndole pedido con instancia que trabajase en este proyecto, el religioso resolvió primeramente que la nueva religion llevase el nombre de la Anunciada; á lo que se movió por la singular devocion que aquella sierva de Dios y él profesaban á tan adorable misterio. Además juzgó que las que entrasen, debian proponerse á la virgen Maria por modelo muy acabado de todo género de virtudes. Por la misma razon dió á esta orden el título de las diez virtudes de la virgen Maria, escogiendo en todo el discurso evangélico diez virtudes ó excelencias principales de la reina de los ángeles, que ofreció á la imitacion de aquellas que Dios se sirviese llamar á este instituto. Tambien le llamó de los diez gustos de la Virgen, porque esta misma señora habia dado á en-

tender á Juana que no podian darle mayor gusto ella y sus hijas, que ejercitándose en tales virtudes á ejemplo suyo.

XXXIII. Y porque me creo obligado á hacer una declaracion mas ámplia de este punto fundamental de la orden de la Anunciada, el devoto lector advertirá, si gusta, que la primera de estas diez virtudes es la castidad, en razon de la cual es llamada con justicia Maria santísima la reina de las virgenes y el alférez de la virginidad, como que fué la primera que abrazó esta virtud por estado y voto, segun lo coligen del Evangelio los santos padres. La segunda es la prudencia, que apareció en todas las obras de la madre de Dios y señaladamente en las respuestas que dió al ángel Gabriel, y en toda su conducta cuando aquella celestial embajada. La tercera es la humildad, de la que dió sufficientísimas pruebas así en la turbacion que sintió con las alabanzas del nuncio celestial y la nueva que le trajo, como en escoger la condicion de esclava en lugar de los titulos honrosos que aquel le aplicó desde luego. La cuarta es la fé, por la cual segun el testimonio profético de santa Isabel creyó firmemente y sin titubear que lo que habia oido al ángel y en que habia consentido, se cumpliría en ella no obstante todas las dificultades que se le ocurrian. La quinta es la devocion, que manifestó en todo el discurso de su vida, especialmente en su oracion asidua, en su misterioso cántico y en la singular diligencia con que guardó en su corazon todo cuanto veia ú oía de maravilloso en el nacimiento y en la vida de su amado hijo. La sexta es la obediencia que tuvo constantemente y de buena voluntad á la ley de Dios, á su esposo S. José y á los decretos del cielo que no comprendia. La séptima es la pobreza, que practicó de continuo en el desprecio de las cosas supérfluas y en la falta de las necesarias, en su comida, en su vestido, en su parto, en su habita-

cion, en su ajuar, en su propia persona y en la de su hijo, que era el monarca del cielo. La octava es la paciencia que hizo resplandecer en medio de las persecuciones suscitadas por Herodes y los judíos, en los viajes que emprendió, en la pérdida de su amado hijo, en la muerte cruel que padeció el mismo, en el desamparo interior en que se vió muchas veces, y en otros mil sucesos semejantes. La novena es la caridad, que tuvo por primer y principal objeto á Dios mismo y al Verbo encarnado, y por segundo al prójimo, á quien sirvió y ayudó con sus facultades, sus consejos, sus amorosas palabras, su nacimiento, en fin de todos los modos posibles. La décima es la compasion y ternura que sintió en los trabajos, insultos y dolores que su dulcísimo hijo sufrió, y que traspasaron el corazon de la madre á medida que caian sobre el cuerpo de aquel. El que desee saber de qué manera deben de ser practicadas é imitadas estas diez virtudes por las religiosas de la Anunciada, vea su regla aprobada primeramente por Alejandro VI á 4 de febrero del año 1501 y despues por Leon X en 25 de julio de 1517. Esta regla se halla al fin de la vida de la bienaventurada Juana, compuesta por Fr. Luis Dony Dattichy, religioso mínimo.

XXXIV. Yo tengo que decir dos palabras acerca de esta aprobacion por la maravillosa mudanza de voluntades que obró Dios para llevar al cabo sus designios. Habiendo sido enviado á Roma por Juana Fr. Guillermo Morin, franciscano observante, para que presentase su regla á Alejandro VI, vicario entonces de Jesucristo, volvió sin hacer nada no obstante los testimonios de buena voluntad que le habia dado el padre santo á su llegada, porque el consistorio de los cardenales se opuso de comun acuerdo á esta novedad; pero la animosa sierva de Dios que confiaba en las promesas divinas, no se dejó vencer de esta repulsa; al contrario de

allí á muy poco tiempo rogó á su confesor Fr. Gabriel Maria que emprendiese el viaje de Roma y tratase de nuevo con su santidad acerca de la confirmacion de la órden. El religioso lo hizo con todo empeño; pero hubiera sido sin resultádo, si la madre de misericordia no hubiese tomado la mano en el asunto de todas veras. Con efecto estando á punto de volverse á Francia porque los cardenales persistian en desaprobacion la institucion de una nueva órden y el papa no podia resolverse á obrar contra el dictámen del sacro colegio, Fr. Gabriel dispuso pasar una noche en oracion ante la imágen de la Virgen é importunarla hasta que llevase al cabo su obra. Este pensamiento le salió tan bien, que al otro día fué llamado por el cardenal Juan Bautista Ferrier, obispo de Módena, personaje muy estimado del papa y empleado en los negocios mas importantes de la iglesia. El purpurado le manifestó que toda la noche anterior habia estado con él, con S. Lorenzo y con S. Francisco, quienes se le habian aparecido y le habian recomendado el proyecto de la princesa Juana. Añadió que su ánimo era tomar de su cuenta aquella causa; lo cual hizo con tanta habilidad y eficacia, que el papa y los cardenales hubieron al cabo de rendirse á sus poderosas razones y á sus sábios consejos. De esta manera la devota princesa viendo colmados sus deseos dió infinitas gracias á Dios y á la reina del cielo que gobierna como mejor le parece los corazones, y comenzó á trabajar de todas veras en la construccion del real monasterio de Bourges. El mismo día de la Presentacion de nuestra señora del año 1505 trasladó á él sus monjas, á quienes habia ya dado el hábito de religion y que de antemano estaban resueltas á consagrarse á Dios y á su inmaculada madre. Ella misma se habia consagrado antes solemnemente al servicio del uno y de la otra el día de Pentecostés de aquel año, y por consiguiente fué la

primera profesa de la órden de la Anunciada. En fin habiendo dejado singulares ejemplos de toda suerte de virtudes y derramado un olor suavísimo de santidad, llena de méritos y probada con enfermedades y trabajos corporales pasó á mejor vida el día 4 de febrero del año 1504 como á los cuarenta de su edad, que habia pasado en continuos ejercicios de paciencia y devocion.

Orden de las Anunciadas de Génova.

XXXV. Esta órden se llama así porque tuvo origen en la ciudad de Génova: en Francia se llaman celestes por el hábito que visten. Fué su fundadora la bienaventurada Maria Victoria, natural de Génova, y el padre Bernardino Zanon, de la compañía de Jesus, contribuyó á la institucion de la nueva órden cuanto cabe en lo humano. Habiéndose casado aquella santa mujer contra su voluntad y contra el proyecto que habia tenido siempre de ser religiosa, con Angel Strata, noble ciudadano de Génova, se quedó viuda á la edad de veinte y cinco años con cinco hijos y embarazada de siete meses. Sintió sobremanera la muerte de su marido, y en su extremado dolor tuvo vehemente inspiracion de recurrir á la virgen Maria; lo cual hizo hincándose de rodillas ante su imágen y presentándole sus cinco hijos. En su vida se cuenta que la consoladora de los afligidos se le apareció entonces y le aseguró que todos sus hijos servirian al Señor en religion y que ella misma fundaria una órden dedicada particularmente á Maria. Esto la llenó de un gozo tan extraordinario, que no solo se enjugaron desde luego sus lágrimas, sino que además antes de levantarse hizo voto de castidad, de no gastar jamás vestidos de seda y de apartarse de las pláticas y conversaciones seculares. Se cortó su hermosa cabellera y se dió enteramente á los ejercicios de piedad; pero su princi-

pal pensamiento era siempre cómo podría fundar una orden que hiciese profesion particular de honrar á la madre de Dios. Cuanto mas procuraba adelantar, mas dificultades encontraba, y Satanás se las suscitó tan grandes, que si no hubiera sido ayudada de una gracia eficazísima, indefectiblemente habria quedado derrotada. Al fin la gracia victoriosa la hizo enseñorearse del campo de batalla, de manera que habiendo vencido todo lo demas con el auxilio de Dios y la proteccion de la Virgen que la guiaba, despues de haber entrado sus hijos en religion y muerto algunos de ellos triunfó de si misma, y el día 5 de agosto de 1604 tomó el hábito de manos de Horacio Spínola, entonces arzobispo de Génova y luego cardenal, con sus cuatro compañeras Vicenta Centurion, María Tachina, Clara Spinola, sobrina del arzobispo, y Cecilia Pastor. Su hábito fué una túnica blanca con escapulario y manto azul celeste. Llamáronse anunciadas, porque aunque hacian profesion de honrar á la sacratísima Virgen en todos los misterios de su vida y en cuanto hacia relacion á ella, no obstante deseaban tributar un culto mas particular al misterio de la Anunciacion, como que puso á nuestra señora en posesion del título mas excelente, que es el de madre de Dios. Paulo V aprobó esta orden y la enriqueció con muchas gracias y bendiciones apostólicas.

Orden de la Visitacion de santa Maria.

XXXVI. Esta orden fué instituida en la ciudad de Annecy en Saboya el día 6 de junio del año 1610 por S. Francisco de Sales, obispo y principe de Ginebra. Desde los principios se llamó de la Visitacion de santa Maria á causa de la gran devocion que las tres primeras religiosas profesaban á este sagrado misterio, en el que se descubren de un modo muy eminente las ex-

celentes virtudes de humildad y caridad que practicó la Virgen en su visita á santa Isabel. Para honrar mejor este misterio las nuevas religiosas se emplearon desde luego animosamente en servir y consolar á los enfermos, y en especial á los mas desamparados. Esto fué causa de que habiéndose esparcido el olor de las singulares virtudes de que daban tan buenas pruebas, y particularmente de caridad, humildad y modestia, no solo por la ciudad de Annecy (donde en poco tiempo adelantaron mucho), sino tambien en diversos lugares de Francia, fueran llamadas á Leon por el cardenal de Marquemont; pero con la condicion de guardar rigurosa clausura y servir de allí adelante á Dios y á la virgen Maria bajo la regla de S. Agustin. De este modo imposibilitadas de asistir á los enfermos de fuera conservaron como una reliquia del designio primero en el recinto de sus monasterios, haciendo que esta religion fuese el refugio de las personas débiles de cuerpo y de edad avanzada, á quienes costara trabajo soportar la austeridad de las otras órdenes. A este efecto se contentan con el oficio parvo de la Virgen que ofrecen muy devotamente y hacen profesion de honrarla cantándole alabanzas y practicando diligentemente frecuentes ejercicios de humildad y caridad para imitarla. La Virgen santísima ha aceptado de tal suerte sus servicios, que en menos de veinte y dos años se han fundado mas de cincuenta monasterios en diferentes lugares.

Orden de las Ursulinas, de nuestra señora y de la congregacion de nuestra señora.

XXXVII. Reuno estas tres órdenes así porque fueron instituidas al mismo tiempo, es decir, el 15 de junio del año 1612, la primera en Paris, la segunda en Burdeos y la tercera en Nancy, como porque todas tienen un mismo fin y practican los mismos medios. El fin de su

instituto es educar en la virtud y la piedad á las niñas de que se encargan, y disponerlas para servir mejor á Dios en cualquier condicion á que las destine la Providencia; y como esta empresa no es menos árdua que honrosa y útil, por eso necesitando de un poderoso amparo se echaron en los brazos de la virgen Maria. Creyeron deber hacerlo así, ya porque propiamente corresponde á ella preparar dignas esposas á su amado hijo, ya porque siendo superintendente de los tesoros de este, les es imposible adelantar nada si ella no se hace propicia. Además uno de los fines que se proponen, y no el de menos importancia, es promover cuanto puedan el servicio y culto de la Virgen por medio de estas tiernas plantas. Si juzgamos que ellas por su parte le desempeñan dignamente, tambien vemos á las claras que la reina del cielo las bendice y favorece en sus designios; de manera que es difícil encontrar un lugar de la cristiandad que no desee gozar de los frutos de sus caritativos afanes (1).

Otras diversas órdenes de religiosas.

XXXVIII. La serie de este discurso me llevaria á la consideracion de diversas órdenes de religiosas, que con su valor vencieron la flaqueza del sexo y con su virtud se sobrepusieron á la debilidad ordinaria del mismo, si las mas de ellas no pelearan bajo las mismas banderas que los religiosos de quienes he hablado ya extensamente. De este número son las canonesas regladas de S. Agustin, las monjas de S. Benito, las de S. Bernardo, de santo Domingo, de S. Francisco de Asís, de san

(1) Véase la adición de la que va al fin del tomo en la madre María Jacoba de Blemur nota A.

Francisco de Paula, del Cármen y otras semejantes. Y es claro que habiendo sacado el espíritu de esos grandes siervos y siervas de la Virgen han heredado tambien la devocion á ella, y mucho mas cuando la consideracion de su sexo las une mas estrechamente á la que es el honor del mismo. Así concluyo con el real Profeta que es sumamente deleitable ver la reina al lado del rey su esposo, cubierta de un gran manto bordado y rodeada de muchos criados que la honran y veneran con un mismo corazon, aunque sus libreas sean diferentes. Estas son las diversas órdenes regulares, que se acogen todas bajo su proteccion y se consagran á su servicio con intento de llevar su nombre por todo el ámbito de la tierra y darla á conocer como la idea de la perfeccion de los consejos evangélicos y el modelo de toda santidad.

§. VIII.—Que ha sido reconocida y honrada de todas las maneras posibles.

I. Para no hacer interminable este discurso veo que vale mas decir de una vez que Dios, grande y admirable en todo, pero especialmente en glorificar á sus siervos y amigos, no ha escaseado ninguna industria para realzar el honor y el mérito de su madre santísima, y que por otra parte el amor de los pueblos se ha mostrado tan fiel y constante en el mismo designio, que tenemos ocasion de bendecir al que les ha inspirado ese ardiente zelo, y animarnos á honrarla á ejemplo suyo. No quiero engolfarme aqui en la consideracion de todos los medios particulares que ha sugerido Dios á su iglesia para propagar la gloria de nuestra señora, porque todo lo que pudiera decir me parece que vendrá mas á tiempo en los tratados siguientes, especialmente en el último. Por ahora bastará hacer una reseña general mientras llega la oportunidad de proponer lo restante. Tampoco intento repetir lo que ya queda dicho en este capitulo.

instituto es educar en la virtud y la piedad á las niñas de que se encargan, y disponerlas para servir mejor á Dios en cualquier condicion á que las destine la Providencia; y como esta empresa no es menos árdua que honrosa y útil, por eso necesitando de un poderoso amparo se echaron en los brazos de la virgen Maria. Creyeron deber hacerlo así, ya porque propiamente corresponde á ella preparar dignas esposas á su amado hijo, ya porque siendo superintendente de los tesoros de este, les es imposible adelantar nada si ella no se hace propicia. Además uno de los fines que se proponen, y no el de menos importancia, es promover cuanto puedan el servicio y culto de la Virgen por medio de estas tiernas plantas. Si juzgamos que ellas por su parte le desempeñan dignamente, tambien vemos á las claras que la reina del cielo las bendice y favorece en sus designios; de manera que es difícil encontrar un lugar de la cristiandad que no desee gozar de los frutos de sus caritativos afanes (1).

Otras diversas órdenes de religiosas.

XXXVIII. La serie de este discurso me llevaria á la consideracion de diversas órdenes de religiosas, que con su valor vencieron la flaqueza del sexo y con su virtud se sobrepusieron á la debilidad ordinaria del mismo, si las mas de ellas no pelearan bajo las mismas banderas que los religiosos de quienes he hablado ya extensamente. De este número son las canonesas regladas de S. Agustin, las monjas de S. Benito, las de S. Bernardo, de santo Domingo, de S. Francisco de Asís, de san

(1) Véase la adición de la que va al fin del tomo en la madre María Jacoba de Blemur nota A.

Francisco de Paula, del Cármen y otras semejantes. Y es claro que habiendo sacado el espíritu de esos grandes siervos y siervas de la Virgen han heredado tambien la devocion á ella, y mucho mas cuando la consideracion de su sexo las une mas estrechamente á la que es el honor del mismo. Así concluyo con el real Profeta que es sumamente deleitable ver la reina al lado del rey su esposo, cubierta de un gran manto bordado y rodeada de muchos criados que la honran y veneran con un mismo corazon, aunque sus libreas sean diferentes. Estas son las diversas órdenes regulares, que se acogen todas bajo su proteccion y se consagran á su servicio con intento de llevar su nombre por todo el ámbito de la tierra y darla á conocer como la idea de la perfeccion de los consejos evangélicos y el modelo de toda santidad.

§. VIII.—Que ha sido reconocida y honrada de todas las maneras posibles.

I. Para no hacer interminable este discurso veo que vale mas decir de una vez que Dios, grande y admirable en todo, pero especialmente en glorificar á sus siervos y amigos, no ha escaseado ninguna industria para realzar el honor y el mérito de su madre santísima, y que por otra parte el amor de los pueblos se ha mostrado tan fiel y constante en el mismo designio, que tenemos ocasion de bendecir al que les ha inspirado ese ardiente zelo, y animarnos á honrarla á ejemplo suyo. No quiero engolfarme aqui en la consideracion de todos los medios particulares que ha sugerido Dios á su iglesia para propagar la gloria de nuestra señora, porque todo lo que pudiera decir me parece que vendrá mas á tiempo en los tratados siguientes, especialmente en el último. Por ahora bastará hacer una reseña general mientras llega la oportunidad de proponer lo restante. Tampoco intento repetir lo que ya queda dicho en este capítulo.

Milagros obrados en favor de la Virgen santísima.

II. ¿Se podrá decir que tantas maravillas obradas por Dios en favor de su santísima madre sean una leve prueba del cuidado que ha tenido de hacerla honrar? No hay una nacion en el mundo, digo poco, no hay provincia, ciudad, lugar ó aldea donde Dios no haya obrado algun milagro en consideracion á la Virgen. No se ha pasado ningun siglo, ni aun dia alguno desde que fué ensalzada á la dignidad que posee, que no se haya dado á conocer por algun rasgo de su singular bondad, y cuando ha sido necesario, aunque raras veces, por algun ejemplo de severidad. Los libros abundan en estas señales insignes del poder de la madre de Dios, y los anales del cielo conservan fielmente la memoria de aquellas que ignoramos y que no han sido recopiladas jamás. Espero presentar á menudo en los discursos y tratados siguientes algunas de las que se han escrito para consuelo y enseñanza de la posteridad.

Sus reliquias buscadas y guardadas con sumo cuidado.

III. ¿Por ventura el zelo que Dios ha inspirado á los emperadores y reyes, á las naciones y á las comunidades para buscar con tanta ansia todos los vestigios que han podido encontrarse de su morada en la tierra, guardarlos en los mas exquisitos relicarios, levantarles templos magníficos y suntuosos y convidar á todos á que vayan á tributarles el culto merecido, no es un testimonio suficiente de su cariño?

Celebridad de las fiestas de nuestra señora.

IV. ¿No descubre claramente su amor cordial en hacer solemnizar la memoria de los misterios de la vida

de nuestra señora y celebrar con tanta ostentacion y regocijo como sus fiestas propias las que se han instituido para perpetuar el recuerdo de ella en todos los limites de sus dominios?

Imágenes de la Virgen santísima.

V. ¿Qué prodigios ha hecho mediante las imágenes de la Virgen! ¿Qué de beneficios ha concedido á los que se postran delante de ellas! ¿Cómo las ha propagado por el mundo, para que á cualquier parte que nos volviésemos, tuviéramos siempre á la vista aquella, cuya memoria y amor desea singularmente grabar en lo mas íntimo de nuestro corazon!

Oraciones y oficios de la Virgen.

VI. ¿Cuántas diversas oraciones y oficios nos ha sugerido desde el principio por medio de su iglesia, para que pudiésemos saludarla y recurrir á ella á todas las horas del dia!

Oficio público.

VII. ¿Qué parte le ha dado en el oficio canónico, en la santa misa, en las oraciones públicas y privadas, en la administracion de los sacramentos, en los votos, peregrinaciones y ceremonias mas augustas y en toda la economia de la religion cristiana! Sin hablar de esto ¿no tiene de sus propias rentas, quiero decir del oficio eclesiástico que le está dedicado particularmente, mas de la sexta parte del año?

Hermandades, congregaciones, octavas, libros etc.

VIII. ¿Cuántas hermandades, cofradías y congregaciones erigidas en todas las ciudades del mundo para pro-

pagar su servicio y su gloria! ¡Cuántas octavas fundadas para publicar sus alabanzas! ¡Cuántas personas unidas en ella de corazón y afecto para darla á conocer y hacerla amar, si es posible, de todo el mundo! ¡Cuántos libros publicados y cuántos arbitrios discurridos diariamente para este mismo efecto!

Parece que todo el empeño de Dios es honrar á su madre.

IX. ¿Qué mas se quiere que diga yo, cuando parece que Dios se olvida en cierto modo de si mismo para hacer honrar á esta señora de todas las maneras imaginables, cuando le envia todos los que recurren á su majestad, cuando quiere que todo pase por sus manos, cuando se fia de ella en todo y le da toda potestad y autoridad en su reino sin disponer él de cosa ninguna á no saberlo y consentirlo ella? ¿Qué mas se quiere que diga yo, cuando ella puede todo lo que quiere y lo ordena todo como le parece bien, así en la tierra como en el cielo? Pero basta esto en atencion á que solo ha de servir de muestra: las pruebas se darán con extension en los tratados y discursos siguientes.

DUODÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XIII.

QUE ES EL HONOR DE LA TIERRA Y DEL CIELO.

Así como Dios contentó su espíritu al estampar en cada criatura algun vestigio de sus infinitas perfeccio-

nes, así parece que se complació en grabar en la mayor parte de las obras de la naturaleza alguna señal de las excelencias y grandezas de la bienaventurada virgen María. Esta consideracion háce el sutil Hugo de S. Víctor cuando dice que ella es el alba del día por hacer el oficio de precursora del verdadero sol de justicia; que es una flor por su hermosura, un panal de miel por su dulzura, una violeta por su humildad, una rosa por su caridad, una azucena por su pureza, una vid por la abundancia de sus frutos, un perfume por el olor de sus virtudes, un castillo por su seguridad, una torre por su fortaleza, un baluarte por su firmeza, una columna por su rectitud; que es esposa por su lealtad, amiga por su cariño, madre por su fecundidad, virgen por su integridad, señora por su poder, reina por su majestad; que es una oveja por su inocencia, una paloma por su simplicidad, una tórtola por su castidad, una nube por su proteccion, una estrella por la direccion de sus santas obras, una luna por sus adelantamientos, un sol por la consumacion de sus gracias, en una palabra un paraíso celestial por la plenitud de toda suerte de bienes. Esto me da motivo para llamarla el honor de la tierra y del cielo y me convida á escoger una docena de los simbolos mas singulares, de sus eminentes calidades para hacer ver que no hay nada tan relevante entre las criaturas, que no haya servido y sirva para realzarla. Paréceme que no puedo concluir mas convenientemente el discurso de sus grandezas de excelencia.

§. I.—Que la Virgen santísima es la flor de las simples criaturas.

Diversas flores comparadas con la virgen María.

I. Decia el naturalista Plinio que las flores son la risa de la naturaleza cuando está en sus alegres pen-

pagar su servicio y su gloria! ¡Cuántas octavas fundadas para publicar sus alabanzas! ¡Cuántas personas unidas en ella de corazón y afecto para darla á conocer y hacerla amar, si es posible, de todo el mundo! ¡Cuántos libros publicados y cuántos arbitrios discurridos diariamente para este mismo efecto!

Parece que todo el empeño de Dios es honrar á su madre.

IX. ¿Qué mas se quiere que diga yo, cuando parece que Dios se olvida en cierto modo de si mismo para hacer honrar á esta señora de todas las maneras imaginables, cuando le envia todos los que recurren á su majestad, cuando quiere que todo pase por sus manos, cuando se fia de ella en todo y le da toda potestad y autoridad en su reino sin disponer él de cosa ninguna á no saberlo y consentirlo ella? ¿Qué mas se quiere que diga yo, cuando ella puede todo lo que quiere y lo ordena todo como le parece bien, así en la tierra como en el cielo? Pero basta esto en atencion á que solo ha de servir de muestra: las pruebas se darán con extension en los tratados y discursos siguientes.

DUODÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XIII.

QUE ES EL HONOR DE LA TIERRA Y DEL CIELO.

Así como Dios contentó su espíritu al estampar en cada criatura algun vestigio de sus infinitas perfeccio-

nes, así parece que se complació en grabar en la mayor parte de las obras de la naturaleza alguna señal de las excelencias y grandezas de la bienaventurada virgen María. Esta consideracion háce el sutil Hugo de S. Víctor cuando dice que ella es el alba del día por hacer el oficio de precursora del verdadero sol de justicia; que es una flor por su hermosura, un panal de miel por su dulzura, una violeta por su humildad, una rosa por su caridad, una azucena por su pureza, una vid por la abundancia de sus frutos, un perfume por el olor de sus virtudes, un castillo por su seguridad, una torre por su fortaleza, un baluarte por su firmeza, una columna por su rectitud; que es esposa por su lealtad, amiga por su cariño, madre por su fecundidad, virgen por su integridad, señora por su poder, reina por su majestad; que es una oveja por su inocencia, una paloma por su simplicidad, una tórtola por su castidad, una nube por su proteccion, una estrella por la direccion de sus santas obras, una luna por sus adelantamientos, un sol por la consumacion de sus gracias, en una palabra un paraíso celestial por la plenitud de toda suerte de bienes. Esto me da motivo para llamarla el honor de la tierra y del cielo y me convida á escoger una docena de los simbolos mas singulares, de sus eminentes calidades para hacer ver que no hay nada tan relevante entre las criaturas, que no haya servido y sirva para realzarla. Paréceme que no puedo concluir mas convenientemente el discurso de sus grandezas de excelencia.

§. I.—Que la Virgen santísima es la flor de las simples criaturas.

Diversas flores comparadas con la virgen María.

I. Decia el naturalista Plinio que las flores son la risa de la naturaleza cuando está en sus alegres pen-

samientos, las recreaciones del ingenio de la misma naturaleza, la alfombra sin artificio, el honor de las plantas, la gloria de la tierra, el atractivo de todos nuestros sentidos y las agradables producciones de la estación mas apacible del año. En una palabra son una cosa tan bella y que nos encanta tanto, que ordinariamente llamamos flor á aquello que embelesa nuestra alma y arrebató nuestro afecto. En este sentido llama el Salvador á su bienaventurada madre segun las revelaciones de santa Brigida la bella flor del jardín, que excede á todas las otras en lozania, fragancia y virtud. En este sentido la llama el devoto Hesiquio el rico ornamento de nuestra naturaleza y la gloria de nuestra tierra (1), y S. Juan Damasceno afirma que es la hermosura primitiva de las criaturas, el honor del linaje de Adam y la primicia de nuestro terreno (2). En este sentido S. Cirilo de Alejandria arengando al concilio de Efeso la calificaba de belleza y maravilla del universo, y S. Epifanio decia que había llenado el mundo de las flores mas exquisitas del paraíso (3). En este sentido la llamaba la raíz y el principio de toda la gloria que nuestro linaje posee (4); lo cual ha de entenderse siempre con y despues de su amado hijo. Para penetrar esta verdad figurémonos la diferencia que hay de la tierra cuando está llena de barrizales ó cubierta de zarzas y espinas, á cuando está sembrada de flores y adornada de la hermosa alfombra que la primavera le labra todos los años; y estemos seguros que no hay menos desproporción entre la naturaleza humana en el estado que tenia antes de nacer la Virgen, y la misma naturaleza despues que la tierra brotó esa flor lo-

(1) Orat. 2 de S. Deipar. (3) Orat. de S. Deipar.
 (2) Orat. 4 et. 2 de nativ. B. V. (4) Ibid.

zana, de donde salió el fruto esperado y deseado de todas las naciones.

La violeta.

II. Tal vez deseará saber el lector qué flor es esta, si es una azucena ó una rosa, un clavel ó una violeta, en una palabra de qué especie y naturaleza es. Apenas puedo decirle otra cosa sino que es la flor mas hermosa de todas, la flor de las flores, la reina y la maravilla de las flores. No carece de dificultad afirmar que sea un tulipan, un amaranto ó un narciso, porque en materia de flores casi son tan diferentes los gustos como ellas. Quién dice con Esdras que la azucena es sola en el mundo; quién da con Píndaro el premio á la rosa: quién dice que no hay nada igual al clavel; y es sabido que en los años pasados la novedad daba tanto mérito al tulipan, que se compraba mas que á peso de oro. Digo pues mas acertadamente que Maria es á un tiempo azucena, rosa, clavel, violeta, tulipan, anémoma y jacinto, y que contiene en si la hermosura, el aroma y las propiedades de todas las flores del mundo. Este será el verdadero medio de conciliar todas las opiniones y acercarse mas á la verdad. Si digo que es una violeta, sigo á Hugo de S. Victor, el cual halla en la Virgen todo lo que puede hacer recomendable la violeta, porque si esta es fria por naturaleza y de consiguiente se emplea contra las enfermedades ardientes que nos molestan, Maria no solo estuvo exenta del fuego importuno de la concupiscencia, sino que además tiene en si la virtud de moderarle y hasta de extinguirle enteramente cuando se usa para medicina. Si la violeta tiene un color mezclado de verde y púrpura; la Virgen fué señalada en la esperanza y no menos notable por el poder que tuvo sobre toda especie de vicios. Si la violeta tiene un olor suave é inocente; el

aroma de las virtudes de la Virgen posee la propiedad de ganar los corazones sin herirlos. Si la violeta baja naturalmente la cabeza y busca siempre la tierra; la Virgen arrebató el cielo y al rey de él por su humildad, llamándose sierva cuando se trata de hacerla esposa y madre de Dios y de consiguiente señora del universo.

La rosa. La espadilla.

III. Si sostengo que es una rosa, el mismo Hugo de S. Victor me suministrará una bellísima consideración, fundada en las singularidades de esta flor, y además sabré por el ángel que instruía á santa Brígida, que así como la rosa no deja de abrirse y ostentar su color de púrpura, no obstante que las espinas de alrededor crecen siempre con ella; de la misma manera las espinas de las tribulaciones y aflicciones no pudieron impedir que el corazón de la Virgen santísima se dilatara por medio de una grandísima resignación y perfectísima conformidad con todas las disposiciones de Dios. Si afirmo que es una espadilla, lo hago con la virgen y mártir santa Inés, quien enseñó este secreto á santa Brígida, diciéndole que á la manera que aquella flor es la mas alta y ancha de todas, así la virgen María se aventaja á todas las criaturas en mérito, poder y dignidad y extiende sus hojas desde Nazaret hasta el monte Libano; es decir, que abraza los dos pueblos de que se compone la iglesia, y los tiene bajo de su dulce protección y su incomparable misericordia. Así como la espadilla tiene dos puntas, así la Virgen fue continuamente atormentada en el cuerpo y en el alma. Finalmente así como las extremidades de la espadilla son muy tiernas y delicadas, así la Virgen tuvo la voluntad extraordinariamente dócil á todos los impulsos de la voluntad de Dios.

La azucena.

IV. Si la llamo una azucena, no será sin razón. Tendré por fiador de mi dicho á S. Epifanio, quien la llama la azucena inmaculada, que llevó á la rosa que no se marchita jamás, es decir, á nuestro salvador y redentor Jesucristo (1). Me apoyaré en el testimonio de S. Buenaventura (2) y otros muchos doctores, que la comparan á la azucena con respecto á su virginidad, y hallan todas las semejanzas apetecibles en cuanto á la raíz y el tronco, las hojas, los filamentos de plata, los botones de oro y todo lo demás de esta bella flor, honor de los valles y gloria de los jardines, á quien alabó el Salvador diciendo que ni Salomón con toda su magnificencia está mas engalanado que ella. En una palabra autorizaré mi dicho con lo que sucedió al bienaventurado Fr. Gil, compañero de S. Francisco, que habiendo encontrado á cierto religioso que dudaba de la virginidad de María, inflamado en zelo golpeó la tierra con su báculo y dijo con calor: Hermano, la madre de Dios es virgen antes del parto; y al instante salió una hermosa azucena del mismo sitio que habia golpeado. Golpeó segunda vez y añadió: La madre de Dios es virgen en el parto; y salió otra azucena. Por último dió tercer golpe y dijo: La madre de Dios es virgen despues del parto; y la tierra produjo otra azucena para honrar con este número de perfecciones la inimitable pureza de la reina de los ángeles.

Una admirable especie de flor.

V. Pero no encuentro nada parecido en materia de flores á la que vió santa Brígida, segun leemos en el li-

(1) Serm. de S. Deipara.

(2) Specul. B. Virg., cap. 10.

bro primero de sus revelaciones, donde el Salvador habla de esta suerte á su gloriosa madre: Madre mia, te asemejas á cierta flor que creció en un valle situado en medio de cinco montañas elevadas. Tenia tres raices que remataban todas en un solo tallo, y era muy derecha y sin nudos. De aquel tallo salian cinco hojas que despedian una increíble suavidad. Lo mas maravilloso de esta flor era que á medida que crecia, se levantaba tambien el valle; de manera que al fin sobrepujó los montes de alrededor, y las hojas subieron mas altas que el cielo. Dicho esto, comenzó el Salvador á explicar el misterio comprendido bajo de esta figura, añadiendo: Mi muy amada madre, tú eres el valle de que hablo, por tu profundísima humildad, que no tendrá jamás igual. Tú te elevaste sobre cinco montañas, es decir, sobre las almas mas eminentes de la ley antigua. Moisés fue verdaderamente un monte elevado por el poder absoluto que le di sobre mi pueblo, lo mismo que si le hubiera tenido cerrado en su mano; pero tú llevaste dentro de tu seno al Señor de la ley y al criador de todos los pueblos. ¿No habrá de confesarse que te elevaste indeciblemente sobre Moisés? Elías fue otro monte á causa de su santidad, por la cual mereció ser transportado á un lugar separado de la comun habitacion de los hombres; pero habiendo sido tú ensalzada sobre los coros de los ángeles hasta el trono de Dios, es preciso decir que sobrepujas indeciblemente á Elías. Sanson fue otro monte por su fortaleza, aunque le venció Satanás, mostrándose en esto mas fuerte que él; pero teniendo tú á tus pies el que derribó al valeroso Sanson, necesariamente has de ser mas alta en comparacion de él. Los dos últimos montes fueron David y Salomon: David, monte de perfeccion por haber sido segun mi corazon, aunque despues cayó en pecado: Salomon, monte de sabiduria; sin embargo fue vencido por el loco amor; pero tú firme y elevada sobre toda altura no caiste, ni te apartaste de mi

santa voluntad. Ese valle de tu profundísima humildad produjo tres raices, que son tres virtudes inviolablemente guardadas por ti, la obediencia, la caridad y la devocion. De esas tres raices salió un tallo extraordinariamente derecho y sin ningun nudo, que no es otro que la recta intencion que tuviste toda tu vida de agradarme. Las cinco hojas que se elevan sobre el empíreo y aun sobre todos los coros angélicos, son tu singular honestidad, superior á la de los ángeles, tu misericordia, que compadece cordialmente todas las miserias de los hombres, tu benignidad, que recibe á cuantos se acercan á ti, tu hermosura, que parece un conjunto de todas las hermosuras criadas, y la complacencia que tuviste únicamente en mí con desprecio de todos los otros gustos y satisfacciones.

VI. ¡Oh qué contento seria pertenecer al número de las misteriosas abejas de que habla la misma santa Brígida con otro motivo, las cuales revolotean continuamente en torno de esa flor admirable, hallando siempre dulce jugo que chupar! ¡Oh qué miel y qué composicion celestial forman esas buenas almas con los licores del paraíso que van cogiendo y reuniendo! ¡Oh qué mudanzas es necesario que se vean en los corazones alimentados de continuo con esta celestial ambrosia! Yo por mi parte dejo gustosísimo todas las otras delicias y suavidades que los hombres van buscando neciamente entre las criaturas percederas, por una sola gota de las que se hallan en esta flor incomparable, que despues de Dios es el honor y la dulzura de la tierra y del cielo.

S. II.—Que es la perla de las buenas almas y la piedra preciosa inestimable.

I. Discurriendo acerca de las piedras preciosas el sabio naturalista ya citado afirma que en nada es mas admirable la naturaleza que en esto, ya se atiende á la muchedumbre y variedad de piedras, ya á la diversidad de

bro primero de sus revelaciones, donde el Salvador habla de esta suerte á su gloriosa madre: Madre mia, te asemejas á cierta flor que creció en un valle situado en medio de cinco montañas elevadas. Tenia tres raices que remataban todas en un solo tallo, y era muy derecha y sin nudos. De aquel tallo salian cinco hojas que despedian una increíble suavidad. Lo mas maravilloso de esta flor era que á medida que crecia, se levantaba tambien el valle; de manera que al fin sobrepujó los montes de alrededor, y las hojas subieron mas altas que el cielo. Dicho esto, comenzó el Salvador á explicar el misterio comprendido bajo de esta figura, añadiendo: Mi muy amada madre, tú eres el valle de que hablo, por tu profundísima humildad, que no tendrá jamás igual. Tú te elevaste sobre cinco montañas, es decir, sobre las almas mas eminentes de la ley antigua. Moisés fue verdaderamente un monte elevado por el poder absoluto que le di sobre mi pueblo, lo mismo que si le hubiera tenido cerrado en su mano; pero tú llevaste dentro de tu seno al Señor de la ley y al criador de todos los pueblos. ¿No habrá de confesarse que te elevaste indeciblemente sobre Moisés? Elías fue otro monte á causa de su santidad, por la cual mereció ser transportado á un lugar separado de la comun habitacion de los hombres; pero habiendo sido tú ensalzada sobre los coros de los ángeles hasta el trono de Dios, es preciso decir que sobrepujas indeciblemente á Elías. Sanson fue otro monte por su fortaleza, aunque le venció Satanás, mostrándose en esto mas fuerte que él; pero teniendo tú á tus pies el que derribó al valeroso Sanson, necesariamente has de ser mas alta en comparacion de él. Los dos últimos montes fueron David y Salomon: David, monte de perfeccion por haber sido segun mi corazon, aunque despues cayó en pecado: Salomon, monte de sabiduria; sin embargo fue vencido por el loco amor; pero tú firme y elevada sobre toda altura no caiste, ni te apartaste de mi

santa voluntad. Ese valle de tu profundísima humildad produjo tres raices, que son tres virtudes inviolablemente guardadas por ti, la obediencia, la caridad y la devocion. De esas tres raices salió un tallo extraordinariamente derecho y sin ningun nudo, que no es otro que la recta intencion que tuviste toda tu vida de agradarme. Las cinco hojas que se elevan sobre el empíreo y aun sobre todos los coros angélicos, son tu singular honestidad, superior á la de los ángeles, tu misericordia, que compadece cordialmente todas las miserias de los hombres, tu benignidad, que recibe á cuantos se acercan á ti, tu hermosura, que parece un conjunto de todas las hermosuras criadas, y la complacencia que tuviste únicamente en mí con desprecio de todos los otros gustos y satisfacciones.

VI. ¡Oh qué contento seria pertenecer al número de las misteriosas abejas de que habla la misma santa Brígida con otro motivo, las cuales revolotean continuamente en torno de esa flor admirable, hallando siempre dulce jugo que chupar! ¡Oh qué miel y qué composicion celestial forman esas buenas almas con los licores del paraíso que van cogiendo y reuniendo! ¡Oh qué mudanzas es necesario que se vean en los corazones alimentados de continuo con esta celestial ambrosia! Yo por mi parte dejo gustosísimo todas las otras delicias y suavidades que los hombres van buscando neciamente entre las criaturas perecederas, por una sola gota de las que se hallan en esta flor incomparable, que despues de Dios es el honor y la dulzura de la tierra y del cielo.

S. II.—Que es la perla de las buenas almas y la piedra preciosa inestimable.

I. Discurriendo acerca de las piedras preciosas el sabio naturalista ya citado afirma que en nada es mas admirable la naturaleza que en esto, ya se atiende á la muchedumbre y variedad de piedras, ya á la diversidad de

sus colores, ya á la excelencia de su materia, ya á su singular hermosura. En efecto algunos las han estimado tanto, que han hecho escrúpulo de grabarlas, por no disminuir su precio: otros las han igualado á los reinos enteros, y no ha faltado quien diga que una sola piedra preciosa era suficiente para mostrar la perfeccion de las obras de la naturaleza. Esto puede decirse con mayor razon de la que Crisippo, presbitero de Jerusalem, llamaba la piedra preciosa superior á todo precio (1), y S. Epifanio la inestimable joya del cielo; porque ciertamente ella sola sería capaz de dar á conocer la excelencia de su artífice, y aun cuando este no hubiera producido otra criatura, hallaría sus infinitas perfecciones muy naturalmente estampadas en ella. No obstante quiso hacer otras innumerables, ya para que la Virgen como su obra acabada descollase mas entre ellas, ya para que tuviese admiradores de sus designios y panegiristas de sus grandezas.

La virgen Maria es la perla preciosa del mundo.

II. S. Cirilo de Alejandria, arengando al concilio de Efeso, dió á la madre de Dios el titulo de preciosa perla del mundo; y ciertamente con razon, ya atendiese á su concepcion y natividad, que fue toda celestial, ya se fijase en la blancura y pureza de su alma, ya en fin tuviese á la vista el precio de la obra mas excelente de naturaleza y gracia que hay entre las simples criaturas, en especial cuando es pareada con la perla preciosa, que es el Verbo encarnado. Con efecto los antiguos estimaron siempre mas las perlas orientales que van dos á dos y tienen sus iguales en tamaño, redondez y hermosura: esas son

(1) Orat. de S. Deip.

las que por excelencia se llaman uniones. Al principio de este tratado hice ver que la virgen Maria fue vaciada en el molde del Verbo humanado, y que se asemejó á este cuanto es dado á una simple criatura. Respecto del precio de esa perla divina, que nos fue enviada del cielo (quiero decir, el Verbo encarnado), no trato de hablar aqui porque no lo permite el asunto; pero tocante á su compañera, que es su bienaventurada madre, hago mucho caso de un dicho de S. Basilio de Seleucia, el cual afirma que es tan preciosa, que ella sola vale mas que todo el mundo entero (1). Estas palabras me traen á la memoria la conducta de aquel hombre del Evangelio, que habiendo hallado una perla preciosa vendió cuanto poseia para comprarla. Muchos santos padres han tomado esta perla por la virgen Maria, la cual pudo tanto con el sabio lapidario del cielo, que en cierto modo le hizo dejar todo lo que tenia allá arriba para adquirirla. El que ha hablado con mas claridad que todos, ha sido S. Hdefonso llamándola la obra única de la Encarnacion; porque ya quisiese decir que por ella sola padeció el Salvador del mundo la muerte con mas gusto que por todas las otras criaturas, ya entendiese que ella sola es capaz de dar á conocer el alto precio empleado por nosotros, siempre se tendrá en todos sentidos que ella es el solo fruto de la redencion y la única obra del Redentor. Yo por mi parte aplaudo al elocuente S. Ambrosio, que explicando aquellas palabras del esposo de los Cantares: *Aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron volar* (2); observa que esas son las amorosas quejas del Salvador á su castisima esposa, que juntamente es su madre. Viene á ser como si le dijera que las perfecciones que ha puesto en ella, son tan singulares, que cuando llega á considerarlas, tiene por bien empleado todo su trabajo; de donde resulta que le entran ganas de

(1) Orat. de Annunt.
TOMO II.

(2) Cant. VI.
11

volverse al cielo y contentarse con ella sola. Pues para que esto no suceda, la ruega que aparte sus ojos de él, porque si ella le mira de hito en hito segun su costumbre, no puede él menos de contemplarla reciprocamente; lo que le hace olvidarse en cierto modo de las pobres almas por quienes bajó del cielo. Estos sentimientos tan dignos del devoto capellan de la Virgen son muy honrosos para esta, á la cual se juzga capaz de arrebatarse todos los afectos de la sabiduría increada y de ser el único objeto de sus pensamientos y el solo motivo de haber bajado del cielo á la tierra. No puede decirse, ni aun imaginarse una cosa mas grande.

Semejanza de diversas piedras preciosas con la virgen Maria.

II. Si yo intentara registrar las entrañas de la tierra é indagar las singularidades de todas las piedras preciosas labradas y pulimentadas con un trabajo indecible; estoy seguro que no habria una que no contuviese en si señales de alguna perfeccion de la virgen Maria. Haria ver que ella es el diamante precioso que nació en la mina de oro de los mas altos designios de la divinidad; diamante por el limpio brillo de su pureza y por el vivo fuego de su castidad y de su impecabilidad. Mostraria que es el hermoso zafiro del trono de Dios, sobre el cual se dejó ver de Moises y de los ancianos del pueblo (1); que es el cristal del firmamento, en que la columbró el profeta Ezequiel; que es el carbunco encendido del fuego sustancial, que fué tomado del altar de Dios en la vision de Isaías (2). Diria con Job que no puede igualarse á ella el topacio de Etiopia con su oro (3); que como el ópalo tuvo

(1) Exod., XXIV, 10.

(2) Isai., I.

(3) Job, VI.

el lustre de su vida y aun de cada accion suya mezclado con los colores mas excelentes de todas las virtudes; que como la esmeralda tiene la propiedad de que cuanto mas penetra el ojo en la profundidad de sus perfecciones, mas se agranda ella hasta el infinito; que como el brillante girasol concibió de los rayos del sol de la divinidad otro segundo sol, Dios humanado; que es la pantarve mucho mas poderosa para atraer que la de Ctesias, que atrajo del fondo del agua setenta y siete piedras preciosas perdidas por un comerciante de la Bactria, porque Maria sacó del fondo del abismo infinitas almas que habian perecido por sus pecados; que es mas acabada que la del emperador Rodolfo II, llamada la octava maravilla del mundo, porque en un mismo cuerpo labrado á manera de tabla contenia toda especie de piedras ensambladas con tanta sutileza, que sin ninguna juntura aparente expresaban naturalmente las figuras de cuanto hay mas hermoso en el mundo. Ciertamente si es verdad, como afirman los antiguos lapidarios, que las piedras preciosas no son otra cosa que unas sustancias esenciadas de las mas nobles influencias del cielo ó bien unos fragmentos preciosos de las rocas eternas del paraíso, como decian Sócrates y Platon; ¿quién podrá negar que la que fué toda formada de gracias celestiales, tuvo por excelencia las perfecciones y propiedades de todas las piedras preciosas? Y si como decia el buen Tobias y como vió tambien S. Juan, los santos y los escogidos de Dios son las piedras preciosas de que está construida la celestial Jerusalem; ¿cuán preciosa no deberemos de estimar á la que ocupa el lugar mas distinguido despues de su hijo en aquella ciudad y tiene ella sola mas gracias y mas gloria que todos los otros santos? ¿No es ella el sagrado tabernáculo de Dios, al que da S. Juan por fundamento doce piedras preciosas de un valor inestimable, es decir, doce principales virtudes ó gracias fundamentales, sobre las cuales fué edificada la grandeza de

su gloria? ¿Y á dónde me llevaria esta semejanza; si yo quisiera hacer en particular la aplicacion de cada una de sus piedras?

IV. Los antiguos y entre ellos Plinio, Dioscórides y Alberto Magno escribieron cosas admirables acerca de las virtudes de las piedras preciosas. Asi por ejemplo dicen que el verdadero jaspe tiene toda virtud contra los maleficios y los espíritus de las tinieblas, el diamante contra el veneno, el topacio contra el fuego y la cólera, el jacinto contra la peste, por cuya causa se llevaba sobre la region del corazon; que la cornerina contiene la sangre y atemoriza á las fieras; que la esmeralda hace elocuente y rico y conserva la castidad, de la que es tan zelosa, que se hace pedazos cuando la manchan; que la turquesa experimenta todos los accidentes del que la lleva; que el zafiro gusta de la piedad, la santidad y la justicia, por cuya causa se llamó antiguamente la piedra santa, porque sin ella no se daban oráculos, y los sacrificios para ser mas agradables habian de ofrecerse en vasos de zafiro, ó á lo menos era preciso que el sacrificante llevase uno en el dedo. Aun hoy esa es la piedra de los sumos pontífices, y el padre santo cuando crea algun cardenal, acostumbra enviarle un zafiro como para comunicarle la santidad que conviene á su empleo. Los naturalistas expresan muchas otras propiedades tan admirables, que los modernos lapidarios, disgustados por no encontrarlas ya en nuestras piedras preciosas, las cuentan entre las fábulas. Mas yo por mi parte diré desde luego con un antiguo autor citado por Origenes (1) que no es extraño no se hallen en nuestros dias esas admirables propiedades, porque eran figuras y sombras que se disiparon cuando pareció el dia claro de la verdad que figuraban, es

(1) Libr. 2 in Job.

decir, á vista de las verdaderas perfecciones del Salvador y de su dignisima madre, en quien se cumplieron realmente, como es fácil probar por la semejanza de las virtudes y de las perfecciones que he propuesto hasta aquí y apuntaré mas adelante.

La piedra de la maravilla.

V. No obstante no puedo pasar en silencio una piedra preciosa descubierta en nuestros dias en el Paraguay, cuya formacion, origen y composicion son de todo punto admirables. Se le ha dado el nombre de piedra de la maravilla ó granada por la gran semejanza que tiene con esta fruta, que es la pieza acabada de la naturaleza en materia de frutas: por eso lleva la corona. La granada no tanto es una piedra preciosa, quanto un conjunto de ricas piedras y como un gabinete de curiosidades: son innumerables amatistas, cubiertas de una preciosa corteza, dispuestas con tanta industria y proporcion, tan bien engastadas en sus celditas y tan propriamente divididas unas de otras, que no puede verse cosa mejor. Además cuando la tierra está para echarla, se entreabre y hace un ruido como de un trueno, que es la señal para que los naturales del pais vayan á recibir aquel tesoro tan estimado, que no hay grande, ni pequeño que no salga al campo para ver á quién toca la dicha de poseerle. En el año 1617 vimos una, que la cristianidad del Paraguay enviaba al cardenal Borromeo, arzobispo de Milan, sobrino de S. Carlos y protector de las Indias occidentales. Añadiré á lo dicho que la tierra que produce este tesoro, es enteramente inútil para todo lo demás, queriendo mostrar así la naturaleza que emplea todo quanto jugo tiene la tierra y que hace una quinta esencia para producir esta joya maravillosa. Aun cuando la misma naturaleza nos abriera sus tesoros, no sé si

hallaríamos una piedra igual á esta para hacernos venir en conocimiento de las singulares perfecciones de la madre de Dios: porque este es, hablando con propiedad, el tesoro que nuestra tierra tuvo encerrado tantos siglos, y la piedra preciosa que la naturaleza y la gracia labraron tanto tiempo y con tanto cuidado. Este es el tesoro que el cielo envió á la tierra con tal aparato de promesas y profecías, que resonaron en el universo por espacio de cuatro mil años. Este es un verdadero almacén de riquezas, una colección de grandezas y un conjunto de curiosidades. No nos detengamos en la corteza de la apariencia exterior, aunque huele á no sé qué de grande y sublime, sino entremos mas bien en el interior de esa obra, donde veremos una multitud de piedras preciosas perfectamente ordenadas. Estas serán todos los predestinados que se hallaron con su caudillo en el seno de la Virgen, según diré mas oportunamente en otros lugares (1). Serán, si se quiere mejor, las singulares y excelentes virtudes de nuestra señora, que como amatistas comunican de buena gana su lustre á la vista sin despedir fuego contra los ojos, es decir, que tienen cierta suavidad propia para atraer y robar los corazones sin ofenderlos con el excesivo brillo. Serán otros tantos preservativos contra las ponzoñosas sugestiones de nuestros enemigos invisibles. Serán las gracias que María nos alcanza á todas horas para impedir que nos dejemos embobarnos con los gustos y contenidos de esta vida, porque la amatista impide la embriaguez y de ahí se cree que tome su nombre. Serán todos los buenos oficios que hace con aquellos á quienes da participacion de los favores del cielo. En una palabra no quede por mí que sean tambien todos los actos de virtud que practicó, mil veces mas brillantes y preciosos que todas las piedras del mundo.

(1) Trat. 3, c. 4, y en otras partes.

VI. ¡Cuántas veces me siento animado de la misma idea de Ismenias de Tebas, de quien cuenta Plinio que habiendo encontrado en Chipre una esmeralda donde estaba grabada la imagen de Amimone, una de las cincuenta hijas del rey Danao, y viendo que se la daban por seis dineros de oro, los entregó al punto. Asebrado de esto el mercader le devolvió dos haciendo escrupulo de cobrar tanto; pero Ismenias muy contristado le dijo: Lo siento mucho, porque el dinero que me vuelves, disminuirá en gran manera el valor de esta pieza. Esto es lo que yo siento principalmente: que esta piedra preciosa, honor del cielo y de la tierra, que lleva la imagen de la primera princesa del mundo y de la primogénita del rey de los reyes, no sea estimada como merece. ¡De cuántas gracias se priva el mundo por no conocer su excelencia! ¡Qué diluvio de mercedes caería sobre nosotros, si procuráramos estimarla y admirar en ella la bondad y grandeza del artífice que la hizo tan admirable! ¡Mil veces dichoso el que conoce su precio, mas dichoso el que la honra á la par que la estima, y dichosísimo el que la posee como su tesoro y su único bien despues de Dios!

§. III.—Que María santísima es el verdadero espejo de todas las perfecciones divinas.

I. Así como las piedras preciosas son los espejos de la naturaleza, así los espejos son las piedras preciosas del arte. Es tan ponderada la invencion de ellos, que algunos doctores hebreos enseñaron que la ocupacion de Dios antes de producir este mundo visible era hacer espejos. Yo no sé si al decir esto soñaron como es su costumbre, ó si en esas pocas palabras encerraron algun misterio profundo. ¿Querrian decir que Dios abeterno producía su Verbo, que es el espejo de los espejos, es decir, el espejo de sus infinitas perfecciones y de todas las

hallaríamos una piedra igual á esta para hacernos venir en conocimiento de las singulares perfecciones de la madre de Dios: porque este es, hablando con propiedad, el tesoro que nuestra tierra tuvo encerrado tantos siglos, y la piedra preciosa que la naturaleza y la gracia labraron tanto tiempo y con tanto cuidado. Este es el tesoro que el cielo envió á la tierra con tal aparato de promesas y profecías, que resonaron en el universo por espacio de cuatro mil años. Este es un verdadero almacén de riquezas, una colección de grandezas y un conjunto de curiosidades. No nos detengamos en la corteza de la apariencia exterior, aunque huele á no sé qué de grande y sublime, sino entremos mas bien en el interior de esa obra, donde veremos una multitud de piedras preciosas perfectamente ordenadas. Estas serán todos los predestinados que se hallaron con su caudillo en el seno de la Virgen, según diré mas oportunamente en otros lugares (1). Serán, si se quiere mejor, las singulares y excelentes virtudes de nuestra señora, que como amatistas comunican de buena gana su lustre á la vista sin despedir fuego contra los ojos, es decir, que tienen cierta suavidad propia para atraer y robar los corazones sin ofenderlos con el excesivo brillo. Serán otros tantos preservativos contra las ponzoñosas sugestiones de nuestros enemigos invisibles. Serán las gracias que María nos alcanza á todas horas para impedir que nos dejemos embelesar con los gustos y contentos de esta vida, porque la amatista impide la embriaguez y de ahí se cree que tome su nombre. Serán todos los buenos oficios que hace con aquellos á quienes da participacion de los favores del cielo. En una palabra no quede por mí que sean tambien todos los actos de virtud que practicó, mil veces mas brillantes y preciosos que todas las piedras del mundo.

(1) Trat. 3, c. 4, y en otras partes.

VI. ¡Cuántas veces me siento animado de la misma idea de Ismenias de Tebas, de quien cuenta Plinio que habiendo encontrado en Chipre una esmeralda donde estaba grabada la imagen de Amimone, una de las cincuenta hijas del rey Danao, y viendo que se la daban por seis dineros de oro, los entregó al puuto. Asebrado de esto el mercader le devolvió dos haciendo escrupulo de cobrar tanto; pero Ismenias muy contristado le dijo: Lo siento mucho, porque el dinero que me vuelves, disminuirá en gran manera el valor de esta pieza. Esto es lo que yo siento principalmente: que esta piedra preciosa, honor del cielo y de la tierra, que lleva la imagen de la primera princesa del mundo y de la primogénita del rey de los reyes, no sea estimada como merece. ¡De cuántas gracias se priva el mundo por no conocer su excelencia! ¡Qué diluvio de mercedes caería sobre nosotros, si procuráramos estimarla y admirar en ella la bondad y grandeza del artifice que la hizo tan admirable! ¡Mil veces dichoso el que conoce su precio, mas dichoso el que la honra á la par que la estima, y dichosísimo el que la posee como su tesoro y su único bien despues de Dios!

§. III.—Que María santísima es el verdadero espejo de todas las perfecciones divinas.

I. Así como las piedras preciosas son los espejos de la naturaleza, así los espejos son las piedras preciosas del arte. Es tan ponderada la invencion de ellos, que algunos doctores hebreos enseñaron que la ocupacion de Dios antes de producir este mundo visible era hacer espejos. Yo no sé si al decir esto soñaron como es su costumbre, ó si en esas pocas palabras encerraron algun misterio profundo. ¿Querrian decir que Dios abeterno producía su Verbo, que es el espejo de los espejos, es decir, el espejo de sus infinitas perfecciones y de todas las

criaturas? ¿Pensarian en el designio que Dios formaba desde entonces de salir fuera de sí por sus obras; lo cual no es otra cosa que hacer espejos de su bondad, de su sabiduría, de su poder y de todos sus divinos atributos? Si eso fuera, tendría yo justísimo motivo de decir que Dios entre tantos espejos preparaba dos que debían de ser inimitables en hermosura, grandeza y tersura. El primero es el Verbo encarnado, á quien S. Lorenzo Justiniano llama el espejo de perfeccion (1), y antes de él Salomon llamaba el espejo sin mancilla de la majestad de Dios y la imagen de su bondad (2). El segundo es la virgen Maria, la cual habló un día á santa Brigida en estos términos: «Sabe, hija mía, que mi cuerpo y mi alma son mas puros que el sol y mas tersos y limpios que ningun espejo. El que fija los ojos en mí, ve á las tres personas de la santísima Trinidad, las cuales descansaron en mí de un modo inefable y me llenaron de tal suerte, que todas sus excelencias se encuentran en mí como en compendio. Además es tan grande la pureza con que me ha favorecido Dios, que recibiendo los rayos de las perfecciones divinas las represento tan naturalmente como es posible á una simple criatura.»

II. Este es sin duda el bello pensamiento que S. Andrés de Jerusalem tenia en la mente cuando llamaba á la Virgen la primera naturaleza criada y la que se acerca mas que todas las otras al arteífice de todas las cosas (3). Creo que S. Buenaventura pensaba lo mismo cuando decia que Maria habia subido tan alto cerca de Dios sobre la cumbre de toda suerte de bienes, que dejando aparte la union personal, era imposible hallar una

(1) In fasciculo amoris in
coena Domini, cap. II.

(2) Sap. II.

(3) Serm. de Assumpt.

criatura mas perfecta ó mas capaz de participar de los bienes del Criador (1). S. Agustin se remonta tanto, que se pierde de vista. Consideremos las palabras que dirige á la virgen Maria. «Si te llamo, dice, la forma de Dios; no asiento nada que sobrepuje tu mérito (2).» Pero ¿quién nos descubrirá el misterio oculto bajo estas palabras y lo que significa el título de forma de Dios? ¿Querrá por ventura dar á entender que Maria fué como una segunda idea, en la cual fijó Dios los ojos cuando quiso estampar en las almas los hermosos rasgos de las excelentes virtudes? ¿O tendrá mas bien la intencion de decir que así como se ve en el espejo la imagen del objeto que se le pone delante, y así como la blanda cera recibe la forma y figura del sello estampado en ella, de la misma manera la Virgen fué marcada con el sello de las perfecciones divinas y las representó en sí de una manera excelentísima? Así pues como vemos en el bronce y en la cera la misma figura, aunque aquella esté grabada con solidez y esta en un cuerpo tan débil y blando, aunque aquella sea el original y esta la copia, y aunque aquella no esté expuesta á romperse ó borrarse como esta; de la misma manera notamos en el alma de la Virgen alguna cosa que tira á las perfecciones esenciales de Dios, aunque estas no puedan separarse de la esencia donde se encuentran, como acontece en todas las criaturas, y aunque la Virgen posea solamente por el derecho de una participacion voluntaria de Dios lo que conviene á su majestad por esencia y prescindiendo de toda voluntad. Yo tendria algun temor de remontarme demasiado y perderme en este discurso, si el devoto abad Ruperto no me advirtiese que todo cuanto digamos de la madre, redundará en honra y gloria de su hijo (3). Este

(1) Serm. 2 de Virg. Maria.

(2) Serm. de Assumpt., t. 40.

(3) Lib. 6, in Cant.

pensamiento tranquiliza mi espíritu y le da aliento para entrar en las semejanzas de las excelencias de la madre incomparable con los divinos atributos; porque así como no es mi intención igualar en nada la criatura con el Creador, así me siento grandemente inclinado á hacer ver que ninguna simple criatura se acercó jamás tanto como ella á las primeras ideas de todas las perfecciones imaginables.

La infinidad.

III. Empezaré por la infinidad, la cual es como la diferencia de la esencia soberana, porque según San Dionisio (1) Dios no es lo que es como cualquiera, sino que es un ente simplicísimo y sin ninguna limitación; comprende en sí el ser en toda su extensión y le posee cuanto puede ser poseído. De aquí procede, dice san Anselmo (2), que todas las perfecciones que se hallan en él, están de una manera infinita. El es la esencia soberana, la vida soberana, la soberana razón, la soberana salvación, la soberana justicia, la soberana sabiduría, la soberana verdad, la soberana grandeza, la soberana hermosura, la soberana felicidad, el soberano poder, la unidad soberana. De ahí proviene también que contiene eminentemente todas las cosas en términos de las escuelas, y que es el principio, la unión y el fin de todas, como dice el ya citado S. Dionisio (3). De ahí procede por último que no puede ser comprendido más que por él mismo, y así nunca le concebimos nosotros mejor que cuando nos le figuramos incomprendible, como dice san Cipriano (4). No trato de sentar que la Virgen santísima tenga en sí y en su propia naturaleza una especie de infinidad, y mucho menos que tenga alguna que no depen-

(1) De divin. nom., cap. 5.

(2) Monologii, cap. 45.

(3) De divin. nom., cap. 4.

(4) Lib. Quod idola non sunt dii.

da de nadie, porque eso corresponde á Dios solo; pero si me atreví á decir con los santos padres y teólogos que en calidad de madre de Dios incluye un término de infinita perfección. Esto movió á decir al angélico doctor (1) que de tres cosas que Dios no puede en cierto modo hacer más grandes de lo que son, la una es la madre de su hijo. Así aunque no podamos llamarla la esencia soberana, la soberana sabiduría, la soberana bondad, el soberano poder, decimos resueltamente que es la madre de la esencia soberana, de la soberana sabiduría, de la soberana bondad y del soberano poder. Pasando más adelante sostenemos en consecuencia de lo dicho arriba que tiene en sí más perfecciones que las restantes criaturas y que todo lo que les conviene á estas de bueno, se halla mucho más excelentemente en ella. De ahí es que insignes santos afirman sin dificultad que sus grandezas son incomprendibles á todos los espíritus limitados. Ya quedan acotadas en otro lugar las palabras de S. Bernardino de Sena, S. Bernardo, S. Anselmo, S. Andrés de Jerusalén y S. Agustín (2).

La inmensidad y el dominio.

IV. La segunda es la inmensidad, la cual es representada por S. Gregorio papa en términos muy excelentes. El está dentro y fuera, dice (3), encima y debajo de todas las cosas, encima por potencia, debajo por sosten, dentro por sutilidad, fuera por grandeza. Encima las gobierna; debajo las sostiene: dentro las penetra; fuera las encierra; y no por eso ha de juzgarse que tenga una parte de sí dentro y la otra fuera, una encima y otra debajo, sino que por una misma

(1) P. 1, q. 23, art. 6, ad. 4.

(2) Trat. 2, c. 1, §. 1 y 2.

(3) Libro 2 Mor., c. 12.

esencia indivisible las encierra á todas estando dentro de cada una y encerrándolas se halla en todas: las gobierna sosteniéndolas y gobernándolas las sostiene. De esta inmensidad, que es como la causa por la cual está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, nace el alto dominio que tiene sobre todas las cosas, de las que dispone con entera libertad y poderío absoluto. Con cuyo motivo oyó S. Juan gritar en alta voz á todas las criaturas que estan en el cielo, viven en la tierra ó debajo de nosotros y en las aguas: Al que está sentado sobre el trono y al cordero bendicion, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (1). No es mi ánimo detenerme aquí mucho por lo que toca á la Virgen santísima: en otro lugar (2) haré ver con el testimonio de los santos que el dominio de Maria se extiende tanto como el imperio del Salvador, y que en calidad de reina madre y reina reinante es absoluta debajo de su hijo y esposo en toda la extension de sus estados.

La omnipotencia.

V. De las dos anteriores procede la omnipotencia, que hace admirable á nuestro Dios sobre todo cuanto puede imaginarse. Ella se manifiesta tanto en el modo como en el término de sus actos, porque así como con sola la voluntad hace todo lo que quiere, de la misma manera produce de la nada todo lo que le parece, porque siendo la nada infinita en su manera, todas las criaturas pueden ser sacadas igualmente de ella. Esta potencia es igual á la esencia divina, capaz de ser participada é imitada de infinitas maneras: no es menor que la sabiduría, porque todo lo que esta puede inventar,

(1) Apocal. V.

(2) Trat. 2, c. 12.

puede efectuarlo aquella. ¡Cómo! Dirá alguno, ¿pensais de veras en llamar omnipotente á la madre de Dios? ¿Por qué no cuando lo han hecho antes que yo ilustres doctores y me convidan á hacerlo? Con efecto el patriarca Eutiquiano en el libro que compuso de la penitencia de Teófilo, S. Juan Damasceno (1), Cosme de Jerusalem, obispo de Majuma en la Palestina y maestro del mismo santo (2), y algunos otros cuando hablan del auxilio que nos da Maria en nuestras necesidades, la llaman omnipotente sin ninguna dificultad, y S. Anselmo ¿no dice en términos formales que el Omnipotente la ensalzó hasta el punto de querer que todas las cosas fuesen posibles á esta señora como á él mismo? (3) Bien sé que esto debe de entenderse de la manera que enseñan S. Cirilo (4) é Ibon, obispo de Chartres (5); á saber, que ella poseyó solamente por gracia lo que conviene á Dios por naturaleza; no obstante no puede negarse este privilegio que es muy excelente porque se le comunicó exclusivamente á ella, segun diré en el tratado segundo.

La santidad.

VI. Bien podria yo decir con verdad que de todas las semejanzas que la sacratísima Virgen tiene con Dios, la mas admisible es la de la santidad. Este atributo es propio de la esencia soberana en cuanto es la fuente, el origen y el objeto de ella, y no hay santidad que no se refiera á él en cuanto él es su idea, su modelo y el principio que la produce y conserva en

(1) Carm. in. Annuntiat.
(2) Hymno 6 iisdem planè
verbis.

(3) De excellentia Virg., c. 12.
(4) Lib. 8 Thesauri, cap. 12.
(5) Serm. de nativ. Domini.

nuestras almas, en una palabra en cuanto no hay grado alguno de santidad que no se encuentre en él de un modo infinito. De suerte que con razon cantan dia y noche los serafines de Isaias: Santo, santo, santo, señor Dios de los ejércitos. Tratando S. Dionisio de la santidad que enseña (1) que no es otra cosa que una pureza perfectísima exenta de todo pecado y limpia de toda mancha; perfeccion que conviene á la virgen Maria única y privativamente de Dios abajo. Esta es la doctrina de S. Agustin, como se manifiesta por las siguientes palabras (2). Exceptuó siempre á la sacratísima virgen Maria, la cual nunca debe traerse á cuento cuando se trata del pecado, porque sabemos que recibió la gracia con tanta abundancia, que mereció ser madre de aquel de quien está bien distante el pecado. Pero exceptuada ella sola si tuviéramos medio de ver á todos los santos en el estado que tenían en otro tiempo, y preguntarles si estan exentos de pecado, ¿cuál de ellos responderia lo que dijo Pelagio ó lo que hemos aprendido de S. Juan? Hablo de aquellos que son mas relevantes en méritos, y sostengo que si se les hiciera esa pregunta, dirian de comun consentimiento: si alguno entre nosotros cree estar sin pecado, se engaña y no hay verdad en él. Los grandes santos no se contentan con tan poco, sino que hablan de la Virgen con tal énfasis que sin dificultad la hacen mas pura y limpia que los querubines y serafines. Así lo enseñan san Epifanio (3), Ricardo de S. Victor (4) y otros. San Gregorio lo dice excelentemente (5) cuando la compara á un monte sentado sobre la cumbre de todos los

(1) De divin. nom., cap. 2.

(2) De natura et gratia, cap. 36.

(3) De laudib. Mariæ.

(4) Cap. 39 in Cant.

(5) Lib. 4. Reg., c. 1.

demás, y asegura que elevó la cima de sus singulares méritos sobre todos los espíritus criados hasta el trono de la divinidad. El abad Ruperto la reconoce por la incomparable, diciendo que desde la creacion del mundo no ha tenido igual, ni la tendrá jamás, ya se examinen los impulsos interiores de su corazon, ya se atienda á sus obras y á los frutos de dulzura y honestidad que produjo; de manera que debemos de considerarla como un hermoso árbol del paraíso trasplantado á nuestro valle de lágrimas.

La bondad.

VII. La bondad de Dios sigue próximamente á su santidad. Esta bondad no es menos infinita en él que sus demás perfecciones, y le obliga á buscar los medios de comunicarse á sus criaturas. Entre todas las cosas materiales de este mundo visible no encontró san Gregorio Nacienceno ninguna que representase mejor la bondad divina que el sol, el cual derrama sus rayos por todas partes, sin dejar de visitar ningun rincón de la tierra. Por ahora no creo necesario seguir este paralelo, porque en el tratado tercero representaré las grandezas incomprendibles de bondad de la madre de Dios, que nos la hacen mas amable que todas las criaturas juntas.

La virginidad fecunda.

VIII. Por último dejando los demás divinos atributos á la consideración del devoto lector (porque solo pretendo ofrecer aquí una muestrecita), el mismo S. Gregorio Nacienceno me abre el camino de una semejanza muy excelente cuando dice en el poema sobre el elogio de la virginidad, que la primera virgen del mundo es la Trinidad beatísima. Pero lo mas admirable es que esa misma Trinidad es virgen y fecunda á un tiem-

po mismo, engendrando el Padre eterno al Hijo y produciendo el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. Este es el adorable misterio que todas las criaturas veneran: los ángeles especialmente le honran en profundo silencio, y los querubines le contemplan cubriéndose el rostro con las alas y poseídos de un santo temblor. Este es el misterio imitado de tal suerte en la inmaculada madre de Dios, que la representación se detuvo en ella sin atreverse á pasar adelante. Lactancio discurre muy sutilmente acerca de esto tomando pié de una expresión de Trismegisto, que llama á Dios sin padre y sin madre. Esta calidad, dice el orador cristiano (1), conviene propiamente al Padre eterno, que es el primer principio de la santísima Trinidad; no obstante quiso él comunicar á su hijo único esta perfección suya, y por eso como estaba ya sin madre en la generación eterna, deseó que fuese sin padre en la temporal. Bien podía decir el profeta que Dios haría una cosa inaudita sobre la tierra, porque después de la unión personal de Dios con el hombre no hay una maravilla igual á la de una virgen madre. Si yo tuviera gana, decía el devoto S. Bernardo (2), de alabar la virginidad de esta señora; sé muy bien que no es ella sola la que posee este honor, y que hay muchas vírgenes en su comitiva y en las del cordero su hijo. Si quiero publicar su humildad, encuentro algunos otros que se aprovecharon de los santos documentos del Salvador y á su ejemplo se hicieron mansos y humildes de corazón. Si se trata de su caridad, también hay personas misericordiosas tanto entre los hombres como entre las mujeres. Pero después de todas estas calidades tiene una que la hace enteramente singular, y es el grato título

(1) Lactant., l. 4, Divin. inst., c. 43. (2) Serm. 4 de Assumpt.

de madre unido al honor de la virginidad. Esta es (hablando con propiedad) la excelente elección que hizo, porque aunque la fecundidad conyugal sea buena y aun mejor la pureza virginal, sin embargo las dos reunidas sobrepujan infinito á la una y á la otra. «Esta concordia, dice Teodoro, obispo de Angori en la Galacia (1), es la noble empresa de la gracia, porque la naturaleza no lo hubiera conseguido jamás.» «Aquí no hay nada de humano, dice S. Pedro Crisólogo (2); todo es divino, y por eso elevad vuestros pensamientos y concebid el seno de la Virgen como un templo consagrado por el Espíritu Santo, donde es adorado Dios en persona.» «Este es un misterio inefable, dice S. Cenon, obispo de Verona (3).» «Es un rasgo de la omnipotencia de Dios, dice Sofronio, patriarca de Jerusalen.» «Es un prodigio que merece considerarse despacio, dice S. Gregorio Niseno: así admiremos un hecho tan singular como es una zarza que arde sin consumirse.» El que quiera entretenerse con tales semejanzas, encontrará otras muchas que no le darán menos gusto que estas y servirán para completar la excelente idea de la Virgen santísima. Por mi parte prefiero dejar en el ánimo del lector el deseo de indagar mas antes que molestarle con lo que pudiera añadir.

§. IV.—Que Maria es la luna de la iglesia (4).

I. No alumbran mas luminaires á este mundo visible que lumbreras á la iglesia. Sus estrellas son los santos,

(1) Orat. de nativit. (2) Serm. 59. (3) Serm. de Circumc. (4) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Los santos brillarán como estrellas en toda la duración de los siglos. Estarán vestidos de claridad y serán unas criaturas transformadas en Dios; sin embargo se di-

po mismo, engendrando el Padre eterno al Hijo y produciendo el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. Este es el adorable misterio que todas las criaturas veneran: los ángeles especialmente le honran en profundo silencio, y los querubines le contemplan cubriéndose el rostro con las alas y poseídos de un santo temblor. Este es el misterio imitado de tal suerte en la immaculada madre de Dios, que la representación se detuvo en ella sin atreverse á pasar adelante. Lactancio discurre muy sutilmente acerca de esto tomando pié de una expresión de Trismegisto, que llama á Dios sin padre y sin madre. Esta calidad, dice el orador cristiano (1), conviene propiamente al Padre eterno, que es el primer principio de la santísima Trinidad; no obstante quiso él comunicar á su hijo único esta perfección suya, y por eso como estaba ya sin madre en la generación eterna, deseó que fuese sin padre en la temporal. Bien podía decir el profeta que Dios haría una cosa inaudita sobre la tierra, porque después de la unión personal de Dios con el hombre no hay una maravilla igual á la de una virgen madre. Si yo tuviera gana, decía el devoto S. Bernardo (2), de alabar la virginidad de esta señora; sé muy bien que no es ella sola la que posee este honor, y que hay muchas vírgenes en su comitiva y en las del cordero su hijo. Si quiero publicar su humildad, encuentro algunos otros que se aprovecharon de los santos documentos del Salvador y á su ejemplo se hicieron mansos y humildes de corazón. Si se trata de su caridad, también hay personas misericordiosas tanto entre los hombres como entre las mujeres. Pero después de todas estas calidades tiene una que la hace enteramente singular, y es el grato título

(1) Lactant., l. 4, Divin. inst., (2) Serm. 4 de Assumpt.

de madre unido al honor de la virginidad. Esta es (hablando con propiedad) la excelente elección que hizo, porque aunque la fecundidad conyugal sea buena y aun mejor la pureza virginal, sin embargo las dos reunidas sobrepujan infinito á la una y á la otra. «Esta concordia, dice Teodoro, obispo de Angori en la Galacia (1), es la noble empresa de la gracia, porque la naturaleza no lo hubiera conseguido jamás.» «Aquí no hay nada de humano, dice S. Pedro Crisólogo (2); todo es divino, y por eso elevad vuestros pensamientos y concebid el seno de la Virgen como un templo consagrado por el Espíritu Santo, donde es adorado Dios en persona.» «Este es un misterio inefable, dice S. Cenon, obispo de Verona (3).» «Es un rasgo de la omnipotencia de Dios, dice Sofronio, patriarca de Jerusalen.» «Es un prodigio que merece considerarse despacio, dice S. Gregorio Niseno: así admiremos un hecho tan singular como es una zarza que arde sin consumirse.» El que quiera entretenerse con tales semejanzas, encontrará otras muchas que no le darán menos gusto que estas y servirán para completar la excelente idea de la Virgen santísima. Por mi parte prefiero dejar en el ánimo del lector el deseo de indagar mas antes que molestarle con lo que pudiera añadir.

§. IV.—Que Maria es la luna de la iglesia (4).

I. No alumbran mas luminaires á este mundo visible que lumbreras á la iglesia. Sus estrellas son los santos,

(1) Orat. de nativit.
 (2) Serm. 59.
 (3) Serm. de Circumc.
 (4) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Los santos brillarán como estrellas en toda la duración de los siglos. Estarán vestidos de claridad y serán unas criaturas transformadas en Dios; sin embargo se di-

que no se diferencian menos en luz, tamaño y hermosura que las que están fijas en el cielo, ni son menos infinitas en número ó notables por sus diversos efectos, influencias y aspectos que aquellas. Unos no aparecen jamás sobre el horizonte y son los que huyen cuanto pueden de los hombres para ser mejor conocidos de Dios: otros no se retiran jamás debajo de nuestro hemisferio y son los que continuamente se emplean en obras de caridad para con el prójimo. Unos parecieron al principio de la noche como los antiguos patriarcas, otros á la mitad como los profetas, y otros al amanecer como el santo precursor y los apóstoles, á quienes podíamos también comparar por buenas razones con los doce signos del zodiaco (1). Algunos lloran como hiadas, y otros se rien como el astro de Jupiter llamado el Jovial por los astrólogos. Algunos se estuvieron quietos en sus celdas como las estrellas del firmamento, y otros corrieron el mundo como los planetas produciendo en todas partes frutos de santidad. Unos viven solitarios, y otros hacen vida comun. Hay estrellas de invierno, como son los mártires, y estrellas de estío, como son los confesores que sufrieron las fatigas y la inclemencia de las estaciones mas duras del año. Yo hablaria de las propiedades de otras estrellas, si no fueran pura imaginacion de la astrología judiciaria.

El Salvador es el sol del mundo y la Virgen la luna.

II. La sagrada escritura nota que entre tantas lumbreras hizo Dios dos no menos incomparables por su cla-

ferenciarán unos de otros como los astros que vemos fijos en el firmamento. Su tamaño, hermosura é influencia no será igual como no lo fué su conducta en la tierra.»

(1) S. Anastas. Sinait., lib. 4 in hexameron.

ridad que inimitables en sus efectos. Hablo del sol y de la luna, y entiendo por el primero el Salvador del mundo y por el segundo su santísima madre. Los antiguos egipcios adoraban al sol y le llamaban el hijo visible del Dios invisible. Los cristianos adoran al Salvador reconociéndole por el hijo único de Dios y confesando que ni el sol, ni otra criatura alguna se le asemeja en ninguna calidad. Los orientales adoran hoy á la luna como el astro que con sus diversas fases va gobernando la vida de ellos y proporcionándoles toda suerte de bienes: los verdaderos hijos del Oriente adoran á la madre de Dios como á un astro benéfico, el cual aunque muda de cara y aspecto, no deja de ser constante é invariable en sus provechosas influencias. Para debir juntamente algo de estas dos singulares lumbreras antes de meterme en las propiedades particulares de la luna conviene creer que no sin motivo las crió Dios á entrambas el dia cuarto, sino que fué un pronóstico de lo que debia suceder en la edad cuarta ó cuarto millar del mundo, al que estaba reservada por un privilegio sin igual la dicha de ver el nacimiento de Jesus y de Maria, que son las dos lumbreras del universo. Por mi parte hallo que S. Anastasio Sinaita dice con mucha razon que el sol y la luna fueron formados en la tierra y de aquí trasladados al cielo. Con efecto los sagrados libros hablan diversamente del sol y la luna, y de las otras estrellas, porque de estas dicen que Dios las hizo en el firmamento; pero en quanto al sol y la luna advierten expresamente que habiéndolos criado Dios los colocó en el cielo. Misterio admirable, por donde aprendemos que Jesus y Maria debian de ser no menos el honor de la tierra que del cielo, y que así como estaban destinados á servir de ornamento á la mansion de los bienaventurados, era conveniente que la tierra pudiera gloriarse de haberlos dado al cielo. Por eso el sol y la luna fueron criados primeramente para

alumbrar á este mundo inferior, como se ve al principio del Génesis, y despues para alegrar eternamente á los habitantes de las regiones celestiales, de la misma manera que Jesus y María debian de iluminar con sus singulares ejemplos á la iglesia militante antes de ser las lumbreras de la triunfante. El sol y la luna son las causas universales de todas las generaciones de la tierra, el uno por la virtud de su calor y el otro por su frescura y humedad. Jesus y María son los principios generales de todos los efectos de la gracia, aquel por la eficacia de sus méritos y esta por la dulzura de su increíble bondad. «El sol, dice el Sinaita, fué hecho de una materia elemental y de la luz subsistente y criado el primer día del mundo, para que fuese un manantial de claridad tanto en la tierra como en el cielo; y Jesus fué compuesto de un cuerpo material y pasible semejante á los nuestros y de la luz increada y subsistente de la divinidad para ser un principio de gracia, de vida, de gloria y de luz en toda la eternidad. La luna fué verdaderamente vaciada de la misma materia elemental que el sol; pero tomó prestada toda su luz de él, así como la Virgen santísima tiene un cuerpo de la misma naturaleza que el de su hijo, de quien recibe absolutamente todo lo que es ya por gracia, ya por gloria.»

Diversas semejanzas de la luna con la virgen Maria.

III. Fijándome mas inmediatamente en lo que toca á la luna, digo que el abad Ruperto notó con mucha oportunidad que aunque aquel planeta debe toda su luz al sol, no la guarda para sí, sino que la comunica al punto á la tierra (1): de la misma manera aunque la Virgen sea

(1) Lib. 6. in Cant.

deudora á su hijo de toda la gracia que posee, no quiere poseerla sola, sino reconociendo el amor que aquel profesa á los hombres, derrama de continuo sobre ellos la luz recibida. Un docto moderno (1) dilucida el bello pensamiento del devoto abad diciendo que la luna es en cierto modo la esposa del sol y que recibiendo el vigor varonil de este astro y como concibiendo de él, envia á la tierra los benéficos efectos que nacen de su conjuncion; de suerte que aunque la luna por sí sola no pueda nada, fecundada por el aspecto favorable del padre de la luz proporciona en tales términos sus influencias á la disposicion de la tierra, que se hace necesaria á todas las operaciones de esta. De ahí proviene el poder que tiene sobre nuestros cuerpos, los cuales se sienten de su proximidad y de su distancia, de su plenitud, de sus crecientes y menguantes y de todas sus variaciones. Ella regula las crisis de las enfermedades, influye en el buen ó mal pronóstico, aumenta y disminuye la virtud de los medicamentos: de ella dependen las épocas favorables para plantar, sembrar, podar y viajar así por mar como por tierra y casi toda la direccion y gobierno de nuestra vida natural. En una palabra es necesario que todas las gracias del sol para sernos propicias pasen como por las manos de la luna y que allí sean moderadas y acomodadas á nuestros usos. Excelente imágen de la madre de Dios, la cual en calidad de esposa recibe del Salvador todas las gracias que son necesarias á nuestra vida espiritual, y teniéndolas en su seno les da nueva fuerza y las acomoda de tal suerte á nuestras necesidades, que así como ella tiene su influencia sobre todas nuestras acciones, así necesitamos nosotros recurrir á ella en todo cuanto comen-

(1) Georgius Venetus, Harmoniæ mundi, Cant. 1, tomo 1, capítulo 38.

zamos, so pena de emprenderlo fuera de sazón y con peligro de algun contratiempo.

IV. El docto Plinio da dos buenas calidades á la luna, que convienen extraordinariamente á la madre de Dios: la una que es muy amiga de nuestra tierra y la otra que gobierna todos los pronósticos y conjeturas que sacamos del cielo. ¿Y qué cosa hay mas cierta en el mundo que la infalible verdad de que en ninguno de los santos hallamos un refugio y amparo semejante al que experimentamos en la virgen Maria, la cual ama singularmente á los hombres y no cesa de hacerles bien? ¿No sacamos de ella las señales certisimas de la amistad que Dios nos tiene, de nuestra reconciliacion con su soberana majestad, de nuestra salvacion eterna y generalmente de todo lo que se trata en el cielo para nuestra felicidad? Pero el Espiritu Santo me sugiere pensamientos mucho mas altos, cuando dice por boca del Eclesiástico que la luna marca los tiempos, señala los años y ordena las fiestas: que es máquina de ejército que hay en las alturas, y brilla maravillosamente en el firmamento del cielo (1). ¿Qué puede decirse ni mas natural, ni mas ventajoso á la madre de Dios? Con efecto ¿no es ella quien gobierna nuestros dias, nuestros años y nuestras vidas, y de quien depende singularmente despues de Dios toda la dicha que esperamos? ¿No es ella la que mide nuestros goees y contentos? Y sin ella ¿no podriamos despedirnos de todos los regocijos y dulcedumbres que esperamos del cielo? ¿No es el instrumento general de la bondad y misericordia de Dios para la conversion de los pecadores, el aprovechamiento de los justos y la santificacion de los perfectos?

V. ¡Oh Maria, madre de las madres, virgen de las

(1) Eccli., c. XLIII.

virgenes, estrella de las estrellas y delicia de las almas fieles! exclamaba el autor de la contienda de la iglesia con la sinagoga, que se halla entre las obras de S. Agustin. ¡Qué obligados estamos á tu bondad! ¡Qué dulcedumbre recibimos por tu medio! ¡Con qué gracia favoreces á los que tienen la dicha de conocerte y amarte! ¿Quién podrá contar el número de tus beneficios? ¿Quién podrá declarar los efectos de tus benéficas influencias? ¿Quién tendrá medio de hablar dignamente del cuidado con que miras por nosotros. Abismate, alma mia, en estos gratos pensamientos; anégate en estos dulces sentimientos; y prepárate á ver algun dia maravillas, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el corazon del hombre puede comprender.

S. V.—Que Maria es el sol del mundo.

I. Dice el emperador Mateo Cantacuzeno: «No os figureis que hay inconveniente en que la que acabamos de comparar á la luna, sea tambien llamada un sol, porque le damos estos diversos nombres por diferentes consideraciones. Decimos que es un sol, porque el Verbo divino habitó en ella como en su tabernáculo, y porque ella tiene en si la plenitud de la luz como él. Por otra parte le damos el nombre de luna, porque ella no tiene de suyo la luz que posee, sino que la toma toda prestada de su hijo, que es el único sol de justicia. «Antes que el devoto principe el máximo doctor S. Gerónimo tuvo el mismo pensamiento, porque explicando estas palabras del salmo XVIII: *Puso su tabernáculo en medio del sol*; sostiene que deben de entenderse del seno de la gloriosa Virgen, y añade que para que viniese á ser un sol radiante la que antes no era mas que una estrella, le comunicó su hijo tanta copia de luz, que no pudieron sufrirla los ángeles. Despues de él el santo cardenal Pedro Damiano da vue-

zamos, so pena de emprenderlo fuera de sazón y con peligro de algun contratiempo.

IV. El docto Plinio da dos buenas calidades á la luna, que convienen extraordinariamente á la madre de Dios: la una que es muy amiga de nuestra tierra y la otra que gobierna todos los pronósticos y conjeturas que sacamos del cielo. ¿Y qué cosa hay mas cierta en el mundo que la infalible verdad de que en ninguno de los santos hallamos un refugio y amparo semejante al que experimentamos en la virgen Maria, la cual ama singularmente á los hombres y no cesa de hacerles bien? ¿No sacamos de ella las señales certisimas de la amistad que Dios nos tiene, de nuestra reconciliacion con su soberana majestad, de nuestra salvacion eterna y generalmente de todo lo que se trata en el cielo para nuestra felicidad? Pero el Espiritu Santo me sugiere pensamientos mucho mas altos, cuando dice por boca del Eclesiástico que la luna marca los tiempos, señala los años y ordena las fiestas: que es máquina de ejército que hay en las alturas, y brilla maravillosamente en el firmamento del cielo (1). ¿Qué puede decirse ni mas natural, ni mas ventajoso á la madre de Dios? Con efecto ¿no es ella quien gobierna nuestros dias, nuestros años y nuestras vidas, y de quien depende singularmente despues de Dios toda la dicha que esperamos? ¿No es ella la que mide nuestros goees y contentos? Y sin ella ¿no podriamos despedirnos de todos los regocijos y dulcedumbres que esperamos del cielo? ¿No es el instrumento general de la bondad y misericordia de Dios para la conversion de los pecadores, el aprovechamiento de los justos y la santificacion de los perfectos?

V. ¡Oh Maria, madre de las madres, virgen de las

(1) Eccli., c. XLIII.

virgenes, estrella de las estrellas y delicia de las almas fieles! exclamaba el autor de la contienda de la iglesia con la sinagoga, que se halla entre las obras de S. Agustin. ¡Qué obligados estamos á tu bondad! ¡Qué dulcedumbre recibimos por tu medio! ¡Con qué gracia favoreces á los que tienen la dicha de conocerte y amarte! ¿Quién podrá contar el número de tus beneficios? ¿Quién podrá declarar los efectos de tus benéficas influencias? ¿Quién tendrá medio de hablar dignamente del cuidado con que miras por nosotros. Abismate, alma mia, en estos gratos pensamientos; anégate en estos dulces sentimientos; y prepárate á ver algun dia maravillas, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el corazon del hombre puede comprender.

S. V.—Que Maria es el sol del mundo.

I. Dice el emperador Mateo Cantacuzeno: «No os figureis que hay inconveniente en que la que acabamos de comparar á la luna, sea tambien llamada un sol, porque le damos estos diversos nombres por diferentes consideraciones. Decimos que es un sol, porque el Verbo divino habitó en ella como en su tabernáculo, y porque ella tiene en si la plenitud de la luz como él. Por otra parte le damos el nombre de luna, porque ella no tiene de suyo la luz que posee, sino que la toma toda prestada de su hijo, que es el único sol de justicia. «Antes que el devoto principe el máximo doctor S. Gerónimo tuvo el mismo pensamiento, porque explicando estas palabras del salmo XVIII: *Puso su tabernáculo en medio del sol*; sostiene que deben de entenderse del seno de la gloriosa Virgen, y añade que para que viniese á ser un sol radiante la que antes no era mas que una estrella, le comunicó su hijo tanta copia de luz, que no pudieron sufrirla los ángeles. Despues de él el santo cardenal Pedro Damiano da vue-

lo á su gallardo ingenio indagando (1) las razones por que la iglesia la llama con el esposo de los Cantares escogida como el sol (2). «El Espiritu Santo, dice, no encontró otra cosa mas noble entre las criaturas materiales. Con efecto es muy diferente la claridad del sol de la de la luna, porque si bien esta disminuye en cierto modo por su gran luz la de las estrellas, sin embargo no la eclipsa; pero el sol nos oculta de tal suerte la vista de todos los otros astros por su fuerte luz, que vienen á ser para nosotros como si no brillaran. De la misma manera la madre de Dios oscurece tanto los méritos de todos los demás santos, que en presencia de ella no les queda lustre ni esplendor.» Con esto concuerda lo que dice S. Basilio de Seleucia cuando afirma (3) que la Virgen lleva por lo menos tanta ventaja á los mártires (¿y por qué no á todos los otros santos?) como el sol á los demás luminaires del cielo.

La virgen Maria es un sol naciente en su concepcion.

II. S. Buenaventura con los doctores nombrados dice muy bien que si en algun tiempo hubo razon para compararla con el sol, fué cuando la encarnacion del Verbo (4), porque entonces resplandeció de una manera capaz de pasmar á los ángeles y á los hombres. Pero despues de oír á todos me parece que el discurso de S. Bernardino de Sena satisface grandemente mi entendimiento. Presupone como cosa indudable que la madre de Dios es un sol, y luego dice que puede ser considerada en tres estados: el primero es el de su inmaculada concepcion, en el cual es merecidamente comparada al sol naciente, que dora con sus primeros rayos la cima de los montes

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Cantic. III.

(3) Serm. de Annuniat.

(4) Specul. B. Virg., cap. 41.

mas altos. «Entonces, dice el santo, esto es, en su alba, despidió cuatro rayos: el primero fué de santidad, pero de una santidad conveniente á la futura madre de Dios: el segundo fué de conocimiento, con que su espiritu anticipando la época ordinaria del uso de la razon fué iluminado singularmente sobre todos los demás espíritus criados: el tercero fué de caridad, porque esta alma privilegiada, viéndose tan amorosamente prevenida con bendiciones de dulzura, hizo un esfuerzo tan extraordinario de amor, que quedaron confundidos los serafines: el cuarto fue de tranquilidad, causada por la paz universal que Dios puso en todas las potencias de su cuerpo y de su alma, sin que ninguna pudiera turbarse ó levantarse contra la razon.»

Es un sol que se eleva en su nacimiento y en el progreso de su vida.

III. Su segundo estado fué el de su nacimiento, su niñez y su morada en el templo, del cual podemos decir que se pareció enteramente al sol que se eleva á toda prisa sobre el horizonte. En este segundo estado difundió igualmente cuatro rayos de luz: el primero fué un rayo de hermosura en cuerpo y alma, con cuyo motivo es llamada toda hermosa, hermosura completa y que atrae al amor de la virtud y la castidad; hermosura en un todo cumplida y que sobrepuja la de las estrellas de la mañana. El segundo fué un rayo de exencion de toda especie de pecados, que procedia no menos de la plenitud de la gracia recibida que de la calma de las pasiones desordenadas y de la perfeccion exterior de Dios y de los ángeles. El tercero fué un rayo de contemplacion de las cosas celestiales, que llenaba su alma de increíble dulzura y la tenia unida al principio de todo contentamiento con una union indisoluble. El cuarto fué un rayo de vida ejemplar tan claro y brillante, como que desde luego la

hizo amable á los que la veían, y admirable á los que consideraban atentamente los hermosos rasgos de sus virtudes regias.

Es un sol en su mediodia en la concepcion del Verbo divino.

IV. El tercer estado fué el de la concepcion del Verbo divino, que fué el verdadero mediodia de nuestro sol místico, es decir, de la Virgen santísima, en el que está llenó verdaderamente el mundo con los rayos de los esplendores eternos; pero los mas excelentes fueron los cuatro que voy á decir. El primero fué la plenitud de la gracia, que Maria recibió entonces de un modo inefable para ser de allí adelante un manantial vivo y un principio de ella juntamente con su hijo. El segundo una extincion de cuanto podia impedir ó retardar en nada el curso de sus excelentes virtudes, y cierta impecabilidad de que ya he hablado. El tercero una adhesion al sumo bien por via de union y transformacion en él, que divinizaba todas sus acciones y las hacia de un mérito inestimable. El cuarto una quietud y seguridad que tenia tanto de su estado presente como del futuro y de todas las demás promesas que se le habian hecho de arriba. A este tercer estado de la gloriosa Virgen le he llamado con todos los santos padres el mediodia de nuestro sol místico á causa del fuego que encendió entonces su bienaventurada alma en llamas de caridad. Paréceme que puedo entender de este estado lo que se lee en el capítulo XLIII del Eclesiástico: que el sol al mediodia abrasa la tierra, y á la vista de su ardor no hay quien pueda tenerse firme: como el que mantiene un horno para las obras que se hacen á fuego; tres tantos mas es el sol que abrasa los montes, exhala rayos de fuego y relumbrando ciega los ojos. Grande el Señor que le hizo, y con su palabra aprésura la carrera de él. Entonces aconteció un prodigio inaudito que no

puede declararse sino con la pluma y el entendimiento de un ángel, porque aquel divino sol en medio de sus ardores y raptos mas que seráficos produjo otro sol naciente, que salió como el esposo de su tálamo nupcial segun la expresion del real profeta. Este fué el Verbo encarnado, verdadero sol que ilumina con su luz á todos los que vienen á este mundo. Para comprender el bello pensamiento del Salmista es necesario haber contemplado el sol cuando sale por la mañana del fondo del mar; espectáculo el mas majestuoso y deleitable que puede gozarse en la tierra. Mas aun despues de considerado todo esto no tendremos sino una tosca imágen de la salida del sol en nuestras almas. No obstante si la vista de un objeto engañoso es capaz de dar tanto contento al que le ve desde la cumbre de un monte; ¿cuál seria el deleite de los ángeles cuando asistieron al nacimiento del sol único del mundo y le vieron salir de su tálamo nupcial y del seno de la Virgen, su madre y esposa juntamente? Los santos que tuvieron alguna representacion imaginaria de este inefable misterio, se anegaron en delicias que no pudieron explicar jamás: ¿qué juzgaremos pues de los que tuvieron la dicha de contemplarle no en figura, sino en verdad, no solamente por imaginacion, sino por una potencia real?

Es un sol poniente en su muerte.

V. Si me fuera posible añadir algo de mi caudal á los preciosos conceptos de S. Bernardino; pondria como por añadidura un cuarto estado de la Virgen, que es el de su glorioso tránsito, llamándole con razon el ocaso de aquel sol divino, y diria para seguir las huellas del gran siervo de Maria que entonces despidió cuatro rayos de extraordinaria claridad. El primero fué el de un deseo amoroso de ver á Dios y unirse á su amado; rayo tan

fuerte y penetrante, que dió hasta en el corazón de Dios y sacó una santa condescendencia con los justos deseos de su muy querida hija. El segundo fué el de una resignación animosa con todas las disposiciones del cielo, resignación muy diferente de la de un S. Martín y todos los otros santos, que deseando la muerte llevaban la vida con paciencia. El tercero fué el de un éxtasis de amor indecible, que no pudo hallar salida sino por el desfallecimiento de corazón y por la falta de vida, abriéndose así paso su bienaventurada alma para entrar en la inmortalidad. El cuarto fué el de un cuidado más que maternal que tuvo entonces de todos los hijos de la iglesia, continuándole después siempre y aumentándole en los celestiales incendios de su divino esposo, cuyo fuego está en Sion y el horno en Jerusalén (1). Lejos de aquí los bajos deseos de Eudoxo, que por alimentar su vista y su espíritu de una vana curiosidad consentía en ser reducido á cenizas en cuanto hubiese considerado á su espacio el sol que nos alumbra. Aquí tenemos otro sol, digno de ser contemplado eternamente, y por mi protesto que no solo no me lamentaría de mi vida por eso, sino que tendría á merced ver mi alma desprendida del cuerpo por el impulso de semejante deseo y por los poderosos atractivos de un objeto tan excelente para pasar de ahí á la dicha de verle y contemplarle eternamente.

VI. Entreténos en esto, almas privilegiadas, mientras pongo fin á mi discurso con el devoto S. Bernardo, cuyo pensamiento confieso que me ha penetrado el corazón. «Quitad el sol visible del mundo, dice (2): ¿quién hará el día? Quitad á María de entre los hombres: ¿qué otra cosa les quedará sino densísimas tinieblas y una

(1) Isai. XXXI.

(2) Serm. de nativ. Virg.

oscuridad semejante á la sombra de la muerte? Los filósofos quieren persuadirnos que faltando el sol en el mundo, no solo llegaría á faltar la agradable variedad de las estaciones que nos deleita, sino que además habría una cesación y como suspensión general de todos los actos que se ejecutan debajo de la luna, y por consiguiente se seguiría un trastorno universal del orden establecido por Dios en sus criaturas, una muerte súbita de todas las que tienen vida, y una funesta destrucción de las que están privadas de ella. A los filósofos les toca discutir estas proposiciones: yo por mi parte creo firmemente que no hay un espíritu criado capaz de imaginar qué sería de nuestro mundo si se hubiese quitado de él á María, honor del cielo y de la tierra; porque prescindiendo de que si ella no fuera, no habría Jesucristo, para quien sola ó principalmente fué hecha, según mostraré al principio del tratado segundo, si nos hubiera sido arrebatada, ¿en quién esperarían ya los pecadores y de quién aguardarían el auxilio cuando hubieran ofendido al salvador de sus almas y conculcado la sangre del testamento? ¿Qué asilo y qué ciudad de refugio quedaría á los infelices reos? ¿Quién sería el abogado de aquellos cuyas causas desesperadas merecieran solo rigurosa justicia? ¿Quién recogería á los dormidos? ¿Quién animaría á los desfallecidos? ¿Quién inflamaría á los tibios? ¿Quién estimularía á los fervorosos? ¿Quién protegería á la iglesia? ¿Quién la defendería de sus enemigos visibles é invisibles? ¿Qué sería de aquellos cuyo corazón se hiela de miedo de la ira de Dios, y que únicamente pueden ser atraídos con sentimientos de bondad y misericordia? ¿Quién cuidaría de los afligidos? ¿Quién asistiría á los moribundos? ¿Quién los llevaría después de su muerte al terrible tribunal de Dios? Sirvannos estas consideraciones para reconocer la obligación que tenemos á nuestro Dios, que nos dió ese hermoso sol, cuyos efectos son tan benéficos, y para encen-

der en nuestros corazones el deseo de amar, honrar y servir á aquella por quien respiramos y de quien recibimos tantos bienes.

S. VI.—Que María es el paraíso de delicias.

I. Es muy cierto que sabemos por S. Gregorio Magno (1) que los justos y amigos de Dios componen en este mundo un hermoso vergel, cuyos cedros son las almas grandes que perseveran siempre firmes en el amor de las cosas celestiales, siempre verdes en su conciencia é incorruptibles por los afectos temporales y terrenos: los espinos blancos, que en Judea tienen una particular lozania y un aroma extraordinario, son aquellos que procuran ganar las almas á Dios, estimulando los corazones con una compuncion saludable, y regocijándolos con el suave olor de la virtud: los mirtos son los que mitigan las tribulaciones de los afligidos con un verdadero espíritu de compasion: los empinados abetos aquellos que en los cuerpos corruptibles se dan á la contemplacion de las cosas eternas: los olmos los seglares que sustentan y asisten con sus bienes á los siervos de Dios, quienes en cambio les suministran el vino delicioso de sus santos documentos; finalmente los bojés son aquellos que aunque no suben tan alto, ni producen gran fruto, se mantienen en el verdor de la recta creencia una vez recibida en el bautismo. Bien sé que Hugó de S. Victor da una significacion mistica á todas las partes de estos árboles escogidos, porque al decir de él la raiz es la fé, el tronco la esperanza, las ramas la caridad, la medula la recta intencion, la corteza la conservacion exterior, las hojas los buenos ejemplos, las flores la honesta fama y los frutos las santas obras.

(1) Homil. 20 in Evangel.

II. Pero á solo la madre de Dios conviene el que una sola criatura forme un vergel entero y sea un paraíso terrenal, un paraíso de delicias. Esta no es una invencion mia, porque antes que yo se apresuraron los santos padres á honrarla con ese precioso título: Santiago en su liturgia y despues Proclo, patriarca de Constantino-
pla, en la arenga que hizo al concilio de Efeso, la llamaron un paraíso espiritual: S. Gregorio Taumaturgo un paraíso racional y un paraíso de incorrupcion (1): Hesiquio un paraíso de inmortalidad (2): S. Efren un paraíso de delicias y de todo género de deleites (3). Lo mismo dijeron S. Andrés de Jerusalem (4), S. Juan Damasceno (5), S. Bernardo (6), S. Buenaventura (7) y otros muchos. Hé aquí una muestra del discurso del abad Ruperto en su libro IV sobre el Cantar de los cantares:

«El paraíso de que habla Moisés, dice, fué el paraíso antiguo, el paraíso terrenal; pero el de que yo trato, es el paraíso nuevo y el paraíso celestial. El mismo Señor que formó el uno, tiró á cordel el otro; pero en el uno puso al hombre que habia formado de barro, y en el otro al hombre que estaba al principio cerca de él, con él y en él. De la tierra de aquel paraíso fueron formados todos los árboles que sirvieron para hermosearle, hasta el árbol de vida plantado en medio de los otros: de este fueron sacadas todas las plantas de gracia y virtud, hasta el verdadero fruto de vida, que es el salvador de nuestras almas. De aquel salia el rio que se dividia en cuatro brazos, y de este el rio de quien decia el salmista: El rio impetuoso alegra á la

(1) Orat. 2 et 3 de Annuntiat. (3) Serm. 2 de dormit. B. V.
(2) Orat. 2 de S. Deipara. (6) Serm. de nativ. B. Virg.
(3) Orat. de Deipara. (7) Specul. B. Virg., c. 42
(4) Orat. de Annuntiat. etc.

der en nuestros corazones el deseo de amar, honrar y servir á aquella por quien respiramos y de quien recibimos tantos bienes.

S. VI.—Que María es el paraíso de delicias.

I. Es muy cierto que sabemos por S. Gregorio Magno (1) que los justos y amigos de Dios componen en este mundo un hermoso vergel, cuyos cedros son las almas grandes que perseveran siempre firmes en el amor de las cosas celestiales, siempre verdes en su conciencia é incorruptibles por los afectos temporales y terrenos: los espinos blancos, que en Judea tienen una particular lozania y un aroma extraordinario, son aquellos que procuran ganar las almas á Dios, estimulando los corazones con una compuncion saludable, y regocijándolos con el suave olor de la virtud: los mirtos son los que mitigan las tribulaciones de los afligidos con un verdadero espíritu de compasion: los empinados abetos aquellos que en los cuerpos corruptibles se dan á la contemplacion de las cosas eternas: los olmos los seglares que sustentan y asisten con sus bienes á los siervos de Dios, quienes en cambio les suministran el vino delicioso de sus santos documentos; finalmente los bojés son aquellos que aunque no suben tan alto, ni producen gran fruto, se mantienen en el verdor de la recta creencia una vez recibida en el bautismo. Bien sé que Hugó de S. Victor da una significacion mistica á todas las partes de estos árboles escogidos, porque al decir de él la raiz es la fé, el tronco la esperanza, las ramas la caridad, la medula la recta intencion, la corteza la conservacion exterior, las hojas los buenos ejemplos, las flores la honesta fama y los frutos las santas obras.

(1) Homil. 20 in Evangel.

II. Pero á solo la madre de Dios conviene el que una sola criatura forme un vergel entero y sea un paraíso terrenal, un paraíso de delicias. Esta no es una invencion mia, porque antes que yo se apresuraron los santos padres á honrarla con ese precioso título: Santiago en su liturgia y despues Proclo, patriarca de Constantino-
pla, en la arenga que hizo al concilio de Efeso, la llamaron un paraíso espiritual: S. Gregorio Taumaturgo un paraíso racional y un paraíso de incorrupcion (1): Hesiquio un paraíso de inmortalidad (2): S. Efren un paraíso de delicias y de todo género de deleites (3). Lo mismo dijeron S. Andrés de Jerusalem (4), S. Juan Damasceno (5), S. Bernardo (6), S. Buenaventura (7) y otros muchos. Hé aquí una muestra del discurso del abad Ruperto en su libro IV sobre el Cantar de los cantares:

«El paraíso de que habla Moisés, dice, fué el paraíso antiguo, el paraíso terrenal; pero el de que yo trato, es el paraíso nuevo y el paraíso celestial. El mismo Señor que formó el uno, tiró á cordel el otro; pero en el uno puso al hombre que habia formado de barro, y en el otro al hombre que estaba al principio cerca de él, con él y en él. De la tierra de aquel paraíso fueron formados todos los árboles que sirvieron para hermosearle, hasta el árbol de vida plantado en medio de los otros: de este fueron sacadas todas las plantas de gracia y virtud, hasta el verdadero fruto de vida, que es el salvador de nuestras almas. De aquel salia el rio que se dividia en cuatro brazos, y de este el rio de quien decia el salmista: El rio impetuoso alegra á la

(1) Orat. 2 et 3 de Annuntiat. (3) Serm. 2 de dormit. B. V.
(2) Orat. 2 de S. Deipara. (6) Serm. de nativ. B. Virg.
(3) Orat. de Deipara. (7) Specul. B. Virg., c. 42
(4) Orat. de Annuntiat. etc.

ciudad de Dios; rio que sin division se comunica á toda la tierra por los canales de los cuatro evangelios. El paraíso antiguo no pudo guardar al que le cultivaba, ni Adam tuvo la habilidad de conservarle, y por eso fué necesario que Dios hiciese un paraíso nuevo con un nuevo fruto de vida á fin de restituirla al que la habia perdido por su desobediencia.

El paraíso es el honor de la tierra. — Elevacion del paraíso.

III. Del discurso de este insigne devoto de la Virgen tomo pie para entrar en las semejanzas que hay entre los dos paraísos, y repasar algunas de las que él tocó ligeramente. En primer lugar el paraíso que el historiador sagrado nos describe, era una maravilla del mundo y podia llamarse con razon el ornamento de la tierra. Por eso la Escritura le llama unas veces el vergel del Señor, otras el paraíso de Dios y el paraíso de delicias, y le da otros muchos nombres semejantes, que le ensalzan sobre todos los demás lugares del universo. Yo por este emblema no intento otra cosa sino hacer palpar con la mano que la Virgen santísima es verdaderamente el lustre y ornamento de nuestra tierra y la pieza que le da mas precio y nombradía. En segundo lugar siempre ha sido creencia comun que el paraíso terrenal era el lugar mas elevado de todo el mundo; por lo cual el venerable Beda, Rabano y el Abulense en sus comentarios sobre el Génesis y muchos buenos escritores le colocan debajo de la luna: aun Abdias Babilonio trató de hacer creer que S. Mateo fué de esta opinion. Otros con Teófilo, patriarca de Antioquia, le ponen entre el cielo y la tierra, es decir, sobre la cima de los montes mas altos, como yo creo. Quién le fija una situacion; quién otra; sin embargo todos concuerdan en que estaba muy elevado, y no puede ser de

otra manera si nos hemos de atener á lo que se dice en la Escritura. Aunque yo calle, la cosa habla por sí, y siempre encontramos á la madre de Dios sobre la cumbre de los montes mas altos, es decir, ensalzada en gracia, mérito, santidad y toda perfeccion sobre todos los otros santos y aun sobre los espíritus bienaventurados.

Amenidad del paraíso.

IV. En tercer lugar puedo decir que el vergel de Eden era todo abundancia y amenidad. S. Basilio suelta el torrente de su dulce elocuencia para darnos alguna nocion de la lozanía, delicia y fertilidad de aquel lugar. Hé aquí una breve suma de su discurso. «En aquella dichosa mansion, dice (1), no se sabe lo que son nubes ó nieblas, porque está elevado sobre los meteoros que nos oscurecen y ocultan el cielo. Al contrario recibe los primeros rayos del sol y goza de su luz y benéfica influencia mientras recorre su carrera. No hay vientos, ni temporales, ni piedra, ni rayos, ni témpanos de hielo, ni otros rigores de un invierno destemplado. Viene luego la primavera; pero sin grandes humedades: se sigue el estío, pero sin los calores que abrasan. El otoño y el invierno llegan á su turno; pero sin la excesiva sequedad de aquel y sin los rigurosos frios de este. Allí reinan todas las estaciones con sus ventajas y sin sus inconvenientes: la primavera con sus flores, el estío con sus frutos, el otoño con su suavidad, el invierno con su quietud. La tierra produce espontáneamente increíble abundancia de frutos, y por todas partes se ven saltar fuentes cristalinas y correr arroyos de leche: el aire es siempre apacible y templado; el cielo siempre está despejado y sereno; todo

(1) Orat. de paradiso.

produce, todo infunde alegría y contento. » De veras, mi amado lector, ¿en qué pensabas cuando leías las palabras deleitables de este gran obispo? A mi me parece ver pintada á lo vivo el alma de la reina del cielo, que era un verdadero paraíso terrenal por la continua tranquilidad de que gozaba. Nunca se la vió azotada de los vientos de la congoja, nunca agitada por las borrascas de las pasiones, nunca enmarañada con nubes oscuras: sin cesar era alumbrada por los rayos del sol de justicia: sin cesar recibía las benéficas influencias del cielo: sin cesar disfrutaba de paz y serenidad. Pasó por la inocencia de la niñez sin experimentar su flaqueza: se vió en el vigor de la adolescencia sin probar sus arranques: tuvo la fortaleza de la edad madura sin estar expuesta á sus mudanzas: en una palabra llegó á la vejez sin padecer el fastidio y las enfermedades que acostumbra traer consigo. Quitense solamente los trabajos interiores y exteriores con que Dios quiso favorecerla: yo no diré que esta alma era una imagen del paraíso terrenal, sino mas bien un trasunto del paraíso celestial.

El fruto de vida (4).

V. Paso al fruto de vida que nuestro paraíso produjo mas felizmente sin comparacion que el antiguo.

(4) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«El mas precioso ornamento del paraíso terrenal era el árbol de la vida, tan fértil que daba fruto todos los meses, y tan provechoso que sus hojas servian para curar á las naciones. Del mismo modo la mayor gloria de Maria es haber dado á Jesucristo, que será el sustento eterno de los santos y les comunicará la

inmortalidad; su carne gloriosa es en esta vida la levadura de la resurrección y del estado celestial, y por la union de los santos con él y por su mansion en ellos poseerán siempre la gloria del Padre. Su gozo y su inmortalidad, figurados por el perpetuo verdor del árbol de la vida, precaverán todas las enfermedades de que es capaz la criatura por sí.»

Teodoro, obispo de Angory en la Galacia, discurría así acerca de él en el concilio de Efeso: «La Virgen santísima sobrepujo en toda perfeccion al paraíso de delicias, porque si bien la tierra virgen de este produjo toda suerte de frutos sin ser sembrada ni cultivada, aquella le llevó la ventaja de que quedando virgen echó la raíz de Jessé, de donde salió el verdadero fruto de vida, el salvador y redentor de los hombres.» «Bien has, paraíso de castidad siempre lozano y verde (le dice S. Basilio de Seleucia) (1), por haber dado á los hombres el único fruto de vida y el verdadero precio de su salvacion. Bendito sea el fruto de la tierra, quiero decir, de tu vientre.» «¡Oh divino paraíso! (le decía san Andrés de Jerusalem) (2): despues que Adam hubo comido de este fruto, echó el bocado venenoso y amargo que habia tragado inconsideradamente: este fruto sacó miel del peñasco, endulzó las aguas de Mara, é hizo llover el maná del cielo: de este fruto salió el racimo que nos sirvió de muestra de la tierra prometida, y de él se hace el pan de bendicion y el vino de la inmortalidad.» «Verdadero paraíso, dice S. Bernardo, que produjo al mundo el fruto de vida, el cual da la vida eterna á cuantos le comen.» «Verdadero fruto de vida, dice S. Buenaventura (3), porque así como el antiguo árbol de vida plantado en medio del paraíso terrenal tenia la virtud de conservar la vida de la naturaleza, de la misma manera el nuevo fruto plantado en medio del paraíso de la iglesia tiene la facultad de conservar aquí la vida de la gracia y en el cielo la vida de la gloria.»

(1) Orat. de Annuntiat.

(2) Orat. de Annuntiat.

(3) Specul. B. Virg., c. 14.

El río que se divide en cuatro brazos.

VI. Haría yo muy mal en pasar en silencio esa fuente de maravillas que se ve saltar á borbotones del paraíso: en su nacimiento lleva ya el nombre de río y va dividiéndose en cuatro grandes brazos, que riegan toda la tierra de bendición. El santo arzobispo de Creta toma á este río por el Salvador del mundo y dice así: «Nuestro paraíso espiritual (entiende á la virgen María) tiene en medio á aquel que le cultiva y á quien toca hacerle fértil. Está representado por diversas figuras; pero especialmente por aquel río maravilloso, que saliendo con increíble fuerza del seno de la madre santísima se derrama por cuatro anchos canales, que son los cuatro evangelios, sobre toda la haz de la tierra.» Lo mismo dice el santo cardenal Pedro Damiano (1); pero con una gracia particular. «El señor Jesus, dice, es el río que sale de los dos paraísos de delicias, es decir, del seno de su eterno padre y del de su bienaventurada madre, aunque de un modo muy diferente. Sale del seno delicioso de su padre por identidad de naturaleza, por distincion de personas, por igualdad de poder, por via de imagen y semejanza, por comunicacion de eternidad. Sale como una fuente de vida que riega de felicidad y contento toda la ciudad santa. Se derrama en cuatro anchos canales que son el embeleso de los espíritus bienaventurados, los cuales se abisman en este manantial de satisfacciones; la gran pureza de que los ha dotado Dios, la hartura que va siempre acompañada de deseo y ansia, la seguridad que tienen de no perder jamás su felicidad y no poder ser turbados en su contento. Por otra parte vedle salir del seno de su

(1) Serm. de Annuntiat.

madre virginal, que es un segundo paraíso de delicias. Sale con la humanidad como la débil arma con que está resuelto á embestir al soberbio gigante: sale con la novedad de un nacimiento inaudito: sale con el esplendor de una luz celestial que eclipsa la de todos los luminares de arriba: sale con la pobreza, que debe de servirle de fiel compañera el resto de su vida: sale con una increíble agilidad á fin de engañar á la antigua serpiente, que se ha enseñoreado del mundo por sus astucias. Desde ahí va regando toda la tierra, porque no sale con otro intento que para alegrar con las aguas de su gracia la tierra sedienta de nuestro corazón y hacerle fértil por este medio en todo género de frutos. Es conducido por cuatro anchos canales, que describe san Pablo en el primer capítulo de la epístola primera á los corintios; es decir, por su sabiduría, con la cual disipa las tinieblas de nuestra ignorancia; por su justicia, con la que nos libra de la opresion de nuestros enemigos; por su santidad, con la que nos hace agradables á su eterno padre; por su redencion, con la que nos restituye una entera libertad. Si se quiere mejor, esos cuatro canales serán su infinita paciencia, que le hace esperar tanto tiempo al pecador; su misericordia incomparable, que le mueve á recibir tan benignamente á los penitentes; su admirable bondad, que le hace tan liberal para los que aprovechan en la virtud; su singular fortaleza, que es causa de que no pueden serle arrebatados aquellos que le dió su padre. Finalmente podemos decir también que esos cuatro canales son las llagas de su cabeza, de su costado, de sus pies y de sus manos, por donde pasó el precio de nuestra salud; precio que hizo de un juez un padre, de un ofendido un medianero, de una vara de hierro para quebrantarlo todo, un cetro de clemencia, y de las cadenas con que estábamos amarrados, una corona triunfal.

VII. El venerable Pedro Celense opina que por este río impetuoso ha de entenderse la abundancia de la gracia de la Virgen santísima. Nótese, dice (1), que era necesario que este gran río se dividiese en diversos canales, porque no hay ninguna criatura debajo de la madre de Dios que sea capaz de comprender hasta dónde se extiende la gracia y la caridad del Espíritu Santo. A ella sola en calidad de madre del principio de la gracia se le concedió el privilegio de recibir la plenitud de las gracias del Espíritu Santo y la inmensidad de la misma divinidad. Pero, ¿qué dulce pensamiento me sugiere el abad Ruperto á propósito de estas aguas! Estoy seguro que nos dejará en la boca el sabor de la miel y el azúcar. Sostiene (2) que el agua es salada por su propia naturaleza; de donde resulta que tiene inclinación á irse á juntar con el mar; pero que la naturaleza la hace subir de esos abismos al paraíso terrenal, donde es como convertida en leche haciéndose potable y propia para dar la vida á la tierra y á las plantas que esta alimenta; de suerte que á juicio del docto abad no podemos tener una sola gota de agua dulce que no haya pasado por el paraíso para trocar su sabor salado y amargo. O yo me equivoco, ó no puede decirse una cosa que muestre mejor la obligación en que estamos para con la madre de Dios, verdadero paraíso de dulzura; porque es cierto que todos estaríamos anegados en amargura y tristeza, si no se mitigaran nuestros enojos en su seno maternal y si no se disiparan todos los sinsabores de nuestro corazón en cuanto se los damos á conocer. Pero es tan grande nuestra dicha, que no hay mas que pensar en ella para convertir en miel toda la salumbre del mundo. ¿No debemos de concluir que

(1) De panibus, cap. 42.

(2) L. 2 in Genes., c. 24 et 29.

los que pasan su vida disgustados, merecerian aun mayores amarguras, porque no se dignan siquiera de desahogarlas en el amoroso corazón de Maria, donde se disiparian al punto y se convertirian en dulzura?

§. VII.—Que la Virgen es el templo de Dios.

Las tres partes del templo de Salomon comparadas con la Virgen santísima.

I. ¿No advierte el lector que á medida que voy adelantando, trato de realzar mi pensamiento con emblemas que se acercan mas á la divinidad que los primeros? Porque si bien el paraíso terrenal era una obra acabada de la naturaleza, estaba destinado para todos los usos profanos que el hombre tiene que hacer por su condicion mortal. Pero no sucede así con los templos, que son los palacios de Dios y los salones regios donde da audiencia á los hombres, donde se tratan los negocios de la eternidad y donde sin pecado no pueden emprenderse muchas cosas que en otra parte serian actos de virtud. Sea dicho esto de paso, para que comprendamos que no es pequeño honor de la Virgen santísima el haber sido llamada tan comunmente templo de Dios por los santos padres. Digo tan comunmente, porque ese fué el título que le dieron la mayor parte de ellos. Santiago en su liturgia la llama el templo santificado; S. Epifanio el templo de la divinidad (1); S. Juan Crisóstomo el templo vivo y animado de Dios; S. German de Constantinopla el templo del esposo comun de su santa iglesia (2); S. Cirilo de Alejandria el templo indisoluble (3); Proclo arzobispo de Constantinopla, un templo vivo (4); S. Andrés cretense el mag-

(1) Orat. de S. Delpara.

(3) Homil. 6 contra Nesto-

(2) Orat. de nativitate B. rium.

(4) Orat. de nativitate Domini,

Virginis.

VII. El venerable Pedro Celense opina que por este río impetuoso ha de entenderse la abundancia de la gracia de la Virgen santísima. Nótese, dice (1), que era necesario que este gran río se dividiese en diversos canales, porque no hay ninguna criatura debajo de la madre de Dios que sea capaz de comprender hasta dónde se extiende la gracia y la caridad del Espíritu Santo. A ella sola en calidad de madre del principio de la gracia se le concedió el privilegio de recibir la plenitud de las gracias del Espíritu Santo y la inmensidad de la misma divinidad. Pero, qué dulce pensamiento me sugiere el abad Ruperto á propósito de estas aguas! Estoy seguro que nos dejará en la boca el sabor de la miel y el azúcar. Sostiene (2) que el agua es salada por su propia naturaleza; de donde resulta que tiene inclinación á irse á juntar con el mar; pero que la naturaleza la hace subir de esos abismos al paraíso terrenal, donde es como convertida en leche haciéndose potable y propia para dar la vida á la tierra y á las plantas que esta alimenta; de suerte que á juicio del docto abad no podemos tener una sola gota de agua dulce que no haya pasado por el paraíso para trocar su sabor salado y amargo. O yo me equivoco, ó no puede decirse una cosa que muestre mejor la obligación en que estamos para con la madre de Dios, verdadero paraíso de dulzura; porque es cierto que todos estaríamos anegados en amargura y tristeza, si no se mitigaran nuestros enojos en su seno maternal y si no se disiparan todos los sinsabores de nuestro corazón en cuanto se los damos á conocer. Pero es tan grande nuestra dicha, que no hay mas que pensar en ella para convertir en miel toda la salumbre del mundo. ¿No debemos de concluir que

(1) De panibus, cap. 42.

(2) L. 2 in Genes., c. 24 et 29.

los que pasan su vida disgustados, merecerian aun mayores amarguras, porque no se dignan siquiera de desahogarlas en el amoroso corazón de Maria, donde se disiparian al punto y se convertirian en dulzura?

§. VII.—Que la Virgen es el templo de Dios.

Las tres partes del templo de Salomon comparadas con la Virgen santísima.

I. ¿No advierte el lector que á medida que voy adelantando, trato de realzar mi pensamiento con emblemas que se acercan mas á la divinidad que los primeros? Porque si bien el paraíso terrenal era una obra acabada de la naturaleza, estaba destinado para todos los usos profanos que el hombre tiene que hacer por su condicion mortal. Pero no sucede así con los templos, que son los palacios de Dios y los salones regios donde da audiencia á los hombres, donde se tratan los negocios de la eternidad y donde sin pecado no pueden emprenderse muchas cosas que en otra parte serian actos de virtud. Sea dicho esto de paso, para que comprendamos que no es pequeño honor de la Virgen santísima el haber sido llamada tan comunmente templo de Dios por los santos padres. Digo tan comunmente, porque ese fué el título que le dieron la mayor parte de ellos. Santiago en su liturgia la llama el templo santificado; S. Epifanio el templo de la divinidad (1); S. Juan Crisóstomo el templo vivo y animado de Dios; S. German de Constantinopla el templo del esposo comun de su santa iglesia (2); S. Cirilo de Alejandria el templo indisoluble (3); Proclo arzobispo de Constantinopla, un templo vivo (4); S. Andrés cretense el mag-

(1) Orat. de S. Delpara.

(3) Homil. 6 contra Nesto-

(2) Orat. de nativitate B. rium.

(4) Orat. de nativitat. Domini,

Virginis.

nífico templo de la gloria de Dios (1); S. Pedro Crisólogo el gran templo de la majestad divina (2); san Juan Damasceno el templo santo, admirable y digno de la grandeza de Dios (3); S. Ambrosio el templo de pudor (4); Hesiquio el templo mayor que el cielo (5). Y aunque S. Ildefonso le dió el nombre de templo celestial (6), así por lo que toca á su vida enteramente celestial y divina, como por la consideracion del rey del cielo, cuyo templo es; no obstante tengo por seguro que su intencion así como la de los otros doctores susodichos se dirigia al templo de Salomon, al que reconocian todos por una de las figuras mas ilustres de la virgen Maria. S. Juan Damasceno lo enseña formalmente (7), y santa Brigida trae con extension las semejanzas en una oracion dirigida á la madre de Dios (8). Yo me contentaré con cinco, á saber, las partes de aquel templo sin igual, su magnificencia, su dedicacion, la consagracion del sumo sacerdote y el fin por que fué edificado; y aun esto lo haré tratando ligeramente los cinco capitulos indicados.

II. Respecto del primero me acuerdo de lo que decia Sócrates: que la boca del hombre sabio es un templo, á cuya entrada se ven maravillas de virtud y santidad. A decir verdad estas palabras convienen bien á la madre de Dios, la cual no abrió jamás la boca sino para manifestar los singulares ornamentos de modestia, prudencia, religion, caridad y las otras excelentes virtudes que estaban ocultas en su alma; pero sin detenerme mas en la entrada de este templo, todos los escritores sagrados afirman que se componia de tres partes principales: la primera se

- | | |
|---------------------------------------|-----------------------------|
| (1) Serm. de Annuntiat. | (5) Orat. 2 de S. Deipara. |
| (2) Serm. 149. | (6) Serm. 9 de Assumpt. |
| (3) Lib. 4 de fide orthodox. pág. 45. | (7) Orat. 4 de Nativit. |
| (4) Lib. de institut. Virg. c. 15. | (8) Lib. 3 Revel., cap. 29. |

llamaba el átrio, la segunda la casa, el templo ó el santó, y la tercera el santuario, el oráculo y el santo de los santos. De la misma manera en la reina de los ángeles encontraremos el átrio que llamaban de los gentiles, en donde recibe generalmente bajo su proteccion á todas las naciones de la tierra sin excluir ninguna por bárbara que sea. Veremos el átrio de Israel, donde hospeda al pueblo cristiano y donde sus fieles siervos tienen siempre mejor lugar que los otros. Veremos los átrios de los sacerdotes, donde se ofrecian los sacrificios de la tarde y de la mañana, es decir, su cuerpo y su apetito sensitivo, que tenia siempre refrenados por la excelencia de una continua mortificacion. En cuanto al interior del templo llamado el santo dice S. Antonino de Florencia que á un lado se veia la mesa de oro con los doce panes de proposicion, que era la viva fè que la Virgen tenia de los doce artículos de nuestra creencia; al otro lado estaba el altar de los perfumes, es decir, su sagrado corazon que enviaba de continuo al cielo los actos de adoracion interior y exterior, el candelabro de siete brazos de los siete dones del Espiritu Santo y el velo tejido de cuatro diversos colores, que denota las cuatro virtudes cardinales de que estaba dotada en un grado perfecto. No debemos de detenernos mucho en el santo de los santos, donde solo se permitia entrar al sumo sacerdote y eso una vez tan solamente, porque se ve claro que es el casto seno de la bienaventurada virgen Maria, donde no entró jamás nadie sino solo el sumo sacerdote Jesus al tiempo de su encarnacion.

Magnificencia del templo.

III. De la magnificencia del templo figurativo de Salomon pudiera formarse juicio por lo que dice de sí

el rey David en el capítulo XXII del libro primero del Paralipomenon: que en su pobreza preparó para los gastos de la casa del Señor cien mil talentos de oro y un millon de talentos de plata, que segun nuestro modo de contar corresponderian á trescientos veinte y ocho mil arrobas de oro y tres millones doscientas y ochenta mil arrobas de plata, sin comprender lo que el pueblo ofreció liberalmente por su parte, que montó á setenta y un millones de oro y ochocientos ochenta mil escudos; lo que compone una suma de dos mil ciento noventa y cuatro millones de oro y ochocientos ochenta mil escudos. Este gasto parecerá increíble, si consideramos que se destinaba únicamente para atender á lo que debia de labrarse en oro y plata para uso del templo sin tocar á la construccion y á los materiales de él, ni á los otros metales y piedras preciosas, ni á las telas de púrpura, seda y lino fino y otras infinitas cosas que se hallaban en aquella maravilla del mundo. Pero sin duda cesará la admiracion si nuestro en particular en qué se invirtió aquella suma excesiva de oro y plata; y digo con el historiador Josefo que se contaban hasta ochenta mil tazones para beber vino, diez mil ampollas de oro, veinte mil de plata, ochenta mil platos de oro y doble número de plata, sesenta mil tazas de oro fino y ciento veinte mil de plata, veinte mil asarones ó liones de oro, que eran unas medidas que se usaban en el templo, y doble número de plata; veinte mil incensarios de oro para los perfumes y otros cincuenta mil destinados solo para llevar el fuego de un altar á otro, doscientas mil trompetas de plata y cuarenta mil instrumentos de música labrados todos de oro y plata. No toco á los ornamentos de los sacerdotes y levitas, que eran hasta diez mil albas y sobrepellices de lino fino, otros tantos ceñidores de púrpura é infinitas vestiduras por este estilo. Pero no debo de olvidar lo que se refiere en diversos lu-

gares de los libros sagrados (1); á saber, que todo el templo de arriba abajo incluso el pavimento estaba cubierto de planchas de oro y todas clavadas con clavos de oro, cada uno de los cuales pesaba veinte y cinco onzas (2). Algunos escritores dicen que las cabezas de los clavos con que estaban clavadas las planchas de oro de las paredes del templo, eran piedras preciosas, coligiéndolo de que Josefo observa que las paredes y artesonados del templo brillaban con infinitas piedras preciosas sembradas por todas partes. Por aquí puede juzgarse cuán cierto es lo que han escrito algunos: que el que por primera vez entraba en el templo de Salomon, quedaba tan sorprendido de su hermosura, esplendor y majestad, que permanecia como extático sin poder contener las lágrimas de gozo que corrian en abundancia al ver una obra tan maravillosa. Y aun no he hablado de las mesas de oro, de los candeleros y especialmente del gran candelero de siete brazos, de las lámparas, despabiladeras, tenazas y otros mil utensilios semejantes, que todos eran de oro fino, y hasta los goznes de las puertas. Será fácil formar algun juicio de todo lo demás por una sola pieza que describe Aristetas, testigo ocular, en el libro de su legacion. Esa pieza es la grande y hermosa mesa de los panes de proposicion, que era de oro macizo, de cuatro dedos largos de grueso, con un borde empedrado de piedras preciosas y una corona al rededor labrada en forma de feston con racimos de uvas, espigas, rosas, granadas, palmas, ramos de manzano y de olivo y toda clase de frutas hechas de rubies, zafiros, esmeraldas y otras piedras preciosas, segun lo requería el color y diversidad de las frutas. Digo que por aquí se puede for-

(1) III. Reg. VI: II. Para- (2) II. Paralip. III.
lip. III etc.

mar algun juicio de lo demás, porque afirma Aristeas que los vasos sagrados y demás utensilios del templo estaban proporcionalmente enriquecidos de piedras preciosas, para que no faltase nada al ornamento de tan soberbio edificio. Despues de admirar esa obra sin igual ¿qué dirán mis lectores si la llamo un simple rasguño de la madre de Dios y si aseguro que no vale nada toda esa magnificencia en comparacion de la gloria de nuestro templo místico? Sin embargo no haré mas que seguir á S. Bernardino de Sena, el cual explicando estas palabras del salmo VIII: Tu magnificencia se ha levantado sobre los cielos; observa que la virgen María debe de ser llamada singularmente y por excelencia la magnificencia de Dios, porque este recibe mas gloria del ensalzamiento de María que de todas las restantes criaturas, y ella por sus acciones de gracias, sus bendiciones y sus adoraciones continuas le engrandece mas que los ángeles y los hombres. Diré con S. Juan Damasceno en el primer sermón de la natividad de la Virgen: «Calla, Salomon, y no digas mas que no hay nada nuevo debajo del sol. Ve aquí una obra nunca vista en los siglos pasados, una virgen madre que recibió la plenitud de la gracia de Dios, un templo muy diferente del tuyo, como que estaba preparado para el verdadero pacífico y para el que en realidad de verdad es lo que tú no eras mas que en figura. Este templo brilla por todas partes; pero con un oro muy diferente del del tuyo, con todos los dones del Espíritu Santo. En lugar de las piedras preciosas está adornado de la perla inestimable que le fué enviada del cielo. Este es el verdadero carbunco vivo del profeta Isaias: ella nos le presenta para que purifique nuestros labios con su contacto, á fin de que podamos bendecirle con los serafines diciendo: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, un solo Dios y tres personas: santo es el Padre, que cumplió en la Virgen el misterio

prometido desde el principio del mundo: santo es el fuerte y el hijo del Altísimo, que escogió á una hija única para madre del unigénito de Dios y del primogénito de toda criatura: santo es el inmortal y el glorioso Espíritu Santo, que mediante el rocío de su divinidad te preservó de ser abrasada por el fuego que todo lo consume. ¿Qué es, pregunto, el oro, la plata y las piedras preciosas de la tierra en comparacion de estas riquezas y ornamentos?»

Dedicacion del templo.

IV. Confieso que fué admirable la dedicacion del templo de Salomon, que es la tercera semejanza de las cinco propuestas. El ángel que ocupaba el lugar de Dios, bajó en persona á él en una nube á medida que era llevada el arca de la alianza al sitio preparado, y de Salomon puedo decir que no sabia verdaderamente dónde estaba de alegría y contento: todo el pueblo se hallaba sobrecogido de un santo horror sin saber qué decir, ni que pensar. Admiren los otros cuanto quieran este favor singular; yo por mi dejo de admirarle cuando pongo la vista en la dedicacion de la Virgen, que se hizo luego que bajó del cielo la verdadera arca de la alianza y María fué consagrada madre de Dios. Con efecto ¿qué diferente regocijo al ver (como dice S. Juan Damasceno) (1) que la beatísima Trinidad venia personalmente para santificar á la Virgen y consagrarla como su templo! Nadie explica mejor á mi juicio esta augusta ceremonia que el devoto S. Bernardo (2), aunque alude mas bien á las ceremonias observadas en la dedicacion de nuestras iglesias que á las de los judios; ve aquí sus mismas palabras. «En la

(1) Orat. 2. de nativ. Virg. ne, cujus initium est Ave.

(2) Sermo de beat. Virg. 170.

consagracion de la santa Virgen como de un templo magnificentísimo el Padre suministró la claridad, el Hijo la humildad, el Espiritu Santo la caridad. El Padre contribuyó con la luz de la razon, el Hijo con la ceniza de la sumision, el Espiritu Santo con el óleo de la dileccion. El Padre trajo el poder, el Hijo la sabiduria, el Espiritu Santo la gracia de todas las virtudes. El Padre le dió la fortaleza para resistir al pecado, el Hijo la humildad para vencer al mundo, el Espiritu Santo la caridad para amar á Dios y al prójimo. El Hijo puso en ella la mortificacion de la carne, el Espiritu Santo la compuncion, el Padre el don de la contemplacion. El Hijo la enseñó á practicar las obras celestiales, el Espiritu Santo á amar á Dios y hacerse agradable á él, el Padre á contemplar las cosas celestiales. El Hijo la instruyó; el Espiritu Santo la hizo aprovechar; el Padre la perfeccionó. El Hijo le confirió la pureza, el Espiritu Santo la paz, el Padre la gloria. No por eso quiero dividir las obras de la santísima Trinidad; mas así como es una en su esencia, así la confieso indivisible en sus actos. » Hasta aquí el devoto y elocuente siervo de la madre de Dios.

Consagracion del sumo sacerdote.

V. ¿Qué diré de la consagracion misteriosa del sumo sacerdote, que era uno de los actos mas santos y augustos que se practicaban en el templo? Esta ceremonia se explica en los capitulos XXIX y XXX del Exodo indicando particularmente las vestiduras que debia de ponerse, y el precioso unguento que servia para consagrarle. Pero ¿quién seria el impío que quisiese poner en paralelo esta ceremonia, con la de la consagracion del sumo sacerdote Jesus cuando vistió la túnica de nuestra humanidad, y como dice S. German de Constantinopla (1), fué he-

(1) Orat. de nativ. B. Virg. entree.

cho rey de los hombres y pontifice juntamente en el templo que habia edificado y en cuyo santuario nunca entró nadie sino él? El profeta David tendria aqui un excelente motivo para decir que en este divino santuario fué unido con el óleo de alegria sobre todos los que hicieron en figura el oficio que él ejerció en realidad. Y yo, si quisiera detenerme, tendria ocasion de descubrir para honra de nuestro templo sacrosanto el acto mas noble y sublime que se ha practicado jamás en el mundo.

Fin del templo.

VI. Pero vale mas dirigirse al fin por que fué edificado el antiguo templo. El Salmista le apuntó en pocas palabras cuando dijo: que todos los que pusieran el pie en este templo, darian honor y gloria á su soberana majestad. En verdad ya contemplemos al sumo sacerdote entrando en el propiciatorio, ya miremos á los otros sacerdotes y levitas ofreciendo los sacrificios ó quemando los aromas, ya consideremos al pueblo solícito para ofrecer sus victimas y derramar su corazon en la presencia de Dios, ya atendamos á los gentiles que concurren de diversas partes para adorar al rey del cielo en el lugar mas augusto del mundo, es claro que todo termina en honra y gloria de Dios, y que así como este fue el primer y principal fin que tuvo el Señor cuando inspiró á Salomon la idea de labrarle un templo, así tambien debe de ser la recta intencion de todos los que entran en él. Me parece que en vano se procuraria indagar el fin por que fué hecho nuestro templo místico, en atencion á que es evidentísimo que fué singularmente edificado para la mayor gloria de Dios, de suerte que no hallo palabras que le convengan mejor que estas del capitulo LIV del Eclesiástico: La obra del Señor está llena de su gloria; porque sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus miradas,

todos los movimientos de su cuerpo y los impulsos de su alma se enderezaban á la gloria de Dios como á su centro, sin torcerse ni ladearse nada. Si quisiéramos engolfarnos en los admirables designios que Dios tuvo sobre ella, tales como hacerla el principal instrumento y la causa en el modo de la encarnacion del Verbo divino y por consiguiente la madre de todos los escogidos; apareceria evidentemente que pretendia por su medio una gloria tan extraordinaria, que no seria posible declararla; mas por cuanto he de tocar inmediatamente esta cuerda, me basta decir que no solo este templo vivo glorificó de mil maneras á su arquitecto, sino que todos cuantos le vean y tengan la dicha de acercarse á él y observar sus bellezas y curiosidades, bendecirán por siempre al artifice y cantarán sus grandezas en todos los siglos.

§. VIII.—Que Maria es la ciudad de Dios.

I. Lo digo despues de muchos padres ilustres de la iglesia y especialmente despues de S. Juan Damasceno y el patriarca S. German, el cual arengando en la iglesia de la virgen Maria edificada por la emperatriz Pulqueria con motivo de la solemnidad principal, que era la adoracion del cingulo de la misma señora, aseguró que la noble ciudad llamada por David la ciudad del Señor de las virtudes no era otra que la madre de Dios. Ve aquí sus palabras: «Por mi parte opino que el profeta ha de entenderse sin disputa de la que es escogida entre las otras y las sobrepuja á todas no por la magnificencia y hermosura de sus palacios, sino por la alteza de sus singulares y divinas virtudes; de aquella que se aventaja á todas en pureza; de aquella donde se hospedó el rey de los reyes y el señor de los señores, es decir, de Maria.» A mi no me queda mas duda que á aquel gran santo; por lo cual atendiendo á que es innegable que la ciudad de que ha-

blaba David en el salmo XLVII, era segun el sentido literal Jerusalem, soy de opinion de seguir paso á paso al profeta y hacer ver que las cuatro excelencias principales atribuidas por él á la reina de las ciudades convienen perfectamente á Maria, que es la ciudad de los reyes y del rey de los reyes.

Primera excelencia. Que Maria es la ciudad de Dios.

II. David pues entona su cántico diciendo: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo.» Por donde se ve que el primer honor que da á Jerusalem, es el ser la ciudad del gran Dios; y con efecto tiene razon, porque de ahí se sigue que es la metrópoli del universo, la corte del pueblo escogido, la morada de los principes, el centro del mundo, el paraíso terrenal, la ley de la paz y de la guerra, la hermosa de las hermosas y la ciudad de la perfecta hermosura, como dice Jeremías(1), la fuerte de las fuertes y el lustre y ornamento de todas las ciudades. Yo no tengo que decir aquí mas que lo que senté al principio de este tratado; á saber, que el titulo de ciudad de Dios, que es el mismo en figura que el de madre de Dios, es tan alto y sublime, que lleva en pos de sí todas las otras grandezas de la Virgen, porque no hay privilegio, ni excelencia, cualquiera que sea, que no se le deba en calidad de madre de tal hijo, y los ilustres nombres de esposa, medianera, protectora, reina y sus semejantes no son, si bien se considera, sino gajes y como consecuencias necesarias del de madre de Dios.

(1) Jerem., Lament. II.

todos los movimientos de su cuerpo y los impulsos de su alma se enderezaban á la gloria de Dios como á su centro, sin torcerse ni ladearse nada. Si quisiéramos engolfarnos en los admirables designios que Dios tuvo sobre ella, tales como hacerla el principal instrumento y la causa en el modo de la encarnacion del Verbo divino y por consiguiente la madre de todos los escogidos; apareceria evidentemente que pretendia por su medio una gloria tan extraordinaria, que no seria posible declararla; mas por cuanto he de tocar inmediatamente esta cuerda, me basta decir que no solo este templo vivo glorificó de mil maneras á su arquitecto, sino que todos cuantos le vean y tengan la dicha de acercarse á él y observar sus bellezas y curiosidades, bendecirán por siempre al artifice y cantarán sus grandezas en todos los siglos.

§. VIII.—Que Maria es la ciudad de Dios.

I. Lo digo despues de muchos padres ilustres de la iglesia y especialmente despues de S. Juan Damasceno y el patriarca S. German, el cual arengando en la iglesia de la virgen Maria edificada por la emperatriz Pulqueria con motivo de la solemnidad principal, que era la adoracion del cingulo de la misma señora, aseguró que la noble ciudad llamada por David la ciudad del Señor de las virtudes no era otra que la madre de Dios. Ve aquí sus palabras: «Por mi parte opino que el profeta ha de entenderse sin disputa de la que es escogida entre las otras y las sobrepuja á todas no por la magnificencia y hermosura de sus palacios, sino por la alteza de sus singulares y divinas virtudes; de aquella que se aventaja á todas en pureza; de aquella donde se hospedó el rey de los reyes y el señor de los señores, es decir, de Maria.» A mi no me queda mas duda que á aquel gran santo; por lo cual atendiendo á que es innegable que la ciudad de que ha-

blaba David en el salmo XLVII, era segun el sentido literal Jerusalem, soy de opinion de seguir paso á paso al profeta y hacer ver que las cuatro excelencias principales atribuidas por él á la reina de las ciudades convienen perfectamente á Maria, que es la ciudad de los reyes y del rey de los reyes.

Primera excelencia. Que Maria es la ciudad de Dios.

II. David pues entona su cántico diciendo: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo.» Por donde se ve que el primer honor que da á Jerusalem, es el ser la ciudad del gran Dios; y con efecto tiene razon, porque de ahí se sigue que es la metrópoli del universo, la corte del pueblo escogido, la morada de los principes, el centro del mundo, el paraíso terrenal, la ley de la paz y de la guerra, la hermosa de las hermosas y la ciudad de la perfecta hermosura, como dice Jeremías(1), la fuerte de las fuertes y el lustre y ornamento de todas las ciudades. Yo no tengo que decir aquí mas que lo que senté al principio de este tratado; á saber, que el titulo de ciudad de Dios, que es el mismo en figura que el de madre de Dios, es tan alto y sublime, que lleva en pos de sí todas las otras grandezas de la Virgen, porque no hay privilegio, ni excelencia, cualquiera que sea, que no se le deba en calidad de madre de tal hijo, y los ilustres nombres de esposa, medianera, protectora, reina y sus semejantes no son, si bien se considera, sino gajes y como consecuencias necesarias del de madre de Dios.

(1) Jerem., Lament. II.

Segunda excelencia. Que sus fundamentos se echaron con regocijo de toda la tierra.

III. En segundo lugar nota el profeta que el día en que comenzaron á echarse los fundamentos de la ciudad, á lo menos de la fortaleza destinada á defenderla, fue un día de regocijo público manifestado por mil señales de alegría que dieron todos los habitantes de la tierra. Acaso fué porque Jerusalem estaba sentada en medio de todas las naciones, segun sabemos por Ezequiel (1), como la señora de las ciudades y la princesa de las provincias en dicho del profeta Jeremías (2). Tal vez fue porque los judíos que correspondian todos á la ciudad real como á la capital de su estado, se hallaban dispersos por los mas de los países del mundo, donde habian formado colonias, segun sabemos por el capítulo segundo de los Hechos de los apóstoles y por la arenga que hizo Agripa al emperador Cayo y trae Filon, en la que no solamente acota el Egipto, la Fenicia y la Siria, que confinaban con la Judea, sino la Panfilia, la Cilicia y la mayor parte de las provincias de Asia, y aun en Europa la Tesalia, la Beocia, la Macedonia, la Etolia, el Atica y las principales partes del Peloponeso, las islas de Chipre y Candia y generalmente todas las regiones mas célebres del universo. Desde entonces daba Dios á todas las naciones un secreto conocimiento del bien que debía de venirles de aquel lado, es decir, de la dicha de la fé y del conocimiento de un solo Dios, que habia de serles predicado por los habitantes de Jerusalem. Sea lo que quiera de la figura, no podemos dudar de ningun modo que como Dios ponía en la Virgen santísima los fundamentos de tantas grandezas y excelencias para bien de todas las naciones

(1) Ezeq., c. V.

(2) Jerem., Lament. I., c. I.

cuando la destinaba á ser su madre, ese día feliz fue saludado por la tierra y el cielo con infinitos aplausos, con todas las demostraciones de gozo y alegría.

Tercera excelencia. Dios debe de ser glorificado en ella.

IV. En tercer lugar dice el profeta que Dios manifestará la fuerza de su brazo omnipotente en la defensa de esta ciudad, contra la cual se desbaratarán de tal suerte todas las empresas, que los reyes de la tierra congregados para embestirla habrán de retirarse corridos y confusos, se sobrecogerán de temor y temblarán como mujeres en cinta, se estrellarán como la nave que á impulsos de un viento impetuoso va á dar en algun escollo. Confieso que tengo dificultad en creer que cuando el profeta pronunciaba estas palabras, fijaba su pensamiento en la Jerusalem de la Palestina, amenazada despues tantas veces de la ira de Dios, que vino á tierra, y cuya ruina lamenta el profeta Jeremías diciendo: «¿Cómo cubrió el Señor de oscuridad en su furor á la hija de Sion? Arrojó del cielo á la tierra la inclita Israel, y no se acordó de la peana de sus pies en el día de su furor. Precipitó el Señor y no perdonó á todo lo hermoso de Jacob: destruyó en su furor las fortalezas de la virgen de Judá y las echó por tierra: mancilló al reino y á sus principes, y desbarató como á un huerto su tienda: demolió su tabernáculo: dió á olvido el Señor en Sion la fiesta y el sábado, y entregó al oprobio y á la indignacion de su furor el rey y el sacerdote. Desechó su altar y maldijo su santuario: entregó en manos del enemigo sus murallas torreadas: dieron voces en la casa del Señor como en día de solemnidad. Pensó el Señor desbaratar la muralla de la hija de Sion: tendió su cordel y no apartó su mano de perderla (1).»

(1) Jerem., Lament. II, 1, 2, 6, 7 y 8.

Repito que no puedo persuadirme á que David hizo aquellas magnificas promesas á la antigua Jerusalem, sino que para mí es cierto que en este rpto profético tenia á la vista otra Jerusalem, la cual debia de burlarse de todos los proyectos de sus enemigos por estar segura del auxilio de Dios. Esta era indefectiblemente la Virgen santísima, ciudad inexpugnable, de quien cantaba el mismo David: «Dios está en medio de ella y nunca será movida: sus habitantes viven sin temor bajo las alas de la proteccion del cielo.» Probablemente el buen anciano Tobías tenia presente esta santa ciudad cuando decia: «Seremos dichosos si quedaren reliquias de nuestra descendencia para ver la claridad de Jerusalem (1).»

Cuarta excelencia. Es un asilo para los amigos y un lugar de terror para los enemigos.

V. Pasemos adelante con el profeta, el cual considera el templo como un asilo de clemencia y misericordia para los israelitas y como un lugar de terror y espanto para los enemigos. En efecto Isaias le da el nombre de Ariel, es decir, el leon de Dios (2); porque así como este animal defiende valerosamente su presa y tiene segura á su familia llenando á todos los demás de terror y espanto, de la misma manera los judios tenian por indudable que mientras durase el templo y Dios fuese servido allí fielmente, gozarian de colmada dicha y contento, y los extranjeros por el contrario se amedrentarian con solo oír el nombre de Israel. Tenga aquí el lector un poco de paciencia, y espero hacerle ver claramente lo uno y lo otro en los siguientes tratados (3); á saber, que la madre de

(1) Tob. XIII.

(2) Isai. XXIX.

(3) En casi todo el tratado

tercero y especialmente en el capitulo VIII y en el tratado segundo, capitulo IX.

Dios es el verdadero templo de la clemencia y el altar que la misericordia de Dios ha erigido en su iglesia para los hijos de salud; así como es el azote y la maza de los hijos de perdicion que se oponen á los efectos de su singular bondad y de la infinita misericordia de Dios.

VI. Por último David exhorta á todos á que pongan sus corazones en la virtud de la ciudad real y distribuyan sus casas para contarle á la posteridad. ¡Oh quién pudiera describir las maravillas y grandezas de esta santa ciudad y hacer ver el triplice recinto de muralla del recato de sentimientos, de la guarda del corazon y del temor de Dios que tenia ella, con las torres de su fortaleza, las almenas y torrecillas de su vigilancia, los baluartes de su circunspeccion, las puertas de su modestia, los fosos de su humildad, los muros de su virginidad, los antemuros de su templanza! ¡Oh quién tuviera medio de añadir la anchura, la longitud y la rectitud de las calles de sus santas invenciones y de representar el castillo de su devocion, el torreón de su caridad, el palacio de su justicia, el arsenal de su paciencia, el hospital de su misericordia, las plazas públicas de su liberalidad y las fuentes de sus suaves y gratas palabras! ¡Oh quién pudiera dar á entender la policia y las ordenanzas de la ciudad del Señor de las virtudes, la guardia que se hacia, y todos los ejercicios que se practicaban allí! ¡Oh quién pudiera hablar dignamente de la grandeza y excelencia del principe á quien pertenece, de la magnificencia de su porte, del cariño que profesa á sus vasallos, y del honor que estos le tributan reciprocamente, de la honestidad de los habitantes, de su vida apacible, en una palabra de toda la santidad de esta dichosa morada! Mas ya que no podemos llegar á ese punto, bástenos concluir con David que esta será la morada de nuestro Dios en todos los siglos, y decir con el profeta Isaias que en todas sus puertas, en todos los parajes públicos, en las avenidas de las calles,

en los palacios y casas particulares, se escribirá: Al Señor, á cuya honra y gloria fue edificada esta ciudad.

§. IX.—Que María es el mundo de Dios.

I. Lamento sobre manera la condicion de los antiguos filósofos y especialmente de los platónicos, que tuvieron nociones tan elevadas del mundo y conocieron tantas especies de ellos sin haber descubierto al que les hubiera dado entrada en un mundo de santos pensamientos y los hubiera hecho seguir el camino derecho de la verdad. Hablaron del mundo arquetipo ó ejemplar, que es la idea y el patron por que fueron trazados los otros, que es la hermosura de todas las hermosuras y el compendio de todas las perfecciones posibles. Trataron del mundo intelectual, que es la naturaleza angélica, dividida por ellos en diversos órdenes, á cada uno de los cuales dieron sus propios y diferentes officios. Dijeron maravillas del mundo elemental, que comprende los cielos, los cuatro elementos y los cuerpos mixtos fabricados de ellos. En una palabra figuraron un mundo pequeño, que dijeron ser el compendio de los otros, y en el que encontraron propiamente imitadas y hábilmente reducidas las perfecciones de los tres. Pero lo que me admira es que no tuvieron conocimiento del que debemos de encontrar en este discurso y que contemplado les hubiera causado mil delicias y no menos provecho. Por este mundo entiendo la virgen María, á quien si doy el nombre no solo de mundo, sino de mundo de Dios, que es mucho mas, tengo por fiador á S. Bernardo, quien afirma que el Padre en compañía del Hijo tomó posesion de ella y habitó en ella como el Criador en el universo, el emperador en su imperio, el padre de familia en su casa, el sumo sacerdote en su templo y el esposo en su tálamo nupcial y que el Altísimo la crió expresamen-

te para que fuese un mundo propio y especial suyo (1). S. Anastasio Sinaíta habia dicho mucho tiempo antes que él que la conversacion mas ordinaria del Salvador era con su bienaventurada madre como con aquella á quien tenia por un mundo entero y por su mundo particular (2). Antes de los dos S. Gregorio Taumaturgo la llamó una morada igual al cielo y á la tierra (3). Pero el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo no pudo consentir que se hiciese solamente igual á nuestro mundo la que encerró en su seno al que no puede caber en la inmensidad de los cielos.

II. Los santos padres hubieran creído hacer muy poco con decir simplemente que la madre de Dios forma un mundo aparte, si no hubiesen confirmado su proposicion con razones convincentísimas. S. Bernardo dice que ella fué como el elemento sólido fundado en la justicia y la santidad, que fué regada con las aguas de la divina sabiduría, refrigerada con el aire de los santos deseos, alumbrada y calentada con el fuego de la caridad; que Dios puso en su alma como en un firmamento el sol de la razon, que producía la luz del conocimiento de Dios, la luna de la ciencia, que con las estrellas de todo género de virtudes alumbraba la noche de la accion. S. Buenaventura le aplica este dicho del Eclesiástico (4): «¿Quién será el que mida la altura del cielo, el ancho de la tierra y la profundidad de los abismos?» Y añade que todo esto corresponde á María, la cual es un cielo por la pureza de su vida, por la luz de sus buenos ejemplos y por las influencias de su divino auxilio; pero especialmente porque es la silla y el trono de Dios con mucho mejor título que el cielo mismo, la tierra fertilísima que produ-

(1) Serm. de beata María.

(2) Lib. 3 Hex.

(3) Orat. 3 de Annuntiat.

(4) Specul. B. Virg., cap. 1.

jo el fruto de vida, en una palabra un abismo insondable de bondad y misericordia. S. German de Constantinopla se entretuvo ya con el mismo pensamiento diciendo que á la manera que las estrellas son como las lenguas del cielo, así los beneficios de la Virgen son las voces que pregonan sus grandezas, y que á la manera que nuestros cuerpos no pueden pasar sin respirar, así nuestras almas no podrian vivir sin la proteccion de Maria (1). Todos ellos querian decir lo que Arnulfo de Chartres, abad de Bonaval, que enseñó en términos formales (2) que así como la industriosa abeja va chupando la miel de todas las flores de un jardin, así Dios al formar á la virgen Maria reunió en ella todo lo mas excelente que habia en las criaturas. No parece sino que el Espiritu Santo se complació en representarnos en el libro de los Proverbios el modo que tuvo de hacer esta recoleccion. Cuando Dios, dice la virgen bajo la figura de la sabiduria, preparaba los cielos, estaba yo presente: cuando con ley cierta y como con un compás cercaba los abismos, cuando afirmaba arriba la region etérea y equilibraba las fuentes de las aguas, cuando circunscribia el mar en sus términos y ponía ley á las aguas para que no pasasen sus límites, cuando colgaba los cimientos de la tierra, yo estaba con él concertándolo todo (3). Viene á ser como si dijera la Señora: habiendo pensado el gran artífice desde el principio hacer un mundo entero en mí y de mí sola y por consiguiente poner en mí todas las perfecciones que pueden convenir á una simple criatura, á medida que las otras pasaban por su espíritu, escogía lo mejor y mas hermoso que tenían para surtirme completamente; de manera que quiso que yo fuese en

(1) Orat. de dormit. B. Virg.
(2) De nat. Virg. 29 y 30.

(3) Proverb, XIII 27 28

trono como los cielos, incorruptible como ellos, ordenada y compasada en mis movimientos como ellos: que mi corazon fuese mas capaz para hospedar su gracia que el mar y los abismos: que mi auxilio no fuese menos necesario á los mortales que el aire que respiran: que yo tuviese tanto poder para contener las tempestades que se levantan contra ellos, como la arena y la playa del mar para contener la furia de las olas: que yo fuese el centro de todas las cosas mejor que la tierra misma; en una palabra que todo se encontrase en mí, pero sin comparacion mas excelente y acendrado que en todas esas cosas materiales y corruptibles.

III. El ángel que instruía á santa Brigida, le dijo que despues de haber fabricado Dios el mundo exterior con todas las piezas de que se compone, vió que le quedaba otro que fabricar, el cual sería verdaderamente de menor tamaño que el primero, pero por lo demás incomparablemente mayor en perfeccion y mas capaz de causar gloria á Dios, gozo á los ángeles y provecho á los hombres. Este fué la Virgen santísima, en quien compendió todo lo que habia hecho en nuestro mundo elemental, porque así como en este gran todo dividió la luz de las tinieblas, así en el mundo pequeño puso un espacio intermedio entre la noche del pecado, que cubria generalmente á los demás hombres, y el hermoso dia de la gracia y de la santidad, con que le alumbró desde el principio. Allí encendió dos grandes luminaires, uno para el dia y otro para la noche: aquí puso dos hermosos astros, uno de los cuales, la obediencia, debía de alegrar á Dios, á los ángeles y á los santos, y el otro, la

que estaba destinado á disciplinar en las almas ignorantes las tinieblas del error y de la infidelidad. Allí fijó diversas estrellas que despues han seguido siempre invariablemente su curso y han conservado su claridad primera: aquí dió diversas nociones que no interrumpieron jamás

el curso de sus progresos continuos, ni perdieron un solo grado de su extraordinario resplandor. Allí las aves poblaron la region del aire y formaron un armonioso concierto para divertir al primer hombre, único habitante entonces del paraiso terrenal: aquí las palabras de la Virgen admirablemente concertadas formaron una armonía que embelesó al mundo é hizo bajar á la tierra toda la majestad del paraiso. Allí los animales se alimentaban de los frutos que produjo la tierra sin ser cultivada: aquí los hombres se mantienen con el fruto de vida que la Virgen, verdadera tierra bendita, nos dió sin ser cultivada. Allí todas las criaturas fueron dotadas de diversas calidades y virtudes, cada una segun su naturaleza propia: aquí una sola criatura recibió mas propiedades y calidades eminentes que las que se encuentran en todas las yerbas del mundo, en las flores, en los árboles, en los frutos, en las piedras preciosas, en los metales, en los elementos, en los astros y en todas las otras partes de la naturaleza.

IV. De aquí es facil colegir en primer lugar que desde luego Dios hacia mas caso sin comparacion de este mundo pequeño que del grande que admiramos, por que el grande era hecho para perecer algun dia, á lo menos en la mayor parte de las partes que le componen, y el pequeño debia de ser eterno en todas sus partes. En aquel no queria nada que no fuese material y natural, y en este casi nada que no fuese espiritual y sobrenatural. Digámoslo en dos palabras: miraba á aquel como el mundo de los animales y todo lo mas como el mundo del hombre, y á este como el suyo propio y particular. En segundo lugar de todas las simples criaturas de que la naturaleza fecunda de Dios estaba como preñada desde el principio del mundo, la que mas la instaba á producir designios eternos, era la virgen Maria, porque despues de previsto el estrago que habia de causar el pecado en sus

obras, quizá hubiera sofocado aquel primer proyectó en el seno de sus divinas ideas, si su Verbo encarnado y su bienaventurada madre no le hubieran instado y en cierto modo obligado á dar á luz lo que habia concebido. Por aquí se ve en tercer lugar la obligacion infinita que tenemos al uno y á la otra, y en quiénes y por quiénes subsistimos en los decretos y en las disposiciones eficaces de Dios. No envejezca jamás en nuestros corazones la memoria de estas deudas so pena de perder enteramente todas las esperanzas que podemos asentar con justicia sobre estos dos fundamentos de nuestra salvacion.

§. X.—Que Maria es el trono de Dios.

I. Los relámpagos, voces y truenos que S. Juan vió en su Apocalipsis salir del trono de Dios (1), me espantarian, si no considerase que ese trono es la bienaventurada virgen Maria y que por consiguiente esos relámpagos, voces y truenos son señales de caridad, de bondad y de gozo. Asi la voz comun de los antiguos padres es que Maria es el trono de Dios. «Ella es, dice S. German de Constantinopla (2), el trono querúbico, trono de inmensa grandeza, trono de fuego, trono levantado, trono que sostiene al Señor de los ejércitos.» «Ella es, dice S. Gregorio Taumaturgo (3), el trono real, el santo de los santos, único y glorioso sobre la tierra, mas santo que todo despues de Dios, trono donde se sentó el señor Jesus.» Lo mismo dice Crisippo, presbitero de Jerusalem, sin mas que añadir que este trono pareció el único capaz de sostener al santo de los santos (4). «Ella es un trono, dice Hesiquio (5), que en nada cede al de los querubines.» «Ella le sobrepuja con mucho en esplendor y majestad,

(1) Apocal. IV.

(2) Orat. de nativit. B. Virg. para.

(3) Sermo de Annuntiat.

(4) Orat. de S. Maria Dei-

(5) Orat. de S. Deipara.

el curso de sus progresos continuos, ni perdieron un solo grado de su extraordinario resplandor. Allí las aves poblaron la region del aire y formaron un armonioso concierto para divertir al primer hombre, único habitante entonces del paraiso terrenal: aquí las palabras de la Virgen admirablemente concertadas formaron una armonía que embelesó al mundo é hizo bajar á la tierra toda la majestad del paraiso. Allí los animales se alimentaban de los frutos que produjo la tierra sin ser cultivada: aquí los hombres se mantienen con el fruto de vida que la Virgen, verdadera tierra bendita, nos dió sin ser cultivada. Allí todas las criaturas fueron dotadas de diversas calidades y virtudes, cada una segun su naturaleza propia: aquí una sola criatura recibió mas propiedades y calidades eminentes que las que se encuentran en todas las yerbas del mundo, en las flores, en los árboles, en los frutos, en las piedras preciosas, en los metales, en los elementos, en los astros y en todas las otras partes de la naturaleza.

IV. De aquí es facil colegir en primer lugar que desde luego Dios hacia mas caso sin comparacion de este mundo pequeño que del grande que admiramos, por que el grande era hecho para perecer algun dia, á lo menos en la mayor parte de las partes que le componen, y el pequeño debia de ser eterno en todas sus partes. En aquel no queria nada que no fuese material y natural, y en este casi nada que no fuese espiritual y sobrenatural. Digámoslo en dos palabras: miraba á aquel como el mundo de los animales y todo lo mas como el mundo del hombre, y á este como el suyo propio y particular. En segundo lugar de todas las simples criaturas de que la naturaleza fecunda de Dios estaba como preñada desde el principio del mundo, la que mas la instaba á producir designios eternos, era la virgen Maria, porque despues de previsto el estrago que habia de causar el pecado en sus

obras, quizá hubiera sofocado aquel primer proyectó en el seno de sus divinas ideas, si su Verbo encarnado y su bienaventurada madre no le hubieran instado y en cierto modo obligado á dar á luz lo que habia concebido. Por aquí se ve en tercer lugar la obligacion infinita que tenemos al uno y á la otra, y en quiénes y por quiénes subsistimos en los decretos y en las disposiciones eficaces de Dios. No envejezca jamás en nuestros corazones la memoria de estas deudas so pena de perder enteramente todas las esperanzas que podemos asentar con justicia sobre estos dos fundamentos de nuestra salvacion.

§. X.—Que Maria es el trono de Dios.

I. Los relámpagos, voces y truenos que S. Juan vió en su Apocalipsis salir del trono de Dios (1), me espantarian, si no considerase que ese trono es la bienaventurada virgen Maria y que por consiguiente esos relámpagos, voces y truenos son señales de caridad, de bondad y de gozo. Asi la voz comun de los antiguos padres es que Maria es el trono de Dios. «Ella es, dice S. German de Constantinopla (2), el trono querúbico, trono de inmensa grandeza, trono de fuego, trono levantado, trono que sostiene al Señor de los ejércitos.» «Ella es, dice S. Gregorio Taumaturgo (3), el trono real, el santo de los santos, único y glorioso sobre la tierra, mas santo que todo despues de Dios, trono donde se sentó el señor Jesus.» Lo mismo dice Crisippo, presbitero de Jerusalem, sin mas que añadir que este trono pareció el único capaz de sostener al santo de los santos (4). «Ella es un trono, dice Hesiquio (5), que en nada cede al de los querubines.» «Ella le sobrepuja con mucho en esplendor y majestad,

(1) Apocal. IV.

(2) Orat. de nativit. B. Virg. para.

(3) Sermo de Annuntiat.

(4) Orat. de S. Maria Dei-

(5) Orat. de S. Deipara.

dice S. Epifanio (1); de lo que quedaron admirados y confundidos los ángeles, arcángeles, principados, potestades, tronos, dominaciones, querubines, serafines y generalmente todos los espíritus bienaventurados, cuando vieron que el rey del cielo y de la tierra dejaba el trono de los querubines para elegir otro en el seno de la Virgen su madre.

II. El doctor angélico hace esta observación sobre el capítulo XXXVII de Isaías: que entre todos los espíritus bienaventurados la Escritura da el honor de servir de trono á la majestad divina principalmente á los de mas alta gerarquía, que son los tronos, los querubines y los serafines, y es en razon de sus excelentes calidades, esto es, del gran poder de los primeros, de la profunda ciencia de los segundos y de la ardiente caridad de los terceros. No obstante enseña en otra parte (2) siguiendo á S. Dionisio en su tratado de la gerarquía celestial que entre los otros se concede particularisimamente esta merced á los que por el mismo motivo tienen el nombre de tronos, conviniéndoles aquella en particular por cuatro títulos. El primero es el alto grado de honor á que son ensalzados, y que les da la ventaja de aprender inmediatamente de Dios las máximas de estado necesarias para el gobierno del mundo. El segundo es la firmeza que tienen por una tan fuerte adhesión al sumo bien, que es imposible desasirlos de él, ni conmoverlos en lo mas mínimo. El tercero es la libre entrada que tienen en el gabinete de Dios, y la gran familiaridad con que este los honra haciéndolos como secretarios de sus órdenes, para que las intimen á los otros espíritus inferiores. El cuarto es la prontitud y alegría que manifiestan en recibir y ejecutar los divinos mandatos, figuradas por la abertura que el

(1) Orat. 2 de S. Deipar.

(2) P. 1, q. 108, art. 5 ad 6.

trono tiene en la parte superior, para que se siente el que ha de ocuparle.

III. Si para convencer que los santos padres han llamado con justísimo título trono de Dios á la virgen Maria, no hay mas que mostrar que esta posee todas las calidades dichas en un grado muy excelente; no es necesario apurarse, en atención á que los mas de los discursos anteriores sirven de prueba á esa proposición. Con efecto ¿qué poder puede compararse al de la reina del cielo, á quien Dios mismo dió un derecho natural é irrevocable sobre su hijo? ¿Qué sabiduría es semejante á la de la madre de la sabiduría increada, que bebió en el manantial vivo de toda ciencia tantos mas conocimientos, cuanto mas superior es el título de reina madre y reina reinante al de espíritus sirvientes que S. Pablo da á todas las inteligencias celestiales? ¿Qué caridad puede igualarse á la de la madre de amor, que llevó nueve meses en sus entrañas al Dios de amor y que no se separó jamás del horno de caridad en treinta y cuatro años? ¿Qué elevación de méritos, de santidad, de excelencia y de gloria se acerca á la de la madre de Dios? Verdaderamente es un prodigio, es el prodigio de los prodigios, como dice S. Juan Damasceno (1), que una mujer sobrepusó á los querubines, se adelantó á los serafines y sea colocada inmediatamente debajo de Dios, y aun sea el trono de Dios. ¿Qué firmeza hay que se mantenga cerca de la suya, y quién no tiembla delante de la soberana majestad de Dios, ante el cual ella sola se mantiene firme, como que manda donde quiera que se extiende el imperio de su hijo? ¿Qué familiaridad merecerá el nombre de favor, si entra en comparación con el de la esposa sin par, sin la cual no se hace nada ni en el cielo, ni en la tierra, y que tiene comunica-

(1) Orat. 3 de nativit. Virg.

cion de todo cuanto se trata en el augusto cónclave de la beatísima Trinidad? En una palabra ¿quién hay en el mundo mas dócil á todas las voluntades de Dios que la que no tuvo nunca movimiento ni impulso mas que para seguir las? Se necesitarian tantos discursos como calidades hay, si lo dicho no me dispensara bastante de añadir mas. Pero quiero que todos los privilegios acabados de referir, puedan comunicarse á los espíritus bienaventurados, á lo menos con alguna proporcion; no obstante es preciso confesar que el de la madre de Dios por el cual mereció de una manera especialísima ser el trono de la divinidad, le es tan propio y peculiar, que no puede atribuirse á ninguna otra simple criatura.

IV. Nunca han sido mas oportunos para mi gusto los doctores hebreos que cuando han dicho (es invencion del rabino Eliezer) que del trono de Dios salen por medio de diez canales llamados sefiroz todas las virtudes y las saludables influencias que son derramadas sobre la tierra ya por los ángeles, ya por los cielos ó por los astros. Asi que no hay cosa mas cierta que lo que sabemos por los santos doctores; á saber, que todas las dulcedumbres del cielo y todos los beneficios de Dios dispensados á los hombres son primeramente recibidos en el trono de su majestad, que es la virgen Maria, como en un depósito de gracias y mercedes, de donde son enviadas á la tierra por diez grandes canales, que son las diez calidades benéficas de la misma señora, á saber, los títulos de madre de Dios, reparadora del mundo, medianera de los hombres, gobernadora del universo, protectora de los cristianos, superintendente de los tesoros del Salvador, maestra de la iglesia, defensora de los suyos, asilo de los pecadores y madre de misericordia. En los tratados siguientes declararé con mas extension estos títulos. Los doctores han tenido por tan indudable esta verdad, que algunos la han ampliado aun á todos los beneficios concedidos por Dios

á los hombres desde el principio del mundo. S. Bernardino, que á nadie cede cuando se trata de promover el honor de su buena madre, dice claramente (1) que si Dios suspendió su brazo justiciero despues del pecado del primer hombre, el cual merecia haber sido reducido á la nada, fué en consideracion de la madre de su hijo, por cuyo amor perdonó á aquel primer rebelde y á toda su posteridad. Pasa mas adelante y dice que si libró á Noé del diluvio, á Abraham de las manos del rey Codorlaomor, á Isaac de las tramas de Ismael y á Jacob de la ira de Esau; si sacó á su pueblo del cautiverio de Egipto, le hizo pasar á pie enjuto el mar Rojo y triunfar de las naciones con quienes fué preciso combatir á la salida del desierto; fueron efectos del favor de la virgen santísima: en una palabra el universo le está especialmente obligado por toda la libertad, todos los auxilios, todos los beneficios y todas las gracias que se le han otorgado aun antes que ella existiese, y mucho mas despues de su nacimiento.

V. Aquí concluyo suplicando á la soberana majestad, que tanto hizo por una criatura suya, nos conceda el conocimiento de todas estas maravillas segun quiere le tengamos para gloria suya, provecho nuestro y honra de la que es la honra del cielo y de la tierra.

§. XI.—Que Maria es el carro triunfal de la gloria de Dios.

I. Debo este pensamiento á S. Gregorio Taumaturgo, quien despues de representar el carro triunfal que el profeta Ezequiel vió y describe en el capitulo primero de su profecia, se dirige á la gloriosa Virgen en estos términos: «Es claro, oh virgen santa, que entonces el profeta veia en figura bajo aquellas sombras místicas á tu amado hijo, á quien no hubieras podido llevar jamás, si no hubieses resplandecido en gloria y en virtudes (2).» Las pa-

(1) Tom. 2, serm. 61.

(2) Orat. de Annunitat.

labras de aquel grave y antiguo doctor servirán de introito á este discurso, en el cual procuraré figurar con la mayor claridad posible la admirable vision del profeta y luego hacer la aplicacion de todas sus partes á la madre de Dios.

Descripcion del carro de la gloria de Dios que vió Ezequiel.

II. Dice el profeta que estando en medio de los cautivos á la márgen del rio Cobar vió en espíritu un torbellino de viento que se levantó por el lado del Aquilon, y poco despues una nube muy densa, en medio de la cual columbró el carro de la majestad de Dios, admirable en todo su tren, porque era sostenido por cuatro grandes ruedas hechas de jacintos ó crisólitos, cada una doble ó por mejor decir cortada por otra rueda en dos ángulos rectos y en forma de cruz, como vemos en los dos coluros de una esfera; que es lo que el profeta quiere significar cuando dice que una rueda estaba dentro de la otra. Todas eran de una misma altura y de una misma hechura y andaban al mismo paso, segun eran gobernadas por los querubines, impelidas por el espíritu interior que las animaba, y conducidas por los ojos perspicaces de que estaban iluminadas por todas partes. Al lado de cada rueda habia un querubin. La Escritura los llama animales, porque tenian la figura ó á lo menos la cabeza de diversos animales. Cada uno de ellos tenia en medio de las espaldas una cabeza de hombre y sobre ella una cabeza de águila, como vemos en los escudos de armas. De sobre las mismas espaldas salia tambien por el lado derecho de la cabeza del hombre una cabeza de leon y por el izquierdo una cabeza de buey; de suerte que la principal cabeza, que estaba puesta derechamente en medio del cuerpo y miraba al lado hácia que estaba vuelto todo el cuerpo, era la cabeza de hombre. Así es que tenian cuerpo humano desde la cabeza hasta los pies, excepto que

estos se parecian á los de un novillo y tenian cada uno cuatro alas, dos de ellas modestamente plegadas para cubrir la parte inferior del cuerpo, y las otras dos extendidas para volar por el aire; lo cual hacian con tanta fuerza y rapidez, que parecia un torrente que se despeñaba sobre las rocas ó bien el reencuentro de dos ejércitos, en que no se oye mas que el sonido de los tambores y trompetas, el estruendo de las armas, el choque de las lanzas, el estampido del cañon, los relinchos de los caballos y las voces ó insultos de los combatientes. Este ruido solamente podia ser calmado por la voz del que estaba sentado sobre el firmamento; pero en cuanto él decía; Basta: todo se paraba. Aquellos animales misteriosos estaban encendidos como ascuas, y sus cuerpos estaban rojos como el hierro que se saca de la fragua. Sobre sus cabezas se veia un cielo de cristal mas brillante que el firmamento y sembrado de muchas estrellas hermosas: sobre él se habia colocado una silla hecha de un grueso zafiro, que era el trono del rey de gloria, cuyo cuerpo parecia de bronce hecho ascua. Así es que parecia tener un horno dentro del pecho. Estaba rodeado de una gran luz, en la cual los rayos reflejos de su rostro, del cuerpo de los animales, de las ruedas, del cielo y del trono formaban una mezcla de colores aparentes, muy semejantes á los del arco iris. Delante de él habia carbones encendidos en un gran escalfador en figura de incensario. Todo este tren caminaba con increíble celeridad contra la ciudad santa sin detenerse ó desviarse nada. Esto es en cuanto á la figura exterior: ahora penetremos el interior de los misterios.

La Virgen santísima es el carro de la gloria de Dios.

III. No hay mas que abrir la profecía de Ezequiel para conocer que lo que acabamos de contemplar, no era

otra cosa que el carro triunfal de la gloria de Dios (1); y aunque en este lugar está descrito mas particularmente que en ningun otro; sin embargo el que hojee los sagrados libros y especialmente los salmos LXXVII y LXXVI, el capitulo primero de los Cantares, el tercero de Habacuc y algunos otros lugares, hallará que Dios es representado como un gran emperador que camina en carro de triunfo y de magnificencia despues de derrotar á sus enemigos. En efecto así que alcanzó de Faraon aquella victoria tan señalada y le sepultó en el mar Rojo, mostró á Moisés el carro de su triunfo en el monte Sinai y le mandó sacar una copia y guardarla en el santuario, segun leemos en el capitulo XXV del Exodo. Que el arca de la alianza fuese el carro de la gloria y del triunfo de Dios, á mas de ser la opinion de los santos doctores, es fácil mostrarlo primeramente por la figura de la misma arca, que era sostenida sobre cuatro bolas doradas como sobre cuatro ruedas y estaba rodeada de querubines á manera de primeros capitanes y principales instrumentos de las conquistas de Dios, que llevaban las señales de la victoria ganada y las armas del príncipe vencedor: además era honrada con la majestad del triunfador, sentado en el propiciatorio como en el carro de marfil. En segundo lugar se muestra por el capitulo XXVIII del libro I del Paralipómenon, donde se dice que el rey Salomon puso en el templo unos querubines haciendo como un carro de cuatro ruedas, para dejar una semejanza del arca que se guardaba en lo antiguo en el tabernáculo de Moisés. Siendo esto así, tengo motivo de decir que entre todas las criaturas inferiores á Dios á ninguna podemos llamar con mas razon el carro de su gloria y de su triunfo que á la virgen María, porque si queremos seguir el pensamiento del Taumatúr-

(1) Ezeq. II.

go alegado al principio, ella sola mereció llevar al rey de la gloria encarnado, al único triunfador del mundo y de las potestades infernales. Si pasamos adelante, hallaremos que siempre fué el principal instrumento de las victorias del gran conquistador del cielo, como haré ver largamente en el tratado segundo; y lo que acaba de persuadirme á que merece mejor que nadie ser llamada el carro de la gloria de Dios, es que entre todas las criaturas ninguna la ha promovido mas que ella, ni ha dilatado mas los límites del imperio de aquel. Lo cual es tan cierto, que S. Bernardino de Sena dice para abreviar que si se llegara á poner en un monton el tributo de gloria que Dios recibe de sus criaturas, se veria claramente que lo que le redunda de las obras y excelencias de María sola, excede á cuanto saca de las otras juntas.

Las cuatro ruedas del carro misterioso.

IV. Pero penetrando mas en las particularidades del carro místico podria yo decir que las cuatro ruedas representan el movimiento rápido y continuo con que el alma de la Virgen era impelida á las obras en que se trataba de la gloria de Dios, casi de la misma manera que enseñaba Demócrito que Dios no era otra cosa que un espíritu encerrado en un círculo de fuego, mostrando así que la naturaleza divina está en un perpetuo movimiento de actos santos. También tendria derecho para tomarlas por los principales dones del Espíritu Santo, que la llevaban con una celeridad sin igual á todos los ejercicios de caridad y devocion. Las ruedas estaban una dentro de otra para mostrar, dice S. Ambrosio, que en los santos (digamos en la virgen Maria) todas las acciones eran de la misma medida y que la vida bienaventurada de que ahora goza, estaba ya como incluida en la vida virtuosa que

hacia en la tierra. Todas andaban á igual paso segun el impulso que recibian de los querubines y del espíritu interior que las movia, y siempre iban adelante sin retroceder ó desviarse para significar que la Virgen no se detuvo, ni divirtió jamás nada, sino que siempre adelantó á paso largo hácia la celestial Jerusalem, luego que recibió la primera moción del Espíritu Santo y de la gracia divina, que era como el espíritu que vivificaba su bendita alma. Eran hechas de jacintos ó crisólitos, porque las acciones de la Virgen purísima eran celestiales é iluminadas con los rayos dorados de una acendrada caridad. Estaban rodeadas de ojos como de otros tantos carbunclos, que eran los verdaderos simbolos de su vigilancia y de la circunspeccion con que obraba en todo.

Los cuatro querubines.

V. Los cuatro querubines que conducian el carro, serán si se quiere los espíritus bienaventurados, que tenían un cuidado particularísimo de la Virgen mientras caminaba por esta vida mortal, ó los cuatro evangelistas que fueron como los conductores del carro de la gloria del hijo y de la madre juntamente, ó si se prefiere, los estados principales de la iglesia; el de los profetas, apóstoles y evangelistas representado por el águila; el de los obispos, prelados y doctores figurado por el hombre; el de los mártires, confesores y vírgenes significado por el buey, que está destinado al sacrificio; y el de los emperadores, reyes y otros principes protectores de la iglesia denotado por el león, que es el rey de los animales. Todos estos estados siguen y acompañan por honor el carro de la gloria de Dios, y todos merecen el nombre de serafines, pues tienen las propiedades de ellos. Vuelan con dos alas, que son la fe y la ciencia, cuyo sonido asombra al universo y se oye hasta en los últimos confi-

nes de la tierra, y con las otras dos cubren la sabiduría humana, que se eclipsa delante de la de Dios. Van centelleando como relámpagos, porque en todas partes es conocido y admirado el resplandor de su doctrina y de su vida ejemplar. Son todo ojos y todo luces, porque el alma que se acerca á Dios, dice S. Macario de Alejandria, y es iluminada por la gloria de su hermosura, se vuelve toda radiante y perspícaz ahuyentando las tinieblas y la oscuridad. Por último si se quiere, serán las cuatro virtudes cardinales de María santísima que nunca la abandonaron, ó las cuatro calidades principales de la divina providencia, por quien era gobernada de continuo (1).

El cielo de cristal: el fuego.

VI. El cielo de cristal que brilla con mil preciosos diamantes y sobre el cual ha sentado el salvador del mundo su trono, puede tomarse por la altura y majestad del rey del cielo, ó por su dignidad real, ó por la potestad que recibió de su padre, ó verdaderamente por la gloria de su triunfo. El fuego que va delante de él, es una señal de su divinidad á juicio de todas las naciones del mundo y de todos los escritores sagrados y profanos.

El rey que va en el carro.

VII. Por último el príncipe triunfante que va en el carro, no es otro que el Verbo encarnado, cuyo esplendor

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur.—Puede senta á todos los santos que anunciaron, establecieron y decidirse además que siendo perfecto el número cuatro representaron el reino de Jesus y de María.

es tan grande y su gloria tan extraordinaria, que se asemeja al metal hecho ascua. ¿Veis en su seno ese fuego de amor y esa fragua de la divinidad que no puede extinguirse? ¿Notais que está todo inflamado en caridad? ¿Descubris el arco iris que hay al rededor de su trono, figura de la clemencia con que vino á nosotros no para aterrar al universo, sino para ser glorificado por los dulces efectos de su infinita misericordia?

VIII. ¡Oh carro y carretero de Israel! diré yo de buena gana y con mucho mas motivo que antiguamente el profeta Eliseo. ¡Oh carro mas reluciente que el cristal, mas brillante que el firmamento, mas santo que todos los altares del mundo y mas alto que el empireo! ¡Oh carro mil veces dichoso por haber tenido el honor de llevar al rey de la gloria y contener al que el cielo no puede contener! ¡Oh carro mucho mas admirable que el de Elias, que no fuiste empleado en transportar un hombre mortal á una region desconocida, sino que serviste para bajar del cielo á la tierra á un Dios inmortal á fin de que habitara entre nosotros! ¡Oh carro que eres el trono de todas las buenas almas que pasan de este valle de miseria, á la mansion de la eterna bienaventuranza, recibenos al fin de nuestra carrera para llevarnos al seno de la inmortalidad! ¡Oh conductor que gobiernas el carro del universo con las riendas de tu secreta, pero infalible providencia, y que elevaste el carro de tu gloria, esto es, á tu bienaventurada madre por caminos incomprendibles á los hombres y los ángeles! ¡Oh conductor en cuyas manos están nuestras haciendas y nuestras vidas, todo el bien que podemos esperar, dignate de recibirnos en el número de los que haces pasar entre los diversos azares de esta vida para encaminarlos al lugar donde eres visto y adorado con el Padre y el Espíritu Santo sin ningun término de duracion!

§. XII.—Que Maria es la corona de todos los santos.

I. Bien sé que este es uno de los titulos que la iglesia da al rey de la gloria encarnado; pero tampoco ignoro que es cosa ordinaria en la santísima Virgen como madre, esposa y reina gozar de los titulos y privilegios del rey su esposo y su hijo: además me veó autorizado por muchos santos padres que la honraron con ese nombre. S. Efren en un discurso compuesto en alabanza de esta señora la llama la corona de las virgenes y de todos los santos. S. Bernardino de Sena la llama la gloria y la corona de los justos (1). S. Buenaventura explicando estas palabras del salmo LXIV: *Benedicirás la corona del año de tu benignidad*; observa (2) que podemos distinguir tres clases de años muy diferentes entre sí. La primera es el año de paciencia, la segunda el de justicia, la tercera el de benignidad. La primera es para los que son ejercitados en este mundo, la segunda para los que son castigados en el otro, y la tercera para los que son premiados en el cielo. La primera se compone de dias y de noches: la segunda tiene una noche continua sin dia, y la tercera un dia continuo sin noche. Los dias y las noches del primer año son los buenos y los malos que andan la carrera de su peregrinacion mortal: las noches sin dia del segundo son los pecadores atormentados en el centro de la tierra; y los dias sin noche del tercero son los justos premiados en el cielo. En el primero son probados los buenos y los malos confundidos: en el segundo los malos separados de los buenos son castigados para siempre: en el tercero los buenos apartados de la com-

(1) T. 2, serm. 51, art. 2. (2) Speculi B. Virg., capite 12.

es tan grande y su gloria tan extraordinaria, que se asemeja al metal hecho ascua. ¿Veis en su seno ese fuego de amor y esa fragua de la divinidad que no puede extinguirse? ¿Notais que está todo inflamado en caridad? ¿Descubris el arco iris que hay al rededor de su trono, figura de la clemencia con que vino á nosotros no para aterrarnos al universo, sino para ser glorificado por los dulces efectos de su infinita misericordia?

VIII. ¡Oh carro y carretero de Israel! diré yo de buena gana y con mucho mas motivo que antiguamente el profeta Eliseo. ¡Oh carro mas reluciente que el cristal, mas brillante que el firmamento, mas santo que todos los altares del mundo y mas alto que el empireo! ¡Oh carro mil veces dichoso por haber tenido el honor de llevar al rey de la gloria y contener al que el cielo no puede contener! ¡Oh carro mucho mas admirable que el de Elias, que no fuiste empleado en transportar un hombre mortal á una region desconocida, sino que serviste para bajar del cielo á la tierra á un Dios inmortal á fin de que habitara entre nosotros! ¡Oh carro que eres el trono de todas las buenas almas que pasan de este valle de miseria, á la mansion de la eterna bienaventuranza, recibenos al fin de nuestra carrera para llevarnos al seno de la inmortalidad! ¡Oh conductor que gobiernas el carro del universo con las riendas de tu secreta, pero infalible providencia, y que elevaste el carro de tu gloria, esto es, á tu bienaventurada madre por caminos incomprendibles á los hombres y los ángeles! ¡Oh conductor en cuyas manos están nuestras haciendas y nuestras vidas, todo el bien que podemos esperar, dignate de recibirnos en el número de los que haces pasar entre los diversos azares de esta vida para encaminarlos al lugar donde eres visto y adorado con el Padre y el Espíritu Santo sin ningun término de duracion!

§. XII.—Que Maria es la corona de todos los santos.

I. Bien sé que este es uno de los titulos que la iglesia da al rey de la gloria encarnado; pero tampoco ignoro que es cosa ordinaria en la santísima Virgen como madre, esposa y reina gozar de los titulos y privilegios del rey su esposo y su hijo: además me veo autorizado por muchos santos padres que la honraron con ese nombre. S. Efren en un discurso compuesto en alabanza de esta señora la llama la corona de las virgenes y de todos los santos. S. Bernardino de Sena la llama la gloria y la corona de los justos (1). S. Buenaventura explicando estas palabras del salmo LXIV: *Benedicirás la corona del año de tu benignidad*; observa (2) que podemos distinguir tres clases de años muy diferentes entre sí. La primera es el año de paciencia, la segunda el de justicia, la tercera el de benignidad. La primera es para los que son ejercitados en este mundo, la segunda para los que son castigados en el otro, y la tercera para los que son premiados en el cielo. La primera se compone de dias y de noches: la segunda tiene una noche continua sin dia, y la tercera un dia continuo sin noche. Los dias y las noches del primer año son los buenos y los malos que andan la carrera de su peregrinacion mortal: las noches sin dia del segundo son los pecadores atormentados en el centro de la tierra; y los dias sin noche del tercero son los justos premiados en el cielo. En el primero son probados los buenos y los malos confundidos: en el segundo los malos separados de los buenos son castigados para siempre: en el tercero los buenos apartados de la com-

(1) T. 2, serm. 51, art. 2. (2) Speculi B. Virg., capite 12.

pañía de los malos son coronados eternamente. La bienaventurada Virgen es la corona de este tercer año de benignidad; digo la corona de todos los días de este año, porque es la corona de todos los santos de que se compone este año. Con efecto así como la corona se coloca sobre la cabeza del vencedor, de la misma manera la Virgen está sobre la cabeza de todos los santos, porque es mas ensalzada en gracia y en gloria que todos ellos. Y aunque hablando con propiedad, el Salvador es la corona mas alta y resplandeciente de los santos, Maria es su segunda corona puesta inmediatamente debajo de su hijo. Todo esto es de S. Buenaventura.

Dos significaciones principales de la corona.

II. Para tratar esta materia como conviene, desearia yo se tuviese en cuenta que la corona se ha empleado en todo tiempo para significar dos cosas principalmente, el honor y el regocijo. Del primero entiendo lo que está escrito en el capítulo V de las Lamentaciones de Jeremías, donde el rey Josías es llamado la corona de la cabeza de Israel, e igualmente los otros lugares donde se dice que la mucha experiencia es la corona de los ancianos (1); que la corona de los ancianos son sus hijos y la corona de los hijos sus padres (2); que la mujer diligente es la corona de su marido (3); y que los justos serán la corona de gloria en la mano del Señor y la diadema del reino en la mano de su Dios (4). Al segundo refiero las coronas de oro con que fue adornada la fachada del templo, quando Judas Macabeo mandó celebrar con una solemnidad singular la dedicacion del nuevo altar erigido por él (5), y generalmente todas las coronas que los antiguos usaban

(1) Eccli. XXV.

(2) Proverb. XVII.

(3) Ibidem XII.

(4) Isai. LXII.

(5) I Macab. III.

en los juegos y en los banquetes públicos y particulares. He querido notar esto para dar pie á este discurso, en el cual debo de manifestar que la madre de Dios es llamada la corona de todos los santos por esos dos títulos; es decir, porque es el honor de todos ellos y el regocijo de la ciudad santa.

La virgen es el honor del cielo y de los santos.

III. Digo que la Virgen es el honor del cielo y de los santos y lo digo con el Salvador, que la llamó la gloria de los ángeles y todos los santos, segun sabemos por las revelaciones de santa Brigida. El que instruía á ésta viuda bienaventurada, le declaró un día cómo Dios despues de haber precipitado en los infiernos á los ángeles rebeldes y haber confirmado en gracia y en gloria á los que perseveraron fieles, hizo ver á estos maravillas en el espejo de su divina faz. Con efecto les descubrió el principio de todas las cosas y la soberana esencia, de quien tienen la sabiduría, la agilidad, la fortaleza y todas las otras dotes que poseen. Además les aseguró que las sillas vacantes por la desobediencia de los espíritus rebeldes serian ocupadas un día por los hombres obedientes. Hizo reparasen en un trono que estaba elevado sobre todos los suyos á una distancia casi infinita; de suerte que les pareció casi imposible que hubiese otro mas cercano al trono de la majestad que él, y al mismo tiempo les dió á entender que aquel asiento estaba preparado para la madre del Verbo encarnado. Sobre ese mismo asiento descubrieron una corona tan resplandeciente, que conocieron que despues del rey de los reyes, honor y gloria del cielo, de nada recibia el paraíso mas esplendor y belleza que de aquella corona y de la que debia ceñírsela á sus sienes; y les fué advertido que la gloria que redundaba á Dios por haberlos criado, comparada con la que recibia de

esta noble criatura, no era mas que una chispa de lumbré en comparacion del sol. De esto sintieron tanto gozo, que eclipsó todo el que la memoria de su propia creacion podia haberles causado.

IV. Otra vez el mismo ángel hizo ver á esta santa el trono de Dios rodeado de coronas, entre las cuales habia tres de que su majestad parecia recibir mas honor y satisfaccion que de todas las otras. La primera era el poder con que habia criado á los ángeles en un estado de gracia y hermosura, de que habian caido por su propia culpa. La segunda la bondad con que habia producido al hombre en el estado de inocencia, del que fué derribado bien pronto así por su desobediencia como por la astucia de Satanás; y aunque el uno y el otro habian sido hechos para la gloria de Dios y se habian desviado del fin á que estaban destinados, la santa conocia claramente que su desgracia no mancillaba en nada el lustre del poder y la bondad de Dios, y aunque se hubiese oscurecido en algo, la tercera corona, que era la infinita sabiduria con que Dios habia preparado á la Virgen para restaurar las ruinas de los otros, tenia tanto esplendor, que podia reparar todo aquel estrago.

V. Estas coronas me traen á la memoria otra cuarta que fué mostrada á la misma santa, si no es mas bien la misma representada mas distintamente. Veia la santa á la madre de Dios vestida de una túnica de tela de oro mas resplandeciente que el sol y de un manto azul sembrado de estrellas. Llevaba la cabellera suelta á la espalda y en la cabeza una corona imperial con siete hermosas azucenas interpoladas de otras tantas piedras preciosas. Entonces S. Juan Bautista, que estaba junto á la santa viuda, le manifestó que la túnica de tela de oro denotaba la ardiente caridad de la Virgen; el manto azul la estimacion que habia hecho siempre de las

cosas celestiales y el desprecio de las perecederas; las siete azucenas su humildad, su temor filial, su obediencia, su paciencia, su constancia, su mansedumbre y su misericordia; las siete piedras preciosas el poder de excelencia que le fué comunicado que contiene en grado eminente las virtudes y calidades de todas las criaturas; la incomparable pureza que la hace singularmente amable al rey del cielo, admirable á los ángeles y á los hombres y terrible á los demonios; la sin igual hermosura por la que Dios es glorificado continuamente en el cielo y los bienaventurados llenos de regocijo; su maravillosa sabiduria que no da menos resplandor á los santos que el sol á las piedras preciosas, sobre que caen sus rayos; su fortaleza incomparable, que puede derribar en un instante todo lo que se opone á sus designios y elevar todo lo que juzga digno de honor; su gran claridad, que es como un manantial de luz que se derrama por todo el paraiso; en una palabra la plenitud del gozo de que está tan llena su bendita alma, que refluye sobre todos los amigos de Dios. Así con justísimo título la llama S. German la corona de gracia y la diadema de hermosura (1).

VI. ¿Quién podrá pintar dignamente el esplendor y la gloria que todo el cielo recibe de esta obra acabada de gloria? Seria necesario haberlo visto para decir algo, y aun creo que el que hubiera tenido esa dicha, enmudeceria de admiracion. La corona adornada de piedras preciosas no da mas gracia á la cabeza que la ciñe, que la Virgen causa honor y hermosura á cada uno de los bienaventurados. El sol no es nada respecto de las estrellas en comparacion de lo que ella es respecto de los ángeles. La luna no es tan gloriosa cuando hace

(1). Orat. de nativ. B. Virg.

su carrera entre los astros en una noche clara y serena, como la madre de Dios parece admirable y majestuosa en medio de los santos que son otras tantas joyas de su real corona. Sí, los santos, son otras tantas joyas engastadas en la corona de la reina del cielo, porque si el bienaventurado Simeon Saló estando para espirar fué convidado por un ángel para ir á recibir no una corona, sino tantas coronas como almas habia enderezado por el camino de la salud eterna, ¿qué habremos de creer de la madre de Dios, que abrió el paraíso á todos aquellos á quienes redimió el Salvador con su preciosa sangre? El abad Ruperto está admirable cuando aplica á la madre de todos los hijos de salvación aquellas palabras del esposo de los Cantares: «Ven del Libano, esposa mia, ven del Libano; ven, serás coronada de la cima de Amana, de la cumbre de Sanir y de Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos (1).» A juicio de aquel doctor es lo mismo que si dijera: los reinos de este mundo son otros tantos montes que sirvieron de guarida á los leones y leopardos, es decir, á los demonios y á las potestades del mundo, que no cedieron nada en fiereza á esos animales carnívoros; no obstante con la punta de esos peñascos ha de ser enriquecida tu corona, porque por medio de la creencia que tendrán en aquel que llevaste en tus sagradas entrañas, serán convertidos en piedras preciosas y verdaderos diamantes del paraíso. Su conversion será tu corona, de suerte que serás en el cielo la reina de los santos y en la tierra la reina de todos los reinos del universo, y donde quiera que se cante al rey de la gloria tu hijo lo que cantaba David: que fué coronado de gloria y honor y constituido sobre todas las

(1) Cantíc. IV, 8.

obras de sus manos; se publicará igualmente que eres la madre y la esposa de este rey coronado y por consiguiente la reina del cielo y de todos los reinos que le están sujetos. En esta consideracion los monarcas pondrán sus coronas á tus piés y te consagrarán sus palacios y estados, cesando así de ser lo que eran, es decir, cavernas de leones y leopardos.

La virgen Maria es el gozo de los santos.

VII. Si la Virgen es la corona de los santos por ser su honor y su gloria, no lo es menos por ser su delicia y gozo. A esto aludia el mártir Metodio cuando la llamaba nuestro gozo inefable (1): en esto pensaba S. Gregorio Nazianceno cuando la apellidaba la alegría de los hombres (2); S. Efren el recreo de los santos y el excelente ornamento de las jerarquías celestiales (3); S. Ildefonso el galardón inefable de los bienaventurados, que los mas visibles del pueblo de Dios consideran conticuamente sin poder hartarse de verte; S. Buenaventura el solaz, el gozo y el sumo bien de los ciudadanos del cielo despues de Dios (4). Esto movia á S. Ildefonso (5), á S. Anselmo (6), á Sofronio (7), á S. Pedro Damiano (8), á S. Bernardo y á otros muchos á decir que el día en que la Virgen entró en el cielo, colmó de gozo las moradas del paraíso, y que los sentimientos de este regocijo sin igual pasaron hasta la iglesia militante, la cual renueva anualmente la memoria de aquel día: que entonces el Salvador del mun-

(1) Orat. in Hypapante. (5) Serm. 2 de Assumpt.
 (2) Tragœd. de Christo p- (6) De excellentia Virg.,
 tiente. cap. 8.
 (3) Orat. de laudibus Virg. (7) In cantico: Te matrem
 (4) Lib. de virginitate Ma- Dei laudamus.
 ria. (8) Serm. de Assumpt.

do erigió su tabernáculo en medio del sol y se dejó ver de todos los de su casa mas gozoso y contento que el esposo en su tálamo nupcial: y que el cielo recibió un nuevo astro y un aumento de júbilo inexplicable. Esto hacia decir á S. Buenaventura (1) que no es el menor privilegio de la madre de Dios el ser objeto del mayor gozo de los bienaventurados en el cielo despues de su amado hijo y de la Trinidad augusta. Esto hacia decir al devoto Cesáreo que así como entre las criaturas ninguna iguala en santidad, en dignidad y en excelencia á María, así de todos los contentos que los santos reciben en el cielo, fuera del gozo de Dios, ninguno se aproxima al que les causa la vista y presencia de la reina de los ángeles. Esto hacia decir al docto Francisco de Mairon, llamado en su tiempo el doctor iluminado (2), que la estrella matutina prometida á los vencedores en el capítulo II del Apocalipsis no es otra que la vision de la benditísima faz de la virgen María (3).

VIII. Si oimos hablar al profeta Isaias, no parece sino que vino del paraíso para describir la magnificencia de la casa de Dios. «Sus ojos, dice, verán al rey en su hermosura (4).» Dios mismo en el capítulo VI de los Números prescribiendo á Aaron y á sus hijos la fórmula con que habian de bendecir al pueblo, no halla cosa mejor que desearles que esta: El Señor os muestre su rostro, os llene de sus bendiciones y vuelva hácia vosotros su cara.» Al contrario el mismo profeta Isaias increpando al impio que profana los lu-

(1) Specul. B. Virg., c. 16.

(2) Serm. de creatione animæ Virginis.

(3) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Este es el sol menor acompañado siem-

pre y fortalecido por el mayor y colocado ventajosisimamente en el firmamento de la gloria, donde le contemplan á su gusto las almas santas.

(4) Isai. XIII.

gares santos, le dice estas terribles palabras: «Atrás el impio; nunca sea admitido á ver el glorioso rostro de Dios.» A la verdad la vision de esta adorable faz es lo que hace la gloria del cielo: en ella encuentran los santos colmados sus deseos, y cuanto mas la contemplan, mas desean contemplarla. Esa es su suma felicidad, y si pudiera caer una sola gota de ella en los infiernos, al punto los convertiria en un paraíso. No obstante nuestro gran Dios despues de haberlo dado todo dándose á sí mismo quiso aun mostrar fuera de sí un rasgo de su grandeza poniendo en medio del cielo dos luminares y dos rostros tan acabados (hablo de los de la sacratísima humanidad del Verbo y de la virgen María), que la sola vision de estos dos objetos arroba á los bienaventurados y los hace olvidar cualquier otra hermosura criada.

IX. Cuando presentaron al rey Luis XI de Francia el retrato de la infanta doña Juana de Portugal, cuya mano pedia para su hijo Cárlos el delfin, así que le vió, se hincó de rodillas y adoró la infinita majestad de Dios, que habia producido una imágen tan parecida de su suma hermosura. Yo he conocido á un señor ilustre, que habiendo visto la efigie nuestra señora de la Anunciada de Florencia solia decir despues que una de las cosas por que se le hacia insufrible la idea del infierno, era por estar privado para siempre de la vista de aquella cuya pintura sola le habia robado el corazón. Y si el retrato de una criatura precedera ó mejor dicho de una belleza mortal tiene tanta influencia en nuestro ánimo; ¿qué será del original, cuyo menor atractivo no pueden retratar todos los pintores del mundo? Es cosa terrible decir á uno que no verá nunca la cara de Dios: esas solas palabras comprenden todo cuanto puede abismar á una alma en un piélago de dolor y desesperacion: de mi confieso que no sé qué haria si

fuera el desgraciado sobre quien cayese ese rayo. Ni aun quiero llegar á ese extremo: con solo que me dijese: Nunca jamás verás el agradable rostro de la madre de Dios; protesto que desde entonces aborreceria mi vida tanto como el infierno y que nada seria capaz de contener mis lágrimas y sollozos. Entregado al dolor pasaria el resto de mi vida en alguna cueva oscura siendo victima del pesar más profundo.

X. ¿No habrá aquí algun pecador empedernido que dé oídos á mis temores y considere profundamente que acaso le amenaza esta desgracia? ¿No piensas en esto, hombre relajado, que te has entregado á la incontinencia, que sigues el viento de las vanidades y que vives en la tierra lo mismo que si no hubiera cielo? ¿No consideras que si prosigues tu errado camino, no verás jamás á la madre de Dios triunfante y habrás de despedirte para siempre de la que con una sola mirada regocija al cielo, de la madre de dulzura y del objeto más amable que hay después de Dios, por contemplar á la cual una sola vez deberiamos de despreciar la vida con todos sus gustos? Acuérdomé haber leído en el Espejo de los ejemplos que un clérigo muy devoto de la virgen Maria tuvo tan ardientes deseos de verla, que no cesaba de importunarla ni de dia, ni de noche para que le mostrase su hermoso rostro, del que habia oido decir tantas maravillas. Al cabo le fué concedida su petición con la condicion de que después de verla perderia los dos ojos. No obstante la Virgen no fué tan rigurosa con él y se contentó con privarle de uno solo; lo cual le alentó á instarla otra vez para que le concediera el mismo favor á costa del ojo que le quedaba. Mas la Virgen no solo se le concedió, sino que le restituyó el ojo perdido en vez de quitarle los dos. Es verdad que todos los dones que vienen del cielo, son preciosos y no pueden estimarse bastante; sin embargo me parece que si á mí se me hubiera otorgado uno semejante, tendria

á dicha no abrir mas los ojos hasta que pudiera verla para siempre en el cielo sin temor de perderla y gozar de los verdaderos y sólidos gustos que causa á todos los bienaventurados.

XI. Voy á terminar este discurso refiriendo una cosa muy memorable que sucedió á santa Gertrudis. Estaba en visperas un dia de la vigilia de la Asuncion, y á medida que se cantaba la antifona *Tota pulchra es, esto es, eres toda hermosa*, vió al Salvador que tenia estrechada á su madre en sus brazos y le pareció que las mismas palabras que se cantaban en el coro, salian del corazon del rey de la gloria con ánimo de recordar á su buena madre las dulces é inocentes caricias que le hiciera en otro tiempo cuando la abrazaba con sus manitas, y probablemente se congratulaba con ella por su singular hermosura diciendo las mismas palabras de los Cantares. Tambien vió la santa que de aquel divino corazon salian como de un horno encendido un millon de estrellas que centelleaban al rededor de la Virgen santísima y le daban una gracia extraordinaria, y que muchas de ellas caian en el pavimento del cielo y eran recogidas por los bienaventurados con maravillosa alegría. El corazon de Gertrudis se estremecía de gozo cuando consideraba á los santos teniendo en sus manos aquellas estrellas, admirándose de su hermosura y bendiciendo mil y mil veces al hijo y á la madre. Entonces todos juntos empezaban el responsorio: *Que est ista*; y después comenzaba el Salvador el versículo: *Ista est speciosa*. Entonces fue advertido á santa Gertrudis que el corazon del principe de amor era como un instrumento melodioso y el Espíritu Santo le tocaba; de donde nacia un concierto de suave armonia que seria imposible imaginarse. Con esto queria Dios dar á entender á aquella alma justa que los santos del paraíso reciben gozos inefables de la gloria superabundante de su reina y madre.

XII. ¡Oh! ¿cuándo tendremos la dicha de ver estas maravillas y gozar de estas delicias? Pero ¿y quién sabe si seremos del número de esos? Así lo espero de tu bondad, oh madre de misericordia, y después de tantos beneficios de que te soy deudor eternamente, me atrevo á pedirte este como corona y complemento de los otros, y me prometo ser recibido por tu mediación en la compañía de aquellos que se ocupan por un especial deber en cantar siempre jamás tus alabanzas.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TÍTULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

Como he protestado desde el principio que no quiero indagar en este primer tratado otras excelencias, ni otras grandezas de la madre de Dios que las que le tocan tan solamente, sin apuntar siquiera aquellas que nuestro interés nos hace en cierto modo mas gratas, no traspasaré esos límites en este último capítulo, destinado únicamente á recopilar las obligaciones que por todos los títulos dichos tenemos de amarla, honrarla y servirla.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

No tengo ahora gana de aglomerar consideraciones para hacer amar á la Virgen santísima: prefiero que el espíritu humano dé rienda suelta á sus deseos y me diga qué objeto de amor puede apetecer una pura criatura que no se encuentre en ella con perfección. Con efecto, si pide hermosura, acuérdesese que en el capítulo VI la consideramos la mas hermosa y agraciada entre las hijas de Jerusalem y aun entre las hijas de los hombres. Si

quiere una índole excelente; sepa que la madre de Dios es la idea y el modelo de ella, bastando para prueba lo que nos dicen los doctores y dejamos citado en el mismo capítulo. Si se deleita en los frutos que nacen de un entendimiento aventajado como de un árbol bueno; lea lo dicho en el mismo lugar y hallará motivo de amar cordialmente á la que fué favorecida por Dios con tanta liberalidad. Si su voluntad es atraída por la virtud como por un fuerte iman; sabrá por lo poco que apunté en el capítulo X, que la virtud de esta señora remonta su vuelo mas que el águila real, siendo de admirar especialmente su singular humildad, su grandísima pureza, su mansedumbre, su afabilidad y su magnanimidad, que parece llevarse el precio entre las virtudes mas amables. Si pide nobleza; la de la Virgen santísima (hablo de la temporal) es tan gloriosa como la que mas, segun manifesté en el capítulo VI; y en cuanto á la espiritual es cosa cierta que el parentesco que tiene con las tres personas de la beatísima Trinidad, de que discurri en los capítulos I, IV y V, la ensalza indeciblemente sobre todo lo criado. Si teme ser sorprendido y quiere seguir el ejemplo de los otros verá pasar delante de él á los personajes mas eminentes de todos los siglos y á los ingenios mas aventajados del mundo tan inclinados á amarla, que el mayor pesar que tenían, era de amarla poco. ¿Qué mas puede desearse?

De las obligaciones que tenemos de honrarla.

¿Qué decis del arbitrio que discurrió para distinguirse uno de los hombres mas ambiciosos de que nos habla la historia? Aludo á Aman hinchado de soberbia, que aspirando á subir de un golpe al puesto mas eminente y visible aconsejó al rey Asuero vistiese la púrpura real á aquel á quien queria honrar, le pusiese la diade-

XII. ¡Oh! ¿cuándo tendremos la dicha de ver estas maravillas y gozar de estas delicias? Pero ¿y quién sabe si seremos del número de esos? Así lo espero de tu bondad, oh madre de misericordia, y después de tantos beneficios de que te soy deudor eternamente, me atrevo á pedirte este como corona y complemento de los otros, y me prometo ser recibido por tu mediación en la compañía de aquellos que se ocupan por un especial deber en cantar siempre jamás tus alabanzas.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TÍTULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

Como he protestado desde el principio que no quiero indagar en este primer tratado otras excelencias, ni otras grandezas de la madre de Dios que las que le tocan tan solamente, sin apuntar siquiera aquellas que nuestro interés nos hace en cierto modo mas gratas, no traspasaré esos límites en este último capítulo, destinado únicamente á recopilar las obligaciones que por todos los títulos dichos tenemos de amarla, honrarla y servirla.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

No tengo ahora gana de aglomerar consideraciones para hacer amar á la Virgen santísima: prefiero que el espíritu humano dé rienda suelta á sus deseos y me diga qué objeto de amor puede apetecer una pura criatura que no se encuentre en ella con perfección. Con efecto, si pide hermosura, acuérdesese que en el capítulo VI la consideramos la mas hermosa y agraciada entre las hijas de Jerusalem y aun entre las hijas de los hombres. Si

quiere una índole excelente; sepa que la madre de Dios es la idea y el modelo de ella, bastando para prueba lo que nos dicen los doctores y dejamos citado en el mismo capítulo. Si se deleita en los frutos que nacen de un entendimiento aventajado como de un árbol bueno; lea lo dicho en el mismo lugar y hallará motivo de amar cordialmente á la que fué favorecida por Dios con tanta liberalidad. Si su voluntad es atraída por la virtud como por un fuerte iman; sabrá por lo poco que apunté en el capítulo X, que la virtud de esta señora remonta su vuelo mas que el águila real, siendo de admirar especialmente su singular humildad, su grandísima pureza, su mansedumbre, su afabilidad y su magnanimidad, que parece llevarse el precio entre las virtudes mas amables. Si pide nobleza; la de la Virgen santísima (hablo de la temporal) es tan gloriosa como la que mas, segun manifesté en el capítulo VI; y en cuanto á la espiritual es cosa cierta que el parentesco que tiene con las tres personas de la beatísima Trinidad, de que discurri en los capítulos I, IV y V, la ensalza indeciblemente sobre todo lo criado. Si teme ser sorprendido y quiere seguir el ejemplo de los otros verá pasar delante de él á los personajes mas eminentes de todos los siglos y á los ingenios mas aventajados del mundo tan inclinados á amarla, que el mayor pesar que tenían, era de amarla poco. ¿Qué mas puede desearse?

De las obligaciones que tenemos de honrarla.

¿Qué decis del arbitrio que discurrió para distinguirse uno de los hombres mas ambiciosos de que nos habla la historia? Aludo á Aman hinchado de soberbia, que aspirando á subir de un golpe al puesto mas eminente y visible aconsejó al rey Asuero vistiese la púrpura real á aquel á quien queria honrar, le pusiese la diade-

ma en la cabeza y el cetro en la mano, le hiciese montar en el caballo del rey llevándole de la brida el primer príncipe de la corte y gritando en alta voz por las calles y en crucijadas de la ciudad que tal honra merecía aquel á quien el rey quería honrar (1). Verdad es que la ambicion le cegó cruelmente haciéndole presumir de su mérito hasta persuadirse que él era el único á quien Asuero quería conceder tanta merced; pero no se equivocó en su juicio al medir el verdadero honor por la estimacion que el monarca hace de una persona, y al persuadirse ser razonable que todos respeten á aquel á quien él comunica las insignias reales. Si se me dice que el príncipe puede engañarse y conceder su gracia y valimiento mas por inclinacion que por mérito, vendré en ello; pero á lo menos habrá que confesar que debemos este respeto al juicio que Dios, sabiduría infalible, hace de una persona, que la tengamos por digna de honor cuando él mismo la honra. A esta máxima me atengo para persuadirme de todo punto á que la madre de Dios merece toda suerte de honor, porque habiéndola honrado Dios, que es la primera regla de toda equidad, de tal manera que le reservó abeterno el primer lugar y la condicion mas honrosa entre las puras criaturas, la ensalzó hasta su parentesco y union, que es el punto mas alto de grandeza imaginable, dividió con ella la ventaja de que se gloriaba, de tener por hijo un Dios consustancial é igual á él, derramó en ella sin tasa las gracias y mercedes repartidas á los demás segun el orden de su bondad, la preservó á ella sola de la corrupcion general de todo su linaje para mostrarla como la rosa entre las espinas, le puso en la cabeza la corona real, y le dió la potestad de disponer de todo cuanto hay en sus

(1) Esther, V, VI.

dominios; ¿qué podemos alegar para resistirnos á honrarla? ¿No es preciso tener el alma de piedra para que no nos haga mella la autoridad del mismo Dios? Y cuando lleguemos á considerar que no solo quiso él honrarla personalmente, sino que además dió orden expresa á todas las criaturas de hacer lo mismo; cuando veamos á los príncipes del cielo dispuestos á manifestarle toda sumision, la venerable antigüedad con todos los personajes mas eminentes del mundo abatirse delante de ella, todas las órdenes en general reconocerla y pregonarla señora del cielo y de la tierra, todas las naciones del orbe andar á porfia entre sí sobre quién le tributará mas rendidos homenajes; ¿podremos presumir que Dios se equivocó al publicar esta ley ó censuraremos la fiel puntualidad con que los pueblos la obedecen? Concluyamos que es preciso haber perdido el juicio para no someter el suyo al de Dios y haberse despojado de todos los sentimientos de humanidad para negar el homenaje debido á aquella á quien llamamos con razon la hija del Padre, la madre del Hijo, la esposa del Espiritu Santo, la maravilla de la naturaleza, el prodigio de la gracia, el abismo de gloria, el centro de las obras de Dios, el blanco de sus designios, la imágen de sus perfecciones, la señora del cielo, la dispensadora de las gracias divinas, la única hermosa, la única sin mancha, la única santa, la única que de todo punto agradó al que puso su corazon en ella. Al uno y á la otra sea honor y gloria en los siglos de los siglos.

§. III.—De las obligaciones que tenemos de servirla.

¿Por qué no hemos de servirla, pues ella lo merece, la razon lo dicta, los ángeles lo hacen, los hombres lo procuran y Dios mismo no se desdeña de ello? Sí que lo merece, y me parece que habria yo adelantado muy

poco en los doce capitulos destinados á probar esta verdad, si mis lectores no hubiesen quedado persuadidos. Si que lo dicta la razon, porque ella lo merece y lo quiere asi Dios, que es la primera regla de la recta razon. De que lo quiere tenemos testimonios perentorios en tantas maravillas como ha obrado en el espacio de mil y quinientos años para inflamar nuestros corazones en el servicio de esa señora. Que los ángeles se emplean en ello lo atestan las historias, y si tuviéramos los ojos limpios, veriamos con qué respeto están delante de ella aguardando una mirada, una seña ó alguna demostracion de su voluntad para ejecutarla inmediatamente. En cuanto á los hombres de buena voluntad los hemos considerado con las luces de la razon, y hemos observado que en todas las regiones del mundo hacen lo posible no solo por servirla, sino porque la sirvieran los otros. ¿Puede decirse mas en esta materia sino que Dios mismo se bajó á servirla y lo hizo con una alegría y prontitud divina? A tí sea el honor y la gloria en los siglos de los siglos, oh Dios de soberana majestad, por habernos sugerido tantas industrias y medios de alabar y servir á la que escogió el nombre de tu humilde sierva por su primer título de honor, y especialmente por haberte dignado de abatirte hasta el extremo de darnos en tu propia persona el ejemplo de honrarla y servirla. Para poder seguir las huellas de mi señor y maestro desearia yo, oh santa señora, un corazon como el que pedia el rey Salomon, mas ancho que las orillas de uno y otro mar y mas capaz que el cielo empireo, y quisiera poder emplearle segun toda su capacidad en amarte, honrarte y servirte. En defecto de lo cual me postro á tus pies con toda humildad y te ofrezco de corazon todos los respetos y servicios que te tributaron é hicieron desde el principio del mundo los espíritus bienaventurados todos los descendientes del primer hombre, todos tus hijos mas amados,

todos tus siervos mas fieles y devotos, y particularmente los actos de infinito merecimiento que practicó á este efecto tu muy amado hijo: te ofrezco todos los modos imaginables de servirme que puedes aceptar, y desearia poder hacer yo solo todos esos servicios. Recibe este, aunque pequeño, de la mano y del corazon de uno de tus hijos mas obligados, y para que se te haga agradable pon el corazon que te le presenta, en el estado que le deseas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

TRATADO SEGUNDO.

LA CORONA DE PODER

DE LA MADRE DE DIOS.

Así como nunca hubo una cabeza mas digna de ceñir la diadema despues de la sabiduria encarnada que la de la reina del cielo, así no hemos de imaginarnos que una sola corona pueda igualar á la grandeza de sus méritos. La que hemos contemplado hasta aquí admirando su materia y estructura, no es mas que la corona de excelencia que le conviene en calidad de madre de Dios, sin referirse particularmente á nosotros. De aquí adelante consideraré otra que el mismo título le granjeó, y que no le da menos lustre á ella que dicha nos presagia á nosotros. Hablo de la corona de poder, en que se nos representan las grandezas del poder que recibió de Dios sobre toda la iglesia, es decir, primeramente sobre el salvador y redentor de nuestras almas, su gloriosa cabeza, y luego sobre todo su cuerpo místico, que no es otro que la iglesia, segun lo que está escrito en el capítulo XXIV del Eclesiástico, donde dice que su poder es sobre Jerusalem. Atribuyo á particular dicha que esta corona casi del diseño que yo la tenia, fuese traída del cielo

y mostrada á santa Matilde, virgen y hermana de santa Gertrudis no menos por el espíritu que por la sangre, la cual vivia unos trescientos años hace. Asistiendo un día la sierva de Dios al santo sacrificio, se le apareció nuestra señora con una rica corona en la cabeza, cuyos florones se inclinaban todos hácia el suelo, y en los hombros llevaba un manto real bordado de coronas iguales á la de la cabeza: la una tenia por divisa el gozo de los santos, la otra el socorro de los menesterosos, la tercera el refugio de los pobres y así de las demás. Por estas coronas como por un excelente modelo he formado una, cuya hermosura creo que arrebatará á los ángeles y á los hombres. Lo mas notable que tendrá, serán doce bellos florones vueltos al revés, es decir, doce grandezas de poder referidas todas al bien y contento de los hijos de la iglesia. Me figuro que el interés que tenemos en estos privilegios de la madre de Dios, nos hará mas agradable su conocimiento. En todo caso hallaremos poderosísimos motivos para aficionarnos á amarla, honrarla y servirla.

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO SEGUNDO.

CAPITULO I.

QUE LA VIRGEN MARIA FUE CRIADA SOLAMENTE CON MOTIVO Y POR EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y QUE DE OTRA SUERTE NO HUBIERA EXISTIDO JAMAS.

Que sin el pecado de Adam no hubiera encarnado jamás el Verbo divino.

ESTE discurso no puede subsistir sin que yo presuponga la doctrina mas recibida en todo tiempo en las escuelas de teología, aprobada por el angélico doctor, fundada en la sagrada escritura y en la autoridad de los santos padres y confirmada por la razon; á saber, que en cuanto nos es dado juzgar de los designios del cielo porque Dios mismo se dignó de revelarlo, nunca hubiera encarnado el Verbo eterno, á lo menos en virtud de la determinacion que Dios habia tomado desde el principio de enviarle á la tierra, si el pecado del primer hombre no hubiese dado ocasion á ello. ¿De quién podríamos esperar mas aclaracion en este punto que del mismo Verbo encarnado, el cual dando cuenta de su mision en el capítulo XIX de S. Lucas sienta que el hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido? Y en el capítulo III de S. Juan dice que de tal manera amó Dios al mundo, que le dió su unigénito hijo, para que todos los que creyesen en él, no pereciesen, sino que tuviesen la vida eterna. Fiel es esta palabra, dice S. Pablo (1), y digna de toda aceptacion: que Jesucristo vino á este mundo para salvar á los

(1) I Ad Timot. I, 45.

pecadores. Lo mismo leemos en otros muchos lugares, que no quiero multiplicar: S. Agustin, el águila de los ingenios, citándolos y examinándolos (1) confiesa estar plenamente convencido de que el Salvador no vino á este mundo, ni tomó el traje de siervo, ni se hizo obediente hasta la cruz para otro fin que para restituir la vida con este ardid de misericordia á los miembros cuya cabeza es, libertar á los cautivos y alumbrar á los ciegos.

II. ¿No está bien claro el símbolo de Nicea, cuando dice que bajó del cielo á la tierra por nuestra salud? ¿No dice S. Dionisio areopagita que vino para reparar la naturaleza humana decaída de las promesas divinas (2)? ¿No sostiene claramente S. Ireneo que si no hubiera habido hombres que redimir, el Verbo divino no se hubiese hecho jamás hombre (3)? ¿No afirma Orígenes que si no hubiera entrado el pecado en el mundo, el hijo de Dios no se hubiese hecho jamás cordero para ser inmolado, sino que habria permanecido tal como era en el principio con su padre (4)? Estas palabras tienen fuerza no solo para excluir el estado pasible de nuestro Señor, no existiendo el pecado, sino tambien para desechar absolutamente cualquier otra condicion que hubiera podido escoger fuera de la que le convenia por el derecho de su nacimiento eterno. Con igual claridad habla S. Atanasio cuando dice que la necesidad del hombre se adelantó al nacimiento temporal de Dios y que sin tal ocasion nunca le hubiéramos visto tomar nuestra carne (5). ¿Qué otra cosa quiere decirnos nuestra santa madre la iglesia, cuando canta que el pecado borrado por la muerte de nuestro Señor era necesario? Porque ¿qué necesidad

(1) Lib. 4 de peccatorum
meritis et remissione, cap. 26
et 27.
(2) De cœl. hierarch., c. 3.

(3) Lib. 5, cap. 14.
(4) Hom. 24 in Numeros.
(5) Serm. 3 contra arianos.

podia haber de un fruto tan malo como el pecado sino á fin de que sirviese al rey de la gloria de motivo para bajar del cielo á la tierra? ¿Qué aprecio debemos de hacer de los sabios pareceres de S. Gregorio Nazianceno (1), S. Ambrosio (2), S. Agustin (3), S. Gregorio Magno (4), S. Leon (5), santo Tomás (6) y la mejor parte de los doctores escolásticos, que enseñan y predicán lo mismo! ¿Qué peso debe de tener en esta materia como en cualquier otra la consideracion de S. Gregorio Niseno, el cual dando la razon de por qué no vino el Salvador del mundo hasta pasados cuatro mil años, dice que era preciso que el pecado sembrado y multiplicado por el enemigo brotase antes, y que el mal que causaba fuese conocido, para que bajando Dios del cielo pusiese la segur á la raiz del árbol y derribase de un golpe el tronco, las ramas y los frutos? Porque si prescindiendo del pecado no hubiera dejado el hijo de Dios de tomar nuestra naturaleza para descubrir así la grandeza de su amor y servirnos de maestro y ejemplar, ¿no era muy conveniente que viniese al principio del mundo para que no estuvieran privados los siglos de la luz de su doctrina celestial? Demás ¿es probable que fuese á esconderse en un rinconcito de la Judea, cuando debia á la manera de un sol resplandeciente despedir por donde quiera los agradables rayos de sus divinos atractivos? Bien sé que sin apartarme de la verdad católica no puedo negar que vino tambien por las razones apuntadas, es decir, para enseñarnos con su palabra y guiarnos con sus ejemplos; pero tampoco ignoro que esas mismas razones fueron las accesorias del motivo principal que le trajo del cielo, y

(1) Orat. de Nativit.
(2) Orat. de Incarnationis
dominic. sacram., c. 6.
(3) Serm. 8 de verb. apost.

(4) In lib. I, Reg., l. 4, c. 4.
(5) Serm. 3 de Pentecost.
(6) P. 3, q. 4, art. 3.

que faltando este, los otros no hubieran tenido nunca tanta influencia sobre él.

III. Esta es la causa por qué la escritura santa en muchos lugares hace alarde del testimonio de la incomprendible bondad de Dios, el cual bajó del cielo por sus enemigos y murió por los que no debían de esperar de él más que la muerte. «En esto se mostró, dice el discípulo amado (1), la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió al mundo su hijo unigénito para que vivamos por él.» Estas son las riquezas de la bondad y de la gloria de Dios según dicho de S. Pablo (2). Esta es la bondad inexplicable que dice el mismo apóstol se manifestó á todos los hombres (3). Esto es lo que publican los ángeles, lo que admiran los santos, lo que adoran los serafines: este es el asunto de los mas excelentes panegíricos que se entonarán en el cielo mientras dure la memoria de este beneficio, mientras haya un Dios encarnado y se salven los hombres por este medio.

Que nunca hubiera existido la Virgen santísima si no hubiese encarnado el Verbo divino.

Primera razon.

IV. Presupuesta esta verdad, digo que así como á no haber mediado el pecado el Verbo divino no hubiera tomado jamás nuestra naturaleza, á lo menos en virtud del decreto eterno que nos ha sido manifestado, de la misma manera si no hubiera habido Jesucristo, tampoco habria habido María, ni habria existido sino en el número de las criaturas posibles. La primera razon de esta verdad la saco de la autoridad de la Escritura y de los santos pa-

(1) Joan. IV.
(2) Ad rom. IX.]

(3) Ad tit. II, 11.

dres, que enseñan haber sido hecha expresamente para servir al Verbo encarnado, según se ve por las palabras del capítulo VIII de los Proverbios, donde se dice: *El Señor me crió el principio de sus caminos*; palabras que la iglesia aplica á la virgen Maria. Con efecto si tienen algun peso en este sentido, hay que confesar por necesidad que el principal designio de Dios en la creacion de Maria fué para emplearla en la restauracion de sus obras, según dije de paso en el capítulo II del tratado anterior y haré ver largamente en este; es decir, para el servicio y asistencia del que debia de ser el gran artífice de nuestra reparacion. De aqui colijo que llegando á faltar la principal causa de la creacion, no habria tenido jamás la tierra la dicha de gozar de su deseada presencia. Y aunque no sea mi intento insistir mucho en las palabras crear y creacion que el Espíritu Santo no empleó sin motivo en este pasaje; no obstante atendiendo á que los santos padres las usan tantas veces cuando se trata de la produccion de la Virgen, confieso que me siento obligado á creer que conocieron en ellas alguna virtud particular y que creyeron que la madre de Dios no habia sido sacada de la carne de Adán pecador, sino que por un decreto posterior á la prevision de su caída fué designada y formada expresamente para el Verbo encarnado. Proclo de Constantinopla, uno de los padres que tan denodadamente defendieron el honor de Maria en el concilio de Efeso, usó de esa palabra en una oracion de la natividad del Salvador pronunciada en el mismo concilio, y dijo que la que nuestro Señor habia criado sin mancha no podia mancharle comunicándole nuestra naturaleza. S. Isidoro en su misal muzárabe en la fiesta de la Asuncion dice asimismo que Dios la habia criado tan pura, que podia libremente pasar por ella sin ofender la singular pureza que le habia dado. S. Anselmo usa indistintamente de las palabras concepcion y crea-

cion al tratar de la Virgen (1). La iglesia hablando de ella dice que dió de mamar con sus sagrados pechos al que la crió. Pero nada me parece de tanta fuerza como una expresion de S. Bernardo dicha no al acaso, sino de propósito deliberado y con particular estudio. Habiendo sentado que como quisiese hacerse hombre el que habia hecho al hombre, debía de escoger entre todas las mujeres una que le fuese muy agradable y adecuada á su calidad, se corrige al punto como si no hubiera hablado de una manera conveniente y dice: «Pero ¿qué hablo de que debía de escogerla? Digamos mejor que debía de criarla de nuevo (2).» Y á la verdad no convenia de ningun modo á la majestad del que nacia de ella, que fuese como una casa renovada y acomodada á los usos del Verbo encarnado: la razon requeria que fuese hecha por formal mandato de Dios y solamente para un fin tan noble. Así lo entendió el concilio de Basilea, cuando dijo en la sesion LVIII que la fabricó el hijo del Padre para que fuese su madre en la tierra. El devoto Idiota dice aun con mas precision (3) que fué hecha para que Dios habitase en ella como en su templo. ¿Y para qué habia de haber sido criada María, dice S. Efren, si no habia de haber Dios encarnado (4)? Paréceme que S. Juan Damasceno tiene una gracia particular cuando le habla en estos términos: «Tu vida excede los límites de la naturaleza no tanto por tu propia consideracion (porque no fuiste hecha para tí), sino por respeto de aquel por quien la recibiste, para servir á la salvacion del mundo y al designio eterno de la encarnacion del Verbo divino y de nuestra deificacion (5).»

(1) Hom. 2 de Con. ept., citada por Juan Bacon in 4. d. 2. q. 3. art. 2.

(2) Hom. 1 in Missus.

(3) Comt. de B. Virg., c. 20.

(4) Serm. de transfigur. Christi.

(5) Orat. 1 de Nativ. Virg.

Segunda razon.

V. La segunda prueba se toma de que los santos padres dicen unánimes que la Virgen santísima fué criada para reparar las ruinas que habia causado la primera mujer, y ayudar á edificar un mundo nuevo. Mas adelante citaré una muchedumbre de ellos: por ahora me contento con acotar dos solamente. El primero es el humilde Idiota, quien dirige estas palabras á la Virgen: «Oh felicísima Virgen, tú eres la obra acabada del gran artífice del universo despues de aquel que maravillosamente fué unido á nuestra naturaleza, porque fuiste hecha para reformar la primera obra de sus manos, que se habia viciado por su culpa. Al principio deseoso el gran arquitecto de restaurarla puso los ojos en la naturaleza angélica, y vió que en parte habia caído: despues consideró la nuestra y la halló toda corrompida: hasta aquella que es puramente corpórea, todo lo habia viciado el pecado del hombre. Esto le hizo resolverse á criarte, oh Virgen santísima, para que por medio de tu benditísimo fruto fuese reparada la naturaleza angélica, renovada la nuestra, y la que es inferior á nosotros, se librase de la servidumbre á que la habia reducido el pecado (1).» No pudiera este doctor haber hablado mas claramente en pro de la proposicion que he sentado. Pero ¿no diria uno que á S. Pedro Damiano le pasó el mismo pensamiento por la mente, cuando dijo que Dios habia criado á la Virgen para descansar en ella despues de la triste jornada de los ángeles y los hombres, es decir, despues de la lastimosa rota que el pecado habia causado en una y otra naturaleza? Y nótese que la resolucion de criar á la virgen

(1) De contempl. B. Virg., c. 11.

María se tomó despues del descalabro general del pecado y por consiguiente despues de haber determinado Dios enviar su hijo para la redencion de los hombres.

Tercera razon.

VI. En tercer lugar hago no poco caso de lo que afirman los santos doctores de comun consentimiento; que fué criada particularisimamente para bien y provecho de los pecadores; porque de ahí se sigue que la creacion fué decretada despues de la prevision del pecado. De esta consideracion se vale S. Anselmo (1) para infundirnos confianza de acudir á ella sin ningun temor; y el ilustre mártir inglés Tomás Moro afirma que hay un parentesco muy estrecho entre María y el pecador, porque asi como ella recibió con motivo de este lo mejor y mas excelente que tiene, de la misma manera si el pecador recibe alguna gracia del cielo, es necesario no solo que María la conceda, sino que la solicite y obtenga.

Cuarta razon.

VII. En cuarto lugar me fundo en que las sagradas escrituras y los doctores de la iglesia por lo comun representan á Jesus y á María no como dos criaturas de la tierra, sino como dos personas venidas del cielo. S. Pablo lo dice claramente del Salvador. Asi como el primer hombre es terreno (son sus palabras), porque tuvo su origen de la tierra, asi el segundo es celestial, porque tiene su nacimiento del cielo. Lo que el Apóstol dice de Jesus, S. Ambrosio lo atribuye proporcionalmente á María, diciendo: «María es una pieza escogida que Dios no encontró en la tierra,

(1) De excellentia Virg., cap. 4.

sino en el cielo, para que por su medio viniere él á la tierra despues de haberla consagrado como un templo de castidad (1). A esto mismo hacia relacion el abad Ruperto cuando llamaba á nuestra señora la hija sola de su madre (2), es decir, de la única que puede concebir hijos libres, hijos no de la corrupcion de la carne, sino de la integridad de la fé. S. Máximo, arzobispo de Turin, discurre muy acertadamente á este propósito, cuando examinando lo que se dice en el capítulo XVI del Exodo sobre que se engendraban gusanos del maná, se expresa así (3): «Del maná sale el gusanillo, y Jesus nace de María, que es un verdadero maná á causa de su sutilidad, su hermosura, su dulzura y su virginidad; pero especialmente de su origen, porque cae del cielo mas dulce y agradable que la miel á todos los pueblos de la iglesia. Si su origen es celestial, tambien lo es su trato y su retiro, su accion y su contemplacion, sus virtudes y méritos, su vida y su muerte, en una palabra todo cuanto pensó, dijo y obró.

VIII. Si tal vez alguno quisiere atajarme y poner dificultad en reconocer la extraccion celestial de la Virgen santísima, atendiendo á que nadie duda que es verdadera hija de Adam y Eva; le responderé por boca del sapientísimo y elocuentísimo obispo de Nazianzo. Este santo doctor habiendo hecho mencion de las diferencias que hay entre la medicina corporal y la espiritual, empieza á declarar en su primera apologia los extraordinarios medios de que se valió el soberano médico de las almas para curar nuestras enfermedades. «Con esta ocasion, dice, la divinidad se anonadó y se unió á la carne, y de la maravillosa union de Dios y del hombre se hizo un solo hom-

(1) De institut. Virg., c. 5.

(3) Homil. de dominica in

(2) Lib. 6. in Cantic.

Ramis.

bre Dios, para que tuviese el medio de reunir todas las cosas. Así fué formada una alma obediente para la reconciliacion de la que se habia sustraído del mandamiento de Dios: un cuerpo purísimo é inocentísimo se expuso á todo rigor para pagar las delicadezas del sensual y del pecador: el segundo Adam vino á la tierra para levantar al primero, y el hombre en quien el pecado no podia nada, fué prendido para libertar al que se habia hecho esclavo del mismo pecado. De esta manera fué substituído el nuevo en lugar del antiguo, y este fué restaurado por aquel, que lo pagó todo precio por precio y deuda por deuda. Así un nacimiento fué aceptado por otro, una virgen por una mujer, Bettehem por Eden y un establo por un jardin. «El santo doctor no quiere decir otra cosa sino que del veneno mismo que lo habia corrompido todo, se hizo la triaca que sirvió para restituir la salud, y que siendo nuestra concepcion la puerta por donde se introducian la muerte y el veneno, se halló otra concepcion (hablo de la de la Virgen), que no diferenciándose de la nuestra mas que tocante al pecado empezó á remediar el contagio general de nuestro linaje. Para esto sirvió que la madre de Dios fuese concebida y naciese de la manera ordinaria que los demas, no obstante que era digna de una concepcion y de un nacimiento celestiales.

Quinta razon.

IX. Finalmente podemos prevalernos para prueba de esta verdad de la observacion que hacen los santos doctores; á saber, que entre todas las criaturas racionales ninguna tiene tanta obligacion á nuestro señor Jesucristo como su santa madre no solo por los incomparables favores de gracia que recibió, sino porque es la única que le es deudora de su ser y creacion, porque conviene te-

ner presente que habiendo sido anterior la voluntad resuelta de darnos el ser á la determinacion que Dios tomó de encarnar á su amado hijo, no podemos decir que hayamos sido producidos en consideracion de Jesucristo, que no estaba aun entonces en la idea de Dios. Esta es la doctrina de S. Agustin; quien escribiendo contra el hereje Pelagio habla de esta manera en su epistola 113: «Desengañense los corazones cristianos y persuádanse á que la gracia predicada tan abiertamente por el Apóstol no es la que recibimos en la creacion para ser hechos hombres, sino aquella por que fuimos santificados para ser hechos justos, porque no hemos de creer que Jesucristo murió por los que no eran para que fuesen criados, sino por los que eran impíos para que fuesen justificados.» Mas por lo que toca á la Virgen santísima no fué absolutamente así, porque como no fué elegida por el Verbo divino para que fuera su madre, hasta que él aceptó el ser encarnado, pudo recibir y con efecto recibió de él el ser con cuanto depende del mismo, porque desde entonces comenzaron á tener valor sus méritos; de suerte que la primera gracia que se le concedió bajo este respecto, fué la eleccion, creacion y predestinacion de la Virgen santísima. ¿Sería esto lo que quiso decir el santo arzobispo de Toledo citado por mí en el tratado primero, cuando se postraba á los pies de esta gloriosa señora llamándola por respeto y admiracion el único fruto de la redencion? Con efecto ¿por qué habia de ser el único, cuando la redencion del mundo fué tan abundante y eficaz de todas maneras, sino porque ella fué la única que debió todo cuanto era sin excepcion á la gracia del Redentor? ¿La llamaria S. Dionisio Alejandrino por el mismo motivo la única hija de la vida, como reconociendo que ella sería no solo en términos de gracia, sino en materia de naturaleza la hija del que dijo que él es el camino, la verdad y la vida?

X. De cuanto he discurrido hasta aquí, se sigue pri-

meramente que lo que se ha dicho de la Virgen, que de tal suerte fué criada con motivo del Salvador, que sin él no hubiera existido jamás, no es de ningún modo en detrimento suyo, atendiendo á que el mismo Verbo encarnado no es menos estimado de nosotros por haber sido hecho únicamente con ocasion del pecado. Por mi parte estoy tan lejos de rebajar en nada por esta consideracion el aprecio que debo de hacer de la santísima Virgen, que al contrario tomo de ahí un motivo muy particular de honrarla, porque aprendo á mirarla como á una obra toda divina, que el mundo no hubiera merecido ver jamás, si no hubiese sido conservada para un designio tan excelente.

XI. En segundo lugar se sigue, segun apunté ya en el tratado primero, que Jesus y Maria están de tal modo unidos entre sí, que no hay medio de separarlos ó de considerarlos el uno sin la otra. Jesus es concebido de Maria, y Maria es concebida para Jesus. Jesus no quiere ser mas que por Maria, y Maria no puede ser mas que para Jesus. Quien dice Jesus, dice el hijo de Maria, y quien dice Maria, dice la madre de Jesus, madre elegida por haber desechado él todas las hijas de Adán que estaban comprendidas en el primer designio de Dios. Jesus se parece enteramente á Maria, y Maria es trazada naturalmente por la idea de Jesus. Tal es la doctrina del devoto abad de Bonaval Arnoldo de Chartres en el libro que compuso de las alabanzas de la Virgen. Así nadie se admire si de aquí adelante los ve ir juntos, porque lo restante de este tratado está destinado á representar las extraordinarias semejanzas que tienen entre sí, semejanzas tanto mas estimables, cuanto que todas terminarán en nuestro bien.

PRIMERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO II.

QUE ELLA SOLA TUVO EL PODER DE ATRAER A LA TIERRA EL VERBO DIVINO.

Comienzo las grandezas del poder de la madre de Dios por el que tuvo sobre Dios mismo, es decir, sobre el Verbo encarnado, porque despues que sea conocido, tendré mucho mas motivo para decir de ella que el ángel del patriarca Jacob, que si fué fuerte contra Dios, ¿cuánto mas prevalecerá contra los hombres ó mejor dicho contra todos los enemigos de los hombres? Debemos de esperar grandes sentimientos de dulzura de este tratado, con tal que nuestros espíritus estén dispuestos á recibirlos, y este primer tratado nos dará la fruicion anticipada de ellos.

§. I. — Que sola la Virgen fué hallada digna de atraer del cielo al Verbo divino.

I. El profeta Isaias propuso un excelente problema en estos términos: ¿Quién levantó del Oriente al justo y le llamó para que le siguiera (1)? Algunos lo interpretan del patriarca Abraham y otros del rey Ciro; pero S. Gerónimo, S. Cirilo y Procopio de Gaza (2) lo entienden mas acertadamente del Salvador, á quien Je-

(1) Isai. XLI.

(2) Todos en la exposicion del capitulo citado de Isaias.

meramente que lo que se ha dicho de la Virgen, que de tal suerte fué criada con motivo del Salvador, que sin él no hubiera existido jamás, no es de ningún modo en detrimento suyo, atendiendo á que el mismo Verbo encarnado no es menos estimado de nosotros por haber sido hecho únicamente con ocasion del pecado. Por mi parte estoy tan lejos de rebajar en nada por esta consideracion el aprecio que debo de hacer de la santísima Virgen, que al contrario tomo de ahí un motivo muy particular de honrarla, porque aprendo á mirarla como á una obra toda divina, que el mundo no hubiera merecido ver jamás, si no hubiese sido conservada para un designio tan excelente.

XI. En segundo lugar se sigue, segun apunté ya en el tratado primero, que Jesus y Maria están de tal modo unidos entre sí, que no hay medio de separarlos ó de considerarlos el uno sin la otra. Jesus es concebido de Maria, y Maria es concebida para Jesus. Jesus no quiere ser mas que por Maria, y Maria no puede ser mas que para Jesus. Quien dice Jesus, dice el hijo de Maria, y quien dice Maria, dice la madre de Jesus, madre elegida por haber desechado él todas las hijas de Adán que estaban comprendidas en el primer designio de Dios. Jesus se parece enteramente á Maria, y Maria es trazada naturalmente por la idea de Jesus. Tal es la doctrina del devoto abad de Bonaval Arnoldo de Chartres en el libro que compuso de las alabanzas de la Virgen. Así nadie se admire si de aquí adelante los ve ir juntos, porque lo restante de este tratado está destinado á representar las extraordinarias semejanzas que tienen entre sí, semejanzas tanto mas estimables, cuanto que todas terminarán en nuestro bien.

PRIMERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO II.

QUE ELLA SOLA TUVO EL PODER DE ATRAER A LA TIERRA EL VERBO DIVINO.

Comienzo las grandezas del poder de la madre de Dios por el que tuvo sobre Dios mismo, es decir, sobre el Verbo encarnado, porque despues que sea conocido, tendré mucho mas motivo para decir de ella que el ángel del patriarca Jacob, que si fué fuerte contra Dios, ¿cuánto mas prevalecerá contra los hombres ó mejor dicho contra todos los enemigos de los hombres? Debemos de esperar grandes sentimientos de dulzura de este tratado, con tal que nuestros espíritus estén dispuestos á recibirlos, y este primer tratado nos dará la fruicion anticipada de ellos.

§. I. — Que sola la Virgen fué hallada digna de atraer del cielo al Verbo divino.

I. El profeta Isaias propuso un excelente problema en estos términos: ¿Quién levantó del Oriente al justo y le llamó para que le siguiera (1)? Algunos lo interpretan del patriarca Abraham y otros del rey Ciro; pero S. Gerónimo, S. Cirilo y Procopio de Gaza (2) lo entienden mas acertadamente del Salvador, á quien Je-

(1) Isai. XLI.

(2) Todos en la exposicion del capitulo citado de Isaias.

remías llama el Señor nuestro justo (1). El problema pareció tan difícil, que casi se tardaron novecientos años en responder á él, y entretanto el mundo esperaba esa alma justa tan querida del cielo, que envió á la tierra el Verbo divino con motivo de ella. Por fin despues de cuatro mil años de la creacion del mundo se halló una virgen llamada Maria, capaz de satisfacer á esta pregunta diciendo con el Eclesiástico: «Yo he obrado esta maravilla y he hecho que naciese en las tinieblas una luz indeficiente» (2).

II. No hay que buscar otra, dice S. Juan Damasceno (3), porque ella nos descubrió el abismo insondable de la buena voluntad de Dios. «Ella es, dice el eximio S. Agustin, la que habiéndose remontado sobre el cielo con un vuelo animoso atrajo á la tierra el Verbo divino, que reposaba en el principio en el seno de su eterno padre.» «Ella es, dice en otro lugar (4) hablando á Dios, la única, que mereció recibir y concebir juntamente á nuestro Verbo como su trono y casa real, segun te dignaste de enseñarnoslo por diversas figuras y oráculos emanados de la sagrada boca de tus patriarcas, profetas y apóstoles, á quienes creemos por amor tuyo y por la seguridad infalible que tenemos de no haber sido engañados jamás por ti.» «Ella es la única, dice el santo arzobispo de Ravena (5), que contiene á aquel á quien todo el mundo no puede contener.» «Ella es la única, dice S. Andrés de Candia (6), que sobre todas las reglas de la naturaleza fué escogida para renovar la naturaleza y servir al artifice del universo.» «Ella es la única, dice S. Ambrosio (7), para quien fué guardada la feliz nueva: así muy atinadamente es la

(1) Jerem., cap. XXIII.

(2) Eccli., cap. XXIV.

(3) Orat. de Assumpt.

(4) Orat. de Assumpt.

(5) Serm. 143.

(6) Serm. de Assumpt.

(7) In Luc.

única llamada llena de gracia, porque á ella sola estaba reservada la merced de recibir al autor de la gracia.» Esto es sin duda lo que quiso significar el nuncio celestial cuando le dijo: «Has hallado gracia delante del Señor. «Pero ¿qué gracia? dice el devoto S. Bernardo (1). La que ella deseó y nadie antes de ella pudo hallar; la que debe de facilitar la paz entre Dios y el hombre, destruir la muerte y reparar la vida.» «¿Qué gracia? dice S. Andrés de Candia (2). La que Sara no recibió, la que no se concedió á Rebeca, la que Raquel no conoció, la que Ana, madre de Samuel, no mereció jamás, ni su competidora Fenenna.» «¿Qué gracia? dice S. Pedro Crisólogo (3). Una gracia tan eminente, que el mismo ángel que trae la nueva, se admira al considerar que una mujer sola tenga valimiento para hallar la vida en su origen, ó que sea preciso que todos los hombres la encuentren por su medio.» «Pero ¿qué gracia? dice el mismo en otro lugar. La que llenó el cielo de gloria, hizo ver á Dios en la tierra, dió la fé á todas las naciones, causó la muerte á los vicios, ordenó nuestras vidas y restauró las buenas costumbres; la que fué cometida al ángel y enviada á la Virgen para la salud de todos los siglos.» «¿Os admirais, dice el docto obispo de Ostia (4), de que nadie sino esta santa alma haya podido atraer Dios á la tierra? Mirad por todas partes y ved dónde se hallará otra en quien podais fijar los ojos. Tal vez la buscareis entre los ángeles; pero ¡ay! no estuvieron exentos de desorden y perfidia. Si registrais las constelaciones y estrellas del cielo; las unas caen de su puesto, otras se eclipsan, otras se tiñen de sangre. Bajad á la esfera

(1) Hom. 3. in Missus.

(2) Hom. in Annunt.

(3) Serm. 2 in Annunt.

(4) Serm. 3 in Annunt.

dél fuego, á la region del aire y de los vientos: si hemos de creer al que fué arrebatado en un carro de fuego, el Señor no está en el fuego, ni entre las borrascas y torbellinos. Descended hasta lo profundo de las aguas, y hallareis que esa es la guarida de Leviatan, enemigo capital de Dios. ¿Qué diré de la tierra que habitamos, sino que está toda sembrada de espinas y cambrones á consecuencia de su maldición primera? Por aquí es fácil de ver que ni en el cielo, ni en la tierra no podía Dios encontrar ninguna morada mas agradable para él que el seno de la castisima Virgen. » Asi discurre el santo cardenal.

Diversos epítetos dados á la Virgen.

III. Los santos á porfia la colman de epítetos honrosos y nos pintan bajo de hermosos emblemas la grandeza de esta empresa. S. Fulgencio la llama la ventana del cielo, por donde Dios hizo pasar la luz que debia de alumbrar á todas las naciones, y la escala mistica que unió el cielo y la tierra y sirvió para que bajase Dios hasta nosotros y subiesen los hombres al cielo. S. Epifanio dice (1) que es el cebo del anzuelo espiritual, donde Dios fué preso y atraído á la tierra. Jorge de Nicomedia la compara (2) á la tenaza de que se habla en el capítulo VI de Isaias, y dice que trajo del altar del cielo el carbon encendido de la divinidad. El abad Ruperto la llama la puerta mayor del cielo (3), por donde Dios hizo bajar el maná al desierto de este mundo, porque los otros santos, que fueron como los portillos, concibieron en sus bocas tan solamente la palabra de salvacion; pero la Virgen santisima de tal suerte fué llena

(1) Serm. de S. Deipara. (3) Lib. 3 de divin. offic. in
(2) Orat. de oblat. Deipara. vigil. Nativ.

de gracia, que recibió visiblemente en su seno la palabra eterna del Padre por obra del Espiritu Santo. Dice que esto es representado por lo que se lee en el capítulo XI de los Números, donde se cuenta que con el rocío del cielo bajó igualmente el maná, es decir, el Verbo divino por la mediacion del Espiritu Santo. El ángel que hablaba á santa Brigida, compara á la misma Virgen con la nave cargada que trae de países lejanos las piedras preciosas y las mercaderias exquisitas de Levante con sumo cuidado é industria del capitan. En otro lugar dice que la misma señora se parece al humo de una lámpara alimentada con bálsamo y perfume, el que va á unirse á la llama que está hácia arriba, mientras que por una inclinacion natural la llama se deja atraer insensiblemente para vivir en medio de aquellos preciosos olores. La misma madre de Dios discurrendo un dia con santa Brigida le decia (1) que la infinita bondad de Dios la habia preparado y embalsamado lo mismo que una colmena para aposentar á la abeja que bajaba del cielo y ser llena de la miel de su gracia y de los admirables efectos del Espiritu Santo. Crisippo, presbitero de Jerusalem, la llama lugar de descanso, á donde el rey David convidaba al principe del cielo cuando decia: Levántate, Señor, y ven al lugar de tu descanso, tú y el arca de tu santificacion. S. Epifanio afirma (2) que ella fué la verdadera nube que trajo á la tierra el trueno y el rayo del cielo y al mismo tiempo la lluvia deseada y esperada de todas las naciones del mundo. El emperador Mateo Cantacuzeno la toma por el monte de la mirra y el collado del incienso, á donde el esposo celestial gustaba tanto de concurrir para gozar de aquellos divinos olores.

IV. Todos van á porfia, repito, sobre quién dirá

(1) Revelat. l. 6, c. 12. (2) Orat. de laudib. Mariæ.

mas maravillas de la Virgen; pero nada iguala á los dulces sentimientos que tienen de lo obligados que estamos todos á esta incomparable señora, siendo certísimo que todas las lenguas criadas no pueden explicar, ni todos los corazones del mundo saborear la dulzura oculta bajo el suave nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros; porque así como con él poseemos todo bien, de la misma manera sin él estamos privados de todas las cosas. Bendigante pues por siempre, Virgen santísima, los que gozan de los beneficios que él les trajo del cielo, y dispónganse por este reconocimiento á recibir otros nuevos todos los dias.

§. II.—El deseo ardiente de la Encarnacion, primera calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. Los filósofos se atormentan sobremanera para indagar ciertas calidades ocultas, cuyos efectos prodigiosos ven en la naturaleza sin descubrir sus causas. El iman atrae al hierro; el ámbar hace subir la paja; el sol hace girar á la caléndula; la luna agita el mar; la aguja marina sigue á la estrella polar, la raiz aproxisa roba el fuego; el oro se lleva al mercurio: esto se ve claramente; pero cuando hay que buscar la razon, la ciencia enmudece. Esto no obstante tenemos el atrevimiento de querer examinar las calidades ocultas con que la Virgen santísima hizo bajar del cielo al hijo de Dios. Nunca me arriesgaría yo á esto, si no tornara en honor del uno y de la otra, y si la sagrada escritura y los santos padres no nos mostraran el camino y nos convidaran á seguirle; pero ya que lo hacen, soy gustoso de que indaguemos algunas con todo respeto y humildad.

II. S. Bernardo en un sermón de la natividad de la

Virgen despues de hacer observar que del corazon del Padre salia abeterno una fuente de vida, que no es otra cosa que su Verbo, verdadero manantial de vida con que son regadas todas las plantas del paraíso, añade que nuestra tierra afligida de una extrema y muy antigua sequia aguardaba esta fuente; pero que por falta de canal permanecia siempre sedienta, hasta que se halló uno proporcionado, que fué la virgen Maria, la cual sola llegando hasta el seno de Dios hizo caer sobre nosotros en abundancia las aguas de las bendiciones del cielo. «Por tres conductos, dice, nos comunicó las dulzuras de este maravilloso manantial: el primero fué la vehemencia de su deseo, el fervor de su devocion y lo acendrado de su oracion: porque si es verdad que la oracion del justo penetra los cielos (1), ¿qué no alcanzaria la oracion de la criatura mas inocente? ¿Qué podria negarse á la que estando ya llena de gracias creia no poseer nada mientras los otros carecian de ellas? Poder inexplicable de la oracion de la Virgen santísima, quien estando animada del deseo de nuestro bien no podia ser mal despachada de Dios. Con efecto lo que los antiguos padres habian pedido por espacio de cuatro mil años y mas con tantas lágrimas y suspiros, ella lo alcanzó en muy poco tiempo, y los deseos solos de su corazon tuvieron mas eficacia para con Dios que los ayunos y los sollozos de tantos patriarcas, profetas y justos. Esto fué manifestado un dia á santa Matilde en la misa, durante la cual se le hizo tambien un singularísimo presente del cielo, porque le fué dado el corazon de la immaculada madre de Dios como el mas santo y el mas provechoso al mundo que hubo nunca despues del de su divino hijo, y se le mostró cómo nos habia sido útil de mil maneras, y especialmente por los

(1) Eccli., XXXV.

fervientes deseos que tuvo de la sagrada humanidad del Salvador, por el cordial amor que la hizo madre de Dios, por la incomparable ternura con que crió y educó al niño Jesus, por el cuidado diligente que puso en guardar todas las palabras que salian de aquella divina boca, por la admirable firmeza que manifestó en medio de los mas atroces tormentos de su hijo, por el zelo extraordinario que ostentó en la propagacion de la iglesia, y por la influencia continua que tiene sobre nuestras voluntades para inflamarlas en el deseo de agradar á su soberana majestad.

III. ¡Oh quién pudiera concebir los divinos impulsos que salian de aquel santo pecho para derramarse ante el acatamiento de la beatísima Trinidad! ¡De qué dulzura se sentiría inundado! Porque no hay duda que María esperaba la salud de Dios con mas vivos afectos que el patriarca Jacob y desearía el tiempo de nuestra reconciliacion con mas ansia que los antiguos profetas. ¡Cómo pedia con Isaías que el Señor derivase sobre ella como un rio de paz (1), y con David que derramando el Señor sus mas benéficas influencias produjese nuestra tierra el fruto deseado! ¡Qué instancias hacia á Dios para tener el celestial rocío y la lluvia deseada del justo que habia de fertilizar la tierra y dar al mundo un Salvador! ¡Qué suspiros enviaba al cielo para ver pronto encontrarse la misericordia y la verdad y abrazarse la paz y la justicia! «Es verdad, dice S. Gregorio de Neocesarea (2), que algunos patriarcas y profetas antiguos desearon ver á aquel por quien suspiraba la virgen María, y algunos le vieron entre las figuras de la ley: los otros oyeron su voz desde la nube que le ocultaba á sus ojos: no faltó alguno que mereció conversar con los ángeles; pero así como la Virgen fué singular en sus deseos,

(1) Isai. LXVI.

(2) Serm. 1 de Annuntiat.

tambien lo fué en gozar de la gran felicidad que esperaba. Me vería yo apurado para resolver cuál habló mejor sobre este punto si S. Bernardino de Sena ó el ángel que conversaba con santa Brígida. Paréceme que el primero anda atinado cuando compara (1) el inflamado corazón de la Virgen al centro de un espejo ustorio donde se reúnen los rayos del sol, de suerte que no es extraño que me lo que se le pone delante: pues menos extraño es, dice el santo, ver deshacerse en llamas de fuego el bendito corazón de la Virgen, en donde terminaban como en su centro todos los deseos de los patriarcas y profetas. El segundo creo que no se queda atrás, cuando representa los deseos y diligencias de ese mismo corazón bajo la figura de la vehemente pasión que atormentaba á la reina de Sabá, la cual habiendo oido hablar bien de Salomón no pensaba día y noche en otra cosa que en verle, oírle, considerar sus palabras y saber todo lo que pasaba en su corte.

IV. Para mí no hay nada igual al insaciable deseo de la esposa de los Cantares, como que es el Espíritu Santo el que habla y con las palabras humanas nos manifiesta los divinos impulsos de la sacratísima Virgen, la cual con los mas bellos sentimientos de su corazón llama á su esposo celestial y esposo tambien de todas las almas justas. ¡Quién no se enternecería oyéndola hablar de su amado y considerando las alabanzas que le da? Unas veces le pinta desde la cabeza á los pies; otras le dice que todos los espíritus rectos están prendados de su amor; pero el suyo mas que todos: aquí le insta para que la lleve tras sí y le asegura que será seguida al punto de una muchedumbre de almas santas alistadas en su servicio; allí pide le diga dónde está, para que pueda ella encontrarle

(1) Tom. 2, serm. 51, art. 1, c. 3.

à toda costa. Al poco tiempo se corrige y se acusa de su poco respeto; pero al fin triunfa el cariño y dice que no sabe qué hacer y que no es ya suya, desde que él le robó el corazón y le dió entrada en la bodega de sus vinos generosos. Conjura à todos los espíritus bienaventurados que tengan à bien mostrarle su amado, sin el cual no puede vivir; y sobre esto hace muchas protestas de que si una vez llega à tenerle, no le soltarà jamás. A veces sus deseos le causan tal desfallecimiento, que si no se acudirà pronto con las medicinas, pereceria en brazos de los que la asisten. Todos sus deseos y todas sus diligencias se enderezan à buscar à aquel por quien suspira, platicar con él à solas y recibir de su sagrada boca el divino ósculo de la encarnacion y las arras infalibles del matrimonio futuro. ¡Oh amor maravilloso! exclama S. Bernardo (1). ¡Oh amor todo de fuego! ¡Oh raros impulsos! ¡Oh amor, que de tal suerte embargas el alma, que no puede pensar en otra cosa que en tí! ¡Oh amor, que lo desprecias todo sino à ti mismo, que de ti solo estás contento, que no sabes guardar ningun orden, que no puedes vivir mas que à tu modo, que no quieres tener ni medida, ni discrecion, ni recato, ni buen parecer! Tú triunfas de ti mismo y te gozas en tu servidumbre. Considerad à esa amante y ved cómo no piensa mas que en lo que ama, cómo no tiene lengua, ni razon, ni entendimiento sino para él, cómo no vive, ni respira sino por él. Estas palabras del santo doctor manifiestan las ansias de la Virgen sin par que se muere de deseo, que no puede ver la hora de que se cumplan las promesas del cielo y de que tengamos un Dios entre nosotros, y que contribuye por si sola à hacerle adelantar su venida mas que todos los espíritus criados juntos.

(1) Serm. 79 in Cant.

§. III.—La virginidad, segunda calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. Ya hice ver en el capitulo V del tratado primero qué virtud tuvo la virginidad de María santísima para captarse la gracia del Espiritu Santo. Ahora se trata del divino esposo, à quien la casta esposa dirige estas palabras de los Cantares: Mi amado para mí y yo para él. Digo mi amado que se recrea entre las azucenas, hasta tanto que venga el dia y se disipen las tinieblas, es decir segun la interpretacion del emperador Mateo Cantacuzeno, hasta que se manifieste à los hombres tomando su carne, porque este es propiamente el dia deseado. En tanto pues que el mundo esperaba ese dia dichoso, el esposo celestial buscaba el campo de azucenas para recrearse; pero en vano, porque aquella tierra antigua casi no las producía. Solamente sobre el monte Sion en el lugar mas santo del universo, llamado con este motivo el santo de los santos, habia una azucena de incomparable hermosura, capaz de multiplicarse à millares y de formar un jardin entero, como en realidad sucedió, porque habiéndola columbrado el rey del cielo no pudo menos de trasladarse allá para verla de cerca, contemplarla y olerla. En cuanto la vió, la cogió y la trasladó à un terreno mejor con tanto acierto, que al punto comenzó à brotar en abundancia para poblar todos los cuadros del jardin de la iglesia. Desde entonces se vieron llenos de azucenas los collados y los valles: desde entonces los espíritus bienaventurados tuvieron indecible contento con los hombres: desde entonces trataron con ellos como con sus compañeros y hermanos: desde entonces se prendaron del amor de la virginidad despues que la vieron consagrada en la persona del Verbo encarnado y de su venerada madre.

II. No me adelantaria yo à poner la virginidad en el número de las mas excelentes virtudes de María santísima.

à toda costa. Al poco tiempo se corrige y se acusa de su poco respeto; pero al fin triunfa el cariño y dice que no sabe qué hacer y que no es ya suya, desde que él le robó el corazón y le dió entrada en la bodega de sus vinos generosos. Conjura à todos los espíritus bienaventurados que tengan à bien mostrarle su amado, sin el cual no puede vivir; y sobre esto hace muchas protestas de que si una vez llega à tenerle, no le soltarà jamás. A veces sus deseos le causan tal desfallecimiento, que si no se acudirà pronto con las medicinas, pereceria en brazos de los que la asisten. Todos sus deseos y todas sus diligencias se enderezan à buscar à aquel por quien suspira, platicar con él à solas y recibir de su sagrada boca el divino ósculo de la encarnacion y las arras infalibles del matrimonio futuro. ¡Oh amor maravilloso! exclama S. Bernardo (1). ¡Oh amor todo de fuego! ¡Oh raros impulsos! ¡Oh amor, que de tal suerte embargas el alma, que no puede pensar en otra cosa que en tí! ¡Oh amor, que lo desprecias todo sino à ti mismo, que de ti solo estás contento, que no sabes guardar ningun orden, que no puedes vivir mas que à tu modo, que no quieres tener ni medida, ni discrecion, ni recato, ni buen parecer! Tú triunfas de ti mismo y te gozas en tu servidumbre. Considerad à esa amante y ved cómo no piensa mas que en lo que ama, cómo no tiene lengua, ni razon, ni entendimiento sino para él, cómo no vive, ni respira sino por él. Estas palabras del santo doctor manifiestan las ansias de la Virgen sin par que se muere de deseo, que no puede ver la hora de que se cumplan las promesas del cielo y de que tengamos un Dios entre nosotros, y que contribuye por si sola à hacerle adelantar su venida mas que todos los espíritus criados juntos.

(1) Serm. 79 in Cant.

§. III.—La virginidad, segunda calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. Ya hice ver en el capitulo V del tratado primero qué virtud tuvo la virginidad de María santísima para captarse la gracia del Espiritu Santo. Ahora se trata del divino esposo, à quien la casta esposa dirige estas palabras de los Cantares: Mi amado para mí y yo para él. Digo mi amado que se recrea entre las azucenas, hasta tanto que venga el dia y se disipen las tinieblas, es decir segun la interpretacion del emperador Mateo Cantacuzeno, hasta que se manifieste à los hombres tomando su carne, porque este es propiamente el dia deseado. En tanto pues que el mundo esperaba ese dia dichoso, el esposo celestial buscaba el campo de azucenas para recrearse; pero en vano, porque aquella tierra antigua casi no las producía. Solamente sobre el monte Sion en el lugar mas santo del universo, llamado con este motivo el santo de los santos, habia una azucena de incomparable hermosura, capaz de multiplicarse à millares y de formar un jardin entero, como en realidad sucedió, porque habiéndola columbrado el rey del cielo no pudo menos de trasladarse allá para verla de cerca, contemplarla y olerla. En cuanto la vió, la cogió y la trasladó à un terreno mejor con tanto acierto, que al punto comenzó à brotar en abundancia para poblar todos los cuadros del jardin de la iglesia. Desde entonces se vieron llenos de azucenas los collados y los valles: desde entonces los espíritus bienaventurados tuvieron indecible contento con los hombres: desde entonces trataron con ellos como con sus compañeros y hermanos: desde entonces se prendaron del amor de la virginidad despues que la vieron consagrada en la persona del Verbo encarnado y de su venerada madre.

II. No me adelantaria yo à poner la virginidad en el número de las mas excelentes virtudes de María santísima.

ma que hicieron bajar al hijo de Dios á la tierra, si por un lado no lo mereciese esa admirable calidad y por otro no me abonaran los santos padres, que la colocan entre las primeras. S. Andrés de Jerusalem siguiendo el pensamiento que yo apunté poco antes, dice (1) «que esa flor celestial despidió un olor tan grato, que de repente el Verbo divino deputó al arcángel Gabriel para conservársela. ¿No hubiera sido su dicho mas notable si hubiese sentado como yo poco há que bajó él mismo á cogerla? S. Gregorio Niseno lo toma por otro rumbo diciendo que el Verbo eterno vino á la tierra no en un carro de fuego como Elías, no en una nave volante, sino en alas de la pureza y de la integridad virginal. Pero ¿á qué propósito voy yo mendigando autoridades extrañas, cuando esta verdad se nos manifiesta por el testimonio irrecusable del divino esposo, que mejor que nadie puede responder de si mismo? Santa Brigida sobre la fidelidad que debe á Dios, protesta haber oído un día al Salvador hablar de esta suerte á su gloriosa madre (2): «Mi veneradísima madre, tú eres la hermosa aurora que con tu apacible luz te adelantaste y atrajiste al verdadero sol del mundo, que no es otro que mi divinidad; sol que no encontró nada igual á tí sobre la tierra, de suerte que te inflamó en su amor y te iluminó con su luz sobre todas las criaturas. Así por tu medio se disiparon las tinieblas del mundo, y los cielos recibieron nuevo resplandor. Te lo digo sin disimulo: tu pureza me agradó mas sin comparacion que la de los espíritus mas puros y fué el iman que atrajo á mi divinidad á fin de abrasar tu corazon en el amor divino, para que fuese concebido Dios en tus entrañas, saliesen los hombres de las tinieblas en que estaban sumergidos, y recibiesen los ángeles la alegría que esperaban.

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Revelat. l. 4, c. 50.

A resultas de lo cual te aseguro que nunca será desechada ninguna de tus peticiones y que todo el que interponga tu nombre y valimiento para alcanzar de mi el perdon, le conseguirá con tal que se duela de su culpa.

III. Sé muy bien que la palabra sola del rey del cielo vale mas que cuanto yo pudiera alegar; no obstante el abad Guerrico hace una consideracion tan excelente sobre el trono místico de Salomon, que no puedo pasarla en silencio. Ya mostré en el capítulo V del tratado primero que ese trono fué una de las figuras mas visibles de la virgen María, y no quiero añadir otra cosa á lo dicho entonces sino lo que pertenece á su virginidad, la cual sostiene aquel doctor haber sido representada muy naturalmente por el marfil de que se componia el citado trono. Si consideramos la invencion y artificio de este trono real, dice (1); «hallaremos que todo es admirable y correspondiente á la opinion de sábio del monarca que le mandó construir. Pero por mi parte lo que mas admiro es el marfil precioso ó mejor dicho sin precio de la castidad virginal, que agradó tanto al rey del cielo sentado sobre los querubines, que le escogió para hacer de él su trono y el lugar de su descanso. ¡Oh qué hermoso y reluciente debe de ser ese marfil, cuando el gran monarca á quien tan fácil es encontrar oro como piedras preciosas, le prefirió á los metales mas exquisitos! ¡Oh qué frío debe de estar, pues que nunca sintió ningun movimiento desordenado! ¡Oh qué sólido es, pues que no sufrió lesion por el parto! ¡Oh qué blanco es, pues que recibió la blancura de la luz eterna! En una palabra así como Salomon no halló nada preferible al marfil en todos sus tesoros, ni entre las telas mas preciosas escogidas de todas las partes del mundo, de la misma manera Dios no

(1) Serm. de Annuntiat.

encontró entre todas las criaturas racionales ninguna que le fuese mas agradable que la Virgen para servirle de trono; trono maravilloso, porque segun el testimonio mismo de la Escritura (1) no se vió jamás otro igual en todos los reinos del mundo; trono incomparable, porque los ángeles no pueden hartarse de considerar la sagrada humanidad del Salvador, que fué formada de una pieza de este divino marfil. Así bienaventurado el vientre de marfil de donde fué hecha esta humanidad purísima, que es el precio de las almas, el pasmo de los ángeles, el asiento de la soberana majestad, el trono del poder, el manjar de la inmortalidad, la medicina del pecado, la reparacion de la salud, que recibieron al punto cuantos se acercaron á él, por la virtud que despedia. Bienaventurado, vuelvo á decir, el vientre que te llevó oh dulce Jesus. Dichosa la castidad del seno virginal que sirvió de materia á una obra tan excelente: dichoso el marfil que agradó tanto al rey de toda pureza, que desde entonces quiso guardar siempre sus mas preciosos unguentos en cajas de marfil; es decir que quiso depositar sus mas exquisitas gracias en almas y cuerpos recomendables por el amor de la castidad.» Hasta aquí el abad Guerrico.

§. IV.—La humildad, tercera calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. S. Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, cree con justísima razon que entre las calidades que tuvieron algun poder en el Verbo divino, no fué esta la última. Por el mérito de su humildad, dice (1), por su ardientísima caridad la Virgen fué amada del Padre, escogida por él

(1) III Reg. X.

(2) De casto conn., c. 9.

Hijo, llena del Espíritu Santo, ennoblecida con una concepcion divina, figurada por las sombras antiguas, anunciada por los profetas, preferida á los arcángeles y generalmente á todos los bienaventurados. No hay que admirarse de esto, porque Dios segun el salmista se aparta de los corazones altivos y presuntuosos mirándolos con desden y desprecio, y al contrario abate su grandeza y majestad hasta la pequeñez de los humildes. No busquemos otras pruebas, pues la misma humilde sierva confiesa ingenuamente que el rey del cielo miró á su humildad, y dice en los Cantares que estando el rey en el lecho de su reposo llegó hasta él el suave olor de su nardo. S. Bernardo (1) y el abad Ruperto (2) dicen cosas maravillosas sobre esta verdadera confesion de la mas humilde criatura. «¿Qué quereis, dice el segundo, que entienda por este lecho de descanso sino el corazon ó el seno del padre eterno? Así es lo mismo que si dijera: cuando el Verbo estaba en el principio con Dios y en Dios como en el seno de su padre, el olor de mi humildad subió hasta él y le agradó de tal suerte, que le hizo bajar á mis entrañas. Así el que habia sido ofendido por la hediondez de la soberbia de la primera mujer como por una úlcera cancerosa y que con este motivo se habia apartado de los hombres, fué atraído de nuevo á la tierra por el agradable olor de mi humildad. Y por esta razon digo que se parece al nardo ó al espliego, porque así como esta yerbecilla aromática con su espiga, su flor sumamente olorosa y su raiz perfumada se emplea en diversos usos, de la misma manera mi humildad pequeña en la apariencia y aun mas en la estimacion que yo hacia de mí misma, pareció mas preciosa en el juicio equi-

(1) Serm. 4 de Assumpt. et (2) Lib. 4 in Cant. serm. 42 in Cant.

tativo del rey del cielo que todas las obras de la ley, muchas de las cuales se estimaban grandemente, y preferible al humo de todos los sacrificios del mundo. Digo además que nada le agradó tanto como el haber visto la humildad en nuestro sexo, el primero que habia sido viciado de la soberbia, porque muy de antemano se hallaba ya la humildad entre los hombres: testigo Abraham, que se estimaba como polvo y ceniza: testigo David, que no se desdeñaba de llamarse una pulga y un perro muerto. Pero al cabo esta virtud se vió entre las mujeres y no fué menos notable, y aun puede decirse con verdad que el Señor despues de haber buscado largo tiempo encontró una que se llevó el precio de esta virtud, así como de todas las otras.» Tal es en parte el discurso del devoto abad.

II. S. Buenaventura luce siempre la gallardía de su entendimiento y su devocion; pero especialmente cuando se trata de la madre de Dios. Hé aqui dos pasajes notables en favor de la humildad de que hablamos. En el espejo que compuso de las virtudes de la Virgen, le aplica con mucha habilidad aquel lugar del capítulo XX del libro II del Paralipómenon, en que se lee que el piadoso rey Josafat, habiendo ganado una insigne victoria á los moabitas y ammonitas y habiéndose enriquecido con el botin, llamó valle de bendicion al lugar del reencuentro. «Este valle, dice el seráfico doctor, donde el rey del cielo tiene el primer choque con sus enemigos, no es otro que el seno de la Virgen santísima; porque si es verdad que segun el testimonio de Isaias puede llamarse un valle todo espíritu humilde, con mayor razon hay que confesar que la que se aventajó á todos en su profunda humildad, debe de llamarse el valle de los valles y además verdadero valle de bendicion, porque atrajo sobre la tierra todas las bendiciones del cielo. Pero me parece que aun habla mejor en otro lugar,

donde le apropia las palabras del profeta Isaias para consolar al rey Ezequias que temia las amenazas del impio Rabsaces. «Señor, le dijo el profeta (1), no temas nada, y que no dejen de sembrar y labrar la tierra segun costumbre, porque te advierto que á medida que lo que quedare de la casa de Judá meta sus raices dentro de la tierra, su fruto brotará y subirá hácia el cielo.» ¿Qué reliquias son esas del tronco de Judá, dice S. Buenaventura, sino la gloriosa Virgen que se hunde, digo poco, se abisma y se pierde todo lo posible en el centro de su nada; y no obstante cuanto mas se oculta al mundo, mas se da á conocer al cielo y mas se dispone á producir la flor lozana que debe de regocijar al universo? Ahora me parece que empiezo á entender por qué decia Isaias que esta flor habia de salir de la raiz de Jesé contra la naturaleza de las demás que nacen todas de su tronco y caña. Solo la flor llamada margarita, dice el naturalista, crece de esta manera: margarita la hermosa flor del cielo, que nació primeramente en el seno del eterno padre y despues se abrió en el vientre de la sacratísima Virgen: margarita que está adherida á su raiz, porque como dice S. Bernardo (2), si la Virgen agradó á Dios, fué por su virginidad; pero concibió por su humildad.

III. ¡Oh humildad! exclama el abad Guerrico (3); muy estrecha para sí, pero muy capaz para la divinidad; pobre y ruin para sí, pero suficiente para el que lo abarca todo; escasa y mezquina á su juicio, pero riquísima en la estimacion que hace de ella el que sustenta á los ángeles y no banquetea nunca mas espléndidamente que en la casa de la humildad. He buscado el descanso en diversos parajes, dice el rey del cielo; pero al cabo le

(1) IV Reg. XIX.

(2) Serm. 4. in Missus.

(3) Serm. de Assumpt.

encontré en casa de la humilde sierva. No se halló otra tal en la gracia de humildad; por lo cual la plenitud de mi divinidad descansó en la abundancia de su humildad. ¡Oh humildad tres veces dichosa, dice S. Agustín (1), que dió Dios á los hombres, restituyó la vida á los muertos, renovó los cielos, purificó el mundo, abrió el paraíso y libertó á los hombres del infierno. ¡Oh humildad de la Virgen verdaderamente gloriosa, que fué la escala del cielo por donde el Señor del universo bajó á la tierra, porque como ella misma confiesa, miró aquel á la humildad de su sierva y se complació singularmente en la misma.

§. V.—La obediencia y el consentimiento en la divina voluntad, cuarta calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

El deseo del esposo celestial.

I. Las calidades propuestas hasta aquí no han sido mas que como las disposiciones y preparativos de la última, la cual echó el sello á todas las otras y tuvo poder para hacer bajar del cielo nuestra única dicha; porque como dice muy oportunamente S. Pedro Crisólogo (2), justamente concibe al Verbo la que creyó la palabra. Otro doctor observa con mucho acierto que viniendo á la tierra el Señor de todas las cosas no para mandar, sino para obedecer, requería la razón que la concepcion empezase por la obediencia de la madre. Esto se manifestó en el consentimiento que dió á las palabras del ángel, y sin el cual no se hubiera hecho nunca nada, porque como dice muy bien Guillermo el pequeño escribiendo sobre el libro de los Cantares, Dios no quería tomar nuestra naturaleza de la gloriosa Virgen, como habia formado á

(1) Serm. 35 de sanctis.

(2) Serm. 2 de Annuntiat.

la primera mujer de la costilla de Adam; mas deseaba que esto saliese de la libre voluntad de aquella. El doctor angélico alega la razón (1) diciendo que pues la encarnación no era otra cosa que un matrimonio solemne entre el Verbo divino y nuestra naturaleza, se requería enteramente el consentimiento de los dos, y para este fin se envió la embajada á la Virgen, la cual respondió por toda la naturaleza humana.

II. Por este motivo su abuelo el profeta David encargaba tanto á la señora que atendiese cuidadosamente al aviso del cielo y á la respuesta que ella habia de dar. Escucha, hija mia, le dice (2); pon atento oído al divino parainfo; mira que el rey está prendado de tu hermosura. Esto quiere decir segun la paráfrasis de Crisippo de Jerusalem (3) que el Padre eterno quiere tenerte por esposa; el Espíritu Santo desea dirigir esta boda y el Hijo tenerte por madre: concebirás un hijo que no será hombre solamente, sino que serás madre de aquel á quien adoras como á tu señor y á tu Dios. No nos toca comprender con qué ansia llevaron adelante las tres divinas personas la conclusion de esta boda, y especialmente el Verbo increado, cuyos castos deseos sobrepujaban de una manera indecible la pasión mas ardiente de todos los hijos de la tierra. No está al alcance del entendimiento humano concebir de qué modo abrasaba interiormente el corazón de aquella angelical princesa dirigiéndole las palabras del Cantar de los cantares: Oh tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz (4). Es un privilegio incomprensible de la hermosura y grandeza de la virgen María que aquel en cuya presencia los espíritus puros no tienen gracia, ni hermosura,

(1) P. 3, q. 30.

(2) Psalm. XLIV.

(3) Hom. de sancta M. Deip.

(4) Cant. VIII.

encontré en casa de la humilde sierva. No se halló otra tal en la gracia de humildad; por lo cual la plenitud de mi divinidad descansó en la abundancia de su humildad. ¡Oh humildad tres veces dichosa, dice S. Agustín (1), que dió Dios á los hombres, restituyó la vida á los muertos, renovó los cielos, purificó el mundo, abrió el paraíso y libertó á los hombres del infierno. ¡Oh humildad de la Virgen verdaderamente gloriosa, que fué la escala del cielo por donde el Señor del universo bajó á la tierra, porque como ella misma confiesa, miró aquel á la humildad de su sierva y se complació singularmente en la misma.

§. V.—La obediencia y el consentimiento en la divina voluntad, cuarta calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

El deseo del esposo celestial.

I. Las calidades propuestas hasta aquí no han sido mas que como las disposiciones y preparativos de la última, la cual echó el sello á todas las otras y tuvo poder para hacer bajar del cielo nuestra única dicha; porque como dice muy oportunamente S. Pedro Crisólogo (2), justamente concibe al Verbo la que creyó la palabra. Otro doctor observa con mucho acierto que viniendo á la tierra el Señor de todas las cosas no para mandar, sino para obedecer, requería la razon que la concepcion empezase por la obediencia de la madre. Esto se manifestó en el consentimiento que dió á las palabras del ángel, y sin el cual no se hubiera hecho nunca nada, porque como dice muy bien Guillermo el pequeño escribiendo sobre el libro de los Cantares, Dios no quería tomar nuestra naturaleza de la gloriosa Virgen, como habia formado á

(1) Serm. 35 de sanctis.

(2) Serm. 2 de Annuntiat.

la primera mujer de la costilla de Adam; mas deseaba que esto saliese de la libre voluntad de aquella. El doctor angélico alega la razon (1) diciendo que pues la encarnacion no era otra cosa que un matrimonio solemne entre el Verbo divino y nuestra naturaleza, se requería enteramente el consentimiento de los dos, y para este fin se envió la embajada á la Virgen, la cual respondió por toda la naturaleza humana.

II. Por este motivo su abuelo el profeta David encargaba tanto á la señora que atendiese cuidadosamente al aviso del cielo y á la respuesta que ella habia de dar. Escucha, hija mia, le dice (2); pon atento oído al divino parainfo; mira que el rey está prendado de tu hermosura. Esto quiere decir segun la paráfrasis de Crisippo de Jerusalem (3) que el Padre eterno quiere tenerte por esposa; el Espíritu Santo desea dirigir esta boda y el Hijo tenerte por madre: concebirás un hijo que no será hombre solamente, sino que serás madre de aquel á quien adoras como á tu señor y á tu Dios. No nos toca comprender con qué ansia llevaron adelante las tres divinas personas la conclusion de esta boda, y especialmente el Verbo increado, cuyos castos deseos sobrepujaban de una manera indecible la pasion mas ardiente de todos los hijos de la tierra. No está al alcance del entendimiento humano concebir de qué modo abrasaba interiormente el corazón de aquella angelical princesa dirigiéndole las palabras del Cantar de los cantares: Oh tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz (4). Es un privilegio incomprensible de la hermosura y grandeza de la virgen María que aquel en cuya presencia los espíritus puros no tienen gracia, ni hermosura,

(1) P. 3, q. 30.

(2) Psalm. XLIV.

(3) Hom. de sancta M. Deip.

(4) Cant. VIII.

aquel que es adorado de las estrellas de la mañana, y que es la única hermosura del mundo, codiciase la de una criatura mortal y la hiciese tan singular y peregrina, que él mismo no pudo defenderse de sus irresistibles atractivos.

El deseo de la tierra.

III. Si el cielo esperaba con santa impaciencia la respuesta de la gloriosa Virgen; júzguese con qué ansias la desearía la tierra, por cuyo bien se trataba aquella union. Así es que el profeta Isaias, intérprete de los deseos de toda nuestra naturaleza, ilustrado por espíritu celestial pedía (1) no solo que el cielo enviase el rocío esperado de mucho tiempo atrás, sino también que la tierra abriese su seno para recibir y hacer brotar el fruto anhelado. ¡Qué gusto es oír á los santos cuando se figuran asistir al sagrado cónclave de Nazaret, donde se trataba este negocio tan importante al mundo, é instan á la Virgen para que dé pronto la respuesta y no haga desfallecer al cielo y á la tierra! «Da pues con tu respuesta tu consentimiento, oh santa señora, le dice S. Agustín (2): el ángel la espera, y tú eres la única causa de la tardanza de nuestra dicha y de la impaciencia del cielo. Has oído la nueva: ya sabes que el Espíritu Santo ha de dirigir esta obra; que la virtud del Altísimo te hará sombra; y que serás madre sin dejar por eso de ser virgen. Se nos ha hecho entender que comenzaba á abrirse la puerta del cielo cerrada antiguamente por el primer hombre y que ya habia pasado el santo arcángel: que Dios estaba en expectacion y le parecia raro que tardase tanto su mensaje. Oh esclarecida princesa, todos los siglos cautivos están

(1) Isai. XLV.

(2) Serm. 47 in nat. Domini.

á tus pies para escuchar una palabra propicia de tus labios: tú eres el rehen de nuestra paz presentado á Dios con el consentimiento de todo el mundo, porque fuera de tí no hay ninguna esperanza de salvacion. El mundo te suplica humildísimamente que por tu medio reciba la absolucion el pecado de sus padres y se nos abran de par en par las puertas del cielo. El consentimiento que diere, no nos será menos honroso que provechoso á toda tu descendencia, porque Dios mismo te tomará por esposa, y nosotros esperamos que á favor de esa divina boda haremos las paces con él. Y tú, santo arcángel, nuncio del cielo y legado de la majestad de Dios en la tierra, consejero de estado á quien la santísima Trinidad encomendó el secreto de todos los siglos y dió sus credenciales, por favor abraza nuestro partido y no omitas ningun medio para que tenga buen éxito el negocio encomendado á tu diligencia. Si le llevas al cabo, todos tus compañeros que nos quieren bien, te lo agradecerán con nosotros, y desde aquel punto te estaremos eternamente obligados. Considera por tu vida que uno de los tuyos fué la primera tea de discordia que nos separó de esa dulce compañía, y así es razonable que alguno de vosotros trabaje eficazmente para ajustar nuestras paces. No ignoras la condicion lamentable de los hombres y la suma desgracia á que están reducidos. Todas estas consideraciones te obligan á solicitar por nosotros y á hacer que cuanto antes veamos los efectos de tus caritativas diligencias. Y pues es necesario que volvamos otra vez á tí, oh Virgen santísima, te pedimos por caridad que te apiades de nosotros. Dí una palabra y recibe un hijo: da tu palabra y concibe la palabra eterna de Dios: abre tu seno y hospeda al que contiene todas las cosas en sí mismo. Con una sola palabra, con un sí ó un no nos abres ó nos cierras el cielo para siempre.» Así se explica el incomparable S. Agustín.

IV. El devoto S. Bernardo le apoya y derrama toda la dulzura de su elocuencia para mover el corazón de la castísima esposa. «Santa señora, le dice (1), has oído el mensaje y sabes de qué modo debe de cumplirse: lo uno y lo otro es admirable, pero igualmente dulcísimo. Tú no has dudado del hecho, pues ¿por qué has de dudar del modo, cuando el Espíritu Santo es el que ha de sacarlo adelante por un camino extraordinario? Mas el mensajero insta para llevar la respuesta, y nada retrasa su regreso sino tu resolución. A nosotros nos acongoja la expectativa, porque es á quien mas importa este negocio para nuestra salvación. En tus manos está el precio de nuestra libertad: nos basta una sola palabra de tu boca para ser libres por siempre. Fuimos hechos por una palabra eterna; pero es necesario que seamos reformados y reparados por una palabra temporal que saldrá de tu boca. Esta es la humilde petición que te presenta el pobre Adam desterrado del paraíso, el fiel Abraham, el piadoso David y todos tus parientes cautivos entre las sombras de la muerte. Esto espera de tí toda la naturaleza postrada en tu presencia, porque de una sola palabra que digas, depende el consuelo de los afligidos, la libertad de los cautivos, el perdón de los reos y la salvación de todo el linaje humano. Dí, santa señora, dí esa palabra anhelada del cielo, esperada de la tierra y de los que están detenidos en el limbo, deseada de Dios mismo, á quien agradarás tanto y mas con tu respuesta como con el silencio guardado hasta aquí. ¿Qué puede detenerte justamente despues de haberlo deseado con tanta ansia, cuando ahora no dependemas que de tí? Tu humildad no debe de perjudicar al bien comun, y tu cautela seria vituperable, si impidiera nuestra libertad. Tiempo es que la resolución

(1) Hom. 4, in Missus.

triunfe de la modestia y que prevalezca la confianza sobre el concepto que tienes de tu bajeza. Abre el corazón á la fé, da tu consentimiento y recibe en tu seno al criador y reparador de todas las cosas (1).»

V. Asi va el meliflúo doctor arengando á la hija amada del cielo, la cual convencida al cabo de tantas razones, compadecida de nuestras infinitas miserias y cierta de la voluntad divina no puede negar mas el consentimiento de que depende su suma dicha, nuestro único bien y la mayor gloria de Dios. Escuchad, espíritus bienaventurados, y enmudezca toda criatura: silencio en el cielo, en la tierra y en los infiernos, que va á hablar la madre de Dios. Ve aquí, dice, la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra; lo cual en testimonio de S. Andrés de Candía equivale á decir (2): ya no pongo impedimento á la ejecucion de los admirables designios de su majestad: mi seno está tan abierto para recibir á mi Dios y señor como mi corazón dispuesto á cumplir todas sus voluntades y mi voluntad aparejada á hacer todo lo que él ordenare. Yo no soy mas que una tabla lisa, dice Teofilacto (3); ponga el divino pintor en ella los pinceles y colores que quiera: yo soy su obra; empléela segun su beneplácito: con tal que saque su gloria de mí, eso me basta. ¿Qué mas deseais? dice S. Euquerio: ella oyó, consintió y concibió. ¡Oh dichosa obediencia! exclama S. Agustín (4). ¡Oh gracia señalada! ¡Oh palabra de humildad, que formó un cuerpo al artifice de todas las cosas! En esta ocasion

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Ve ahí que el deseado de todas las naciones está fuera llamando á tu puerta. Si tu lentitud le obliga á pasar adelante, luego tendrás que buscar con dolor al que tu alma quiere tan tiernamente. Levántate pues, corre y abre: levántate por la fé; corre por el fervor; y abre por un humilde consentimiento. Maria cree al fin este consejo, y la veó resuelta á obedecer la voluntad divina.

(2) Serm. de Annuntiat.
 (3) In expositione Missus est.
 (4) Serm. 48 de sanctis.

Dios cumplió en ella lo que de muy antiguo tenia prometido por su profeta diciendo que la obediencia le agradaba mas que los sacrificios y la ciencia de Dios mas que los holocaustos: porque en verdad la obediencia se llevó el precio sobre todas las víctimas del mundo y la resignacion aventajó á todas las hostias ofrecidas jamás á Dios. Este consentimiento fué el punto de su felicidad y el principio de la gloria que ella misma profetizó cuando dijo que la llamarían bienaventurada todas las naciones de la tierra. S. Lorenzo Justiniano no sabe de qué palabras valerse para pintar la alegría que siente en su corazon, y el fruto que esta respuesta produjo al mundo. «Cosa singular, dice (1), que una sola palabra pudo llenar de gozo al cielo, colmar de alegría á los ángeles, hacer renacer la esperanza en el mundo cautivo, aterrar á los demonios, dar satisfaccion al mensajero del cielo y consolar singularmente á los santos padres que estaban detenidos en el limbo, porque no es decible con qué ansia esperaban una respuesta favorable; y si bien por un lado no podían perder la esperanza de su libertad, por otro la modestia y recato de la Virgen los tenia recelosos, de suerte que en cuanto supieron la buena nueva del consentimiento dado, todos de comun acuerdo prorumpieron en hacimientos de gracias á Dios diciendo: Bendito sea el señor Dios de Israel, que se dignó de visitar y redimir á su pueblo escogido.»

VI. Aquí me veo embarazado con gran temor de pasar adelante, y si S. Bernardino de Sena no fuera un insigne teólogo y un gran santo, nunca me atreveria yo á publicar la proposicion que él sienta. Con efecto dice que por el acto de fé, obediencia y resignacion que la Virgen practicó en este consentimiento suyo, mereció

(1) Serm. de Annunziat.

mas que todas las criaturas juntas, es decir, los ángeles y los hombres, en las obras, palabras, pensamientos y trabajos de toda su vida. No obstante creo que habrá medio de habituarse á esa proposicion (y así discurre aquel esclarecido siervo de la Virgen); si consideramos que este acto fué tan heróico y noble, que mereció el imperio del universo, la plenitud de todas las gracias de Dios, de todas las virtudes, de todos los dones y frutos del Espíritu Santo, las bienaventuranzas, las gracias gratuitas, la union de la virginidad con la fecundidad, y lo que es mas, el título y honor de madre de Dios (1). Así pues como el premio de este acto es mas alto y excelente que el galardón concedido á todos los méritos de los Santos juntos, así puede decirse que el consentimiento solo de la Virgen se aventajó á todas las mayores proezas de ellos. Oh reina adorable, yo te venero de todo corazon, y respeto el tuyo como el santuario de Dios y el lugar mas augusto del mundo. Bendito sea mil veces el verdadero altar de los perfumes, donde se quemó continuamente el incienso de los santos deseos y de las fervorosas oraciones que atrajeron del cielo á nuestro Dios. Bendito sea tu sagrado cuerpo y tu alma virginal, único objeto del amor del que se huelga y se recrea entre las azucenas. Todas las almas escogidas hagan resonar en tus oídos las voces de aclamacion y júbilo con que fué saludada la casta Judit, y sepan todos que Dios ha confortado tu corazon y te ha dado un valor varonil, porque amaste la castidad; por lo cual recibirás bendiciones infinitas. Bendito sea tambien el humilde concepto que tienes de tí misma, con el que te captaste la gracia del principe del cielo. En fin bendita sea tu santa boca y la grata palabra que pronunciaste para bien de todos los hijos de Adam.

(1) T. 2, conc., serm. 51, c. 1.

Te doy gracias por todas las mercedes que hemos obtenido por tu medio, y deseo que sean apreciadas si no en lo que merecen, á lo menos tanto como podamos hacer y tan largo tiempo como cojamos sus frutos.

SEGUNDA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO III.

QUE EN ELLA SOLA EN CALIDAD DE MADRE QUISO EL VERBO ETERNO TOMAR NUESTRA NATURALEZA.

Mucho es que la Virgen santísima atrajese á la tierra al Verbo eterno: aun mas es haberle hospedado y haberlo hecho dignamente: ¿qué será pues haberle dado la naturaleza que venia á tomar? Este es un privilegio de poder, dice S. Juan Damasceno (1), que la ensalza sobre todo lo criado. Acerca de él discurri al principio del primer tratado; pero heme aquí metido de nuevo en el asunto, porque esta calidad no es solamente el principio de las grandezas de excelencia de María, sino tambien el origen de las prerogativas de su poder. No obstante lo dicho me obligará á ser mucho mas breve de lo que hubiera sido en otro caso, y á atenerme precisamente al poder que se manifiesta en el título de madre de Dios y en el misterio de la Encarnacion.

(1) Orat. 1. de nativ. B. Virg.

§. 1.—Del poder general de la madre de Dios sobre toda la naturaleza criada que se manifiesta en el misterio de la encarnacion.

I. No sin profundo misterio debiendo el profeta Isaiás de escribir, aunque en poquísimas palabras, la promesa de la encarnacion del Verbo divino (1), como explican S. Epifanio (2), S. Ambrosio (3), S. Gerónimo (4), san Cirilo (5), S. Basilio (6), Procopio de Gaza (7), el abad Ruperto (8) y con ellos el parafrasta caldeo (9) y el que los hebreos llaman por honor su santo maestro, recibió orden expresa de Dios de tomar un gran rollo de pergamino; con lo que quiso dar á entender el Espíritu Santo que bajo de aquellas pocas palabras habia infinitas maravillas. Pero lo mas notable á mi parecer es que se mandó al profeta escribir en este pergamino con un estilo de hombre, es decir, de una manera que puedan entenderlo los hombres, como explica el docto Ruperto (10), en consideracion á que el misterio es de suyo tan alto, que de otra suerte no comprenderian nunca nada. Con efecto no ha de juzgarse, dice el papa S. Leon, que lo que admiraba el profeta Isaiás cuando decia: ¿Quién podrá explicar su generacion (11)? deba de entenderse de la generacion eterna del Verbo solamente, sino que se ha de tomar tambien de su generacion temporal, porque si dejamos á un lado lo que la fé nos enseña, toda palabra es muda cuando se trata de hablar de esto.

(1) Isai. VIII.	(8) Ibidem.
(2) Hæresi 78.	(9) Rabbi Haccados apud Galatinum lib. 7 de arcanis, capite 48.
(3) In cap. I Lucæ.	(10) Serm. 9.
(4) In cap. citat. Isai.	(11) Isai. LIII.
(5) Ibidem.	
(6) Ibidem.	
(7) Ibidem.	

Te doy gracias por todas las mercedes que hemos obtenido por tu medio, y deseo que sean apreciadas si no en lo que merecen, á lo menos tanto como podamos hacer y tan largo tiempo como cojamos sus frutos.

SEGUNDA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO III.

QUE EN ELLA SOLA EN CALIDAD DE MADRE QUISO EL VERBO ETERNO TOMAR NUESTRA NATURALEZA.

Mucho es que la Virgen santísima atrajese á la tierra al Verbo eterno: aun mas es haberle hospedado y haberlo hecho dignamente: ¿qué será pues haberle dado la naturaleza que venia á tomar? Este es un privilegio de poder, dice S. Juan Damasceno (1), que la ensalza sobre todo lo criado. Acerca de él discurri al principio del primer tratado; pero heme aquí metido de nuevo en el asunto, porque esta calidad no es solamente el principio de las grandezas de excelencia de María, sino tambien el origen de las prerogativas de su poder. No obstante lo dicho me obligará á ser mucho mas breve de lo que hubiera sido en otro caso, y á atenerme precisamente al poder que se manifiesta en el título de madre de Dios y en el misterio de la Encarnacion.

(1) Orat. 1. de nativ. B. Virg.

§. 1.—Del poder general de la madre de Dios sobre toda la naturaleza criada que se manifiesta en el misterio de la encarnacion.

I. No sin profundo misterio debiendo el profeta Isaiás de escribir, aunque en poquísimas palabras, la promesa de la encarnacion del Verbo divino (1), como explican S. Epifanio (2), S. Ambrosio (3), S. Gerónimo (4), san Cirilo (5), S. Basilio (6), Procopio de Gaza (7), el abad Ruperto (8) y con ellos el parafrasta caldeo (9) y el que los hebreos llaman por honor su santo maestro, recibió orden expresa de Dios de tomar un gran rollo de pergamino; con lo que quiso dar á entender el Espíritu Santo que bajo de aquellas pocas palabras habia infinitas maravillas. Pero lo mas notable á mi parecer es que se mandó al profeta escribir en este pergamino con un estilo de hombre, es decir, de una manera que puedan entenderlo los hombres, como explica el docto Ruperto (10), en consideracion á que el misterio es de suyo tan alto, que de otra suerte no comprenderian nunca nada. Con efecto no ha de juzgarse, dice el papa S. Leon, que lo que admiraba el profeta Isaiás cuando decia: ¿Quién podrá explicar su generacion (11)? deba de entenderse de la generacion eterna del Verbo solamente, sino que se ha de tomar tambien de su generacion temporal, porque si dejamos á un lado lo que la fé nos enseña, toda palabra es muda cuando se trata de hablar de esto.

(1) Isai. VIII.	(8) Ibidem.
(2) Hæresi 78.	(9) Rabbi Haccados apud Galatinum lib. 7 de arcanis, capite 48.
(3) In cap. I Lucæ.	(10) Serm. 9.
(4) In cap. citat. Isai.	(11) Isai. LIII.
(5) Ibidem.	
(6) Ibidem.	
(7) Ibidem.	

La Encarnacion es la obra excelente de Dios.

II. Ahora bien confieso, y no es dado dudarle, que la Encarnacion es propiamente la obra de Dios. S. Buenaventura lo dice muy devotamente segun su costumbre: «Obra tuya es, gran Dios, la admirable disposicion que pusiste en la Virgen santa para ser digna madre de Dios: obra tuya es la embajada del ángel Gabriel, la bajada del Espiritu Santo á ella y la union del Verbo divino con la carne (1).» Mucho tiempo antes que él dirigia el profeta Habacuc una súplica á Dios en estos términos: «Señor, vivifica tu obra en medio de los años (2);» que es como si dijera: Señor, desde el principio se nos hizo entender que teniais que hacer una obra acabada, la cual debia de superar todo lo que hasta aquí ha salido de tus manos, y siempre hemos conservado la esperanza de que habia de verse en medio de los años. Ya es tiempo de cumplir tu promesa, y así no permitas que llegue á destruirse un designio tan excelente; al contrario dale á luz y vivificalo. Ve aquí otra interpretacion: Señor, el mundo está en expectacion de una obra prometida por tí, de que ha concebido gran esperanza; pero hasta ahora no es mas que una penitencia incoada y una estatua sin alma ni movimiento. Verdaderamente hemos oido hablar de cierto matrimonio que ha de efectuarse, y de dos que se unirán en una carne; de un reloj cuya sombra retrocedió diez líneas (3); de la misteriosa escala de Jacob (4), del encogimiento del profeta Eliseo sobre el cadáver del hijo de la viuda (5). Muchas veces se nos han anunciado estas y

(1) Specul. B. Virg., c. 14.

(2) Habac. III.

(3) IV Reg., XX.

(4) Genes. LVIII.

(5) IV. Reg., IV.

otras figuras semejantes; pero no son mas que sombras muertas y cuerpos sin alma. A tí solo te toca animar tu diseño y dar vida y la última pincelada á este cuadro singular, que de tí solo espera su perfeccion. Pensando en esto mas atentamente he creido que el cielo y todo cuanto vemos es llamado por el salmista obra de los dedos de Dios (1): que todos los prodigios obrados por Moisés delante de Faraon son llamados tambien el dedo de Dios (2); pero cuando se trata de la maravilla esperada desde el principio de los siglos, David pide que Dios excite su omnipotencia (3); el profeta Isaias le pide que levante su brazo y le haga fuerte (4) y la Virgen santísima sin hablar de otros dice en su cántico «que Dios obró el poder con su brazo.» Por último el angélico doctor santo Tomás enseña que el gran poder de Dios se muestra en la union y concordia de los elementos discordantes: que el mayor se manifiesta en la union del espiritu con el cuerpo; pero que grandísimo se ve en la union del espiritu increado con la naturaleza criada. Es verdad, Dios mio, que lo hemos oido con nuestros oidos y que nuestros mayores nos manifestaron las obras que produjiste en sus dias. Derribaste los reyes y sojuzgaste las naciones á la llegada de ellos: obraste en su favor maravillas en todos los elementos; sin embargo es preciso confesar que nunca oyeron hablar de una obra semejante á esta, en que se haya ostentado tanto la grandeza de tu poder. Los cielos anuncian tu gloria, y el firmamento pregona la excelencia de tus obras; pero permitenos decir que aunque todas estas piezas son excelentes, en comparacion de aquella no son mas que ras-

(1) Psalmi VIII.

(2) Exod. VIII.

(3) Salm. XCVII.

(4) Isai. LI.

guños y que solamente aquí quisiste dar una pincelada de maestro, habiéndote excedido á ti mismo y hecho inimitable.

La Encarnacion es tambien la obra excelente de la Virgen: cuántas maravillas se hallan en ella.

III. Es verdad tambien y hay que confesarlo que esta es la obra de Dios y la obra por excelencia; pero convenimos asimismo en que es la de la Virgen, y así como Dios no quiso hacer esta obra mas que en ella sola, no quiso cumplirla sino por ella y con ella. Esto consideraron los santos doctores cuando le dieron epitetos y títulos que indican altamente la excelencia de su poder. S. Ambrosio la llama salon real de los misterios celestiales (1), y S. Juan Damasceno la fuente maravillosa ó de maravillas (2). S. Epifanio dice cosas muy singulares y entre otras que es el tesoro inefable é inagotable de la santa economia (3); por cuyo nombre expresan ordinariamente los padres griegos el misterio de la encarnacion. Y á la verdad le da muy acertadamente el nombre de tesoro, porque así como el tesoro es un monton de riquezas, de donde se puede sacar siempre á manos llenas sin ver el fin, de la misma manera son tales y tantas las maravillas que se descubren en este divino misterio, que no hay medio de contarlas.

IV. Por decir algo, aunque sea de paso, ¿qué maravilla no es que la hija sea la madre de su padre y que el artifice de todas las cosas tome el ser de su obra? Pocos años há que un niño chino que solo tenia cinco de edad, pronunció una sentencia digna de transmitirse á la poste-

(1) De institut. Virg., c. 7.
(2) Orat. 1. de nat. B. Virg.

(3) Orat. de S. Deipara.

ridad, sin que pudiese averiguarse jamás que la hubiera aprendido de nadie. «El señor del cielo, dijo, crió á su madre, y su madre parió al señor del cielo.» Es creíble que Dios ó su santa madre le enseñase tan bella ocurrencia, y me lo persuade el que su casa era una casa de maravillas y portentos del cielo, como se ve en la conversion de un hermano suyo de diez y siete años. Este manebro adolecia de una grave enfermedad, y no habia esperanza de que recobrarla la salud. El dia 5 de agosto como á las cuatro de la tarde se sintió fuertemente tocado de Dios é inspirado de hacerse cristiano. Para efectuar sus deseos pedia al Señor la salud con lágrimas, cuando columbró muy claramente algunas letras escritas en la colgadura de su cama. Eran pocas, pero muy misteriosas; por tres veces diferentes se juntaron sin que él viese la mano que las manejaba. La primera vez aquel escrito le exhortaba á mudar de vida y seguir á Dios que le llamaba: á la segunda le daba esperanza de que venceria fácilmente todo género de dificultades y que seria causa de la salvacion de muchos: á la tercera le prometia que de allí á dos años le haria Dios una gracia señalada. Una cosa tan nueva le dió mucho que pensar, especialmente cuando estando deshauciado de los médicos se halló curado incontinenti. Así es que no tardó en abrazar la religion verdadera, y recibió en el bautismo el nombre de Rafael. Finalmente para que se cerciorase mas de las promesas del cielo, á su conversion siguió la de toda su casa. Pero volviendo á mi propósito, la maravilla de que hablo, no es otra á juicio de S. Agustin que la que la virgen Maria tenia en su mente cuando decia que Dios habia hecho cosas grandes en ella. ¿Por ventura, oh virgen santa, dice aquel admirable doctor, no ha parido una criatura á su criador? ¿No ha dado la sierva la vida á su señor, el cual por tu medio ha iluminado, redimido y vivificado al mundo? Oh santa señora, exclama el elo-

cuente arzobispo de Ravena (1), el que te hizo, fué hecho por ti: de ti salió tu manantial; tú eres la madre de tu padre, y el que trajo la luz al mundo, la quiso tomar de ti.

V. ¡Qué maravilla de novedad y qué novedad de maravilla, que pueda decirse en muy buen sentido que la criatura dió algo á su criador antes de haber recibido de él! Bien sé que el apóstol S. Pablo dice: ¿Quién le dió á él primero, para que le sea recompensado? (2) Mas tampoco ignoro lo que responde el santo mártir y obispo de Tiro Metodio (3): que fué la bienaventurada Virgen cuando de su propia sustancia le revistió de nuestra carne mortal. Tampoco ignoro lo que dice S. Ambrosio: que la Virgen tuvo de qué dar á Dios, porque no hizo dádiva de lo ajeno, sino de lo suyo propio, ofreciendo al criador de todas las cosas un presente verdaderamente ordinario que habia sacado de sus propias entrañas; pero con un afecto y de un modo extraordinario (4). ¿Quién no confesará aqui conmigo que esto es lo que S. Cirilo llamaba enigma muy sagrado (5), y S. Juan Damasceno la novedad de las novedades (6)?

VI. ¡Qué maravilla, la union de dos piezas tan diferentes como son el impassible y el pasible, el inmortal y el mortal, el cielo y la tierra, Dios y el hombre! S. Agustín llama á esta union la mezcla admirable (7). Por mi parte no sé que pueda expresarse mejor que con estas palabras de S. León el grande: «La creencia católica requiere nos persuadamos á que se unieron entre sí dos naturalezas y que salvo respectivamente sus propiedades se

(1) S. Chrysol., serm. 142.

(2) Ad rom. II.

(3) Orat. de Hypapante.

(4) S. Ambr., lib. 4 de incarnationis domin. sacram., cap. 9.

(5) Epist. de fide ad regin.

(6) Lib. 3. fidei, cap. 1.

(7) Epist. 3 ad Volusia-

formó una union tan estrecha entre estas dos sustancias, que desde el feliz instante en que para bien del linaje humano encarnó el Verbo en las entrañas de la sacratísima Virgen, no nos es ya dado separar al hombre de Dios, ni á Dios del hombre ni aun por nuestros pensamientos. Es verdad que cada una de estas dos naturalezas se da á conocer por los actos diferentes que le convienen y que distinguen á la una de la otra; pero no media ninguna desunion entre ellas. Todo lo que procede de la una y de la otra, se pone en comun, y asi como la majestad resplandece en la bajeza, asi la abyeccion aparece en la grandeza, sin que la unidad produzca ninguna especie de confusion, ni la propiedad quite nada á la union. Una es la naturaleza pasible y otra la impassible, y esto no obstante la gloria y la afrenta, la honra y la deshonra pertenecen al mismo, y el flaco no es otro que el poderoso, y el vencedor de la muerte es el mismo que fué vencido de ella (1). A vuestro parecer no es este el admirable comercio y la union inefable que la santa iglesia predica con tanto eco, que deseaban los patriarcas, que anunciaban los profetas, y cuyo goce estaba reservado á los Benjamines de la ley evangélica? Por lo demás si se me pregunta quién es el autor de esa union inexplicable, diré que el primero y principal es Dios, el cual sacó esta maravilla de los tesoros de su omnipotencia; pero no tendré reparo en añadir con S. Epifanio (2) que la Virgen cooperó grandemente á ella y trabajó con Dios para estrechar el nudo que unió entre si las dos naturalezas. Diré francamente que por este motivo la llamó S. Andrés de Jerusalem el retrete de la naturaleza (3), y S. Juan Damasceno el retrete de las uniones (4), porque en ella se unió la divinidad con la humanidad, la pasibilidad con la impassibili-

(1) Serm. 3 de passione.

(2) Orat. de S. Deipar.

(3) Orat. de Annuntiat.

(4) Orat. 4 de nativit. B. V.

dad, la vida con la muerte, y el fuerte venció al débil para su beneficio y provecho. ¿Queremos ver mas expresamente las maravillas de esta union divina? «Observemos, dice S. Bernardo (1), cómo la longitud se acorta y la latitud se estrecha, cómo se baja la altura y se allana la profundidad. Consideremos la luz oscurecida, la palabra muda, el agua sedienta y el pan hambriento: contemplemos el poder que obedece, la sabiduría que aprende, y la fortaleza que es sostenida por otro. Admiramos el gozo que se contrista, la seguridad que teme, la felicidad que padece, la salud que está enferma, y la vida que muere; ó admiremos mas bien la tristeza que alegra, el temor que tranquiliza, la muerte que da la vida, y la flaqueza que conforta.»

VII. ¿Qué maravilla ver al autor de todas las cosas unido no solo á una criatura suya, sino á todas cuantas hay, por medio de una sola de ellas! Juzgad si no es una grandísima maravilla que una criatura haya merecido ser con Dios la causa y el principio de esta union. A S. Juan Damasceno debo este pensamiento. «Por medio de la Virgen, dice el santo doctor (2) dió el Criador un nuevo estado á todas sus criaturas y mucho mejor que el que tenían antes, porque siendo el hombre como el intermedio de las naturalezas intelectuales y de las criaturas materiales y el vínculo de las que se ven y de las que no se ven, la immaculada Virgen que juntó el hombre á Dios con un lazo indisoluble, le unió al mismo tiempo estrechísimamente á todas las otras criaturas.

VIII. ¿Qué maravilla ver todos los atributos de Dios puestos en compendio y sus infinitas perfecciones redu-

(1) Homil. 2 in Missus.

(2) Orat. 1 de Nativit.

cidas á la menor dimension! Los antiguos sabios de Atenas se atormentaron por averiguar qué es lo que podía llamarse juntamente lo mas grande y lo mas pequeño. Quién dijo la niña del ojo, quién el corazon humano, quién el entendimiento. Esta diversidad de pareceres era disimulable en unos hombres privados de la luz de la verdad; mas nosotros digamos sin fijar nuestros pensamientos en otra parte que es el incomprensible misterio de la encarnacion, donde vemos abatida la grandeza, agotados los tesoros y la omnipotencia de Dios, compendiadas las magnificencias de la gracia y de la gloria, la predestinacion de los escogidos no solo merecida, sino llevada á su perfeccion y fin, en una palabra todo lo que hay de grande en el cielo y en la tierra, puesto en un volumen pequeño y comprendido en un cuerpo tiernecito y recién organizado. Inaudita maravilla es esta en que interviene la justicia, reina la misericordia, delibera la eternidad, insta la bondad, concluye la sabiduría, ejecuta el poder, y en que los diversos efectos de todas estas propiedades diferentes se concilian tan acertadamente, que se forma un concierto agradable á Dios, provechoso á los ángeles y á los hombres y admirable para todo el mundo. Si se quiere saber quién ha obrado esta maravilla; confieso que es Dios, con tal que se me conceda al mismo tiempo que no la ha hecho él solo, sino que ha querido que la Virgen participase de este honor con él, y le ayudase á encerrar las perfecciones infinitas de su incomprensible majestad en el estuche de un cuerpo corruptible y mortal.

IX. ¿Qué maravilla contemplar la palabra eterna compendiada, Dios anonadado y el Verbo hecho carne! Cuando digo el Verbo hecho carne, intento incluir bajo esta palabra todo lo bajo y abyecto que puede comprender el entendimiento humano y angélico y aun el divino. Por la palabra carne entiendo con Dios mismo un

poco de polvo (1), con el santo Job un despojo del tiempo (2), un almacén de miserias, una flor de primavera que se marchita á la tarde, una sombra fugaz, una veleta que se mueve á todos vientos, un vapor atraído por el sol en un instante y desvanecido al punto (3), un ruín gusanillo (4), un saco de podredumbre, una hoja arrebatada por el viento (5), una paja que se lleva el mismo segun David, un hediondo muladar (6), segun su hijo Salomon, la pelusa que se lleva el viento, la espuma delgada que es esparcida por la tempestad, el humo que es disipado por el viento, la memoria del huésped de un dia que pasa (7), una centella que se apaga al menor soplo, el aire blando, el rastro de la nube (8) y con los profetas Isaias y Jeremias, una vasija de barro que se rompe asi que tropieza (9), con S. Pablo un esclavo marcado, y para ponderarlo bien la nada. Esto es lo que entiendo, y si es posible, algo menos cuando digo que Dios se hizo carne. Asombráos, cielos, de esto, decia Jeremias y convertíos en una soledad, oh puertas de él, dice el Señor (10). Con efecto Dios se hizo polvo y ceniza; el principio de toda la dicha del mundo se convirtió en un depósito de miserias; la incomprendible majestad es ahora un gusano de tierra; el infinito no es mas que un átomo pequeño; la fuente de la vida se puede llamar la casa de la muerte; y el rey de la gloria se ha cambiado en una vasija de barro. ¡Qué maravilla ó mas bien qué abismo de maravillas! El gran rey Salomon se admiraba sobre manera de que

(1) Gen. III.
 (2) Job. XIV.
 (3) Cap. VII.
 (4) Cap. XXV.
 (5) Cap. XIII.

(6) I Reg. XXIV.
 (7) Sap. V.
 (8) Sap. II.
 (9) Isai. XXIX.
 (10) Jerem. II.

Dios quisiese habitar entre los hombres, aunque con el esplendor de su majestad y con un aparato indecible de grandeza, y esta noticia le parecia verdaderamente increíble: ¿qué diria ahora si oyese esta transformacion tan singular y este anonadamiento sin par?

X. Es cierto que no puede ser efecto mas que del brazo omnipotente de Dios; pero ¿no contribuyó nada la Virgen santísima? Me refiero á Sofronio, intimo amigo de S. Gerónimo, que dice pocas palabras; pero mas preciosas que el oro y los diamantes. Ve aquí cuáles son: «Lo que Juan vió, lo concibió la Virgen (1). Aquel Verbo que estaba abeterno en Dios y con Dios, que era Dios tambien, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual no se hizo nada; aquel Verbo en quien estaba la vida, que era la luz de los hombres, y cuya gloria era tal como convenia al primogénito de Dios; aquel Verbo lleno de gracia y de verdad con todo lo que el discípulo amado dijo de él y lo que no supo decir, fué hecho carne, y este misterio incomprendible se llama la obra de Dios y de Maria.» Me refiero al devoto San Bernardo, el cual juntando las palabras del salmista, que dice que Dios obró nuestra salud en medio de la tierra, con las de Isaias, que enseñaba que Dios haria una palabra abreviada en medio de la tierra (es decir, la obra de la Encarnacion, como entienden varios insignes doctores), nota sutilmente que el medio de la tierra es la virgen Maria, en quien y por quien se cumplió aquel misterio. «La bienaventurada Virgen, dice, por una propiedad muy excelente se llama el medio de la tierra, porque sobre ella como sobre el centro y el arca de Dios, la causa de todas las cosas y la obra importante á todos los siglos están fijos los ojos de los que viven en el cielo, de los que se hallan detenidos aun en el limbo, y de los que

(1) Epist. de Assumpt. ad Paulam et Eustochium.

vivimos entre unos y otros, de los que nos precedieron, de los que somos ahora, de los que deben de sucedernos, de los hijos de nuestros hijos y de los que vengan tras ellos. Los que están en el cielo, tienen los ojos fijos en ti, oh Virgen santa, como la reparadora de sus ruinas; los que esperan en el limbo, como á su libertadora; los que nos precedieron como en la que ha de cumplir lo que estaba predicho; los que nos sigan, como en la medianera de su gloria. En una palabra todas las generaciones te llamarán bienaventurada, madre de Dios, señora del universo y reina de los cielos, porque á todos les trajiste la vida y la gloria. En ti y por tu medio encuentran los ángeles el motivo de su regocijo; los justos reciben la gracia; y los pecadores esperan la misericordia. Con justa causa pues fijas los ojos y posees los corazones de todas las criaturas, porque en ti, por ti y de ti la mano bondadosa de Dios restauró todo lo que se habia echado á perder.*

XI. ¡Qué maravilla ver salir al rey de la gloria del vientre de su madre como de su palacio con la diadema en la cabeza y el manto real en los hombros! Si admiramos con los espíritus bienaventurados esta magnificencia; acordémonos que la Virgen es quien trabaja con el mismo Dios para ponerle con tanto boato. Testigos son san Ambrosio y el abad Guerrico, los cuales nos declaran cómo le coronó ella el mismo día que le concibió, según queda dicho al principio del tratado primero. En cuanto á su vestido triunfal S. Juan Damasceno dice claramente (1) que el Señor recibió de ella la púrpura imperial en el día de su consagración, que fué el mismo de su concepcion. Si juzgais que este rey del cielo no es menos venerable cuando parece con su tiara y sus vestiduras pontificales; acor-

(1) Orat. 2 de nativit. Virg.

dáos de lo que observan S. Juan Damasceno (1) y san Basilio de Seleucia (2): que si bien el padre eterno le ungió con la unción santa y el óleo de la divinidad, su madre le vistió la hermosa túnica de lino fino y el rico manto que le tejió de nuestra humanidad para desempeñar dignamente el oficio de paz y el ministerio de reconciliación. Si os parece tan majestuoso como agraciado cuando sale de su tálamo nupcial, adornado según corresponde al esposo del cielo; sabed con S. Pedro Damiano (5) que la Virgen en calidad de madre y con el título de esposa le hizo tan hermoso como le veis y como roba el corazón de los ángeles y los hombres. En una palabra si advertis en él maravillas sin fin, pasmáos con S. Pedro Crisólogo (4) de que la artifice sin igual y la mujer fuerte le haya dispuesto de tal manera, que la humanidad que tomó de ella, le sirve de tienda para pelear, de cátedra para enseñar, de palacio para habitar y de trono para administrar justicia á sus vasallos.

XII. Por mi confieso que no sé verdaderamente dónde estoy, viendo tantas maravillas que me roban el corazón y me embargan el entendimiento, y que cuanto mas considero lo que pasó en las sagradas entrañas de la Virgen, mas gana me da de exclamar con S. Epifanio (3): ¡Oh seno virginal mas elevado y capaz que el cielo! ¡Oh seno mas digno que el firmamento! ¡Oh seno que eres alumbrado con la luz inextinguible de Dios y distinguido con las gracias del Espíritu Santo! Yo te ofrezco en homenaje, oh Virgen incomparable, el arrobamiento de mi alma que queda extática considerando tus grandezas y no cono-

(1) Lib. 49 fidei orthod., cap. 45.

(2) Serm. de Annuntiat. B. Virg.

(3) Serm. 2 de nativit. Virg.

(4) Serm. 440.

(5) Serm. de S. Deipara. Virg.

ce debajo de Dios ninguna cosa que pueda igualarse á ti. Te presento los mas dulces sentimientos de tus amados hijos, que te veneran como la maravilla de las madres y la madre de las maravillas. Asi di con mas seguridad que la madre de Noé (1) que Dios te ha dado un hijo que nos consolará entre los afanes y fatigas del cultivo de esta tierra maldita. Di con mas verdad que Sara (2) que el Señor te ha dado un Isaac, es decir, un objeto de regocijo, y que todo el que le oiga, se regocijará contigo. Di con mas justicia que Lia (3) que Dios ha mirado tu humildad y que ahora el Espiritu Santo tu esposo redoblará su cariño para contigo. Di mas merecidamente que Zelfa (4) que todas las mujeres te llamarán bienaventurada. Di mas dichosa que Raquel (5) que Dios ha quitado el oprobio de tu esterilidad. Di mas misteriosamente que José y su mujer Asenet (6) que Dios te ha hecho prosperar en la tierra de tu pobreza. Di mas ventajosamente que todas las otras que Dios ha obrado en tí cosas grandisimas, porque así como tu hijo se aventaja infinitamente á todos los hijos del mundo, así tú sobrepajas incomparablemente á todas las madres de la tierra.

§. II.—Del poder especial de la madre de Dios sobre nuestro Señor Jesucristo su muy venerado hijo.

I. Es singular la industria de la humildad, que encuentra los honores cuando huye de ellos, brilla á medida que quiere oscurecerse, y cuanto mas apetece la bajeza, mas se ve ensalzada. Se esconde, y es buscada: su gusto es ser ignorada, y es llevada en alas de la fama:

(1) Genes. V.

(2) Ibidem XXI.

(3) Ibidem XXIX.

(4) Ibidem XXX.

(5) Ibidem.

(6) Ibidem XLI.

su ambicion es servir, y por fuerza la sientan en alto trono. ¿Qué se ha de hacer? Esto es lo que pasa en la corte de Dios. Figurémonos á la virgen santa Maria, ese modelo singular de humildad, retirada en su pobre aposento. Considerando su nada se pone á los pies de todas las criaturas y se juzga enteramente indigna de las gracias y mercedes mas pequeñas de Dios; pero ve aquí que viene á hacerle la corte uno de los primeros principes del cielo. Ella se confunde, y él redobla sus honores diciéndole en sustancia que todo lo que está debajo de Dios, está al mismo tiempo debajo de ella. Maria aun mas turbada que antes busca algun rincon para ocultar su vergüenza: el ángel añade que el monarca del cielo y de la tierra está con ella, y ella se postra para adorarle como una sierva: él le dice que es escogida para madre del rey de los reyes, y ella se llena de confusion; pero no por eso deja el ángel de intimar de parte del padre eterno á la humilde Virgen que debe de tener poder sobre su hijo. Dios de verdad, ¿cómo se quedaria al oír estas palabras la criatura mas humilde de todas las nacidas? Sin duda el ángel tuvo compasion de ella y miramiento á su pudor que se veía ya en un aprieto.

II. De esto nos admirariamos mucho mas, si tuviéramos el conocimiento que ella tenia de tal prerogativa, y si pudiéramos comprender lo que es tener poder sobre el hijo de Dios, porque seria un error persuadirse que se trata aquí de la influencia ó poder que un amigo tiene sobre su amigo ó un valido sobre su príncipe. Admiramos justamente el poder que Moisés habia adquirido sobre el mismo Dios, cuando este bondadoso Señor le pedía permiso para castigar á su pueblo y le decia que no se opusiera á ello (1). Nos quedamos atónitos cuando lee-

(1) Exod. XXXII.

ce debajo de Dios ninguna cosa que pueda igualarse á ti. Te presento los mas dulces sentimientos de tus amados hijos, que te veneran como la maravilla de las madres y la madre de las maravillas. Asi di con mas seguridad que la madre de Noé (1) que Dios te ha dado un hijo que nos consolará entre los afanes y fatigas del cultivo de esta tierra maldita. Di con mas verdad que Sara (2) que el Señor te ha dado un Isaac, es decir, un objeto de regocijo, y que todo el que le oiga, se regocijará contigo. Di con mas justicia que Lia (3) que Dios ha mirado tu humildad y que ahora el Espiritu Santo tu esposo redoblará su cariño para contigo. Di mas merecidamente que Zelfa (4) que todas las mujeres te llamarán bienaventurada. Di mas dichosa que Raquel (5) que Dios ha quitado el oprobio de tu esterilidad. Di mas misteriosamente que José y su mujer Asenet (6) que Dios te ha hecho prosperar en la tierra de tu pobreza. Di mas ventajosamente que todas las otras que Dios ha obrado en tí cosas grandisimas, porque así como tu hijo se aventaja infinitamente á todos los hijos del mundo, así tú sobrepajas incomparablemente á todas las madres de la tierra.

§. II.—Del poder especial de la madre de Dios sobre nuestro Señor Jesucristo su muy venerado hijo.

I. Es singular la industria de la humildad, que encuentra los honores cuando huye de ellos, brilla á medida que quiere oscurecerse, y cuanto mas apetece la bajeza, mas se ve ensalzada. Se esconde, y es buscada: su gusto es ser ignorada, y es llevada en alas de la fama:

(1) Genes. V.

(2) Ibidem XXI.

(3) Ibidem XXIX.

(4) Ibidem XXX.

(5) Ibidem.

(6) Ibidem XLI.

su ambicion es servir, y por fuerza la sientan en alto trono. ¿Qué se ha de hacer? Esto es lo que pasa en la corte de Dios. Figurémonos á la virgen santa Maria, ese modelo singular de humildad, retirada en su pobre aposento. Considerando su nada se pone á los pies de todas las criaturas y se juzga enteramente indigna de las gracias y mercedes mas pequeñas de Dios; pero ve aquí que viene á hacerle la corte uno de los primeros principes del cielo. Ella se confunde, y él redobla sus honores diciéndole en sustancia que todo lo que está debajo de Dios, está al mismo tiempo debajo de ella. Maria aun mas turbada que antes busca algun rincón para ocultar su vergüenza: el ángel añade que el monarca del cielo y de la tierra está con ella, y ella se postra para adorarle como una sierva: él le dice que es escogida para madre del rey de los reyes, y ella se llena de confusion; pero no por eso deja el ángel de intimar de parte del padre eterno á la humilde Virgen que debe de tener poder sobre su hijo. Dios de verdad, ¿cómo se quedaria al oír estas palabras la criatura mas humilde de todas las nacidas? Sin duda el ángel tuvo compasion de ella y miramiento á su pudor que se veía ya en un aprieto.

II. De esto nos admirariamos mucho mas, si tuviéramos el conocimiento que ella tenia de tal prerogativa, y si pudiéramos comprender lo que es tener poder sobre el hijo de Dios, porque seria un error persuadirse que se trata aquí de la influencia ó poder que un amigo tiene sobre su amigo ó un valido sobre su príncipe. Admiramos justamente el poder que Moisés habia adquirido sobre el mismo Dios, cuando este bondadoso Señor le pedía permiso para castigar á su pueblo y le decia que no se opusiera á ello (1). Nos quedamos atónitos cuando lee-

(1) Exod. XXXII.

mos que Josué mandaba al sol como si fuera Dios, y que Dios no tenía ningún reparo en obedecer á la voz de su siervo (1). Tenemos por un obsequio extraordinario lo que dice David de los buenos siervos de Dios (2); á saber, que hará la voluntad de los que le temen; y cuando lo vemos puntualmente cumplido en la historia de los santos y leemos la admirable condescendencia de Dios para con ellos, el temor que tiene de contristarlos en nada, la prontitud con que les concede todo cuanto desean, los raptos por decirlo así de su amor y los testimonios que les da, nos quedamos con la reina de Sabá sin conocimiento y sin sentido. Y sin embargo no es este el poder de que presumo hablar aquí, porque aunque en efecto excede á lo que pueden pensar los ángeles y los hombres, hay que confesar que en tal caso se obliga Dios mismo, y que no teniendo límites su bondad, se sirve de pagar así las mas leves acciones de sus siervos y recompensar con un corazón verdaderamente regio ó por mejor decir divino el menor esfuerzo que hacen para amarle con todas sus fuerzas y entregarse á su voluntad. Por lo demás acuérdense de caminar con rectitud y de tener siempre presente que esas gracias son gratuitas y pueden perderse en un instante. Dios mismo lo da á entender en términos muy claros por boca de su profeta. Si te remontares como águila, dice (3), y si pusieres tu nido entre las estrellas, de allí te derribaré. Pero aquí se trata de un poder maternal que no puede recibir alteracion, ni detrimento alguno, y de una obligacion que no puede extinguirse ó apurarse ni por transcurso de tiempo, ni por exhibicion de servicio. Por mas que diéreis, siempre quedará que dar, y mientras el hijo sea hijo, la obligacion

(1) Josué X.
(2) Salmo CXLIV.

(3) Abdi. IV.

rá en pie, y mientras la madre sea madre, será mantenida en el goce de este derecho.

III. Dad vuelo á vuestro entendimiento cuanto queráis, y ved si puede formar un diseño de alguna grandeza que se aproxime á esta. «Es una dignidad, dice S. Agustin (1), que sobrepuja toda la grandeza de los ángeles, en cuanto es cosa mas excelente ser la madre del principe que un simple siervo suyo. Pensad cuanto queráis de esos espíritus bienaventurados: realzad cuanto os acomode su mérito y honor, con tal que os acordeis de que al cabo siempre son siervos y la madre es madre, es decir, ensalzada sobre ellos mas de lo que podeis imaginar, pues su criador y señor le debe honor y respeto.»

IV. Para confesarlo me parece que no se necesita otra cosa sino reconocerla por madre de Dios, verdadera madre no solo del hombre, sino de Dios. Esta es una verdad indudable en la creencia católica, autorizada por la sagrada escritura, atestada por los santos padres y recibida por comun consentimiento de toda la iglesia. El arcángel S. Gabriel se lo asegura á nuestra señora de parte de Dios, diciéndole: El santo que nacerá de tí, será llamado hijo de Dios (2). «Supuesto que el que ha nacido de la Virgen, es rey, señor y Dios juntamente, dice muy bien S. Atanasio (3), ¿por qué no hemos de dar á su madre el nombre y categoria de reina, señora y madre de Dios?» S. Epifanio lo persuade de esta suerte (4): «Tú eres madre de Dios, pues que pariste al Verbo encarnado: tú eres madre de Dios, pues que llevaste á nuestro Dios vestido con el traje de siervo: tú eres madre de Dios, pues concebiste al primogénito de Dios. Tu hijo no

(1) Lib. 3 de Symb. ad catech.

(2) Luc. I.

(3) Serm. de S. Deipara.
(4) Serm. de S. Deipara.

fue un Dios que empezaba á ser, sino el Dios eterno, el que era antes que tú fueses y antes de todos los siglos. No se necesita mas para rendir nuestros entendimientos, porque sentado este principio de nuestra creencia; que la Virgen es la verdadera madre de Dios por naturaleza, necesariamente hay que inferir que tiene poder sobre él. Hablo de un poder verdadero y legítimo, fundado en la naturaleza, ordenado por Dios y reconocido por ese mismo hijo, que habiendo venido no á destruir la ley, sino á cumplirla, no á trastornar la naturaleza, sino á perfeccionarla por medio de su gracia, debia como autor de la naturaleza y de la gracia dar peso y autoridad en su propia persona al derecho de los padres sobre sus hijos segun la observacion de Metodio (1).

V. Y repárese lo que añade este antiguo y grave doctor: que el hijo de Dios no solo se sometió voluntariamente á ese poder maternal, sino que quiso sobrepujar en este punto á todos los otros hijos. Lo mismo enseña S. Ildefonso; pero á mi parecer con una gracia particular, porque dice (2) que esta fué invencion de la bondad y de la omnipotencia de Dios, que se convinieron en hacer que el hijo de Dios y el criador de todas las cosas fuese tambien hijo de una madre criada por el mismo; y que el grande entre los grandes quedase por nacimiento sujeto á una sierva, que era su criatura por naturaleza; de suerte que la sierva tiene á Dios mismo por súbdito, y el Dios de la majestad reconoce á la sierva por su señora y superiora. Invencion excelentísima, que dió medio de abatir las cosas divinas y levantar las mas bajas hasta el ápice mas alto de grandeza. Pero me parece que me afano en vano, pues tenemos la clara verdad del Evangelio, el cual nos sugiere en pocas palabras argumento para

(1) Oraf. de Purific.

(2) De virgin. B. Mariae, c. 8.

eternas consideraciones. Estaba sujeto á ellos, esto es, á Maria y á José, dice S. Lucas (1) observando muy oportunamente que no solo les tributaba completísima obediencia, sino que esta procedia de la verdadera y legítima obligacion de Jesus y de la potestad reciproca, especialmente de la madre, á quien estaba sujeto.

VI. ¿Quién me dará ahora palabras para expresar mi pasmo y dar á conocer cuál es mas glorioso y admirable, si un Dios que se sujeta á su madre, ó una madre que le manda con potestad y autoridad? ¡Oh quién hubiera tenido la dicha de ver con qué respeto y anonadamiento de sí misma mandaba la Virgen á su Dios, y con qué alegría obedecia el rey del cielo á su sierva! ¡Oh quién hubiera visto el paraiso en la tierra y la vida de aquella sacra familia! ¡Quién hubiera visto á José mandando á Maria y á Maria obedeciéndole lo mismo que á Dios, á Maria mandando á Jesus y á Jesus obedeciendo como un Dios, es decir, con una humildad, una magnanimidad y una perseverancia que tenian absorto al cielo y á la tierra! Digo perseverancia, porque le tributó este deber hasta la muerte y aun despues de la muerte, así como á su eterno padre. Esta observacion hace Arnulfo de Chartres, el cual dice que estando para espirar el hijo de Dios encomendó expresamente su bendita madre á S. Juan, porque como no podia ya servirla y obedecerla en su persona, deseó hacerlo á lo menos por sustituto y cumplir con ella por medio de aquel discipulo suyo, como debia cumplir un buen hijo con semejante madre (2). Sobre esto hace san Ambrosio una reflexion digna de su ingenio, diciendo

(1) Inc. H. S. Bernard, sermon. 2 in Missus.
 (2) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. «Le escogió porque era el amigo mas fiel que tenia sobre la tierra, un hombre tan santo y tan exento de toda mancha, de una vida tan celestial, de un corazon tan puro, adornado de tal castidad y

que S. Juan solo fué el que como interesado en este hecho nos dejó por escrito la última disposición del Salvador, porque estimaba mas, dice el insigne doctor, que el que era vencedor de los tormentos y del demonio se acordase de lo que debía á la madre, que oír que prometia el reino del cielo al buen ladrón. Con efecto si fué obra de una alma santa perdonar á este, mucho mas lo fué cumplir con su madre en semejante trance. Parece que debo de concluir aquí con estas palabras del glorioso S. Pedro Damiano: «Emudezca toda criatura: tiemble con la consideración de tal maravilla; no se atreva á levantar los ojos para contemplar un poder tan inmenso y una dignidad tan eminente (1).»

TERCERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO IV.

QUE FUE LA NODRIZA Y EL AYA DEL VERBO DIVINO.

Es una cosa tan importante la crianza y educación de los reyes, que el filósofo Platon recopilando las costumbres mas loables observadas antiguamente en la corte de

tan perfecto en el amor divino, que no podía Jesus encomendar á nadie mejor aquella paloma sin mancha, aquella mansa oveja, aquella víctima inmaculada,

aquella con quien no puede ser comparado ninguno entre los hombres, aquella que es ensalzada sobre todas las criaturas.»

(1) In cap. XXIII Luc.»

los persas pone entre la primera y mas notable el cuidado que tenían de dar á los hijos de sus reyes, y especialmente al que habia de suceder en la corona, nodrizas elegidas entre las princesas del reino y adornadas de singulares prendas (1). Y si la razón enseña que nunca es bastante todo el cuidado y vigilancia para educar bien á un hombre que ha de gobernar á los demás con soberana potestad, y si los hombres con su escasa prudencia han puesto tanta diligencia en esto; ¿qué calidades habrán de buscarse en la nodriza y aya de Dios? ¿Y qué habremos de presumir de la infinita providencia del Padre eterno y del amor que manifestó á su unigénito hijo en esta parte? Aun cuando no tuviéramos otro motivo para formar en nuestra mente un alto concepto de las grandezas de la Virgen, me parece que sería mas que suficiente para colegir en virtud de la elección que Dios hizo de ella con preferencia á todas, que fué la mas completa de cuantas han existido en toda suerte de perfecciones. Pero entremos en materia, y espero que el contexto de este discurso obligará á confesarlo así.

(1) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Salomon nos da una idea muy adecuada á nuestro intento cuando dice: Yo era hijo de un padre que me educó, y de una madre que me crió tiernamente como si hubiera sido yo su único hijo. El me enseñaba y me decía: *Reciba tu corazón mis palabras: guarda mis preceptos, y vivirás.* Salomon era amado con predilección de David, á quien debía de suceder en el primer trono del mundo, y atesta que el rey su padre tenía particularísimo cuidado de enseñarle él mismo para hacerle digno de la elevada categoría á que le habia destinado Dios por su nacimiento y aun mas por una elección particular, prefiriéndole á todos sus hermanos. Él me enseñaba, dice, y queria que yo aprendiese á obedecer á Dios y oír la razón antes de mandar á los hombres. Esto nos enseña que el verdadero amor de los padres consiste en proporcionar á sus hijos una excelente educación, que sea como una segunda naturaleza.»

que S. Juan solo fué el que como interesado en este hecho nos dejó por escrito la última disposición del Salvador, porque estimaba mas, dice el insigne doctor, que el que era vencedor de los tormentos y del demonio se acordase de lo que debía á la madre, que oír que prometia el reino del cielo al buen ladrón. Con efecto si fué obra de una alma santa perdonar á este, mucho mas lo fué cumplir con su madre en semejante trance. Parece que debo de concluir aquí con estas palabras del glorioso S. Pedro Damiano: «Emudezca toda criatura: tiemble con la consideración de tal maravilla; no se atreva á levantar los ojos para contemplar un poder tan inmenso y una dignidad tan eminente (1).»

TERCERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO IV.

QUE FUE LA NODRIZA Y EL AYA DEL VERBO DIVINO.

Es una cosa tan importante la crianza y educación de los reyes, que el filósofo Platon recopilando las costumbres mas loables observadas antiguamente en la corte de

tan perfecto en el amor divino, que no podía Jesus encomendar á nadie mejor aquella paloma sin mancha, aquella mansa oveja, aquella víctima inmaculada,

aquella con quien no puede ser comparado ninguno entre los hombres, aquella que es ensalzada sobre todas las criaturas.»

(1) In cap. XXIII Luc.»

los persas pone entre la primera y mas notable el cuidado que tenían de dar á los hijos de sus reyes, y especialmente al que habia de suceder en la corona, nodrizas elegidas entre las princesas del reino y adornadas de singulares prendas (1). Y si la razón enseña que nunca es bastante todo el cuidado y vigilancia para educar bien á un hombre que ha de gobernar á los demás con soberana potestad, y si los hombres con su escasa prudencia han puesto tanta diligencia en esto; ¿qué calidades habrán de buscarse en la nodriza y aya de Dios? ¿Y qué habremos de presumir de la infinita providencia del Padre eterno y del amor que manifestó á su unigénito hijo en esta parte? Aun cuando no tuviéramos otro motivo para formar en nuestra mente un alto concepto de las grandezas de la Virgen, me parece que sería mas que suficiente para colegir en virtud de la elección que Dios hizo de ella con preferencia á todas, que fué la mas completa de cuantas han existido en toda suerte de perfecciones. Pero entremos en materia, y espero que el contexto de este discurso obligará á confesarlo así.

(1) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Salomon nos da una idea muy adecuada á nuestro intento cuando dice: Yo era hijo de un padre que me educó, y de una madre que me crió tiernamente como si hubiera sido yo su único hijo. El me enseñaba y me decía: *Reciba tu corazón mis palabras: guarda mis preceptos, y vivirás.* Salomon era amado con predilección de David, á quien debía de suceder en el primer trono del mundo, y atesta que el rey su padre tenía particularísimo cuidado de enseñarle él mismo para hacerle digno de la elevada categoría á que le habia destinado Dios por su nacimiento y aun mas por una elección particular, prefiriéndole á todos sus hermanos. Él me enseñaba, dice, y queria que yo aprendiese á obedecer á Dios y oír la razón antes de mandar á los hombres. Esto nos enseña que el verdadero amor de los padres consiste en proporcionar á sus hijos una excelente educación, que sea como una segunda naturaleza.»

§. I.—De la excelencia de la calidad de nodriza y aya del Verbo encarnado.

I. Santa y llena de extática dulcedumbre fué la pregunta que el profeta Jeremias hizo á Dios diciéndole: «Esperanza de Israel, salvador suyo en tiempo de la tribulación, ¿por qué has de ser en esta tierra como un extranjero y como un caminante que se aparta para buscar posada (1)?» Meditando sobre este pensamiento decia yo para mí: ¿no será esta una señal y un extremo de la rustiquez de los suyos, que segun testimonio del discipulo amado quisieron desconocerle y le trataron como á extraño en las ciudades y en los propios estados de él? Pero ¿no será tambien para enseñarnos por su ejemplo el desprecio de las cosas perecederas y hacernos comprender á lo vivo que todos somos peregrinos en la tierra? Cerca de mil y doscientos años há que el mundo admira la magnánima resolucion del incomparable S. Alejo, y aun ahora no puede uno menos de pasmarse y créo que el asombro llegará hasta la última edad del mundo. Con efecto era un espectáculo bien nuevo ver á un señor joven, el mas gallardo, noble y rico de la capital del orbe, esconderse y pedir hospedaje por amor de Dios en su propia casa, siendo extraño y peregrino entre los suyos, mendigando en el seno de las riquezas que le pertenecian, abatiéndose y humillándose entre sus criados y aposentándose en un miserable chiribitil que tenia apariencias de calabozo. Confieso que el ejemplo es raro; pero pierde uno toda razon y todo discurso cuando le llega á confrontar con el del rey de la gloria, que vino como extranjero al mundo, obra de sus manos, y quiso mendigar su vestido, su sustento y su mora-

(1) Jerem. XIV.

da, siendo el monarca de sus vasallos, el criador de sus criaturas, el Dios de los hombres; y con esto está dicho todo.

II. ¿No será á mayor abundamiento para que palpeemos la gran estimacion que hace de la hospitalidad, pues no contento con recomendarla en tantos lugares y de tantos modos prometiendo considerarla como hecha á él mismo y dar un reino en el cielo al que por amor suyo albergue á los pobres, no contento con hacer disfrazar muchas veces á los ángeles en peregrinos y aun en su propia persona para ser hospedados por Abraham y otros muchos santos del viejo y nuevo testamento, se hace él mismo objeto de la misericordia de los suyos, albergándose en las casas que les habia prestado, y viviendo de las limosnas que les habia hecho? Almas escogidas, contad entre los pueblos las admirables invenciones del amor que nos tuvo Dios, pues para hacernos ganar el cielo no le bastó enviarnos comisionados suyos que recibieran nuestras limosnas, sino que se dignó de venir á recogerlas en persona para poder presentarlas á su eterno padre y pedir mas libremente el cielo en cambio del poco bien que habia recibido de nosotros en la tierra.

III. Como los pensamientos de los hombres son libres, los otros creerán lo que quieran: yo diré francamente lo que me parece, y es que uno de los motivos mas suaves y poderosos que tuvo para tomar el vestido de peregrino, fué el de ser criado, educado y servido por la Virgen sin par, y ensalzarla así cuanto puede serlo una criatura debajo de su soberana majestad. Muy extraordinarios debian de ser los inocentes atractivos de Maria, cuando llegaron hasta el cielo y fueron capaces de atraer al Verbo divino del seno de su eterno Padre y hacerle venir á la tierra para ser criado, sustentado y educado por la misma señora. «No nos figuremos, decia el obispo Proclo

en el concilio de Efeso (1), que el hijo llevado por la Virgen en sus sagradas entrañas era diferente del que ab eterno habitaba en el seno del Padre, y que el niño que María tenía en sus brazos, era otro que el que caminaba en alas de los vientos. En esto reconocen los santos doctores, y especialmente S. Gregorio Taumaturgo y S. Juan Damasceno, unos caracteres de tan majestuosa grandeza en la madre de Dios, que quedan pasmados. «Qué es lo que oigo y lo que veo? dice el primero: una virgen que faja al que está vestido de luz; una doncella que envuelve en pañales al que formó á todas las criaturas, que alberga en un establo al que está sentado sobre los querubines y es alabado de millares de espíritus bienaventurados (2).» Es preciso confesar, oh Virgen santísima, que por todas estas consideraciones, que tienen una relacion tan particular con el Verbo encarnado, tus méritos exceden á todas nuestras alabanzas. El segundo dice (3) que es mas noble que todo lo criado, porque suministró al artífice de todas las cosas la carne y la sangre que unió él á su divinidad, porque le sustentó con su leche y estampó muchas veces sus labios en la boca de él: en una palabra que precisamente habia en ella alguna cosa extraordinaria, por la cual la escogió el Padre eterno para madre y nodriza de su único hijo (4).

§. II.—Del cuidado y cariño con que la Virgen santísima crió, educó y sirvió á su amado hijo.

I. Si se oye hablar á Marta, la caritativa huéspeda del Salvador, parece que no se acuerda ya de la condicion privilegiada de su hermana María, ó que no sabe que la

(1) Orat. de nativ. Domini. (3) Orat. 2.
(2) Serm. 4 de Annuntiat. (4) V. la nota B al fin del 4.

contemplacion no tiene pies para andar, ni manos para trabajar, ni corazon para estar solícita como ella. S. Bernardo discurre mejor á mi juicio cuando dice (1) que en tal caso correspondia mas á María llamar á Marta en su auxilio que á Marta turbar la quietud de María. Con efecto si consideramos cómo Marta y María se entendieron y conciliaron perfectamente en la madre de Dios, según queda dicho en el capítulo III del tratado primero, hallaremos que María fué verdaderamente la que atrajo del cielo al Verbo divino y practicó la union que este formó con nuestra naturaleza, porque como dice el mismo S. Bernardo, María no tiene casa para hospedar, ni manos para servir, ni pies para caminar, ni cuerpo para soportar la fatiga. Esa es la tarea y ocupacion de Marta, á quien vamos á ver santa y tranquilamente solícita al rededor de nuestro Señor para criarle, educarle y servirle.

II. Preguntan los juriconsultos si las señoras de distincion están obligadas á la lactancia de sus hijos. Acerca de esto diré en primer lugar que si pretenden algun privilegio en esta parte, es claro que no procede de la naturaleza, la cual les da pechos y leche como á las otras mujeres para que crien á sus hijos formados de su propia sangre. Si se me insta mas, diré á tales señoras que acudan á los sabios de la antigüedad y á los santos doctores de la iglesia (2), y de seguro recibirán duro tratamiento y nunca serán juzgadas dignas de ser madres si quieren serlo á medias y no por completo. Esos grandes hombres les pondrán delante los ejemplos de Hécuba, reina de Asia, que tuvo á gala dar de mamar á su hijo Héctor; de la prudente Sara y la virtuosa Ana, que equi-

(1) Serm. 3 de Assumpt. (2) S. Ambr., l. 7 in Hexam.

valian á unas princesas en sus tiempos, y la primera crió á su Isaac y la segunda á su Samuel; de la noble Flaccilla, mujer de Teodosio el Grande, que no quiso nunca confiar á nadie la crianza de su hijo Honorio; y de otras muchas que no pudieron persuadirse á que los títulos de madre y nodriza fuesen oficios capaces de dividirse. Yo dejo la resolución á los mas sabios y digo por mi parte que sé muy bien que ninguna especie de privilegio podia dispensar de esta obligacion á la Virgen, porque Dios la habia elegido expresamente para que la cumpliese con su hijo, y el cielo habia llenado milagrosamente sus pechos con ese solo fin, como canta la iglesia.

III. Pero todavía sé mejor que aun cuando todas las leyes y costumbres del mundo la hubieran eximido de ese deber, nunca habria podido ella resolverse á usar de tal exencion; porque ¿cómo habia de haber tenido valor para abandonar tan pronto al tierno peregrino del cielo que se habia echado en sus brazos y la habia escogido con tanto cariño excluyendo á todas las demás mujeres? ¿Cómo habia de haberse privado voluntariamente de las dulces caricias que embelesaron su alma durante la menor edad del Salvador? ¿Cómo habia de haber consentido en ceder á otra la mitad del derecho de madre de Dios y traspasarle enteramente la calidad de nodriza de su criador? ¿Cómo habia de haber hecho tan poco caso del inestimable favor anexo á esta calidad? ¿No sabia que la leche que le daba, se convertiria en la sustancia de Dios y se uniria al Verbo divino en la unidad de su persona lo mismo que la preciosa sangre que le habia suministrado en sus entrañas? Así pesan las almas santas en la balanza del santuario la calidad de nodriza de Dios; de suerte que si fue para ella una incomparable merced ser madre de su criador, es preciso confesar que la que mas se acerca á ella, es el honor de ser nodriza de Dios; porque así como lo que se adora en el cielo y en

el santísimo sacramento del altar, es la carne formada de la sangre purísima de Maria, así el objeto de la creencia de los pueblos no es otro que el que se sustentó con la leche de aquella señora. ¡Oh quién pudiera decir qué cuidadosos estaban los santos ángeles de que no se perdiese una sola gota y con qué respeto daba de mamar á su Dios la casta doncella, qué obligacion juzgaba tener al que la habia elegido para tan alto oficio, y cuáles eran sus sentimientos cuando se figuraba que aquel alimento pasaria á ser la propia sustancia de su criador!

IV. Pero ¿qué diré de la educacion de este príncipe del cielo y del cuidado con que la Virgen santísima le crió y sirvió en la niñez? Las historias profanas nos cuentan cosas extraordinarias de los dos Gracos, ilustres romanos, y de la diligencia y celo con que los educó su madre Cornelia: así salieron tan cumplidos aquellos dos mancebos, que la esclarecida matrona tenia por sus joyas y su tesoro. Salomon celebra en dos lugares de las santas escrituras el amor y la prudencia incomparable de su madre Betsabé, deseando que la posteridad se aprovechase de los singulares documentos recibidos de ella mientras era niño, y que supiesen todos cómo mezclaba las provechosas lecciones con las caricias y cómo templaba la gravedad de maestra con la bondad de madre llamándole su Samuel, es decir, el que tiene á Dios consigo, por la buena indole que notaba en él. Pero si el Salvador hubiera permitido que se nos describiese menudamente su santa infancia y que los evangelistas recopilaran todos los rasgos de la sabiduría de su santísima madre, así como los de su extremo abatimiento, las buenas almas no querrian dejar nunca de la mano tan sabrosas pláticas: porque creo firmemente que á la manera que Jesucristo quiso hacerse semejante á sus hermanos en todo lo demás, segun dice

S. Pablo (1), así también se sujetó á tomar las lecciones de su madre para cumplir toda justicia, como dijo después á su humilde precursor. ¿Y por qué no lo había de hacer siendo aun niño y respecto de su venerada madre, cuando á la edad de doce años hallándose entre los doctores les preguntó y los oyó como si fuera un estudiante?

V. ¿A quién parecerá raro que Jesús aprendiese de su buena madre á andar, hablar y todo lo demás que es propio de esta tierna edad? Porque como la virgen María era capacísima de la dispensación divina, conocía muy bien lo que Dios deseaba de ella, y con una profunda humildad unida á una indecible obediencia vencía todas las dificultades que podía ofrecerle su entendimiento acerca de la educación de la sabiduría encarnada; de suerte que habiendo consentido en ser madre de Dios se persuadía á que era un misterio en que había que caminar á ciegas, y efectuar todo lo que dependía de ella y Dios deseaba sin otra consideración que la voluntad de su majestad. Y así como su humildad la abatía hasta el centro de la tierra en medio de tales deberes, su obediencia la hacía pasar adelante para cumplir puntualmente la divina voluntad. Dios de amor, ¡cómo deleitaria ver y oír la enseñanza que tan sabia madre daba á su niño Jesús! ¡Qué grata ocupación para una alma considerar por un lado que el hijo se portaba como los demás hijos y se sometía á aquel aprendizaje con pasmosa humildad, y por otro que la madre se abismaba en el piélago de los juicios divinos y los meditaba en su corazón!

VI. Pero en lo que se ocupaba con más dulzura y menos recelo; era en los servicios menores que exigía la infancia del Salvador. En esto andaba solícita cual otra

(1) Ad hebr. II.

Marta para no desperdiciar ninguna ocasión de servirle. Pero he dicho poco; la voluntad de Marta no era nada en comparación de la de María, ni aun todo el amor de los espíritus bienaventurados. Explicando el abad Ruperto estas palabras de los Cantares. «El suave olor de tus perfumes sobrepuja todas las composiciones aromáticas;» las aplica á la Virgen santísima diciendo (1) «que no hay ninguna comparación entre las obras de misericordia de los otros santos y los servicios que hizo la reina del cielo á su amado hijo.» S. Anselmo lo deduce mucho más particularmente en estos términos: «Considerad, os ruego, la diferencia que hay entre la Virgen santísima y los que se meten á desempeñar el oficio de Marta. Los otros albergan á algún pasajero del pueblo, y la Virgen hospedó no en su casa, sino en sus entrañas al hijo único de Dios, que no tenía donde reclinar su preciosa cabeza. Los otros dan al pobre un vestido de lino ó lana, y la Virgen dió la vestidura de su propia sustancia al Verbo encarnado. Los otros distribuyen los manjares superfluos de la mesa, y la Virgen convirtió su propia sustancia en leche para alimentar á su hijo. Además ved con qué diligencia y amor le acuesta, le levanta, le mece, le duerme, le despierta, le lava, le muda, le faja, le calienta, le tiene, le acompaña, le sirve y hace todo lo que puede hacer una madre por un hijo. ¿Qué criatura hizo jamás ninguna cosa por Dios con un esmero y amor igual al que puso esta madre incomparable en servir á su amado hijo hasta en las cosas más pequeñas (2)?»

VII. «Ningun hombre de recto juicio pondrá nunca en duda, dice S. Agustín (3), que María se hizo la humildísima sierva de su hijo no menos por la firmeza de

(1) Lib. 2. in Cant.
(2) Serm. de Assumpt.

(3) Serm. 75 de sanctis.

su fé que por la constancia con que le sirvió. Ella le tuvo en sus entrañas, le crió, le libró de la persecucion de Herodes, no se separó jamás de él durante su infancia, le acompañó siendo hombre hecho, y ni aun la muerte la impidió de hallarse al pié de la cruz: le siguió mas imitando sus virtudes que pisando sus huellas, llevada del indecible respeto que le tenia como á su Dios. Asi pues como fué su devotísima sierva por la calidad de las obras espirituales, así fué su fidelísima compañera por la integridad de su fé y su ardiente caridad. Este insigne doctor toca una cuerda admirable, es decir, la viva fé que animaba á la Virgen, guiaba todos sus pasos y daba impulso á todas sus obras, porque ni hubo jamás un entendimiento iluminado con la fé y el don de celestial sabiduría como el suyo, ni la igualó nadie en el celo y cariño con que sirvió á su divino hijo hasta espirar.

VIII Vosotros lo sabeis, espíritus bienaventurados; vosotros lo sabeis por haber sido testigos irrecusables y fieles compañeros de todos los servicios que ella le hizo; y no obstante advierte S. Buenaventura (1) que la humildísima Virgen se aflige visiblemente cuando veía que con motivo suyo era vilipendiado su hijo y oía á los judíos llamarle por desprecio el hijo de José y de María. Virgen santa, ¿por qué se aflige así tu corazón? No pares mientes en las palabras de esos hombres protervos: son ciegos que llevan otros ciegos al precipicio. Dejad pasar esa borrasca, que se sosegará dentro de poco tiempo y será seguida de la bonanza: entonces se publicará por todas partes en honor de la madre y del hijo que Jesus es el hijo de María y María la madre, nodriza y aya de Jesus. Entonces en lugar de esos vituperios inhumanos los fieles hijos de la iglesia invocarán á aquel á quien sir-

(1) Specul. cap. 4.

ves ahora, y con particular dulzura le llamarán el hijo de María. Desde aquel punto tan lejos estarán las almas justas de despreciarle por ser tu hijo y tu querido sustento, que al contrario los ángeles le honrarán en toda la eternidad no solo por su singular mérito, sino como al hijo de la madre mas sabia, mas santa y mas cumplida de todas. Acuérdate solamente de tus pobres hijos y del deseo que tienen de acompañarte para bendecir por siempre al hijo con la madre y á la madre con el hijo.

§. III.—De las grandes dotes de amabilidad, gracia y honor que recibió la santa Virgen por los servicios hechos al niño Jesus.

I. No bien comienzan los niños á hablar con balbuciente labio, cuando ya pagan á medias con sus caricias, sus gracias y monadas infantiles el trabajo que las madres y nodrizas se toman por ellos; y seria difícil soportar las incomodidades que causan, si no se compensaran de esta suerte. Pero hablando de la Virgen puedo decir con toda verdad que nunca hubo una madre tan colmada de dulcedumbres y consuelos como los que recibió ella durante la infancia de su amado hijo.

Delicias que la Virgen santísima sintió y gracias que recibió en la educacion del Salvador.

II. Para expresar las delicias de que fué inundada su santa alma, sería preciso haber experimentado algo de aquellos desahogos del corazón y de aquellas dulcedumbres celestiales. Tal vez bastará decir que así como no hubo jamás un niño comparable con Jesus, esto es, tan amable por su apacible genio y gallardo entendimiento, ni tan cumplido en todo cuanto obraba, así tampoco hubo un corazón dispuesto como el de María á gozar de las inocentes caricias que le hacia su querido hijo, y de la

su fé que por la constancia con que le sirvió. Ella le tuvo en sus entrañas, le crió, le libró de la persecucion de Herodes, no se separó jamás de él durante su infancia, le acompañó siendo hombre hecho, y ni aun la muerte la impidió de hallarse al pié de la cruz: le siguió mas imitando sus virtudes que pisando sus huellas, llevada del indecible respeto que le tenia como á su Dios. Asi pues como fué su devotísima sierva por la calidad de las obras espirituales, así fué su fidelísima compañera por la integridad de su fé y su ardiente caridad. Este insigne doctor toca una cuerda admirable, es decir, la viva fé que animaba á la Virgen, guiaba todos sus pasos y daba impulso á todas sus obras, porque ni hubo jamás un entendimiento iluminado con la fé y el don de celestial sabiduría como el suyo, ni la igualó nadie en el celo y cariño con que sirvió á su divino hijo hasta espirar.

VIII Vosotros lo sabeis, espíritus bienaventurados; vosotros lo sabeis por haber sido testigos irrecusables y fieles compañeros de todos los servicios que ella le hizo; y no obstante advierte S. Buenaventura (1) que la humildísima Virgen se afligia visiblemente cuando veía que con motivo suyo era vilipendiado su hijo y oía á los judíos llamarle por desprecio el hijo de José y de María. Virgen santa, ¿por qué se aflige así tu corazón? No pares mientes en las palabras de esos hombres protervos: son ciegos que llevan otros ciegos al precipicio. Dejad pasar esa borrasca, que se sosegará dentro de poco tiempo y será seguida de la bonanza: entonces se publicará por todas partes en honor de la madre y del hijo que Jesus es el hijo de María y María la madre, nodriza y aya de Jesus. Entonces en lugar de esos vituperios inhumanos los fieles hijos de la iglesia invocarán á aquel á quien sir-

(1) Specul. cap. 4.

ves ahora, y con particular dulzura le llamarán el hijo de María. Desde aquel punto tan lejos estarán las almas justas de despreciarle por ser tu hijo y tu querido sustento, que al contrario los ángeles le honrarán en toda la eternidad no solo por su singular mérito, sino como al hijo de la madre mas sabia, mas santa y mas cumplida de todas. Acuérdate solamente de tus pobres hijos y del deseo que tienen de acompañarte para bendecir por siempre al hijo con la madre y á la madre con el hijo.

§. III.—De las grandes dotes de amabilidad, gracia y honor que recibió la santa Virgen por los servicios hechos al niño Jesus.

I. No bien comienzan los niños á hablar con balbuciente labio, cuando ya pagan á medias con sus caricias, sus gracias y monadas infantiles el trabajo que las madres y nodrizas se toman por ellos; y seria difícil soportar las incomodidades que causan, si no se compensaran de esta suerte. Pero hablando de la Virgen puedo decir con toda verdad que nunca hubo una madre tan colmada de dulcedumbres y consuelos como los que recibió ella durante la infancia de su amado hijo.

Delicias que la Virgen santísima sintió y gracias que recibió en la educacion del Salvador.

II. Para expresar las delicias de que fué inundada su santa alma, sería preciso haber experimentado algo de aquellos desahogos del corazón y de aquellas dulcedumbres celestiales. Tal vez bastará decir que así como no hubo jamás un niño comparable con Jesus, esto es, tan amable por su apacible genio y gallardo entendimiento, ni tan cumplido en todo cuanto obraba, así tampoco hubo un corazón dispuesto como el de María á gozar de las inocentes caricias que le hacia su querido hijo, y de la

abundancia de las delicias interiores que derramaba sobre ella. Allí se veía bien trocada la suerte de Marta, porque no tenía necesidad de llamar á su hermana María para que tomase parte en su penoso trabajo, pues continuamente era convidada por María para que gozase en paz de la quietud que á ella la embelesaba. El elocuente doctor y glorioso mártir S. Cipriano asegura (1) que aunque la Virgen no perdió un instante del tiempo que debía á la vida activa y al servicio de su hijo, no obstante de esos mismos ejercicios cogía los frutos mas sabrosos de la vida contemplativa; lo cual expresa S. Basilio de Seleucia con todas las galas de su bella dicción y con su devoción ordinaria. «La Virgen madre, dice (2), á veces se alentaba y luego al punto se reprimía: á veces triunfaba el cariño y de pronto la detenía el respeto: ella hubiera querido abrazarle y besarle sin cesar; pero se lo impedía la majestad que descubría en aquel rostro divino: su alma se deshacía en dulcedumbre, y esta alternativa de represión y de confianza aumentaba las emociones de su corazón y el incendio de su santo pecho.

III. ¡Con qué ternura se pegaba á la boca del tierno infante, dice S. Agustin (3), despues de darle de mamar! ¡Con qué cariño se asia aquel bendito hijo al cuello de su madre haciendo brillar de pronto un rayo de su divinidad, que en el instante mismo le llenaba el alma de un gratisimo terror! «¿Quién podría explicar, dice S. Ildefonso (4), ¡cuán suaves y afectuosos eran sus coloquios! ¡Oh qué deleite ver por un lado la virginidad de la madre ennoblecida por su fecundidad y por otro la divinidad del hijo que resplandecía por entre su humanidad! No nos corresponde á nosotros, y no digo á nosotros,

(1) Serm. de Nativit.
(2) Serm. de Annuntiat.

(3) Serm. 35 de sanctis.
(4) Serm. 5 de Assumpt.

pero ni aun á todos los espíritus criados concebir la armonía ó mejor la dulzura de este divino concierto. ¡Qué gusto de la sabiduría celestial, dice S. Anselmo (1), tenía la que poseía el tesoro de ella! No nos la figuremos sentada á los pies de su querido hijo como otra María Magdalena, sino veámosla tratando con él mano á mano en calidad de madre y observemos cómo arde día y noche en su corazón, cual si fuese un divino incensario, la memoria de las santas palabras que oyó de la boca de su hijo. Nadie gustó jamás la dulzura de Dios como la que bebía los torrentes de ella y tenía á su disposición la fuente de las castas delicias. S. Epifanio no tiene dificultad de decir que los ángeles no oyeron hablar jamás de tales delicias, ni merecieron la privanza concedida á la Virgen santísima. «Esos nobles espíritus, dice (2), no se atreven á tener los ojos fijos en el rostro del Salvador, y la Virgen madre le mira, le abraza y le acaricia á medida de su deseo. Aquellos bajan las alas y no se atreven á acercarse, y ella le besa, le estrecha contra su seno y le tiene cuanto quiere en sus brazos.» «¿Os admirais? dice el abad Guerrico: es muy razonable la ventaja que nuestra señora lleva á los demás. De su parte está la justicia, la cual requiere que ella coja copiosamente las bendiciones que sembró á manos llenas, y pues llevó la bendición de todas las naciones del mundo, está puesto en el orden que perciba sus efectos antes que todos los otros y mucho mas abundantemente que ellos (3).» Sería una especie de injusticia escatimarle las dulzuras del fruto de su vientre, dice el Espiritu Santo; y así sea colmada de los consuelos que derrama en las almas el que ella nos dió á luz.

IV. En los escritos del abad Ruperto (4) hallo que la

(1) Sermo de Assumpt.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Serm. de S. Deipara. *ni á di* (4) Lib. 2. in Cantic.

Virgen santísima nos da las mismas seguridades diciendo que los espíritus bienaventurados despues de haberle contemplado desean verle todavía; pero que ella no le poseyó de un modo ordinario y comun, sino que le concibió en sus propias entrañas, le dió de mamar, le tuvo en sus brazos y le contempló á su satisfaccion. «¡Cuántas noches, dice, pasé á su lado sin dormir mirándole y adorándole sin hartarme de verle! ¡Cuánto tiempo pasé á su lado cuando ya era grandecito, oyendo su divina palabra y aprovechándome de lo que oía! ¡Cuántas veces me hizo ver por entre los ojos de su sagrada humanidad como por entre un cristal el resplandor de su divinidad acomodándole de tal manera á mi capacidad, que mis ojos no se deslumbraban!» En otro lugar se vale el santo abad de una comparacion bastante tosca (1) para hacernos concebir de algun modo las delicias de que estaba inundado el corazon de Maria. Dice haber conocido á una persona (no dudo que era él mismo), que habiéndose recogido ya en su cama sintió de pronto una mano sobre su pecho, la que se dejó manejar algun tiempo de aquel á quien se concedió esta merced; con lo que quedó su corazon embalsamado de suavísimo olor é inflamado en tan ardiente devocion, que le parecia no haber otro paraíso que aquel. Este es el argumento á mi parecer ineluctable con que mi entendimiento ha quedado muchas veces convencido y persuadido de que nunca hubo un sentimiento de gozo y consuelo parecido al de la Virgen: porque si solo una representacion imaginaria de algun misterio de nuestra salvacion (decia yo para mí) y si un cuerpo prestado y formado del aire con que el Salvador ha solido aparecerse ya en figura de niño, ya en edad madura, enclavado en la cruz ó de otra manera, sacó

(1) Lib. 3 in Cantic.

fuera de sí á un S. Francisco de Asis, á un S. Bernardino, á un S. Antonio de Padua, á las Catalinas de Alexandria, Sena, Génova y Bolonia y á otros infinitos abrazándolos con un fuego interior que los consumia vivos y los derretia como se derrite la cera á los rayos del sol, y haciéndolos exclamar que bastaba y que no podian sufrir ya aquel celestial incendio; ¿qué debemos de creer de la que gozaba siempre y por tanto tiempo como queria no de una vision imaginaria, sino de la agradable presencia del esposo celestial; de la que tenia siempre á la vista aquel á quien habia dado el ser, sobre quien el eterno Padre le habia concedido una potestad maternal y paternal juntamente, que la amaba con un amor infinito en cuanto Dios y en cuanto hombre con un cariño incomprendible para cualquier otro que no fuese él? ¿No bastaba para desfallecer de gozo que él la llamase una sola vez su madre y que ella la llamase su hijo? Un solo abrazo, un beso, una mirada ¿no bastaban para inundar su alma de todas las delicias del paraíso?

V. ¡Oh Dios del cielo! ¿quién podria explicar el extremo de contento de que continuamente estaba poseído aquel sagrado corazon? ¿Quién podria expresar las mutuas caricias del hijo y de la madre? ¿Quién podria declarar lo que la Virgen santísima sintió en Nazareth, en Betlehem, en Egipto y en Jerusalem, en la infancia, en la adolescencia y en la edad viril del benditísimo Jesus? No hay espíritu que no se vea forzado á ceder á la grandeza de estas maravillas, y el menor sentimiento de estos sería capaz de quitar el gusto de cualquier otro deleite. Así ten por bien, oh santa señora, que yo te diga con tu devoto S. Ildefonso (1) que la razon pide recibas abundantemente las primicias de los consuelos que tu hijo vino

(1) En el lugar citado mas arriba.

á comunicar á los hombres; pero te suplicamos humildísimamente te acuerdes de guardar á tus pobres hijos algunos relieves de esa fruicion anticipada del cielo. Tú estás sentada á la mesa como la señora, la reina y la madre, y nosotros á tus pies como los cachorros del Evangelio. Tenemos puestos los ojos en tus manos, de donde esperamos el sustento de nuestras almas. Por tu medio hemos recibido el fruto de vida de la mesa de los santos sacramentos que percibimos todos los días: haz que en el banquete de las bodas eternas gocemos de este mismo fruto sazonado de una nueva manera para la gloria perdurable de los escogidos.

VI. Si el niño Jesus fue una fuente de dulzura respecto de su santísima madre; podemos decir con verdad que fué tambien un verdadero torrente de gracias y méritos. Clemente de Alejandria observa en su Pedagogo que el amor de las madres á los hijos toma un extraordinario incremento mientras los amamantan y los crian. Esto se cumplió en la virgen Maria mas que en todas las madres del mundo, porque la mansedumbre de aquel corderito y las caricias de que acabo de hablar, aumentaban de tal suerte el amor de ella y con el amor la inmensidad de sus méritos, que los mismos querubines se pasmaban. «Es preciso confesar, dice el venerable Beda (1), que fué en verdad dichosisima por haber servido personalmente al Verbo encarnado; pero no se puede negar que fué mucho mas dichosa por haberle hecho tantos servicios con un amor de que se hablará por siempre. ¿Será tal vez esto lo que el esposo de los Cantares queria decir cuando asemejaba los pechos de la casta esposa á las uvas (2)? «Las uvas de la iglesia, dice un docto intérprete de este lugar, son los santos mártires,

(1) In cap. XI. Luc.

2) Cantic. VII.

cuya sangre fué sacada en el lagar de la agonía á fuerza de tormentos. Y aunque nadie ignora que la sangre derramada por ellos en defensa de la verdad era de inestimable precio delante de Dios; no obstante el que considere á la Virgen dando su leche para sustento del Verbo divino, hallará indefectiblemente que su accion no es de menor mérito que los tormentos de aquellos. La razon la saco de la principal fuente del mérito, que es la gracia y la caridad, la cual era de todo punto inestimable en el corazon de la Virgen y sin comparacion mas excelente que la de los santos mártires.

VII. El glorioso arzobispo de Toledo apunta otra consideracion, que es muy digna de meditarse diligentemente; porque dice despues de S. Agustin que esta señora dando de mamar á su hijo levantaba hasta el mas alto punto su pensamiento é intencion y tenia en estima el llenar las venas que debian de quedar un dia sin gota de sangre por la salvacion de todo el linaje humano; de suerte que desde entonces participaba de la obra de la redencion, es decir, de una obra de infinito mérito. «Animo, Virgen santa, le dice su devoto capellan (1); da de mamar al que te crió; da de mamar al pan del cielo y al precio del mundo; da de mamar al que á su tiempo presentará la mejilla para que sea herida por tí así como por los demás hombres. Cria y sustenta al que te hizo lo que eres, para recibir de tí el servicio que ahora le haces.» Y si S. Pablo exhorta á los cristianos á que no se olviden de hacer bien y comunicar con otros sus bienes, porque de las ofrendas se agrada Dios (2); ¿qué habremos de creer de aquella que crió y alimentó al principe de los mártires y confesores y al principio de nuestra reconciliacion con Dios, y le crió con inestimable cariño, si-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Ad hebr. XIII.

no que por este medio entró en comunión de bienes con él y participó ventajosisimamente y del modo que diré en el capítulo VI, de la obra de nuestra redención, que es el punto más alto de merecimiento á que puede llegar una simple criatura?

Honor que la Virgen santísima recibió de la educación del Salvador.

VIII. El honor que recibió, no fué menor que la dulcedumbre y el mérito, porque si su amado hijo, fiel remunerador de las buenas obras, no permitió que el mundo ignorara el nombre de Marta su caritativa huésped; si prometió á María Magdalena por un poco de unguento que derramó en sus pies, hacer celebrar su acción donde quiera que se anunciase el Evangelio; si concedió tantas mercedes á todos los que le siguieron (1), que unos con la sombra de sus cuerpos, otros con sus vestiduras curaron toda clase de enfermedades; ¿en qué categoría de honor habrá puesto á la que le formó de su sangre, le alimentó con su leche y le crió y educó con un esmero y cariño indecible? En vano me cansaría yo en decir más, porque en todos los ángulos del mundo resuena la fama de esta señora, y no hay clima alguno debajo del cielo donde no se cante: Bienaventurado el vientre que llevó al Salvador; bienaventurados los pechos que le criaron. Me contento con decir con san Agustín (2): Admiremos, congratulémonos, amemos, alabemos, adoremos y demos gracias. Admiremos el abatimiento de la majestad soberana y el ensalzamiento de la criatura, á quien vemos levantada al honor de nodriza y aya de Dios: admiremos los profundos arcanos encerra-

(1) Basil. Seleuc. episcop., Serm. de Annuntiat. (2) Serm. 35 de sanctis.

dos en los dos y los opimos frutos que hemos cogido. Congratulémonos con el hijo que encontró tan digna madre, y con la madre que crió á tan noble hijo. Amemos tiernamente al infante criado por la castísima Virgen y á la nodriza del divino niño. Alabemos con todas nuestras facultades al que rebajó su grandeza hasta sentir las menores necesidades de los niños, y á la que fué escogida entre todas las mujeres para servir de tantos modos al hijo del rey de los cielos. Adoremos lo que no somos dignos de comprender y lo que adoran con nosotros los serafines. Demos gracias á aquel que para hartarnos de su gloria se dignó de tomar el alimento de los niños, y á la que entre millares fué hallada digna de darle el primer sustento.

IX. Por mí me contento con decirle con el abad Rupert (1) que por siempre nos alegraremos en ella y con ella en memoria de sus sagrados pechos: que por siempre alabaremos al Dios del cielo, que le hizo la gracia de quererla tener por nodriza: que las delicias que habremos de experimentar en este santo ejercicio, excederán todos los contentos posibles de esta vida, que se nos representan por el vino: en una palabra que con este motivo todos los que tienen el alma recta, la amarán, le darán gracias y la bendecirán en los siglos de los siglos.

(1) Lib. 4 in Cantic.

CUARTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO V.

QUE ES LA ESPOSA Y COMPAÑERA DEL SALVADOR.

A medida que el Salvador crece en edad, crece tambien en designios, y así como el estado de infancia en que acabamos de verle, exigia el auxilio y asistencia de una madre, de una nodriza y de una aya, de la misma manera la condicion en que ahora se halla, requiere la compañía de una esposa ya por la consideracion de su propia persona, ya por la prosperidad de sus estados y el bienestar de sus vasallos, segun es de ver por los discursos siguientes.

§. I.—Que la Virgen santísima es verdaderamente la esposa del Salvador.

I. No os ofendais, almas castas, de oír que aquella á quien poco antes considerásteis haciendo el oficio de madre y nodriza, haya venido á ser la esposa de su propio hijo. Se trata de Dios y de la Virgen de las vírgenes, y así como lo que pasa entre ellos, es todo divino, así nuestros pensamientos deben de ser enteramente celestiales. Además sèpase que el devoto Hugo de S. Victor habia previsto ya esta dificultad: ve aquí cómo habla en un sermón de la Asuncion: «¿Qué maravilla es esta? El hijo de la madre es tambien el esposo de la vírgen, y

el autor de la integridad es igualmente el fruto de la fecundidad. ¿Qué dices, divino amante, de que la que te concibió como madre, es tambien tu amada? ¿Cómo pueden conciliarse estas dos calidades? Bien veo yo cómo, responde el sutil doctor: es tu amada por su virginidad y tu madre por su fecundidad; de suerte que como madre te engendrò primeramente y luego de ella y de tí juntos nació tu iglesia, que se gloria tambien de ser vírgen y madre juntamente. Al nacer tomaste de tu madre la sustancia de flaqueza, y al morir dejaste á tu esposa el sacramento de incorrupcion, mostrándote en uno y otro el amante extraordinariamente singular.» Y no nos figuremos que este lenguaje ha comenzado á usarse de poco tiempo acá en la iglesia cristiana. Hace mas de mil y doscientos años que S. Agustin (1) y S. Pedro Crisólogo (2) afirmaban que la vírgen Maria era la única que habia merecido ser madre y esposa juntamente. Hace cerca de mil y trescientos años que S. Epifanio contaba (3) entre las maravillas obradas por el cielo en Maria el tálamo nupcial, cuyo verdadero esposo es Jesucristo: la llamaba la madre del esposo celestial: decia que el ángel Gabriel la habia preparado para el Salvador, su divino esposo, y le aplicaba las palabras del Cantar de los cantares, donde el esposo la llama su hermana y su esposa. Si queremos retroceder aun mas; hace cerca de mil y cuatrocientos años que S. Gregorio de Neocesarea observaba (4) que el santo ángel fué enviado á la bienaventurada Virgen, la cual estaba verdaderamente desposada con José; pero era guardada para su principal esposo Jesucristo.

II. Los santos padres de los siglos siguientes hablaron todos en el mismo estilo. S. Buenaventura la llama esposa

(1) Serm. 35 de sanctis.

(2) Serm. 140.

(3) Orat. de S. Deipara.

(4) Orat. 5 in Annuntiat.

y madre del rey eterno: santa Inés en una revelacion hecha á santa Brigida le dió las tres excelentes calidades de hija, madre y esposa del Redentor. El docto arcediano inglés sostuvo (1) que era verdaderamente la esposa del Salvador por haber recibido de él las arras de las gracias celestiales, por haber estado unida á él con el vinculo de un amor divino y por haber concebido de él los frutos de infinitos actos de virtud. S. Bernardino de Sena asegura (2) que solo nuestro Señor y la Virgen son capaces de comprender la dulzura de sus celestiales é inocentes caricias, habiendo tenido ella la dicha de ser su madre y esposa á un tiempo mismo.

III. Pronto citaré otros muchos; pero me parece que primeramente es necesario decir para la ilustracion de este titulo que la Virgen es la esposa de nuestro Señor de diferente modo que del Espíritu Santo, y ademas que es la esposa del Salvador de diverso modo que las otras almas escogidas, llamadas tambien á ser esposas de Jesucristo. Con efecto ella lleva el titulo de esposa del Espíritu Santo, porque como observa muy oportunamente san Anselmo, este bajó sustancialmente á ella y suplió la falta de padre y de la virtud formatrix en la encarnacion del Verbo; por lo cual los santos padres no tienen dificultad de llamarle esposo de la Virgen aun segun la carne. El titulo de esposa del Verbo encarnado le conviene, porque fué escogida por Dios para producir juntamente con el mismo Verbo, en un mismo espíritu y en una misma carne (porque la del hijo es la de la madre, como dirán los santos doctores) infinitos hijos de adopcion, es decir, generalmente todos los hijos de la iglesia. En este sentido hace el abad Ruperto que hablando el Salvador á su es-

(1) In hymno: Te matrem Dei laudamus. (2) Lib. 4, cap. 44.

posa llame hijos nacidos de su matrimonio á todos los fieles. De aquí será fácil pasar á la diferencia que hay entre las otras almas llamadas tambien esposas de Jesucristo y la Virgen santísima; porque además de que el matrimonio de aquellas es puramente espiritual, y hablando con propiedad, no es permitido llamarlas una misma carne con el Salvador, como podemos decirlo con toda verdad de la Virgen, esas buenas almas que el divino esposo se sirve de admitir al honor de su tálamo místico, son solamente esposas para producir con la cooperacion de su gracia frutos de santas obras ó á lo mas un número de hijos espirituales que engendran para el cielo. Así se ha de entender en testimonio de S. Gerónimo lo que decia el profeta Isaías (1); que siete mujeres, es decir, un número casi infinito de buenas almas que debian de estar bajo la ley de gracia, cogerán á un hombre, que no es otro que el Salvador, para borrar la ignominia de la esterilidad con que las habia difamado la antigua ley, y producir muchas acciones nobles y heroicas. Pero en cuanto á Maria santísima fué escogida como la esposa predilecta del Salvador para ayudar á la regeneracion de todas las otras esposas, aun de las mas perfectas y adelantadas en la gracia y amistad del rey del cielo, para ser la madre de todos los hijos de salvacion sin exceptuar á uno solo, para ser la señora de todos los bienes del Salvador y la dispensadora de todos sus tesoros. Esto se descubrirá mejor despues que hayamos conocido á punto cierto dos calidades principales, que obligaron á nuestro Señor á tomar este partido y unirse indisolublemente á ella.

(1) Isai. IV.

§. II.—Primer título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la virgen Maria.

La dignidad de rey es el primer título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la Virgen.

I. El primer título es la dignidad de rey del Salvador; acerca de lo cual hay que notar que esta dignidad es en él de dos especies: la una se puede llamar temporal, y de ella trataré mas largamente en el capítulo XII; y la otra es espiritual, de la que me propongo hablar principalmente en este lugar. Parece que el real profeta significaba esta especie de dignidad real cuando decia en la persona del Mesías: «Yo he sido establecido rey por él sobre el monte santo de Sion para predicar su precepto (1).» El profeta Daniel la expresó igualmente por la piedrecita que siendo arrojada del monte sin ruido y sin mano de hombre derribó por tierra el asombroso coloso que tenia la cabeza de oro, el pecho y el estómago de plata, los muslos de bronce, las piernas y los pies parte de hierro y parte de barro, y denotaba las cuatro grandes monarquias del mundo, las cuales debian de ser como quebradas y reducidas á la nada por el reino espiritual del hijo de la Virgen (2). S. Pablo con un énfasis extraordinario le llama el reino de la caridad del hijo de Dios (3), porque la caridad tiene allí en todo y por todo el primer lugar. El rey de ese reino es el principe de la caridad: la ley fundamental es la caridad: el fin donde todo termina, es la caridad: los oficiales gobiernan por caridad: los súbditos obedecen por caridad: el principal lucro que allí se hace, es de la caridad: la única moneda que corre,

(1) Salmo II.
(2) Dan. VII.

(3) Ad colos., I.

es la caridad: el idioma que se habla, es el de la caridad: lo que distingue al natural del extranjero, es la caridad. En fin la caridad, manda; la caridad obedece; la caridad une los corazones y estrecha los afectos; la caridad es el precio y galardón de todo lo que se practica en aquel reino.

II. No ha de olvidarse que el mismo S. Pablo observa en otro lugar (1) que despues que este gran principe conquistador haya reunido á todos los súbditos de su reino, los presentará por distincion á su eterno padre como fruto de sus conquistas: entonces se regocijará de estar él con los suyos sujeto á su padre como al supremo monarca de cielos y tierra, que sometió á él todas las cosas: entonces ¡oh expresion grandiosa! Dios será todo en todas las cosas, es decir, Dios servirá á sus escogidos y á sus súbditos de iglesia para orar, de palacio para morar, de quinta para recrearse, de librería para estudiar, de campiña para pasearse, de asiento para sentarse: les servirá de provisiones, de muebles, de heredad, de posesion, de tesoro: les servirá de padre y madre, de esposo y esposa, de hijos, de mujer, de maestro, de proveedor: les servirá de banquete, de concierto, de refrigerio, de pasatiempo en una palabra de todo cuanto pueden apetecer y no hubieran sabido nunca desear ni esperar. ¡Oh reino! ¡Oh rey! ¡Oh súbditos! ¡Oh vida! ¡Oh felicidad! Reino donde todos los súbditos serán reyes y de donde están desterradas la necesidad, la desunion y la desconfianza, porque se disfrutan en todas partes la abundancia, la paz y el amor. Rey que no ha tenido ni tendrá jamás igual, cuyas manos rebosan magnificencia, su boca fidelidad y su corazón bondad; que ama á todos los suyos con un amor incomprensible y reciprocamente es amado y venerado de ellos mas de lo que podríamos de-

(1) I ad cor., IV.

cir ni concebir. Rey que es el honor de su reino y que se deleita no en pelear, sino en hacer reyes súbditos, los cuales solo se glorían de ser tales y se tienen por mas honrados con esta calidad que con todos los reinos del mundo. Vida llena de dulzura, de riquezas, de contento y de gloria, gloria sin fin, contento sin turbacion, riquezas sin temor, dulzura sin envidia. Vida que no teme ya á los tiranos, se burla de la muerte y nada en el piélago de delicias de la felicidad eterna. Dicha que tiene á Dios por muro y salvaguardia, y es la misma por la cual es dichoso Dios. ¡Oh reino! vuelvo decir: ¡oh rey! ¡Oh súbditos! ¡Oh vida! ¡Oh felicidad! ¡Qué dichosos son los súbditos de este reino, que con sola la vista de tal rey pasan su vida sin pasarla en una continua felicidad!

III. Siendo tan excelentes el uno y el otro reino del Salvador, parece que hubiera habido algo que decir si hubiese carecido de una compañera de la grandeza y magnificencia del príncipe. No sería completo el lustre de este reino, ni estaría completa la corte, si faltase este ornamento, especialmente en vista de que teniendo todos los súbditos de este gran rey el honor de ser hijos, por necesidad ha de haber una reina que sea la madre de los príncipes y princesas del cielo. Así han opinado siempre y así lo han deseado todas las naciones del mundo para poder honrar á sus reyes en su posteridad. Por lo tanto con razon deseó el supremo monarca, padre del príncipe de la gloria, que este tuviese una esposa, y le dió la más noble y excelente que podia imaginarse. Esta esposa, escogida con gran contento del rey su hijo y con regocijo y consuelo público de todos sus súbditos, es la esclarecida y gloriosísima virgen María. No lo invento yo: es dictámen de S. Andrés de Jerusalem (1), del abad Ruper-

(1) Serm. de dorm. Deipar.

to (1) y de muchos intérpretes de los Cantares (2), quienes se persuaden á que la esposa sin par que recibe un honor inestimable del singular esposo Jesucristo, es la Virgen, y que á ella le convienen propiamente aquellas palabras llenas de singular dulzura: *Sesenta son las reinas* (3); es decir, muchas almas buenas dotadas de singulares virtudes y que caminan á paso largo á la perfeccion, son sus esposas legítimas. *Ochenta las concubinas*, es decir, las mujeres de segundo orden y menos calificadas que las primeras, y son muchas almas menos adelantadas que las otras; pero que no dejan de despedir un olor muy grato de santidad y ser muy queridas de él. *Y las doncellas son sin número*, es decir, las almas devotas, que abundan en buena voluntad, aunque están todavía tiernas y poco adelantadas en el camino de la virtud. Por último solo hay una paloma, una perfecta, una que es la reina de las reinas, la señora de las otras esposas, la madre de las tiernas doncellas, la esposa sin compañera, virgen y madre juntamente, la idea de toda santidad y la imágen de toda perfeccion: esa es la bienaventurada madre de Dios. «Ella es, dice el abad Ruperto (4), la única á su madre y singularmente escogida por la que la engendró; única, porque no tiene semejante ni aun entre las reinas; única á su madre, es decir, á la Jerusalem celestial, que es nuestra comun madre, y singularmente escogida por la que la engendró, que es la antigua iglesia de los patriarcas, profetas y reyes, de quienes tomó la naturaleza y heredó la bendicion. Ella es verdaderamente única á su madre y singularmente escogida por la que la engendró, porque no tuvo jamás semejante ni en el cielo,

(1) Passim. in Cantic.

(2) Guillerm. el peq., Honorio Augustodun., Alano Insul.

(3) Cantic. VI.

(4) Lib. 6 in Cantic.

ni en la tierra, ni habrá jamás quien se acerque á ella. Es la casta paloma, porque es llena de gracias: es singularmente escogida, porque no lo es simplemente para ser salva, sino para parir la salvacion. Las sesenta reinas, dice Mateo Cantacuzeno (1), son las almas de los mártires de uno y otro sexo, que compraron á su celestial esposo á costa de su sangre. Las ochenta concubinas ó mujeres de segundo orden y menos calificadas que las primeras son las almas de todos aquellos que renunciaron la esperanza de las cosas bajas y caducas por seguir únicamente á su divino esposo. Las doncellas sin cuento son las almas de los que habiendo recibido el santo bautismo viven piadosamente bajo las leyes de la disciplina cristiana. Sobre todo esto hay una esposa singularmente amada, así como es singularmente amante, con quien no se igualarán jamás las otras, porque ella es sola en sus privilegios: esta es Maria, madre y esposa de Jesus.

IV. Lo mismo pensaron otros muchos doctores acerca de esta buena esposa y reina (2), á quien el real profeta da indécible honor en su sagrado epitalamio cuando dice: *Asistió la reina á su derecha con vestidura dorada..... Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella* (3). Con respecto á la parábola evangélica de las diez vírgenes que aguardan á presentarse al rey y á la reina, al esposo y á la esposa, pues que la mayor parte de los santos padres entienden por ese número de vírgenes todas las almas que tienen que comparecer delante de Dios, es de necesidad que siendo el esposo Jesucristo y no otro, la esposa que sale de la esfera comun y como que se iguala con su esposo,

(1) In cap. VI Cantic.

(2) S. Athanas., serm. de S. Deipara: Arnold. Carnot., tract. de laudib. Virg.: Hugo de S. Victor., Erud. theol., l. 2,

cap. 425: Petr. Damian., sermon. de Assumpt.: Hugo cardin. et S. Thomas in psalm. XLIII.

(3) Salmo XLIV.

sea esa misma princesa tan ensalzada sobre las almas comunes como los montes mas altos se elevan sobre los profundos valles.

V. Permíteme, santa señora, que me valga yo aquí de las palabras de un fiel siervo tuyo, el abad Guerrico, y me regocije contigo por el doble honor que recibiste de hospedar al rey de la gloria y lo que es mas, tenerle por esposo. Consiente que te diga con el mismo que de aquí adelante puedes disponer libremente de todos los bienes de tu divino hijo como reina madre, reina reinante y esposa de ese gran príncipe. Bastaría á tu modestia encontrar sosiego; pero te aguardaba la real diadema, porque quiere reinar contigo el que efectuó contigo en una misma carne y un mismo espíritu el misterio de piedad y unidad cuando sin quebrantar las leyes de la naturaleza y redoblando solamente los privilegios de la gracia te distinguió con el honor de elegirte por su esposa. Es llegado el tiempo de hacerte gozar de sus amorosos abrazos y pagar con usura las dulces caricias recibidas de ti en su infancia. Finalmente lleva á bien que yo te ofrezca los humildes sentimientos de todos tus súbditos, que de lo íntimo de su corazon te reconocen por legitima esposa de su soberano y se huelgan de tenerte por señora y reina, en cuya calidad te presentan sus súplicas y sus humildísimos servicios con un deseo muy ardiente de alaharte en compañía de tu esposo por los siglos de los siglos.

§. III.—Segundo título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la virgen Maria.

El título de padre del siglo futuro.

I. El segundo título que movió y como que obligó al Salvador á elegir una esposa, fué el de padre del siglo futuro.

ni en la tierra, ni habrá jamás quien se acerque á ella. Es la casta paloma, porque es llena de gracias: es singularmente escogida, porque no lo es simplemente para ser salva, sino para parir la salvacion. Las sesenta reinas, dice Mateo Cantacuzeno (1), son las almas de los mártires de uno y otro sexo, que compraron á su celestial esposo á costa de su sangre. Las ochenta concubinas ó mujeres de segundo orden y menos calificadas que las primeras son las almas de todos aquellos que renunciaron la esperanza de las cosas bajas y caducas por seguir únicamente á su divino esposo. Las doncellas sin cuento son las almas de los que habiendo recibido el santo bautismo viven piadosamente bajo las leyes de la disciplina cristiana. Sobre todo esto hay una esposa singularmente amada, así como es singularmente amante, con quien no se igualarán jamás las otras, porque ella es sola en sus privilegios: esta es Maria, madre y esposa de Jesus.

IV. Lo mismo pensaron otros muchos doctores acerca de esta buena esposa y reina (2), á quien el real profeta da indécible honor en su sagrado epitalamio cuando dice: *Asistió la reina á su derecha con vestidura dorada..... Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella* (3). Con respecto á la parábola evangélica de las diez vírgenes que aguardan á presentarse al rey y á la reina, al esposo y á la esposa, pues que la mayor parte de los santos padres entienden por ese número de vírgenes todas las almas que tienen que comparecer delante de Dios, es de necesidad que siendo el esposo Jesucristo y no otro, la esposa que sale de la esfera comun y como que se iguala con su esposo,

(1) In cap. VI Cantic. cap. 425: Petr. Damian., sermon. de Assumpt.: Hugo cardin. et S. Thomas in psalm. XLIII.
(2) S. Athanas., serm. de S. Deipara: Arnold. Carnot., tract. de laudib. Virg.: Hugo de S. Victor., Erud. theol., l. 2,
(3) Salmo XLIV.

sea esa misma princesa tan ensalzada sobre las almas comunes como los montes mas altos se elevan sobre los profundos valles.

V. Permíteme, santa señora, que me valga yo aquí de las palabras de un fiel siervo tuyo, el abad Guerrico, y me regocije contigo por el doble honor que recibiste de hospedar al rey de la gloria y lo que es mas, tenerle por esposo. Consiente que te diga con el mismo que de aquí adelante puedes disponer libremente de todos los bienes de tu divino hijo como reina madre, reina reinante y esposa de ese gran príncipe. Bastaria á tu modestia encontrar sosiego; pero te aguardaba la real diadema, porque quiere reinar contigo el que efectuó contigo en una misma carne y un mismo espíritu el misterio de piedad y unidad cuando sin quebrantar las leyes de la naturaleza y redoblando solamente los privilegios de la gracia te distinguió con el honor de elegirte por su esposa. Es llegado el tiempo de hacerte gozar de sus amorosos abrazos y pagar con usura las dulces caricias recibidas de ti en su infancia. Finalmente lleva á bien que yo te ofrezca los humildes sentimientos de todos tus súbditos, que de lo íntimo de su corazon te reconocen por legitima esposa de su soberano y se huelgan de tenerte por señora y reina, en cuya calidad te presentan sus súplicas y sus humildísimos servicios con un deseo muy ardiente de alaharte en compañía de tu esposo por los siglos de los siglos.

§. III.—Segundo título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la virgen Maria.

El título de padre del siglo futuro.

I. El segundo título que movió y como que obligó al Salvador á elegir una esposa, fué el de padre del siglo futuro.

turo que le da Isaiás (1). Todas las epistolas de S. Pablo vienen á parar en representarnos dos hombres que fueron padres y fundadores de dos estados, y si se quiere, de dos mundos: el uno es Adam y el otro Jesucristo. Aquel es llamado á veces por distincion el viejo Adam y este el nuevo. De aquel se dice que engendró hijos carnales por naturaleza; de este que los reengendró espiritualmente por la gracia: aquel los hizo para poblar la tierra, y este para llenar el cielo: aquel les dió el ser sin poder librarlos de la muerte, y este les comunicó el bienestar haciéndolos enteramente inmortales: aquel los produjo para el tiempo, y este para la eternidad. Por esto leen algunos en el pasaje citado de Isaiás el padre de la eternidad en lugar del padre del siglo futuro; y S. Gregorio Magno nota con mucha oportunidad que no sin particular designio de Dios se hizo el catastro del mundo al tiempo de nacer el Salvador, pues fué para dar á conocer que el que habia nacido con nuestra carne, era el mismo que hacia registrar en la eternidad todos sus escogidos. Aquel fué el padre de la muerte, y este de la vida: aquel es el padre del siglo presente de fatiga, de cautiverio y de desgracia; este es el padre del siglo futuro, siglo de descanso, de libertad y de felicidad: aquel dió al mundo hijos para hacerlos compañeros de su miseria; este los reengendró para hacerlos participantes de su gloria: aquel para multiplicar el mundo há menester de una compañera á quien habia de hacer la madre de los muertos; y este para renovarle se dignó de elegir una esposa que tiene el honor de ser la madre de los vivos.

(1) Isai. c. IX.

Primera semejanza del matrimonio de la Virgen con el de Eva.

II. Aquí me detengo con el abad Ruperto, S. Buenaventura y algunos otros doctores para aprovecharme de algunas particularidades que concurrieron en la creacion y el matrimonio de la primera mujer y hacer ver que todo conviene admirablemente á la esposa de quien intento hablar. El primer escritor del mundo que extendió por escrito el contrato de matrimonio de nuestros padres, notó ante todas cosas que Dios, autor y mediador de él, dijo no ser conveniente que Adam estuviese solo, porque si no el mundo pereceria en su cuna; por lo cual le dió una ayuda semejante á él, es decir, una mujer que le sirviese de compañera, le ayudase á multiplicar el linaje humano y á criar los hijos que tuviera, finalmente en quien pudiese descargar parte del cuidado de su familia. Digamos con licencia y consentimiento del segundo Adam que tampoco convenia estuviese solo; porque aunque absolutamente hablando, hubiera podido sin otra asistencia poblar el nuevo mundo de que debia de ser padre, no obstante requeria la razon que tuviese una fiel compañera, la cual fuera la madre, nodriza y aya de todos sus hijos espirituales, los gobernase con la bondad y cariño propio singularmente de las madres y tuviese particular cuidado de la gran casa de la iglesia, cuyo único padre de familia es Jesucristo.

Segunda semejanza.

III. En segundo lugar Dios para obligar á Adam de todos modos á amar á su compañera y esposa quiso que en cierta manera fuese su hija, formándola de una costilla de aquel: semejanza admirable con la madre de Dios, á quien hemos considerado mas arriba con los santos pa-

dres como la hija primogénita del Redentor (1), y ahora la vemos con el título y derecho de esposa para bien de toda la posteridad.

Tercera semejanza.

IV. En tercer lugar Eva fué sacada de la costilla de Adam, cuando el cuerpo de este se hallaba sepultado en el sueño y su alma velando y gozando de un dulcísimo éxtasis, que le hacia ver con los ojos del espíritu los grandes misterios escondidos bajo del acto que se ejecutaba en él, sin advertirlo exteriormente. Los santos doctores atestan que este sueño del primer hombre fué la imágen del misterioso sueño de amor, de que el Salvador quedó embargado en el árbol de la cruz (2), cuando se olvidó de sí propio y de sus tormentos para acordarse de nosotros, y cuando echó el sello á sus méritos. Entonces la Virgen fué sacada la primera del precioso costado de su hijo y en el mismo instante fué unida á él en calidad de esposa en una misma carne y en un mismo espíritu, segun he dicho mas arriba, para producir con él todos los hijos de adopción.

Cuarta semejanza.

V. En cuarto lugar se dice que Dios formó una mujer de aquella costilla; palabras eficaces para persuadir lo que he sentado al principio de este tratado y en otros lugares; á saber, que nuestra señora no fué un diseño antiguo renovado, sino la santa y augusta casa del Verbo divino edificada desde el cimiento hasta el tejado para solo el fin

(1) Trat. 1. c. 4 y 8. bros. Cathar., De concept. immacul.
(2) Esto lo explica bien Am- cul., l. 3, c. 4.

de servirle de madre, esposa, compañera y todo lo que deduciré despues mas largamente.

Quinta semejanza.

VI. En quinto lugar observan los intérpretes que aunque Dios dispuso despues en cuanto á la pluralidad de las mujeres para la propagacion de la especie humana, no obstante no lo quiso hacer por entonces con Adam, para que no hubiera mas que un solo hombre y una sola mujer, que fuesen cabezas de nuestro linaje, y á ellos solos se refiriera finalmente toda la posteridad de los hombres. De la misma manera quiso Dios que todos tuviésemos en calidad de hijos de adopción nuestra eterna felicidad de un solo padre y de una sola madre, que son el padre y la madre del siglo futuro, cuya descendencia espiritual debe de exceder á las arenas del mar y á las estrellas del firmamento.

Sexta semejanza.

VII. En fin viendo Adam á su mujer en su presencia despues que despertó, y conociendo el designio de Dios, la llamó Eva, que equivale á madre de todos los vivientes. El abad Ruperto no puede llevar con paciencia (1) que Adam le diese este nombre, especialmente despues del pecado, cuando por decirlo así estaba condenada á parir solamente hijos muertos. Pero S. Atanasio disculpa el designio del primer hombre diciendo (2) que dió este nombre á su mujer mas por figura que por realidad, mas en consideracion de lo que representaba, que

(1) Sobre aquellas palabras (2) Serm. de S. Deipara.
del c. III del Génes.

de ella misma, que habia ayudado á corromperlo todo. En efecto solo á la virgen María corresponde ser la madre de todos los vivientes en calidad de madre y esposa del que es padre de la vida y rey del siglo futuro. Con este motivo observa Dionisio el cartujo que la palabra Eva tomada exactamente significa la vida para manifestar que la segunda Eva no tanto es viviente como la vida misma, por quien respiran todos los que tienen la vida espiritual de la gracia y por quien esperan la eterna de la gloria, sin lo cual no pueden esperar ningun bien, así como no pueden vivir sin vida.

Digna madre de la vida, digno esposo que has de honrar su tálamo nupcial con un número sin cuento de hijos y poblar el cielo de una santa descendencia, que cantará por siempre las alabanzas y grandezas de la una y del otro, bendigamos sin cesar las estrellas de la mañana, y canten los ángeles á coros: Benditos sean el esposo y la esposa; y el cielo responda acorde un millon de veces: Amen.

§. IV.—Contrato de matrimonio entre el rey de la gloria Jesucristo y la bienaventurada Virgen su esposa.

La pretension amorosa.

I. Cuatro cosas componen un contrato de matrimonio; á saber, la pretension amorosa, las promesas de futuro, la entrega de los cuerpos y el concierto de los artículos propuestos. En cuanto á lo primero, habiendo sido siempre la costumbre de todas las naciones que el futuro esposo requiera de amores y no la esposa, no quiso el Verbo divino excusar este testimonio de cariño, pues por su infinita bondad previno á la Virgen santísima y le envió la embajada del parentesco que el cielo deseaba contraer con ella. S. German de Constantinopla lo

asegura formalmente (1) cuando con este motivo llama á María la virgen pretendida. La misma observacion hace el abad Ruperto en dos diversos lugares de sus comentarios sobre el Cantar de los cantares (2) considerando especialmente que el esposo es siempre el primero á alabar á su esposa y decirle que le parece hermosa y agraciada sobre toda hermosura. Vé aqui las palabras que el divino esposo dirige á la Virgen por boca de Hugo de san Victor (3): Amada mia, te ruego me muestres ese rostro tanto tiempo deseado, porque si yo soy hermoso por excelencia, sé tambien que tú eres hermosa. Si yo soy tal por naturaleza, tú lo eres por gracia: si yo soy hermoso en perfeccion, porque toda la hermosura imaginable está en mí, tú eres al mismo tiempo hermosa sin tacha, y no hay en ti mancha, ni defecto alguno. Tu integridad virginal te hace hermosísima en cuanto al cuerpo, y tu profunda humildad te hace aun mas hermosa en cuanto al alma. En una palabra eres toda hermosa, porque la hermosura, la gracia y el decoro resplandecen en ti. Por boca del emperador Mateo Cantacuzeno le dice que es hermosa como la misma gracia, porque así vierte el devoto principe las palabras del capítulo VII de los Cantares: *¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima, en las delicias* (4). Por boca del humilde contemplativo le dice que tiene tantas hermosuras como virtudes (5). Por la del rey Salomon, uno de sus abuelos, la convida á levantarse prontamente, porque ya ha pasado el rigor del invierno, las lluvias han cesado y ha venido el buen tiempo, los árboles empiezan ya á florecer y las aves á gorjear. Insiste aguijoneado de santa impaciencia y la ruega que

(1) Orat. de nativit. B. Virg. (4) Cantic. VII.
 (2) Lib. 4 y lib. 5. (5) Idiota, Contemplat. de B.
 (3) Serm. de Assumpt. Virg., c. 2.

de ella misma, que habia ayudado á corromperlo todo. En efecto solo á la virgen María corresponde ser la madre de todos los vivientes en calidad de madre y esposa del que es padre de la vida y rey del siglo futuro. Con este motivo observa Dionisio el cartujo que la palabra Eva tomada exactamente significa la vida para manifestar que la segunda Eva no tanto es viviente como la vida misma, por quien respiran todos los que tienen la vida espiritual de la gracia y por quien esperan la eterna de la gloria, sin lo cual no pueden esperar ningun bien, así como no pueden vivir sin vida.

Digna madre de la vida, digno esposo que has de honrar su tálamo nupcial con un número sin cuento de hijos y poblar el cielo de una santa descendencia, que cantará por siempre las alabanzas y grandezas de la una y del otro, bendigamos sin cesar las estrellas de la mañana, y canten los ángeles á coros: Benditos sean el esposo y la esposa; y el cielo responda acorde un millon de veces: Amen.

§. IV.—Contrato de matrimonio entre el rey de la gloria Jesucristo y la bienaventurada Virgen su esposa.

La pretension amorosa.

I. Cuatro cosas componen un contrato de matrimonio; á saber, la pretension amorosa, las promesas de futuro, la entrega de los cuerpos y el concierto de los artículos propuestos. En cuanto á lo primero, habiendo sido siempre la costumbre de todas las naciones que el futuro esposo requiera de amores y no la esposa, no quiso el Verbo divino excusar este testimonio de cariño, pues por su infinita bondad previno á la Virgen santísima y le envió la embajada del parentesco que el cielo deseaba contraer con ella. S. German de Constantinopla lo

asegura formalmente (1) cuando con este motivo llama á María la virgen pretendida. La misma observacion hace el abad Ruperto en dos diversos lugares de sus comentarios sobre el Cantar de los cantares (2) considerando especialmente que el esposo es siempre el primero á alabar á su esposa y decirle que le parece hermosa y agraciada sobre toda hermosura. Vé aqui las palabras que el divino esposo dirige á la Virgen por boca de Hugo de san Victor (3): Amada mia, te ruego me muestres ese rostro tanto tiempo deseado, porque si yo soy hermoso por excelencia, sé tambien que tú eres hermosa. Si yo soy tal por naturaleza, tú lo eres por gracia: si yo soy hermoso en perfeccion, porque toda la hermosura imaginable está en mí, tú eres al mismo tiempo hermosa sin tacha, y no hay en ti mancha, ni defecto alguno. Tu integridad virginal te hace hermosísima en cuanto al cuerpo, y tu profunda humildad te hace aun mas hermosa en cuanto al alma. En una palabra eres toda hermosa, porque la hermosura, la gracia y el decoro resplandecen en ti. Por boca del emperador Mateo Cantacuzeno le dice que es hermosa como la misma gracia, porque así vierte el devoto principe las palabras del capítulo VII de los Cantares: *¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima, en las delicias* (4). Por boca del humilde contemplativo le dice que tiene tantas hermosuras como virtudes (5). Por la del rey Salomon, uno de sus abuelos, la convida á levantarse prontamente, porque ya ha pasado el rigor del invierno, las lluvias han cesado y ha venido el buen tiempo, los árboles empiezan ya á florecer y las aves á gorjear. Insiste aguijoneado de santa impaciencia y la ruega que

(1) Orat. de nativit. B. Virg.

(2) Lib. 4 y lib. 5.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Cantic. VII.

(5) Idiota, Contemplat. de B.

Virg., c. 2.

no tarde mas en mostrarle su hermoso rostro y dejarle oír su dulce y agradable voz. En una palabra añade que ha tomado el sereno mientras ella abría las puertas de su consentimiento, y que su cabellera está toda negra por haber recibido el rocío de la mañana. Así Dios muestra siempre que es Dios no solo deseando el bien de sus criaturas infinitamente mas que ellas mismas y proporcionándoles mas de lo que se hubieran atrevido á esperar nunca, sino previniéndolas en la sollicitacion de su felicidad. La Virgen que tenia el corazón bueno y el oído experto, puso cuidado en las advertencias del rey del cielo. Le conozco en el hablar, dijo: sin duda esa es la voz de mi amado, que llama á la puerta é insta para entrar. Es para mi demasiado honor que se digne de pensar en una criatura tan vil: ya no es cosa de tardar; estoy resuelta y soy de él. No me detengo aquí á manifestar las santas ansias y el fuego que desde entonces abrasó el corazón de Maria: ya lo he hecho antes largamente.

Promesas de futuro.

II. Así paso á las promesas de futuro como segunda circunstancia de este contrato. Cuando se ajustó, hacia ya muchos miles de años que estaban hechas, á lo menos por los padres de ambos contrayentes, mediante las ratificaciones necesarias de su mútuo consentimiento. El Padre eterno por una parte casi desde el principio del mundo habia empeñado su palabra y de cuando en cuando habia manifestado á los hombres que persistia en su buena voluntad. Por otra los antiguos patriarcas, los profetas y los reyes de Judá, todos antepasados de la Virgen, habian dado su palabra y aceptado en nombre de su hija las ofertas del cielo y el ventajoso partido que se les presentaba. El único deseo de estas almas justas,

á quienes el santo Jacob llamaba los collados eternos (1), era ver cumplidas en sus dias aquellas promesas y ratificados aquellos contratos. Ahí terminaban sus mas fervientes deseos, y sin embargo el mediador principal de este asunto aguardaba la ocasion oportuna para darle cima. No puedo disimular el contento que he recibido al leer en los escritos del abad Ruperto una consideracion muy digna de conservarse en la memoria, que hace sobre aquel lugar del capitulo III del Cantar de los cantares, donde se dice que sesenta valientes de los mas fuertes de Israel rodean el lecho de Salomon, todos con espada y muy diestros para la guerra, prevenidos contra los temores nocturnos. Despues de decir el docto escritor que el lecho de Salomon era una figura muy expresiva de la Virgen santísima observa que no sin razon ordenó el Salvador á S. Pedro que volviera la espada á la vaina cuando la sacó para defender á su maestro, el cual quiso enseñarnos en esto que el uso de las armas habia sido tolerable y aun necesario en la antigua ley hasta á las personas destinadas á su servicio; pero que entonces ya no habia necesidad de ellas. » Antes de aquel tiempo, dice el devoto abad, el diablo resuelto á impedir por todos medios la union que el cielo intentaba celebrar con la tierra, empleaba todas sus fuerzas para sofocar por sus ministros infieles la semilla de los santos y de consiguiente para evitar el nacimiento de esta virgen elegida con el objeto de llevar al cabo los designios de Dios en beneficio de los hombres. Previéndolo el Espiritu Santo escogió desde el principio sesenta valientes capaces de resistir á los asaltos de Satanás, de librar de todo peligro con la punta de su espada el lecho nupcial del divino Salomon y de destruir con peligro de sus vidas á todos cuantos intentasen

(1) Genes. XLIX.

contrariar la venida de esta incomparable princesa al mundo. Esos sesenta guerreros fueron los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y José, los caudillos del pueblo Moisés, Aaron, Josué y Caleb, los doce jueces de Israel, los sumos sacerdotes Samuel, Joiada, Zacarías, Josedech y su hijo Jesus, los profetas Elias, Eliseo, Isaías, Jeremías y los otros, los reyes David, Salomon, Ezequías y Josías, los capitanes Zorobabel, Matatías, Judas, Jonatás, Simon y Juan Macabeos. Los unos con las armas materiales, los otros con las espirituales y todos con el celo de la casa de Dios que los abrasaba interiormente, hicieron maravillas para preservar de las asechanzas de los enemigos visibles é invisibles el tálamo místico del verdadero Salomon, y á despecho del infierno le conservaron para hacernos ver los efectos de los designios del cielo y los admirables caracteres de la providencia de Dios. Así este gran monarca del mundo, fiel siempre en sus promesas, no omitió medio para darles feliz cima y tambien para tener siempre á los hombres en expectacion de la dicha que habia de traerles.»

El consentimiento de las partes.

III. Pero al fin habia que venir á las obras, porque no se hacia nada sin el expreso consentimiento de las partes. Entretanto la santa Sion, dice S. Pedro Damiano (1), gemia viendo sus asientos desiertos, sus habitantes arruinados, sus antorchas apagadas, la tierra maldita, los hombres condenados y todas las criaturas padeciendo con motivo de ellos. Parecia que Dios disimulaba esta confusion general; pero no era así, porque pensaba de veras en los remedios esperando siempre el tiempo de-

(1) Serm. in Annuntiat. B. Virg.

cretado en los consejos eternos. Al cabo llega este; la futura esposa del Verbo se halla en edad competente para concluir el matrimonio tan deseado de la tierra con el cielo. A su futuro esposo le parece tan hermosa, que no puede ocultar su cariño: la ama con un amor tan casto como verdadero y no quiere oír hablar de tardanza. Junta de nuevo su consejo y delibera con los espíritus bienaventurados acerca de la provision de los asientos vacantes, de la reparacion de los hombres y de la renovacion de los elementos, y con gran pasmo de ellos les dice cosas admirables sobre el modo que quiere guardar en la redencion del linaje humano. En el mismo instante se saca del tesoro de la divinidad el sagrado nombre de Maria, y su majestad les da á entender que todo debe de ser reparado por ella, en ella, de ella y con ella, y así como en el principio no se hizo nada sin él, así nada será reformado sin ella. Tomada la determinacion, se dió la credencial al arcángel Gabriel, la cual contenia en sustancia un nuevo modo de salutacion para la nueva esposa, la encarnacion del Redentor, el modo que ha de guardar en la redencion de los hombres, la plenitud de la gracia, la excelencia de la gloria y el colmo de alegría para los habitantes del cielo y de la tierra.» Así habla aquel excelente doctor.

IV. S. Pedro Crisólogo lo dice en muchas menos palabras, pero graves y convincentes segun su costumbre (1). «Dios, dice, envia su embajador á la Virgen con comision de declararle de su parte su real palabra por testimonio de su cariño y la plenitud de la gracia por joyas, y de traer de vuelta el consentimiento y la fé de la misma Virgen empeñada por promesa solemne con las seguridades de su pension. El ángel va con toda presteza y pre-

(1) Serm. 440.

viene á la futura esposa de su señor para que des-
eche cualquier otro amor; pero no para sacarla de
las manos de José (porque no era mas que el guardian
de su honestidad), sino para asegurarla á Jesucristo,
con quien estaba desposada desde su concepcion. » El
ángel Gabriel, dice S. Gregorio Taumaturgo (1), es en-
viado de lo alto para preparar el tálamo nupcial al celes-
tial esposo y llevar al cabo el matrimonio que habia de
ajustarse entre el Criador y la criatura. Es enviado á la
Virgen, que estaba verdaderamente desposada con José:
pero guardada para Jesus. Un espíritu puro es deputado
á la purísima Virgen, y el siervo que no cometi6 jamás
pecado, á la señora que está enteramente exenta de él.
La lámpara va delante del sol de justicia y el alba delan-
te del medio dia, el soldado delante de su rey, y el he-
raldo publica el misterio que ha de creerse con fé y no
averiguarse con curiosidad, que ha de ser adorado y no
comprendido, pesado con las razones eternas y no exa-
minado con las consideraciones humanas. » El ángel
Gabriel fué enviado, dice S. Gregorio Magno (2), porque
pedia la razón que fuese elegido uno de los principales
espíritus del cielo para anunciar la union del soberano
señor de todas las cosas con su criatura, y muy acerta-
damente tocó la suerte á Gabriel, que significa la virtud
de Dios, porque traia la nueva de la venida del Verbo á
la tierra (que es el brazo y la virtud del Padre), enviado
para destruir las potestades del aire. »

V. El rey David previendo en espíritu esta divina em-
bajada y compadecido de las miserias comunes de nues-
tro linaje juzgó conveniente hacer una advertencia á su
nieta, para que entendiese la importancia de este asunto
y se acordase de que todos sus antepasados habian de-

(1) Serm. 3 de Annuntiatione. (2) In Evang. Luc., c. 2.

seado vehementemente esta union. « Oye, hija, le dice (1),
y mira é inclina tu oido; » lo cual segun la explicacion de
S. Bruno, fundador de los cartujos, quiere decir (2): « Tú
eres la nobleza, el honor y la gloria de tu linaje y estás
destinada á ensalzarle mas de lo que puedes imaginar.
Vé aquí la ocasion, porque la palabra que te trae el
ángel del cielo, es la que nos ha de ensalzar á todos.
Así considera cuidadosamente lo que dice, y guárdate de
rehusar el partido que te propone. » Tendriamos que figu-
rarnos á la Virgen santísima muy poco cuidadosa de la
salvacion comun, muy poco resignada con la voluntad
de Dios, muy enemiga de su propio bien y muy falta de
juicio para creer que no se sometiera al punto á todas
las disposiciones del cielo. Si examina la embajada, mas
lo hace por su celestial prudencia que porque piense
rehusar la dicha que se le ofrece. Con efecto no bien se
declaró el angel, ella dió su consentimiento con pala-
bras formales poniendo toda su voluntad en las manos
de aquel de quien recibe tanto honor, y asegurando que
en adelante no puede tener otro pensamiento que este:
Mi amado para mi y yo para él. En cuanto ella habló,
se conmovieron los elementos, se movió la tierra, se
abrió el cielo, los padres del Limbo saltaron de contento,
los ángeles recibieron nuevo gozo, la santísima Trinidad
dió muestras de una alegría extraordinaria, y mas que
todos el esposo celestial, que solo esperaba esa palabra,
manifestó su indecible amor saliendo triunfante del em-
píreo en su carro de gloria y aguijando de tal suerte
sus corceles, que en un instante se halló al lado de su
esposa. La razon pedia que la Virgen que tenia tanta
parte en el misterio, la tuviese en el regocijo público, y

(1) Salmo XLIV.

(2) Serm. in Assumpt. Virg.

asi sucedió, porque un dia reveló á santa Brigida que su corazon sintió entonces una dulzura inexplicable (1).

El contrato.

VI. En cuanto á las condiciones del contrato sería gran temeridad en mí querer apuntarlas: son artículos secretos de que no nos toca á nosotros tener conocimiento. Solo diré que el devoto emperador de Oriente tantas veces citado haciendo hablar á la Virgen santísima extendió el principal de todos en estos términos: «Él tomó de mí la carne, y yo tomé de él la divinidad.» ¿Qué otra cosa podia dar nuestra tierra, ni qué cosa mas grande debia de esperar del cielo? Porque dejando aparte las ventajas personales de la castisima esposa, es claro que de ahí proviene cuanto poseemos en términos de gracia y de gloria. Sean dados por ello honor y agradecimiento al esposo y á la esposa en todos los siglos.

§. V.—La pompa nupcial con todas sus ceremonias.

La ceremonia nupcial entre los judios.

I. En cuanto he podido sacar del ritual de los hebreos, del Cantar de los Cantares, del salmo LXVII y de los escritos de los mas doctos intérpretes, las ceremonias de los hebreos en sus bodas, cuando estaban mas florecientes, no se diferenciaban mucho de las que voy á declarar. Precedian los contratos de que he hablado ya, y llegado el dia de la boda, el esposo iba por la mañana temprano á casa de la esposa á darle los buenos dias:

(1) Véase al fin del tomo la adición de la madre M. J. de Blemur que va en la nota C.

luego se retiraba á una casa de campo. La esposa se levantaba á toda prisa y sin detenerse á engalanarse salia con sus compañeras en busca de aquel, y no cesaba de lamentarse é informarse hasta que le encontraba. Entonces era recibida con su acompañamiento por los padres, deudos y amigos del esposo con todas las muestras de alegría. El esposo sacaba los vestidos preciosos, las joyas y preseas que tenia preparadas para ella, y se las entregaba á aquellas doncellas, las cuales se disponian á adornar á la esposa. Despues de tomar un refrigerio y tener un rato de huelga se levantaba una tienda debajo de la cual los esposos se daban mutuamente las manos para ratificar sus promesas por un consentimiento formal y reiterado.

II. Cuando se acercaba la noche, entraban los dos en un carro primorosamente adornado para ir á la casa del esposo donde eran esperados, ó bien á la de la esposa, como sucedia muchas veces, segun vemos por el capítulo III de los Cantares. Por él sabemos tambien que Salomon para recompensar á las doncellas de Jerusalem mandó hacer una litera en forma de tálamo nupcial, para que les sirviese el dia de su boda. La madera era cedro dorado, las columnas de plata, el reclinatorio de oro, la subida de púrpura, lo que está en medio de él, solado de piedras de diversos colores. Esta litera estaba abierta por los dos lados, para que fuesen fácilmente vistos los esposos. En cuanto montaban en ella, se colocaban al rededor la tropa de convidados y especialmente los mozos solteros y las doncellas, que iban cantando el epitalamio y llevaban en una mano la antorcha y con la otra arrojaban flores sobre los asistentes y en particular sobre los esposos. Durante esta ceremonia no permanecian en silencio ni uno ni otro, sino que se daban pruebas de su mútuo cariño dirigiéndose alabanzas, como vemos en el capítulo IV de los Cantares. Así llegaban sin sentir á la

asi sucedió, porque un dia reveló á santa Brigida que su corazon sintió entonces una dulzura inexplicable (1).

El contrato.

VI. En cuanto á las condiciones del contrato sería gran temeridad en mí querer apuntarlas: son artículos secretos de que no nos toca á nosotros tener conocimiento. Solo diré que el devoto emperador de Oriente tantas veces citado haciendo hablar á la Virgen santísima extendió el principal de todos en estos términos: «Él tomó de mí la carne, y yo tomé de él la divinidad.» ¿Qué otra cosa podia dar nuestra tierra, ni qué cosa mas grande debia de esperar del cielo? Porque dejando aparte las ventajas personales de la castisima esposa, es claro que de ahí proviene cuanto poseemos en términos de gracia y de gloria. Sean dados por ello honor y agradecimiento al esposo y á la esposa en todos los siglos.

§. V.—La pompa nupcial con todas sus ceremonias.

La ceremonia nupcial entre los judios.

I. En cuanto he podido sacar del ritual de los hebreos, del Cantar de los Cantares, del salmo LXVII y de los escritos de los mas doctos intérpretes, las ceremonias de los hebreos en sus bodas, cuando estaban mas florecientes, no se diferenciaban mucho de las que voy á declarar. Precedian los contratos de que he hablado ya, y llegado el dia de la boda, el esposo iba por la mañana temprano á casa de la esposa á darle los buenos dias:

(1) Véase al fin del tomo la adición de la madre M. J. de Blemur que va en la nota C.

luego se retiraba á una casa de campo. La esposa se levantaba á toda prisa y sin detenerse á engalanarse salia con sus compañeras en busca de aquel, y no cesaba de lamentarse é informarse hasta que le encontraba. Entonces era recibida con su acompañamiento por los padres, deudos y amigos del esposo con todas las muestras de alegría. El esposo sacaba los vestidos preciosos, las joyas y preseas que tenia preparadas para ella, y se las entregaba á aquellas doncellas, las cuales se disponian á adornar á la esposa. Despues de tomar un refrigerio y tener un rato de huelga se levantaba una tienda debajo de la cual los esposos se daban mutuamente las manos para ratificar sus promesas por un consentimiento formal y reiterado.

II. Cuando se acercaba la noche, entraban los dos en un carro primorosamente adornado para ir á la casa del esposo donde eran esperados, ó bien á la de la esposa, como sucedia muchas veces, segun vemos por el capítulo III de los Cantares. Por él sabemos tambien que Salomon para recompensar á las doncellas de Jerusalem mandó hacer una litera en forma de tálamo nupcial, para que les sirviese el dia de su boda. La madera era cedro dorado, las columnas de plata, el reclinatorio de oro, la subida de púrpura, lo que está en medio de él, solado de piedras de diversos colores. Esta litera estaba abierta por los dos lados, para que fuesen fácilmente vistos los esposos. En cuanto montaban en ella, se colocaban al rededor la tropa de convidados y especialmente los mozos solteros y las doncellas, que iban cantando el epitalamio y llevaban en una mano la antorcha y con la otra arrojaban flores sobre los asistentes y en particular sobre los esposos. Durante esta ceremonia no permanecian en silencio ni uno ni otro, sino que se daban pruebas de su mútuo cariño dirigiéndose alabanzas, como vemos en el capítulo IV de los Cantares. Así llegaban sin sentir á la

casa, donde eran esperados y recibidos con magnificencia segun su calidad. Allí encontraban los aposentos alfombrados, las mesas cubiertas de manjares, los músicos dispuestos á tocar y todo lo demás propio de una boda. De esta suerte se pasaba el dia.

Origen de esta ceremonia.

III. Diré de paso que siempre me ha parecido que esta ceremonia era una verdadera imitacion de lo que sucedió cuando el pueblo de Israel salió del cautiverio de Egipto con la asistencia divina: porque queriendo entonces el Señor renovar la alianza hecha en otro tiempo con su pueblo y como contraer nuevos y mas solemnes desposorios con él le sacó al campo, le llevó, segun dice el real profeta, á su monte santo, que era el lugar elegido para su morada, le tuvo bajo de una columna de nube como bajo de un dosel labrado por los ángeles, y pactó de nuevo con él sobre el Sinaí: le hizo subir en el carro de su divina providencia, rodeado de innumerables escuadrones de su milicia celestial: hizo entonar infinitos cánticos de júbilo y llevar delante las antorchas que habia encendido en el aire; en una palabra no omitió ninguna demostracion de favor; para que entendiese aquel pueblo que si Dios se unia á él con el vinculo de una amistad indisoluble, era por buenas razones.

Aplicacion de las ceremonias nupciales.

IV. Volvamos al Salvador y á su dichosa esposa la virgen María. Yo tomo por el dia de sus bodas toda la vida de este rey del cielo, porque segun el lenguaje del Espíritu Santo no se necesita menos para hacer una buena jornada. En la mañana de este dia tan deseado el Salvador sin haber hecho aun mas que saludar á su ma-

dre la dejó entre los pesares, los cuidados y los disgustos. Esto sucedió cuando á la edad de doce años se perdió y fué hallado en el templo disputando con los doctores. ¿Quién podrá decirnos la vehemencia del dolor que oprimió el corazón de aquella amante esposa durante la ausencia de su amado? Solo los ángeles saben cuántas lágrimas vertió, cuántos suspiros y sollozos exhaló: todo cuanto veia de su amado, servia para renovar su dolor: todo cuanto decian de él, le traspasaba el corazón; y la memoria continua de sus alegrías pasadas acrecentaba la tristeza que la devoraba al presente. Unas veces recurria al Padre eterno suplicándole humildísimamente que le restituyese su amado esposo, si acaso se le habia llevado al cielo, porque le era imposible vivir más tiempo sin verle. Otras volviéndose á su amado ausente le decia: ¿Dónde estás, mi querido esposo, mi bien y el único consuelo de esta tu afligida esposa? ¿Quién te tiene ahora escondido, tesoro de mi alma? ¿Quién te da de comer, oh padre de los pobres? ¿Dónde descansas de noche y dónde pasas el dia? ¿Quién me ha robado mi contento y me ha envidiado la dicha de poseerte? Despues conjuraba á todos los ángeles del cielo que la ayudasen á recuperar el objeto de sus ansias y deseos, su bien, su vida, su todo. Si yo me engolfara en hablar de las caricias que María le hizo despues que le hubo hallado, y de las delicias de que la inundó el amado de su alma, no acabaria jamás. Estos son arcanos para nosotros: así no tratemos de penetrarlos.

V. Luego que recobró á su amado, hizo muchas protestas de guardarle muy bien en lo sucesivo y no abandonarle nunca. Lo demás del dia de la vida del Salvador se empleó la mayor parte en adornar á esta su esposa con todos los atavíos de la gracia y dones del Espíritu Santo: porque si es verdad, como dicen algunos graves doctores citados mas arriba, que el Verbo bajó del cie-

lo mas con motivo de la Virgen que por todos los otros hombres, por necesidad hay que decir que puso un conato muy particular en hacerla completamente hermosa é indeciblemente amable. Si nó que se me diga en qué habia de haberse empleado aquellos treinta años que vivieron juntos, para qué habian de haber servido tantas pláticas, tantos documentos, tantos ejemplos y tantas maravillas. Acordémonos de lo dicho en el capítulo VII del tratado anterior sobre su diario aprovechamiento en la virtud y las continuas gracias que recibia del cielo, y bastará para confesar que los ángeles se perdian en la consideracion de las excelencias y grandezas de esta princesa incomparable.

VI. Pero advierto que ya es tiempo de disponer el carro de amor para encaminarse á la casa de los esposos. Así llamo á la noble ciudad de Jerusalem con el obispo Sinesio (1), S. Juan Damasceno (2), santa Brigida (3), Hugo de S. Victor (4) y otros muchos, que enseñaron haber nacido allí la gloriosa Virgen. Acudid, espíritus bienaventurados, acudid á ver al verdadero Salomon, que va á hacer su entrada pública en la capital de sus estados y se dispone á terminar el asunto tan deseado. Si hubo jamás motivo de dejar el cielo, es ahora, pues se trata de cortejar á vuestro príncipe y mostrar en tan oportuna ocasion el amor que profesais á los esposos. Bien sabeis, nobles inteligencias, que el carro real que ha de llevarlos, no es otro que su propia caridad y el ardiente deseo que tienen de efectuar este divino casamiento para bien de la posteridad; que la sala del banquete es el monte Sion; y que la alcoba nupcial es el Calvario. No podeis ignorar que estos castos amantes esperan con

(1) Himno 9. (2) Revelat., lib. 5, c. 43.
 (3) Orat. 1. de Nativ. et. (4) Serm. 65.
 lib. 4. de fide, cap. 45.

impaciencia la hora de encontrarse allá arriba, y les parece que el dia es demasiado largo y que retrasa su contentamiento. Así tomad pronto las antorchas y entonad el epitalamio que el rey David os preparó mucho tiempo hace. Paréceme que los oigo ya y que resuena el aire con las alabanzas de los esposos. Es razon que comiencen por el esposo, á quien corresponde todo honor. Silencio y atencion: ve aqui que cantan con sus hermosas voces y acompañados de sus instrumentos.

El epitalamio.

VII. Este divino esposo se lleva el premio de la hermosura entre todos los hombres, porque si se atiende á su divinidad, sus perfecciones son infinitas; si se fijan los ojos en su alma, los querubines se confunden viéndola adornada de tantas gracias; si se trata de su cuerpo, el sol y la luna pierden su claridad. La dulce miel de la persuasion está difundida en sus labios de tal suerte, que los que han tenido la dicha de oírle, le siguen y se entregan á él sin poder contradecir sus palabras. Testigos aquellos á quienes se dignó de llamar á su servicio, que rompieron de pronto toda clase de impedimentos, de manera que con este motivo Dios le dió una bendicion eterna y mas copiosamente que á todos los hombres juntos. Así como es el mas hermoso, es tambien el mas esforzado, y no hay poder que él no ponga á sus pies: derriba á sus enemigos invisibles y hace pedazos los escuadrones de los deleites carnales por el esfuerzo de su palabra, mas aguda y acerada que las espadas mejor afiladas. La verdad está inseparablemente unida á sus promesas: su bondad y mansedumbre y la facilidad de acercarse á él le hacen singularmente recomendable á sus súbditos y no menos terrible á sus enemigos, y conducen su invencible diestra á dar feliz cima á todas

sus empresas. Siempre ha amado extraordinariamente la justicia y aborrecido la maldad: la inocencia y la santidad de vida le han sido muy agradables: odia y abomina el pecado y le hace guerra á muerte. Por lo cual Dios su padre le ungió y consagró con su aceite de alegría, de infusión y de plenitud de gracias mas abundantemente que á todos los que participan de esta dignidad de unción sagrada, sean sacerdotes, ó reyes, ú otras cualesquier criaturas, á quienes por comunicacion de gracia hizo participantes de su gloria. De su naturaleza humana con que se cubrió la divinidad como con una vestidura, procede tan gran diversidad de divinos olores, de virtudes, de gracias, de doctrina y de milagros, que todo el mundo se regocija de ver que ha salido un fruto tan agradable y precioso del sagrado vientre de la virgen María, mas puro y casto que blanco y terso es el marfil. Finalmente para mayor esplendor de su gloria llama á su servicio muchas almas devotas de reyes y príncipes, de hijas de reyes y princesas de diversas condiciones, consagradas todas á darle continuo honor y alabanza.

VIII. Despues de haber cantado así las perfecciones del esposo hacen lo mismo con las de la esposa, ponderando ante todo, como es justo, el honor que recibió de contraer un matrimonio tan elevado y tan desproporcionado con su extracción originaria. Su inocencia, añaden, su candor y su humildad llegaron al punto de cautivar el amor del rey soberano y hacerla digna esposa de tan gran príncipe, á quien rinde mas homenajes cuantos mas obsequios recibe de él. Es tal la gloria y majestad que le ha comunicado su esposo, que los próceres, príncipes y reyes de la tierra se tienen por dichosos de verla con rostro placentero, deseando vehementemente ser de su comitiva y del número de sus criados para tener así parte en las gracias del esposo. El ornato y la gloria de esta esposa magnífica y de la hija del gran rey no consisten

solamente en lo que parece á la vista: su hermosura mas singular está en lo interior: su corazón resplandece con el oro de su ardentísima caridad y está enriquecido de santidad, aunque exteriormente esté vestida de tela de oro recamada con bordado de diversos colores, que son sus diversas gracias y virtudes y sus diferentes estados. Acompañanla un millon de vírgenes que han hecho voto de perpetua castidad, todas engalanadas con la librea de ella y dispuestas á ser presentadas al esposo y aposentadas en su templo ó palacio real con gozo y alegría. Y para que no falte dicha á este sagrado matrimonio, en lugar de los padres antiguos le nacerán hermosos hijos, á quienes constituirá príncipes sobre toda la tierra y poblará de ellos la iglesia militante y luego la triunfante. Todos juntos pregonarán por siempre las grandezas y magnificencias de los esposos; y todos los pueblos les tributarán gracias y alabanzas por siglos eternos.

IX. Mientras estos alados espíritus hacen resonar el campo con celestiales melodías, los esposos se dan mutuas alabanzas con unas palabras tan singulares y extraordinarias, que fácilmente se ve que saben al idioma del cielo. Y así como el esposo se aventaja en mérito, quiere también sobrepujar en cortesía previniendo á su esposa con la relación de sus perfecciones. Ve aquí cómo le habla: «Mi amada esposa, tú eres toda hermosa y agraciada. Tus ojos de paloma son los fieles testigos de la castidad y mansedumbre que se albergan dentro de tu alma. Tus santos afectos representados por tus cabellos se parecen á los vellones de los rebaños que bajan hacia la caída de la tarde del monte Galaad: tan ordenados están y tan dispuestos á gusto del esposo, que se deleita en contemplarlos. Tus deseos denotados por los dientes son tan puros, inocentes y fecundos en buenas obras, que me recuerdan las ovejas recién esquiladas y

que acaban de salir del agua, cada una con sus cordelillos al lado. No parece sino que tus palabras son trenzas encarnadinas sujetas en tus labios: tal gracia tienen cuando salen de tu boca. La modestia y el pudor han fijado de tal manera su asiento en tus mejillas, que pudieran tomarse por dos medias granadas. Tu eminente virtud adornada de sus perfecciones se distingue de tan lejos como la torre de David con los baluartes que la rodean por uno y otro lado, sin hablar del arsenal que hay dentro pertrechado de todo género de armas. La fecundidad y la virginidad unidas en tí sola, que son tus dos pechos, me parecen dos cervatillos que pacen juntos entre los lirios y las flores mas vistosas del campo. Por fin ¿qué mas quieres que te diga, pues confieso que eres hermosa y perfecta á mi satisfaccion y que ninguna se te asemeja entre las hijas de Jerusalem?»

X. Por otro lado la casta esposa no escatima sus elogios, porque emplea sus cinco sentidos y hace cuanto puede para ensalzar á su amado esposo, á quien habla de esta suerte: «Mi amado es blanco y colorado en razon de su divinidad y de su humanidad. Es tan hermoso, que basta la gracia incomparable de su rostro para hacerse conocer entre millones de los mas cumplidos. Su cabeza, que es la divinidad, resplandece mas que el oro fino herido por los rayos del sol. Sus cabellos negros, crespos y rizados, que son los designios incomprensibles de su profundísima sabiduría, se asemejan en algun modo á las flores de la palmera. La inocencia de su alma está retratada en sus ojos como en un espejo, y parecen lindas palomas mas blancas que la nieve, que retozan en la corriente de las aguas. Su benignidad y afabilidad, la gracia con que recibe á todos, y los atractivos de su semblante no puedo compararlos á otra cosa mejor que á dos cuadros de un jardin lozano, sembrado de flores y yerbas aromáticas de toda especie. Sus pláticas embele-

san tanto, que al oirlas no parece sino que son la primera mirra que sale del tronco en abundancia y espontáneamente. Sus acciones figuradas por las manos son tan redondas y proporcionadas como si se hubieran hecho á torno, y además tan divinas, que para manifestar su precio lleva en cada dedo un jacinto engastado en oro. Su sagrada humanidad, que podria yo llamar su vientre, es mas brillante y mas vistosa que el blanco marfil moteado de zafiros á causa de los extraordinarios actos de virtud y de las obras maravillosas que produjo con pasmo del universo. La parte inferior de su cuerpo, que representa su fortaleza incontrastable y su valor invencible acompañado de una santa perseverancia, puede compararse á dos bellas columnas de mármol blanco asentadas sobre basas de oro macizo. Si habeis visto alguna vez el monte Libano poblado de toda especie de árboles que se aventajan unos á otros; teneis una idea de su altura y una figura de sus escogidos; pero el cedro, que es como el rey entre los árboles y recomendable por todas sus buenas calidades, es una imágen de mi amado, honor de los hijos de los hombres mucho mas que aquel árbol es la gloria del Libano. Otras muchas maravillas tendria que deciros de él; pero basta esto poco para distinguirle entre los demás. Tal es el amado de mi corazon, hijas de Jerusalem.»

XI. Con estos armoniosos conciertos hemos llegado á la ciudad, donde nos esperan el banquete de boda y los demás preparativos. Pero ten paciencia, querido lector; que te prometo dar en el capítulo siguiente las seguridades del matrimonio consumado y cuanto puede desearse de los frutos de este divino casamiento.

que acaban de salir del agua, cada una con sus cordelillos al lado. No parece sino que tus palabras son trenzas encarnadinas sujetas en tus labios: tal gracia tienen cuando salen de tu boca. La modestia y el pudor han fijado de tal manera su asiento en tus mejillas, que pudieran tomarse por dos medias granadas. Tu eminente virtud adornada de sus perfecciones se distingue de tan lejos como la torre de David con los baluartes que la rodean por uno y otro lado, sin hablar del arsenal que hay dentro pertrechado de todo género de armas. La fecundidad y la virginidad unidas en tí sola, que son tus dos pechos, me parecen dos cervatillos que pacen juntos entre los lirios y las flores mas vistosas del campo. Por fin ¿qué mas quieres que te diga, pues confieso que eres hermosa y perfecta á mi satisfaccion y que ninguna se te asemeja entre las hijas de Jerusalem?»

X. Por otro lado la casta esposa no escatima sus elogios, porque emplea sus cinco sentidos y hace cuanto puede para ensalzar á su amado esposo, á quien habla de esta suerte: «Mi amado es blanco y colorado en razon de su divinidad y de su humanidad. Es tan hermoso, que basta la gracia incomparable de su rostro para hacerse conocer entre millones de los mas cumplidos. Su cabeza, que es la divinidad, resplandece mas que el oro fino herido por los rayos del sol. Sus cabellos negros, crespos y rizados, que son los designios incomprensibles de su profundísima sabiduría, se asemejan en algun modo á las flores de la palmera. La inocencia de su alma está retratada en sus ojos como en un espejo, y parecen lindas palomas mas blancas que la nieve, que retozan en la corriente de las aguas. Su benignidad y afabilidad, la gracia con que recibe á todos, y los atractivos de su semblante no puedo compararlos á otra cosa mejor que á dos cuadros de un jardin lozano, sembrado de flores y yerbas aromáticas de toda especie. Sus pláticas embele-

san tanto, que al oirlas no parece sino que son la primera mirra que sale del tronco en abundancia y espontáneamente. Sus acciones figuradas por las manos son tan redondas y proporcionadas como si se hubieran hecho á torno, y además tan divinas, que para manifestar su precio lleva en cada dedo un jacinto engastado en oro. Su sagrada humanidad, que podria yo llamar su vientre, es mas brillante y mas vistosa que el blanco marfil moteado de zafiros á causa de los extraordinarios actos de virtud y de las obras maravillosas que produjo con pasmo del universo. La parte inferior de su cuerpo, que representa su fortaleza incontrastable y su valor invencible acompañado de una santa perseverancia, puede compararse á dos bellas columnas de mármol blanco asentadas sobre basas de oro macizo. Si habeis visto alguna vez el monte Libano poblado de toda especie de árboles que se aventajan unos á otros; teneis una idea de su altura y una figura de sus escogidos; pero el cedro, que es como el rey entre los árboles y recomendable por todas sus buenas calidades, es una imágen de mi amado, honor de los hijos de los hombres mucho mas que aquel árbol es la gloria del Libano. Otras muchas maravillas tendria que deciros de él; pero basta esto poco para distinguirle entre los demás. Tal es el amado de mi corazon, hijas de Jerusalem.»

XI. Con estos armoniosos conciertos hemos llegado á la ciudad, donde nos esperan el banquete de boda y los demás preparativos. Pero ten paciencia, querido lector; que te prometo dar en el capitulo siguiente las seguridades del matrimonio consumado y cuanto puede desearse de los frutos de este divino casamiento.

§. VI.—Del honor y del poder que la Virgen santísima recibió por medio de este divino matrimonio.

I. Mientras por un lado el cielo y la tierra resuenan con cánticos de júbilo y publican acordes las grandezas de los esposos, celebrando solemnemente la iglesia triunfante y la militante la fiesta de esta boda tan deseada, el hereje siempre parcial y envidioso hace el desdenoso y á la manera del hermano mayor del pródigo no quiere entrar en la casa, ni tomar parte en el regocijo público. Revienta de despecho al oír las alabanzas y aplausos que recibe de todas partes la madre de Dios. Se encubre con su falso pretexto acostumbrado y con su capa rasgada del celo por la honra de Dios: protesta que no puede consentir esas palabras supersticiosas y blasfemas (así las llama), por las cuales es tan ensalzada la virgen Maria, que no le falta mas que la divinidad. No puede tolerar que se la llame madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, nuestro amparo y protectora, ni que se le den otros nombres semejantes, que el amor autorizado por el juicio de la iglesia santa ha sugerido á sus devotos siervos. Llega al extremo de citar ante el tribunal de su opinion privada los decretos definitivos de la iglesia católica, y grita cuanto puede que todos esos títulos son unas novedades inventadas en perjuicio de la honra y gloria que debemos á Dios solo; y sobre esto empieza á echar pestes y se separa de la casa de Dios á quien S. Pablo llama la columna y fundamento de la verdad (1).

II. Paréceme tener derecho para decir con el hijo de Dios que hay que dejarlos por lo que son, sin hacer

(1) Ad ephes. IV.

caso de su vocinglería: que son unos espíritus frenéticos é indóciles á la razon; y que por un puñado de ranas apostadas para turbar la fiesta de la capilla real no hemos de suspenderla. Si esos hombres de genio agreste se dejaran amansar por el discurso, les acotaria el del inclito doctor S. Agustin, el cual muestra en el libro tercero de la Doctrina cristiana que siendo el Salvador la cabeza de la iglesia y los cristianos sus miembros, no es maravilla que aun en el estilo de los libros sagrados se apropien á los miembros las calidades de la cabeza, segun han declarado mas largamente algunos escritores modernos (1). Siendo esto así, mucha menos dificultad se habrá de poner á dar á la Virgen una buena parte en los bienes y calidades de su hijo, pues tiene mas derecho que nadie. Yo les pondria á la vista lo que observaba Tertuliano escribiendo contra el hereje Hermógenes: que siempre ha sido propiedad suya interpretar torcidamente la ingenuidad y simplicidad cristianas y no querer considerar que se dicen de Dios por esencia, propiedad y excelencia muchas cosas que atribuimos á los santos y principalmente á la santa de los santos solo por imitacion y con participacion. Les traeria á la memoria esta observacion de Haimon, obispo de Alberstadt (2): que habiéndose unido el rey del cielo á la preciosa sangre de la virgen Maria y habiendo morado nueve meses en su vientre, no es tan extraño que haya tenido ella tanta parte en sus grandezas y excelencias, como lo seria el que este huésped divino hubiese dejado de pagar liberalísimamente su posada.

III. Pero pasando por alto todas estas consideraciones quiero que nos detengamos en solá la calidad que

(1) Canis., De Deipara, l. 3. (2) Serm. de Assumpt. c. 12 et 13.

he examinado en todo este capítulo: hablo de la de esposa del Salvador. ¿No es verdad que todas las leyes divinas y humanas ensalzan á las mujeres en proporción de sus maridos y las ponen en posesion de los títulos, honores y calidades que estos poseen? Entre los romanos era antigua costumbre que al entrar la mujer en casa de su marido le dijese: «Donde tú seas Cayo, seré yo Caya;» que equivalia á decir que donde quiera que él fuese señor, seria ella señora y tendria derecho á todos los títulos, honores y calidades que él poseyese. ¿Y habríamos de ser tan desnaturalizados, que solo á la Virgen disputásemos el derecho que no se disputa á ninguna otra mujer? Si su esposo es rey, ¿por qué no hemos de llamarla á ella reina? Si es el padre del siglo futuro, ¿por qué razon no ha de ser ella la madre? Si es soberano, ¿por qué no ha de serlo ella? Si es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza, ¿no seria un rasgo de malignidad negar esos mismos títulos á la que tan honrada fué por él? Desearia yo saber si esos hombres son mas celosos de la honra de Dios que los santos padres, los cuales la llaman sin dificultad el arca del testamento, la ciudad de Dios, el trono de su majestad, la flor del campo, la fuente de luz y de inmortalidad, el huerto cerrado, el fruto de vida, la perla del mundo, el propiciatorio del universo, el santuario de la divinidad, el templo de la gloria de Dios, el canal de las gracias del cielo, la causa de la salud de los hombres, el rescate de los cautivos, el asilo de los cristianos, la medianera de los pecadores, la medicina de los pecados, la ruina de la muerte, la entrada de la vida, el tesoro de la santidad, la raiz de todos los bienes de que gozamos, la restauradora de los siglos, la gloria de los ángeles, el honor de los patriarcas, la regente de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la maestra de los doctores, el espejo de los confesores, la luz de las vírgenes, la antorcha de la

iglesia, el cetro de la recta creencia, el gozo de los bienaventurados, la señora del cielo y de la tierra: en conclusion le dan otros infinitos títulos de excelencia y poder, que propiamente pertenecen á Dios solo y á la sabiduría encarnada. Pero como son gobernados por el espíritu de Dios y no guiados del de una crítica desabrida y hostil, saben que el Señor á quien sirven, tiene singular deleite en que se tributen todos estos honores á la que tan honrada fué por él mismo.

IV. Exceptio siempre lo que es incomunicable, como su divinidad y lo que depende inseparablemente de ella, aunque no deja de comunicarla á veces á los suyos, y entre los obsequios que les hace, les permite llamarse dioses. Por lo demás ya que esos espíritus díscolos se resienten tan fácilmente y se formalizan por tan poco, pienso no tenerles ninguna consideracion, sino sentarles bien la mano y mostrar despacio los admirables privilegios comunicados á la Virgen de resultas del glorioso título de esposa del Salvador. Oígalos el peccador y tiemble cuanto quiera: su despecho no perjudicará mas que á él solo, y á pesar de su impiedad la casta esposa gozará siempre de los derechos y privilegios de su esposo, como procuraré hacer ver hasta el fin de este tratado.

QUINTA ESTRELLA,

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE ES LA MADRE DEL SIGLO FUTURO Y LA REPARADORA DE NUESTRO LINAJE.

Ya estamos empeñados en poner de manifiesto las principales calidades del divino esposo Jesucristo y hacer ver que su esposa la virgen Maria participa de todo cuanto hay en él. Para dar algun realce á esta materia, que será la de todo el presente tratado, he escogido entre las antiguas figuras la del gran rey Salomon como la mas excelente idea que puede discurrirse de las perfecciones regias del Salvador, en atencion á que le reconocieron como tal S. Ireneo (1), S. Gregorio Niseno (2), S. Bernardo (3), S. Isidoro (4), S. Próspero (5) y otros muchos y graves doctores. Mi designio no obstante no es ponderar en largos discursos los titulos de honor del rey de la gloria encarnado, sino solamente indicar los que posee su dichosa esposa por la semejanza que tiene con él. Comencemos por los de padre del siglo futuro y rey espiritual, que quedaron como bosquejados en el tratado precedente.

(1) Lib. 4, cap. 4.

(2) Hom. 7 in Cant.

(3) Serm. 27 in Cant.

(4) De morte sanctorum.

(5) De promission., p. 2,

c. 27.

§. I.—De las calidades de padre del siglo futuro y reparador de los hombres, primer título del rey de la gloria encarnado.

I. Le llamo resueltamente el primero, porque entre todos los titulos que pueden darse á un rey, no sé que de ninguno haya de hacer tanto aprecio como del de padre. Este es el nombre que en todos tiempos se ha dado á los primeros principes del mundo en premio de sus mas insignes hazañas. De este nombre se han mostrado tan celosos, que el mayor galardón á que han aspirado en pago de sus afanes y desvelos, ha sido el de apellidarse padres de la patria. Dios mismo gusta sobremanera de este nombre, y por él quiso que le pidiésemos bienes corporales y espirituales. Este es el titulo que el magnífico Salomon estimó mas que todos sus tesoros y le prefirió al imperio del universo, teniéndose por mas distinguido con él que los otros principes con sus laureles. Este es el titulo que se le decretó como galardón de su sabia conducta y de los cuarenta años de profunda paz en que mantuvo á sus vasallos. Este es el titulo que le hizo mas amado de los suyos que todas sus otras regias cualidades. En una palabra este es el titulo que juzgó muy digno de adquirir y conservar diligentísimamente, segun diré en mejor oportunidad (1). Y viniendo al de que trato en este capitulo, es uno de los titulos principales que daba el profeta Isaías al Mesías hace mas de dos mil y cuatrocientos años, llamándole *padre del siglo futuro* y uniendo á él el de principe de paz como el fruto á la rama, como la rama á su tronco y como un tronco á la raíz de donde sale. A este mismo titulo está tambien unido inseparablemente el de reparador de los hombres, si

(1) En el cap. 11.

es que son dos títulos diversos y no dos apelaciones diferentes de un mismo título. Esta es la razón por que no he juzgado conveniente tratar de ellos por separado.

II. Pero ¿qué es lo que me infunde temor, hiela la sangre en mis venas é introduce el terror y el espanto en mi corazón? ¿A qué intento me acuerdo ahora de una antigua ceremonia de los romanos, que daban á una misma diosa la presidencia de las bodas y de los entierros y el encargo de preparar los festejos, banquetes y saraos para celebrar las primeras y las ceremonias funerarias de los segundos? ¡Ah! Ya descubro el motivo y conozco que mi pensamiento quiere decirme que el título de padre y reparador costará muy caro al príncipe de la gloria y que el matrimonio de que he discurrido antes, se consumará en el Calvario y con gran efusión de sangre. ¿Qué quiere decir, almas buenas, que apenas acabamos de oír los epitalamios y los himnos de júbilo, cuando ya comenzamos los lamentos y pensamos en los epitafios? ¡Cómo! ¿Ya se pone por medio la muerte, llena de sangre la sala de las bodas y no se oyen mas que suspiros y sollozos? Fortaleced vuestro corazón para ver por un lado al esposo bañado en su sangre y llevado del tálamo nupcial al lecho de muerte ó por mejor decir espirando en el primero, y por otro á la afligida esposa traspasada de dolor y moribunda de pena y no obstante obligada por las consideraciones eternas á entregar su esposo é hijo á la muerte y á mantenerse firme mientras él espira. A la verdad que es una peripecia trágica; pero con esta condición fué hecha esposa, y luego veremos que el desenlace es favorable.

III. Por lo demás era cosa concertada que el Salvador había de ganar el título de reparador y padre del siglo futuro con la punta de la espada. S. Pablo que llevaba el registro del consejo del cielo, cita este decre-

to diciendo en su epístola á los hebreos (1): «Porque convenia que aquel por quien son todas las cosas y para quien son todas las cosas, habiendo de llevar muchos hijos á la gloria consumase por la pasión al autor de la salud de ellos.» Y en los Hechos de los apóstoles (2) hablando del reino del mismo Salvador, esto es, de la iglesia, asegura que la adquirió con el precio de su sangre (3). Mucho antes el profeta Isaías había hecho mención de este decreto bajo el nombre de pacto ajustado entre el Padre eterno y su hijo hablando tan claramente de él, que no parece sino que referia una cosa ya hecha y concluida. Con efecto despues de manifestar menudamente lo que había de suceder el día de la pasión y de la victoria juntamente de aquel príncipe conquistador añade: «Si ofreciere su alma por el pecado, verá una descendencia muy duradera, y la voluntad del Señor será cumplida por su mano. Por cuanto trabajó su alma, verá y se hartará: aquel mismo justo siervo mio justificará á muchos con su ciencia, y él llevará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto le daré mucho por su porción y repartirá los despojos de los fuertes (4).» El Salvador mismo lo dió bien á entender hablando misteriosamente de la semilla que debía de ser echada en la tierra y morir allí para dar

(1) Ad hebr. II.

(2) Act. XX.

(3) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — «Esta perfección del Salvador consiste en la gloria del Padre, que es el fuego divino en que entró despues de su inmolación para vestirse como las víctimas del altar de los holocaustos de la claridad de aquel fuego, para perder el estado de la carne pasible y mortal y para pasar á la pureza y comunicación comple-

ta de la llama eterna. Esto es lo que se llama en los sacrificios la perfección de la víctima. San Juan Crisóstomo pone esta perfección en la virtud misma de padecer la muerte por los hombres, que juzga mas gloriosa que el haber criado el mundo. Era digno del Padre el glorificar á su hijo despues de los muchos hijos que le había adquirido por su pasión.»

(4) Isai. LIII.

ciento por uno. En este punto terminaban casi todas las antiguas figuras y las promesas de los profetas.

IV. Pues habiendo Dios preparado á su amado hijo una esposa y una madre santa en todos conceptos y habiéndosela dado por compañera en la obra de nuestro rescate, pedía la razon que contribuyese ella por su parte y se ocupase en la misma con la mayor diligencia. Esto es lo que habremos de examinar en el resto del capítulo.

§. II.—Del título de madre del siglo futuro y reparadora dado á la madre y esposa del Salvador.

I. No es pequeño lauro, ni liviano honor para el sexo femenino el haber hecho tanto algunas mujeres para promover la religion cristiana, que puede decirse han sido ellas los principales instrumentos despues de Dios. Sin hablar de santa Marta, á quien los antiguos dieron siempre el honroso título de apóstol de la Provenza y de los países comarcanos, es cosa clara que la conversion pública de los mayores imperios y de los reinos mas florecientes se debe en mucha parte á su industriosa caridad y á su heróica firmeza. Las historias atestatan que no contribuyó poco á la conversion de Constantino, primer emperador cristiano, el tener una madre tan virtuosa, tan discreta y tan pia como santa Elena, la cual le sugirió poderosos motivos para abrazar una religion que el cielo le mostraba con tantos prodigios. Nunca olvidará Francia lo que debe á santa Clotilde, una de sus primeras reinas y sobrina del rey de Borgoña Gombaldo, la que predicó y exhortó tanto á su marido el invencible Clodoveo, que al fin le determinó á hacerse cristiano con gran provecho de la religion y de los francos. Los ingleses estarán perpetuamente obligados por la conversion de su rey Ediberto á su mujer, descendiente de

la familia real de Francia y llamada Berta por algunos; pero creo mejor al papa S. Gregorio, el apóstol de los ingleses, que la llama Adilbergis (1).

II. Sea tambien dicho en honor del reino cristianísimo que Hermenegildo, el primer rey de los godos que abrazó públicamente la religion católica en España, fué inducido por las amistosas amonestaciones de su mujer Ingundis, nieta de Clotario. El antiguo reino de los longobardos será del mismo modo deudor á la ilustre casa de Baviera por haberle dado la animosa Teodelinda, á persuasion de la cual el rey Aigul recibió el primero el bautismo y mandó predicar la verdadera religion en todos sus estados con gran consuelo de las almas. Lo mismo puedo decir del de Hungría, que debe los principios de su conversion á la muy esclarecida Gisela, mujer del rey S. Esteban y hermana del emperador Enrique II, ambos á dos príncipes dignos de eterna memoria.

III. No obstante es preciso confesar que esta gloria parecerá pequeña, si se quiere comparar con la que el sexo flaco recibió de la madre de Dios, á quien todos los reinos y naciones del mundo deben reconocer por su reparadora y por compañera inseparable del Salvador en la empresa de nuestra salvacion. «En esto, decia el devoto S. Hugo, monje cartujo y luego obispo de Lincoln, ensalzó de tal manera el honor de su sexo, que no es posible suba mas alto.» «En esto, decia S. Cirilo de Jerusalem (2), cumplieron superabundantemente las mujeres la obligacion que tenian á los hombres por haber sido sacadas de la costilla de Adam.» Siendo de tanta trascendencia este punto y este título de reparadora, no me es permitido tocarle ligeramente, sino que me tengo

(1) S. Greg. l. 7, epist. 30: (2) Cateches. 12.
Barom. año 597.

por obligado á probarle de una manera indudable para eterna memoria de esta reina y confusion de la herejía y del infierno.

IV. Así entiendan todos que los santos doctores usan con libertad de estas palabras y denme la seguridad de hacer lo mismo despues de ellos. «Lo que Eva condenó, dice el papa S. Inocencio III (1), lo salvó María.» «Por tu medio, oh santa señora, dice S. Bernardo (2), se pobló el cielo, se desocupó el infierno y se repararon las ruinas de la celestial Jerusalem.» Y en otro lugar (3): «María fué hecha toda para todos y por su abundantísima caridad obligó á los unos y á los otros. Ella abrió á todos el seno de su misericordia, para que todos sacasen de su plenitud, el cautivo la libertad, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdon, el justo la gracia, el ángel el gozo y la santísima Trinidad la gloria.» Y en otra parte (4): «Contemplad con admiracion á la inventora de la gracia, la medianera de la salvacion, la reparadora de todos los escogidos.» El patriarca de Constantinopla S. German dice lo siguiente (5): «Oh Virgen santa, ¿cómo podrémos cantar los beneficios que recibimos de tí? Porque nadie se salva sino por tu medio; nadie se libra de sus males sino por tu intercesion; y todo el que recibe alguna gracia ó misericordia, te queda deudor de ella. Por tu medio, dice el devoto S. Efren (6), fuimos reconciliados con Dios. Tú eres la libertad de los cautivos, la salvacion, la paz, la medianera y la reconciliacion de todo el mundo.»

V. En el capítulo anterior oimos á S. Pedro Damiano, quien dice que así como no se hizo nada sin Dios,

- | | |
|-----------------------------|-------------------------------|
| (1) Serm. 2 in Assumpt. | (4) Epist. 174. |
| (2) Serm. 4 in Assumpt. | (5) Serm. de dormit. B. Virg. |
| (3) Serm. in Signum magnum. | (6) Orat. ad Virg. |

de la misma manera no se reformó nada sin ella. No puedo pasar en silencio las preciosas palabras de Ricardo de S. Victor. «La Virgen santísima, dice (1), fue tan excelente en virtudes y su caridad tan ardiente, que no se limitó á los de su nacion, sino que se extendió generalmente á todos los hombres: ella pidió por todos y fué oida por todos aun en testimonio del ángel, que le dijo que habia hallado gracia delante del Señor. Ella deseó la salvacion de todos, la pidió con instancias y la obtuvo. ¿Qué mas se quiere? Ella la causó; por lo cual la llamamos la salud del mundo.» Lo mismo dicen S. Agustin (2), S. Fulgencio (3), S. Ireneo, S. Pedro Crisólogo, Sofronio y otros varios (4), y el devoto Dionisio el cartujo no tiene reparo de llamarla la salvadora del mundo (5).

VI. En lo cual es de notar primeramente que aunque el salvador de nuestras almas no tenia necesidad de ninguna ayuda, ni asistencia para concluir la obra de nuestra redencion, como nota gravemente S. Ambrosio despues de David (6), eso no quitó para que dispensase á su santísima madre y amada esposa el honor de asociarla á esta conquista. «Aunque nadie duda, dice muy oportunamente S. Bernardo (7), que Jesucristo era mas que suficiente para este efecto, porque toda nuestra suficiencia proviene de él, con todo no era conveniente para nosotros que él solo echase mano á la obra, sino que interviniesen el uno y el otro sexo en nuestra reparacion, así como habian contribuido los dos á nuestra ruina.» En segundo lugar es de notar que la gracia co-

- | | |
|--|----------------------------------|
| (1) Cap. 26 in Cantie. | (5) De laud. Virg. l. 2, art. 9. |
| (2) Serm. 47 de Nativ. | (6) Epist. ad eccles. vercelens. |
| (3) De laudibus Mariæ. | (7) Serm. in Signum magnum. |
| (4) Suar., t. 2, in 3 part., disp. 49, sec. 4. | |

municada á la bienaventurada virgen María no rebajó en nada la calidad de salvador, singularmente propia de nuestro Señor, sino que no obstante este privilegio de participacion subsiste inalterable lo que dijeron los profetas Isaias y Oseas. «No hay Dios justo, ni salvador sino yo», dice el Señor por boca del primero (1). «Yo soy tu Dios, dice por boca del segundo (2), y no hay salvador sino yo.» «Miré al rededor, vuelve á decir por el mismo Isaias (3), y no había auxiliador: busqué, y no hubo quien ayudase, y me salvó mi brazo, y mi mismo enojo me auxilió.» Es verdad que así como solo es propio de Dios salvar en calidad de causa principal, así no conviene mas que á Jesucristo Dios y hombre satisfacer en rigor de justicia y merecer condignamente, como se dice en las escuelas, la gracia y la gloria al hombre desgraciado; y la Virgen no piensa arrogarse ese mérito, ni yo quiero disputar en su favor. Lo único que aquí hago, es mostrar que su gracia fué tan extraordinaria, sus prendas y sus obras tan relevantes y tan superiores al orden comun, que merecieron que Dios tuviese miramiento á ella en el pacto celebrado con los hombres y se moviese en consideracion á la misma y por la que llamamos congruidad, á recibirlos en su amistad. Este privilegio que no corresponde á nadie mas que á ella, no puede negarse á sus singulares méritos.

§. III.—Primer título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

El primer título es por habernos dado un redentor.

I. De todos los títulos por los cuales mereció la Virgen santísima el nombre y calidad de reparadora del li-

(1) Isai. XLV.
(2) Ose. XIII.

(3) Isai. LXIII.

naje humano, el principal y el que primero ocurre es por habernos dado un reparador y un redentor. «Todos tenemos motivo, dice Sofronio (1), de honrar á aquella á quien somos deudores de nuestra salud, porque concibiendo á su criador que venia del cielo, procuró á la tierra un redentor.» De aquí nace la consecuencia necesaria que sacaba S. Basilio de Seleucia (2); á saber, que no podemos mostrarnos reconocidos á nuestro soberano bienhechor sin protestar por el mismo medio que estamos obligados á aquella de quien le recibimos. «Pues si el hijo de Dios, como decía S. Gregorio de Neocesarea (3), vino á la tierra para reducir los extraviados al buen camino, buscar á los perdidos, iluminar á los ciegos, resucitar á los muertos, restituir la libertad á los esclavos y hacerse todo para todos; debemos todos estos beneficios á la que nos los proporcionó y por cuya intervencion tenemos el goce de ellos.»

II. Esa es la razon por que S. Juan Damasceno la llama francamente (4) la fuente de todas las bendiciones que se han derramado sobre la tierra. Esa es la causa de que todos los santos padres den mil elogios y títulos honoríficos al sagrado vientre que llevó á nuestro libertador. S. Agustin le llama la botica donde se compuso la medicina de nuestra salud de un modo conveniente á las fuerzas y á la disposicion del enfermo (5). Sofronio le da el nombre de huerto cerrado, de donde salió la verdadera fuente de la vida para regar la tierra del corazon humano, que estaba condenado á perpétua sequía (6). S. German de Constantinopla le reconoce (7) por el tabernáculo místico y la sacristia donde el sumo sacerdo-

(1) Epist. de Assumpt.

(2) Orat. de Annuntiat.

(3) Serm. de Annuntiat.

(4) Orat. 4 de dormit. B. V.

(5) Hom. 49 de sanctis.

(6) Epist. de Assumpt.

(7) Orat. de nativ. Virg.

te Jesús se revistió la vestidura de nuestra humanidad para ir á ofrecer á Dios padre el sacrificio expiatorio de nuestros pecados. El ya citado S. Basilio de Seleucia dice (1) que es la cancellería donde quedó cancelada la obligación que habíamos hecho al demonio, y donde como decía Proclo en el concilio de Efeso (2), se firmaron y sellaron los despachos de nuestra rehabilitación y donde la palabra eterna, que antes subsistía solamente en el entendimiento del Padre, fué escrita en el papel con los caracteres de los elementos materiales, según dice Teodoro, obispo de Ancira en la Galacia (3). S. Ildefonso dice que es el gabinete secreto donde se reformó el testamento de Dios en favor de la naturaleza humana (4). S. Efrén sostiene que es el papel divino en que se escribieron los artículos de la abolición de nuestros pecados (5). El bienaventurado Proclo asegura por segunda vez (6) que es el salón régio donde se obró la reconciliación y concordia entre Dios y los hombres. En fin todos van á porfía sobre quién expresará mejor los sentimientos de gratitud de su corazón.

III. Esta es también la razón por que los mismos santos padres bendicen una y mil veces el día de la nati-
vidad de María, el de su concepción y el de la encarnación del hijo de Dios. «En aquel día, dice S. Juan Damasceno hablando del primero (7), se renovaron las alianzas hechas con los hombres: en aquel día vimos cumplidas las profecías: en aquel día se descubrieron los misterios antes escondidos, y los que estaban sepultados en densísimas tinieblas, fueron alumbrados.» «En aquel día, dice el mismo santo doctor hablando del se-

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Orat. de nativ. Domini.

(3) T. 6, conc. ephes., c. 10.

(4) Serm. 1. de Assumpt.

(5) Serm. de laud. Virg.

(6) Serm. de nativ. B. Virg.

(7) Orat. 8 de nativ. B. Virg.

gundo y tercero (1), se hallan el principio, medio y fin, la firmeza y seguridad de todos los bienes á que podemos aspirar jamás.» «En aquel día, dice S. Epifanio (2), la gloriosa Virgen preparó un puerto seguro á los que navegaban en el proceloso mar de este mundo sin saber dónde tomar tierra, ni detenerse.» «En aquel día, dice san Gregorio de Neocesarea (3), el mundo fué renovado y alumbrado con una luz celestial. En aquel día las esperanzas antes invisibles é imperceptibles comenzaron á manifestarse y hacer ver á los mortales unas maravillas que exceden la capacidad de todo entendimiento criado.» «En aquel día, dice el devoto arzobispo de Candia (4), nos vino del cielo un regocijo público que borra todas nuestras miserias pasadas. En aquel día el Dios omnipotente acabó el designio de la creación del mundo, que el enemigo común de los hombres había procurado trastornar. Así la razón quiere que todos tengan parte en el gozo de este día, pues en él se abrió el cielo, la tierra recibió al príncipe del universo, Nazareth se convirtió en un paraíso terrenal, en el mismo instante en que albergó al que en el principio había criado el paraíso: el padre de las misericordias se unió á nuestra naturaleza dándole su propio hijo por esposo, y porque no padeciese nuestro ánimo con la expectación, envió su mensajero á traer las buenas nuevas de la salud esperada.» Oigamos lo que dice á la que ha sido escogida por el cielo para medianera de nuestra salvación. S. German de Constantinopla exclama aquí como un hombre arrebatado de gozo y admiración (5): «¿Quién hubiera creído jamás, ni se hubiera atrevido á esperar que Dios

(1) Orat. 4 de dorm. B. Virg.

(2) Serm. de S. Deipara.

(3) Orat. 4 de Annuntiat.

(4) Orat. de Annuntiat.

(5) Orat. 4. de nativ. Virg.

quisiese hacernos por medio de una mujer tantos bienes como es saltar por cima de todas las leyes de la naturaleza, prendarse de una virgen y unir su incomprendible majestad á una criatura tan vil y baja como el hombre? Oh virgen incomparable, por tu medio vieron y recibieron los pobres los tesoros de la divina bondad. Así es que apenas los vieron, protestaron solemnemente con el real profeta que la tierra estaba llena de las misericordias del Señor. Tú ayudaste á los pecadores á buscar á Dios y los hiciste encontrar la salud, y entonces se vieron obligados á confesar delante del cielo y de la tierra que si no hubiera venido á socorrernos el Verbo divino apiadándose de nosotros y encarnando en tus purísimas entrañas, estábamos perdidos, como que nos hallábamos ya á la orilla del precipicio é íbamos á caer en el infierno.

§. IV.—Segundo título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

El segundo título es por haber ofrecido su hijo á la muerte.

I. Los santos padres no se detienen en este primer título y no pueden consentir que se la llame reparadora solamente por haber dado al mundo el reparador, sino que considerando á la Virgen como madre y esposa del padre del siglo futuro reconocen en ella cierto poder, por el cual junto con un consentimiento libre y resuelto de entregar á su hijo y esposo por nosotros cooperó de una manera especialísima á nuestra salvacion y redencion. Esto me trae á la memoria el hecho referido en el capítulo IV del Exodo, donde se dice que cuando Moisés iba á Egipto con su mujer y sus hijos por mandato expreso de Dios, se le presentó un ángel con espada en mano y amenazó matarle. Viendo Sefora que corría peligro la vida de su marido porque aun no estaba cir-

cuncidado su hijo Eliezer, segun habia ordenado el Señor, cogió una piedra aguda y circuncidó al niño. Hecho esto tiró á los pies de su marido el prepucio ensangrentado y le dijo: «Tú eres para mí un esposo de sangre.» Algunos opinan que la pena de ver á su hijo chorreando sangre le hizo proferir estas palabras; pero otros creen mas probablemente que fueron una expresion cariñosa y que equivalió á decirle: «Amigo mio, sin mí eras perdido; pero yo te he rescatado y te he adquirido á costa de la sangre de este niño inocente.» Sea de esto lo que se quiera, á mí me parece que la Virgen tenia mucho mas motivo para decir á nuestro Señor que era para ella un verdadero esposo de sangre y que tambien ella podia llamarse con justísimo título una esposa de sangre, pues estaba obligada por el decreto eterno de Dios á entregar su hijo y su esposo á la muerte y su matrimonio no podía consumarse sino con efusion de sangre.

II. Para comprender mejor lo que quiero decir, habrá que recordar lo declarado en el capítulo anterior del poder como natural que nuestra señora tenia sobre el Salvador su único esposo, y mucho mas del poder absolutamente natural que tenia sobre él como verdadero y legítimo hijo suyo. A este poder no perjudicaba nada la persona divina del Verbo encarnado, porque así como no rebajaba nada la calidad de madre, tampoco disminuía de ningún modo los derechos maternales, que le conservó siempre el Salvador con todo cariño y sumision. Y no piense alguno atajarme con la respuesta que Jesus dió á su madre en las bodas de Caná diciendo: *Mujer, ¿qué tengo yo contigo* (1)? Porque le pondré delante la autoridad irrecusable de muchos graves doctores, de san Agustin (2), S. Gregorio Niseno (3), S. Gregorio Mag-

(1) Joan. II.

(2) Trat. 49 in Joan. et lib. de fide et symbolo, c. 4.

(3) Orat. in illud dictum

Apostoli: Tunc erit et ipse subjectus etc.

quisiese hacernos por medio de una mujer tantos bienes como es saltar por cima de todas las leyes de la naturaleza, prendarse de una virgen y unir su incomprendible majestad á una criatura tan vil y baja como el hombre? Oh virgen incomparable, por tu medio vieron y recibieron los pobres los tesoros de la divina bondad. Así es que apenas los vieron, protestaron solemnemente con el real profeta que la tierra estaba llena de las misericordias del Señor. Tú ayudaste á los pecadores á buscar á Dios y los hiciste encontrar la salud, y entonces se vieron obligados á confesar delante del cielo y de la tierra que si no hubiera venido á socorrernos el Verbo divino apiadándose de nosotros y encarnando en tus purísimas entrañas, estábamos perdidos, como que nos hallábamos ya á la orilla del precipicio é íbamos á caer en el infierno.

§. IV.—Segundo título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

El segundo título es por haber ofrecido su hijo á la muerte.

I. Los santos padres no se detienen en este primer título y no pueden consentir que se la llame reparadora solamente por haber dado al mundo el reparador, sino que considerando á la Virgen como madre y esposa del padre del siglo futuro reconocen en ella cierto poder, por el cual junto con un consentimiento libre y resuelto de entregar á su hijo y esposo por nosotros cooperó de una manera especialísima á nuestra salvacion y redencion. Esto me trae á la memoria el hecho referido en el capítulo IV del Exodo, donde se dice que cuando Moisés iba á Egipto con su mujer y sus hijos por mandato expreso de Dios, se le presentó un ángel con espada en mano y amenazó matarle. Viendo Sefora que corría peligro la vida de su marido porque aun no estaba cir-

cuncidado su hijo Eliezer, segun habia ordenado el Señor, cogió una piedra aguda y circuncidó al niño. Hecho esto tiró á los pies de su marido el prepucio ensangrentado y le dijo: «Tú eres para mí un esposo de sangre.» Algunos opinan que la pena de ver á su hijo chorreando sangre le hizo proferir estas palabras; pero otros creen mas probablemente que fueron una expresion cariñosa y que equivalió á decirle: «Amigo mio, sin mí eras perdido; pero yo te he rescatado y te he adquirido á costa de la sangre de este niño inocente.» Sea de esto lo que se quiera, á mí me parece que la Virgen tenia mucho mas motivo para decir á nuestro Señor que era para ella un verdadero esposo de sangre y que tambien ella podia llamarse con justísimo título una esposa de sangre, pues estaba obligada por el decreto eterno de Dios á entregar su hijo y su esposo á la muerte y su matrimonio no podía consumarse sino con efusion de sangre.

II. Para comprender mejor lo que quiero decir, habrá que recordar lo declarado en el capítulo anterior del poder como natural que nuestra señora tenia sobre el Salvador su único esposo, y mucho mas del poder absolutamente natural que tenia sobre él como verdadero y legítimo hijo suyo. A este poder no perjudicaba nada la persona divina del Verbo encarnado, porque así como no rebajaba nada la calidad de madre, tampoco disminuía de ningún modo los derechos maternales, que le conservó siempre el Salvador con todo cariño y sumision. Y no piense alguno atajarme con la respuesta que Jesus dió á su madre en las bodas de Caná diciendo: *Mujer, ¿qué tengo yo contigo* (1)? Porque le pondré delante la autoridad irrecusable de muchos graves doctores, de san Agustin (2), S. Gregorio Niseno (3), S. Gregorio Mag-

(1) Joan. II.

(2) Trat. 49 in Joan. et lib. de fide et symbolo, c. 4.

(3) Orat. in illud dictum

Apostoli: Tunc erit et ipse subjectus etc.

no (1), S. Bernardo (2), santo Tomás (3) y otros, que sostienen no haber sido proferidas por el Salvador como reprendiendo ó queriendo sustraerse de la obediencia y respeto debido á su madre, sino por empezar á dar pruebas de su divinidad y hacer ver á los asistentes que el milagro solicitado por su madre dependia absolutamente de la naturaleza divina; en lo cual no estaba sujeto á aquella. Pero en el hecho de que hablamos no es así, porque teniendo en todo rigor de su santa madre la vida que habia de dar, y la naturaleza humana que iba á padecer, ella tenia derecho sobre las dos, y así como nadie podia atentar contra la una ni la otra sin ofender á Maria y vulnerar su derecho, así ofreciendo ella aquella vida divina y aquella sacratísima humanidad daba una cosa que le pertenecia con todo el poder que una madre puede adquirir por naturaleza.

III. En este punto como en todos tuvo una perfecta conformidad en voluntad y afecto con el Padre eterno, de suerte que el padre y la madre de comun acuerdo consintieron en la muerte de su hijo y le entregaron para nuestra reparacion. Por esta consideracion le apropia S. Antonino de Florencia aquellas palabras que dijo S. Pablo de Dios padre: «Ni á su propio hijo perdonó, sino que le entregó por todos á la muerte.» Por el mismo motivo S. Buenaventura le atribuye estas bellas palabras de S. Juan: «De tal manera amó al mundo, que dió su unigénito hijo por nuestra salud.» S. Bernardino le aplica estas palabras de la iglesia: «¡Oh admirable condescendencia de la misericordia del padre y de la madre del bendito Jesus para con nosotros! ¡Oh inefable rasgo de caridad del uno y del otro, que por redi-

(1) Lib. 8, epist. 42.

post Epiphan.

(2) Serm. 1 et 2 dominic. 4

(3) in illud Joan.

mir al esclavo entregaron su propio hijo á la muerte por el sumo amor que nos tenían!» Yo cuantas veces pienso en esto, conozco que se entenece mi corazón con las compasivas palabras que el real profeta pone en boca del Salvador: *Fuí echado en tus brazos desde la matriz* (1); ó segun el texto original: *Yo he sido como un niño expuesto desde el vientre de mi madre*; porque á medida que salia de su seno, me presentó para ser inmolado como una víctima de reconciliacion. Siempre que pienso en esto, quedo absorto por la admirable y santa conformidad de las tres voluntades que causaron nuestra felicidad, el Padre como padre y rey de todas las cosas dando á su hijo, el Hijo como pontífice sumo entrando en el santuario para derramar su sangre y sacrificarse á sí mismo, y la Virgen como madre y esposa entregándole y como sacrificadora presentándole á Dios. Siempre que pienso en esto, se me viene á la imaginacion la alta consideracion de S. Bernardo, el cual asegura (2) que habiendo Dios resuelto redimir el mundo puso el precio del rescate en manos de la santísima Virgen. Esto me hace creer que es muy probable lo que enseñan algunos graves teólogos; á saber, que presupuesto (porque nuestros pensamientos son libres) que el Padre eterno no hubiese tenido voluntad determinada de entregar su hijo á la muerte por librar á los pecadores, el mandato solo de su madre hubiera bastado para hacerle emprender todo lo que hizo por orden de su padre. Con efecto si se meditan bien las palabras de san Bernardo, facilitan mucho la inteligencia del dictámen de algunos, que opinan que la Virgen alentó al Salvador cuando su desamparo absoluto á emprender aquella trabajosa jornada, para que nuestra segunda madre

(1) Salmo XXI.

(2) Serm. in Sign. magn.

reparase completamente las faltas de la primera, y así como esta había inducido el primer hombre á la transgresion del precepto divino y por consiguiente había procurado la ruina de sus hijos, así aquella diese el impulso á nuestra reparacion rememorando al segundo Adam los urgentes motivos que tenia de concluir la obra comenzada.

IV. Ahora como todo este discurso se endereza á ponderar el mérito de la oblacion de la Virgen santísima, para hacerlo con mas peso es de notar que cinco cosas dan precio y valor á una ofrenda; es á saber, la persona que la hace, la que la recibe, la cosa ofrecida; la dificultad que hay para hacerla, y el ahinco que se pone en cumplirla. Todas estas cosas concurrieron en el corazon de María para formar un piélagó de méritos. Empezando por el primero, importa no poco de qué mano viene el presente que se hace: Dios se complació en el sacrificio de Abel y despreció el de Cain. S. Pablo dice (1) que la persona del Salvador fué de tanta consideracion y respeto, que el Padre eterno no pudo desoir sus súplicas. En fin es voz comun de los teólogos que la satisfaccion fué de un precio inestimable y de un mérito infinito. No pienso igualar con él á su madre; pero si me atrevo á decir que era mas agradable á Dios que todas las otras criaturas y por consiguiente que si bien su ofrenda no era de un mérito infinito por su respecto, tenia un precio y valor inestimable.

V. En cuanto á la persona que recibió la ofrenda, puedo decir en dos palabras y con toda verdad que en esto no tuvo menos ventaja que su hijo, porque la presentó al eterno Padre, á quien se ofreció en sacrificio Jesucristo. Lo mismo digo de la ofrenda, porque la del

(1) Ad hebr. V.

hijo y la de la madre era la misma, á saber, la vida del cordero sin mancha, que tenia un precio infinito por cuanto no subsistia sino en la persona divina, que la hacia infinitamente agradable á Dios. En cuanto á la dificultad que hubo para este acto, lo dejo para el párrafo siguiente: solo ruego al devoto lector que oiga de paso á tres hijos de los mas queridos de la Virgen, á quienes se les parte el corazon cuando contemplan que tiene que consentir en la muerte de tal hijo. Meditando S. Bernardo sobre los dos pichones que Maria ofreció por su hijo en el dia de la Purificacion, dice así (1): «A mi me parece que esta ofrenda es bastante delicada, porque no se trata mas que de llevarle al templo y redimirle con dos aves de infimo precio; pero tengamos un poco de paciencia, porque llegará tiempo en que esa madre afligida no padezca por ofrecerle en el templo por mano del anciano Simeon, sino que será llevado fuera de la ciudad para ser inmolado en la cruz. Allí fué redimido con dinero; aquí redimirá á los otros con el precio de su sangre: el primer sacrificio fué el de la mañana; el segundo será sangriento y el sacrificio de la tarde.» Arnulfo de Chartres, amigo íntimo del mismo S. Bernardo, dice poco; pero sus palabras son muy acertadas. «No eran voluntades, dice (2), ni dos sacrificios el del hijo y el de la madre, sino que ofrecian á Dios el mismo holocausto, dando el uno la sangre de sus venas y el otro la de su corazon; lo cual me hace creer que tuvieron tambien un mismo efecto, á saber, la salud del mundo.» «No hay duda ninguna, añade S. Buenaventura (3), de que la Virgen santísima quiso entregar su hijo por nuestra salvacion y que conformó en todo y por todo su voluntad y

(1) Serm. 3 de Purificat.

(3) In 1 dist. 48, q. 2.

(2) De laudibus Mariæ.

afecto con los del Padre y el Hijo. Esta caridad no ha de tocarse ligeramente; pero sería mucho mas conveniente considerar el honor y amor que merece de nosotros por haber ofrecido tan francamente su hijo á la muerte: ella se hubiera alegrado de redimirle sufriendo todos los tormentos de su dolorosísima pasión (1).

VI. Pasemos al último capítulo, que es la generosidad y alegría con que la Virgen acompañó su sacrificio. Para comprenderlo habria que comprender la capacidad de su noble corazón, porque no hay duda que ella le ofreció con toda la grandeza de sus afectos. «Nunca nos amará nadie tan ardientemente, dice el citado S. Buenaventura (2), como esta señora, que queriendo á su hijo con un amor inestimable y mas sin comparacion que se amaba ella á sí misma, le entregó por nosotros á la muerte.» Cuenta santa Matilde en su libro de la gracia divina que un dia vió ir á un serafín á saludar á la santísima madre de Dios y postrarse á los pies de ella tributándole este homenaje en memoria del amor que habia abrasado su pecho, y de que habia dado prueba venciendo toda especie de afectos humanos y naturales, permaneciendo firme é inmóvil con Dios solo entre el duelo y conmocion de todas las criaturas y viendo con gozo á su hijo padecer el doloroso martirio de la cruz.

(1) Adición de la madre María J. Blemur. — «Ella estaba de pie junto á la cruz: atormentábase un extremo dolor; pero ella le moderaba de suerte, que no manifestaba mas que grandeza y fortaleza. Por esto dice S. Ambrosio que María llenó siempre perfectamente su dignidad y que en Jesús agonizante no tanto miraba la muerte

de su hijo, cuanto la salvacion del mundo, por el cual daba ella una vida que le correspondia por tantos títulos, una vida que le era mas cara que la suya propia. Así fué adornada de la fortaleza y caridad de los mártires y dió mas que su vida ofreciendo la de su hijo y esposo.»

(2) Serm. 4 de B. Virg.

VII. El devoto Gerson considera (1) que la Virgen entonaba entonces interiormente un cántico que él llama canticordio, viendo padecer por nuestra salud al amado de sus entrañas y al único objeto de sus ansias y ofreciéndole con un gozo de espíritu que vencía las angustias de la carne, por cumplir á la letra lo que dice la Escritura: que Dios tiene por agradable el presente que se le ofrece con un corazón gozoso. Lo mismo dice el docto Abulense (2) observando que la Virgen cuando la pasión de su hijo era movida de un afecto indecible á buscar nuestra salvacion por la abrasada caridad de que el Espíritu Santo habia inflamado su corazón; de suerte que viéndole padecer recibía un consuelo inefable, porque por este medio llegaba mas allá de sus deseos. Por otra parte sin embargo tenía el corazón traspasado de la agudísima espada del dolor sintiendo en lo vivo lo que padecía aquel inocente cordero, á quien habia criado y á quien amaba mil veces mas que á su propia vida; de modo que al mismo tiempo experimentaba en su alma un raptó de alegría que no se puede expresar, con una tristeza que excede la capacidad de todo entendimiento criado. Así como en la Armenia el río Tigris atraviesa con tanta fuerza el lago de Aretusa, que rompe la presa y pasa adelante, pero sin confundir sus aguas con las del lago; de la misma manera el esfuerzo del consuelo que la Virgen recibía por la libertad de los hombres, levantaba extraordinariamente su espíritu; pero sin alterar ó minorar en nada el dolor que sentía por aquella muerte; ó mejor dicho, á la manera que en el monte Olimpo la cumbre está tranquila y serena, mientras que en la falda caen escarchas, relampaguea y true-

(1) In Canticordio, tit. 2. (2) In c. IX Deuter. quæst. 4. part. 3 Alphab.

na y descargan ricas tormentas, así sucedía en el alma de aquella santa señora, cuya parte superior, enteramente unida á la voluntad de Dios, gozaba de una quietud y contento inefables, aun cuando la parte sensible estaba abismada en las turbaciones y amarguras de la muerte. Pero no nos toca á nosotros saber lo que son tales angustias: eso conviene solamente á la madre de Dios y á su querido hijo, el cual entre los dolores y tormentos de su muerte estaba como anegado en un gozo tan abundante, que hollaba los desprecios, los improperios, las penas y los suplicios.

VIII. Y si la madre de los Macabeos, si las santas Felicitas y Sinfórosa, madre cada una de siete hijos mártires, si las de S. Meliton, S. Sinforiano, S. Mayorico, san Barula y otras tuvieron valor no solo para ver con ojos enjutos la muerte de sus hijos, sino para animarlos al combate con su varonil continente y sus ardientes discursos; ¿no sería una especie de impiedad dudar de la constancia y resolución de la madre de Dios? Si el patriarca Abraham mereció con los elogios de toda la posteridad que se conservase inmortal su memoria en los archivos del Espíritu Santo por el acto heroico de haber intentado el sacrificio de su hijo; ¿qué diremos de aquella que excede en grandeza al antiguo patriarca, mas sin comparacion que este superó á los hombres flacos y tímidos?

IX. Pero á propósito del sacrificio de Abraham mi mente me sugiere dos ó tres consideraciones, que no son impertinentes. La primera es que se movió una disputa sobre saber quién mostró mas valor y tuvo mas mérito delante de Dios, si Abraham que quiso sacrificar á su hijo, ó Isaac que se dejó atar y se presentó libremente á ser víctima. Los que propusieron esta cuestion, la decidían en favor del anciano padre por va-

rias razones (1). La primera, porque Abraham quería mas la vida de su hijo que la suya propia tanto por haberle sido dado de una manera milagrosa en su vejez como por ser el único de su amada Sara y el mozo de mejor indole de la tierra. La segunda, porque él penetraba mas que su hijo la importancia de su vida, como que de ella dependía el cumplimiento de todas las promesas que le habia hecho Dios. La tercera, porque durante tres dias y tres noches habia tenido presente la imágen cruel de aquella muerte sin serle posible apartar el pensamiento de tan doloroso objeto. La cuarta por las graves tentaciones que habia padecido, habiéndose rebelado muchas veces la naturaleza contra la resolución del espíritu; y como observan algunos doctores hebreos, se le apareció el diablo en figura humana para disuadirle de la bárbara crueldad (asi la llamaba él) que iba á cometer; con lo que quieren concordar algunos estas palabras de S. Pablo en su epístola á los hebreos: Por la fé ofreció Abraham á Isaac cuando fué probado (2). Inocente Isaac, la risa de tus padres, dulce Jesus, verdadera víctima que fuiste ofrecida por nuestros pecados, tu santa madre está bien distante de querer disputar contigo la ventaja del mérito de tu muerte y de la firmeza de tu resolución; así no es mi ánimo poner en parangon tus méritos con los suyos: yo los venero como infinitos y emanados de una persona divina; pero pues tú solo conoces hasta dónde llegaron el valor y el mérito de tu desconsolada madre, creo llevarás á bien que yo pregone en todas partes que el mundo no vió jamás tal firmeza; que todos los ángeles quedaron absortos; y que nunca el Padre celestial aceptó nada de mejor gana despues de la

(1) Perer., Genes., XXII disputat. 15.

(2) Cap. XI.

ofrenda que tú hiciste de tí mismo, que la confianza de ese corazón diamantino, que se mantuvo imperturbable en medio de las borrascas producidas en él por tu muerte.

X. En segundo lugar se pregunta por qué Dios detuvo á Abraham y no dejó que consumara el sacrificio. Entre muchas razones que algunos ingenios eximios aducen, el elocuente S. Ambrosio toca, aunque de paso, una (1) muy digna de consideracion; á saber, que la voluntad de inmolar un hijo por un motivo de piedad y religion es tan superior á la capacidad ordinaria de la criatura, que Dios quiso reservarse esa gloria con exclusion de otro cualquiera. Pero aquí como en todo lo demás hay que exceptuar siempre á la Virgen santísima, que es singular en todos sus privilegios, porque habiéndole Dios hecho la gracia de tener un mismo hijo con él, ¿por qué habia de tener dificultad en unir el consentimiento de su madre con el suyo, para que el don que hacia al mundo, fuese en todos puntos completo y acompañado de la conformidad de dos voluntades, de que dependia aquel presente singular? Por mí estoy tan lejos de dudarlo, que al contrario me persuado absolutamente con muchos autores graves á que mediando una señal nada mas de la voluntad de Dios, habria tenido ella mas valor sin comparacion que Abraham, habria estado pronta á cumplir el decreto de Dios acerca de su hijo no obstante el tormento de su corazón, y hasta el último aliento habria perseverado en todos los deberes y servicios que hubiese deseado Dios de ella: tan cara le era nuestra salvacion y el cumplimiento de la voluntad divina. Conciba quien pueda una cosa mas grande y noble: yo me abismo en la capacidad de este corazón, y me parece que no puede ir mas allá el de un

(1) De Abraham, cap. 8.

simple criatura. Bien sé que el mismo S. Ambrosio apunta en otro lugar otra consideracion (1); por qué Dios detuvo el brazo de su siervo Abraham mas bien que el de Jefe: pero la omito, porque no hace á mi intento.

XI. Alguno pudiera preguntar en tercer lugar por qué habiendo Abraham inmolido á su hijo solamente con la voluntad, Dios se creyó tan obligado al sincero y ardiente amor del patriarca, que no parece sino que le faltaban el poder y los medios para premiarle como deseaba. Le prometió la victoria de sus enemigos, una descendencia mas dilatada que las estrellas del cielo y las arenas del mar y que de su linaje naceria el que habia de ensalzarla infinito, esto es, el Mesias esperado; por último una bendicion acompañada de toda la dicha imaginable así para él como para los suyos; y todavia parece no quedar satisfecho de sí mismo: tanto se habia complacido con aquel rasgo de fidelidad, obediencia y amor. Siendo esto así, ¿quién nos dirá lo que mereció delante de Dios el sacrificio de la virgen Maria, distinguido con todas las circunstancias de que he discurrido hasta aquí? ¿Qué debió de hacer en pago de tal acto el que no se dejó vencer nunca en liberalidad y fidelidad? ¿Juzgareis acaso que ponderan demasiado los que afirman haberse hecho tan agradable á Dios, que sin hablar de lo que le fué concedido para ella misma, mereció por congruencia para nosotros lo que el Salvador llevó por justicia y condignidad (2)? Veo que este punto vendrá mas á propósito en el discurso siguiente.

(1) De virgin., l. 9. núm. 215 etc.

(2) Salazar cap. 8 Proverb.

ofrenda que tú hiciste de tí mismo, que la confianza de ese corazón diamantino, que se mantuvo imperturbable en medio de las borrascas producidas en él por tu muerte.

X. En segundo lugar se pregunta por qué Dios detuvo á Abraham y no dejó que consumara el sacrificio. Entre muchas razones que algunos ingenios eximios aducen, el elocuente S. Ambrosio toca, aunque de paso, una (1) muy digna de consideracion; á saber, que la voluntad de inmolar un hijo por un motivo de piedad y religion es tan superior á la capacidad ordinaria de la criatura, que Dios quiso reservarse esa gloria con exclusion de otro cualquiera. Pero aquí como en todo lo demás hay que exceptuar siempre á la Virgen santísima, que es singular en todos sus privilegios, porque habiéndole Dios hecho la gracia de tener un mismo hijo con él, ¿por qué habia de tener dificultad en unir el consentimiento de su madre con el suyo, para que el don que hacia al mundo, fuese en todos puntos completo y acompañado de la conformidad de dos voluntades, de que dependia aquel presente singular? Por mí estoy tan lejos de dudarlo, que al contrario me persuado absolutamente con muchos autores graves á que mediando una señal nada mas de la voluntad de Dios, habria tenido ella mas valor sin comparacion que Abraham, habria estado pronta á cumplir el decreto de Dios acerca de su hijo no obstante el tormento de su corazón, y hasta el último aliento habria perseverado en todos los deberes y servicios que hubiese deseado Dios de ella: tan cara le era nuestra salvacion y el cumplimiento de la voluntad divina. Conciba quien pueda una cosa mas grande y noble: yo me abismo en la capacidad de este corazón, y me parece que no puede ir mas allá el de un

(1) De Abraham, cap. 8.

simple criatura. Bien sé que el mismo S. Ambrosio apunta en otro lugar otra consideracion (1); por qué Dios detuvo el brazo de su siervo Abraham mas bien que el de Jefe: pero la omito, porque no hace á mi intento.

XI. Alguno pudiera preguntar en tercer lugar por qué habiendo Abraham inmolido á su hijo solamente con la voluntad, Dios se creyó tan obligado al sincero y ardiente amor del patriarca, que no parece sino que le faltaban el poder y los medios para premiarle como deseaba. Le prometió la victoria de sus enemigos, una descendencia mas dilatada que las estrellas del cielo y las arenas del mar y que de su linaje naceria el que habia de ensalzarla infinito, esto es, el Mesias esperado; por último una bendicion acompañada de toda la dicha imaginable así para él como para los suyos; y todavía parece no quedar satisfecho de sí mismo: tanto se habia complacido con aquel rasgo de fidelidad, obediencia y amor. Siendo esto así, ¿quién nos dirá lo que mereció delante de Dios el sacrificio de la virgen Maria, distinguido con todas las circunstancias de que he discurrido hasta aquí? ¿Qué debió de hacer en pago de tal acto el que no se dejó vencer nunca en liberalidad y fidelidad? ¿Juzgareis acaso que ponderan demasiado los que afirman haberse hecho tan agradable á Dios, que sin hablar de lo que le fué concedido para ella misma, mereció por congruencia para nosotros lo que el Salvador llevó por justicia y condignidad (2)? Veo que este punto vendrá mas á propósito en el discurso siguiente.

(1) De virgin., l. 9. núm. 215 etc.

(2) Salazar cap. 8 Proverb.

§. V.—Tercer título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

El tercer título es por haber padecido con su hijo.

I. Algunos escritores han notado que el rey Salomon mandó hacer una corona de oro con flor de lis, entrelazada con un cerco de espinas de la India y al rededor este mote: *Victoria del amor*. La reina de Sabá Makeda (que así la llaman los rabinos) entre otras infinitas preguntas quiso saber la interpretación de aquel lema, y el sabio monarca respondió que por la flor de lis era representada una virgen celestial que había de salir de su linaje y parir al rey de los reyes, el cual amaría tanto á su pueblo, que daría su vida por él, y que en lugar de oro sería coronado de espinas que le harían triunfar de la muerte: que él desde luego honraba con aquella corona la venida del Mesías, la que sería una victoria de amor, pues por amor se había de entregar á la muerte por los suyos. Es verdad que nadie mereció mejor llevar la corona de amor que el príncipe y Dios de amor. Mas pues su santa madre y casta esposa es también la princesa de amor y dolor como él y tiene tan buena parte en las victorias de su hijo y esposo; espero que á nadie parecerá mal que yo le labre una, tejida de sus extraordinarios dolores y de sus méritos incomparables: porque si el sacrificio que el rey y sumo sacerdote Jesus ofreció en el altar de la cruz, fué un sacrificio de voluntad y de obra, de alma y de cuerpo, de espíritu y de sangre juntamente, también lo fué el de la Virgen, pues no se contentó con ofrecer su querido Isaac á la muerte, sino que quiso padecer con él por nuestra salvación, uniendo no solo su voluntad á la de su hijo y esposo, sino también sus propios trabajos y su cruz á la cruz y á los trabajos de su hijo. Este es el ter-

cer título que le valió el glorioso nombre de reparadora; título que trataré de representar imitando á los matemáticos, los cuales por no poder hacer concebir de un golpe la inmensidad del empireo se valen de ciertas presuposiciones y proposiciones, con cuyo medio dan algun conocimiento de su grandeza: de la misma manera no teniendo yo modo de declarar en pocas palabras lo que la Virgen padeció, tomaré diversas medidas que me ayudarán á formar algun concepto de sus imponderables dolores.

II. La primera se tomará del alma de la misma Virgen, que fué como el teatro del martirio que sufrió; porque así como las heridas del alma son mucho mas peligrosas que las del cuerpo, así los dolores del espíritu son sin comparación mas agudos que todos los del cuerpo. Bien lo saben los que lo han probado: los que no, nunca podrán imaginar lo que es. S. Paulino, obispo de Nola, escribiendo á S. Agustin (1), le preguntaba si la espada de dolor que había traspasado el alma de la Virgen madre segun la profecía de Simeon, era este dolor interior de que hablamos, así como era el hierro que David decia (2) haber atravesado el alma del casto José. S. Agustin respondió al punto que sí (3) y que por su parte no conocia otra espada que la que segun dicho de S. Pablo causa la división del alma y del espíritu (4) y penetra hasta la medula de los afectos mas sensibles. Habiéndose engolfado S. Anselmo un dia en esta consideración hablaba así á la Virgen, verdadera imagen de aflicción (5): «Verdaderamente la espada de dolor traspasó tu alma, oh santa señora, y fué mas cruel para tí que to-

(1) Epist. 58 inter epist.
S. August.

(2) Salmo CIV.

(3) Epist. 59.

(4) Ad hebr. IV.

(5) De excellent. Virg., c. 5.

das las penas que pudiera haber sentido tu cuerpo. Creo firmemente que todo el rigor de los tormentos de los santos mártires fué ligero en comparacion de tus dolores, los cuales de tal modo penetraron en lo íntimo de tu alma y llenaron la capacidad de tu corazon, que no hubieras soportado esta pesada cruz sin morir, si no te hubiese fortalecido el espíritu de vida y consuelo, es decir, el espíritu de tu amado hijo, por quien padecias, dándote á conocer que aquella borrasca pasaria pronto, y que aquel aparato de crueldad se convertiria en un triunfo glorioso. » El ángel que instruía á santa Brigida, le dijo un dia lo mismo, y aseguró que no era una de las menores maravillas de la omnipotencia del Salvador el haber sostenido con vida á su madre en medio de tan atroces tormentos. Mas así como la antigua ley prescribia (1) que el sacerdote tomase dos palomas (de este modo las llama S. Macario (2) en vez de que nosotros leemos dos pájaros) y las ofreciese á Dios en sacrificio por el leproso, degollando la una y tiñendo la otra con la sangre de la degollada; de la misma manera de las dos castas palomas ofrecidas en sacrificio en el Calvario para curar la lepra del pecador, Dios se contentó con que muriese la una mientras la otra al pie del altar, bañada en la sangre de la que espiraba, sentia partirsele el corazon de dolor y se preparaba á pasar lo restante de su vida en llantos y gemidos.

III. Saco la segunda medida del conocimiento que la Virgen tenia de su hijo, porque en materia de penas el vigor y lozanía del entendimiento no sirve mas que para agravarlas; al contrario un entendimiento romo contribuye mucho á embotar lo agudo del dolor, especialmente si el motivo de este es espiritual. Ahora teniendo

(1) Levit. XIV.

(2) Homil. 47.

la Virgen el entendimiento mas vivo y perspicaz que ha habido nunca despues del de su hijo, y mas conocimiento de la dignidad de su persona, del indigno atentado que se cometió contra el rey del cielo, y de la suma ingratitud de los hombres, es indecible hasta dónde llegó la fuerza del dolor causado por la viva representacion de todas estas consideraciones.

IV. La tercera se sacará del amor que tenia á su querido hijo, porque una de las reglas principales del dolor es el amor. El que ama con pasion una cosa, no puede menos sentir vehementemente la pérdida de ella: es imposible ver padecer al objeto amado sin tener traspasado el corazon; y cuanto mayor es el amor, mas sensible es la pena. Como ya he hablado en diversas ocasiones del amor que tenia á su hijo Maria santísima, me contentaré con decir con Sofronio (1) que nunca hubo un dolor igual, así como no hubo jamás un amor semejante al suyo. De tal manera embargó el dolor el alma de la Virgen, que podemos decir con Jeremias (2) que llevó el luto de su único hijo y sintió mas los tormentos y la muerte del amado de su alma que todas las madres del mundo, porque amó mas á su hijo que todas estas juntas á los suyos.

V. La cuarta y principal será la magnitud de las penas y la amargura de la pasion del Salvador, porque como dice muy bien S. Bernardo, las llagas de Cristo moribundo eran las heridas de la madre dolorosa. Y en otra parte se expresa así (3): «¿Creerá alguno que el hijo pudiese morir en el cuerpo, sin que su madre muriera en el alma, y que la caridad que no tiene igual, pudiera causar tantos tormentos al hijo sin tener la madre la me-

(1) Epist. de Assumpt.

(2) Jerem. VI.

(3) Serm. in Signum magnum.

por parte en ellos?» Yo he agradecido siempre á los pintores y escultores que nos hayan representado á Jesus y Maria en una misma cruz, queriendo significar con esto que su pincel y cincel no podian expresar el martirio espiritual de la madre; pero que bien considerado, los dos sufrían el mismo tormento y estaban clavados en la misma cruz. A la manera que vemos, dice el papa S. Gregorio (1), que en los instrumentos de música están de tal suerte afinadas ciertas cuerdas, que cuando se pulsa la una, suena la otra sin tocarla, así el alma de la Virgen estaba tan en armonía con la de su hijo, que sentía todo lo que este padecía. Las espinas que traspasaban la adorable cabeza del Salvador, daban en medio del alma de la Virgen: los azotes que descargaban los sayones sobre el hijo, herían el corazón de la madre: los clavos de pies y manos horadaban su espíritu: la lanza que atravesaba el costado del Redentor difunto sin causarle dolor, rasgaba el pecho de la angustiada madre; y en la cruz donde estaba pendiente el cuerpo del uno, estaba clavada el alma del otro; de suerte que no recibía el hijo ningun golpe por leve que fuese, que no penetrara hasta el alma de la madre. María santísima declaró á santa Brígida lo que decimos, por medio de una excelente comparación. A la manera que si uno tuviese la mitad del corazón fuera del cuerpo y la otra mitad dentro, el que punzase aquella, causaría un vivísimo dolor á esta, ó mas bien sería uno mismo el dolor de ambas; así padeciendo en lo exterior mi hijo único, que era como mi corazón, era imposible que yo no lo sintiese vivamente en lo interior. Añadía que al modo que las partes mas inmediatas al corazón reciben mas fácilmente sus impresiones y le comu-

(1) Moral., l. 4, c. 5.

nican las suyas, así tambien como su hijo le tocaba tan de cerca, los dolores que sufría, se grababan en lo íntimo del alma de ella, y de su corazón salían continuamente torrentes de amargura lo mismo que corría la sangre de las venas de su hijo. Por otra parte este sufría mucho mas por los dolores de su madre que por sus propios tormentos, y el martirio de la madre era mayor por lo que veía padecer á su hijo, que por lo que ella misma padecía. Las penas de María, echadas digámoslo así en el horno de los dolores del Salvador, se encendían mas renovando todas sus heridas. Angeles de paz, qué arroyos de lágrimas derramásteis entonces viendo que de un instante á otro el fuego tomaba incremento en aquellos dos pechos sin poderle apagar con el agua de vuestros ojos! ¿Cuáles serían vuestros sentimientos, cuando veiais que la madre y el hijo iban como á porfía sobre quién padecería mas, salvo en todo la ventaja de los actos infinitos del Salvador?

VI. La quinta medida puede tomarse de la grandeza de su deseo, porque como observan S. Ambrosio (1), san Agustin (2) y S. Idefonso (3), ella no solo no temía los suplicios y la muerte, sino que la hubiera tenido por singular merced, y es increíble lo que padecía por verse privada de esta esperanza. El devoto Arnulfo de Chartres lo dice en términos tan magníficos, que parece imposible hacerlo mejor. «Ella moría, dice (4), sin poder morir, y lo que es mas, se forzaba de tal suerte, que su semblante era muy diferente de su corazón. La cruz de su alma y el suplicio de su espíritu, que era el altar donde presentaba una hostia viva y un sacrificio agradable, era conocido de Dios solo y de su conciencia. Allí

(1) De instit. virgin., c. 7.

(2) Confes., c. 6.

(3) Serm. 2 de Assumpt.

(4) Tract. de illis verbis Christi in cruce: *Mulier, ecce filius tuus.*

ella misma servia de víctima, levantaba la hoguera y encendia la lumbre; de suerte que se veian erigidos dos altares, el uno en el corazon de María y el otro en el de Jesus, este inmolando su cuerpo y aquella sacrificando su alma. Dios sabe si ella habria deseado derramar la sangre de sus venas y la de su corazon con su hijo y ofrecer con él el sacrificio de la tarde, extendidas las manos en la misma cruz y clavadas con los mismos clavos, terminando de este modo el misterio de nuestra salud; pero ese era el privilegio del sumo sacerdote, al cual solo correspondia entrar en el santuario con la sangre, sin que nadie pudiese pretender tal prerogativa, aunque fuera ángel, hombre ú otra criatura. Sin embargo no dejaba María de cooperar con Jesus á su manera, y el Salvador presentaba juntamente al Padre eterno sus propios méritos y sus deseos con los de su amada madre. Todo lo que ella pedia, era aprobado por el Hijo y otorgado por el Padre: el Padre amaba al Hijo y el Hijo reciprocamente al Padre; y despues de estos dos amores se seguia inmediatamente el de la madre hácia los dos; de suerte que no era mas que un mismo deseo nacido de diversas voluntades: el Padre bondadoso, el Hijo compasivo y la madre teniendo una intencion nada mas; la bondad, la compasion y la caridad se mantenian abrazadas las tres; la madre suplicando, el Hijo presentando las súplicas y el Padre otorgando; el Hijo poniendo los ojos en el seno de su dulce madre y el Padre en la cruz y en las llagas de su hijo. ¿Qué cosa hay en el mundo por grande que sea, que pudiera negarse á unas prendas tan queridas y preciosas? No añadamos nada á estas palabras por no rebajar su valor.

VII. La sexta y última medida se toma de la duracion de este martirio de espíritu. El abad Ruperto hace hablar así á la Virgen santísima: «No os imagineis que mi martirio se redujo al poco tiempo que ví á mi hijo insul-

tado, befado, abofeteado, coronado de espinas, crucificado, abrevado de hiel y vinagre y encerrado despues de su muerte en el sepulcro. Verdaderamente entonces la espada de dolor traspasó mi alma; pero habia sido introducida mucho tiempo antes, porque estando dotada del espíritu de profecia desde que fui hecha madre suya, conocí lo que tenia él que padecer; de suerte que desde entonces llevándole en mis entrañas, estrechándole en mis brazos, dándole de mamar y acariciándole tenia continuamente presente su pasion y muerte: por aquí es fácil conocer cuánto tiempo fui la madre de dolor.» La misma señora manifestó un dia á santa Brigida que sus penas no habian acabado con la muerte de su hijo, sino que en todo el tiempo que le sobrevivió, visitando muy á menudo los santos lugares en los alrededores de Jerusalem habia renovado continuamente la memoria de aquel aciago dia y refrescado las heridas recibidas allí. Otra vez el ángel que instruía á aquella santa viuda, le dijo que no sin motivo era comparada la madre de Dios á una rosa y que por esta figura se significaba que creciendo entre las espinas, á medida que adelantaba en edad, las espinas de al redor se hacian mas fuertes y duras y la punzaban mas ásperamente. Con esto concuerda lo que la misma madre de Dios manifestó un dia á santa Isabel de Hungria segun testimonio de S. Buenaventura. «Hablando familiarmente nuestra señora, dice el santo (1), á una virtuosa viuda le dijo estas palabras: «Hija mia, acaso crees tú que recibí sin trabajo todas las gracias que me hizo Dios; pero te engañas, porque excepto la gracia de mi primera santificacion te aseguro que nunca recibí ninguna merced de Dios sino con mucho trabajo, oracion continua, ardientes suspiros, profunda

(1) Meditat. vitæ Christi, c. 3.

devocion, muchas lágrimas y gran afliccion de espíritu, ocupándome sin descanso como podia en lo que juzgaba serle agradable.» Dijole tambien: «ten por seguro, hija mia, que ninguna gracia baja al alma sino por el conducto de la oracion y de la mortificacion corporal.» Con esto concuerda además lo que la misma señora dijo á santa Matilde: que Dios la habia ejercitado con muchas tribulaciones; pero que ella las habia sufrido con gran humildad y sin aparentarlo en lo exterior.

VIII. Considerando algunos doctores lo arriba dicho y pesando estas razones en el peso del santuario dicen que los dolores de María santísima excedieron con mucho los del parto ordinario de las mujeres, y S. Juan Damasceno (1) y S. Bernardo (2) observan que Dios que la habia preservado de los dolores cuando parió al Salvador, se los dió con usura al pie de la cruz y la hizo sufrir trabajos mucho mas duros que los que hubiera padecido entonces, siendo despedazadas sus entrañas y su corazon por la fuerza de la espada del dolor. S. Bernardo añade que ninguna comparacion puede expresar lo que padeció la Virgen, y que no puede decirse otra cosa sino que se afligió tanto como convenia se afligiese tal madre por la pérdida de tal hijo. El fiel siervo de María S. Bernardino dice (3), que el dolor de esta señora fué tan extremado, que aunque se repartiera por igual entre todas las criaturas capaces de sentirle, sería bastante para matarlas á todas. De donde resulta que por un milagro conservó María la vida en medio de la violencia incomparable de tantos tormentos. Así es que los santos padres no tienen dificultad en llamarla mártir. Pero ¿qué digo mártir? S. Efren la apellida el honor de

(1) De fide, l. 4, c. 45.

(2) In lament. B. Virg.

(3) Tom. 1, serm. 64, art. 3.

c. 2.

los mártires (1); Sofronio (2), S. Ildefonso (3) y S. Bernardo (4) mas que mártir; y la iglesia universal le da el título de reina de los mártires (5).

IX. De cuanto he discurrido hasta aquí, saco por primera consecuencia con preclaros doctores que considerada la excelencia de la Virgen santísima, que ofreció su hijo por nuestro rescate, el amor y la magnanimidad con que le ofreció, la calidad de su presente, sus extremadas penas y tormentos, la union que tenian con los del Salvador, que las presentó él mismo en la cruz para nuestra salvacion juntamente con las suyas, y la complacencia que el Padre eterno tuvo en ellas, no rebajamos de ningún modo la calidad de salvador, ni hacemos agravio á la alteza de tal empresa, cuando decimos que María mereció con su hijo, aunque en un grado muy inferior, la reparacion del linaje humano con toda la serie de gracias incluidas en la mediacion de nuestra salud y que para este efecto fué prevenida con tantas bendiciones, acompañada de tantas gracias, favorecida con tantas mercedes y distinguida con tantas prerogativas como ya hemos visto. S. Anselmo lo dice clara y terminantemente (6): «Por la purísima santidad y por la santísima pureza de su bondadosísimo corazon mereció ser la digna reparadora del mundo que estaba perdido.» Y mas adelante: «Ella sola mereció entre todas las demás ser la medianera de tantos beneficios.» S. Bernardino de Sena, aplicándole aquellas palabras del Eclesiastés: «que todos los rios desaguan en el mar sin que este rebose;» dice que el mar inmenso de gracias de María no sale de

(1) Orat. de Deipara.

(2) Serm. 4 de Assumpt.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Serm. in Signum magnum.

(5) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota D.

(6) De excellent. Virg., c. 9.

sus límites sino para distribuir sus favores á todos los hijos de gracia y salvacion (1); consecuencia casi necesaria del título de reparadora y que se comprobará mucho mejor en el capítulo X, cuando yo haga ver que Dios no comunica á los hombres ninguna gracia que no pase por las manos de María.

X. En segundo lugar colijo que Dios solo conoce perfectamente la magnitud de este beneficio y hasta qué grado de gloria ensalzó á la Virgen santísima. El ya citado S. Anselmo, averiguando las razones por qué Dios no empleó algun serafin en la reparacion del hombre, dice (2) muy oportunamente que además de que faltaba mucho para que tuviese bastantes facultades para semejante empresa, que requería un poder infinito, mediaba otra consideracion; á saber, que si Dios hubiera hecho este honor á un espíritu criado, por necesidad tenia que partir con él su gloria, y siendo el criador del hombre dejar llevar á otro el glorioso título de redentor; de consiguiente el hombre tendria tambien su amor dividido dando una parte al que le habia criado, y reservando la mejor al que le habia vuelto á criar y le habia redimido; division muy ajena de la grandeza de Dios y de la inclinacion que tiene de poseer únicamente el corazón y el amor de su criatura. Esta consideracion está muy fundada en las verdades de la sagrada escritura y en la experiencia que tenemos del gobierno ordinario de Dios, y es no menos excelente para que comprendamos la estimacion que hace de la Virgen santísima. Con efecto lo que él no hubiera querido nunca dividir con otra criatura, lo comunicó á la madre y esposa de su hijo, y puso en las sienes de ella la corona de reparadora, que es

(1) Tom. 3, serm. 6., art. 3, (2) Lib. 1 Deus homo, cap. 5. c. 4.

la mayor gloria de que sea capaz una criatura. Entiendo siempre despues de la de madre de Dios, porque esta es la única que suspende mi admiracion respecto de todo lo demás, pues me parece que no hay que maravillarse de ninguna gracia que haga el Señor á aquella á quien sujetó su propio hijo, igual en todo y consustancial á él. Despues de este extremo de caridad habiendo sido hecha la Virgen como doméstica de la santísima Trinidad, el Padre no estima mas que lo que otorga á esa su hija; el Hijo igualmente le quiere todo el bien y honor de que ella es capaz; y el Espíritu Santo discurre todas las industrias posibles para ensalzarla. Asi será honrada aquella á quien se sirviere Dios ensalzar.

§ VI.—La suma dificultad que habia para la reparacion de los hombres.

I. Dios mio, ¡qué fácil es al hombre perderlo todo! Pero ¡qué difícil de reparar es esta pérdida! Mas pronto se pierde un hombre que se derrama un vaso de agua ó se rompe una vasija de cristal; pero mas pronto se recogeria hasta la última gota de aquella agua y se restituiria la primera forma al vaso que reformarse el hombre á si mismo. ¿Qué cosa mas pronta que el bocado que Adam dió á la manzana? Pero tampoco ha habido un delito castigado mas severamente y por mas largo tiempo. Me parece necesario este discurso para juzgar bien del título de reparadora y para apreciar como conviene las obligaciones que tenemos á la que hizo el oficio de tal con su hijo, porque por no conocer el abismo de desgracias en que estábamos sumergidos, podiamos dejar de estimar como debemos el beneficio que recibimos con ser sacados de aquel. No obstante lo trataré con mucha brevedad, porque veo que mi asunto no consiente me extienda en ello.

sus límites sino para distribuir sus favores á todos los hijos de gracia y salvacion (1); consecuencia casi necesaria del título de reparadora y que se comprobará mucho mejor en el capítulo X, cuando yo haga ver que Dios no comunica á los hombres ninguna gracia que no pase por las manos de María.

X. En segundo lugar colijo que Dios solo conoce perfectamente la magnitud de este beneficio y hasta qué grado de gloria ensalzó á la Virgen santísima. El ya citado S. Anselmo, averiguando las razones por qué Dios no empleó algun serafin en la reparacion del hombre, dice (2) muy oportunamente que además de que faltaba mucho para que tuviese bastantes facultades para semejante empresa, que requería un poder infinito, mediaba otra consideracion; á saber, que si Dios hubiera hecho este honor á un espíritu criado, por necesidad tenia que partir con él su gloria, y siendo el criador del hombre dejar llevar á otro el glorioso título de redentor; de consiguiente el hombre tendria tambien su amor dividido dando una parte al que le habia criado, y reservando la mejor al que le habia vuelto á criar y le habia redimido; division muy ajena de la grandeza de Dios y de la inclinacion que tiene de poseer únicamente el corazon y el amor de su criatura. Esta consideracion está muy fundada en las verdades de la sagrada escritura y en la experiencia que tenemos del gobierno ordinario de Dios, y es no menos excelente para que comprendamos la estimacion que hace de la Virgen santísima. Con efecto lo que él no hubiera querido nunca dividir con otra criatura, lo comunicó á la madre y esposa de su hijo, y puso en las sienes de ella la corona de reparadora, que es

(1) Tom. 3, serm. 6., art. 3, (2) Lib. 1 Deus homo, cap. 5. c. 4.

la mayor gloria de que sea capaz una criatura. Entiendo siempre despues de la de madre de Dios, porque esta es la única que suspende mi admiracion respecto de todo lo demás, pues me parece que no hay que maravillarse de ninguna gracia que haga el Señor á aquella á quien sujetó su propio hijo, igual en todo y consustancial á él. Despues de este extremo de caridad habiendo sido hecha la Virgen como doméstica de la santísima Trinidad, el Padre no estima mas que lo que otorga á esa su hija; el Hijo igualmente le quiere todo el bien y honor de que ella es capaz; y el Espíritu Santo discurre todas las industrias posibles para ensalzarla. Asi será honrada aquella á quien se sirviere Dios ensalzar.

§ VI.—La suma dificultad que habia para la reparacion de los hombres.

I. Dios mio, ¡qué fácil es al hombre perderlo todo! Pero ¡qué difícil de reparar es esta pérdida! Mas pronto se pierde un hombre que se derrama un vaso de agua ó se rompe una vasija de cristal; pero mas pronto se recogeria hasta la última gota de aquella agua y se restituiria la primera forma al vaso que reformarse el hombre á si mismo. ¿Qué cosa mas pronta que el bocado que Adam dió á la manzana? Pero tampoco ha habido un delito castigado mas severamente y por mas largo tiempo. Me parece necesario este discurso para juzgar bien del título de reparadora y para apreciar como conviene las obligaciones que tenemos á la que hizo el oficio de tal con su hijo, porque por no conocer el abismo de desgracias en que estábamos sumergidos, podiamos dejar de estimar como debemos el beneficio que recibimos con ser sacados de aquel. No obstante lo trataré con mucha brevedad, porque veo que mi asunto no consiente me extienda en ello.

Seis desgracias que se siguieron al pecado de Adam. La primera fué caer en desgracia de Dios.

H. Está claro que la primera desgracia que Adam atrajo sobre sí y sobre los suyos en cuanto pecó, fué el caer en desgracia de Dios. Yo he sido siempre del parecer del judío Filon (1), de S. Enquerio (2) y de S. Gregorio Magno (3), los cuales enseñan con otros varios que la muerte de que fueron amenazados nuestros primeros padres, y que debia de caer sobre ellos en cuanto pecasen, era principalmente la desgracia de Dios, aunque esta no fuese sola. Con efecto ¿qué muerte podríamos imaginar mas terrible que esa? Pintese la muerte del cuerpo del modo mas espantoso que se pueda: eso no vale nada en comparación de la del alma, porque la priva de su vida y de su espíritu, que es la gracia de Dios, la hace mas hedionda que todos los muladares del mundo é inútil para toda clase de obras meritorias, la conduce á la podredumbre y á la disolución de los malos hábitos de pecar, en una palabra la hace manjar de los demonios y pasto de gusanos asquerosos y voraces. La memoria de esta muerte debe de ser amarga y espantosa al hombre mas que todo lo que puede causarle amargura y espanto: porque así como el que es amigo de Dios, no tiene motivo de temer nada, así todo debe de sobresaltar al que es su enemigo.

La segunda desgracia es la maldición.

III. La segunda desgracia que se siguió inmediatamente á la primera, fué la maldición, que cayó sobre él

(1) Allegoriar. legis mosaicæ, l. 2.

(2) Comment. in Genes. l. 4.
(3) Regist., l. 6, c. 495.

como un rayo. Esta maldición no se limitó á la persona del reo y á la de sus descendientes, sino que pasó á la tierra que habia de sustentarle, y en general á todas las criaturas, las cuales segun expresion de S. Pablo gimen aun y sufren á manera de dolores de parto, hasta que se libren enteramente del hombre pecador que llevan como en sus entrañas (1). Señal indudable de la suma ira de Dios, pues por castigar al hombre pega con todo lo que dice relacion á él y le trata como á un reo de lesa majestad en primer grado, cuya descendencia es exterminada y su casa asolada sin dejar entre los hombres cosa alguna que le pertenezca, porque no se inficione el aire.

La tercera desgracia es la privacion de la herencia que le estaba preparada.

IV. La tercera desgracia fué la privacion de la herencia que Dios le habia preparado, figurada por el ignominioso destierro del paraíso. Y á la verdad que fué una lastimosa calamidad la salida de la cabeza de nuestro linaje de aquel lugar de delicias. ¡Qué espectáculo contemplar degradado de repente de su nobleza, declarado villano, desconocido de todos sus vasallos y obligado á salir del paraíso á aquel que poco antes era señor de la tierra, mandaba con poderío absoluto á todos los animales, estaba adornado de la preciosa túnica de su inocencia, conversaba familiarmente con Dios y los ángeles, vivia en las delicias sin trabajo ni fatiga, esta-

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Es decir que su inclinacion natural era servir al hombre en el orden y no segun el desorden de sus pasiones que abusan de todas las cosas. El vicia y corrompe

la obra de la naturaleza; él anticipa, retrasa, apresura y fuerza sus movimientos; él es causa de las pestes, incendios é inundaciones, porque á todas partes se ha extendido la maldición.»

ba destinado á poblar el mundo de una descendencia santa y sin saber qué era el dolor, ni la muerte hubiera pasado de esta vida á la eterna! Pobre Adam, ¿qué será de tí, echado de la presencia del Señor despues de haber incurrido en su ira é indignacion? Aun no sabes hasta dónde llegan los efectos de ella; pero tiempo tendrás de experimentar cuán pesado es su brazo, cuando todas las criaturas se levanten para vengar tu desobediencia y no te reconozcan sino como un rebelde á los mandatos del Criador. Los ángeles que antes te protegían y respetaban, se apartarán y serán los ejecutores de la sentencia pronunciada contra tí. Vuelve la cara y mira á tu espalda el querubín vengador, mil veces mas temible por su zelo que por la espada de fuego de que está armado para impedirte la entrada en el paraíso. Ahora tienes que despedirte para siempre de esa dichosa mansion: estás condenado á coger el azadon para cavar la tierra, que espontáneamente y sin trabajo tuyo te hubiera dado sus frutos. A Dios paraíso de deleites; á Dios jardín frondoso; á Dios frutos sabrosos; á Dios árbol de vida; á Dios tranquilidad y satisfacciones; á Dios espíritus bienaventurados; á Dios apacible conversacion de tu padre; á Dios su amistad y proteccion, porque ya no debes de esperar mas que trabajos, disgustos, esterilidad, hambre, guerra, peste y otros efectos de la ira del que ha sido ofendido tan indignamente.

La cuarta desgracia es la esclavitud.

V. Su cuarta desgracia y la nuestra puede llamarse la esclavitud y el cautiverio, porque segun sentencia del apóstol S. Pedro el vencido es esclavo del vencedor (1). Y aunque el hombre pudiera oponer á esta ley que no habia sido aprehendido en buena guerra, sino solo por

(1) Epist. II, c. II.

sorpresa y traicion; no obstante merece bien por haber contravenido al mandato de su señor ser entregado en poder de Satanás ya que no en calidad de legitimo vencedor, á lo menos como ejecutor de la divina justicia, á quien era deudor Adam. Así el furioso enemigo, que es el rey de todos los hijos de soberbia, aprovechándose de la debilidad de su preso, de simple carcelero que era, nos usurpó el principado de este mundo y le ejerció con la mas bárbara tiranía imaginable imponiendo nuevas y mas gravosas cargas al hombre: porque como dice el real profeta (1), le cobraba las usuras de las usuras, y por un pecado que habia cometido, le imponia el precio correspondiente á cincuenta, y así recargaba siempre el capital para tenerle mas empeñado.

La quinta desgracia es la cautividad y las tinieblas.

VI. Su quinta desgracia fué la oscuridad del calabozo donde le sepultó aquel soberbio tirano para tenerle seguro; oscuridad tan densa, que el profeta Isaías la llama la region de la sombra de la muerte; oscuridad que es la densísima nube de ignorancia que cubrió su entendimiento despues del primer pecado y mucho mas despues de las frecuentes recaidas, quitándole todo conocimiento de su infeliz estado, de suerte que cada vez se hundia mas en el lodazal del pecado; de donde nacian su continua y profunda tristeza. Así como el anciano Tobias decia que ya no quedaba contento en el mundo para él despues que habia perdido la vista, de la misma manera estando el infeliz Adam apartado del sol y condenado á densísimas tinieblas no podia recibir alegría y consuelo en medio de sus miserias. ¿Y de dónde habia de esperarle, pues por un lado habia merecido que Dios se apar-

(1) Salm. LXXI.

tase de él y por otro se veia bajo el dominio del tirano mas bárbaro é inhumano que puede encontrarse?

La sexta desgracia es la desesperacion por no poder salir de su estado.

VII. La última desgracia y la que echaba el sello á todas las demás, era la desesperacion por no poder salir de tal estado, porque aun cuando á cada instante se hubiera deshecho para redimirse de él, le era imposible, y aun todas las criaturas que se hubiesen empleado en ello, no habrian adelantado nada.

VIII. Si los que tragan la iniquidad como agua y sin ningún temor se avienen al infierno, quisiesen fijar ánimo en estas consideraciones y meditar cuán fácil es por una parte precipitarse en la muerte y por otra cuán difícil librarse de ella... ¡Oh qué razon tenia el sabio para decir que el que profundizase este pensamiento muchas veces al día, no querria entregarse á tan cruel enemigo! Porque si la infinita misericordia del Redentor no se hubiera condolido de nuestras miserias, las tendríamos para toda la eternidad. ¿Y no confesaremos que el que se precipita en la desgracia despues de conocerla tanto como la conocemos, no tiene compasion de sí mismo, ni sentimiento alguno de humanidad para con aquel que la adquirió á tan alto precio? ¿Y en qué puede venir á parar un olvido tan profundo de su salvacion sino en ser abandonado de aquel, cuyas gracias todas son despreciadas y conculcada la sangre del nuevo testamento? El que no quiera pagar el principal con los intereses, que no se burle, y el que tenga la avilantez de apostárselas á Dios, acuérdesese de que este no perdonó á los ángeles del cielo, ni á nuestro primer padre, á quien habia dotado tan liberalmente de toda especie de dones naturales y sobrenaturales. Y así como sería gran

desatino figurarse que uno es mas amado de Dios y mas precioso á sus ojos que aquellos, tambien es preciso haber perdido el juicio para pensar salir mejor librado. Vuelvo á la Virgen, mientras el devoto lector reflexiona sobre este punto tan importante.

§. VII.—El primer fruto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es la reconciliacion con Dios.

I. Solo á Dios pertenece hallar la vida en el seno de la muerte, convertir el tósigo en triaca y sacar frutos de dulzura de un tronco amargo. Esto nos parece y en realidad es al ver que la raiz corrompida del viejo Adam brotó al nuevo; que de las cenizas del que lo habia inficionado todo, fué formado el que todo lo reparó; que la paz vino del autor de la guerra; que el orden nació de la confusion; y que el padre de la desgracia dió á luz el principio de la reconciliacion. Este es Jesus, el reparador del mundo perdido, á quien Isaías llama el príncipe de paz, y S. Pablo nuestra paz, porque fué como la argamasa que nos unió á Dios, y la hostia pacífica por cuyo medio recibimos la abolicion de nuestros pecados. Este es nuestro medianero y pacificador principal. Si le doy por adjunta su santísima madre, no es por rebajar los méritos de aquel en quien y por quien solo subsiste ella, sino para que entiendan todos el amor infinito que él le tuvo admitiéndola á la participacion del título mas glorioso que adquirió á costa de su sangre, segun he mostrado ya. Animo pues, pobre desgraciado; ya nace la hermosa oliva en la ciudad de la paz; ya viene al mundo la princesa de paz con la comision de poner en estado tu reconciliacion con Dios y acabarla con su hijo.

II. No lo digo de mi cabeza; hablo con los santos doctores, que la llaman el ángel de paz, el propiciatorio de toda la tierra y la medianera de los hombres. S. Pedro,

Crisólogo la llama (1) el único valido del cielo, que tuvo tanto poder con Dios, que hizo la paz de todas las criaturas con su criador justamente enojado contra ellas por la desobediencia de aquel á quien las habia sometido. S. Juan Damasceno, aludiendo á los hijos que el profeta Oseas tuvo de la prostituta con quien se casó por expreso mandato de Dios, y que estaban destinados á ser figura de la amistad que habia de anudar otra vez con su pueblo, afirma (2) que ese fue un tosco rasguño de la felicidad que nos debia de venir por medio de la purísima é inmaculada Virgen, la cual habia de ser contrapuesta á la antigua mujer perdida y dar al mundo la misericordia misma y el amado del cielo, á quien su padre no negará el perdón del pecador que le habia ofendido. El emperador Mateo Cantacuzeno observa muy atinadamente (3) que el esposo llamó hasta tres veces á la esposa, es decir, á la virgen Maria, la sunamitis, que vale tanto como pacífica ó la que procura la paz, ya porque él mismo la deseaba con muchisima ansia, ya porque sabia mejor que nadie las dificultades que habia para concertarla.

III. S. Basilio de Seleucia (4) y antes que él el santo obispo de Salamina para pintar por un lado la oposicion que se hacia á este tratado de paz, y por otro el gran poder de la madre de Dios dice que ella demolió el muro de division que nos separaba del Señor. Nadie, por poco versado que esté en las santas escrituras, deja de conocer al punto que el pensamiento de aquellos graves doctores se funda en el de S. Pablo, el cual habla de esta suerte del Salvador: «El es nuestra paz, el que de ambos ha hecho un pueblo, deshaciendo en su carne la

(1) Serm. 442.

(2) Orat. 4 de nativit. B. Virgin.

(3) In fine c. 6 Cantic.

(4) Serm. de Annuntiat.

pared intermedia de la cerca, las enemistades, derogando con sus decretos la ley de los preceptos para formar en sí mismo los dos en un hombre nuevo, haciendo la paz, y para reconciliarlos con Dios á ambos en un cuerpo por la cruz matando las enemistades en sí mismo (1).» Esto aclara mucho mas la máxima que he apuntado en diversas ocasiones y especialmente en el capítulo anterior; á saber, que los santos padres comunican resueltamente á la Virgen los títulos y calidades de su esposo é hijo. Por lo demás no sé que ninguno haya comprendido, ni declarado mejor el pensamiento de los unos y los otros que el abad Ruperto, cuando explica estas palabras de los Cantares: «La voz de mi amado; vedle que viene saltando por los montes, atravesando collados. Vedle que él mismo está tras nuestra pared mirando por las ventanas, acechando por las celosías. Hé aquí mi amado me dice: Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven.» ¿De dónde procede, dice aquel escritor (2), que el esposo celestial figurado en las santas escrituras por un gamo y un cervato, que atraviesa los montes como un gigante, cuyo nombre es: Aceleráos, no os detengais; á quien Isaias alaba diciendo que no sabe lo que es tardanza; dilató tanto su venida al mundo? ¿Cuántos siglos transecurrieron desde Adam hasta Abraham! De Abraham hasta David no hubo menos de catorce generaciones, de David hasta la cautividad de Babilonia otras tantas, desde esta hasta la venida del Mesías otras catorce. Esa suma lentitud ¿puede conciliarse con un deseo tan ardiente de venir cuanto antes á nosotros y con la ligereza del ciervo? Despacio, pensamiento humano: despacio; ¿por qué no te paras mas bien á medir el muro de division que habia que romper antes? ¿Por qué no con-

(1) Ad ephes. II.

(2) Lib. 2. in Cant.

sideras que aunque por solo el pecado era de un grueso prodigioso, los hombres le reforzaban todos los dias con nuevos pecados actuales, de suerte que se necesitaba nada menos que la artillería de la omnipotencia divina para derribarle? Sin embargo el esposo deseando infinito verle por tierra no dejaba de ponerse á menudo en las almenas y parlamentar con los hombres; pero al cabo no bien columbró á la amada esposa prometida por su eterno Padre, ya no hubo medio de contenerle: desde entonces empezó á abrir brecha y asaltar con tanto ímpetu el muro que se oponia á sus intentos, que en poco tiempo logró derribarle. Pero suplico al lector note de qué manera procedió desde entonces el esposo y cómo adelantó la obra de nuestra salvacion. En treinta y tres años poco más dió unos saltos que asombraron á los espíritus bienaventurados, del cielo al vientre de la Virgen, de allí á la cruz, de la cruz al sepulcro, del sepulcro al cielo. ¿Quién oyó hablar jamás de tal cosa? Animo pues, repito, pobre desgraciado: ya está en tierra la pared de las antiguas enemistades: se ha ajustado la paz: de aquí adelante puedes libremente ir á Dios y llamarle tu buen padre como antes. Pero reconoce á quién tienes esta obligacion: es á Jesus en primer lugar, que es el príncipe de paz, y despues bien puedes decir que es á Maria, por amor de la cual principalmente fueron demolidos esos baluartes y castillos, y aun ella misma ayudó á arruinarlos de todas las maneras citadas.

El arco iris es figura de nuestra reconciliacion.

IV. Salid, almas buenas, salid de esas ruinas hediondas y subid en espíritu hasta el cielo ó á lo menos hasta la region del aire. Allí vereis el arco iris que os alegrará la vista, y juntamente notareis una perfecta mágen de la princesa de paz de que os hablo. San

Buenaventura me hace reparar en esto (1), ó mas bien la misma Virgen se lo indicó á santa Brigida. Con efecto si el arco iris es el hijo del sol y de la maravilla, la madre de Dios es tambien hija del sol de justicia y de la gracia, que es la maravilla del mundo. Si el arco iris está matizado de mil bellos colores; ella resplandece en variedad de virtudes. Allí se ve el blanco de la virginidad, el purpúreo de la caridad, el azul de la devocion, el anaranjado de la compasion, el verde de la esperanza, en una palabra todas las virtudes diversas de que está engalanada, como dice David (2). Si el arco iris está entre el cielo y la tierra; la virgen Maria está entre Dios y los hombres, cuyo partido toma y hácia quienes se inclina para infundirles toda clase de confianza á fin de negociar su reconciliacion con mas libertad. Si aquel es un signo infalible de la paz que hizo Dios con los hombres, y una seguridad de que no seremos sumergidos mas en las aguas de la ira é indignacion de Dios (3); esta es un agüero certísimo de nuestra rehabilitacion, que no pueden impedir todas las potestades del infierno, porque ella ha puesto manos á la obra. ¡Ojalá que yo viese el medio de que me comprendiesen todos los que estan interesados en esta paz, y de llevar á sus oidos y á sus corazones estas palabras del Eclesiástico: Ved y admirad ese hermoso arco iris y bendecid al que le hizo. Es lindo y gracioso en extremo y va adornando el cielo como una banda bordada y recamada de piedras preciosas: la mano del Omnipotente es quien le ha labrado. Contemplad despacio esa maravilla del cielo, el brillo y variedad de sus colores, la semejanza que tiene con su padre el sol: mirad atentamente todas las perfecciones de esta señora,

(1) In laude Virginis.

(2) Salmo XLIV.

(3) Genes. IX.

y sabed que si el mundo goza de alguna serenidad y conserva alguna esperanza de salvacion, la debe despues de Dios á esta única señal de paz y amistad.

V. Por este motivo los santos padres le dan alabanzas y bendiciones sin cuento. «Honor á ti (le decia en el santo concilio de Efeso su invencible defensor S. Cirilo, patriarca de Alejandria y legado entonces de la santa sede), honor á ti, oh Virgen dulcísima, porque por tu medio es glorificada ahora la adorable Trinidad por todo el mundo; el cielo se llena de alegría; los ángeles se regocijan; los demonios se retiran avergonzados y cabizbajos; el hombre recobra su primitivo esplendor y su antigua dignidad; y el universo dejando el culto de los falsos dioses vuelve al conocimiento y amor de su Criador. «Por tu medio, decia algun tiempo antes san Epifanio (1), bajó la paz del cielo á la tierra: por tu medio los hombres recobraron las apetecibles calidades de siervos, amigos é hijos de Dios: por tu medio los hombres fueron hechos compañeros de los ángeles desde que tú les adquiriste el derecho de tratar y conversar familiarmente con ellos: por tu medio se comunicó á los habitantes de la tierra el conocimiento de las cosas celestiales: por tu medio fuimos reunidos por conocimiento y afecto al hijo benditísimo que diste al mundo, y por medio de los dos al Padre sin principio y al Espíritu Santo, que es igual en todo al Padre y al Hijo, es decir, á la beatísima é individua Trinidad, á quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos.»

(1) Hom. de S. Deipara.

§. VIII.—El segundo efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es haberse trocado la maldicion en bendicion.

I. El glorioso S. Bruno, fundador de los cartujos, tiene un pensamiento muy feliz sobre la genealogía del Salvador en un sermón de la natividad de la Virgen. Considerándola como una escala celestial y mística de diversos escalones descubre dos mujeres, la una arriba y la otra abajo, la una que es la madre de la muerte, y la otra que es la madre de la vida; la una que fué vencida por el diablo, y la otra que le venció á él; la una que contaminó á su linaje, y la otra que le preparó la medicina; la una que atrajo la maldicion sobre todos sus descendientes, y la otra que hizo subir la bendicion hasta sus primeros ascendientes y además la derramó copiosamente sobre toda su posteridad. Los santos padres alaban generalmente á la Virgen por haber trocado la antigua maldicion en bendicion. «Por ella y no por otra, dice S. Ildefonso (1), se atajó la maldicion echada á nuestros primeros padres para dar lugar á la bendicion celestial que todo el universo esperaba.» «Por ella, dice S. Pedro Damiano (2), se abrió la corriente de las bendiciones del cielo, que limpia las manchas antiguas de la primera maldicion.» «Era una cosa necesaria, dice el papa Inocencio III (3), que habiendo entrado la muerte en el mundo por una mujer, sucediese lo mismo con la vida. Así aconteció cuando Maria reparó lo que Eva habia echado á perder, porque aquella cediendo á la seducción de la serpiente habia concebido la muerte, y esta obediente á la palabra del ángel concibió la vida.

(1) Serm. 2 de Assumpt.

(2) Serm. 2 de nat. Mariæ.

(3) Serm. 2 de Assumpt.

y sabed que si el mundo goza de alguna serenidad y conserva alguna esperanza de salvacion, la debe despues de Dios á esta única señal de paz y amistad.

V. Por este motivo los santos padres le dan alabanzas y bendiciones sin cuento. «Honor á ti (le decia en el santo concilio de Efeso su invencible defensor S. Cirilo, patriarca de Alejandria y legado entonces de la santa sede), honor á ti, oh Virgen dulcísima, porque por tu medio es glorificada ahora la adorable Trinidad por todo el mundo; el cielo se llena de alegría; los ángeles se regocijan; los demonios se retiran avergonzados y cabizbajos; el hombre recobra su primitivo esplendor y su antigua dignidad; y el universo dejando el culto de los falsos dioses vuelve al conocimiento y amor de su Criador. «Por tu medio, decia algun tiempo antes san Epifanio (1), bajó la paz del cielo á la tierra: por tu medio los hombres recobraron las apetecibles calidades de siervos, amigos é hijos de Dios: por tu medio los hombres fueron hechos compañeros de los ángeles desde que tú les adquiriste el derecho de tratar y conversar familiarmente con ellos: por tu medio se comunicó á los habitantes de la tierra el conocimiento de las cosas celestiales: por tu medio fuimos reunidos por conocimiento y afecto al hijo benditísimo que diste al mundo, y por medio de los dos al Padre sin principio y al Espíritu Santo, que es igual en todo al Padre y al Hijo, es decir, á la beatísima é individua Trinidad, á quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos.»

(1) Hom. de S. Deipara.

§. VIII.—El segundo efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es haberse trocado la maldicion en bendicion.

I. El glorioso S. Bruno, fundador de los cartujos, tiene un pensamiento muy feliz sobre la genealogía del Salvador en un sermón de la natividad de la Virgen. Considerándola como una escala celestial y mística de diversos escalones descubre dos mujeres, la una arriba y la otra abajo, la una que es la madre de la muerte, y la otra que es la madre de la vida; la una que fué vencida por el diablo, y la otra que le venció á él; la una que contaminó á su linaje, y la otra que le preparó la medicina; la una que atrajo la maldicion sobre todos sus descendientes, y la otra que hizo subir la bendicion hasta sus primeros ascendientes y además la derramó copiosamente sobre toda su posteridad. Los santos padres alaban generalmente á la Virgen por haber trocado la antigua maldicion en bendicion. «Por ella y no por otra, dice S. Ildefonso (1), se atajó la maldicion echada á nuestros primeros padres para dar lugar á la bendicion celestial que todo el universo esperaba.» «Por ella, dice S. Pedro Damiano (2), se abrió la corriente de las bendiciones del cielo, que limpia las manchas antiguas de la primera maldicion.» «Era una cosa necesaria, dice el papa Inocencio III (3), que habiendo entrado la muerte en el mundo por una mujer, sucediese lo mismo con la vida. Así aconteció cuando Maria reparó lo que Eva habia echado á perder, porque aquella cediendo á la seducción de la serpiente habia concebido la muerte, y esta obediente á la palabra del ángel concibió la vida.

(1) Serm. 2 de Assumpt.

(2) Serm. 2 de nat. Mariæ.

(3) Serm. 2 de Assumpt.

Aquella habia sido maldita en sí, en sus hijos y descendientes, y esta fué bendita en su persona y en las de todos los hijos de Adam, pero mucho mas en Jesus, fruto benditísimo de su vientre.» Así es que no sin motivo, segun el santo arzobispo de Ravena (1), le dijo su prima Isabel que era bendita entre las mujeres, para darnos á entender que así como por el pecado cayó la maldicion sobre la primera mujer y todas sus hijas y al punto los dolores les desgarraron las entrañas, del mismo modo habiéndose derramado la bendicion sobre Maria, la llenó de tal suerte de dulzura y consuelo, que pudo dar parte á toda la descendencia de Adam. Esto lo debemos todos á la buena nueva que el ángel Gabriel llevó á la Virgen; nueva que Tertuliano dice (2) haber edificado la vida, así como el silbo de la antigua serpiente edificó la muerte. «Esta fué una embajada nueva, dice S. Bernardo (3), enviada á la que profesaba una nueva virtud; y el resultado fué tan feliz, que la antigua maldicion se revocó por una bendicion sin ejemplo.» Lo cual dió márgen á S. German de Constantinopla para introducir al ángel hablando en estos términos á la Virgen (4): «Dios te guarde, santa señora, única que albergaste en tu seno la bendicion, por la cual fué ahuyentada la maldicion de nuestra primera madre.»

II. Y aunque estos padres no hablan simplemente mas que de una bendicion, ha de entenderse de suerte que tengamos por indudable que todas las maldiciones echadas á nuestros primeros padres y á todos sus descendientes fueron borradas por otras tantas bendiciones ó mejor dicho por un cúmulo de bendiciones que Maria trajo al mundo. Ivo, obispo de Chartres, des-

(1) Serm. 410.
(2) De carne Christi.

(3) Serm. 2 de Annuntiat.
(4) Orat. de Nativit.

ciendo á mas particularidades, observa (1) que á las dos maldiciones que cayeron sobre nuestra primera madre, á saber, dar á luz hijos de muerte y parirlos con dolor, se opusieron dos bendiciones que la Virgen recibió en nombre de todas las hijas de Eva, de producir con el principio de la vida hijos destinados para vivir por siempre en el cielo y parirlos sin dolor. Paulino, patriarca de Aquileya, que vivia ochocientos años hace, dice (2) que la primera mujer atrajo sobre sí tres especies de desgracia, el dolor, la tristeza y la servidumbre, y que por contraposicion la segunda fué favorecida con tres dichas, esto es, la salutación angélica, la bendicion divina y la plenitud de la gracia. Pero Sofronio en su carta á santa Paula y santa Eustaquio dice absolutamente que todas cuantas maldiciones podemos imaginar que trajo al mundo una mujer mal aconsejada, fueron borradas superabundantemente por la bendicion de la prudentísima Virgen.

Antitesis de Eva y Maria.

III. Ya que ventilamos este punto, diré con gusto haber observado mucho tiempo há que los santos padres emplearon sus plumas en tratar de la antitesis que existe entre estas dos mujeres: la una abrió calle á todos los males, y la otra les cerró la puerta para abrirla á todos los bienes que nos vienen del cielo. Presentaré dos ó tres solamente, que sirvan como de muestra para juzgar de los caracteres de semejanza que hay en los otros. El primero será S. Agustín, cuyas palabras son estas (5): «Por una mujer entró la muerte en el mundo, y por otra la vida.

(1) Serm. de nativit. Domini.

(2) Contra Felic. l. 5.
(3) De symbol. ad catech.

Eva causó nuestra ruina, y María nuestra reparacion. Aquella seducida por la serpiente presentó á su marido el manjar envenenado de que debian de morir ambos; esta saludada por el ángel nos dió el contraveneno con que sanamos. Por el pecado de aquella se introdujo la maldicion en el mundo (1); por la gracia de esta se enseñoreó de los corazones la bendicion. Aquella nos mató; esta nos restituyó la vida.» «No sin gran misterio, dice el abad Ruperto (2), redobla el divino esposo sus instancias á su casta esposa la virgen María diciéndole: Levántate y apresúrate, amiga mia, paloma mia y hermosa mia; como si dijera: Acorre pronto, amada mia, y haz que te vea sin tardanza, porque estoy grandemente disgustado de la primera mujer que habia echado al mundo: hablo de Eva, que se hizo mi enemiga sirviendo de víbora á su marido y de confusion á si misma; enemiga por su soberbia, víbora por su malicia, madre de confusion por la vergüenza de su concupiscencia. Pero tú eres mi amiga por tu humildad, mi paloma por tu caridad y mi hermosa por tu castidad. Ven pues pronto, porque aquella ha huido; ven y cree al ángel, porque aquella obedeció al demonio: ven y quebranta la cabeza á la serpiente, porque esta quebrantó la fortaleza y constancia de ella.»

IV. Trabajo les cuesta á los santos padres contener su indignacion contra la primera mujer. Vé aqui cómo le habla Tertuliano (3): «Desdichada, que fuiste la puerta del diablo, la guía para el fruto prohibido, la primera que abandonaste la ley de tu soberano, derribaste á aquel á quien no se habia atrevido á acometer la serpiente, hiciste pedazos la hermosa imágen del Criador y por tu

(1) Serm. 7 de nat. Domini. (3) De habitu mulierum, c. 4.
(2) Lib. 4. in Cantic.

delito fué preciso que muriese el mismo Dios.» S. Pedro Crisólogo siguiendo las mismas huellas dice (1): «¿De quién creéis hablar cuando nombráis á esta mujer? Yo no la tengo en otra calidad que como la causa de nuestra desdicha, el origen del pecado, la entrada de la muerte, la losa de nuestro sepulcro, la puerta del infierno y el principio de nuestras penas. No dudo que esta es la causa por qué todas las hijas que echa al mundo, vienen llorando, y todas sus armas consisten en las lágrimas, siendo en lo demas debilidad y flaqueza.» Al contrario cuando los santos padres hablan de la Virgen, la ponen en las nubes con sus alabanzas. S. Agustin la llama la única esperanza de los pecadores, la expectacion de los justos, la reparadora de las mujeres, la dicha general de todos los hijos de Adam. S. Efren la llama (2) la reconciliacion del mundo, el cimiento de la paz, el auxilio de los oprimidos, la puerta de la vida, la entrada del paraíso. S. German de Constantinopla le dice (3) que ella es la madre de la vida, la levadura de la rehabilitacion de Adam y la esponja que borró la ignominia de la primera mujer. «El vientre de aquella, le dice (4), no fué mas que corrupcion, y el tuyo no es mas que santidad: aquella fué el veneno de muerte, y tú la medicina: aquella nos hizo bajar los ojos de vergüenza, y tú nos los haces levantar de contento: el parto de aquella no es mas que dolor, y el tuyo es alegría: aquella como que era polvo, se convirtió en polvo, y tú como toda celestial fuiste recibida en el cielo y nos abriste la puerta de él.»

V. Por este mismo motivo los santos padres envian á ella Adam y Eva y en general todos sus hijos que se sienten aun de los efectos de la primera maldicion, para

(1) Serm. 79. (3) Serm. de S. Deipara.
(2) Serm. 48 de sanctis, 15 (4) Orat. de Assumpt.
de tempore.

que tomen nuevo semblante y sean regocijados y renovados por ella.» Ya he sentido, dice S. Bernardo (1), el viento de la buena nueva, y en la mano de Eva y de sus hijas que paren y son paridas con dolor, estará el oírlo como yo, con solo que apliquen el oído y escuchen atentamente las palabras del ángel. Animo, pobre Adam, y tú particularmente, pobre Eva: alentáos y consoláos con motivo de la hija que os ha dado Dios. Vé aquí ha llegado el tiempo en que se quitará el oprobio que habéis contraído, y ya no podrá decir Adam que la mujer que recibió de Dios, le metió en las redes de Satanás, sino que habrá de confesar que por medio de la mujer salió de ellas. Así corre, Eva, y preséntate á María: responde la hija por la madre: ataje las disculpas y descargos de su padre, porque si el hombre cayó por la mujer, también se levantó por ella; pero por una mujer prudente que sucede á una mal aconsejada; por una mujer humilde, que se le da en lugar de la soberbia; por una que le restituye la vida en lugar de la que le hizo tragar la muerte. Aquí va convidando S. Agustín (2) en particular á todas las mujeres de cualquiera condicion que sean, para que vengan á rendir homenaje á esta, que las rehabilitó y honró; las vírgenes para que tributen sus respetos á la reina de las vírgenes, las casadas al ejemplar de las buenas casadas, las madres al dechado de las madres, las nodrizas á la más casta nodriza del mundo. Yo por mi parte no puedo contentarme con tan poco sin convidar á las personas de todas edades, estados y profesiones, no exceptuando uno siquiera entre los hijos de los hombres, para que vengan á ofrecerle sus servicios, porque como dice S. Gregorio de Neocesarea (3), ella trajo la bendición generalmente á uno y

(1) Hom. 2 in Annuntiat.
(2) Serm. 45 de tempore.

(3) Serm. 4 de Annuntiat.

otro sexo, á todas las edades y á todas las condiciones del mundo.

§. IX.—El tercer efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es la rehabilitacion de Adam (4).

I. Nunca vió el mundo un día más sereno y alegre que aquel en que Dios tomó la resolución de perdonar al pobre Adam desterrado del paraíso, degradado de su nobleza y destituido de todos sus honores; como que fué un día que la divina providencia escogió por buen agüero para dar esperanza al reo y hacerle esperar algún buen resultado de su causa. Al fin Dios ganado por las súplicas y ruegos de sus amigos consintió en oír á las partes, para que alegáran sus razones. Luego pues que se hubo sentado en su alto trono y los príncipes y oficiales de su corte ocuparon sus puestos, la justicia y la misericordia, que estaban encargadas de arengar, fueron llamadas por un heraldo y conducidas al medio de la asamblea. La justicia cubierta de un manto encarnadino sembrado de balanzas en bordado de oro y con el semblante inflamado de zelo habló la primera después de hacer una profunda reverencia al rey, en quien resplandecía aquel día una majestad extraordinaria. El exordio de su discurso fué que le costaba dificultad persuadirse á que se juntase aquella asamblea por otro motivo que para aumentar las penas del enemigo público (así llamaba al pobre Adam); porque si se trataba de su ofensa primera, era claro que se había procedido respecto de él con excesiva indulgencia y su delito merecía otros castigos tanto en consideracion de aquel cuyos mandatos había despreciado, como por la

(4) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Elemur, la letra E.

que tomen nuevo semblante y sean regocijados y renovados por ella.» Ya he sentido, dice S. Bernardo (1), el viento de la buena nueva, y en la mano de Eva y de sus hijas que paren y son paridas con dolor, estará el oírlo como yo, con solo que apliquen el oído y escuchen atentamente las palabras del ángel. Animo, pobre Adam, y tú particularmente, pobre Eva: alentáos y consoláos con motivo de la hija que os ha dado Dios. Vé aquí ha llegado el tiempo en que se quitará el oprobio que habeis contraído, y ya no podrá decir Adam que la mujer que recibió de Dios, le metió en las redes de Satanás, sino que habrá de confesar que por medio de la mujer salió de ellas. Así corre, Eva, y preséntate á María: responde la hija por la madre: ataje las disculpas y descargos de su padre, porque si el hombre cayó por la mujer, también se levantó por ella; pero por una mujer prudente que sucede á una mal aconsejada; por una mujer humilde, que se le da en lugar de la soberbia; por una que le restituye la vida en lugar de la que le hizo tragar la muerte. Aquí va convidando S. Agustín (2) en particular á todas las mujeres de cualquiera condicion que sean, para que vengan á rendir homenaje á esta, que las rehabilitó y honró; las vírgenes para que tributen sus respetos á la reina de las vírgenes, las casadas al ejemplar de las buenas casadas, las madres al dechado de las madres, las nodrizas á la más casta nodriza del mundo. Yo por mi parte no puedo contentarme con tan poco sin convidar á las personas de todas edades, estados y profesiones, no exceptuando uno siquiera entre los hijos de los hombres, para que vengan á ofrecerle sus servicios, porque como dice S. Gregorio de Neocesarea (3), ella trajo la bendición generalmente á uno y

(1) Hom. 2 in Annuntiat.
(2) Serm. 45 de tempore.

(3) Serm. 4 de Annuntiat.

otro sexo, á todas las edades y á todas las condiciones del mundo.

§. IX.—El tercer efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es la rehabilitacion de Adam (4).

I. Nunca vió el mundo un día más sereno y alegre que aquel en que Dios tomó la resolución de perdonar al pobre Adam desterrado del paraíso, degradado de su nobleza y destituido de todos sus honores; como que fué un día que la divina providencia escogió por buen agüero para dar esperanza al reo y hacerle esperar algún buen resultado de su causa. Al fin Dios ganado por las súplicas y ruegos de sus amigos consintió en oír á las partes, para que alegáran sus razones. Luego pues que se hubo sentado en su alto trono y los príncipes y oficiales de su corte ocuparon sus puestos, la justicia y la misericordia, que estaban encargadas de arengar, fueron llamadas por un heraldo y conducidas al medio de la asamblea. La justicia cubierta de un manto encarnadino sembrado de balanzas en bordado de oro y con el semblante inflamado de zelo habló la primera después de hacer una profunda reverencia al rey, en quien resplandecía aquel día una majestad extraordinaria. El exordio de su discurso fué que le costaba dificultad persuadirse á que se juntase aquella asamblea por otro motivo que para aumentar las penas del enemigo público (así llamaba al pobre Adam); porque si se trataba de su ofensa primera, era claro que se había procedido respecto de él con excesiva indulgencia y su delito merecía otros castigos tanto en consideracion de aquel cuyos mandatos había despreciado, como por la

(4) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Elemur, la letra E.

ninguna razon que habia tenido para ello, y por haberle menospreciado hasta el extremo poniéndole en parangon con una vil manzana. Si se queria pasar mas adelante y considerar de qué modo se habian portado desde entonces él y los suyos, se hallaria que en vez de enmendar sus desórdenes con la penitencia habian amontonado pecados sobre pecados y al parecer no se habian propuesto otra cosa que irritar mas á su criador y atraerse nuevas venganzas: que su majestad sabia mejor que nadie la enormidad de los pecados cometidos sin interrupcion en el mundo; y que el único medio de atajar las insolencias de los hombres era exterminarlos á todos cuanto antes. Ademas si se pensaba en tratar de la rehabilitacion de ellos; ó era preciso resolverse á perdonar al mismo tiempo á los ángeles prevaricadores, ó dar justo motivo de queja á los espíritus bienaventurados viendo rehabilitados á los hombres y á sus compañeros perdidos irremisiblemente. Despues ¿qué satisfaccion, añadia, puede esperarse de ellos, que corresponda á la atrocidad de sus atentados? No, aun cuando se partieran todos en menudos trozos y se deshicieran para dar alguna reparacion, no seria nada en comparacion de sus deméritos. Asi concluyó pidiendo que fuesen recargados con nuevas penas para reprimir su temeridad ó que cuanto antes fuesen exterminados del mundo y enviados á acompañar á aquellos á quienes habian imitado en la desobediencia y rebeldia.

II. Durante todo este discurso, que únicamente se enderezaba á irritar los ánimos, y hacer desechar los pensamientos de bondad y perdon, tenian la mayor parte de los asistentes los ojos fijos en la misericordia, la que al cabo hubo de bajarse el velo por no sufrir la confusion que le causaban las palabras de la justicia, y mucho mas porque no podia contener las lágrimas y los sollozos. No bien hubo acabado la justicia, todos se volvieron hácia

la misericordia para oír lo que respondia: su bondad, su constancia, sus lágrimas, su traje blanco, modesto y bien arreglado cautivaban verdaderamente los corazones de todos los espectadores; pero temian que ella y la causa que defendia quedasen desairadas. Detúvose un instante para enjugar las lágrimas y reponerse; luego se inclinó hasta el suelo, y con el semblante abatido y los ojos bajos habló en estos términos: «Soberana majestad, si aquellos ante quienes hablo, tuvieran la menor sospecha de que yo queria emprender la defensa de un malvado en perjuicio de tu honor y tu gloria; habria acabado mi discurso antes de empezarle y no diria ni una sola palabra. Sé lo que debo á tu grandeza y cuán obligada estoy á sostenerla. Pero la creencia en que pienso estarán todos de que solo el deber de servirte es capaz de desatar mi lengua, me da valor y resolucion para pasar adelante y manifestarte con toda humildad la gloria que debes de esperar de la rehabilitacion de un hombre en extremo desgraciado. Para esto acuérdate que la grandeza de tu majestad resplandece mas sin comparacion en el ejercicio de la bondad que en el de la severa justicia. Propiamente por el amor y los efectos de la bondad eres conocido de tus criaturas; eso es lo que les cautiva el corazon y les gana el cariño: eso es lo que tienes de ti y lo que emana de tu esencia, porque en cuanto al rigor y al castigo es necesario que sus ofensas te compelan á ejercitarle contra tu natural inclinación. Por mí confieso que estoy muy distante de querer emprender el descargo de Adam y de sus hijos; al contrario en esto me pongo de parte de mi buena hermana la justicia, que ha andado demasiado indulgente con ellos. Declaro que sus pecados son grandes y que sus ofensas se multiplican diariamente; pero ¿qué otra cosa puede esperarse de ellos, cuando están destituidos del auxilio del cielo y expuestos á sus malas inclinaciones y á los movimientos de su corrompida naturaleza?

¿Qué debe de esperarse sino que acumulen males sobre males y den de risco en risco hasta que bajen á lo mas profundo del precipicio? Al contrario si el cielo se vuelve una vez propicio á la miseria de ellos, y tu infinita bondad, la única que puede enderezarlos, les alarga la mano; concibo desde ahora la firme esperanza de que se levantarán y te servirán y honrarán. En fin como no tienen corazon de mármol, ni pecho de diamante, el amor puede hacer de ellos cuanto se quiera.

III. ¿Qué! la suma miseria á que se ven reducidos y la penitencia que hacen de mucho tiempo atrás, ¿no es suficiente para ablandar el corazon y moderar los sentimientos de la justicia? ¿Cuántas veces ha salido el sol y cuántos siglos han transcurrido desde que fueron desterrados de tu divina presencia! Los mismos bárbaros tendrían compasion de verlos en el estado en que se encuentran despues de haber sufrido tanto tiempo los insultos de todas las criaturas rebeladas contra ellos. Esas cabezas inclinadas hácia la tierra, esos semblantes macilentos y desfigurados, esos cuerpos tostados del sol, esa imaginacion descarriada, ese apetito desmandado, ese entendimiento extraviado, esa voluntad propensa á todo desórden ¿no son duros castigos y motivos bastante poderosos para infundir compasion hácia ellos? Y á mal andar cuando los hayas perdido y precipitado á todos en los profundos infiernos, ¿qué le redundará á tu grandeza? ¿Qué servicio sacarás de ellos?

IV. Conozco la respuesta que se me va á dar, y me parece oír decir que si fuera admisible esa razon, tendría tambien lugar en los ángeles apóstatas y que sería introducir la envidia en el cielo perdonar á unos y tratar á otros con rigor. Preveo que si no se quita esta dificultad no pueden esperar ninguna seguridad aquellos en cuyo favor he empezado á hablar. Pero ó yo me equivoco, ó la cosa habla por sí y muestra claramente la gran dife-

rencia que hay entre los unos y los otros. Tú sabes, infinita majestad, la verdad de lo que voy á decir, y á tí no se te pueden ocultar las cosas. El ángel pecó por sola su malicia, con una voluntad determinada y con cabal conocimiento de lo que hacia: el hombre pecó por debilidad, imprudencia y precipitacion. El ángel no fué seducido como el hombre, que no tuvo la habilidad de desenredarse de los lazos tendidos por el espíritu maligno. El ángel persistió en su soberbia, y el hombre ha pedido mil veces perdon de su pecado. El ángel se levantó contra tí, erigió un altar contra el tuyo, quiso ser adorado en todas partes y se opuso de todas maneras á tu gloria: el hombre como una pobre paloma cogida en el lazo se dejó engañar contentándose en lo demás con su propia confusion sin desmandarse contra tu honra, ni atentar contra tu trono. El ángel cayó por su propia culpa, y el hombre se perdió por la ajena. En una palabra si bien la caída del ángel es lamentable, nos queda el consuelo de que no pereció toda la naturaleza angélica y perseveraron firmes muchos mas de los que cayeron. Bien lo sabe tu majestad, y los señalados servicios que te hacen diariamente y los honores que te tributan, son pruebas mas que suficientes de ello. Pero si el pobre Adam queda en el estado en que se halla, no solo es perdido él, sino tambien toda la naturaleza humana que se arruina enteramente, sin que quede una sola alma que no sea envuelta en la desgracia. Y aunque tu corte y tu felicidad subsisten en tí mismo, y tus cortesanos no tienen nada que desear mientras te posean; no obstante si pudiéramos temer alguna afliccion en el cielo, la hallariamos en esa muchedumbre de asientos vacíos, que no han de ser ocupados jamás por aquellos á quienes se destinaban. ¿Podrá la naturaleza angélica contener las lágrimas viendo á su hermana perdida para siempre y destituida de toda esperanza de levantarse jamás? Y tú mismo, adorable ma-

jestad, ¿no sientes una pérdida de tanta consideracion? Confieso que en tu mano está arruinarnos á todos y que cuando quieras, nadie tendrá motivo de quejarse y será menester que en esto como en lo demás todos adoren tus juicios incomprensibles. Pero por otra parte si quieres hacer alguna gracia, tienes motivo para ello. La suma miseria de esos desdichados clama bastante alto para que se oiga: toda tu corte te lo pide por mi boca: tu propia bondad te convida á ello y exige de tí que no pierdas á aquellos á quienes podrias salvar fácilmente, y de cuya rehabilitacion debes de esperar en adelante mas honor y gloria que la que recibirias de su ruina.»

V. Dicho esto la misericordia se postró para besar el escabelo del trono de Dios: lo mismo hizo la justicia, y de este modo se retiraron para dejar que se deliberára sobre su pretension. Puesto el asunto en consulta, se dieron diversos pareceres y se propusieron diversos arbitrios; pero que propendian todos á la mansedumbre porque la misericordia habia conmovido fuertemente los ánimos. Al fin se remitió la decision al juicio de la sabiduría increada, á quien todos sometieron sus pensamientos y pareceres. Entonces ella tomó la palabra y ponderó tanto el discurso y el dictámen de la misericordia, que todos los asistentes quedaron absortos de admiracion y contento. El resultado de la arenga fué que era menester salvar al hombre á toda costa: que la misericordia y la justicia debian de quedar satisfechas: que para ello se necesitaba un poder infinito: que este asunto le tocaba en persona, pidiendo el buen parecer que sus criaturas fuesen reparadas por él, ya que habian sido hechas por él: que no rehusaba ser la idea y el ejemplar de su reforma como lo habia sido de su produccion primera; y que para este efecto se ofrecia á su eterno Padre, cuyas disposiciones todas estaba pronto á ejecutar. Y supuesto que veia que era preciso unirse á esta naturaleza para

darle nuevo ser, de bonisima gana aceptaba el partido; pero que como entre las hijas de Eva no habia ninguna exenta de mancha, ni adornada de las prendas adecuadas para ser su madre y esposa como él deseaba, y para llevar al cabo con él la reparacion de los hombres, con el beneplácito de su padre haria el diseño de una que le agradase en todo, que fuese capaz de emplearse en tan alta empresa, en quien el enemigo de los hombres no tuviese nada que reprender, en una palabra que estuviese dotada de todas las perfecciones correspondientes á las calidades de madre y esposa de Dios, reina y reparadora del mundo. No bien hubo acabado, cuando el padre de toda bondad ordenó llamar á la misericordia y la justicia, y habiéndoles manifestado brevemente lo que se habia resuelto, mandó que se diesen el ósculo de paz y que de comun acuerdo contribuyesen de allí en adelante en cuanto pudiera ser á la rehabilitacion del hombre caido. En el mismo instante se postraron todos los espíritus bienaventurados clamando: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos estan los cielos y la tierra de tu gloria. Hé ahí en qué coadyuvó la virgen Maria á los designios de Dios y á la revocacion de la primera sentencia dada contra Adam.

VI. Pero tal vez me dirá aquí alguno que eso no es mas que una invencion poética y una simple meditacion: á lo cual respondo primeramente que es invencion del Espíritu Santo, quien dice con el profeta David que la misericordia y la verdad se encontraron y que la justicia y la paz se besaron (1). En segundo lugar, siendo los efectos las señales indudables de los designios y disposiciones concertadas de Dios, y habiendo pasado la cosa con respecto á la ejecucion del modo que he declarado,

(1) Salmo LXXXIV.

es fácil juzgar que habia sido concertada y resuelta de la misma manera. En tercer lugar quiero se tenga entendido que cuanto he dicho, es fundado en la autoridad de los santos padres y en muy respetables testimonios. Mil y cuatrocientos años há que S. Gregorio de Neocesarea decia á la madre de Dios: «Tú fuiste el principio de nuestra rehabilitacion: por tí tuvimos la esperanza de volver á entrar en el paraíso: por tí se enjugaron nuestras lágrimas y se calmó nuestro dolor (1).» S. German, patriarca de Constantinopla, la llamaba la reparacion de la caída de nuestros primeros padres y la reposicion de sus hijos turbados y perdidos en un estado de paz y sosiego (2). El ángel que hablaba á santa Brigida, le manifestó que con justísima razon podia llamarse árbol de vida la Virgen, porque habia sido dada al mundo para remedio del fruto prohibido y como una fianza de la vuelta del pobre Adam al lugar de donde habia sido echado. Dijole además que Adam no desobedeció á Dios despues de su primera transgresion, sino que se dedicó con todas veras á hacer penitencia de su pecado, y que muerto Abel, resolvió no habitar mas con su mujer; pero que Dios le mandó lo hiciera para la propagacion del linaje humano, y á fin de proporecionarle algun consuelo le manifestó que su Verbo se haria hombre y naceria de los descendientes de Adam; por donde juzgó al punto este que no sucederia de un modo comun y ordinario, sino que seria escogida una virgen capaz de ser contrapuesta á la primera mujer y reparar la culpa cometida por esta. Asi pues como estaba infinitamente disgustado de la desgracia que la plática secreta de Eva con la serpiente habia traído al mundo, así se regocijaba en extremo del coloquio del ángel con la Virgen.

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Orat. de nativ. B. Virg.

Asi como le dolia en el alma que una mujer sacada de su costilla hubiese abierto la puerta á la muerte, así se regocijaba de que otra mujer descendiente de su linaje hiciera entrar de nuevo la vida en el mundo. Asi como se afligia de la presuncion de la primera, se consolaba con la humildad de la segunda. Asi como le contristaba la réplica altanera de aquella, le alegraba la respuesta modesta de esta. Asi como sentia que la palabra de la una hubiese sido causa de la perdicion de él y de sus hijos, así adoraba la divina bondad que habia aceptado la palabra de la otra para la reparacion de todos. Por último suspiraba continuamente por la venida de Maria é importunaba al cielo para que la enviase pronto á fin de restaurar todas las cosas. S. Juan Damasceno introduce á Adam y á su mujer diciendo estas palabras llenas de gratitud y reconocimiento á la madre de Dios: «Bienaventurada, oh santa doncella, que nos fuiste dada por el cielo, porque las penas en que habiamos incurrido todos, fueron relajadas por tu medio. Tú recibiste de nosotros un cuerpo mortal para dotarnos de la inmortalidad. Nosotros cerramos la puerta del paraíso, y tú la abriste de nuevo, al mismo tiempo que el camino para llegar al árbol de vida. Nosotros trocamos la alegría en llanto, y tú desterraste el pesar para sustituir en su lugar el regocijo. En conclusion no puedo decirte otra cosa sino que si somos recibidos en el cielo por una nueva gracia, tú eres la escala por donde subimos á él (1).»

VII. Aqui habria que hacer ver cómo por medio de la Virgen quedó libre el hombre de la dominacion y tirania de Satanás para recobrar su libertad primera, que es el cuarto efecto de su reparacion; pero este discurso vendrá mas á tiempo al fin del tratado cuando nuestro

(1) Orat. 2 de Assumpt.

yo que aquella señora arruinó el reino y destruyó los altares del demonio.

§. X.—El cuarto efecto de la reparación del hombre hecha por la Virgen santísima es la libertad de los cautivos.

I. El abad de Igny en Champaña se queja justamente de la supersticiosa hipocresía del impío rey Acáz, que habiendo recibido orden de Dios para pedirle una señal de la maravilla que quería obrar en favor de su pueblo afligido, lo rehusó maliciosamente, encubriendo su desobediencia con el falso pretexto de que temía tentar á Dios: como si hubiera habido algun peligro en obedecerle con humildad y simplicidad de corazón, y como si por otra parte no hubiesen sido conocidos de todos su idolatría y el temor que tenía de que fuese glorificado el Señor con algun prodigio. «Nosotros, continúa el elocuente abad (1), no tratamos de ser tan desdenosos: recibimos con los brazos abiertos ese signo de paz, que se sirve Dios presentarnos, y de lo íntimo de nuestras almas reconocemos á la Virgen santa no solo por nuestra pacificadora en el alto empireo, sino por nuestra libertadora en los mas profundos infiernos. Allí desató el nudo gordiano que la primera mujer habia hecho: allí quebrantó la cabeza á la serpiente y pasando por cima de ella la hizo vomitar la presa que se habia ya tragado: allí forzó las puertas del infierno y ahuyentó las guardias que tenían cautivo al hombre, restituyéndole su antigua libertad. Allí ató al tirano con las mismas ligaduras con que él sujetaba á los demás, y le hizo la bafa y escarnio de todos.» «Si tuviérais paciencia, decía S. Juan Crisóstomo (2); yo podría llevaros á ver la columna donde fué atada la

(1) Serm. 3 de Annuntiat.

(2) Homil. 2 in Math.

muerte, el patibulo donde fué ahorcado el pecado, y todas las demás señales de esta insigne victoria. Veriais al tirano cargado de cadenas y una muchedumbre de cautivos que recobran su libertad: contemplaríais las ruinas de su fortaleza y los ministros de su crueldad maniatados con las esposas que servian antes para sujetar á los otros. Oh Dios, ¡caán agradable es esta nueva! ¡Cómo aclamaremos á la valiente guerrera por quien hemos sido librados de un estado tan infeliz?» Deleita leer en Crisipo, presbitero de Jerusalem (1), cómo trabajó el diablo y qué ruido metió cuando se vió cogido en la trampa y cargado de grillos y cadenas. ¿Qué es esto? decía para sí. ¿De dónde viene un cambio tan repentino? ¿Cómo es que la que antes me sirvió tan fielmente, ha vuelto las armas contra mí y conspira á mi ruina? Una mujer me puso el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y otra mujer me roba el cetro y pisotea mi diadema. ¿Qué ha sucedido de nuevo para abatirme de suerte que me veo ahora cautivo, cuando estaba acostumbrado á tener presos á los demás? ¿Qué debo de creer de esa mujer que asuela así mi imperio? Por medio de su hijo sanó á aquellos á quienes yo habia causado diversas enfermedades, libró á mis presos, resucitó á mis muertos, dió libertad á mis cautivos y dejó desocupadas mis cárceles. ¡Qué destrozos me ha hecho, porque conozco muy bien que ella es la causa de todas estas maquinaciones! Si yo no hubiera acometido jamás á aquella tonta que se dejó embaucar con mis palabras; no me veria ahora sumergido en un abismo de confusion; no veria á mis esclavos ahorrados y lo que es mas, distinguidos con nuevos honores y con mercedes mas singulares que las que antes poseían. Así hace hablar

(1) Orat. de laudib. Mariæ.

yo que aquella señora arruinó el reino y destruyó los altares del demonio.

§. X.—El cuarto efecto de la reparación del hombre hecha por la Virgen santísima es la libertad de los cautivos.

I. El abad de Igny en Champaña se queja justamente de la supersticiosa hipocresía del impío rey Acáz, que habiendo recibido orden de Dios para pedirle una señal de la maravilla que quería obrar en favor de su pueblo afligido, lo rehusó maliciosamente, encubriendo su desobediencia con el falso pretexto de que temía tentar á Dios: como si hubiera habido algun peligro en obedecerle con humildad y simplicidad de corazón, y como si por otra parte no hubiesen sido conocidos de todos su idolatría y el temor que tenía de que fuese glorificado el Señor con algun prodigio. «Nosotros, continúa el elocuente abad (1), no tratamos de ser tan desdeñosos: recibimos con los brazos abiertos ese signo de paz, que se sirve Dios presentarnos, y de lo íntimo de nuestras almas reconocemos á la Virgen santa no solo por nuestra pacificadora en el alto empireo, sino por nuestra libertadora en los mas profundos infiernos. Allí desató el nudo gordiano que la primera mujer habia hecho: allí quebrantó la cabeza á la serpiente y pasando por cima de ella la hizo vomitar la presa que se habia ya tragado: allí forzó las puertas del infierno y ahuyentó las guardias que tenían cautivo al hombre, restituyéndole su antigua libertad. Allí ató al tirano con las mismas ligaduras con que él sujetaba á los demás, y le hizo la bafa y escarnio de todos.» «Si tuviérais paciencia, decía S. Juan Crisóstomo (2); yo podría llevaros á ver la columna donde fué atada la

(1) Serm. 3 de Annuntiat.

(2) Homil. 2 in Math.

muerte, el patibulo donde fué ahorcado el pecado, y todas las demás señales de esta insigne victoria. Veriais al tirano cargado de cadenas y una muchedumbre de cautivos que recobran su libertad: contemplaríais las ruinas de su fortaleza y los ministros de su crueldad maniatados con las esposas que servían antes para sujetar á los otros. Oh Dios, ¡caán agradable es esta nueva! ¿Cómo aclamaremos á la valiente guerrera por quien hemos sido librados de un estado tan infeliz?» Deleita leer en Crisipo, presbítero de Jerusalem (1), cómo trabajó el diablo y qué ruido metió cuando se vió cogido en la trampa y cargado de grillos y cadenas. ¿Qué es esto? decía para sí. ¿De dónde viene un cambio tan repentino? ¿Cómo es que la que antes me sirvió tan fielmente, ha vuelto las armas contra mí y conspira á mi ruina? Una mujer me puso el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y otra mujer me roba el cetro y pisotea mi diadema. ¿Qué ha sucedido de nuevo para abatirme de suerte que me veo ahora cautivo, cuando estaba acostumbrado á tener presos á los demás? ¿Qué debo de creer de esa mujer que asuela así mi imperio? Por medio de su hijo sanó á aquellos á quienes yo habia causado diversas enfermedades, libró á mis presos, resucitó á mis muertos, dió libertad á mis cautivos y dejó desocupadas mis cárceles. ¿Qué destrozos me ha hecho, porque conozco muy bien que ella es la causa de todas estas maquinaciones! Si yo no hubiera acometido jamás á aquella tonta que se dejó embaucar con mis palabras; no me vería ahora sumergido en un abismo de confusión; no vería á mis esclavos ahorrados y lo que es mas, distinguidos con nuevos honores y con mercedes mas singulares que las que antes poseían. Así hace hablar

(1) Orat. de laudib. Mariæ.

aquel elocuente doctor al príncipe de los espíritus malignos.

II. Pedro de Blois, arcediano de Lóndres, explicando aquel pasaje de Ezequiel en que se dice que se volvió hácia la puerta de afuera, por donde se entraba al santuario por el lado de oriente, sostiene que el profeta hablaba entonces en la persona de Adam y de sus hijos encerrados en la cárcel de su cautiverio; y es como si hubiera dicho: despues de tantos años que estoy desterrado de mi patria, confinado en este lugar de miserias y sepultado en este calabozo, he vuelto muchas veces los ojos á todas partes para buscar alguna salida; pero siempre en vano, porque ni el cielo, ni la tierra no han podido socorrerme: ¿y cómo pudieran hacerlo los hombres cuando estaban comprendidos lo mismo que yo en la sentencia de proscripción? Los ángeles mismos no pudieron libertarme y el mundo no tuvo facultad para lograrlo. Al fin puse la vista en la puerta exterior del santuario, que no es otra que la madre de Dios, porque siendo la puerta del santuario interior y de la divinidad del Hijo, el Padre, de quien procede por la generacion eterna, se sigue que la puerta del santuario exterior es la madre del Verbo encarnado, por donde salió por la generacion temporal para venir á sacar al hombre del abismo en que estaba sumergido. Esta es la verdadera puerta oriental, porque por ella entró el sol de justicia en la cárcel del mundo para iluminar á los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

III. Entonces se cumplió la profecía de Isaías, y los que andaban á tientas en medio de las tinieblas, vieron una gran luz que los regocijaba, gracias á la Virgen santísima, por cuyo medio, dice S. Bernardo (1), empezamos

(1) Epist. ad Lugdun. canonic.

á levantar la cabeza y á gozar de la agradable luz del cielo, de que habíamos estado privados tanto tiempo. «Con efecto aunque el primer hombre (son palabras de san Pedro Damiano) habia sido criado en la luz de mediodia á imágen de su criador, así que consintió en el pecado, se vió rodeado de tinieblas, y desde entonces la haz de la tierra quedó cubierta de una lóbrega nube, y hasta la vírgen Maria nadie tuvo poder para salir de ella y mucho menos para sacar á los otros. Tan lejos de eso, cuanto mas iba adelantando el mundo, mas se condensaba aquella nube negrisima de la muerte, donde estaban sumergidos los hijos de Adam, hasta que subiendo sobre nuestro horizonte la Vírgen como una bella aurora trajo consigo la promesa de la próxima salida del sol, que debia de hacer ver otra vez al primer hombre el mediodia en que fué criado y de que gozó tan poco tiempo (1). «Entonces, dice S. Gregorio Taumaturgo, aparecieron los primeros rayos de la luz intelectual: entonces se descubrieron las fuentes de sabiduría é inmortalidad (2).» «Entonces apareciendo la Vírgen como el hermoso astro de la noche, dice S. German de Constantino-
pla, se disiparon las tinieblas y se inundó el calabozo de claridad (3).» Entonces se vió levantarse en nuestro hemisferio el alba que S. Gregorio llama la esperanza del sol (4), ó por mejor decir brillar por todas partes un abismo de luz, segun dice S. Epifanio (5), y desterrar la oscuridad del mundo. «Entonces los antiguos padres, dice S. Andrés de Jerusalem, que estaban encerrados en sus tenebrosos calabozos, vieron por entre el nacimiento de la vírgen Maria, como por la mira del as-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Orat. 2 de Annuntiat.

(3) Orat. de nativit. Virg.

(4) Lib. 4 Moral, cap. 14.

(5) Serm. de S. Deipara.

trolabio el sol que salia rasgando la nube y venciendo la oscuridad de la noche para penetrar en los rincones mas escondidos de la triste mansion de aquellos (1).»

IV. A la luz se siguió al punto la alegría, así como en pos de la oscuridad habia venido la tristeza. Por esta razón el citado S. Andres llama á la Virgen el instrumento y la madre de la alegría (2). El presbitero Hesiquio la apellida el principio del regocijo (3); y ella misma aseguró á santa Brigida que su natividad proporcionó un contento general á todo el mundo. Tal es la voz y el sentir de la iglesia. «Así lo pedia la razon, dice S. Gregorio Niseno (4), porque como la primera mujer habia sido condenada despues del pecado á las lágrimas y á la tristeza, estando la segunda destinada á restaurarnos en la gracia debia tambien de restituir la alegría. Aquella merecia ser atormentada de dolores antes y despues del parto, y esta debia de reconocer por la abundancia de su gozo que en verdad tenia en sí la fuente de él: aquella dando entrada al pecado en el mundo habia abierto al mismo tiempo la puerta al llanto, y esta concibiendo y pariendo el fruto de vida era por lo mismo la madre de nuestro contento.» Los mas de los padres reconocen este secreto en la primera palabra que le dijo el celestial parainfo, y todos juntos nos convidan á regocijarnos de esta buena nueva, porque la primera palabra pronunciada para nuestra reparacion trajo al mismo tiempo el regocijo. Gózate, oh Virgen santa, le dice S. Gregorio de Neocesarea (5), porque todo lo que viene de ti, trae su gozo, su decencia y su honestidad. Gózate, porque eres la mansion del gozo sobrecestial. Gózate, porque por tu me-

(1) Serm. de Annuntiat.
(2) Serm. de Annuntiat.
(3) Orat. de S. Deipara.

(4) Hom. 43 in Cant.
(5) Serm. de Annuntiat.

dio recobran los hombres el gozo perdido y son repuestos en su primer grado de honor.» «Gózate, le dice Crisippo (1), porque tienes contigo el tesoro de todo el gozo del mundo y aun al rey del gozo y de la gracia. El bienaventurado mártir Metodio usó una expresion muy enfática, llamándola el principio, el medio y el fin de nuestros regocijos (2). Por aquí se puede colegir si no es razonable que tenga ella gran parte en nuestras alegrías y que nuestras fiestas empiecen, continúen y acaben por ella; en una palabra que sea el objeto de las mas, pues fué el principio de todas (3).

XI.—El quinto efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima fué la esperanza de recurso.

I. Figurémonos á un pobre hombre agobiado de achaques, de vejez y de trabajos y postrado en una cama: veámosle con el rostro macilento, la nariz afilada, las extremidades yertas, el corazón desfallecido, privado de los sentidos, cubierto de un sudor frio, sin movi-

(1) Orat. de S. Deipara.

(2) Serm. in Hyp.

(3) Adición de la madre Maria J. de Blemur. — «Recurramos á esta Virgen gloriosa y poderosa y digámosle con un devoto suyo en nombre de toda la naturaleza humana: Oh Maria, tú eres la puerta del cielo; ven, y la verdadera luz que esperamos de ti, disipe pronto las tinieblas de la ignorancia y del pecado. Tú eres el árbol de vida; ven y danos el fruto de la verdadera vida, el fruto que ha de sustentar á la tierra y al cielo, á los hombres y á los ángeles por toda la eternidad. Tú eres el arca

de la nueva alianza; ven, reconcilianos con Dios y destruye las enemistades que separan á la criatura del Criador. Tú eres el tesoro de los pobres, el amparo de los débiles, la libertad de los cautivos, la vida, la dulzura y la esperanza de todo el mundo: ven y consuela á los desdichados hijos de Eva, desterrados del paraíso de la tierra y del cielo: mucho há que suspiran por tí para librarse de la servidumbre del pecado y del demonio y pasar de las tinieblas y de la sombra de la muerte á la luz y á la santa libertad de los hijos de Dios.»

miento, sin pulso y sin ninguna señal de vida. Los médicos le han abandonado ya dándole por muerto. Si de pronto viéramos que volvía en sí, recobraba las fuerzas, se levantaba sano y con brio y se presentaba con el vigor de la edad viril; ¿podría dudarse que había venido algún ángel del paraíso á traerle el fruto del árbol de vida, la salud, la fortaleza y la juventud? Y quien hubiese visto al mundo despues de cuatro mil años agobiado de años, de trabajos y de dolores, afligido de miserias y pronto á espirar, que recobraba casi instantáneamente su vigor primitivo, se ponía en pie y se rejuvenecía en poquisimo tiempo; ¿podría dudar que había recibido algún auxilio inesperado del cielo y algún remedio extraordinario? Si se me pregunta quién le trajo este remedio, diré que la virgen Maria, y si cuesta dificultad creerlo, oigamos á S. Andrés de Jerusalen. «Hoy, dice hablando del dia de la Anunciacion (1), el artífice de todas las cosas lleva al cabo lo que tenia resuelto hacia mucho tiempo: hoy el hombre toma nuevo aspecto, y el mundo ya viejo y desfallecido es renovado por una juventud espiritual que ahuyenta la vejez del pecado.»

II. Figurémonos sinó un bello jardin abrasado por el sol de la canícula, los árboles y las plantas agostadas, las flores secas apenas nacen, la yerba quemada y el pobre jardinero desesperado al ver que sus afanes de tantos meses quedan inútiles en pocos dias. Si levantándose una mañana con ánimo de arrancarlo todo encontrase los árboles y las plantas lozanas, las flores vivaces y con su natural belleza y el jardin todo renovado y mas hermoso que nunca; ¿podría negar que había bajado invisiblemente algún ángel del cielo ó por lo menos que introduciéndose mansamente una benéfica lluvia en las en-

(1) Serm. de Annuntiat.

trañas de la tierra había restituido su vigor y lozanía á todos aquellos vegetales? En ese jardin seco y agostado tenemos una imágen del mundo antes que Dios le socorriese, y por el beneficio que recibió de una lluvia mansa y saludable; podemos juzgar de la obligacion que todos tenemos á la madre de Dios, enviada del cielo para refrigerio de nuestro linaje, mas abatido y marchito por el pecado que el jardin de que hablamos. Asi lo piensan dos esclarecidos siervos de la Virgen, es á saber S. Buenaventura, el cual dice (1) que con la venida de Maria se regocijaron todas las criaturas y recobraron su antiguo verdor y lozanía como si hubiese sido una lluvia deseada; y S. Pedro Damiano, quien afirma (2) que Maria fué el manantial que dividiéndose en cuatro brazos regó no solo el paraíso de delicias, sino toda la redondez de la tierra (3).

III. Imaginémonos en tercer lugar aquel árbol frutal de un tamaño desmedido, de igual altura, de una hermosura incomparable, cargado de hojas y frutos, segun le vió el profeta Daniel en una vision (4). Todas las aves del cielo posan sobre sus ramas, y todos los animales de la tierra se guarecen bajo su sombra. Oigamos una voz del cielo que grita: Sea derribado y cortado hasta la raiz. Al punto es chapodado de sus ramas y se forma un monte tallar. Fijemos la vista en el tronco que va á ser derribado por tierra y á despachurrar con su mole á todos los seres vivientes, que se cobijan debajo de sus ramas. ¿Y qué

(1) Specul. B. Virg., cap. 7.
(2) Petr. Dam., Serm. de Annuntiat.

(3) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur. «Hacia mucho tiempo que los justos de la ley antigua la pedían á Dios, como nos lo manifiestan estas

palabras del profeta Isaías: «Cielos, envidad rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y brote al Salvador.» Lo que pidieron los otros, lo alcanzó la Virgen santísima.»

(4) Dan., cap. IV.

diríamos si al cabo de algun tiempo le viéramos de nuevo en pie mas bello, verde y lozano que antes, con tantos animales y mas así del aire como de la tierra? Me congratuló con un docto moderno (1), que sostiene que segun los sentidos místicos aquel árbol es el primer hombre en el estado floreciente en que se encontraba en el paraíso terrenal, dotado de todo género de prendas singulares, teniendo bajo las ramas de su proteccion no solo á toda su posteridad, sino tambien á los animales y demás criaturas que le estaban sujetas. De ese estado fué derribado por el pecado para secarse como un tronco inútil que solo espera el hacha y el fuego; pero la divina providencia, que no queria perderle sin recurso, ordenó que la raiz, es decir, la Virgen segun la profecia de Isaias (2), fuese conservada en la tierra para brotar un nuevo tronco sin comparacion mas hermoso que el primero, á saber, nuestro señor Jesucristo, por cuyo medio habia de comunicarse nueva vida y vigor á los hombres, que son sus ramas místicas, para animarlos y hacerlos producir frutos mucho mas sabrosos que antes (3).

IV. Dios del cielo, ¡qué consuelo recibieron los espíritus bienaventurados cuando vieron que nuestra tierra se animaba y que aquella raiz mediante las celestes influencias producía un árbol nuevo, que elevaba su cima

(1) Benit. Perer, sobre el lugar citado de Daniel.

(2) Isai., cap. XI.

(3) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur. «Este vástago, dice el profeta Isaias, será expuesto como una bandera delante de todos los pueblos; las naciones vendrán á ofrecerle sus

oraciones: entonces se reunirán los fugitivos: los que no se atrevían á comparecer delante de Dios y huían del cielo, se reunirán á él de las cuatro partes del mundo, serán animados de una vida nueva y producirán los frutos excelentes de las virtudes y las buenas obras.»

hasta las nubes y extendía sus ramas al oriente y al poniente, al norte y al mediodia; cuando divisaron aquel santo plantel y los hermosos vástagos que crecían al rededor del tronco para poblar otra vez el paraíso! Este instante le reconozco por el nacimiento del mundo con infinito mas motivo que el de la creacion del cielo y de la tierra: este instante fué el principio de nuestra felicidad y el comienzo de nuestras esperanzas: en este instante adquirió la virgen Maria todos los hijos de Adán como un feudo eterno que no puede disputársele. ¡Ay del que no quiera depender de ella perpetuamente! Pero quiera ó no, por siempre quedará deudor á ella del bien de que estuvo en su mano gozar. En cuanto á los que tengan la honra de ser trasplantados al paraíso de delicias, mientras conserven su verdor y lozania primera, bendecirán el tronco y la raiz de donde salieron, y no desearán ser mas hermosos y lozanos sino para conocer mejor las grandezas del uno y de la otra

V. Finalmente traigamos á la memoria la imágen de un diluvio universal, y porque no hay otro mas espantoso que el que ocurrió en tiempo de Noé, contemplemos en él la horrible faz del universo trastornado en todas sus partes. Reparemos el cielo irritado que ha abierto sus cataratas para anegar la tierra: veamos cómo las fuentes, los rios y los mares salen de madre y rompen sus diques naturales para sumergir en sus olas á todos los seres que viven en el aire ó en la tierra. Concibamos, si podemos, cómo son sorprendidos todos los animales no obstante su ingenio é industria natural, siendo al fin anegados en las aguas, y cómo no hay artificio que preserve á los hombres de ser sumergidos. Figúremonos los gritos de los unos, los temores de los otros y la desesperacion general de todos. Veamos una muchedumbre innumerable de cuerpos que nadan aun sobre las aguas, y otros tantos que se van á pique unos des-

pues de otros, y contemos, si es posible, los que están ya podridos en sus casas ó en los montes donde creían librarse, ó que han servido de pasto á los peces y monstruos del mar. ¡Y qué! ¿Habrá perecido para siempre el linaje de los hombres y la posteridad de Adam? ¿No hay ya esperanza de socorrer al mundo afligido en tan extrema calamidad? Si la hay, con tal que se quiera echar mano de ella. Allí se columbra una navecilla en figura de arca, que es llevada sobre las olas y se sostiene á pesar de la furia y braveza de ellas. Vé ahí la única esperanza del mundo: vé ahí los que han de repoblar el universo: vé ahí de dónde depende la dicha de toda la posteridad de Adam. Si lo consideramos despacio; echaremos de ver una bellísima figura de la madre de Dios y de la renovacion del mundo que ella causó. Así lo dice S. Bernardo en estos términos (1): «El arca de Noé significó el arca de la gracia, es decir, la excelente madre de Dios. Por aquella se libraron algunos del diluvio del agua; por esta todos los hombres se salvaron del naufragio del pecado. Noé labró aquella para preservarnos con los suyos de la inundacion general; Jesucristo, nuestra paz y nuestro refugio, reparó esta para salvar á sus hijos de la muerte eterna. Aquella no libró del peligro comun mas que á ocho personas, y esta puso en seguridad á los hijos de Adam. En aquella se trabajó por espacio de cien años, y en esta se empleó toda la perfeccion de las virtudes representada por el número ciento. Para aquella solo sirvieron maderas labradas y pulimentadas, y en esta solo concurrieron virtudes excelentes y cumplidas. Aquella solo era llevada sobre las aguas del diluvio, y esta nada por cima de toda suerte de pecados é imperfecciones.»

(1) Serm. 2 de Nativit.

VI. El ángel que instruía á santa Brígida, continúa de esta manera el paralelo de una y otra: «Noé habia conocido mucho tiempo antes de labrar su arca el uso que habia de tener: Dios habia previsto abeterno el estado de la Virgen en particular y el bien que ocasionaria á los hombres. Noé tenia un singular deleite en preparar su arca por el beneficio que habia de redundar al mundo, y Dios se holgaba infinitamente mas cuando hacia los planes de María y los ponía por obra. Noé recibia una alegría señalada al saber que su arca no padeceria ningun detrimento por las aguas del diluvio, y Dios se complacia sin comparacion mas en su obra, porque sabia seguramente que nunca seria ofendida por las olas, ni por las aguas saladas del pecado. Noé se complacia en considerar su arca tan bien embetunada y calafateada, que no podia entrar nada por fuera, y Dios se holgaba aun mas en ver la abundancia de la uncion interior del Espiritu Santo derramada sobre el cuerpo y el alma de la Virgen santísima, de suerte que no podia ser penetrada por ninguna delectacion sensual, ni dañada por ningun movimiento de vanidad. Noé paseándose por su arca se consolaba al verla tan espaciosa y capaz; y Dios mucho mas al ver la capacidad del seno y del corazón de María, que le bastaba, aunque le fuese estrecho todo el mundo. Noé sabia muy bien que entraria en el arca sin causarle detrimento y que saldria tan sano y vigoroso como habia entrado, y Dios conocia mucho mejor que así como no perjudicaria en nada á la integridad de su madre, tampoco él recibiria daño, ni menoscabo alguno de la mansion que hiciese en las sagradas entrañas de ella. Una sola diferencia hay entre entre el arca y la virgen Maria, y es que Noé no ignoraba que el arca despues de salir él habia de quedar vacía en los montes de Armenia sin saberse lo que seria de ella en lo sucesivo, y nuestro salvador estaba certisimo de que su bendita ma-

dre quedaria llena de las gracias y bendiciones del cielo y que por toda la eternidad la tendria él á su lado como la prenda mas preciosa del mundo y el honor del cielo y de la tierra.

VII. — ¡Cómo me congratulo con el glorioso S. Epifanio (1) por haber sacado el pronóstico de tantos beneficios como nos han venido por la madre de Dios, del nombre mismo de esta, que equivale á esperanza, porque en ella despues de su hijo se fundaba toda la esperanza que podiamos tener de nuestra reparacion! Y si los antiguos recibian mas propiciamente la fortuna que llamaban de retorno, la cual habia sido agitada de la borrasca de algun contratiempo, que aquella que habia ido siempre viento en popa y á medida del deseo; ¿qué deberemos de sentir de nuestra fortuna renaciente y de nuestra condicion mejorada por sus propios trastornos? Pero ¿qué recibimiento convendria hacer á aquella que tan acertadamente gobernó esta fortuna y condujo al puerto de gracia y de gloria nuestra pobre nave, la cual esperaba á cada paso ser azotada por algun viento ó tragada por algun remolino? Esa navecilla llevará siempre en lo mas alto de la proa la imágen de la que la salvó, como si fuera la de alguna deidad tutelar, y publicará las obligaciones que le tiene por haberla librado de un peligroso naufragio inevitable y haberla restituido sana y salva al puerto de salud. Cuantos hayan arribado á él, pregonarán siempre sus excelencias y grandezas y pagarán tantos beneficios con un perpetuo agradecimiento (2).

(1) Serm. de S. Deipara. hijo: una dichosa experiencia
 (2) Adicion de la M. Maria atesta tu poder y misericordia:
 J. de Blemur.—«Maria, tú eres no ceses jamás de ser buena,
 nuestra esperanza. Por tí tenemos para que nosotros dejemos de
 entrada á la presencia de tu ser desgraciados.»

SEXTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO VII.

QUE ES LA GOBERNADORA DE LA IGLESIA.

No podia el apóstol S. Pedro escoger un nombre mas á propósito que el que dió á los hijos de la iglesia cuando los llamó sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisicion (1); porque si ha habido jamás un rey que haya conquistado su reino con la punta de la espada, ha sido verdaderamente el Salvador, ese gran conquistador que no economizó ni su sangre, ni su vida, segun deciamos poco antes. Esto me obliga á profundizar mas en la consideracion de su reino, porque cuando un principe de tal mérito le compró á tan alto precio, no puede menos de ser muy excelente. Espero que el lector se holgará de ver á la reina que le ayudó á conquistar, ocupada en gobernarle con su hijo y esposo.

§. I.—De la calidad de rey espiritual y cabeza de la iglesia, segundo titulo del salvador de nuestras almas. ®

I. Aunque á primera vista parece que el reino de Salomon, que hemos tomado por una de las figuras mas in-

(1) Epist. I de S. Pedro, c. II.

dre quedaria llena de las gracias y bendiciones del cielo y que por toda la eternidad la tendria él á su lado como la prenda mas preciosa del mundo y el honor del cielo y de la tierra.

VII. — ¡Cómo me congratulo con el glorioso S. Epifanio (1) por haber sacado el pronóstico de tantos beneficios como nos han venido por la madre de Dios, del nombre mismo de esta, que equivale á esperanza, porque en ella despues de su hijo se fundaba toda la esperanza que podiamos tener de nuestra reparacion! Y si los antiguos recibian mas propiciamente la fortuna que llamaban de retorno, la cual habia sido agitada de la borrasca de algun contratiempo, que aquella que habia ido siempre viento en popa y á medida del deseo; ¿qué deberemos de sentir de nuestra fortuna renaciente y de nuestra condicion mejorada por sus propios trastornos? Pero ¿qué recibimiento convendria hacer á aquella que tan acertadamente gobernó esta fortuna y condujo al puerto de gracia y de gloria nuestra pobre nave, la cual esperaba á cada paso ser azotada por algun viento ó tragada por algun remolino? Esa navecilla llevará siempre en lo mas alto de la proa la imágen de la que la salvó, como si fuera la de alguna deidad tutelar, y publicará las obligaciones que le tiene por haberla librado de un peligroso naufragio inevitable y haberla restituido sana y salva al puerto de salud. Cuantos hayan arribado á él, pregonarán siempre sus excelencias y grandezas y pagarán tantos beneficios con un perpetuo agradecimiento (2).

(1) Serm. de S. Deipara. hijo: una dichosa experiencia
 (2) Adicion de la M. Maria atesta tu poder y misericordia:
 J. de Blemur.—«Maria, tú eres no ceses jamás de ser buena,
 nuestra esperanza. Por tí tenemos para que nosotros dejemos de
 entrada á la presencia de tu ser desgraciados.»

SEXTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO VII.

QUE ES LA GOBERNADORA DE LA IGLESIA.

No podia el apóstol S. Pedro escoger un nombre mas á propósito que el que dió á los hijos de la iglesia cuando los llamó sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisicion (1); porque si ha habido jamás un rey que haya conquistado su reino con la punta de la espada, ha sido verdaderamente el Salvador, ese gran conquistador que no economizó ni su sangre, ni su vida, segun deciamos poco antes. Esto me obliga á profundizar mas en la consideracion de su reino, porque cuando un principe de tal mérito le compró á tan alto precio, no puede menos de ser muy excelente. Espero que el lector se holgará de ver á la reina que le ayudó á conquistar, ocupada en gobernarle con su hijo y esposo.

§. I.—De la calidad de rey espiritual y cabeza de la iglesia, segundo titulo del salvador de nuestras almas. (R)

I. Aunque á primera vista parece que el reino de Salomon, que hemos tomado por una de las figuras mas in-

(1) Epist. I de S. Pedro, c. II.

signes del Salvador, fué puramente temporal; no obstante el que medite bien las palabras que dice de sí mismo en el libro de la Sabiduría (1), á saber, que Dios le hizo sentar en el trono para edificarle un templo; quien considere maduramente que aquel principe jóven no alegó otro motivo mas poderoso que ese para pedir á Dios la sabiduría; quien reflexione sobre la gran paz y felicidad de que se gozó en su reinado, y sobre las infinitas riquezas que tuvo á su disposicion, creo se persuadirá fácilmente á que el fin de ese reino fué mas espiritual que temporal y que el designio de Dios no se limitó á la cumbre del monte Moria, ni aun á la Palestina, sino que aquel templo figuró un edificio espiritual, á saber, la iglesia del Salvador. De ninguna manera puede comprobarse esto mejor que cotejando las medidas del uno con las del otro.

Fin del templo.

II. Nueve cosas principalmente hicieron recomendable el antiguo templo de Salomon, las cuales se encuentran en grado muy eminente en la iglesia de Dios, es decir, en el reino espiritual del Redentor. La primera es el fin expresado por el mismo Salomon en el capítulo II del libro segundo del Paralipomenon en estos términos: «Porque la casa que he de labrar, ha de ser grande, por cuanto el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses. ¿Quién pues habrá tan poderoso, que pueda edificarle casa digna de él?» Es verdad que no puede tenerse un fin mas excelente que ese; pero la iglesia llega á él mucho mas decididamente y con medios mas altos que la antigua sinagoga.

(1) Sab., cap. IX.

El autor del templo.

III. La segunda es su autor, porque á mas del plan que Dios dió, dos principes incómparables emplearon toda la diligencia é industria con que los habia favorecido el cielo. Y aunque David trazó los planes y aprestó los materiales, la gloria de la fábrica se atribuye especialmente á su hijo Salomon por las razones referidas en el libro segundo de los Reyes y el primero del Paralipomenon, y en particular porque siendo David un principe guerrero y dado al ejercicio de las armas, debia de procurar mas bien dejar un reino tranquilo á su hijo que gozar plenamente de la paz conquistada. Por lo demás ¿qué proporcion puede haber entre David y Salomon por una parte y el Padre eterno y su amado hijo por la otra, que son los únicos fundadores de la iglesia, de la cual podemos decir en verdad con el mismo David que el Altísimo echó sus fundamentos? Bien es cierto que aunque Dios padre tuvo abeterno en su mente la idea de esta pieza acabada, con todo porque era el Dios de los ejércitos y estaba ocupado en reducir á un pueblo rebelde, cedió de buena gana el honor de este noble designio al principe de paz su amado hijo Jesus.

Grandeza del templo.

IV. La tercera es la grandeza, la cual comprende primero su extension, comparada muchas veces en la Escritura con una ciudad, despues el número y diversidad de oficios, corredores, atrios, muros y compartimientos que habia en él, y la muchedumbre de los ministros, que subian á veces á setecientos ú ochocientos. Mas cuando fijo la vista en la iglesia cristiana, aquella antigua fábrica no me parece otra cosa que un chocil. Bien lo conocia el pro-

feta Baruch, cuando hablaba á la iglesia bajo el nombre de Israel en estos términos: «Oh Israel, ¡cuán grande es la casa de Dios y cuán espacioso el lugar de su posesion! Grande es y no tiene fin (1).» Contemplándola Isaías oía á los hijos de la estéril Raquel, es decir, de la iglesia, quejarse de estar aposentados con estrechez; y en otro lugar dice: «Ensancha el sitio de tu tienda y extiende las pieles de tus pabellones; no seas escasa: haz largas tus cuerdas y refuerza tus estacas, porque te extenderás á la derecha y á la izquierda (2);» ó segun se expresa en otro lugar, vendrán los pueblos del oriente y del poniente, del norte y del mediodia. El profeta Zacarías veía con el mismo espíritu que las murallas de Jerusalem caian por tierra para recibir á los habitantes sin número que se presentaban (3). S. Juan consideraba al ángel del Señor derramando su copa sobre el rio Eufrates para dejarle en seco á fin de dar paso á los reyes que habian de ir á conquistar las naciones extranjeras. En cuanto al número de los oficiales y ministros del estado espiritual del Salvador no se necesita mas que tener ojos para juzgar que exceden incomparablemente á los otros é igualan en cierto modo á las estrellas del firmamento.

Fortaleza del templo.

V. La cuarta es la fortaleza de este templo, que parecia desafiar el tiempo y haber de ser eterno; por cuya causa le comparaba David al unicornio, que se hace terrible á todos los animales de la tierra (4). No obstante esto no era nada en comparacion de la iglesia, representada por el cuarto reino de Daniel (5), el cual

(1) Baruch., c. III.
(2) Isai., LXIV.
(3) Zachar., II.

(4) Salmo LXXVII.
(5) Dan. II.

debía de derribar todos los demás, por el cetro de hierro de David que se hizo para abatir á todas las naciones de la tierra, y por la piedra del Evangelio (1), contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno.

Altura del templo.

VI. La quinta es la altura, porque estaba sentado sobre la cumbre de dos montes altos; por cuya causa los extranjeros llamaban al Dios de Israel el Dios de los montes (2). Mas cuando el profeta Isaías contempla la iglesia católica, la ve sobre un monte tan elevado, que tiene sus raíces sobre la cumbre de los montes mas altos (3): tanto es lo que se eleva sobre la sinagoga y sobre cuanto ha habido de grande y eminente.

Hermosura del templo.

VII. La sexta es su hermosura singular, ya se le considere por fuera, ya por dentro. Esta hermosura hacia que David suspirase de continuo por la santa Sion y se contentase con la única dicha de ver la casa de Dios. La llamo sin igual, cuando se compara con cualquier otra que no sea la magnífica ciudad labrada de oro y piedras preciosas, que vió S. Juan bajar del cielo á la tierra (4), porque cuando se llega á este punto, hay que confesar que aquel templo que la figuraba, pierde su lustre y esplendor y no es nada puesto en parangon con tal portento de hermosura.

(1) Math., XVI.
(2) III Reg., XX.

(3) Isai., II.
(4) Apocal., XX.

Riquezas del templo.

VIII. La séptima son sus riquezas inestimables para quien no ha leído y considerado lo que se dice de él en diversos lugares de las santas escrituras; pero tenga el lector un poco de paciencia, que en el capítulo X haré ver que el oro y la plata de Salomon no valian nada en comparacion de los inagotables tesoros del reino espiritual del Mesias.

Santidad del templo.

IX. La octava es su santidad, en razon de la cual se llama el santo de los santos, y no solamente se da este nombre al templo, sino á todos los contornos, como dice el profeta Ezequiel (1). No obstante tanta proporcion como hay entre la figura y la verdad, la sombra y la luz, la tierra y el cielo, otra tanta y no mas hay entre la santidad del antiguo templo y la de la iglesia de Dios, que es santa y mil veces santa en la persona del que la fundó, en sus sacramentos, y especialmente en el augusto del altar, en sus ministros, en sus costumbres y en todo el pueblo cristiano, en cuanto es el cuerpo místico del Salvador.

Gloria del templo.

X. La última es su gloria y fama, la cual se difundió de tal suerte por todas partes, que los mismos paganos le tenían por el edificio mas soberbio del mundo, siendo así que en lo demás formaban una idea muy baja del

(1) Ezeq., XXVIII.

pueblo judío. Pero oigo al profeta Isaías, el cual promete al nuevo pueblo de Dios que será el honor y la maravilla de los siglos futuros (1); y al profeta Aggeo (2), quien afirma que la gloria de la segunda casa, que es la iglesia, será muy diferente de la de la primera, todo para honra y gloria del gran rey Jesus, principe de este estado espiritual erigido para la felicidad eterna de los escogidos.

XI. No teniendo todo este discurso otro fin que el de hacer ver sucintamente de qué reino es reina la esposa sin par, se trata ahora de averiguar el honor que recibe y el poder que tiene en él con grandísima ventaja de todos los vasallos del rey del cielo y suyos. Diremos algo en lo restante de este capítulo.

§. II.—Que la Virgen santísima es verdaderamente la gobernadora de la iglesia.

I. Jorge Codin, diligente historiador del imperio griego, que muchos juzgan haber sido apellidado Curopalato á causa del oficio que desempeñaba en el palacio imperial, refiere una costumbre notable que se observaba en la corte de Constantinopla (3). Dice que acabada la comida entraban dos oficiales en la sala y el emperador se ponía en pie sosteniéndole dos pajes para ejecutar respetuosamente la siguiente ceremonia. Uno de los oficiales llevaba vino en una taza de oro con una servilleta y el otro tenía en la mano un plato del mismo metal con un pedazo de pan, que llamaban panagia. En cuanto se presentaban, hacían una profunda reverencia al emperador, el cual por su parte se inclinaba ante aquel manjar misterioso, y todos los asistentes gritaban en un mismo tono: *Panagia, panagia*. Entonces el oficial que llevaba el

(1) Isai., LX.

(2) Agg., II.

(3) En el cap. VII citamos

ya este hecho con referencia á la madre Maria J. de Blemur.

pan, le ponía en manos del escudero, quien le daba al mayordomo mayor para presentarle al emperador: este le tomaba y comía con respeto, bebía un sorbo de vino y despedía al mayordomo mayor y á los que le acompañaban, deseándoles largos años de vida como ellos habían hecho antes. Diversos autores han indagado diligentemente el origen de esta costumbre, y me parece que uno moderno le ha hallado en el libro que se intitula *Reloj de los griegos* (1). Allí se dice que esa costumbre se derivaba de los apóstoles, los cuales despues de la muerte del Salvador, ya comiesen juntos, ya cada uno de por sí, dejaban siempre vacío el puesto mas honroso con un cojín y un cubierto en memoria de su buen maestro, con quien habían comido y bebido tantas veces; y al fin de la comida repartían el pan entre sí cantando estas palabras: «Gloria sea á tí, nuestro Dios; gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Grande es el nombre de la santísima Trinidad: Señor Jesus, ayúdanos. Desde Pascua hasta Pentecostés en lugar de las palabras: Grande es el nombre de la santísima Trinidad; decían: Cristo resucitó. Sucedió pues que habiéndose trasladado á Jerusalem para asistir al tránsito y funeral de su buena madre la virgen Maria, cuando volvieron de Getsemaní á los tres dias de la muerte de aquella, como hubiesen empezado ya la acostumbrada ceremonia despues de la comida, se apareció en el aire la Virgen rodeada de luz y gloria; lo cual les causó no menos alegría que admiración, de suerte que en vez de las palabras que decían en su hacimiento de gracias ordinario, exclamaron: *Panaqia Deipara, adjuva nos*; es decir, madre de Dios toda santa, ayúdanos. A lo cual respondió Maria con semblante lleno de bondad y majestad: Yo estoy con vos-

(1) Gretser., comment. in Codinum., c. 2.

otros todos los dias. Oh santa señora, nosotros recibimos con las manos juntas y el corazón agradecido esas palabras de buen agüero, y esperamos coger de esa grata promesa frutos de admirable dulzura.

II. En verdad era una cosa congruente que habiendo sido coronada la virgen Maria reina del cielo y de la tierra y reconocida por señora y soberana en todo el reino de su hijo, diera parte de esta buena nueva á los santos apóstoles antes que á nadie, especialmente cuando su amado Jesus no se había desdeñado de hacerles la misma merced. Con efecto el evangelista S. Mateo nos dice que estando el Salvador para subir al cielo, les aseguró que había recibido plena potestad de su padre y les prometió que estaría con ellos y sus sucesores hasta el fin del mundo; en lo cual hallo un motivo de grandísimo consuelo para los hijos de la madre de Dios en particular y para toda la iglesia en general, y es que la Virgen quiso valerse de las mismas palabras de su hijo y con el mismo tenor les prometió su auxilio y asistencia para toda la duración de los tiempos. Y así debía de hacerlo, porque el reino de su hijo y el suyo es el mismo, los vasallos los mismos y el poder el mismo, aunque pertenece al hijo por derecho de naturaleza y á la madre por gracia del hijo. Pero salvo esta diferencia, la voluntad del rey de la gloria es que su madre tenga la superintendencia absoluta de su reino, que disponga con él de sus vasallos, que nombre todos sus oficiales, que vele sobre su comportamiento, que firme las gracias y mercedes, que dé leyes y estatutos, en una palabra que haga todos los ministerios de reina y gobernadora con él. Por estas razones la he llamado gobernadora de la iglesia que es el reino espiritual del Salvador.

III. Y si no que se me diga por qué la misma iglesia había de darle el glorioso título de reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los

mártires, de los confesores y de las vírgenes, pues el decir que esos elogios solamente se le tributan porque excede á los ángeles en pureza, á los patriarcas en perseverancia, á los profetas en conocimiento, á los apóstoles en santidad, á los mártires en valor, á los confesores en paciencia y á las vírgenes en castidad, es rebajar demasiado el honor de María santísima. Por mi parte nunca me persuadiré á que el nombre tan magnífico de reina no signifique mas que una simple excelencia sin poder ni dominio, especialmente siendo dado á la madre de Dios; porque me parece que esta idea no sería honrosa ni para ella, ni para su hijo. Así digamos claramente que se llama la reina de los ángeles, porque dispone de ellos con entera potestad para bien de los hijos de Dios: que se llama la reina de los patriarcas, porque todos los de la ley antigua eran como los escalones de su grandeza, y los de la nueva son otras tantas criaturas que ella promueve á los empleos y al gobierno del estado de su hijo: que se dice la reina de los profetas, porque sirvió de asunto á los antiguos y de directora á los nuevos: que lleva el título de reina de los apóstoles por haber sido la regente del sacro colegio y la maestra de la iglesia primitiva: que se le da el nombre de reina de los mártires por las ocasiones de derramar su sangre que les proporciona, y por el valor que les infunde para sufrir la muerte: que es la reina de los confesores á causa de la longanimidad que impetra para ellos, y del glorioso empleo con que honra su confesion: que tiene no solo la calidad, sino los efectos de reina de las vírgenes, porque las convida á seguirla y tiene particularísimo cuidado de su castidad.

IV. El ángel que instruía á santa Brígida, le dijo un día que no sin motivo se habia quedado en la tierra la Virgen santísima cuando el Salvador voló al cielo, porque la calidad que ella llevaba, la obligaba á hacer aquí alguna mansion para ser la regente de los apóstoles, la

consoladora de los mártires, la maestra de los confesores, el espejo de las vírgenes, el amparo de las viudas, la consejera de las casadas, en una palabra el asilo comun de toda la iglesia, el apoyo y columna de la fe. En todo el tiempo que sobrevivió á su hijo, dice el ángel, declaró particularmente á los santos apóstoles los misterios de la encarnacion, de la infancia, de la adolescencia y de la edad viril del Salvador. Alentó á los mártires poniéndoles á la vista el ejemplo que su hijo les habia dejado, y lo que ella misma habia padecido por espacio de treinta y tres años con él. Los confesores aprendieron de ella el método que habian de guardar en sus abstinencias y oraciones, en su retiro y en su trato. Las vírgenes fueron enseñadas á amar el silencio y retraimiento, á aficionarse á la piedad y á huir igualmente de la ociosidad y la vanidad. A las viudas las consoló con sus bondadosas palabras y mucho mas con los ejemplos de admirable paciencia que dió tanto en la muerte de su hijo, como en sus propias contradicciones, desprecios y otras penalidades. Así la tenemos ocupada como una buena madre en proveer de todo lo necesario á sus queridos hijos. Así podemos decir de ella con toda verdad lo que se refiere de la mujer fuerte en el capítulo último de los Proverbios segun la version de los Setenta: que su esposo, aunque esté ausente de la casa, no tiene ningun cuidado de lo que pasa en ella, porque sabe muy bien que su prudente y caritativa esposa no permitirá que falte nada á sus criados. Así entendieron muchos santos padres lo que se dice en el Evangelio de la tardanza del esposo (1), y le explicaron del tiempo que ha de pasar desde la Ascension hasta el juicio final, durante cuyo tiempo su castísima y diligentísima esposa gobierna la casa con una pro-

(1) Math., XXV.

videncia y bondad incomparable. Verdaderamente es singular dicha para la iglesia tener una reina tan sabia y una madre tan bondadosa; pero espero que lo conoceremos aun mejor por los efectos que por las palabras.

§ III.—Del cuidado que la madre de Dios tuvo del sostenimiento y propagacion de la fé.

I. La verdadera fé y la recta creencia es en la iglesia, reino espiritual de Jesucristo, lo que la ley fundamental en un estado temporal; por lo cual no es maravilla que la Virgen haya tenido en todo tiempo un cuidado particularísimo de mantener y propagar la fé. Con efecto pasando en silencio lo que hizo despues de la muerte de su hijo, ¿quién podría declarar de cuántas maneras trabajó para afirmar la doctrina católica y dilatar el imperio de Jesucristo despues que fué ensalzada al cielo? Tampoco hablaré del cuidado que ha tenido siempre de los prelados y pastores, que son los padres de la iglesia y de quienes depende principalmente el buen estado de la religion: eso quedará para el párrafo siguiente. Aquí solo diré de paso lo que cuenta S. Gregorio Niseno en la vida de san Gregorio Taumaturgo; á saber, que un dia se apareció á este la madre de Dios acompañada de S. Juan evangelista que estaba revestido de pontifical, y le mandó explicar á su amigo Gregorio el misterio de la santísima Trinidad. El apóstol desempeñó tan dignamente su encargo, que en cuanto se retiró, puso S. Gregorio por escrito todo lo que habia oido; por cuyo medio preservó de errar á su iglesia de Neocesarea, dejándole escrita de su propia mano la creencia que habia de tener. Así no me parece extraño que S. Basilio se precie tanto de haber mamado con la leche la fé que santa Marina, su abuela y nodriza espiritual, habia aprendido de boca del mismo S. Gregorio; al contrario lo venero con todo mi corazon, atento á que la misma creencia se profesó despues en

el quinto concilio general de la manera que la tenemos aun en los escritos de S. Gregorio de Neocesarea, y es indecible el provecho que ha producido en la iglesia de Dios hace tantos siglos.

La Virgen santísima tiene cuidado de proveer á la iglesia de buenos predicadores.

II. ¿Quién no sabe de cuánta importancia son los buenos predicadores para dilatar el reino de Jesucristo, radicar la fé donde se halla ya establecida, avivarla donde está apagada, y hacerla recibir donde no se ha publicado todavía? Porque la fé entra por el oido, y los predicadores son los que la llevan á los oidos de los fieles y de los infieles. Yo pudiera decir que cuantos han venido en socorro de la iglesia, han sido otros tantos comisionados de la madre de Dios, la cual ha cuidado así de asistirlos con sus gracias como de disponerlos para tal ministerio; pero dejando á un lado esta generalidad, ¿quién no ha oido decir que ella dió al mundo la esclarecida orden de predicadores? ¿Quién no sabe de cuántas maneras los asistió en sus principios, para que hicieran frutos dignos de la madre amorosa en cuyo seno habian sido concebidos? Y para citar algunos ejemplos particulares, me acuerdo de lo que se lee en la vida de S. Pedro de Verona, mártir y religioso dominico, que habiéndole enviado á la Lombardia el papa Inocencio IV, antes religioso de la misma orden, para preservar á aquel pais de los herejes, que á manera de lobos rapaces le embestian con tanta agilidad como fiereza, encomendó fervientemente la empresa á la reina del cielo, de quien no dudaba que se la hubiese cometido. Cuando estaba en fervorosa oracion, oyó la voz de su buena madre, que le daba la misma seguridad que en otro tiempo el Salvador á S. Pedro, diciéndole: «Pedro, yo he pedido por tí, para que no flaquee

videncia y bondad incomparable. Verdaderamente es singular dicha para la iglesia tener una reina tan sabia y una madre tan bondadosa; pero espero que lo conoceremos aun mejor por los efectos que por las palabras.

§ III.—Del cuidado que la madre de Dios tuvo del sostenimiento y propagacion de la fé.

I. La verdadera fé y la recta creencia es en la iglesia, reino espiritual de Jesucristo, lo que la ley fundamental en un estado temporal; por lo cual no es maravilla que la Virgen haya tenido en todo tiempo un cuidado particularísimo de mantener y propagar la fé. Con efecto pasando en silencio lo que hizo despues de la muerte de su hijo, ¿quién podría declarar de cuántas maneras trabajó para afirmar la doctrina católica y dilatar el imperio de Jesucristo despues que fué ensalzada al cielo? Tampoco hablaré del cuidado que ha tenido siempre de los prelados y pastores, que son los padres de la iglesia y de quienes depende principalmente el buen estado de la religion: eso quedará para el párrafo siguiente. Aquí solo diré de paso lo que cuenta S. Gregorio Niseno en la vida de san Gregorio Taumaturgo; á saber, que un dia se apareció á este la madre de Dios acompañada de S. Juan evangelista que estaba revestido de pontifical, y le mandó explicar á su amigo Gregorio el misterio de la santísima Trinidad. El apóstol desempeñó tan dignamente su encargo, que en cuanto se retiró, puso S. Gregorio por escrito todo lo que habia oido; por cuyo medio preservó de errar á su iglesia de Neocesarea, dejándole escrita de su propia mano la creencia que habia de tener. Así no me parece extraño que S. Basilio se precie tanto de haber mamado con la leche la fé que santa Marina, su abuela y nodriza espiritual, habia aprendido de boca del mismo S. Gregorio; al contrario lo venero con todo mi corazon, atento á que la misma creencia se profesó despues en

el quinto concilio general de la manera que la tenemos aun en los escritos de S. Gregorio de Neocesarea, y es indecible el provecho que ha producido en la iglesia de Dios hace tantos siglos.

La Virgen santísima tiene cuidado de proveer á la iglesia de buenos predicadores.

II. ¿Quién no sabe de cuánta importancia son los buenos predicadores para dilatar el reino de Jesucristo, radicar la fé donde se halla ya establecida, avivarla donde está apagada, y hacerla recibir donde no se ha publicado todavía? Porque la fé entra por el oido, y los predicadores son los que la llevan á los oidos de los fieles y de los infieles. Yo pudiera decir que cuantos han venido en socorro de la iglesia, han sido otros tantos comisionados de la madre de Dios, la cual ha cuidado así de asistirlos con sus gracias como de disponerlos para tal ministerio; pero dejando á un lado esta generalidad, ¿quién no ha oido decir que ella dió al mundo la esclarecida orden de predicadores? ¿Quién no sabe de cuántas maneras los asistió en sus principios, para que hicieran frutos dignos de la madre amorosa en cuyo seno habian sido concebidos? Y para citar algunos ejemplos particulares, me acuerdo de lo que se lee en la vida de S. Pedro de Verona, mártir y religioso dominico, que habiéndole enviado á la Lombardia el papa Inocencio IV, antes religioso de la misma orden, para preservar á aquel pais de los herejes, que á manera de lobos rapaces le embestian con tanta agilidad como fiereza, encomendó fervientemente la empresa á la reina del cielo, de quien no dudaba que se la hubiese cometido. Cuando estaba en fervorosa oracion, oyó la voz de su buena madre, que le daba la misma seguridad que en otro tiempo el Salvador á S. Pedro, diciéndole: «Pedro, yo he pedido por tí, para que no flaquee

tu fé. » Con efecto se mostró tan animoso para sostenerla, que la selló con su propia sangre, y en el mismo dia en que le mataron los herejes, una alma piadosa que estaba bien lejos del lugar del martirio, vió á la madre de Dios entre dos santos, y le fué revelado que el uno era S. Pedro de Verona, de la órden de predicadores, que acababa de derramar su sangre en defensa de la fé; lo cual resultó cierto cuando se confrontó el tiempo y la hora de la muerte del santo mártir con la deposicion de aquella persona piadosa.

III. En la vida de santo Domingo se cuenta que en un monasterio del Cister, situado en Toscana y llamado comunmente S. Galgano, habia un monje por nombre Santiago, dotado de rara simplicidad y de toda clase de virtudes y con gran opinion de santo, el cual tenia singular deleite en oír el sermón de un predicador dominico. La madre de Dios quiso premiar la devocion de aquel buen religioso haciéndole testigo de las singulares mercedes que comunicaba á su siervo, y un dia que él estaba oyendo el sermón segun su costumbre, vió á la Virgen con un libro abierto delante del predicador, el cual leia palabra por palabra lo que enseñaba á sus oyentes. Le sucedió además que asistiendo al sermón de otro religioso de la misma órden vió á María que estaba al oído y le sugeria la materia y el plan de sus sermones; lo cual le causó tal devocion hácia aquel sagrado instituto, que hubiera deseado le abrazasen todos para ayudar á la conquista de las almas. Confieso que no todos merecen esas gracias extraordinarias; pero no dudo que la mayor parte de los predicadores zelosos sacan invisiblemente particularísimos auxilios de la Virgen. Esta es sin duda la creencia de la iglesia, la cual no en vano ha instituido que los que son llamados á tan honorífico ministerio, imploren siempre la asistencia de la reina del cielo al principio de sus sermones, dándoles á entender con

esto que así como la Virgen es la madre de la palabra eterna de Dios, así tambien es la administradora de la palabra temporal y que á ella le toca hacer que se distribuya á los que la anuncian á los otros, impetrarles fortaleza y vigor para ablandar los corazones empedernidos, é inflamar los espíritus frios de sus oyentes.

María alcanza á muchos la gracia de hacer milagros.

IV. Los milagros son como el sello de la buena doctrina y los motivos mas poderosos que el Salvador ha dejado á su iglesia para hacer abrazar la verdad de la fé. ¿No creéis que la Virgen trabaja grandemente en esto y que alcanza ese don á la mayor parte de los que le obtienen? Ella le alcanzó á S. Alberto, varon insigne y predicador famoso de la órden del Carmelo: así es que obró innumerables maravillas para promover la gloria de Dios y la devocion de la Virgen santísima. Entre otras cosas se cuenta que nunca hizo ningun milagro sino en nombre de Jesus, del que se valia ordinariamente, añadiendo al mismo tiempo el de María, de quien habia recibido aquella gracia.

Cómo se opone á los enemigos de la iglesia y primeramente á los herejes.

V. Es verdad que la fé conmueve hondamente los corazones; pero tambien lo es que sufre furiosas borrascas. No parece sino que el infierno todo se ocupa en impedir que caiga en tierra ó á lo menos que se arraigue un granito de mostaza. No parece sino que todos los satélites del demonio se proponen únicamente arrancar aquella semilla: tantas son las dificultades y contradicciones que encuentran los que la siembran. Tienen al frente los paganos, á la espalda los judios y mahometa-

nos, á la izquierda los herejes y á la derecha los cismáticos. Dios santo, ¡cuántos obstáculos! ¿Y cómo habian de superarlos ellos, si no fueran eficazmente ayudados y asistidos del cielo? Todos los que habitan aquellas altas mansiones, los auxilian; pero especialmente la virgen Maria, á quien toca en calidad de reina y gobernadora del imperio espiritual de su hijo conservar y propagarle. En cuanto á los herejes les reservo un discurso particular en el capítulo siguiente, donde mostraré que en todo tiempo les ha hecho ella buena guerra, y que la iglesia por sólidas razones le atribuye la gloria de haber destruido todas las herejías vomitadas por el infierno desde que el Salvador dejó visiblemente la tierra.

Cómo se opone á los cismáticos.

VI. Por lo que toca á los cismáticos, ¿á quien no se le parte el corazón viendo la Etiopia, el Egipto, la Grecia y la mayor parte del Asia y del Africa, tantos reinos dilatados y tantas hermosas provincias, antiguamente jardines de santos y paraísos de religion, convertidos ahora en horribles desiertos por un cisma lamentable? ¿Y qué podemos esperar para lo sucesivo, si la protectora de la fé y la restauradora de la piedad no coopera de todas veras? Pero, ánimo, lector mio; contén las lágrimas, porque te traigo una nueva que te consolará, y te advierto que aquella señora ha prestado auxilio, de suerte que desde el tiempo de los apóstoles no se ha visto quizá un estado mejor dispuesto para entrar en la obediencia de la iglesia que el gran imperio de Etiopia y aun todas las tierras cismáticas, si no son burladas nuestras esperanzas. Tocante á lo cual diré que de doscientos años acá ó mas que el rey Juan II de Portugal comenzó á tratar de alianza con el emperador de los abisinios Alejandro, nunca se ha desistido de la empresa de reducir

aquel vasto y poderoso imperio á la obediencia de la santa sede, purgándole de los errores de Nestorio y Eutiques y de varias supersticiones judáicas y mahometanas, de que está inficionado. Los patriarcas y sus compañeros enviados al principio por los romanos pontífices para arrancar las malezas de aquella viña la regaron con tantas lágrimas y sudores y la cultivaron con tantos afanes por espacio de muchos años, que al fin Dios se ha compadecido de ella. Hace cerca de veinte que el emperador reinante y su hermano, principes piadosos y magnánimos, habiendo rendido homenaje al lugarteniente de nuestro Señor en la tierra, trabajan tan zelosa y fervientemente con aquellos que el cielo les ha enviado por auxiliares y con el patriarca latino en la entera reduccion de sus vasallos, que se los pudiera tener por unos nuevos apóstoles, y no dudo que lleven algun día el título de tales, si Dios se sirve continuar bendiciendo sus victoriosas conquistas.

VII. Mas para que todos entiendan que esta loable empresa fué comenzada y proseguida bajo los auspicios de la madre de Dios, es de notar que de todos los caracteres de la antigua piedad que han conservado los abisinios, apenas habrá uno mas hondamente grabado en sus ánimos que la devocion á la virgen Maria y su confianza en ella: yo creo que esta era la principal raiz que quedaba sana para hacer reverdecer un día la fé primitiva. Tal era sin duda el sentir de su patriarca Gabriel, el cual en una carta escrita al papa Clemente VIII sobre la reunion de aquel imperio con la iglesia suplicaba humildemente á Dios les otorgase á todos la gracia de ver un día una sola iglesia católica y apostólica, sin division ni desunion, por la intercesion de la gloriosa virgen Maria, su poderosa abogada. Los patriarcas y los padres de la compañía de Jesus que se han empleado en ese proyecto hasta perecer de miseria y pobreza, han tenido siempre su principal confianza

en María después de Dios, y algunos han merecido ser avisados por ella del día de su muerte y verla antes de morir, según diré en el tratado tercero. El patriarca Andrés de Oviedo, siendo un día instado por los diputados de diversos lugares para que intercediera con Dios á fin de que los librara de una plaga de langostas, no hizo más que entrar en la iglesia para rezar las letanías de la Virgen, y á la vuelta las encontraron todas muertas y secas. El emperador y su hermano procuraron desde el principio que la Señora fuese venerada en todas partes con su divino hijo, y la tomaron por guía de todas sus loables empresas. Vé aquí un hecho singular. El año 1621 algunos religiosos cismáticos esparcieron tantas calumnias contra nuestra fé, que muchos naturales y particularmente los demotas, pueblo belicoso y temible, juraron exterminar de Etiopia á todos los católicos, y dirigieron con tanta maña y sigilo sus maquinaciones, que en poco tiempo levantaron un grueso ejército. Con él intentaban sorprender al emperador y dar muerte cruel á su hermano y á los padres de la Compañía; pero no pudieron ocultar tanto sus pasos, que no lo trasluciese el virey. Así viéndose descubiertos levantaron la bandera y pusieron en campaña un ejército poderoso. El hermano del emperador para recibir valerosamente al enemigo proveyó á sus soldados de armas celestiales, y tomando en las manos una imagen de la virgen María, le dirigió estas amorosas palabras: Reina del cielo y de la tierra, vamos alegremente á la muerte por defender tu causa y la gloria de tu nombre contra tus enemigos. Estás tanto más interesada en asistirnos en esta jornada, cuanto que se trata de tu honor. Luego como animado de repente de una esperanza extraordinaria se volvió á los suyos, los miró con semblante sereno y placentero y les dijo: Animo, valerosos soldados: no hay nada que temer, sino más bien esperar una gloriosa victoria. Si Dios y su santa madre pe-

lean por nosotros (de lo cual no debemos de dudar); por más que hagan nuestros enemigos, no se nos pueden escapar. Estas palabras alentaron de tal suerte á los soldados, que salieron á campaña como si fueran á una boda. La refriega se sostuvo por algún tiempo con igualdad de una y otra parte; pero al fin viendo los cismáticos que llevaban lo peor de la batalla, recurrieron á la fuga. Los católicos envalentonados con esto mataron más de seis mil, y si el hermano del emperador, que no quiso ser deramara más sangre, no hubiese mandado tocar retirada, no se habría escapado uno siquiera.

Cómo se opone á los mahometanos.

VIII. Paso á los mahometanos, una de las plagas más crueles que han afligido al reino de Jesucristo. La iglesia estará siempre obligada á la virgen María, que la ha socorrido y asistido contra ellos en infinitas ocasiones. En otro lugar (1) haré ver que toda España le es deudora de la libertad de que ahora goza, habiendo sacudido por su medio el yugo de los bárbaros sarracenos. Pero quiero comunicar aquí una cosa memorable ocurrida hace sesenta y tantos años. Estando en la ciudad de Ormuz el P. Gaspar Barzeo, que era como el brazo derecho de S. Francisco Javier, tuvo un día inspiración del cielo, como lo mostró el resultado, para acometer una empresa muy atrevida. Juntó una tropa de niños que aprendían la doctrina cristiana, y formándolos en procesion con la cruz delante y él detrás marchó en derechura á la mezquita de los sarracenos y enarboló el estandarte de la redención en el lugar más eminente. Esta acción asombró de tal manera á los bárbaros, que se salieron de la mezqui-

(1) Trat. 3, cap. 7, §. 2.

ta y echaron á correr. El P. Gaspar la convirtió en iglesia bajo el título de nuestra señora de la Victoria, para que supiese la posteridad que aquella hazaña se debía despues de Dios á la reina del cielo. En el tratado tercero hablaré de la jornada de Lepanto, tan célebre y tan ventajosa para toda la cristiandad.

IX. Entre tanto permitaseme traer á la memoria las proezas del invencible héroe cristiano S. Luis. La experiencia ha dado á conocer que el diablo, príncipe de los disimulados, nunca finge reirse mas que cuando mas le escuece. Sucedió pues un día (segun cuenta en la vida del santo el señor de Joinville, que le acompañó á la tierra santa) que habiendo ido en peregrinacion con licencia del rey á nuestra señora de Tourtouze en Tripoli, entre varias maravillas obradas á su presencia fué llevado ante la imágen un endemoniado; y cuando se estaban haciendo fervorosas oraciones por su libertad, empezó á decir el diablo que nuestra señora no estaba entonces allí, sino que habia ido á Egipto á ayudar al rey de Francia y á los cristianos que llegaban aquel día á la tierra santa para pelear contra los infieles. No me detengo en el testimonio y mucho menos en las burlas del espíritu maligno; pero aparte de eso se notó que en el mismo día habian llegado á Egipto los cristianos, y no puede negarse que siendo el príncipe francés tan devoto de la madre de Dios, experimentaría mil y mil veces su auxilio en diferentes ocasiones y necesidades.

Cómo se opone á los paganos.

X. ¿Qué diré de los paganos sino que si se ha visto desterrada la idolatría de Europa, Asia, Africa y una parte de América, si han cesado los oráculos, si han sido demolidos los templos, derribados los altares, y los ídolos quebrados y arrastrados ignominiosamente por las ca-

lles, si el verdadero Dios ha sido reconocido en los lugares donde era adorado el demonio, es debido este honor despues del Salvador del mundo á su bienaventurada madre, que ha movido cielo y tierra para plantar en todas partes el estandarte de su divino hijo? Así arengaba S. Cirilo de Alejandria al concilio de Efeso hace cerca de mil y doscientos años; y si yo quisiera buscar las pruebas de esto en la historia eclesiástica y en los santos padres, tendria materia para aumentar considerablemente este libro. No quiero salir de nuestro siglo, en el cual se ha propagado el Evangelio á muchas regiones donde nunca se habia hablado de él, y á otras en donde se habia extinguido enteramente su memoria. Es tan claro como el día que aquellos á quienes ha cabido la dicha de llevar al nuevo mundo la luz de la verdad, han caminado siempre bajo la bandera de la madre de Dios. Testigo la hermosa iglesia que le fué dedicada en el puerto de Goa, á donde todos los que desembarcan para esparcirse luego por diversos lugares y cultivar la viña del Señor, van aun hoy á ofrecer sus homenajes y tomar la órden de la capitana de los ejércitos de Dios á fin de embestir con seguridad al enemigo. Testigos los estandartes de la Virgen, debajo de los cuales se han dado por lo comun las batallas campales. Testigo la insigne piedad de los vireyes, los mas de los cuales creyeron que no podrian adelantar si no tenian en sus tiendas la imágen de María, si no recurrian á ella siempre que se trataba de acometer alguna empresa, y si no la llevaban siempre al frente de sus ejércitos.

XI. En el reino de Angola en la costa de Africa habia una casa de la compañía de Jesus, y en ella una capilla con la imágen de nuestra señora de la Victoria, la cual llevaba justamente este título, porque es indecible cuántas veces sacó vencedores á los cristianos. Solo en el año 1587 se ganaron dos batallas á los angolanos con un puñado de gente, que deshizo una vez á seiscientos mil

hombres y otra á un millon y doscientos mil. En la primera batalla forzados los nuestros á ceder por algun tiempo al furioso impetu de los enemigos, y habiendo dejado entre el botin la imágen de la Virgen, que guiaba al ejército, nunca fué vista, aunque aquellos se llevaron cuanto hubieron á las manos. En quanto á la segunda como un portugués echase en cara á un angolano la cobardía de los suyos, replicó este que si no hubiera habido mas que los portugueses, pronto hubieran acabado con ellos; que todos habian divisado en el aire á una señora de extraordinaria grandeza y de una hermosura incomparable, á cuyo lado habia un anciano; que los dos llevaban espadas de fuego y que esos eran los que los habian puesto en rota. Así es que no puedo decir el concurso y la devocion de los cristianos á aquella capilla de Angola; pero si indicaré que entre ellos era cosa notoria que sus victorias mas insignes se habian alcanzado en los dias de festividad de la Virgen. ¿Qué cosa mas memorable que lo que acaeció en el cerco de la fortaleza de Dios, verificada por los portugueses en la embocadura mas occidental del Sindo, que es el Indo de los antiguos? Hacia mas de siete meses que el rey de Cambaya la tenia asediada con veinte y cinco mil hombres, y los que estaban dentro de la ciudadela, no llegaban á trescientos al mando del capitan Juan Mascareñas. Ya el enemigo la batia en brecha, cuando el virey de la India Juan de Castro llegó en socorro de los sitiados con unos tres mil hombres. Estos hicieron una salida contra el enemigo el mismo dia de su llegada (era el año 1546) con tanta fortuna, que mataron mas de cuatro mil enemigos y cogieron mas de seiscientos prisioneros, entre ellos algunos señores principales de Cambaya, sin perder por su parte mas de sesenta. Los vencidos confesaron despues que el cielo habia peleado contra ellos: que estando el cielo se no nunca pudo prender la mecha en cuatro de sus ca-

ñones de los de mas calibre; y que todos habian visto sobre la capilla de la fortaleza á una mujer de increíble hermosura, la cual despedia contra ellos tan brillantes rayos de luz, que los deslumbraba, de suerte que no podian guardar orden, ni tomar ninguna disposicion: tanto es lo que los abatia y turbaba el resplandor de aquella señora.

XII. En las historias abundan los ejemplos de semejantes auxilios milagrosos; pero yo hago mucho mas caso de la asistencia invisible que la Virgen ha dado á millares de almas para salir del abismo de sus errores, curar de su ceguedad y ver la agradable luz de la verdad. Estas son las victorias propias de la madre de bondad: estas son las conquistas que han poblado el cielo mas que despojado la tierra: estas son propiamente las maravillas que la hacen y la harán para siempre terrible á los enemigos, adorable á los vencidos y amable á todos.

XIII. Ve aqui un ejemplo reciente ocurrido en el reino de la Cochinchina, y con él concluyo este discurso. Mas para comprenderle mejor conviene saber que ese reino donde ha penetrado la fé cristiana hace pocos años, se llama en la lengua de los originarios Anam, que quiere decir distrito occidental, porque con respecto á la China (que es otro reino dilatado, del que hacen mucho aprecio ellos y los japoneses) está verdaderamente situado al occidente. Por esta causa los japoneses le han dado el nombre de Cochi, que en su lengua natural significa lo mismo que Anam en la de los cochinchinos. De aquí ha resultado que los portugueses que trafican en aquellas regiones, le llamen Cochinchina, como si dijéramos Cochin de la China, reino occidental de la China. Dividese el reino en cinco provincias, en una de las cuales llamada de los Pulucambis y en la ciudad de Noueeman existia años pasados el P. Cristóbal Borri, milanés y sacerdote de la compañía de Jesus, que publicó esta historia con otro religioso de la misma. Estando un dia plati-

cando los dos vieron aparecer de repente en un campo una muchedumbre de personas que venian en ordenada procesion hácia ellos: luego que llegaron, les preguntaron los dos religiosos qué objeto los traia allí y qué es lo que querian. Ellos respondieron que habian visto en su pais una hermosísima señora en el aire, sentada en un trono de nubes resplandecientes, la cual les habia dicho que fuesen á Nouecman, donde encontrarian á los padres, por los cuales serian informados del camino derecho y seguro de la gloria y tendrian conocimiento del verdadero señor del cielo. Despues de haber dado gracias á la Virgen santísima, de quien unos y otros confesaban tener este señalado beneficio, fueron doctrinados para recibir el santo bautismo, y volvieron contentos á sus casas.

§. IV. Del cuidado que la Virgen santísima tiene de todos los órdenes de la iglesia.

Cuidado que tuvo de los maestros de la iglesia.

I. No puede negarse que S. Pablo tuvo motivo para llamar á la iglesia una gran casa, especialmente cuando el Salvador antes de él le habia dado ese nombre. Si se consideran los límites de su extension, el número de sus mansiones y la diversidad de sus oficios; estoy seguro se confesará que solo á Dios toca saber todo lo que se hace en ella, dar á cada uno su puesto y su empleo y tener un cuidado particular de todos. De suerte que si para gobernar á un puñado de hombres por decirlo así fué menester que Dios llenase de su espíritu á Moisés, pero tan copiosamente, que cuando se trató de darle lugartenientes particulares se halló que habia para repartir en abundancia á setenta ancianos del pueblo, que fueron escogidos para ventilar las disputas originadas entre los

israelitas (1); discurra el lector qué parte habrá dado el Señor á la virgen Maria, á quien ha cometido el gobierno de todos sus estados y el cuidado de todos los órdenes de la iglesia. ¿Qué capacidad y qué fuerza de espíritu celestial debe de tener para saber por menor todo el estado de esta gran monarquía, proveer tantos oficios, resolver tantos negocios y hacer que todo salga segun los designios eternos de Dios! Nos admiramos de ver á S. Pablo embarazado con tantas obligaciones, y confesamos que debia de ser un hombre extraordinario ó por mejor decir un hombre extraordinariamente escogido y asistido de Dios para correr tantos reinos, fundar tantas iglesias, ordenar á tantos obispos, en una palabra ser todo para todos (2). Por lo tanto no nos admiraremos de ver que la Virgen santísima amaestra á los apóstoles, elige á los monarcas, instituye á los prelados, preside en las luchas de los mártires, dispone de los confesores, multiplica las virgenes y tiene un cuidado particularísimo y universal de todos los estados de la casa de Dios sin turbacion ni congoja, sin faltar á la mas pequeña circunstancia, con una imitacion perfectísima de la inmutabilidad soberana y de la infinita capacidad del entendimiento divino en cuanto puede alcanzar una simple criatura.

(1) Num., XI.

(2) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. — « Cuando se nos explican los afanes y tareas del apóstol de las gentes, nos cuesta dificultad creer que no haya alguna exageracion en estos términos tan patéticos de S. Juan Crisóstomo: «La boca de S. Pablo es la que difundió el Evangelio por toda la tierra. El habló delante de los reyes

y príncipes: él persuadió á los oradores y á los sabios: él convenció á los filósofos: él echó á los demonios: él venció á los verdugos; en fin él convirtió á todo el mundo. «Este elogio es seguramente muy grande y el ministerio del apóstol muy vasto; pero el de la madre de Dios le sobrepuja tanto como la dignidad de madre sobrepuja á la de un siervo.»

cando los dos vieron aparecer de repente en un campo una muchedumbre de personas que venian en ordenada procesion hácia ellos: luego que llegaron, les preguntaron los dos religiosos qué objeto los traia allí y qué es lo que querian. Ellos respondieron que habian visto en su pais una hermosísima señora en el aire, sentada en un trono de nubes resplandecientes, la cual les habia dicho que fuesen á Nouecman, donde encontrarian á los padres, por los cuales serian informados del camino derecho y seguro de la gloria y tendrian conocimiento del verdadero señor del cielo. Despues de haber dado gracias á la Virgen santísima, de quien unos y otros confesaban tener este señalado beneficio, fueron doctrinados para recibir el santo bautismo, y volvieron contentos á sus casas.

§. IV. Del cuidado que la Virgen santísima tiene de todos los órdenes de la iglesia.

Cuidado que tuvo de los maestros de la iglesia.

I. No puede negarse que S. Pablo tuvo motivo para llamar á la iglesia una gran casa, especialmente cuando el Salvador antes de él le habia dado ese nombre. Si se consideran los límites de su extension, el número de sus mansiones y la diversidad de sus oficios; estoy seguro se confesará que solo á Dios toca saber todo lo que se hace en ella, dar á cada uno su puesto y su empleo y tener un cuidado particular de todos. De suerte que si para gobernar á un puñado de hombres por decirlo así fué menester que Dios llenase de su espíritu á Moisés, pero tan copiosamente, que cuando se trató de darle lugartenientes particulares se halló que habia para repartir en abundancia á setenta ancianos del pueblo, que fueron escogidos para ventilar las disputas originadas entre los

israelitas (1); discurra el lector qué parte habrá dado el Señor á la virgen Maria, á quien ha cometido el gobierno de todos sus estados y el cuidado de todos los órdenes de la iglesia. ¿Qué capacidad y qué fuerza de espíritu celestial debe de tener para saber por menor todo el estado de esta gran monarquía, proveer tantos oficios, resolver tantos negocios y hacer que todo salga segun los designios eternos de Dios! Nos admiramos de ver á S. Pablo embarazado con tantas obligaciones, y confesamos que debia de ser un hombre extraordinario ó por mejor decir un hombre extraordinariamente escogido y asistido de Dios para correr tantos reinos, fundar tantas iglesias, ordenar á tantos obispos, en una palabra ser todo para todos (2). Por lo tanto no nos admiraremos de ver que la Virgen santísima amaestra á los apóstoles, elige á los monarcas, instituye á los prelados, preside en las luchas de los mártires, dispone de los confesores, multiplica las virgenes y tiene un cuidado particularísimo y universal de todos los estados de la casa de Dios sin turbacion ni congoja, sin faltar á la mas pequeña circunstancia, con una imitacion perfectísima de la inmutabilidad soberana y de la infinita capacidad del entendimiento divino en cuanto puede alcanzar una simple criatura.

(1) Num., XI.

(2) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. — «Cuando se nos explican los afanes y tareas del apóstol de las gentes, nos cuesta dificultad creer que no haya alguna exageracion en estos términos tan patéticos de S. Juan Crisóstomo: «La boca de S. Pablo es la que difundió el Evangelio por toda la tierra. El habló delante de los reyes

y príncipes: él persuadió á los oradores y á los sabios: él convenció á los filósofos: él echó á los demonios: él venció á los verdugos; en fin él convirtió á todo el mundo. «Este elogio es seguramente muy grande y el ministerio del apóstol muy vasto; pero el de la madre de Dios le sobrepuja tanto como la dignidad de madre sobrepuja á la de un siervo.»

Cuidado que tuvo de los mártires.

II. La pobre reina de Sabá se quedó atónita y embebecida al ver el orden del palacio de Salomon y al considerar que una cabeza sola dirigia los muelles de aquella admirable máquina. Yo por mi prefiero abismarme con David en la contemplacion de las maravillas de Dios y del honor que hace á una simple criatura poniéndole en las manos sus dominios y su imperio, porque á decir verdad este es uno de los pensamientos mas agradables y sublimes con que puede alimentarse la mente. Si queremos recrearnos en él, figurémonos el estado de la iglesia naciente despues de la muerte del Redentor. Veamos cómo aquella buena madre se ocupa principalmente en formar los maestros del universo y pulimentar lo que su hijo habia diseñado y el Espiritu Santo bosquejado. El amor es reciproco: ella por su parte los quiere como á sus hijos, y ellos le tributan el honor que merece una madre. Ella es el oráculo vivo con quien S. Pedro consulta en las principales dificultades de la iglesia, la estrella á quien mira S. Pablo en sus navegaciones, y la guía que toma en sus viajes. S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan beben en el sagrado pecho de la Señora la ilustracion de muchos misterios y especialmente de la encarnacion, infancia y adolescencia de Jesus. Santiago, obispo de Jerusalem, no emprende nada sin su parecer, y le es muy fácil tenerle: el otro Santiago la avisa de lo que pasa en España y de lo poco que adelanta, y ella al punto como buena madre se traslada allá milagrosamente para consolarle y alentarle. Todos recurren á ella en sus necesidades; pero especialmente el discípulo amado, que por haberla recibido en su guarda y acompañarla á todos lugares tiene tambien mejor parte que los otros en sus

santos consejos, en sus divinos documentos y en su celestial conducta (1).

III. El Salvador habia predicho á su iglesia que los principios serian borrascosos y que todas las potencias del mundo conspirarian á destruirla. ¿No era conveniente que dejase en ella una gobernadora capaz de prever todos los peligros y que supiese moderar á los unos, alentar á los otros y servir á todos de consejera y de amparo? En verdad era un objeto muy consolatorio el ver cómo estos eran fortalecidos por sus exhortaciones, aquellos consolados por sus documentos y todos generalmente auxiliados y sostenidos por sus continuas oraciones. Los que han escrito de la tierra santa, afirman que aun hoy se enseña la piedra en que la Virgen oraba de rodillas mientras S. Esteban era apedreado por los judios: ella tomaba desde entonces posesion de su oficio y mostraba en la persona del protomártir lo que haria cuando estuviese en el lugar de descanso donde no tuviera ya que pensar sino en los otros. Los cristianos siempre lo han entendido así, pues han creído que las palmas y laureles estaban en manos de ella y que era preciso tenerla por amiga si se aspiraba á ceñirse la corona triunfal. Bien lo sabian los santos hermanos Teodoro y Teófanos, criados desde su niñez en el monasterio de san Sabas, los que habiendo sido desterrados como defensores de las santas imágenes por Leon el armenio, y habiendo sido azotados cruelmente y maltratados de diversos modos por Teófilo iconoclasta, imploraban sin cesar el auxilio de la reina de los mártires, según escribió de su

(1) Adicion de la madre Marias, y á Ricardo de S. Victoria J. de Blemar. — «Tal vez esto tor para honrarla como á la da motivo á S. Bernardo para maestra de los doctores del llamarla la ciencia de las santas mundo.»

propio puño el mismo Teodoro, que murió poco después en la cárcel, á Juan, obispo de Cizico.

IV. La memoria del bienaventurado mártir Andrés de Sio vivirá eternamente, y mientras dure, no se olvidará la asistencia que recibió de la madre de Dios. Aquel invencible campeón murió el día 29 de mayo del año 1465. Era natural de la isla y ciudad de Sio y desde su niñez se habia dedicado á la reina del cielo, á quien habia encomendado su virginidad, consagrada á Dios por voto formal. Cogieronle los mahometanos, y como no quisiese renegar de su fe, le llevaron á Constantinopla, donde hizo ver á los enemigos de la religion lo que puede un verdadero fiel ayudado de la gracia de Dios y de la proteccion de su santa madre. Atormentáronle de diversas maneras por espacio de nueve dias consecutivos, en los cuales mostró una paciencia incontrastable en medio de los tormentos que discurrieron aquellos bárbaros. El primer dia fué azotado con varas tan cruelmente, que al principio le entró un gran temblor desde los pies á la cabeza; pero cruzando tranquilamente los brazos sobre el pecho no bien hubo pronunciado estas palabras: Virgen santísima, asisteme; cuando de pronto se quedó tan sereno, que permaneció con los pies juntos en un mismo sitio y en una misma postura hasta ponerse el sol. Al día siguiente le rasgaron las carnes con garfios de hierro: al tercero le dislocaron todos los miembros: al cuarto y siguientes hasta el noveno se le descubrian los huesos en todas las partes de su cuerpo. En todas estas diversas ocasiones imploraba el auxilio de la Virgen santísima y durante tan largo martirio la tenia siempre en el corazon y el pensamiento. En fin habiendo sido curado milagrosamente por ella de todas sus heridas en la noche del dia noveno, fué decapitado al siguiente y entregó su espíritu en manos de su bondadosa madre, que le habia alcanzado tanta constancia y firmeza. Los

cristianos se llevaron el cuerpo del santo mártir con licencia del gran señor y le dieron honrosa sepultura. De allí á unos meses se abrió el sepulcro, y se encontró el cuerpo tan fresco como si estuviera vivo. Todo esto lo refiere Gregorio de Trapisonda, autor grave y fidedigno, que se halló presente en la apertura del sepulcro, y tuvo medio de saber lo que queda dicho por infinitas personas que habian asistido al martirio. Esto no es mas que una muestra, para que se comprenda en algun modo con qué amor alienta generalmente la Virgen á todos aquellos á quienes quiere y favorece hasta el punto de alcanzarles la gracia de poder dar sangre por sangre y vida por vida á su amadísimo hijo.

V. Y ya que se trata de los mártires, no puedo sin hacer agravio á nuestro siglo pasar en silencio las primicias de los veinte y seis mártires japoneses, que fueron crucificados el año 1597 en un altozano muy parecido al Calvario á la vista de la ciudad de Nangasaki. Aquellos dichosos soldados de Jesucristo, seis de los cuales eran religiosos observantes descalzos, tres de nuestra compañía y los otros criados ó amigos íntimos de los padres franciscanos, pelearon con admirable generosidad por la causa de su buen maestro, amparados con la proteccion y salvaguardia de la virgen Maria. En agradecimiento de lo cual prometieron á Dios los cristianos que en cuanto la religion comenzase á gozar de alguna paz, edificarian una iglesia en el lugar del suplicio de los mártires y en honor de la madre de Dios bajo la advocacion de nuestra señora de los Mártires.

Cuidado que tiene de los confesores.

VI. El orden de los confesores es el mas extendido en la santa Sion: así es que se divide en diversos escuadrones, y algunos de ellos todavia se subdividen en diversas categorias: tantos son los que pertenecen á este dis-

tinguido cuerpo. Allí se ven una multitud de santos prelados, que honraron el ministerio pastoral con una virtud eminentemente y en especial con una paciencia indecible en sufrir grandes trabajos por la conservación de su rebaño. Allí se ven príncipes esclarecidos, que en medio de la grandeza, esplendor y delicias de la corte supieron despreciar todo lo terreno y fijarse en los bienes estables y eternos. Allí no se ve el fin cuando se empiezan á contar las diversas órdenes de religiosos que alcanzaron el cielo mediante la maceración de sus cuerpos y la renuncia de todas las cosas por seguir á Jesucristo pobre y desnudo. Allí se hallan muchos solitarios, que por vacar más libremente á la contemplación de Dios y de las cosas celestiales se apartaron de la compañía y trato de los hombres. Allí se encuentran infinitos seglares que fueron fieles á Dios y aprovecharon muchísimo en la vida espiritual, quién en las cortes y en los consejos de los príncipes, quién en medio del tráfico de los negocios mundanos, quién promoviendo obras de piedad, quién de un modo, quién de otro. Toda esta multitud de gente depende del tribunal de la madre de Dios: todos participan de sus gracias y mercedes: todos dicen que después de Dios á ella le son deudores de la felicidad de que gozarán eternamente. Por lo que mira á los príncipes y prelados, diré en seguida algo en particular: en cuanto á los religiosos ya hice ver en el capítulo XII del tratado primero que la Virgen ha recibido generalmente á todas las órdenes bajo su especial protección, y en el tratado siguiente se ofrecerá ocasión de declarar cómo cuida de dirigir á ellas los que Dios ha escogido, para salvarlos por este método de vida ó elevarlos á una insigne santidad. Haríamos agravio á los otros estados, si pensáramos que el cariño maternal de nuestra señora no se extiende hasta ellos y que hay uno siquiera que no experimente los efectos de su bondad.

Cuidado que tiene de las vírgenes y de las casadas.

VII. El título de vírgen de las vírgenes que lleva, me da completa seguridad del dicho de S. Juan Damasceno, el cual enseña que María es una planta fertilísima de virginidad y que por su medio se extiende la hermosura de esta virtud angélica á todas las partes del mundo; con lo que concuerda admirablemente lo que escribe el máximo doctor S. Gerónimo á la vírgen (1) Eustoquio; á saber, que desde que una vírgen parió al rey de las vírgenes, que lleva sobre sus hombros las insignias de su principado, se ha otorgado más liberalmente al mundo el don de la virginidad, en especial al sexo femenino, y que el hijo de la Virgen escogió en la tierra una comitiva de ángeles encarnados, como la tenía ya en el cielo de ángeles celestiales. Porque si bien no todas tienen la gracia que santa Catalina de Alejandria recibió por la mediación de la Virgen santísima, de ser desposada visiblemente con el esposo de las almas escogidas y recibir de él el anillo de oro en arras de su fidelidad, no hay una que por su medio no sea adelantada en el servicio del rey su hijo y llegue hasta el punto de merecer el honor de su tálamo nupcial. Ella es, dice S. Ambrosio (2), la que recibe las vírgenes al salir de esta vida para presentarlas al esposo celestial, y la que entona cánticos de júbilo cuando son introducidas en el retrete del príncipe de la gloria. Ella es la que planta las azucenas en todas partes y las hace crecer en los monasterios, en las casas particulares, en las ciudades y aldeas y en el mismo estado del matrimonio. Ella es la que dió valor á las santas Daria, Basilisa, Pulqueria, Cunegunda, Delfina,

(1) Epist. 22.

(2) Lib. 2 de virgin.

Egica, Estamberg, Berta y otras muchas para vivir con sus maridos como con unos hombres sin cuerpo ó con unos ángeles del cielo. Ella es la que libró á las santas Teodora, Antonia, Eufrasia, Glafira y otras de los lugares de prostitucion, á donde habian sido llevadas para mancillar su honestidad. Ella es la que con industrias celestiales preservó á las santas Flavia, Domitila, Serafia, Dionisia, Susana, Anastasia, Eufemia, Inés, Emerenciana, Lucia y otras innumerables de las asechanzas de los enemigos de la castidad. Ella es la que dobló la corona de las santas Tecla, Felicula, Potenciana, Valeria, Agueda, Anatolia, Pelagia y otras infinitas, añadiendo á la azucena de la virginidad la palma del martirio. Ella es la que inspiró á muchas la idea de desfigurar sus cuerpos antes que manchar sus almas con el pecado, segun leemos en las historias. En una palabra ella es la que con mil artificios ha conservado el honor de las azucenas por amor de aquel que se digna de apellidarse el lirio de los valles y se deleita en los jardines plantados de esta flor hermosa.

VIII. Y supuesto que la iglesia da absolutamente al sexo femenino la gloria de apellidarse el sexo devoto, creo firmemente que todas las mujeres, sean vírgenes, casadas ó viudas, de cualquier estado y condicion, estan encomendadas á ella, cada una segun su clase y su mérito; y aun en atencion á que ella es generalmente la gloria de todos los santos, tengo por indudable que su cuidado se extiende hasta donde llegan los limites del mundo, y que donde quiera que hay hijos de la iglesia, tiene ella sus tribunales para el bien de los vasallos del Salvador y para encaminarlos todos á la posesion de la felicidad que nos espera en el cielo.

§. V.—Del cuidado particular que tiene de los principes y prelados de la iglesia.

I. Hablando S. Juan Damasceno de la gloriosa Virgen en la segunda oracion que compuso sobre el tránsito de ella, dice que no sin un gran misterio queriendo Dios instituir á Moisés juez, capitan y principe de su pueblo, se le apareció en una zarza ardiendo, la cual era una figura de la madre de Dios á juicio de todos los santos padres, y que el Señor dió desde entonces á entender al mundo que por las manos de la Virgen santísima representada bajo de aquella figura habia de pasar la eleccion de los reyes y principes, de los jueces y magnates de la tierra. La iglesia santa adopta el pensamiento de aquel doctor, cuando en el oficio de nuestra señora de las Nieves apropia á Maria estas palabras de Salomon: «Por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo: por mí mandan los principes, y los poderosos decretan la justicia (1).» Cualquiera que considere la importancia que tienen los principes y especialmente los soberanos para el bien y acrecentamiento del reino espiritual del Salvador, no podrá dudar que la reina de este reino tiene un cuidado muy especial de ellos y los recibe bajo su particular proteccion. Reservo para otro lugar (2) el manifestar cuán magníficamente ha pagado ella los menores servicios que le han hecho los reyes y principes, las victorias y prosperidades con que los ha favorecido, y el honor que les ha proporcionado: por ahora solo quiero hablar del cuidado que tiene de ellos y de sus estados en general, especialmente cuando son afectos á su servicio.

II. En el tratado primero mostré suficientemente que

(1) Proverb. VIII.

(2) Trat. 3, c. 8., §. 4 y 5.

Egica, Estamberg, Berta y otras muchas para vivir con sus maridos como con unos hombres sin cuerpo ó con unos ángeles del cielo. Ella es la que libró á las santas Teodora, Antonia, Eufrasia, Glafira y otras de los lugares de prostitucion, á donde habian sido llevadas para mancillar su honestidad. Ella es la que con industrias celestiales preservó á las santas Flavia, Domitila, Serafia, Dionisia, Susana, Anastasia, Eufemia, Inés, Emerenciana, Lucia y otras innumerables de las asechanzas de los enemigos de la castidad. Ella es la que dobló la corona de las santas Tecla, Felicula, Potenciana, Valeria, Agueda, Anatolia, Pelagia y otras infinitas, añadiendo á la azucena de la virginidad la palma del martirio. Ella es la que inspiró á muchas la idea de desfigurar sus cuerpos antes que manchar sus almas con el pecado, segun leemos en las historias. En una palabra ella es la que con mil artificios ha conservado el honor de las azucenas por amor de aquel que se digna de apellidarse el lirio de los valles y se deleita en los jardines plantados de esta flor hermosa.

VIII. Y supuesto que la iglesia da absolutamente al sexo femenino la gloria de apellidarse el sexo devoto, creo firmemente que todas las mujeres, sean vírgenes, casadas ó viudas, de cualquier estado y condicion, estan encomendadas á ella, cada una segun su clase y su mérito; y aun en atencion á que ella es generalmente la gloria de todos los santos, tengo por indudable que su cuidado se extiende hasta donde llegan los limites del mundo, y que donde quiera que hay hijos de la iglesia, tiene ella sus tribunales para el bien de los vasallos del Salvador y para encaminarlos todos á la posesion de la felicidad que nos espera en el cielo.

§. V.—Del cuidado particular que tiene de los principes y prelados de la iglesia.

I. Hablando S. Juan Damasceno de la gloriosa Virgen en la segunda oracion que compuso sobre el tránsito de ella, dice que no sin un gran misterio queriendo Dios instituir á Moisés juez, capitán y príncipe de su pueblo, se le apareció en una zarza ardiendo, la cual era una figura de la madre de Dios á juicio de todos los santos padres, y que el Señor dió desde entonces á entender al mundo que por las manos de la Virgen santísima representada bajo de aquella figura habia de pasar la eleccion de los reyes y príncipes, de los jueces y magnates de la tierra. La iglesia santa adopta el pensamiento de aquel doctor, cuando en el oficio de nuestra señora de las Nieves apropia á Maria estas palabras de Salomon: «Por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo: por mí mandan los príncipes, y los poderosos decretan la justicia (1).» Cualquiera que considere la importancia que tienen los príncipes y especialmente los soberanos para el bien y acrecentamiento del reino espiritual del Salvador, no podrá dudar que la reina de este reino tiene un cuidado muy especial de ellos y los recibe bajo su particular proteccion. Reservo para otro lugar (2) el manifestar cuán magníficamente ha pagado ella los menores servicios que le han hecho los reyes y príncipes, las victorias y prosperidades con que los ha favorecido, y el honor que les ha proporcionado: por ahora solo quiero hablar del cuidado que tiene de ellos y de sus estados en general, especialmente cuando son afectos á su servicio.

II. En el tratado primero mostré suficientemente que

(1) Proverb. VIII.

(2) Trat. 3, c. 8., §. 4 y 5.

la Virgen santísima ha mirado en todo tiempo con particular predilección al reino de Francia; lo cual no puede subsistir sin que sus monarcas sean validos de la madre de Dios, así como son hijos primogénitos de la iglesia. Tienen la particularidad entre todos los reyes de la tierra de que una de las siete bendiciones que se les dan el día de su consagración, es que sean rodeados de la protección de la gloriosa Virgen como de un cuerpo de guardia, y que su cuidado sea para ellos un manantial perenne de abundancia y felicidad. Me parece que no hay más que abrir los ojos y considerar los progresos que este reino floreciente ha hecho desde el primer rey cristianísimo en las virtudes, en las armas, en las ciencias, en las letras, y los beneficios que ha recibido del cielo, para confesar que los sucesos han sobrepujado los deseos y que las bendiciones de la madre de Dios han producido unos efectos que nadie se hubiera atrevido á esperar jamás. Aun no es la ocasión de hablar de las mercedes particulares que hizo María al gran Clodoveo, á Carlo Magno el conquistador, á Luis el pio, al valiente Dagoberto, al incomparable S. Luis, al animoso Luis XI, á Luis el justo, la maravilla de los reyes buenos: ya las manifestaré en su lugar oportuno (1): por ahora me contento con expresarme en términos generales.

III. El rey de los reyes y el monarca soberano del universo, que da parte de sus secretos á quien bien le parece, quiso revelar un día á su esposa santa Brigida, cuánto vale para el mundo su amada madre y el cuidado que tiene de él, especialmente con respecto á los príncipes y soberanos. A este fin le mostró un palacio, que no podía ser otro que el emperio ó una imagen del pa-

(1) Trat. 3, cap. 7, §. 5.

raiso: en medio de aquel palacio habia un trono para el rey de la gloria encarnado, que resplandecía mil veces más que el sol, y á su lado otro para la virgen Maria, que parecia más hermosa que todos los astros del mundo tanto por su propia luz, como por la reverberación de la de su hijo. Debajo de ellos habia millones de espíritus bienaventurados postrados y cantando las alabanzas del hijo y de la madre, del esposo y de la esposa. El salvador del mundo tomó el primero la palabra y dió diversos consejos para los reyes y príncipes de la tierra y algunos en particular para el de Suecia, pariente cercano de la santa. Habló despues la Virgen, y toda su plática vino á parar en dar á entender á los monarcas quién es aquel del que todos dependen; de qué personas ha de componerse su consejo; á quién pueden conceder su valimiento; qué traje les conviene usar; qué libros han de leer; de qué virtudes necesitan estar adornados principalmente; cómo han de portarse con Dios, consigo mismos, con sus esposas é hijos, con sus vasallos, con sus enemigos, con los buenos y los malos y con toda clase de personas; cómo han de dirigir sus empresas y especialmente las que acometen contra los infieles; quién les conviene promover á los empleos públicos; finalmente los grandes premios que les están preparados si viven como buenos príncipes, y al contrario los crueles castigos que los aguardan si obran de otra manera. Estas advertencias y consejos son otros tantos oráculos, que manifiestan bien que no pueden venir sino del cielo; pero seria molesto acotarlos aquí: eso se queda para los que escriben el modo con que los reyes y magnates deben vivir en la corte segun Dios. En otro lugar la Virgen cuenta menudamente á santa Brigida los principales pecados de cierto rey que atraía sobre si la ira de Dios, y le advierte que si desde luego no ordena su conducta, su hijo le retirará sus gracias y le privará

de su estado. Pero es preciso que vuelva yo á mi asunto y á los beneficios invisibles sin cuento que hace Maria á los principes. Supuesto que ella es la dispensadora de todas las gracias y tesoros del cielo, como haré ver en el capitulo X, no hay duda de que los distribuirá segun la condicion ó el mérito de cada uno. Asi necesitándolas mas que los otros los reyes, que son como las causas universales del buen gobierno de los estados, la razon nos obliga á decir que la Virgen les concede liberalisimamente su asistencia y se deleita en repartirles con mano larga los bienes de su hijo, con tal que quieran hacerse dignos de ellos.

IV. Los prelados son los padres y principes de la iglesia, y por eso tienen un derecho particular á las gracias y favores de la madre de Dios, á quien S. Juan Damasceno llama la gloria de los prelados. Por mí no dudo que el rey del cielo su amado hijo le ha dejado el nombramiento de ellos; lo cual sería fácil de comprobar por muchas historias: me contento con la de Udon, que referiré en el tratado tercero para que sirva de ejemplo á los que abusan de un cargo que los ángeles temerian ejercer, y con la de S. Nicolás de Bari, que tiene mucha fuerza para animar á los buenos pastores á que desempeñen dignamente su oficio. Metodios, patriarca de Constantinopla, en la vida que escribió del santo obispo segun testimonio de varios autores fidedignos, cuenta que estando Nicolás una noche profundamente dormido en sueño misterioso, vió á su mano derecha al Salvador lleno de majestad, que tenia el libro de los Evangelios guarnecido de diamantes y otras piedras preciosas, y á la izquierda á la Virgen santísima, que llevaba la capa arzobispal y se la echaba sobre los hombros. A los pocos dias conoció la verdad de esta vision, porque fue milagrosamente elegido obispo de Mira en Licia del modo que sabe todo el mundo. Mas como las cosas hu-

manas estan sujetas á mudanza, de allí á algunos años ocurrió una desgracia al santo prelado, porque encontrándose en el concilio de Nicea, escriben algunos que el celo le arrebató hasta el extremo de dar un bofetón á un obispo arriano que se habia excedido; por lo cual el concilio sentido de la accion y en virtud de las quejas que dieron los obispos de aquella secta, tuvo que privar al obispo de Mira del uso de la mitra y de la capa arzobispal. Pero la bondadosa Virgen no permitió que fuese por mucho tiempo, pues estando Nicolás diciendo misa en honor de Maria á los pocos dias, se apareció ella con dos ángeles, y el uno le puso la mitra en la cabeza y el otro le echó la capa sobre los hombros. Dicen algunos que esto le aconteció la primera noche despues de la privacion y que recibió la mitra y la capa de manos de la misma Virgen que habia participado de su afliccion.

V. Se necesitaria ser un Pedro Crisólogo, un Hdefonso, un German ú otro prelado de los que consagraron su lengua y su pluma á las alabanzas y grandezas de la madre de Dios, para declarar las luces celestiales que comunica á los buenos pastores, las mociones interiores con que los previene, las buenas resoluciones que los hace tomar, las advertencias que les dirige para el cumplimiento del ministerio pastoral, los santos documentos que les sugiere, la fortaleza que les alcanza para acometer y llevar al cabo grandes empresas en beneficio de su rebaño, y las amistosas reprensiones que les da cuando faltan á su deber; porque estos son unos favores secretos que habria necesidad de experimentar para hablar dignamente de ellos. Mas yo me persuado á que el cielo nos los ha ocultado expresamente para ejercicio de nuestra fé y aumento del gozo que recibiremos en el cielo, cuando veamos á las claras todas estas maravillas. Acuérdome que la Virgen reprendió un dia por conducto de santa Brigi-

da á un prelado poco cuidadoso de su iglesia, avisándole enigmáticamente que el ala derecha habia flaqueado: que la bóveda se venia abajo con inminente peligro de los que entraban en la iglesia, á muchos de los cuales les habian caido ya las ruinas en la cabeza: que las columnas se doblaban: que el pavimento estaba roto: en una palabra que no habia casi nada sano y que si él no tomaba prontas y acertadas disposiciones, seria el primero que pereciese bajo las ruinas, y responderia ademas de todas las vidas que costase su negligencia.

VI. Asi la madre de bondad atiende á todo en cuanto es posible, reprendiendo á los unos, animando á los otros, dando auxilio y asistencia á todos, haciendo gracias á los buenos pastores en consideracion de sus rebaños y sufriendo las flaquezas de los rebaños por amor de sus buenos pastores, para que Dios sea bendito y honrado en todo en la tierra y mucho mas en el cielo, donde todas las ovejas de la iglesia serán apacentadas por siempre bajo la conducta de un solo pastor, que es juntamente el pastor de los pastores y el príncipe de ellos.

SÉPTIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO VIII.

QUE ES LA PROTECTORA DE LA IGLESIA.

Uno este título al anterior, porque un gobierno sin proteccion no merece el nombre de tal sino á medias: así cuanto mas adelantemos, mas veremos participar á la Virgen

de las regias calidades de su esposo é hijo, mas valor y firmeza advertiremos en ella para llevar adelante su empresa, proporcionarnos todos los bienes de que hemos menester, y apartar los males que nos amenazan.

§. I.—De la calidad de protector de la iglesia; tercer título del rey de la gloria encarnado.

I. Era antiguamente costumbre entre algunos pueblos septentrionales que cuando moria un varon ilustre, subiese la persona elegida por los parientes á lo mas alto de una torre y desde allí arrojara un escudo con las armas y la empresa del difunto: ellos le alzaban en seguida y le llevaban en triunfo por las calles. Por aqui se significaba que los hombres grandes y en especial los reyes y principes son el escudo y la defensa de sus pueblos. En confirmacion de lo cual han notado algunos que cuando eran consagrados los reyes entre los judíos, se ungian al mismo tiempo sus escudos para darles á entender que así como el escudo es el rey de las armas, de la misma manera debian de ser ellos el escudo de sus vasallos. Así algunos intérpretes leen en el capítulo XXI de Isaias: Ungid el escudo; en vez que nuestra version trae: Empuñad el escudo; por sola la mudanza de una letra en otra. Así entienden rabbi Salomon y con él algunos de los nuestros lo que se lee en el capítulo primero del libro II de los Reyes: que el escudo de Saul fué derribado en tierra como si nunca hubiera sido ungido.

II. Discurriendo el profeta David acerca de las calidades regias que debia de tener su hijo Salomon, á quien hemos considerado hasta aqui como la figura del rey de la gloria, dice: Juzgará á los pobres del pueblo, y hará salvos á los hijos de los pobres, y humillará al calumniador. Descenderá como la lluvia sobre el vellocino, y como llovizna que gotea sobre la tierra. En los dias de él nacerá la

da á un prelado poco cuidadoso de su iglesia, avisándole enigmáticamente que el ala derecha habia flaqueado: que la bóveda se venia abajo con inminente peligro de los que entraban en la iglesia, á muchos de los cuales les habian caido ya las ruinas en la cabeza: que las columnas se doblaban: que el pavimento estaba roto: en una palabra que no habia casi nada sano y que si él no tomaba prontas y acertadas disposiciones, seria el primero que pereciese bajo las ruinas, y responderia ademas de todas las vidas que costase su negligencia.

VI. Asi la madre de bondad atiende á todo en cuanto es posible, reprendiendo á los unos, animando á los otros, dando auxilio y asistencia á todos, haciendo gracias á los buenos pastores en consideracion de sus rebaños y sufriendo las flaquezas de los rebaños por amor de sus buenos pastores, para que Dios sea bendito y honrado en todo en la tierra y mucho mas en el cielo, donde todas las ovejas de la iglesia serán apacentadas por siempre bajo la conducta de un solo pastor, que es juntamente el pastor de los pastores y el príncipe de ellos.

SÉPTIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO VIII.

QUE ES LA PROTECTORA DE LA IGLESIA.

Uno este título al anterior, porque un gobierno sin proteccion no merece el nombre de tal sino á medias: así cuanto mas adelantemos, mas veremos participar á la Virgen

de las regias calidades de su esposo é hijo, mas valor y firmeza advertiremos en ella para llevar adelante su empresa, proporcionarnos todos los bienes de que hemos menester, y apartar los males que nos amenazan.

§. I.—De la calidad de protector de la iglesia; tercer título del rey de la gloria encarnado.

I. Era antiguamente costumbre entre algunos pueblos septentrionales que cuando moria un varon ilustre, subiese la persona elegida por los parientes á lo mas alto de una torre y desde allí arrojara un escudo con las armas y la empresa del difunto: ellos le alzaban en seguida y le llevaban en triunfo por las calles. Por aqui se significaba que los hombres grandes y en especial los reyes y principes son el escudo y la defensa de sus pueblos. En confirmacion de lo cual han notado algunos que cuando eran consagrados los reyes entre los judios, se ungian al mismo tiempo sus escudos para darles á entender que así como el escudo es el rey de las armas, de la misma manera debian de ser ellos el escudo de sus vasallos. Así algunos intérpretes leen en el capítulo XXI de Isaias: Ungid el escudo; en vez que nuestra version trae: Empuñad el escudo; por sola la mudanza de una letra en otra. Así entienden rabbi Salomon y con él algunos de los nuestros lo que se lee en el capítulo primero del libro II de los Reyes: que el escudo de Saul fué derribado en tierra como si nunca hubiera sido ungido.

II. Discurriendo el profeta David acerca de las calidades regias que debia de tener su hijo Salomon, á quien hemos considerado hasta aqui como la figura del rey de la gloria, dice: Juzgará á los pobres del pueblo, y hará salvos á los hijos de los pobres, y humillará al calumniador. Descenderá como la lluvia sobre el vellocino, y como llovizna que gotea sobre la tierra. En los dias de él nacerá la

justicia y abundancia de paz; porque librará al pobre del poderoso y al pobre que no tenía ayudador. Rescatará sus almas de la usura y de la iniquidad, y será precioso en su presencia el nombre de ellos. Y vivirá, y se le dará del oro de Arabia, y orarán siempre por medio de él: todo el día le bendecirán. Sea su nombre bendito por los siglos: delante del sol dura el nombre de él, y serán benditas en él todas las tribus de la tierra: todas las gentes le engrandecerán (1).»

III. Es poco todo cuanto se dice de Salomon en comparación de lo que expresan los libros sagrados acerca del modo admirable con que el rey de los ángeles y de los hombres protege y defiende á su iglesia. Como un protector para ser completo debe de tener tres calidades, en primer lugar un gran amor á aquellos á quienes defiende, en segundo un gran cuidado y vigilancia, y en tercero la fortaleza necesaria para vencer á los que se opongan á sus buenos intentos; la sagrada escritura nos le muestra perfectamente adornado de todas estas prendas. Por lo que toca al cariño, no encontrando en las cosas humanas ningún título, ni nombre que puedan expresarle bastante, le da el cariño de rey, de padre, de tutor, de esposo, de pastor, de capitán y de todos los otros que pudiéramos discurrir. El cuidado y la vigilancia igualan á la cordialidad. El ordena por el profeta Isaias á aquellos á quienes ha redimido con su sangre, que no teman, porque son suyos, y cuando pasaren por las aguas, no los cubrirán los ríos, y cuando anduvieren por el fuego, no los quemará la llama. De día les servirá de nube, y por la noche los guiará con una columna de fuego. En sus tiendas no penetrarán los ardorosos rayos del sol, ni las lluvias, vientos y torbellinos les harán daño (2). En cuanto á

(1) Salm. LXXI.

(2) Isai., XLIII.

su fortaleza no hay nada que temer, porque asegura á Jerusalem por el profeta Zacarías (1) que le servirá de muralla de fuego todo al rededor. En otro lugar da á entender á sus amados hijos que los tendrá entre sus brazos, como el leon tiene la presa entre sus garras sin asustarse por el ruido que hacen los pastores espantados, y que los protegerá como á las aves que vuelan por el aire. En otra parte les promete que los tigres y los leopardos no serán temibles en el monte santo, que es la iglesia; que las serpientes mas peligrosas no podrán causarles daño; y que sin dificultad andarán entre los animales carnívoros y venenosos (2).

IV. Vengamos á la Virgen y veamos cómo la protección que el Salvador le ha concedido acerca de su iglesia, reúne esas tres calidades. Me valdré de otros tantos emblemas para representarlas y ciñéndome siempre á los términos generales haré ver cómo defiende el cuerpo de la iglesia, sin descender todavía al cuidado amoroso que tiene de aquellos que por un título de devoción especial están bajo su particular salvaguardia, que será uno de los principales discursos del tratado tercero.

(1) Zacar., II.

(2) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur. «Los que son afligidos ó tentados olvidan fácilmente el amor que les tiene Jesucristo y que les manifestó por sus palabras, obras y trabajos; sin embargo en esas ocasiones es cuando los sostiene y dice á las olas que los rodean: Hasta ahí llegareis y de ahí no pasa-

reis. Es verdad que cuando Dios nos promete su auxilio, no es para gozar de una paz ociosa y para no ser tentados, sino para perseverar firmes en la tentación y salir triunfantes de ella, porque el premio se da solo al vencedor, y no es coronado sino el que haya peleado generosamente.»

§. II.—El primer emblema representa el amor incomparable de la madre de Dios á la iglesia: primera calidad de su proteccion.

I. Figurémonos ver en medio de un cuadro la ciudad cuadrada que describe S. Juan en diversos capítulos del Apocalipsis, con todo lo que puede decirse de su hermosura incomparable. Observemos en un lugar eminente á la vista de toda la ciudad una señora venerable, que aparece entre las nubes y tiene los ojos clavados en la ciudad, cuyos habitantes la miran reciprocamente manifestando en su semblante que se tienen por seguros con sola su proteccion. Reparemos el lienzo que hay encima de su cabeza y que en unas partes se mete y oculta en la nube y en otras sale fuera con este lema: *De día y de noche tengo mis ojos sobre ella.* Esta es una imágen del amor incomparable de la madre de Dios á la santa iglesia.

II. Aunque la mayor parte de los santos padres han creído firmemente que por la ciudad cuadrada de S. Juan debia de entenderse la mansion de los bienaventurados, no han faltado algunos doctores que fundados en grandes probabilidades que no tengo tiempo de deducir, han juzgado que aquella figura pertenecia juntamente á la iglesia triunfante y á la militante: de donde infieren que la luz de Dios que alumbrá á la ciudad santa, es la doctrina del Salvador; que la muralla de jaspe representa la solidez de la iglesia; que las doce puertas que son otras tantas perlas entalladas, indican á los pastores, á los doctores y á los que nos dan entrada á la fé; que los doce fundamentos son los doce apóstoles; que el ámbito de las murallas que comprende quinientas leguas en cada lado, es la capacidad de la iglesia; que el oro del pavimento es la caridad que une y enriquece á los cristianos; que el agua viva que pasa por medio de la ciudad, son los

divinos sacramentos: que los árboles que producen flores y frutos en toda estacion, son los justos, cuyos santos deseos y buenas obras no faltan jamás en la iglesia.

III. Los ojos de la noble señora, que no es otra que la madre de Dios, clavados siempre en la ciudad y sus habitantes, significan el increíble afecto que profesa á la iglesia; porque los ojos en dictámen de Alejandro, filósofo peripatético, son las ventanas del alma. Ellos descubren todos los impulsos mas secretos de nuestro corazón: la audacia los hace salir fuera; la modestia los baja; la tristeza los abate; el gozo los abre; la ira los enciende; el odio los espanta; el temor los extravía; la atención los clava: en una palabra no parece sino que el alma se sale fuera en cierto modo por los ojos para manifestarnos su estado. Pero nada descubren mas naturalmente que la pasion del amor. Así es que con solo ver la mirada apacible de esta señora clavada en la iglesia juzgaremos al punto que la tiene bien dentro de su corazón y que todos sus pensamientos se dirigen á ella. Ya á la verdad no puede negarse que á la Virgen le asiste justísimo motivo de querer á la iglesia. Ella debe quererla como madre y esposa del Salvador, que es su cabeza y su príncipe, y como madre común de todos los hijos de la salvacion le debe profesar una ternura particular. Ella tiene tambien mas conocimiento que nadie de las buenas y malas almas que existen en la iglesia, y de las singulares perfecciones con que por su intercesion la ha adornado su hijo; lo cual la obliga á amarla incomparablemente.

IV. Pero su enamorado corazón pasa mas allá de aquello á que está obligada; de suerte que puede decirse con verdad que nada se parece al ansia con que solicita los negocios de la iglesia, procura sus medras y busca los medios de servirla. El cardenal Pedro Damiano que lo sabia por experiencia, le dirige estas palabras: «Oh santa señora, desde que estás absorbida en Dios y en

cierto modo divinizada, ¿te habrás olvidado de tus pobres hijos que dejaste en la tierra? No, no es de temer: demasiado sabes á qué peligros nos hallamos expuestos y á qué estado nos vemos reducidos por nuestras culpas. No estás abismada de tal modo en la contemplacion de las divinas misericordias, que no se despierte la tuya por la consideracion de nuestras miserias; y si bien el estado de bienaventuranza te ha hecho impasible, no te has olvidado por eso de la compasion que nuestros males esperan de tu bondad (1). »

V. S. German de Constantinopla le dedica un largo discurso, en que rebosa su profundo agradecimiento. Ve aquí un breve sumario de él: « Sin ti, oh santa señora, nadie se libra de los peligros de esta vida. ¿Y quién hallaremos que proteja á los pecadores como tú, ni alargue una mano caritativa á los que se han desviado del camino recto? Porque todos los demás que podian hablar por nosotros y oponerse á la sentencia que se iba á pronunciar contra la higuera estéril, se retiraban despues de presentar sus memoriales para no comprometerse en mala hora respondiendo por nosotros. Pero tú con maternal corazon alcanzaste el perdon de los pecadores desamparados y despachaste la causa de los que parecian ser irremisiblemente deudores á la justicia de Dios. ¿Y cómo habías de llevar repulsa siendo la madre verdadera é inmaculada de nuestro juez? Por necesidad tiene que otorgarte cuanto le pides. Esa es la razon por que el atribulado recurre á ti mas bien que á nadie, por que el enfermo implora tu asistencia, y por que el que va á la guerra, te invoca para derrotar á sus enemigos. No hay dificultad que tú no venzas, ni proyecto que no desbarates por adelantado que esté: tú anulas los decretos

de los reyes de la tierra. El cardenal Pseudo Damiano dice: « Los reyes de la tierra se glorian de su poder, pero tú, oh santa señora, por experimento, lo diriges como quieras. Oh santa señora, ¿cómo puedes ser tan poderosa? » (1) Sermón de Natividad, sermón 1.º en Dios y en

dados contra nosotros: tú detienes la ira de Dios, las amenazas de su justicia y los castigos que merecemos por nuestros pecados: tú intervienes en el desembargo que han recibido nuestros enemigos, y por el amor que profesas á cuantos invocan el sagrado nombre de tu hijo, interpones apelacion de la justa sentencia de nuestra condenacion y haces citar á nuestros contrarios para burlar todas sus pretensiones. De ahí proviene la seguridad con que el pueblo cristiano recurre á ti en todas sus necesidades: con este motivo se multiplican las oraciones y súplicas; y los beneficios recibidos nos dan atrevimiento para pretender otros mayores. Los ángeles se admiran de esto, considerando por una parte tu inefable bondad y tu condescendencia sin igual y por otra la inclinacion del pueblo cristiano á recurrir á ti en todas sus necesidades, sin que el respeto ó el temor de tu grandeza disminuya su confianza. Pero ¿cómo no hemos de acudir á ti en derechura cuando eres nuestra esperanza incontrastable, nuestro mejor refugio, nuestra guarda siempre vigilante, nuestra salvacion perdurable, nuestro auxilio infalible, nuestra firme defensa, nuestro muro inexpugnable, nuestra fortaleza inconquistable? ¿Cómo no hemos de acudir á ti cuando eres la torre de los sitiados, el puerto de los náufragos, la bonanza de los que son asaltados de la tempestad, la fiadora de los pecadores, el asilo de los desesperados, el perdon de los destruidos, la reconciliacion de los que han caído en desgracia, la rehabilitacion de los sentenciados, la bendicion de los que habian sido ya malditos por Dios, el rocío del espíritu desfallecido y seco, la madre del cordero y del pastor, y cuando eres reconocida públicamente como la que nos proporcionas todo género de bienes? Es verdad que todo cuanto hay en ti, es admirable, todo lleno de rectitud y equidad, todo mas dulce y sabroso que la miel; pero tus misericordias son incomprensibles. Ellas asom-

bran al cielo y á la tierra: ellas no serán nunca alabadas como merecen: ellas nos atraen con mas fuerza que la fuente de aguas vivas al que está sediento: ellas son sin comparacion mas necesarias para nuestra salud que el aire para la respiracion. Digámoslo pues en pocas palabras: si te hubiéramos perdido, nos habriamos quedado sin la esperanza de la felicidad eterna que la fè nos hace desear; pero como respiramos por ti y en ti, aguardamos gozarla contigo: ese es el colmo de nuestros deseos (1).

VI. Ve ahí una parte de la devota plática del santo patriarca con su buena madre la virgen Maria. Ve ahí el honor que da al titulo de madre de Dios, reconociéndole con mucha razon por fundamento del admirable poder que tiene con su hijo, y del cariño que nos profesa. A la verdad es un motivo de sumo consuelo la íntima union que hay entre las dos voluntades del hijo y de la madre; porque ¿quién podrá explicar suficientemente los frutos que recibimos de este reciproco amor del uno y del otro? El hijo lo concede todo por amor de la madre, y la madre lo pide todo por amor del hijo. Este quiere que todo el bien que hace á sus hijos, les sea otorgado por respetos de la madre, y la madre por consideracion del hijo ama á los hijos que adquirió él á costa de su sangre. El hijo da toda potestad á la madre sobre su iglesia, y la madre por agradar al hijo profesa sumo amor á la iglesia. Admirable union, repito, que debemos de considerar como la fuente de todos los bienes que poseemos.

(1) El segundo cubierta representa los extraordinarios desvelos de la madre de Dios para con la iglesia; segun la calidad de su proteccion.

I. ¿No habeis visto muchas veces el navio real pinta-

(1) Soga de Assumpt. B. Virg.

do que se inventó con la idea de representar á la iglesia santa? Es capaz de mucha gente, tripulada y armada con ventaja y provista de todas municiones. S. Pedro gobierna el timon: los apóstoles con los prelados sus sucesores están á su rededor para ayudarle: los doctores dan impulso al navio y le hacen andar al compás de los remos de la sagrada escritura: los eclesiásticos de todas gerarquias manejan la artilleria: los predicadores tocan la trompeta: los confesores desocupan la sentina; y no hay allí dentro ningun oficio que no sea honroso. Ese número casi infinito de personas de todas calidades que se divisan sobre cubierta, representan la muchedumbre de los cristianos. Arriba se ve á Dios padre rodeado de una nube preñada de ángeles; sobre el mástil al Salvador, capitán general de la nave; al costado al Espíritu Santo, que da el viento favorable; sobre la vela á la madre de Dios, sentada como la conductora del barco. De esta manera figuró un hombre ingenioso á la iglesia y el caritativo cuidado con que la Virgen la protege.

II. Por lo demás no se crea que es muy nueva la invencion: mas de mil y quinientos años há que S. Clemente papa ordenó por una constitucion apostólica que se edificasen las iglesias cristianas en forma de nave (1); y aun hace mas de cuatro mil años que á juicio de todos los padres dió Dios el diseño y modelo de ella en el arca de Noé, que era por entonces la única iglesia y la primera nave del mundo. En efecto si se quieren tomar las medidas y proporciones de la nave, se podrán referir todas tanto á nuestras iglesias materiales como á la verdadera iglesia, que es la congregacion de los cristianos. En primer lugar la portada de nuestras iglesias representa la popa de

(1) Lib. 2 Constit. apost., cap. 507.

bran al cielo y á la tierra: ellas no serán nunca alabadas como merecen: ellas nos atraen con mas fuerza que la fuente de aguas vivas al que está sediento: ellas son sin comparacion mas necesarias para nuestra salud que el aire para la respiracion. Digámoslo pues en pocas palabras: si te hubiéramos perdido, nos habriamos quedado sin la esperanza de la felicidad eterna que la fè nos hace desear; pero como respiramos por ti y en ti, aguardamos gozarla contigo: ese es el colmo de nuestros deseos (1).

VI. Ve ahí una parte de la devota plática del santo patriarca con su buena madre la virgen Maria. Ve ahí el honor que da al titulo de madre de Dios, reconociéndole con mucha razon por fundamento del admirable poder que tiene con su hijo, y del cariño que nos profesa. A la verdad es un motivo de sumo consuelo la íntima union que hay entre las dos voluntades del hijo y de la madre; porque ¿quién podrá explicar suficientemente los frutos que recibimos de este reciproco amor del uno y del otro? El hijo lo concede todo por amor de la madre, y la madre lo pide todo por amor del hijo. Este quiere que todo el bien que hace á sus hijos, les sea otorgado por respetos de la madre, y la madre por consideracion del hijo ama á los hijos que adquirió él á costa de su sangre. El hijo da toda potestad á la madre sobre su iglesia, y la madre por agradar al hijo profesa sumo amor á la iglesia. Admirable union, repito, que debemos de considerar como la fuente de todos los bienes que poseemos.

(1) El segundo cubierta representa los extraordinarios desvelos de la madre de Dios para con la iglesia; segun la calidad de su proteccion.

I. ¿No habeis visto muchas veces el navio real pinta-

(1) Soga. de Assumpt. B. Virg.

do que se inventó con la idea de representar á la iglesia santa? Es capaz de mucha gente, tripulada y armada con ventaja y provista de todas municiones. S. Pedro gobierna el timon: los apóstoles con los prelados sus sucesores están á su rededor para ayudarle: los doctores dan impulso al navio y le hacen andar al compás de los remos de la sagrada escritura: los eclesiásticos de todas gerarquias manejan la artilleria: los predicadores tocan la trompeta: los confesores desocupan la sentina; y no hay allí dentro ningun oficio que no sea honroso. Ese número casi infinito de personas de todas calidades que se divisan sobre cubierta, representan la muchedumbre de los cristianos. Arriba se ve á Dios padre rodeado de una nube preñada de ángeles; sobre el mástil al Salvador, capitán general de la nave; al costado al Espíritu Santo, que da el viento favorable; sobre la vela á la madre de Dios, sentada como la conductora del barco. De esta manera figuró un hombre ingenioso á la iglesia y el caritativo cuidado con que la Virgen la protege.

II. Por lo demás no se crea que es muy nueva la invencion: mas de mil y quinientos años há que S. Clemente papa ordenó por una constitucion apostólica que se edificasen las iglesias cristianas en forma de nave (1); y aun hace mas de cuatro mil años que á juicio de todos los padres dió Dios el diseño y modelo de ella en el arca de Noé, que era por entonces la única iglesia y la primera nave del mundo. En efecto si se quieren tomar las medidas y proporciones de la nave, se podrán referir todas tanto á nuestras iglesias materiales como á la verdadera iglesia, que es la congregacion de los cristianos. En primer lugar la portada de nuestras iglesias representa la popa de

(1) Lib. 2 Constit. apost., cap. 507.

las naves; el coro se asemeja á la proa; las agujas de los campanarios á los mástiles; las cruces á las antenas; los tres altos de la nave son los tres órdenes de la iglesia, el matrimonio, el celibato y la virginidad; las tres partes que contiene á lo largo, son la ley natural, la sinagoga y el Evangelio; el agua dulce es la del bautismo; el bizcocho es el pan de vida y el manjar de las almas que nos dejó el Salvador en la Eucaristia; las provisiones son los otros sacramentos, la palabra de Dios y lo demás que nos sustenta en la iglesia.

III. Bien pudiera yo engolfarme mas en estos paralelos; pero me contentó con decir que la nave que boga en el mar, no corre tantos riesgos como la iglesia que navega por la corriente de este mundo: los vientos que soplan de todos lados, y las borrascas que levantan y casi vuelven el buque de arriba abajo, son los demonios, á quien por este motivo llamamos las potestades del aire, y que han jurado su ruina total; pero los desgraciados no lo lograrán jamás. Las olas alborotadas y agitadas por los mismos vientos son las diez persecuciones que la iglesia ha padecido de parte de los emperadores paganos incitados por sus enemigos; y así como entre las olas la décima es siempre la mas furiosa, del mismo modo la décima persecucion fué la mas cruel y sangrienta de todas. Los escollos y bajios ocultos son los herejes cubiertos con la capa de reforma y aparentando ser de los nuestros; pero puestos en emboscada para destrozár la nave. Los monstruos marinos, temibles por su asombroso tamaño, son las potestades de la tierra armadas contra los derechos é inmunidades de la iglesia. Los bancos de arena donde encalla la nave, son las plagas de Dios, la guerra, la peste y el hambre, que á lo menos por algún tiempo retrasan la publicacion y propagacion del Evangelio. Por último los mahometanos pueden llamarse los corsarios y piratas que han robado el fruto de los afanes

y conquistas de la iglesia, gozando de lo que ella habia juntado con tantas fatigas en Asia, en Africa y en una buena parte de Europa.

IV. Dios sabe si en medio de tantos insultos necesita de auxilio la pobre iglesia, y si se duerme la diligente caridad de la virgen Maria. Dios sabe cómo gobierna ella las velas, cómo suscita los vientos favorables, cómo está en acecho para descubrir los malos pasos, huir de los bajios, calmar las borrascas y encaminar la nave al puerto de salvacion. Dios sabe cuántas veces habria sido esta destrozada por los vientos, tragada por las olas, deshecha en los escollos; cuántas veces habria encallado en los bajios ó la habrian derribado los monstruos ó asaltado los piratas, si Maria con su diligencia no la hubiese librado de tantos peligros. No podemos dudar de esto, pues el mismo Salvador, quejándose un día á santa Brigida de los cristianos que se habian extrañado tanto de él, añadió que habia llegado á tal punto el exceso de los pecados, que á no ser por los ruegos de su madre no quedaria en el mundo ninguna esperanza de misericordia. El Salvador no se contentó con asegurarnos esta verdad, sino que quiso que sus enemigos la confesaran por su propia boca. Cesáreo, sabio monje cisterciense de Alemania, cuenta un hecho memorable que ocurrió en su provincia en su tiempo, es decir, por los años de 1222. Dice que estando cantándose misa en una iglesia, comenzó la imágen de la Virgen á sudar gotas gordas, de lo que quedaron sobre manera maravillados y asustados los asistentes. Las mugeres se acercaron y enjugaban con sus rebocillos el sudor de la santa imágen: grandes y pequeños se apiñaban todos para ver tan nuevo espectáculo. Por buena suerte se halló allí un poseso, el cual habiendo sido exorcizado respondió con muchos alaridos que el hijo de Dios habia extendido su brazo para castigar á los hombres y que si su madre no le hubiese detenido, ha-

habría sido aniquilado el mundo: que esa era la causa del sudor de la imagen.

V. Una de las mas recias persecuciones que se han levantado contra la iglesia desde el tiempo de los principes paganos, fué la que el emperador Enrique IV suscitó casi á principios del año 1100, habiendo concitado contra la santa sede la mayor parte del imperio con motivo de la investidura de los obispos que queria usurpar por fuerza, y á resultas de esto otros varios derechos injustamente pretendidos. En los muchos años que duró esta borrasca, dió el Señor tan evidentes señales de su ira, que los mas obcecados no podian negar que estaba irritado sobremanera. A cada paso se oia, especialmente en los estados del imperio y en Italia, que habian sido abrasadas casas, castillos y ciudades por el fuego del cielo; que habia habido terremotos, inundaciones, fenómenos extraordinarios, desaparicion de los rios causada por los temblores de tierra, levantamiento del Pó, cuyas aguas encorvadas en arco hácia arriba volvian á mucha distancia á su lugar ordinario con un ruido espantoso, particion de los montes y otros prodigios, que hicieron dudar á muchas personas si eran los anuncios del juicio final. Esto movió á toda Italia á ayunar y establecer la devocion de las cuarenta horas. Entonces sucedió una cosa notable que refiere Dodequino, famoso historiador contemporáneo. En la ciudad de Cremona un niño de pecho llamó á su madre para decirle que habia visto al Salvador en un trono real y á su santísima madre cerca de él suplicándole con mucho fervor y humildad que sobreyese en el juicio del mundo, el cual queria al parecer concluir entonces. Dicho esto, calló el niño y no volvió á hablar mas hasta el tiempo que la naturaleza tiene determinado ordinariamente.

VI. Acuérdomé de haber visto en el mismo emblema que he propuesto al principio, á la Virgen levantada en

alto al lado de la nave como la estrella del mar y la celestial cinesura que es el refugio de los marineros; lo cual me ha refrescado la memoria de una bella historia referida por S. Antonino. Dice el santo (1) que el año 1128 fué grandemente affligida la ciudad de Soissons de una enfermedad que consistia en unas postillas malignas y en cierta inflamacion peligrosa. Muchos morian de resultas; otros que recurrian á la Virgen santísima venerada de muy antiguo en aquella ciudad, recibian el alivio esperado. Un dia de procesion pública sucedió que una pobre mujer que tenia un hijo de once años atacado de la enfermedad, le llevó á la iglesia, donde se quedó dormido el muchacho hasta la vuelta de la procesion. Cuando empezó á entrar esta, despertó él sobresaltado dando gracias á Dios y á su santa madre con una voz tan fuerte y con unas palabras tan tiernas, que arrancó lágrimas de los ojos de todos los espectadores. Corren á él, le preguntan lo que le ha sucedido, y él lo dice francamente y asegura que mientras estaba dormido habia visto á la madre de Dios de rodillas delante de su amado hijo suplicándole aplacara su justa ira y ahuyentara la enfermedad que padecia aquella ciudad protegida por ella; y que el Salvador habia respondido: Madre mia, tú eres la estrella del mar; hágase lo que deseas. El suceso confirmó la verdad de esta relacion, porque además de haberse atajado la enfermedad el muchacho no vivió mas que un mes, justificándose así su prediccion, pues habia pronosticado que no sobreviviria mucho tiempo.

VII. Detengámonos un poco á considerar qué sucederia si descargase sobre nosotros toda la ira de Dios, cuando solo una centella es capaz de abrasar á una gran

(1) Cap. 2, part. hist. 2, tit. 16, cap. 44, §. 2.

ciudad. Reflexionemos sobre el infeliz estado de los que caigan atados de pies y manos en el horno de su indignación, que él mismo habrá encendido para devorar eternamente á los insensatos. Pensemos á qué estado estaria reducida la iglesia, si Dios hubiera retirado ese astro apacible que la ilumina, la regocija, la consuela, la guia y la protege en medio de tanto peligro. Asi digámosle con su devoto siervo S. Juan Damasceno: «Oh santa señora, tú eres el áncora sagrada, en que fijamos todas las esperanzas de nuestra nave agitada (1).» Digámosle con S. Efrén: «Tú eres la reina de todos, la esperanza de los desesperados, el puerto de los naufragos, la libertad de los presos, la madre de los huérfanos, el rescate de los cautivos, la alegría de los afligidos y la salud de todos los hombres (2).» Yo diré con S. Bernardo: «Quien quiera que seais, si en verdad creéis, como debéis creer, que en este mundo sois arrebatados de las olas y tempestades de un mar borrascoso mas bien que caminais por tierra firme, tened cuidado de no apartar la vista de la hermosa estrella, si no queréis sumergiros en las aguas. Si se levantan los vientos de las tentaciones y dais contra los escollos de la tribulacion, mirad la estrella llamada Maria. Si las olas impetuosas de la soberbia, la ambicion, la detraccion y la envidia se alborotan contra vosotros, mirad la estrella y llamad á Maria. Si la ira, la avaricia y los deseos carnales suscitan algunas tormentas, poned los ojos en Maria. Si os parece que por vuestros excesivos pecados, por el peso de vuestra conciencia y por el temor del juicio final comenzais á iros á fondo, á anegaros en la tristeza, á abismaros en la desesperacion, acordáos de Maria. Recurrid á ella en todos los

(1) Orat. de Assumpt. (2) Orat. de laudibus Virg.

peligros, en vuestras necesidades y dudas; que no se aparte jamás de vuestro corazon, ni de vuestra boca, y para merecer mejor el auxilio de su intercesion cuidad de imitar los buenos ejemplos que os da. Siguiéndola no os perdereis: suplicándola no caereis en la desesperacion: pensando en ella no delinqüireis. Si ella os tiene, no caereis jamás: si os defiende, no tendreis miedo; si la seguís, no os cansareis: y mientras os sea propicia, lograreis todo cuanto pretendais (1).

§. IV.—El tercer emblema representa la admirable fortaleza y poder de la madre de Dios; tercera calidad de su proteccion.

I. Sacaré el tercer emblema del libro segundo de los Reyes, del segundo de Esdras y del capitulo IV de los Cantares, por donde sabemos que habiendo reinado David seis años en Hebron ganó á los jebuseos la fortaleza de Jerusalem situada en el monte de Sion y resolvió hacerla la capital y llave de su reino, como que correspondia á las avenidas de las siete naciones que habia sojuzgado el pueblo de Dios para entrar en la tierra prometida. Estando pues en este pensamiento y teniendo la plaza por muy importante, juntó á los arquitectos mas hábiles, con los cuales trazó el plan de una ciudadela digna de nombrarse en todo el mundo. Mas como pareciese el sitio poco capaz, determinó reunir dos colinas cegando un valle profundo que habia entre ellas, y destinó una parte para el templo y la otra para su palacio. Esta fortaleza y casa real se llamó desde entonces la ciudad de David y fué una de las primeras plazas fuertes del orbe

(1) Homil. 2 in Missus.

así por la naturaleza del lugar, como por la destreza de los artífices que la habían edificado.

II. Entre todas estas maravillas de la naturaleza y del arte los sagrados libros ponderan particularmente una torre tan alta, tan flanqueada de baluartes y hecha con tal proporción, industria y belleza, que mereció llamarse por excelencia la torre de David. Y si este príncipe puso tanto conato en perfeccionarla por fuera; ¿creeremos que emplease menos en hacerla vistosa y agradable en lo interior? Al contrario reunió todas las maravillas y curiosidades de la naturaleza y del arte que pudo hallar: formó una librería y juntó las obras más excelentes: colocó su armería, y como era príncipe marcial y diligente, la proveyó de toda clase de armas preciosas. En el capítulo VIII del libro segundo de los Reyes leemos que colgó de ella los escudos de oro ganados á los habitantes de Adar Hese; y dejó al juicio del lector si se habría enriquecido de despojos en veinte famosas victorias. Así nos lo declara el capítulo IV de los Cantares, donde se ve que de aquella torre pendían mil escudos, es decir, un número indefinido, con todas las armas de los valientes, de los señores y de los príncipes á quienes había vencido David.

III. No puedo omitir una observación de los rabinos Salomon y Aben-Ezra, que en el pasaje en que nosotros leemos que David edificó aquella torre con los baluartes, leen que la hizo la torre de las enseñanzas, ya porque siendo muy alta y viéndose desde los caminos reales sirviera de guía á los pasajeros, como las torres levantadas á la orilla del mar y llamadas faros, según opinan algunos; ya porque David conservara dentro todos los buenos libros y las obras magistrales de la ciencia y el arte, como sabemos por el docto Filon en el libro de su legación al emperador Cayo, ya finalmente como quieren otros, porque aquella torre era en sí una

obra tan excelente y acabada, que los mejores maestros del mundo iban á estudiarla, y cuanto más la registraban, más hallaban que aprender.

IV. El abad Ruperto, Honorio y Alano reconocen aquella torre por un emblema de la fortaleza y poder de la madre de Dios para proteger á la iglesia. Y á la verdad si la consideramos de cerca, hallaremos que el Espíritu Santo la trazó como un diseño muy excelente: porque si David edifica la torre, después de haber forzado á retirarse al jebuseo, el Salvador constituye á su madre en plaza de defensa después de conculcar al antiguo enemigo que se había apoderado del mundo. Si David emplea todos los recursos de la industria humana para hacer una obra perfecta; ya he manifestado en todo el tratado primero con qué cuidado hizo el Salvador á su santísima madre la maravilla del universo. Si David coloca su torre de manera que se distinga de muy lejos; el Salvador ensalza tanto á su madre, que puede ser divisada de los ángeles y los hombres y vista de todos los lugares del cielo y de la tierra. Si David funda su torre sobre una roca y procura hacerla muy fuerte para contener á todos los enemigos de su pueblo; el Salvador pone á su madre sobre los fundamentos de los montes más altos para descubrir de lejos á los enemigos de su iglesia y llenarlos de terror y espanto con sola su vista. Si David hace de su torre una armería provista de todo género de armas ofensivas y defensivas; el Salvador convierte á su madre en una torre de protección guarnecida de todas las piezas necesarias para la guarda y defensa de los pueblos de la iglesia, como declararé en particular en el capítulo siguiente y en diversos lugares del tratado tercero. Si á David le parece tan completa su torre, que la llama la torre y ciudad de David; el Salvador no honra menos á su madre dándole el título glorioso de ciudad de Dios, según mostré en otra par-

te (1). Por último si David llama á su torre la torre de las enseñanzas; el Salvador tiene mucha mas razon para dar el mismo nombre á su santísima madre, porque ella es con toda verdad la torre de las enseñanzas, que está situada á la vista de los caminos reales para reducir á los que van extraviados, asegurar á los que siguen el camino recto, y servir de faro y de puerto de salvacion á toda la iglesia. Es torre de las enseñanzas, porque contiene y descubre á los suyos los singulares documentos y las maravillas ocultas de la sabiduría divina, como mostraré mas despacio en el capítulo X del tratado siguiente. Es torre de las enseñanzas, porque en ella hay y habrá siempre en que admirar los excelentes rasgos del magisterio de Dios. Hace mas de mil y seiscientos años que los espíritus bienaventurados la contemplan y se pasman de ver en ella tantas perfecciones y tanto poder, y cuanto mas penetren, mas hallarán que estudiar. Nosotros mediante su auxilio y favor tendremos toda una eternidad para contemplar esas mismas grandezas y admirar á una simple criatura, que es capaz de sostener el mundo, oponerse á todos los enemigos de la iglesia y postrarlos á sus pies.

(1) Tratado 4, cap. 3.

OCTAVA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO IX.

QUE ES LA CAPITANA DE LOS EJERCITOS DE LA IGLESIA.

Este discurso ilustrará el anterior, y el conocimiento que saquemos de la destreza marcial de la Virgen para dirigir los ejércitos de Dios, contribuirá á confirmar la confianza que debemos de tener en su proteccion. Para esta empresa necesito la asistencia del hijo y de la madre: así suplico humildísimamente al uno con la valiente Judit que me fortalezca en esta ocasion, y á la otra con la iglesia que se digne de recibir las alabanzas que le ofrezco, é infundirme el valor necesario para pelear con sus enemigos.

§. I.—De la calidad de capitan general de los ejércitos de la iglesia; cuarto título del rey de la gloria encarnado.

I. Con formalidad ¿tendriamos de buenas á primeras por un gran capitan al rey Salomon, que llevaba la paz en su nombre, que la hizo florecer durante su reinado y que no se puso jamás á la cabeza de un ejército? No obstante estoy seguro de que despues que mis lectores hayan meditado algunas de las consideraciones siguientes, se pondrán de mi parte y juzgarán que Salomon fue un rey muy completo tanto en paz, como en guerra. Con efecto ¿se hubiera podido mantener de otra suerte en

te (1). Por último si David llama á su torre la torre de las enseñanzas; el Salvador tiene mucha mas razon para dar el mismo nombre á su santísima madre, porque ella es con toda verdad la torre de las enseñanzas, que está situada á la vista de los caminos reales para reducir á los que van extraviados, asegurar á los que siguen el camino recto, y servir de faro y de puerto de salvacion á toda la iglesia. Es torre de las enseñanzas, porque contiene y descubre á los suyos los singulares documentos y las maravillas ocultas de la sabiduría divina, como mostraré mas despacio en el capítulo X del tratado siguiente. Es torre de las enseñanzas, porque en ella hay y habrá siempre en que admirar los excelentes rasgos del magisterio de Dios. Hace mas de mil y seiscientos años que los espíritus bienaventurados la contemplan y se pasman de ver en ella tantas perfecciones y tanto poder, y cuanto mas penetren, mas hallarán que estudiar. Nosotros mediante su auxilio y favor tendremos toda una eternidad para contemplar esas mismas grandezas y admirar á una simple criatura, que es capaz de sostener el mundo, oponerse á todos los enemigos de la iglesia y postrarlos á sus pies.

(1) Tratado 4, cap. 3.

OCTAVA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO IX.

QUE ES LA CAPITANA DE LOS EJERCITOS DE LA IGLESIA.

Este discurso ilustrará el anterior, y el conocimiento que saquemos de la destreza marcial de la Virgen para dirigir los ejércitos de Dios, contribuirá á confirmar la confianza que debemos de tener en su proteccion. Para esta empresa necesito la asistencia del hijo y de la madre: así suplico humildísimamente al uno con la valiente Judit que me fortalezca en esta ocasion, y á la otra con la iglesia que se digne de recibir las alabanzas que le ofrezco, é infundirme el valor necesario para pelear con sus enemigos.

§. I.—De la calidad de capitan general de los ejércitos de la iglesia; cuarto título del rey de la gloria encarnado.

I. Con formalidad ¿tendriamos de buenas á primeras por un gran capitan al rey Salomon, que llevaba la paz en su nombre, que la hizo florecer durante su reinado y que no se puso jamás á la cabeza de un ejército? No obstante estoy seguro de que despues que mis lectores hayan meditado algunas de las consideraciones siguientes, se pondrán de mi parte y juzgarán que Salomon fue un rey muy completo tanto en paz, como en guerra. Con efecto ¿se hubiera podido mantener de otra suerte en

la larga y dichosa paz de que gozó por espacio de cuarenta años, especialmente cuando habiendo hecho su padre tributarios á los mas de los príncipes limitrofes, es muy probable que le dejase una rastra de guerras, á no haber sido tenido por un rey tan valeroso como sabio? Si en realidad no lo hubiera sido, ni hubiera gozado la fama de tal; ¿cómo habia de haber atajado las maquinaciones sediciosas de su hermano Adonias empeñado en alzarse con el trono? ¿Cómo habia de haber reprimido la insolencia de su lugarteniente Joab, que disponia de todas las fuerzas del reino? ¿Cómo habia de haber contenido á su pueblo, cuya muchedumbre era tan grande, que la Escritura la compara á las arenas del mar y nos asegura que en todo tiempo estaba inclinado á la sedicion y rebeldia?

II. Y siguiendo un camino mas seguro que el de las conjeturas, ¿no manifestó bastante el mismo Salomon haber recibido de Dios una sabiduria que no era solo de cabeza y de gabinete, sino de accion y de campaña, si lo hubiera requerido el caso? Ve aqui cómo habla en el capítulo VIII del libro de la Sabiduria: «por esta tendré yo la inmortalidad y dejaré eterna memoria á los que han de venir despues de mí. Gobernaré los pueblos, y las naciones me serán sometidas. Temerán al oirme los reyes horribles: en el pueblo pareceré bueno y en la guerra fuerte.» Profundicemos mas las pruebas. Sabemos por el segundo libro del Paralipómenon y por el tercero de los Reyes que aquel príncipe no quiso permitir jamás que ningun israelita fuese empleado en obras serviles ya para la construccion del templo, ya para su servidumbre; por donde podemos calcular el gran número de soldados que habia en su reino. Asi es que el sabio Abulense opina (1) que ninguno de sus antepasados ó suce-

(1) Tosilatus III, Reg. IX, q. 42, et II Paralip. VIII.

sores puso en campaña tanto guerrero como él, aunque hallamos en el libro segundo del Paralipómenon que el rey Josafat contaba en sola la ciudad de Jerusalem un millon y ochenta mil hombres de armas, sin hablar de los que ocupaban las otras plazas de su reino. La disciplina militar que se observaba en los presidios, era tal, que habia doscientos y cincuenta capitanes veteranos dedicados á ejercitar á los soldados en las maniobras de la guerra. ¿Quién se admirará ahora de que Salomon afirmase la paz y de que cualquier príncipe, por valiente y turbulento que fuera, no prefiriese tenerle por amigo antes que por enemigo?

III. No obstante todo esto es cierto que Salomon no fue mas que la sombra del Salvador y que la virtud marcial de aquel fué solo una leve figura de la sabiduria y valor de este. Con efecto Salomon nació en la púrpura real y entró pacíficamente á poseer un estado floreciente que le aguardaba con los brazos abiertos, y el Salvador hubo de adquirir su reino con la punta de la espada y derrotando á sus enemigos. El profeta Isaias nos le pinta tan salpicado con la sangre de sus enemigos, que le asemeja al que pisa mucho tiempo la uva en un lagar (1). S. Juan en su Apocalipsis le representa montado en un caballo blanco con un arco en la mano y la corona en la cabeza aun antes de pelear, como quien está seguro de alcanzar la victoria (2). Si atendemos á los enemigos de su estado, no son menos temibles por su fortaleza que por su número: al instante se presentarán con una furia sin igual y resueltos á aniquilar la memoria de este príncipe del cielo, si pueden conseguirlo. Mas la fortaleza de este es tan invencible como singular su valor, y pronto los veremos todos tendidos á sus pies: los rios se teñirán

(1) Isai., LXIII.
TOMO II.

(2) Apocal., VI.
32

de sangre de ellos, y los campos quedarán sembrados de cadáveres.

IV. Así le representa el mismo S. Juan por segunda vez (1) bajo el nombre de fiel, veraz y Verbo de Dios, montado en un caballo blanco: sus ojos eran como llama de fuego, y en su cabeza tenia muchas coronas: vestia una ropa teñida en sangre; y salia de su boca una espada de dos filos para herir con ella á las gentes: él mismo las regirá con vara de hierro como se pisan las uvas en el lagar. En su vestidura y en su muslo están escritas estas palabras: *Rey de reyes y señor de señores*. Siguenle las huestes que hay en el cielo, en caballos blancos y vestidos todos de lino finísimo. Al rededor de él no se ven mas que coronas derribadas y cetros por el suelo y el sitio cubierto de cuerpos de reyes, principes y caudillos militares: cualquiera diria al ver el campo que han quedado allí todos los magnates de la tierra. Esta es la figura de las conquistas del Salvador misteriosamente descritas por su secretario intimo, y sobre ello tendria yo excelente motivo para detenerme, si mi plan no me llamara á hablar de las grandezas de la esposa mas bien que de las maravillas del esposo. No obstante en todo lo que se diga de la reina, el rey llevará siempre la mejor parte, como que bajo sus auspicios alcanzó aquella todas las victorias de que he de hablar.

§. II.—Cómo la madre de Dios es la capitana de los ejércitos del Salvador.

I. Enhorabuena vuelva á florecer la época de las heroínas, y séanos dado ver á la cabeza de las huestes de Dios una doncella; pero ¿qué doncella! Porque es muy diferente oír que María capitanea las huestes levantadas

(1) Apocal., XIX.

por el Salvador del mundo para la defensa de la iglesia que saber que la reina Talestris marcha á la cabeza de trescientas mil amazonas. Es muy diferente decir que la madre de Dios deshizo millares de millares de enemigos visibles é invisibles que contar que Débora traspasó con un clavo las sienes á Sisara y le dejó clavado en el suelo. Ahora pues se puede decir que mientras descansaban los mas valientes, Maria estaba en pie y la madre de Israel ejecutaba maravillosas hazañas. Ahora se puede pregonar sin temor que el Señor ha hallado un modo nuevo é inaudito de hacer la guerra. Ahora se puede cantar con verdad que una mujer del pueblo hebreo ha introducido la confusion en la casa del rey Nabucodonosor. Ahora puede decirse de Maria lo que decia Salomon de la mujer fuerte: que muchas doncellas allegaron riquezas; pero que ella las sobrepujó á todas. Ahora puede decirse con Pedro de Blois que no sin motivo dijo el ángel al saludarla que era bendita entre las mujeres, porque ella sola entre todas tuvo un valor mas que varonil y nunca experimentó la flaqueza propia de su sexo.

II. ¿Quién no se admirará al saber que una mujer capitanea las huestes victoriosas del Dios de los ejércitos, que se componen de un millon de espíritus bienaventurados y de innumerables legiones de patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, virgenes y casadas? ¿Quién no se maravillará al oír que manda no á un millon y trescientos mil peones, quinientos mil caballos y cien mil carros como Semiramis, reina de los asirios, no á ciento y veinte mil hombres como Bundwique, á quien pudiéramos con razon llamar la amazona inglesa, sino las huestes del gran Dios de las batallas, que exceden á las estrellas del cielo y á las arenas del mar; que señale á cada uno su puesto; y que gobierne esa muchedumbre de soldados espirituales como si fueran uno solo?

¿Quién no quedará absorto al saber la cantidad de los enemigos que ha vencido, el número é importancia de las victorias que ha alcanzado, y la magnificencia de los triunfos que ha merecido?

III. Si acaso alguno deseara saber por qué Dios quiso honrarla con un cargo que no tiene semejante en el mundo, que me diga primero por qué la escogió por madre suya. Porque una vez presupuesta esta calidad, como yo no veo nada superior á ella, no me admiro de que la distingá con todas las grandezas que requiere esa misma calidad. Añádase á esto que no es pequeña la gloria que él saca de ahí, porque así descubre el incomparable poder de su gracia, la cual puede hacer cosas tan grandes con una criatura tan baja, si se considera solamente en los términos de la naturaleza. Si á mayor abundamiento queremos atender á la calidad de los enemigos que hay que combatir; como su soberbia insupportable los habia encumbrado sobre el mismo Dios, era muy conveniente que fuesen humillados hasta el polvo de la tierra y se viesen abatidos no por la omnipotencia divina, sino por una mujer débil y baja. S. Bruno, fundador de los cartujos, lo va declarando tan devota como sutilmente en un sermon sobre la natividad de la Virgen, en que explica estas palabras que dijo Dios á su amigo Job: ¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviatan y atar su lengua con una cuerda? ¿Por ventura jugarás con él como con un pájaro ó le atarás para tus siervas (1)? Considera la genealogia del Salvador, escrita por S. Mateo, como un sedal de pescador, á cuyo remate encuentra el anzuelo cubierto de carne, que no es otro que la divinidad del mismo Salvador escondida debajo de nuestra humanidad con intento de coger al

(1) Job, XL.

diablo y hacerle arrojar lo que habia tragado. La que preparó el anzuelo y le cubrió de carne, es la virgen Maria, la cual no solo fué la sierva de Dios y se reconoció por tal, sino que en su propia estimacion era la mas baja y pequeña de todas. No obstante Dios obró por medio de esta humilde sierva lo que Job no hubiera pensado jamás, porque por ella atravesó y cogió al Leviatan como un pececillo, le clavó por la nariz y le hizo el juguete de todas las naciones, segun diré mas abajo. Por ella acometió y dejó tendido á Behemoth que se burlaba de todas las potestades del mundo; á Behemoth, el rey de los hijos de soberbia, á Behemoth que insultaba á los mas encopetados; á Behemoth que se sorbia los rios y se jactaba de dejar en seco el Jordan. Así Dios para abatir esa arrogancia y amansar esa soberbia no envió á ninguno de los espíritus celestiales, sino que se contentó con una humilde sierva, la cual postró á sus pies todos esos monstruos de presuncion.

IV. Pero mientras me detengo en estas consideraciones, no advierto que el lector desea saber mucho tiempo há quiénes son esos enemigos, porque quizá pudieran figurarse alguno que son todos los pecadores que se oponen á la gloria de Dios y al deseo de su salvacion que tiene el Salvador. Pero esto no se puede pensar sin hacer agravio al título de medianera y sin destruir el asilo que Dios mismo dejó á los pecadores. Así digamos mas bien que esos enemigos son los que insultan á la majestad de Dios, los que directamente le acometen con decidida voluntad de derribarle de su trono y exterminarle, si pudieran, los que á pesar de él hacen cuanto pueden para impedir que sus criaturas gocen de los bienes que les ha preparado él mismo. ¿No tiene mucha razon la madre de Dios, interesada mas que nadie en el honor y gloria de su hijo, para oponerse con todo su poder á esos furiosos y execrables planes, especialmente cuan-

do ella es insultada con tanta violencia y cuando los que se arman contra Dios, le profesan á ella un odio irreconciliable y le declaran guerra á muerte? El caudillo de este partido es aquel, que arrebatado de un amor frenético de sí mismo en el origen del mundo y queriendo igualarse á Dios hizo rebelarse á las criaturas contra su criador. Desde entonces el furor reconcentrado en su corazon le ha instigado á buscar todas las ocasiones posibles de desagradar á su soberano señor.

V. Si el lector tiene un poco de paciencia, le verá en medio de cuatro escuadrones, animados de su furor y ojeriza y despojados de todo sentimiento de humanidad para difundir un odio desesperado contra Dios y contra cuantos sostienen la causa de este. El primer escuadron se compone de un número casi infinito de espíritus rebeldes desde el principio contra Dios y cada vez mas dispuestos á contrarestar sus designios. El segundo consta de una muchedumbre de hechiceros, mágieos y otras gentes semejantes, que han renegado de su criador y han renunciado la esperanza de su salvacion para unirse á Satanás y hacer la guerra al cielo. El tercero está formado de todos aquellos que se animan mutuamente, diciendo segun el real profeta: Arruinad, arruinad hasta los cimientos, y que no quede piedra sobre piedra en el edificio de la iglesia (1). Son todos aquellos que ha suscitado el demonio para destruir la religion, entre los que ocupan el primer lugar los herejes. El cuarto es el de los ateos y blasfemos, á quienes tiene á sueldo el príncipe del infierno para aguzar sus lenguas viperinas contra Dios y hacer resonar en el aire sus sacrilegas blasfemias.

VI. Ve ahí la detestable comitiva y el tren del rey

(1) Sa m CXXXVI.

de los desesperados y capitan de los rebeldes, que se proponen pelear contra el cielo y cerrar el paso á todos los hijos de salud. Mas no os asustéis al ver gentes de tan mala traza, ni de las resoluciones que toman en sus conciliábulos infernales: al punto se presentará la capitana de los ejércitos del Salvador, con quien principalmente quieren habérselas despues de Dios. La veremos ataviada con primor á la cabeza de las huestes del cielo y de un ejército formidable al infierno y á todos sus satélites, y observaremos cómo ahuyenta á todos esos mónstruos é introduce la confusion en el campo de los enemigos de Dios y de su iglesia.

§. III.—El primer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los demonios.

I. Anibal, general cartaginés, siendo jóven juró en los altares y á presencia de su padre Amilcar odio eterno al pueblo romano, y para cumplir este juramento aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron de ostentar su encono y crueldad. Mayor fué el odio del rey del Ponto Mitridates, que mandó matar de una vez á ochenta mil romanos, los cuales se ocupaban pacíficamente en la negociacion en toda el Asia sin hacer daño á nadie. Grandísimo fué el odio de los dos hermanos Eteocles y Polinice, pues sobrevivió á su muerte, porque habiéndose matado á la vista de sus ejércitos y habiendo sido arrojados sus cuerpos á la hoguera, se dividieron las llamas como para manifestar á los asistentes que el encono de aquellos dos desdichados hermanos habia pasado mas allá de la vida.

II. Pero todo esto es poco en comparacion del odio que se profesan reciprocamente la Virgen y la antigua serpiente, porque puedo decir con verdad que es el mas inveterado, el mas duradero, el mas irreconciliable

do ella es insultada con tanta violencia y cuando los que se arman contra Dios, le profesan á ella un odio irreconciliable y le declaran guerra á muerte? El caudillo de este partido es aquel, que arrebatado de un amor frenético de sí mismo en el origen del mundo y queriendo igualarse á Dios hizo rebelarse á las criaturas contra su criador. Desde entonces el furor reconcentrado en su corazon le ha instigado á buscar todas las ocasiones posibles de desagradar á su soberano señor.

V. Si el lector tiene un poco de paciencia, le verá en medio de cuatro escuadrones, animados de su furor y ojeriza y despojados de todo sentimiento de humanidad para difundir un odio desesperado contra Dios y contra cuantos sostienen la causa de este. El primer escuadron se compone de un número casi infinito de espíritus rebeldes desde el principio contra Dios y cada vez mas dispuestos á contrarestar sus designios. El segundo consta de una muchedumbre de hechiceros, mágieos y otras gentes semejantes, que han renegado de su criador y han renunciado la esperanza de su salvacion para unirse á Satanás y hacer la guerra al cielo. El tercero está formado de todos aquellos que se animan mutuamente, diciendo segun el real profeta: Arruinad, arruinad hasta los cimientos, y que no quede piedra sobre piedra en el edificio de la iglesia (1). Son todos aquellos que ha suscitado el demonio para destruir la religion, entre los que ocupan el primer lugar los herejes. El cuarto es el de los ateos y blasfemos, á quienes tiene á sueldo el príncipe del infierno para aguzar sus lenguas viperinas contra Dios y hacer resonar en el aire sus sacrilegas blasfemias.

VI. Ve ahí la detestable comitiva y el tren del rey

(1) Sa m CXXXVI.

de los desesperados y capitan de los rebeldes, que se proponen pelear contra el cielo y cerrar el paso á todos los hijos de salud. Mas no os asustéis al ver gentes de tan mala traza, ni de las resoluciones que toman en sus conciliábulos infernales: al punto se presentará la capitana de los ejércitos del Salvador, con quien principalmente quieren habérselas despues de Dios. La veremos ataviada con primor á la cabeza de las huestes del cielo y de un ejército formidable al infierno y á todos sus satélites, y observaremos cómo ahuyenta á todos esos mónstruos é introduce la confusion en el campo de los enemigos de Dios y de su iglesia.

§. III.—El primer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los demonios.

I. Anibal, general cartaginés, siendo jóven juró en los altares y á presencia de su padre Amilcar odio eterno al pueblo romano, y para cumplir este juramento aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron de ostentar su encono y crueldad. Mayor fué el odio del rey del Ponto Mitridates, que mandó matar de una vez á ochenta mil romanos, los cuales se ocupaban pacíficamente en la negociacion en toda el Asia sin hacer daño á nadie. Grandísimo fué el odio de los dos hermanos Eteocles y Polinice, pues sobrevivió á su muerte, porque habiéndose matado á la vista de sus ejércitos y habiendo sido arrojados sus cuerpos á la hoguera, se dividieron las llamas como para manifestar á los asistentes que el encono de aquellos dos desdichados hermanos habia pasado mas allá de la vida.

II. Pero todo esto es poco en comparacion del odio que se profesan reciprocamente la Virgen y la antigua serpiente, porque puedo decir con verdad que es el mas inveterado, el mas duradero, el mas irreconciliable

y el mas universal que ha existido nunca. Le llamo el mas inveterado, porque nació con el mundo y Dios mismo le promovió, á lo menos de parte de la Virgen, diciendo: Yo pondré enemistades entre ti y la mujer. Segun los santos padres usó del articulo en singular para dar á entender que no hablaba sino de la que es singular de todas maneras. Le llamo el mas duradero, porque ha de pasar los limites de los tiempos y extenderse á la eternidad. Digo que es el mas irreconciliable, porque no ha tenido nunca paz ni tregua y es á sangre y fuego. Le califico el mas universal, porque no se limita á sus personas, sino que se extiende en general á todos aquellos que pertenecen á la una ó á la otra. Todos los que aman á la madre de Dios, aborrecen de muerte á la fatal serpiente y á los que son de su partido; y todos los que son del partido de la serpiente, aborrecen sin excepcion á los que siguen el de la madre de Dios. ¿Se creará que este odio pasa hasta las figuras de la una y de la otra? Si lo que cuenta el docto abad Ruperto (1) es verdad, precisamente hay aqui algo de sobrenatural, porque asegura que existe tal contradiccion entre la mujer y la serpiente, que si la primera llega á tocar solamente con la planta del pie desnudo la cabeza de la segunda, en el instante le quita toda sensacion y movimiento; cosa que no puede hacerse dándole los mas recios golpes con una hacha ó un martillo. Al contrario si la serpiente puede tocar la primera la planta de la mujer, aunque sea poco, es una herida sin remedio y por necesidad mortal. En fin así como la madre de Dios no puede compadecerse con ninguna cosa que diga relacion á la serpiente, así este maligno reptil no puede sufrir nada que pertenezca á la Virgen santísima.

(1) Lib. 3 de Trinit., c. 20.

III. A este propósito me acuerdo de una historia digna de saberse, sacada del Prado espiritual, compuesto por el bienaventurado Sofronio, arzobispo de Jerusalem, segun creen algunos. Allí se dice que hubo en el monte Olivete un recluso, varon de rara virtud y mérito, el cual habia sido atormentado por el espíritu de fornicacion casi hasta la edad decrepita. Al fin cansado un dia de tan larga lucha comenzó á llorar y preguntó al demonio que le atormentaba, hasta cuándo duraria su terquedad y si no le daria alguna tregua para disponerse á morir. Entonces el espíritu maligno se presentó en forma visible y prometió al anciano que le dejaria en paz con la condicion de que tuviese reservada una sola cosa que iba á decirle; de lo cual exigió juramento al ermitaño. La condicion fué que no adorase mas una imágen de nuestra señora con el Salvador en los brazos, que tenia en su celda, y ante la cual solia postrarse con suma veneracion. El recluso pidió un dia de plazo para pensarlo, y al siguiente muy temprano se fué á buscar al abad Teodoro para contarle lo que habia pasado entre él y el espíritu maligno. El santo abad le manifestó que habia caido en ilusion y que no era licito tratar de aquella suerte con el diablo; pero que habia empezado á reparar su culpa quebrantando la promesa hecha. Añadió que le sería mucho mas disimulable correr todos los lugares de prostitucion que otorgar la peticion de su enemigo y abandonar el culto que tributaba á nuestro Señor y á la Virgen su madre.

IV. El que quiera ahora indagar qué motivo hay para que la madre de Dios aborrezca á Satanás con un odio irreconciliable, ignora las infinitas obligaciones que aquella tiene á Dios, á quien el desgraciado se opone con todas sus fuerzas; no repara el titulo que lleva de madre de los hijos de Dios, á quienes cierra el camino del cielo en cuanto puede; y no se acuerda de la comision y potestad

que recibió nuestra señora de desbaratar todos los planes del demonio y combatirle á todo trance. Si por otra parte quiere saber alguno qué es lo que ha enconado tanto á la serpiente contra la Virgen; acuérdesese de la ojeriza que aquella tuvo desde el principio del mundo no solo al reparador del linaje humano, sino á la que desde entonces le fué mostrada como su esposa y madre. Añádase que fué representada con privilegios de naturaleza, de gracia y de gloria tan superiores á todos los que él habia perdido, que con motivo de esta belleza sin igual fué poseido de mortal tedio y arrebatado de un furioso deseo de eclipsarla cuanto pudiese. Pero lo que le encendió mas en ira, fué lo que le dijo el mismo Dios; á saber, que aquella mujer contrariaría en todo sus planes y le quebrantaría la cabeza; y la experiencia que tuvo de la verdad de este oráculo, contribuyó no poco á enconarle mas y mas.

V. ¿No hay motivo de creer á un espíritu soberbio cuando con gran confusion suya se ve forzado á confesar las pérdidas que le causa su enemiga? ¿Cuántas veces se le ha oído desesperarse por los agravios y afrentas que decía haber recibido de ella! ¿Cuántas veces ha hecho resonar el aire con alaridos espantosos por no poder vengarse de la que le causaba tantos males! Hace unos ciento treinta y seis años que hallándose atormentadas del espíritu maligno las mas de las monjas del monasterio de la Chesnaye cerca de Cambrai por medio de una vieja hechicera que les habia causado aquel mal, quedó la gente atónita de las cosas inauditas que hacian. Ellas andaban por el aire como los pájaros, trepaban á los árboles, se agarraban á las ramas como las comadreas, y descubrian los secretos mas ocultos; pero nada era tan admirable como las quejas que los espíritus malignos daban por boca de las pobres monjas de las pérdidas que decian les ocasionaba la virgen Maria, la cual les arrebatava

ba diariamente infinitas almas prendidas ya en las redes.

VI. No hay nada que se parezca á lo que refieren los escritores de la vida de santo Domingo tocante á la confesion que este gran siervo de Dios sacó á la fuerza al enemigo de Maria santisima por boca de un hereje albigenese, de quien se habian apoderado quince mil demonios en castigo de sus blasfemias. Fué presentado al santo en Carcasona, y siendo exorcizado y preguntado á quién temia mas de todos cuantos habitan en el cielo, y quién por consiguiente debia ser mas amado, reverenciado y glorificado de los hombres, se resistió á responder con diabólica obstinacion; pero al fin el santo vió en medio de mas de cien ángeles cubiertos de armas doradas á la madre de Dios, que habiendo tocado al poseso con una varita de oro mandó á los espíritus rebeldes obedecer á santo Domingo para confusion suya y mayor gloria de Dios. Entonces ellos despues de bregar mucho y manifestar su rabia con gritos y gestos respondieron: «Oh enemiga nuestra, nuestra ruina y confusion, ¿por qué has bajado del cielo para atormentarnos? ¿Habremos de ser forzados por ti, que eres la abogada de los pecadores y el camino seguro del cielo, á descubrir una verdad tan perjudicial para nosotros? Oid, cristianos, oid lo que tenemos que confesar: la madre de Dios que está aqui presente, tiene toda potestad para sacar de nuestras manos á sus siervos. Ella desbarata todas nuestras arterias, como el sol disipa las nubes: ella malogra todas nuestras empresas. Nosotros confesamos por fuerza que ninguno de los que perseveran en su servicio, se ha condenado jamás con nosotros. Un solo suspiro que ella presente á la beatísima Trinidad, hace mas efecto que todas las súplicas de los otros santos. Mas temor nos causa ella sola que todo el cielo junto, y nos es imposible recabar nada de sus fieles siervos. Sabed que por la eficacia de sus ruegos se salvan muchos cristianos á la hora de la muerte,

y que si esa María no hubiera destruido nuestras máquinas, ya habríamos exterminado la iglesia y arrebatado la fé de todos los órdenes de que se compone. Esta declaracion es digna de conservarse en los archivos de todas las iglesias del mundo para gloria de Dios y de su santa madre, provecho de las almas y confusion del infierno.

VII. ¡Cuántas veces ha confesado el demonio que en cierto modo temia mucho mas á la Virgen que al mismo Dios! No porque el poder de ella sea mayor que el de Dios (el decir esto seria una blasfemia), sino porque no separándose Dios ordinariamente del curso que una vez estableció en las cosas humanas así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, los espíritus malignos han tenido tiempo de observar sus máximas de estado, seguir sus pasos acostumbrados y tomar sus medidas sobre poco mas ó menos por lo que preveian que habia de acontecer; pero siendo la conducta de la madre de Dios una conducta de amor y misericordia, nunca han podido formar algunos principios para sentar sus planes, sino que cuando creian firmemente que las cosas iban á salirles á medida de su deseo, la oposicion sola de la Virgen trastornaba todas sus empresas y arruinaba lo que habian edificado. ¿Quién se admirará ahora de que esos espíritus malignos, rabiosos y enfurecidos como estan, no puedan sufrir el oír siquiera el nombre de aquella que siempre está en acecho, descubre todas sus marañas, los sorprende y los vence?

VIII. Como el odio de ellos no tiene límite, ni medida, á lo menos en cuanto á la voluntad de desagradarla, no encontraria yo jamás el fin si quisiera proseguir esta materia: bastará decir que á mi juicio el odio inveterado del espíritu maligno á la madre de Dios está muy bien figurado en el capitulo XII del Apocalipsis. San Juan, ese fiel siervo y segundo hijo de la Virgen, vió en el

cielo una mujer cubierta del sol, con la luna debajo de los pies y en la cabeza una corona de doce estrellas, que estando en cinta clamaba con dolores de parto y sufría dolores por parir. Tambien vió un dragon bermejo con siete cabezas y diez cuernos y en sus cabezas siete diademas, y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las hizo caer sobre la tierra. El dragon se paró delante de la mujer que estaba de parto, á fin de tragarse el hijo que pariese. Mas sucedió de otra manera, porque el hijo varon que ella parió y estaba destinado á regir todas las gentes con vara de hierro, fue arrebatado para Dios y para su trono. Habiendo sido derribado en tierra el dragon por uno de aquellos esforzados espíritus, la mujer huyó al desierto, donde tenia un lugar aparejado de Dios; mas el mónstruo lejos de abatirse volvió á acometer con nueva furia y persiguió á la mujer, ya que se le habia escapado el hijo. Entonces fueron dadas á la mujer dos alas de águila grande, para que volase al desierto. La serpiente lanzó de su boca agua como un rio con el fin de que la mujer fuese arrebatada por la corriente; mas la tierra ayudó á la mujer, y abrió su boca, y sorbió el rio que el dragon habia lanzado de la suya. No quedándole ya al dragon otro medio de dañar á la mujer y al hijo, revolvió contra los otros de su linaje que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo, y se paró sobre la arena del mar.

IX. Sé muy bien que la muchedumbre de los santos padres é intérpretes declaran que por esta misteriosa figura de la mujer se entiende la iglesia; pero tampoco ignoro que ha sido explicada misticamente de la madre de Dios por S. Epifanio (1), S. Agustin (2), San

(1) Heres. 78, et Serm. de laudibus Deiparæ.

(2) Lib. 4 de Symbolo ad catechum.

Bernardo, S. Bernardino (1), Dionisio el cartujo (2), S. Antonino (3), Alberto Magno (4) y algunos otros doctores muy calificados, y me parece que con muchísima razón le apropiaron este pasaje, porque sin hablar del sol de que está rodeada aquella mujer, de la luna que tiene á sus pies, de las doce estrellas y demás adornos de la Virgen (para lo cual se puede ver el tratado primero), ¿á quién podemos entender mejor por el hijo de la mujer que ha de regir á las naciones de la tierra, que á nuestro salvador y redentor, hijo de la virgen Maria? A él dice David en la persona de Dios: Pídemme, y te daré las gentes en herencia tuya y en posesion tuya los términos de la tierra. Los gobernarás con vara de hierro; los quebrantarás como vaso de alfarero (5). Si S. Juan hablaba de los dolores del parto que no sintió Maria, han de entenderse espiritualmente de la amargura en que fué anegado su tierno corazón por el conocimiento que tuvo de todo cuanto habia de padecer su amado hijo (6). No es extraño que el dragon quisiese matar al hijo de la Virgen, porque sabia muy bien que habia de hacerle soltar la presa y desposeerle del reino de este mundo usurpado tiránicamente por

(1) Tom. 4, conc. 61, art. 2, c. 4.

(2) Lib. 3 de laudibus Virg., art. 29.

(3) Part. 4, tit. 15, cap. 20.

(4) Ad cap. I, Marc.

(5) Salm. II.

(6) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Estos dolores del parto pueden explicarse de la necesidad de parir fuera de su patria y de la pena de no encontrar otra posada que un establo, ni mas cama que un posebre. Esta obligacion del re-

tiro y del silencio para poder parir al divino niño y salvarle de la boca del dragon, que estaba preparado para tragarle, la necesidad de huir á Egipto, la degollacion de los inocentes, el peligro de la vuelta, todas estas cosas son los dolores que acompañaban al parto de Jesucristo y que en el alma iluminada y amorosa de Maria santísima fueron unas espadas mas crueles y penetrantes que todos los dolores de parto de las madres ordinarias.»

él. Pero pronto conoció el desventurado á su costa que aquel fruto maravilloso estaba libre de sus garras y se burlaba de sus tiros, porque está sentado en el trono de Dios, á quien es igual en poder y consustancial en naturaleza.

X. Esto le enconó aun mas contra la virgen Maria. Desde entonces resolvió vengarse de la primera afrenta que habia recibido, y juró perseguirla á todo trance por sí y por los suyos. Pero fue un enemigo tan poco temible para la madre como para el hijo, porque en el acto fue puesta ella bajo la salvaguardia de Dios, y sin hablar de la escolta de millares de espíritus bienaventurados le fueron dadas unas alas de águila de tan especial proteccion, que á pesar de la furia del infierno quedó en lugar seguro bajo el amparo del cielo. Así el dragon se paró en la arena del mar, rabioso por verse tratado tan ignominiosamente y revolviendo en su ánimo horribles planes de venganza contra los hijos de la Virgen. Si yo no la viera dispuesta á acudir en defensa de ellos, tendria motivo para exclamar con el ángel del Apocalipsis (1): «¡Ay de la tierra y del mar, porque descendió el diablo á vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo!» Pero ánimo, que pronto veremos aparecer á la Virgen; la cual quebrantará todos sus esfuerzos y le derribará confundido á sus pies.

-El segundo escuadrón de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los mágicos, los hechiceros y otros tales monstruos de naturaleza, que tienen trato familiar con el diablo.

I. No sin razón el santo Job va representando al diablo bajo la figura de Leviatan, que significa el que alle-

(1) Apocal., XII.

Bernardo, S. Bernardino (1), Dionisio el cartujo (2), S. Antonino (3), Alberto Magno (4) y algunos otros doctores muy calificados, y me parece que con muchísima razón le apropiaron este pasaje, porque sin hablar del sol de que está rodeada aquella mujer, de la luna que tiene á sus pies, de las doce estrellas y demás adornos de la Virgen (para lo cual se puede ver el tratado primero), ¿á quién podemos entender mejor por el hijo de la mujer que ha de regir á las naciones de la tierra, que á nuestro salvador y redentor, hijo de la virgen Maria? A él dice David en la persona de Dios: Pídemme, y te daré las gentes en herencia tuya y en posesion tuya los términos de la tierra. Los gobernarás con vara de hierro; los quebrantarás como vaso de alfarero (5). Si S. Juan hablaba de los dolores del parto que no sintió Maria, han de entenderse espiritualmente de la amargura en que fué anegado su tierno corazón por el conocimiento que tuvo de todo cuanto habia de padecer su amado hijo (6). No es extraño que el dragon quisiese matar al hijo de la Virgen, porque sabia muy bien que habia de hacerle soltar la presa y desposeerle del reino de este mundo usurpado tiránicamente por

(1) Tom. 4, conc. 61, art. 2, c. 4.

(2) Lib. 3 de laudibus Virg., art. 29.

(3) Part. 4, tit. 15, cap. 20.

(4) Ad cap. I, Marc.

(5) Salm. II.

(6) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Estos dolores del parto pueden explicarse de la necesidad de parir fuera de su patria y de la pena de no encontrar otra posada que un establo, ni mas cama que un posebre. Esta obligacion del re-

tiro y del silencio para poder parir al divino niño y salvarle de la boca del dragon, que estaba preparado para tragarle, la necesidad de huir á Egipto, la degollacion de los inocentes, el peligro de la vuelta, todas estas cosas son los dolores que acompañaban al parto de Jesucristo y que en el alma iluminada y amorosa de Maria santísima fueron unas espadas mas crueles y penetrantes que todos los dolores de parto de las madres ordinarias.»

él. Pero pronto conoció el desventurado á su costa que aquel fruto maravilloso estaba libre de sus garras y se burlaba de sus tiros, porque está sentado en el trono de Dios, á quien es igual en poder y consustancial en naturaleza.

X. Esto le enconó aun mas contra la virgen Maria. Desde entonces resolvió vengarse de la primera afrenta que habia recibido, y juró perseguirla á todo trance por sí y por los suyos. Pero fue un enemigo tan poco temible para la madre como para el hijo, porque en el acto fue puesta ella bajo la salvaguardia de Dios, y sin hablar de la escolta de millares de espíritus bienaventurados le fueron dadas unas alas de águila de tan especial proteccion, que á pesar de la furia del infierno quedó en lugar seguro bajo el amparo del cielo. Así el dragon se paró en la arena del mar, rabioso por verse tratado tan ignominiosamente y revolviendo en su ánimo horribles planes de venganza contra los hijos de la Virgen. Si yo no la viera dispuesta á acudir en defensa de ellos, tendria motivo para exclamar con el ángel del Apocalipsis (1): «¡Ay de la tierra y del mar, porque descendió el diablo á vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo!» Pero ánimo, que pronto veremos aparecer á la Virgen; la cual quebrantará todos sus esfuerzos y le derribará confundido á sus pies.

-El segundo escuadrón de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los mágicos, los hechiceros y otros tales monstruos de naturaleza, que tienen trato familiar con el diablo. ®

I. No sin razón el santo Job va representando al diablo bajo la figura de Leviatan, que significa el que alle-

(1) Apocal., XII.

ga al rededor de sí, porque conociendo muy bien su flaqueza por una parte y por otra el poder invencible de aquel á quien ha insultado presuntuosamente, es necesario que haga levas y junte fuerzas de todos lados para dar algun apoyo á su impotencia. Lo demás poco le importa, con tal que halle almas rescatadas con la preciosa sangre del hijo de Dios. Esto sobra para hacerle echar espumarajo y para irritar su ira. Sería cosa de morir de miedo viendo cómo se dispone para la lucha, si no oyéramos que el mismo Dios le dirige estas palabras por boca del profeta Ezequiel: «Héme aquí contra tí, dragon grande, que yaces en medio de tus ríos y dices: Mio es el río y yo me hice á mi mismo. Yo pondré freno en tus quijadas, pegaré los peces de tus ríos á tus escamas, y te sacaré de enmedio de tus ríos, y todos tus peces se pegarán á tus escamas. Y te arrojaré en el desierto y á todos los peces de tu río: sobre la haz de la tierra caerás y no serás recogido, ni congregado. Te entregué á las bestias de la tierra y á las aves del cielo para que te devoren (1)». S. Gregorio comentando este pasaje dice que el dragon no es otro que el principe del infierno, al rededor del cual se agavillan los pecadores de la tierra para unirse á él y ser al fin compañeros de su pena como lo fueron de su desgracia. Ya hemos visto pasar su primer escuadron, compuesto de los espíritus rebeldes, á quienes sedujo y desvió del servicio de Dios al principio del mundo. Aquí viene el segundo, que no cede mucho á aquel en malicia y crueldad. Es una raza de diversas gentes, cursadas en todos los ejercicios del odio de Dios: los llamamos mágicos, hechiceros etc., y todos son hijos de las tinieblas y verdaderos abortos del infierno.

(1) Ezeq., XXIX.

II. Para que comprendais mejor qué especie de monstruos es esta de que hablo, deseo sepais que por las palabras mágicos y hechiceros intento expresar los pecadores del mundo mas abominables despues de los demonios, los reos de lesa majestad divina y humana en primer grado, declarados tales por todas las leyes, los nuevos gigantes que con el diablo su padre se coligaron contra el cielo y resolvieron insultar á la divinidad. Pero ¡desdichados! esos montes de injurias y blasfemias que colocan unos sobre otros, les caerán encima y les quebrantarán los huesos. Hablo de los enemigos de toda piedad, de los menospreciadores de toda religion, de los sacrilegos consumados, de los profanadores de todas las cosas santas, de los que abusan de los sacramentos conculcando la sangre del testamento y rindiendo homenaje al enemigo de Dios con los misterios que nos dejó el Señor para obrar nuestra salvacion. Se nos erizarian los cabellos y deberia de vestirse el sol de luto, si intentara yo contar una minima parte de los delitos de que están convictos: quiero mas tener miramiento con los ojos y los oidos castos que mancharlos con la relacion de los hechos infames de esos espíritus diabólicos, porque son cosas feas para dichas y oidas las que ejecutan en sus tenebrosos conventiculos cubriéndolas con el manto de la noche. ¿No horroriza el saber que la hechicera Juana Potiere fue acusada de haber comulgado sacrilegamente cuatrocientas y treinta veces, sin hablar de otros innumerables desórdenes que habia cometido contra Dios y los hombres?

III. Hablo de esos traficantes de iniquidad que llevados de una vana esperanza de conseguir algo del enemigo se obligan recíprocamente á él y se comprometen á hacer y acometer todo lo que les ordene; de esos instrumentos generales para toda clase de pecados y especialmente para los que no puede hacer él mismo; de

esos esclavos de Satanás vendidos para obrar mal y cómplices de infinitos delitos y atentados, de esos que por haber contraído amistad con él, como que se han transformado en él por la participacion de su espíritu; de esos á quienes podemos llamar con S. Agustin la gloria y el triunfo del diablo (1) por el sacrilego honor que le tributan mas que todos los que ofenden á Dios. Hablo de esos barrancos y abismos de pecados, porque en tales almas prostituidas no entran por docenas, sino por millones. Con efecto en pos de la infidelidad, de la impiedad, del ateismo, de la herejía, del cisma, de la apostasia y de la desesperacion que figuran entre los pecados mas execrables, vienen á bandadas las torpezas de todo género, los odios perpétuos, la ira frenética, la venganza diabólica, el homicidio del cuerpo y del alma, los sacrilegios y otros monstruos tales fabricados en las tenebrosas cavernas del infierno. ¿Qué diré del espíritu maniático que los enajena y hace que no contentos con el mal que pueden cometer, consientan deliberadamente en todos los que no pueden poner por obra?

IV. Hablo de la plaga mas horrible con que Dios puede castigar al mundo, y en comparacion de la cual la peste, la guerra, el hambre y hasta la herejía como que parecen azotes ligeros que solo encientan la piel. Hablo de aquellos á quienes un emperador romano declara en la ley *De maleficiis* por enemigos del linaje humano en cualquier parte del orbe que se encuentren; de aquellos á quienes Filimer, rey de los godos, obligó á refugiarse en las soledades mas profundas de la Escitia, porque no inficionasen con su contagioso trato á los demás habitantes del reino. Aun hubiera andado mas cuerdo si hubiese limpiado el mundo de una

(1) De vera relig., cap. 53.

semilla fatal, que prendé en todas partes y apesta lo mismo de lejos que de cerca. Hablo de aquellos á quienes no queria el rey Atalarico que se perdonase, segun se ve por las amonestaciones que hacia á los jueces de sus estados escribiéndoles que era cosa impia ser indulgente con los que no encuentran piedad en la bondad de Dios. Acordémonos del espectáculo que dió al imperio romano Juliano el apóstata, uno de los primeros mágicos del mundo (1), cuando despues de su muerte se hallaron hacinadas en pozos, calabozos y otros lugares ocultos de la ciudad de Antioquia las cabezas que habia mandado cortar, los cuerpos que habia abierto, y los niños que habia arrancado de las entrañas de sus infelices madres, todo por dar pábulo á los impios sacrificios que le ordenaban los demonios sin cesar. ¿No se halló en el templo de Carres en la Mesopotamia despues de la batalla en que pereció aquel impio vomitando blasfemias contra el Salvador, no se halló, repito, el cuerpo de una pobre mujer colgada de la cabellera, á quien habia abierto el vientre antes de salir á campaña para saber el éxito de su empresa?

V. Hablo de los árboles que son heridos por los rayos y anatemas de la iglesia, de las victimas condenadas por Dios y entregadas á todo el rigor de la justicia temporal y eterna si no vuelven en sí (2). Pero ¡ah! el fin mas ordinario de su abominable vida es morir como verdaderos desesperados y como personas que comenzaron mucho tiempo antes su infierno para no acabarle jamás. Finalmente hablo del objeto de la indignacion y de la infinita paciencia de Dios, los cuales así como atizan de continuo el fuego de su justa venganza, así

(1) Niceph. Gal. lib., cap. 1 (2) Exod. XXII: Lev. XX etc. et 3, Tripart. hist., lib. 3, c. p.

nos dan á conocer mejor que todos los otros pecadores que servimos á un Dios infinito en bondad y en longanidad, porque la paciencia que sufrió tanto tiempo á esos monstruos, no puede menos de ser la paciencia de un Dios.

VI. ¿Quién se admirará ahora de que sea irreconciliable su odio á la madre de Dios y que recíprocamente esta señora los persiga á todo trance? Ellos la aborrecen, porque tienen las almas poseídas de la rabia del príncipe de las tinieblas su padre, quien les ha infundido en la medula con su espíritu el odio á la virgen María. Ellos la aborrecen como el buho la luz del día á causa de su incomparable santidad, porque ella es el espejo mas hermoso y reluciente de las infinitas perfecciones de Dios que hay entre las simples criaturas, y la aborrecen hasta el punto de haber habido algunos tan frenéticos, que deseaban en odio de la virginidad de María poderse hacer tan infames en la torpeza como ella es eminente en la castidad. ¿No decia yo antes que es preciso que tengamos un Dios de infinita paciencia y que su madre participe algo de ella para tolerar las intenciones infernales de esas almas desnaturalizadas? Ellos la aborrecen como á la madre del Salvador del mundo, á quien tratan de deshonorar de todos los modos posibles, á quien llenan de injurias y blasfemias y á quien ponen en cuanto pueden bajo los pies de aquel que han elegido por su señor. Ellos la aborrecen finalmente en consideracion de las afrentas que se figuran recibir de ella, como que se opone á todos sus intentos, desbarata sus planes, disipa sus maleficios, introduce la confusion en su reino y los arruina completamente, segun haré ver despues discurrendo acerca de las victorias de nuestra señora.

VII. Si ella por oposicion los detesta y los persigue de muerte; ¿quién puede extrañarlo? Antes seria maravi-

lla si no lo hiciera así. Debe de hacerlo por los principios de su santidad sin igual, la cual es mas directamente opuesta á la malicia de ellos que ninguna otra criatura inferior á Dios. Está obligada por el titulo que lleva de madre comun de los hijos de Dios, los que sin ella serían presa de esos hechiceros y pasto de esas harpias, que tienen tanta sed de sangre humana como de la ruina de las almas. Sobre todo es como precisada por las obligaciones que tiene y por el cariño que profesa á su divino hijo, blanco de los sacrilegios, impiedades y blasfemias continuas de esa raza maldita. De esto dió una prueba evidentísima al desdichado Anatolio, segun refieren varios autores graves (1): la cosa merece saberse. Habiéndose levantado poco á poco este hombre del polvo de la tierra, se fué á la ciudad de Antioquia, donde se captó la amistad de algunos sujetos de valimiento y por medio de ellos se abrió paso á las dignidades públicas. Así se introdujo con Gregorio, obispo de Antioquia, como siempre habia deseado, y tuvo tal maña, que por este valimiento se hizo necesario á muchos y en especial á los pretendientes; no obstante no supo manejarse tan bien, que no se granjease la envidia y el odio de los hombres honrados y del pueblo. Fué pues acusado con sus parciales (porque habia hecho una clientela de personas perdidas y de mágicos como él) de muchos delitos atrocísimos, de cohecho, de impiedad, de magia, de haber sacrificado muchas veces al demonio y de otras innumerables iniquidades. Poco faltó para que el obispo incurriese en el odio público con este motivo. Sus amigos iban y venian, hablaban á todo el mundo discurrendo mil arbitrios para librarle, y hubieran salido con

(1) Evagr. l. 5. Hist. eccles., cap. 4: Baron., tom. 7 Annal. ad cap. 47 et 48: Nicephorus, lib. 48, annum 580.

su intento, si el populacho no se hubiese amotinado contra los enemigos del bien público. Anatolio estrechado de cerca no pensaba mas que en ponerse en salvo. Habia en la cárcel una imágen de nuestra señora atada á una cuerda y guardada como el consuelo y refugio de los afligidos. El malvado osó postrarse delante de ella con un corazón desleal y para representar mejor su papel hizo que le ataran las manos á la espalda á fin de comparecer en la presencia de la Virgen en actitud de reo. En tal estado se hincó de rodillas; pero su oracion no salia mas que de los labios y dentro tenía el corazón de otro Antioco; por lo cual la madre de Dios le volvió la espalda á vista de muchos presos y carceleros, que le miraron desde entonces como á un hombre aborrecido por el cielo y detestado por la Virgen santísima. La misma señora se quejó de él á algunos buenos siervos que tenía en la ciudad de Antioquia, añadiendo que le era insufrible Anatolio por las injurias que vomitaba contra su hijo. Estas noticias pasaron de boca en boca y al fin llegaron á oídos del piadoso emperador Tiberio, quien ordenó al punto á los jueces que le mandasen comparecer á la presencia imperial. Llegó bien escoltado á Constantinopla con sus criados culpables todos como él. El emperador dejó el conocimiento de esta causa al obispo y á los jueces eclesiásticos, quienes la pasaron á la potestad secular, que trataron de ganar los amigos del impío. Se procedió con tal negligencia, que solo fueron desterrados algunos de los reos; de lo que se indignó tanto el pueblo de Constantinopla, que se precipitó sobre ellos y los llevó á la orilla del mar con muchos haces de leña á fin de sacrificar á Dios los que habian hecho tantos sacrificios á los demonios. El Señor libró de las manos de los amotinados al obispo y á los jueces, que si no difícilmente hubieran escapado; pero el infeliz Anatolio despues de azotado fue

conducido al anfiteatro, echado á las fieras, despedazado y por fin colgado en una horca. No acabaron aquí sus males, porque acudieron los lobos al olor de la carne y devoraron lo que quedaba de su cuerpo. No debo de omitir aquí que mientras se le formaba la causa, la Virgen hizo muy eficaces diligencias y se quejó de la connivencia y cobardía de muchos; pero especialmente se apareció á cierto oficial del palacio imperial, echándole en cara que obraba con mucha debilidad en un negocio en que ella estaba interesada, y que se le haría duro defender al que no habia perdonado medio para deshonrarla juntamente con su amado hijo.

VIII. Ve ahí el principio de la tragedia que ha de continuarse por toda una eternidad en la persona de este desesperado: lo demas lo reservo para cuando trate de las victorias que ha alcanzado la madre de Dios de los impíos mágicos. Por ahora baste decir que debe de ser grande el exceso de sus pecados, cuando la madre de misericordia se olvida de su bondad y la abogada de los pecadores pide contra ellos con tanto empeño. Así persuádanse los que esperan alguna misericordia de ella, á que no les es permitido tener comunicacion con toda clase de personas, ni tampoco con los demonios; y los que administran justicia, acuérdense de que Dios les ordena juzgarlos sin compasion como la peste del mundo y los enemigos jurados de Dios y de la Virgen, si no quieren ser participantes de los delitos de ellos.

§. V.—El tercer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los herejes.

I. Los herejes no tendrán motivo de queja si los pongo detrás de los mágicos, porque Tertuliano decia hace mil y cuatrocientos años que eran amigos intimos

su intento, si el populacho no se hubiese amotinado contra los enemigos del bien público. Anatolio estrechado de cerca no pensaba mas que en ponerse en salvo. Habia en la cárcel una imágen de nuestra señora atada á una cuerda y guardada como el consuelo y refugio de los afligidos. El malvado osó postrarse delante de ella con un corazón desleal y para representar mejor su papel hizo que le ataran las manos á la espalda á fin de comparecer en la presencia de la Virgen en actitud de reo. En tal estado se hincó de rodillas; pero su oracion no salia mas que de los labios y dentro tenia el corazón de otro Antioco; por lo cual la madre de Dios le volvió la espalda á vista de muchos presos y carceleros, que le miraron desde entonces como á un hombre aborrecido por el cielo y detestado por la Virgen santísima. La misma señora se quejó de él á algunos buenos siervos que tenia en la ciudad de Antioquia, añadiendo que le era insufrible Anatolio por las injurias que vomitaba contra su hijo. Estas noticias pasaron de boca en boca y al fin llegaron á oídos del piadoso emperador Tiberio, quien ordenó al punto á los jueces que le mandasen comparecer á la presencia imperial. Llegó bien escoltado á Constantinopla con sus criados culpables todos como él. El emperador dejó el conocimiento de esta causa al obispo y á los jueces eclesiásticos, quienes la pasaron á la potestad secular, que trataron de ganar los amigos del impío. Se procedió con tal negligencia, que solo fueron desterrados algunos de los reos; de lo que se indignó tanto el pueblo de Constantinopla, que se precipitó sobre ellos y los llevó á la orilla del mar con muchos haces de leña á fin de sacrificar á Dios los que habian hecho tantos sacrificios á los demonios. El Señor libró de las manos de los amotinados al obispo y á los jueces, que si no dificilmente hubieran escapado; pero el infeliz Anatolio despues de azotado fue

conducido al anfiteatro, echado á las fieras, despedazado y por fin colgado en una horca. No acabaron aquí sus males, porque acudieron los lobos al olor de la carne y devoraron lo que quedaba de su cuerpo. No debo de omitir aquí que mientras se le formaba la causa, la Virgen hizo muy eficaces diligencias y se quejó de la connivencia y cobardia de muchos; pero especialmente se apareció á cierto oficial del palacio imperial, echándole en cara que obraba con mucha debilidad en un negocio en que ella estaba interesada, y que se le haria duro defender al que no habia perdonado medio para deshonrarla juntamente con su amado hijo.

VIII. Ve ahí el principio de la tragedia que ha de continuarse por toda una eternidad en la persona de este desesperado: lo demas lo reservo para cuando trate de las victorias que ha alcanzado la madre de Dios de los impíos mágicos. Por ahora baste decir que debe de ser grande el exceso de sus pecados, cuando la madre de misericordia se olvida de su bondad y la abogada de los pecadores pide contra ellos con tanto empeño. Así persuádanse los que esperan alguna misericordia de ella, á que no les es permitido tener comunicacion con toda clase de personas, ni tampoco con los demonios; y los que administran justicia, acuérdense de que Dios les ordena juzgarlos sin compasion como la peste del mundo y los enemigos jurados de Dios y de la Virgen, si no quieren ser participantes de los delitos de ellos.

§. V.—El tercer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los herejes.

I. Los herejes no tendrán motivo de queja si los pongo detrás de los mágicos, porque Tertuliano decia hace mil y cuatrocientos años que eran amigos intimos

y que los mágicos habían sido siempre los padres de los herejes (1). Lo que ya era cierto en su tiempo, se ha hecho indudable por la experiencia, la cual nos hace palpar que todos esos forjadores de novedades han aprendido las ciencias diabólicas en las cavernas de la nigromancia. Simon, primer patriarca de los herejes, mereció por excelencia y ha conservado siempre en la iglesia el apellido de mago. Su discípulo y compatriota Menandro fue tan buen maestro como él según testimonio de S. Justino mártir (2), y con sus encantos hizo gran estrago en la ciudad de Antioquia. Nicéforo es fiel testigo de cómo Castor Agripa hizo ver al mundo las imposturas mágicas de Basilides (3). Valentin, dice Filastrio, obispo de Brescia en Italia, fué antes discípulo de Pitágoras que de Jesucristo, y es bastante decir (4). Los gnósticos que descendieron de ellos, no se mordieron la lengua, porque tuvieron públicamente escuela de magia, según sabemos por Nicéforo (5), y escandalizaron la tierra con sus infamias y maldades. Prisciliano que trajo la herejía de ellos á España, fué por dos veces acusado y convicto de maleficio, como escribe Severo Sulpicio (6): había sido discípulo de Marcos Egipcio, uno de los mágicos mas infames del mundo, según parece por sus horribles impiedades (7). Carpócrates al decir de S. Ireneo (8) olía doblemente á la hoguera lo mismo que sus predecesores. S. Gerónimo (9) y el ya citado Sulpicio Severo (10) dicen que Hermógenes no valía mucho mas. Casiano refiere (11) haber oído á un espíritu

(1) De anima, lib. 4, c. 43, lib. 2, c. 57.

(2) Apolog. 4.

(3) Lib. 4 Hist. Eccles., c. 2.

(4) Lib. de Hæresib.

(5) Lib. 4 hist. cap. 7.

(6) In vita parag. Martini.

(7) Lib. 4, cap. 3.

(8) Lib. 4 contra hæreses.

(9) Epist. ad Ctesiphontem

contra Pelagium.

(10) Lib. 2 Hist.

(11) Collat. 7, cap. 32.

maligno que se jactaba por boca de un poseso de que él mismo por conducto de Arrio y Eunomio había publicado sus impiedades.

II. Si fuera esta la ocasion de hablar de todos sus sucesores, fácilmente haria yo ver quiénes han sido. No digo nada de Berengario: el que quiera puede leer la historia de Nangis. Los valdenses adquirieron en todas partes tal fama de sortilegio, que en muchos países hechicero y valdense es la misma cosa. La historia de los albigeenses manifiesta bastante con quien tuvieron comunicacion y de quien aprendieron sus impiedades. Y para que no se quejen de haber sido olvidados ó ignorados los que el infierno ha suscitado en nuestros días, ¿no escribe de sí Lutero en su tratado de la misa privada que el diablo y él, compañeros de estudios, comieron juntos un moyo de sal y que él le conoce muy bien? ¿No dice en otro lugar (1) que el diablo se agita tanto en su cabeza, que no puede leer, ni escribir, y que ha discurrido y tratado muchas veces con él? Carlóstadio ¿no aprendió de un hombre alto y negro á impugnar la transustanciacion (2)? Zuinglio tomó su última resolución de negar la realidad del sacramento de la Eucaristia con un espíritu que no se acordaba si era blanco ó negro (3). En cuanto á Juan Calvino sostiene firmemente el docto obispo de Ruremunda Guillermo Laindand que considerada la inconstancia de aquel hombre, la malignidad de su espíritu, su impiedad, sus blasfemias y su vida, es imposible que no fuese gobernado por el diablo. Confírmalo por una disputa que tuvo con su colega el ministro Servet, quien le dijo que probaria por instrumentos públicos que era homicida y discípulo de Simon

(1) Carta al duque de Sajonia.

(2) Luter. t. 3, pág. 68.

(3) En el libro que se intitula *Subsidium de Eucharistia*.

el mago, si tenia cara para negarlo; á lo cual no respondió Calvino una palabra. Lo que se dirá de su muerte en el párrafo IX, no dejará alguna duda acerca de esto. Fué asombroso que en el origen de la herejia se levantaron en diversos lugares tropas de mágicos y hechiceros mas densas que una nube de avispas y mosquitos, para hacer ver claramente al mundo que así como la herejia fué concebida y alimentada en el seno de la magia, así por lo comun termina en ella. El diablo, decia el sabio Juan Maldonado, se sirve de la herejia como una cortesana mientras está en la flor de su edad y tiene algunas gracias; pero en cuanto pasa su hermosura y lozania, convierte al hereje en mágico y por fin en ateista, para que se cumpla en él punto por punto la maldicion de Joel, el cual dice que lo que dejó la oruga, lo comió la langosta, y lo que dejó la langosta, lo comió el pulgon, y lo que dejó el pulgon, lo comió la roya (1).

III. He anticipado esto, para que una vez conocidos los padres de los herejes sea fácil juzgar qué espíritu los guia, y nadie extrañe si se hacen verdaderos imitadores de sus antepasados, y si habiendo tenido por sus mayores á los mágicos heredan el odio y la rabia de estos contra Dios y su madre. Aquí tendria yo derecho de manifestar las indignidades, desórdenes y sacrilegios que han cometido contra el Salvador de nuestras almas, las blasfemias que han vomitado contra él, los destrozos que han causado en su viña, que es la iglesia plantada por sus afanes y regada con su preciosa sangre, porque esos ultrajes son las pruebas irrecusables de su odio contra él y las causas razonables que han dado á la madre de Dios para aborrecerlos y perseguirlos. Pero por cuanto seria interminable el discurso, me contento con

(1) Joel, I.

que sean conocidos por otra parte sus procedimientos, y no quiero detenerme mas que en apuntar sumariamente algunos efectos de su veneno contra la Virgen santisima. Digo sumariamente, porque si hubiera de vaciar la sentina, seria cosa de corromper el aire y apesatar á todo el mundo. A fin de evitar confusion dividiré este tercer escuadron en cuatro compañías, que tienen verdaderamente sus estandartes diferentes; pero en lo demas son impelidos del mismo frenético deseo de eclipsar la gloria y aniquilar el nombre de la madre de Dios.

IV. La primera es de los que se han empeñado en difamarla y en destruir con sus calumnias la singular estimacion que la iglesia ha hecho en todo tiempo de su santidad incomparable. Su capitán será el emperador Juliano, que juntando á una indole perversisima y á una peligrosa curiosidad el odio secreto del nombre cristiano le encubrió de tal suerte en su juventud, que aparentó virtud y religion, hasta que llegada la ocasion oportuna se quitó la máscara y no se quedó atras de los Nerones y Dioclecianos en perseguir á los cristianos. Pero sobre todo hincó su diente ponzoñoso en el redentor del mundo y en su santisima madre, componiendo contra ellos un libelo satírico atestado de improperios y calumnias. Siguenle una turba de hombres de mal agüero, entre los cuales nuestros incrédulos modernos se han distinguido tanto por su licencia en hablar y escribir contra la madre de Dios, que han mostrado ser tan descarados como los mas audaces de sus antecesores. El insigne apóstata Martin Lutero, el Eróstrato de nuestros dias, que quiso hacerse famoso prendiendo fuego á la iglesia de Dios, tuvo la avilantez de decir (1) que la culpa cometida por la virgen Maria cuan-

(1) In Evangel. domin. 4 post Epiphan.

do perdió á su hijo á la edad de doce años, fue tan enorme, que hubiera valido mas que nunca hubiese sido madre de Dios: que el padre eterno la juzgó desde entonces indigna de cuidar y guardar á su hijo; y que nadie la excedió en pecados. Ecolampadio, que se hacia llamar el primer obispo de Basilea, la acusó de ambicion y dijo (1) que por haber querido meterse presuntuosamente á hacer el oficio de Mesias con su hijo mereció ser reprendida de él en las bodas de Caná. El padre de los impios Juan Calvino, nacido para desventura de la Francia, se burla de los que defienden haber sido exenta de todo pecado la madre de Dios, y dice riéndose que no es cosa para apurarse uno tanto. Con efecto él aprovecha todas las ocasiones de mancillar la fama de nuestra señora. En un lugar la acusa de que vaciló su fé y de que defendió su derecho con demasiado fuego aun en desprecio de la honra de Dios (2). En otro dice que se dejó llevar del afecto de la carne y la sangre é importunó á su hijo hasta en perjuicio de la publicacion del Evangelio que retardó (3). En otro asienta con cinica impudencia que por todas estas consideraciones el Salvador se vió precisado á reducirla á su deber, á ponerla en la clase comun de las mujeres y darle á entender que no debia de presumir tanto de sí por ser su madre; lo cual no era una cosa tan grande como ella se imaginaba (4). Conozco que los zelosos siervos de esta reina estan ya poseídos de tanta impaciencia, que braham contra esos satélites de Satanás y con dificultad pueden contener su indignacion; pero aguarden y verán el castigo que el cielo va á enviar á esos impios, el cual será mas duro y ejemplar que lo que ellos mismos

(1) Ad cap. II Joan.
(2) In cap. II Lucæ.
(3) In cap. XII Matth.

(4) In cap. II Joan.: in cap. XI Lucæ.

harian, especialmente cuando apenas hemos empezado á oír las execrables voces de los enemigos de la Virgen.

V. La segunda compañía insulta particularmente á su virginidad: asi es que se compone de ciertos viejos lascivos que abominaron siempre esa virtud. Cerinto va el primero. Este hereje, judio de origen, por eleccion perseguidor del cristianismo, del que habia desertado, y mágico de profesion, publicó entre muchos delirios sugeridos por el diablo, á quien llamaba su ángel bueno, que el Salvador habia nacido de José y de María de la misma manera que los otros hombres (1). Lo mismo decia Carpócrates segun S. Ireneo (2) y S. Epifanio (3). Marcion, á quien S. Policarpo calificó de hijo primogénito del diablo, clamaba que era cosa imposible de toda imposibilidad el que una virgen concibiese y pariese (4). Tras estos vienen Joviniano, enemigo mortal de la virginidad y del ayuno (5), y Helvidio, corifeo de los antimarianitas ó anticomarianitas (6), á quien nunca se pudo hacer desistir de la mala opinion que tenia de la madre de Dios, afirmando que los que en el Evangelio se llaman hermanos del Salvador, eran hijos de ella.

VI. La tercera compañía es de los que han procurado arrancar la joya mas preciosa que hay en la corona de la Virgen; á saber, el titulo de madre de Dios. El viejo Ebion capitaneó aquella, defendiendo segun testimonio de Nicéforo (7) que el Salvador habia sido un simple hombre nada mas, y por consiguiente que era abuso intolerable llamar madre de Dios á Maria. Manes el persa,

(1) Iren. lib. 2, cap. 25.

(2) Lib. 4, cap. 24.

(3) Hæres. 27.

(4) Iren. lib. 4, c. 29: Tert. lib. 3 contra Marcionem.

(5) August. Hæresi. 82.

(6) Hieron. contra Helvidium: Epiphan. Hæresi. 43: August. Hæresi. 84.

(7) Lib. 3 Hist., cap. 43.

de quien dice Eusebio en su historia (1) que verdaderamente estuvo segun la interpretacion de su nombre privado de sano juicio y fué agitado del espíritu maligno, sostuvo que el Salvador no habia tenido mas que un cuerpo aparente y fantástico y que era gran flaqueza del entendimiento persuadirse á que habia estado encerrado en el vientre de una mujer como los otros niños. A estos sigue el desgraciado Nestorio, obispo de Constantinopla, ganándoles la palma en punto á terquedad é insolencia, porque jactándose de teólogo (de lo cual no entendia mucho), defiende que hay dos personas en Jesucristo, la una divina y la otra humana, y que aquel á quien pertenece la humana solamente, se llama Cristo y es el hijo de Maria, la que con este motivo bien puede llamarse madre de Cristo; pero de ninguna manera madre de Dios, porque en cuanto al otro á quien conviene la persona divina, no se le conoce madre en la tierra, sino únicamente un padre en el cielo. Nestorio tuvo por segundo al presbítero Anastasio, hombre fogoso y rebelde, que predicando un dia en Constantinopla pronunció estas palabras con un descaro singular: «Nadie llame madre de Dios á Maria, porque Maria fué mujer, y es cosa imposible que Dios nazca de una mujer (2).

VII. Me apresuro todo lo posible á apartar el ánimo del lector de estas impiedades, y hé aquí que llegamos á la cuarta compañía, formada de aquellos que procuraron con todas sus fuerzas impedir el reconocimiento y honor tributados siempre por la iglesia á la Virgen santísima. El mas intolerable de ellos fué el emperador Constantino Coprónimo, de quien habla el historiador griego Suidas en estos términos: El emperador Constan-

(1) Cap. 28.

(2) Niceph. Hist. eccles. l. 44, c. 13.

tino fué hijo de Leon Iconomaco y se apellidó Coprónimo, porque cuando le llevaron á bautizar siendo niño pequeño, ensució con su porquería el baptisterio. Fué un verdadero leopardo nacido de un leon, un áspid salido del huevo de una serpiente, en una palabra un perfecto Antecristo descendiente de Dan. Fué sucesor de su padre en la impiedad tanto como en el imperio, profanándole por sus torpezas y su trato familiar con el demonio, y haciéndose por otras muchas maldades un verdadero instrumento del diablo su padre. Prohibió públicamente la invocacion de los santos y ordenó que las reliquias se expusiesen á la befa del pueblo. Aun hizo peor, porque prohibió expresamente que nadie invocase á Maria diciendo que era un desatino esperar ningun auxilio de ella, y que nadie tuviese la temeridad de llamarla madre de Dios ó de tributarle culto ú honor. Este decreto le autorizó con una bufonada, porque habiendo intentado un dia envilecer á la Virgen delante de muchas personas que le escuchaban, tomó una bolsa llena de oro y les preguntó que en cuánto la apreciaban; á lo que respondieron todos que valia mucho: luego echando sobre la mesa las monedas que contenia, la mostró vacia y preguntó de nuevo en cuánto la estimaban: el pueblo respondió que ya no valia nada. Pues sabed, les dijo, que lo mismo sucede con Maria: mientras tuvo al Salvador en su vientre, verdaderamente fué preciosa delante de Dios y digna de todo honor; pero habiéndose desprendido del rico tesoro que llevaba, no le quedó cosa alguna que la ensalce sobre las otras mujeres. Así hablaba aquel impío, que por otra parte daba culto y honraba á Venus, y con abominables sacrificios y víctimas humanas servia á su diosa Maura, á quien habia escogido por directora de sus sacrilegios y su magia. Los cátaros ó puros, semilla maldita de Novato, no querian oír hablar de la invocacion de la Virgen, ni consentir que se le tributase ho-

nor alguno. En cuanto á los albigenses puede bastar lo que he dicho en otro lugar; á saber, que procuraban deshonrarla de todas las maneras imaginables, representándola por irrisión con un ojo solamente y desfigurándola todo lo que podían.

VIII. Paréceme que sobra con lo dicho para conocer el espíritu que anima á tales gentes, y juzgar si es probable lo que he sentado al principio: que todos los que han forjado las herejías y vomitado tantas blasfemias contra el cielo, han sido por necesidad familiares de Satanás y operarios de sus talleres, porque sin él no puede llegar un entendimiento humano á tanta malicia, ni tener tal rabia contra Dios y su madre.

IX. Siendo esto así, si ella no detestára á tales gentes y no les hiciera guerra á sangre y fuego; ¿no se diría con razón que sentía poco las injurias hechas á la majestad de Dios y á su hijo, que abandonaba el honor que le es debido, y que le hacían poca mella las ruinas de la iglesia? No pudiendo ser esto, es fácil de imaginar la contrariedad que existe entre la Virgen y esos instrumentos de iniquidad; contrariedad tan grande, que segun dice Sofronio, no quiso ella entrar en la celda del abad Ciriaco, sino que se estuvo á la puerta con S. Juan Bautista y S. Juan Evangelista, porque tenia escondido á su enemigo. Hablaba la Señora de dos libros del impío Nestorio, que sin que el buen viejo lo supiese, estaban unidos á otro libro que le habían prestado. Tampoco quiso permitir jamás segun testimonio del mismo Sofronio que una noble señora inficionada de la herejía de los acéfalos ó severianos entrase á visitar el santo sepulcro, sino que dejándose ver de ella con una tropa de virgenes le dijo con semblante enojado: «¿Cómo has tenido atrevimiento para intentar entrar no siendo de los nuestros?» Y dicho esto le dió con la puerta en el rostro. Como la dama persistiese en entrar, replicó la Virgen: «En vano

te atormentas, porque hasta que seas de los nuestros, es desatino que pienses en entrar. Viendo esto la dama recurrió al obispo, y reconciliada con la iglesia fué admitida sin dificultad por María santísima. Reservamos lo demás para el discurso de la cruda guerra que en todo tiempo ha hecho á los herejes, y sobre las victorias que ha alcanzado.

§. VI.—El cuarto escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los blasfemos.

I. Es imposible que no esté cansado de tantas blasfemias el lector devoto y zeloso de la honra de la madre de Dios. Sin embargo es preciso que aguante un poco, porque el evangelista S. Juan tiene que decir aun dos palabras sobre este asunto, y para fortalecer los corazones de los hijos de Dios y de la Virgen quiere participarles una vision que tuvo por via de advertencia, cuando estaba en la isla de Patmos. Vió salir del mar una bestia espantosa semejante á un leopardo: sus pies como de oso, y su boca como boca de leon. Tenia siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos dos coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios para blasfemar de su nombre, y de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo (1). Bien sé que S. Ireneo (2) y despues de él la mayor parte de los sagrados intérpretes (3) han entendido por esta bestia el Antecristo, que será como un monstruo rabioso y enfurecido; y no ignoro tampoco que el venerable Beda (4) con algunos otros juzgaron que mas bien habia de entenderse por aquella figura espantosa la comunidad de los impíos

(1) Apocal., III. (3) Rupertus Haimo etc. in
(2) Lib. 5 adversus hæres., cap. XIII Apoc.
cap. 28. (4) In idem Apoc. c. I, cap. 2.

nor alguno. En cuanto á los albigenses puede bastar lo que he dicho en otro lugar; á saber, que procuraban deshonrarla de todas las maneras imaginables, representándola por irrisión con un ojo solamente y desfigurándola todo lo que podían.

VIII. Paréceme que sobra con lo dicho para conocer el espíritu que anima á tales gentes, y juzgar si es probable lo que he sentado al principio: que todos los que han forjado las herejías y vomitado tantas blasfemias contra el cielo, han sido por necesidad familiares de Satanás y operarios de sus talleres, porque sin él no puede llegar un entendimiento humano á tanta malicia, ni tener tal rabia contra Dios y su madre.

IX. Siendo esto así, si ella no detestára á tales gentes y no les hiciera guerra á sangre y fuego; ¿no se diría con razón que sentía poco las injurias hechas á la majestad de Dios y á su hijo, que abandonaba el honor que le es debido, y que le hacían poca mella las ruinas de la iglesia? No pudiendo ser esto, es fácil de imaginar la contrariedad que existe entre la Virgen y esos instrumentos de iniquidad; contrariedad tan grande, que segun dice Sofronio, no quiso ella entrar en la celda del abad Ciriaco, sino que se estuvo á la puerta con S. Juan Bautista y S. Juan Evangelista, porque tenia escondido á su enemigo. Hablaba la Señora de dos libros del impío Nestorio, que sin que el buen viejo lo supiese, estaban unidos á otro libro que le habian prestado. Tampoco quiso permitir jamás segun testimonio del mismo Sofronio que una noble señora inficionada de la herejía de los acéfalos ó severianos entrase á visitar el santo sepulcro, sino que dejándose ver de ella con una tropa de virgenes le dijo con semblante enojado: «¿Cómo has tenido atrevimiento para intentar entrar no siendo de los nuestros?» Y dicho esto le dió con la puerta en el rostro. Como la dama persistiese en entrar, replicó la Virgen: «En vano

te atormentas, porque hasta que seas de los nuestros, es desatino que pienses en entrar. Viendo esto la dama recurrió al obispo, y reconciliada con la iglesia fué admitida sin dificultad por María santísima. Reservamos lo demás para el discurso de la cruda guerra que en todo tiempo ha hecho á los herejes, y sobre las victorias que ha alcanzado.

§. VI.—El cuarto escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los blasfemos.

I. Es imposible que no esté cansado de tantas blasfemias el lector devoto y zeloso de la honra de la madre de Dios. Sin embargo es preciso que aguante un poco, porque el evangelista S. Juan tiene que decir aun dos palabras sobre este asunto, y para fortalecer los corazones de los hijos de Dios y de la Virgen quiere participarles una vision que tuvo por via de advertencia, cuando estaba en la isla de Patmos. Vió salir del mar una bestia espantosa semejante á un leopardo: sus pies como de oso, y su boca como boca de leon. Tenia siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos dos coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios para blasfemar de su nombre, y de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo (1). Bien sé que S. Ireneo (2) y despues de él la mayor parte de los sagrados intérpretes (3) han entendido por esta bestia el Antecristo, que será como un monstruo rabioso y enfurecido; y no ignoro tampoco que el venerable Beda (4) con algunos otros juzgaron que mas bien habia de entenderse por aquella figura espantosa la comunidad de los impíos

(1) Apocal., III. (3) Rupertus Haimo etc. in
(2) Lib. 5 adversus hæres., cap. XIII Apoc.
cap. 28. (4) In idem Apoc. c. I, cap. 2.

formada de piezas diferentes entre sí; pero que todas convienen unas con otras en malicia y en odio á Dios. A cualquier lado que nos volvamos, siempre tendremos por fiador al mismo S. Juan, si decimos que hay muchos Antecristos y que esa multitud de cabezas y lenguas armadas de blasfemias nos denota los satélites y parciales del Antecristo, primer instrumento y capitán general de todos los blasfemos, que recibió el temple de toda impiedad en lo profundo del abismo (1).

II. Convengamos, pues lo dice la santa escritura, en que sin hablar de los diablos, que parece son la misma impiedad y blasfemia mas bien que unos impíos y blasfemos, nunca ha vomitado el infierno un monstruo semejante á aquel, que ha de empezar el aprendizaje de todo género de vicios por donde acabaron los demás. Pero persuadámonos tambien á que capitanea un ejército innumerable de inicuos y que es el corifeo de esa maldita raza, que aguza su lengua contra Dios y escupe el veneno de sus sacrilegas palabras contra el cielo. De ese número son todos los que S. Juan vió representados por las cabezas del leopardo infernal: parece que han tomado por empeño corromper el aire con las blasfemias que vomitan contra Dios, su tabernáculo y cuantos moran en el cielo. Es verdad que hemos oido ya á los mas abominables de ellos entre las compañías de mágicos y de

(2) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«De ellos se queja David en estos términos en el salmo CXXXIX: «Aguzaron sus lenguas como de serpiente: veneno de áspides debajo de sus labios.» Y en el salmo LXXII: «Pensaron y hablaron malignidad: iniquidad hablaron en alto. Pusieron contra el cielo su boca, y la lengua de ellos an-

duvo por la tierra. «Mas el Señor cumplirá el deseo del mismo profeta: juzgará su causa; se acordará de los agravios que estos insensatos le hacen todos los días; no olvidará las blasfemias de sus enemigos; y su insolencia que va siempre en aumento, será humillada por la mano de la criatura mas santa entre las simples criaturas.»

herejes; pero porque aun quedan otros que sin ser de su partido no dejan de tener el alma negra, el corazón corrompido y la lengua preñada de blasfemias, por eso he formado un escuadrón aparte, que veremos pronto deshecho por la mano de la guerrera omnipotente.

III. Yo no sé si debo de armarme de zelo ó indignación ó lamentar mas bien el desastrado caso de esas victimas de confusión, cuya mayor desgracia es habérselas con Dios y su tabernáculo, que es la virgen Maria. ¡Desgraciados de ellos por no haberse guarecido á esta celestial rama, que les habia preparado Dios, como dice por su profeta Isaías, para que les hiciese sombra de día contra el bochorno y para seguridad y guarida contra el torbellino y la lluvia (1)! ¡Desgraciados de ellos por no haberse refugiado en su tabernáculo, que habia dispuesto para que en el día de los males se pusieran á salvo, como dice David (2)! Mas desgraciados por haber insultado con tanta malignidad ó insolencia á la que S. Atanasio (3) y S. Andrés de Candia (4) llaman el tabernáculo de Dios; S. Juan Crisóstomo el santuario preparado para el Verbo divino; y S. Juan Damasceno la tienda animada y racional de Dios, de donde salió la fuente de la vida, enviada á la tierra para destruir la muerte, que iba asolando todo el linaje de los hombres. Desgraciadísimos por haberse afanado tanto en profanar el tabernáculo divino que el Señor habia santificado, segun observa santo Tomás (5) despues de David (6), por haber trabajado con tanta impiedad para derribar el asilo á donde debian de recurrir en sus necesidades, y para arrancar el pabellón que Dios mismo habia plantado, dice

(1) Isai., IV.
(2) Salmo XXVI.
(3) Serm. de S. Deipara.

(4) Orat. 2 de Annuntiat.
(5) Part. 3, q. 27, art. 2.
(6) Salmo XLV.

Jorge de Nicomedia (1), á fin de reparar el nuestro que estaba caído. ¿No es esto haber perdido el juicio, ser enemigo de sí mismo y conspirar de propósito deliberado á su propia ruina? Ese furor sería en verdad mas disimulable en los enemigos del nombre cristiano ó en los que por desesperacion se han salido del aprisco de Jesucristo; pero ¿qué perdon pueden esperar los domésticos de la fé y los hijos de la iglesia, cuando arman contra sí á la iglesia misma, la cual está obligada por tantos y tan reiterados juramentos de fidelidad á defender la honra de su medianera? ¿De quién aguardan gracia despues de haber ofendido á la madre del rey que ha de darla? ¿Qué esperanza les queda de reconciliacion, cuando destruyen la puerta de la salvacion é insultan tan afrentosamente á la madre de toda misericordia? Haré patentes sus blasfemias en el capítulo XX, cuando lleguemos á las victorias que ha conseguido de los blasfemadores de su nombre.

§. VII.—Primera victoria de la madre de Dios alcanzada de los demonios, enemigos de Dios y suyos.

I. Bastante ha resonado ya el grito de triunfo del infierno. Tiempo es de que aparezca la madre de Dios, pues el enemigo se adelanta con banderas desplegadas, y el arrogante Goliat se mofa de las tropas de Israel. El primer regimiento es el de los demonios, capitaneados por el principe maligno. Sus caras son feroces, sus gritos espantosos, su insolencia insoportable, y cualquiera diria al verlos que ya han ganado la victoria. Pero ánimo, que el cielo viene en nuestro auxilio y nos envia la Virgen como una guerrera invencible, que marcha al frente de

(1) Orat. de oblatione Deiparæ.

los hijos de la luz y se va en derechura á este primer escuadron. Ve aquí cómo habla S. Juan Crisóstomo en la homilia 46 sobre S. Mateo: «Veo un recio combate que se prepara entre la mujer y la serpiente, y por las apariencias no puedo juzgar otra cosa sino que la refriega será terrible y la batalla sangrienta. Los ejércitos están frente á frente: cada cual acecha á su enemigo; y todos se aprestan para dar el asalto. La mujer vigilante acecha la cabeza de la serpiente y se pone en defensa contra ella: la astuta serpiente por su parte guarda la cabeza y trata de clavar su lengua en la mujer. Dios está esperando el resultado de la pelea y se regocija de ver quebrantada la cabeza de la antigua serpiente. Ya vienen á las manos; pero dejemos obrar á María, y pronto veremos que el soberbio enemigo siente el peso de su brazo. Por eso S. Pedro Damiano la llama justamente el único espanto de los demonios y la vara de hierro que los contunde y ataja sus planes horrendos (1).

Primera y segunda particularidad de este combate.

II. Los historiadores que han escrito las victorias de los grandes capitanes, han procurado notar las singularidades mas dignas de mencionarse. Si yo quisiera detenerme en todas las particularidades de las victorias de la virgen Maria, tendria materia para hacer alarde; pero me contentaré con tres. El abad Ruperto señala la primera (2) cuando dice que hay grandísima diferencia entre la victoria que la serpiente ganó á la primera mujer, y la que consiguió de ella la segunda, porque Eva fué cogida á traicion; pero Maria venció en guerra declarada. Dios mismo en el principio del mundo retó á la serpiente y le di-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) De Trinit. lib. 3, c. 2.

Jorge de Nicomedia (1), á fin de reparar el nuestro que estaba caído. ¿No es esto haber perdido el juicio, ser enemigo de sí mismo y conspirar de propósito deliberado á su propia ruina? Ese furor sería en verdad mas disimulable en los enemigos del nombre cristiano ó en los que por desesperacion se han salido del aprisco de Jesucristo; pero ¿qué perdon pueden esperar los domésticos de la fé y los hijos de la iglesia, cuando arman contra sí á la iglesia misma, la cual está obligada por tantos y tan reiterados juramentos de fidelidad á defender la honra de su medianera? ¿De quién aguardan gracia despues de haber ofendido á la madre del rey que ha de darla? ¿Qué esperanza les queda de reconciliacion, cuando destruyen la puerta de la salvacion é insultan tan afrentosamente á la madre de toda misericordia? Haré patentes sus blasfemias en el capítulo XX, cuando lleguemos á las victorias que ha conseguido de los blasfemadores de su nombre.

§. VII.—Primera victoria de la madre de Dios alcanzada de los demonios, enemigos de Dios y suyos.

I. Bastante ha resonado ya el grito de triunfo del infierno. Tiempo es de que aparezca la madre de Dios, pues el enemigo se adelanta con banderas desplegadas, y el arrogante Goliat se mofa de las tropas de Israel. El primer regimiento es el de los demonios, capitaneados por el principe maligno. Sus caras son feroces, sus gritos espantosos, su insolencia insoportable, y cualquiera diria al verlos que ya han ganado la victoria. Pero ánimo, que el cielo viene en nuestro auxilio y nos envía la Virgen como una guerrera invencible, que marcha al frente de

(1) Orat. de oblatione Deiparæ.

los hijos de la luz y se va en derechura á este primer escuadron. Ve aquí cómo habla S. Juan Crisóstomo en la homilia 46 sobre S. Mateo: «Veo un recio combate que se prepara entre la mujer y la serpiente, y por las apariencias no puedo juzgar otra cosa sino que la refriega será terrible y la batalla sangrienta. Los ejércitos están frente á frente: cada cual acecha á su enemigo; y todos se aprestan para dar el asalto. La mujer vigilante acecha la cabeza de la serpiente y se pone en defensa contra ella: la astuta serpiente por su parte guarda la cabeza y trata de clavar su lengua en la mujer. Dios está esperando el resultado de la pelea y se regocija de ver quebrantada la cabeza de la antigua serpiente. Ya vienen á las manos; pero dejemos obrar á María, y pronto veremos que el soberbio enemigo siente el peso de su brazo. Por eso S. Pedro Damiano la llama justamente el único espanto de los demonios y la vara de hierro que los contunde y ataja sus planes horrendos (1).

Primera y segunda particularidad de este combate.

II. Los historiadores que han escrito las victorias de los grandes capitanes, han procurado notar las singularidades mas dignas de mencionarse. Si yo quisiera detenerme en todas las particularidades de las victorias de la virgen Maria, tendria materia para hacer alarde; pero me contentaré con tres. El abad Ruperto señala la primera (2) cuando dice que hay grandísima diferencia entre la victoria que la serpiente ganó á la primera mujer, y la que consiguió de ella la segunda, porque Eva fué cogida á traicion; pero Maria venció en guerra declarada. Dios mismo en el principio del mundo retó á la serpiente y le di-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) De Trinit. lib. 3, c. 2.

jo que una mujer le quebrantaria la cabeza. Esta mujer no es otra que María, á quien estaba singularmente reservada la derrota de la antigua serpiente, como dice S. Bernardo (1). Y aunque algunos santos padres con los Setenta entendieron el pasaje del Génesis del Salvador del mundo segun el articulo masculino que habian hallado en sus libros, no obstante S. Ambrosio (2), S. Agustin (3), el Crisóstomo (4), S. Gregorio (5), S. Euquerio (6), el abad Ruperto y otros muchos, ó por mejor decir, comunmente los doctores católicos con la version comun le han interpretado de la madre de Dios; de suerte que habiendo tenido el enemigo mas de cuatro mil años para acicalar sus armas y aguerrirse y estando seguro de la venida de la que habia de pelear contra él, no puede alegar sorpresa, sino que tiene que confesar necesariamente haber sido vencido por su pura debilidad y cobardia.

III. La segunda particularidad comprende otras varias, y nos manifiesta de qué manera fué vencido por María el que se decia principe del mundo y se hacia adorar por tal. En primer lugar ella le venció en la persona de su hijo. Aquí confieso que debo un precioso pensamiento al santo mártir Metodio, cuando dice que la virgen María dando el cuerpo al Verbo encarnado le armó al mismo tiempo de pies á cabeza para embestir á nuestro enemigo, porque el Verbo no quiso bajar á campo cerrado y provisto de las armas reales de Saul, es decir, echarle por tierra con su poder, sino que prefirió tenderle á sus pies con las armas de nuestra flaqueza, para que se viese derribado con el mismo instrumento con que habia herido al

(1) Hom. 2 in *Misus*. *Irenæus*, lib. 4 contra hæreses, capítulo 78: *Cyprian*. lib. 4. *Testim.* cap. 98: *Chrysol.*, serm. 473: *S. Leo*, serm. 2 de *Nativit.*
(2) Lib. de fuga sæculi, c. 7.

(3) Lib. 2 de *Genesi* ad lit. c. 49.
(4) Hom. 48 in *Genes.*
(5) Lib. 4 *Moral.*, c. 48.
(6) Lib. 2 in *Genes.* c. 38.

primer hombre, como dice gravemente S. Leon papa. No quiso derribarle por fuerza, dice S. Agustin, sino que prefirió combatirle con su justicia, y el medio de que se valió para causarle la muerte, fué recibirla de su mano, porque á medida que el enemigo se precipitaba sobre él, fué derribado en tierra; cuando creia tenerle sujeto, fué aprehendido, y figurándose habérselas con un hombre mortal, halló haber caido en las manos del Salvador de los hombres. Los clavos con que le traspasó las manos, sirvieron para clavarle en la cruz que le habia sido preparada, y las llagas del cuerpo pasible del Redentor fueron las heridas incurables de las potestades del inferno. Queriendo el Salvador poner manos á la obra de nuestra salud, dice S. German de Constantinopla, no trató de proveerse de otras armas que de las de su propio enemigo: el barro que habia servido para sus triunfos, se empleó para combatirle, y la levadura con que lo habia corrompido todo, fué la que volvió el gusto á la naturaleza corrompida. «¿Qué mas se quiere? dice S. Marcario de Egipto: así como Moisés con una serpiente muerta mató todas las serpientes que quedaban vivas, así el principe de la vida perdiéndola dió la muerte á todos sus enemigos.»

IV. El profeta Isaias representó enigmáticamente esta victoria del Salvador diciendo que vendria con la espada empuñada en las dos manos para combatir á Leviatan, el cual habia sido hasta entonces la palanca que despachurraba á las naciones de la tierra, y contra la serpiente enroscada que habia engañado al mundo con sus pliegues y repliegues, y que él daria la muerte á la monstruosa ballena, terror del mar; ó como leen los Setenta, que el Señor descargaría grandes golpes con su espada santa, larga y fuerte sobre el astuto y horrible dragon. Con efecto Tertuliano, S. Basilio, S. Agustin, san Cirilo de Alejandria, el abad Ruperto y unánimemente

todos los padres entienden por esta espada la sacratísima humanidad del Redentor; espada muy santa por el temple de la unción interior del Espíritu Santo, por el poder del Verbo divino que la manejaba, y por las grandes hazañas que ejecutó; espada muy larga, porque alcanza á todas partes, y muy fuerte, porque nada puede resistirsele. Si fuera este el lugar de mostrar detenidamente cómo aquel furioso enemigo fué enfrenado y vencido por el Salvador; ¡cuántas cosas alegraría yo para memoria eterna del vencedor y confusión del vencido! Baste decir que de tal suerte le humilló el Señor, que no solo le postró á sus pies, sino que hizo que le pisaran sus siervos y le llevaran tras el carro del triunfo doncellas, niños y personas de todas edades y condiciones.

V. En segundo lugar la Virgen le venció por sí y en sí. Le venció en su inmaculada concepción, según declaró en el tratado primero: le venció en su infancia, porque siendo todavía pequeña y estando en los brazos de su madre, ya causaba espanto á los demonios, como observa S. Juan Damasceno. Le venció en toda su vida, en sus pensamientos, palabras y obras, y como dice S. Fulberto, obispo de Chartres (1), le quebrantó la cabeza cuando venció sus tres principales sugestiones y clavó sus tres grandes piezas de artillería, atajando la soberbia de la vida con su humildad, sofocando el apetito de la sensualidad por su virginidad y quitando el congojoso cuidado de los bienes perecederos del mundo por su pobreza de espíritu (2). Le venció con el ejército de sus innumerables virtudes y la compañía de los espíritus bienaventurados. Hé aquí cómo le habla su amado hijo S. Bernardo (3): Oh santa señora, tú eres tan terrible para los demonios

(1) Orat. 1. de Nativit.
(2) De laudibus Virg.

(3) In deprecatione ad Virg.

como un poderoso ejército dirigido por un capitán hábil y experimentado para un enemigo débil. ¿Quién podrá dudar que los príncipes de las tinieblas se quedaron pálidos de terror, cuando contra la costumbre vieron venir á una mujer armada de todas armas, mujer valerosa y perita en la guerra, que capitaneaba un escuadrón formado de las más excelentes virtudes, que estaba rodeada de innumerables legiones de la milicia celestial y que había sido enviada á la tierra para guardar el tálamo del místico Salomón y el aposento preparado al rey eterno? Sin duda el miedo les heló el corazón, y empezaron á decir: Esta es muy diferente de la primera mujer: esta es la capitana de los ejércitos de Dios. Sálvese quien pueda, porque no hay medio de resistirse á ella (1).

VI. Esta Virgen poderosa venció al demonio, porque él no se atrevió nunca á acercarse á ella para tentarla. A más de lo que he dicho de paso en el tratado primero, tengo por fiador de esta verdad al docto Ricardo de san Víctor, á S. Bernardino de Sena, al abad Ruperto y al emperador Mateo Cantacuceno. Ve aquí cómo habla el primero: «La Virgen santísima se mostró tan terrible á los príncipes de las tinieblas, que nunca se atrevieron estos á insultarla. La llama de caridad que ardía en su pecho, los espantaba. El fuego de su oración, el fervor de sus de-

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Ella reparó en su persona la deshonra que la hermosura de las mujeres había hecho á Dios, y esta prenda, que era un instrumento de malicia de que se valió el demonio, fue puesta en la Virgen fidelísima para atraer las almas al amor de la integridad y comenzar á destruir el imperio del pecado y de Satanás. En el antiguo testamento hallamos dos mujeres ilustres célebres por su hermosura, Judit y Ester, y la Escritura nota que sus gracias fueron honradas por Dios, el cual se valió de ellas para arruinar á los enemigos de su pueblo; y en esto mismo fueron figuras de la Virgen santísima, cuya hermosura sirvió para librar á los hombres de la esclavitud del pecado.»

vociones y la exención de toda especie de pecado los atormentaba sobremana (1). El segundo declara esto con una bella comparacion diciendo que asi como las moscas no se atreven á acercarse á una gran hoguera, del mismo modo los demonios viendo inflamada el alma de la Virgen en ardentísima caridad no solo no eran osados de llegarse á ella, sino ni aun de mirar de hito en hito á su alma benditísima, que era el santuario de tantas virtudes (2). Añade que si vemos que este privilegio se concedió á algunos santos despues de haber peleado porfiadamente con los demonios y conseguido de ellos muchas victorias, infinita menos dificultad debemos de tener en concederle desde el principio á la madre de Dios, pues los primeros pasos que dió en el camino de la virtud, excedieron los mayores progresos de otros. Explicando el abad Ruperto estas palabras de los Cantares: Tienes ojos de paloma, amada mia: dice (5) que asi como la paloma que anida en la parte mas alta de las casas, se burla de las serpientes que andan arrastrando por la tierra, de la misma manera la Virgen á causa de su singular santidad y del privilegio especial que habia recibido de Dios, no temió nunca las asechanzas de la serpiente infernal. En fin el devoto emperador de Oriente comparando la madre de Dios con la torre de David, que ponía espanto á los enemigos del pueblo judío, afirma (4) que de la misma manera la Virgen ahuyentaba á los enemigos invisibles de su salud; de suerte que nunca tuvieron valor para acometerla. A este propósito me atreveré á indicar un pensamiento que me ocurre sobre la doctrina de la mayor parte de los antiguos padres, los cuales enseñaron que entre otras excelentes razones por

(1) Part. 2, cap. 26 in Cant. (2) Tom. 2, serm. 54, art. 2, c. 2. (3) Lib. 3 in Cant. (4) In cap. 3 in Cant.

las cuales quiso Dios nacer de una Virgen, una fué que su concepcion y natiuidad estuviesen ocultas á los principes de las tinieblas. Asi pensaron S. Ignacio mártir (1), S. Gregorio Taumaturgo (2), Origenes (3), S. Basilio (4), S. Gerónimo (5), S. Juan Crisóstomo (6), S. Juan Damasceno (7), S. Ambrosio (8), S. Bernardo (9), el abad Ruperto (10) y santo Tomás (11). No obstante esta razon es enérgicamente contradicha por el docto Abulense (12) y por algunos buenos teólogos, y Maldonado halla tanta dificultad en ella, que por no contradecirla prefiere hacer gala de ignorarla. Los otros dicen: ¿no era una cosa fácil á Satanás que penetra las causas y los efectos de la naturaleza, tener señales infalibles de la virginidad de María? Pero el que considere atentamente lo que he dicho segun varios y graves doctores, convendrá en que no era imposible que fuese engañado en la Virgen, porque se le habia quitado la facultad de acecharla, asi como el permiso de solicitarla para el mal.

VII. Finalmente María le venció en su muerte, porque si él no se atrevió jamás á acercarse á nuestra señora durante su vida, tambien es creible que estuvo muy distante á la hora de la muerte ocasionada por un impulso de su ardentísima caridad. S. Juan Damasceno afirma (13) que las aves de rapiña que infestan el aire, no se pusieron delante de ella cuando remontaba su

(1) Epist. ad ephesios. (2) Serm. in Annunt. (3) Homil. 46 in Lucam. (4) Homil. de humana Christi generatione. (5) In cap. I Matthæi. (6) Orat. de Annunt. Virg. (7) Lib. 4 fidei, cap. 15. (8) Lib. 2 in Lucam. (9) Homil. 3 in Missus. (10) Lib. 2 de victoria Verbi, c. 49. (11) P. 3, q. 29, art. 4 ad 3. (12) Q. 34 in I cap. Matt. (13) In cap. 1 Matt.: Orat. 4 de Assumpt.

vuelo á la mansión celestial: S. Bernardino añade (1) que fué figurada por el arca de la alianza, de la cual leemos en el capítulo XI del libro de los Números que á medida que era levantada en alto, se entonaban las siguientes palabras del profeta David: «Levántate, Señor, y sean destruidos tus enemigos. Los que te aborrecen, no puedan soportar el esplendor de tu rostro.» Así cuando la bienaventurada Virgen fue ensalzada al cielo, quedaron extraordinariamente debilitadas las fuerzas del enemigo y su ejército en completa derrota.

VIII. No se piense que las victorias de la Virgen acabaron con su vida. Como ahora goza de mayor valimiento y poderío ha de tenerse por cierto que todos los días abre grandes brechas en la fortaleza de aquel poderoso armado y desbarata sus planes. Los destruye por la asistencia que da á los pecadores á fin de que recobren la libertad; por las gracias del cielo que proporciona á los justos; por el auxilio que facilita á unos y á otros en el tiempo de la tentación; por el ejercicio de las buenas obras que los hace practicar continuamente; por el cuidado singular que tiene de todos los hijos de Dios; por el amparo que los dispensa á la hora de la muerte, y de otras mil maneras que se declararán mas larga y oportunamente en el tratado tercero, destinado á mostrar las grandezas de su singular bondad.

Tercera particularidad.

IX. La última particularidad de esta victoria consiste en que la Virgen ha abatido de tal suerte á su enemigo, que nunca ha podido este levantarse. El golpe que le tendió en el suelo, le atolondró en tales términos, que

(1) T. 3, serm. 12.

no puede ponerse en pie, y la memoria sola de aquella jornada le hace estremecer de terror y espanto. Pierde el valor y el juicio cuando oye el nombre de Maria: tan terrible se ha hecho esta á todo el imperio del infierno. San German de Constantinopla protesta (1) que por crueles que sean los demonios en la persecucion de las pobres almas, tienen que soltar la presa al oír el nombre de Maria. Santa Brígida afirma que aunque sean como aves de rapiña encarnizadas en seguir la presa, les es forzoso soltarla con solo que se hable de Maria. El seráfico doctor S. Buenaventura sostiene despues de S. Bernardo (2) que no se asusta tanto un puñado de gente de ver caer sobre si un grueso ejército, como se espantan estos espíritus rebeldes por el nombre, la asistencia y el ejemplo de Maria, y que no se derrite mas pronto la cera con la proximidad del fuego que se consumen ellos con el recuerdo de nuestra señora. Explicando el docto Guillermo de Paris estas palabras del capítulo primero de los Cantares: «Amiga mia, te asemejé á mi caballería en los carros de Faraon;» dice resueltamente que ella sola amedrenta mas á la cuadrilla infernal que las huestes del Dios de las batallas compuestas de tantos millones de espíritus gloriosos.

X. Por este motivo la iglesia guiada por el Espiritu Santo implora tan á menudo el eficaz auxilio y la fortaleza del brazo de Maria en los exorcismos contra los demonios, llamándola la vencedora y triunfadora de ellos y la que los ahuyenta con un soplo. Dionisio el cartujo, devoto siervo de la Virgen, advierte (3) como cosa averiguada y confirmada por la experiencia de muchos que uno de los medios poderosos contra el terror pánico, el miedo nocturno y la importunidad de los es-

(1) Orat. in zonam Deiparæ.

(3) Lib. 3 de laudib. Virg.,

(2) Specul. Virg., cap. 3.

art. ultimo.

piritus rebeldes es la invocacion cordial del nombre de Maria, al cual no pueden resistirse acordándose siempre de la vara que los afrentó, de la mano que los refrenó, y de la jornada en que quedaron derrotados irremediablemente. Tenemos un ejemplo memorable de esto en la vida de santo Domingo. Cuando el enemigo de los hombres empezó á sentir el estrago que le causaban en todas partes los hijos de este insigne siervo de Dios y de Maria, los embistió tan reciamente por si y por los suyos, en especial en París, que á los unos les parecia tener la cabeza ardiendo, á los otros que veian delante dragones vomitando llamas y otros diferentes animales acometiéndoles con cuernos. Asi aquellos espectros quitaban el sueño á los mas y la tranquilidad del ánimo á todos. El permiso que Dios concedió á los espiritus malos, llegó hasta el punto de apoderarse de sus cuerpos y atormentarlos visiblemente. Esto duró hasta que se instituyeron en toda la órden procesiones y preces públicas á Dios y á su santa madre, á quien se cantaba todos los dias la salve; antifona que le agradó tanto, que al punto cesaron las porfiadas persecuciones de los espiritus malignos y fueron ahuyentados todos los que habian entrado en los cuerpos. Lo mas notable fué la incomparable bondad con que se dignó de asistir cuando los religiosos cantaban la salve, porque algunos advirtieron que al entonar en el coro las palabras *o dulcis virgo Maria* ella bajaba cariñosamente la cabeza como para saludarlos á todos, y en cuanto se retiraban, se remontaba otra vez hácia el cielo.

XI. Me parece que no queda ya que decir mas que dos palabras para consuelo de aquellos que quisieran saber tal vez cómo han sido tan abatidos y debilitados los demonios, cuando vemos diariamente los estragos que hacen no solo derribando á los mas alentados, sino conquistando las provincias y los reinos y sujetándolos á sus leyes. Hace mas de mil y doscientos años que res-

pondió S. Agustin á esta misma objecion (1) diciendo en primer lugar que acaso se detendrian los que la hacen, si hubieran visto cómo aquellos espiritus desenfrenados trataban y gobernaban el mundo antes de la venida del Salvador. Pero si les parece que aun tienen demasiado poder, recuerden que esa es mas bien una prueba de nuestro poco ánimo que de su gran fortaleza. «El diablo, dice el santo doctor, es un alano encadenado, que puede ladrar desde lejos y enseñar los dientes; pero no morder si uno no se acerca á él.» Acuérdense que guarda la entrada de los tesoros, que está oculto bajo de las sombrías parras de los deleites mundanos y que acecha á los que tratan de encaramarse á los altísimos montes de la ambicion. Si cuando nos acercamos para cavar debajo de sus pies y acometerle en su terreno, recibimos algun golpe de sus garras ó alguna dentellada; ¿de quién deberemos de quejarnos mas que de nosotros mismos, que adrede vamos á buscarle? Huyamos de esas ocasiones peligrosas; alejémonos de su guarida; mantengámonos cerca de la que le derribó y venció; y no solo nos burlaremos de sus alaridos, sino que tomaremos parte en las victorias de esta señora y bendeciremos eternamente á los que redujeron nuestro enemigo á tal estado.

S. VIII.—Segunda victoria ganada por la madre de Dios á los mágicos, hechiceros y otros tales enemigos de su hijo y suyos.

I. Cuando un valiente capitán ha roto la vanguardia del ejército enemigo y derrotado al primer escuadrón, que por lo comun se compone de los soldados mas esforzados y generosos, los que vienen detrás, no viendo sino montones de cadáveres y arroyos de sangre se amedren-

(1) Serm. 477 de tempore.

piritus rebeldes es la invocacion cordial del nombre de Maria, al cual no pueden resistirse acordándose siempre de la vara que los afrentó, de la mano que los refrenó, y de la jornada en que quedaron derrotados irremediablemente. Tenemos un ejemplo memorable de esto en la vida de santo Domingo. Cuando el enemigo de los hombres empezó á sentir el estrago que le causaban en todas partes los hijos de este insigne siervo de Dios y de Maria, los embistió tan reciamente por si y por los suyos, en especial en París, que á los unos les parecia tener la cabeza ardiendo, á los otros que veian delante dragones vomitando llamas y otros diferentes animales acometiéndoles con cuernos. Asi aquellos espectros quitaban el sueño á los mas y la tranquilidad del ánimo á todos. El permiso que Dios concedió á los espiritus malos, llegó hasta el punto de apoderarse de sus cuerpos y atormentarlos visiblemente. Esto duró hasta que se instituyeron en toda la órden procesiones y preces públicas á Dios y á su santa madre, á quien se cantaba todos los dias la salve; antifona que le agradó tanto, que al punto cesaron las porfiadas persecuciones de los espiritus malignos y fueron ahuyentados todos los que habian entrado en los cuerpos. Lo mas notable fué la incomparable bondad con que se dignó de asistir cuando los religiosos cantaban la salve, porque algunos advirtieron que al entonar en el coro las palabras *o dulcis virgo Maria* ella bajaba cariñosamente la cabeza como para saludarlos á todos, y en cuanto se retiraban, se remontaba otra vez hácia el cielo.

XI. Me parece que no queda ya que decir mas que dos palabras para consuelo de aquellos que quisieran saber tal vez cómo han sido tan abatidos y debilitados los demonios, cuando vemos diariamente los estragos que hacen no solo derribando á los mas alentados, sino conquistando las provincias y los reinos y sujetándolos á sus leyes. Hace mas de mil y doscientos años que res-

pondió S. Agustin á esta misma objecion (1) diciendo en primer lugar que acaso se detendrian los que la hacen, si hubieran visto cómo aquellos espiritus desenfrenados trataban y gobernaban el mundo antes de la venida del Salvador. Pero si les parece que aun tienen demasiado poder, recuerden que esa es mas bien una prueba de nuestro poco ánimo que de su gran fortaleza. «El diablo, dice el santo doctor, es un alano encadenado, que puede ladrar desde lejos y enseñar los dientes; pero no morder si uno no se acerca á él.» Acuérdense que guarda la entrada de los tesoros, que está oculto bajo de las sombrías parras de los deleites mundanos y que acecha á los que tratan de encaramarse á los altísimos montes de la ambicion. Si cuando nos acercamos para cavar debajo de sus pies y acometerle en su terreno, recibimos algun golpe de sus garras ó alguna dentellada; ¿de quién deberemos de quejarnos mas que de nosotros mismos, que adrede vamos á buscarle? Huyamos de esas ocasiones peligrosas; alejémonos de su guarida; mantengámonos cerca de la que le derribó y venció; y no solo nos burlaremos de sus alaridos, sino que tomaremos parte en las victorias de esta señora y bendeciremos eternamente á los que redujeron nuestro enemigo á tal estado.

S. VIII.—Segunda victoria ganada por la madre de Dios á los mágicos, hechiceros y otros tales enemigos de su hijo y suyos.

I. Cuando un valiente capitán ha roto la vanguardia del ejército enemigo y derrotado al primer escuadrón, que por lo comun se compone de los soldados mas esforzados y generosos, los que vienen detrás, no viendo sino montones de cadáveres y arroyos de sangre se amedren-

(1) Serm. 477 de tempore.

tan y tratan de ponerse en salvo. En esto deberían de pensar los mágicos, los hechiceros y otros tales satélites de Satanás, que componen el segundo escuadrón de los enemigos del Salvador y de su madre, porque si los príncipes de las tinieblas, á quienes adoran como á sus dioses, no pudieron resistir el primer asalto, ni aun sufrir el brillo de las armas de nuestra celestial guerrera, ¿qué piensan hacer ellos y cómo se atreven á defenderse? Las liebres no se asustan mas cuando oyen la corneta del cazador, ni los habitantes de las selvas se espantan mas con el rugido del leon, que esas aves nocturnas y de mal agüero con solo que resuene en sus oídos el nombre de Maria. Al escuchar las blasfemias é improprios sin cuento que vomitan contra Dios, contra el Salvador y contra la Virgen santísima, no parece sino que van á escalar el cielo y que despues de sus infames conventículos deben de trastornar el mundo; no obstante si divisan siquiera la sombra de la vara de Maria, todos huyen como desesperados, no encuentran terreno que pisar, ni guaridas donde esconderse: tanto es lo que se precipitan y se empujan unos á otros para no presentarse delante de ella.

II. ¡Cuántas veces cuando estaban congregados para concebir la injusticia y parir la iniquidad, introdujo Maria el terror en sus sacrilegas juntas y los ahuyentó por acá y acullá! ¡Cuántas veces los cegó para que tomaran resoluciones contrarias á sus planes y capaces de perderlos! ¡Cuántas veces los obligó á delatarse unos á otros y descubrir los misterios de impiedad que habian proyectado! ¡Cuántas veces desvió de las cabezas inocentes los dañosos efectos de sus maleficios! ¡Cuántas veces hizo reventar sus minas y les deparó su propia ruina donde creian causar la de otros! ¡Cuántas veces los obligó á atar con sus manos los haces que estaban destinados para su hoguera, y á atizar el fuego que iba á reducirlos á cen-

zas! ¡Cuántas veces sacó de sus bocas impías las máximas pestilentes de su fatal estado y las misteriosas cábalas de sus consejos! ¡Cuántas veces desbarató sus arterias, burló sus suertes, dispó sus encantos y atajó sus perniciosas maquinaciones! ¡Cuántas veces, cuando creian hacer maravillas y tenían por seguro el buen éxito de sus empresas, las vieron frustradas y convertidas en su propio daño! Todo esto seria fácil confirmarlo con ejemplos y con testimonios de sus propias confesiones; pero no quiero profanar este tratado con la relacion de los atroces delitos de esos demonios encarnados, ni sacar á luz lo que debe de quedar sepultado en perpétuas tinieblas.

III. Es notable á este intento la historia de S. Cipriano de Antioquia, diferente del ilustre mártir y obispo de Cartago del mismo nombre. Refiérela S. Gregorio Nazianceno en la homilia de los santos Cipriano y Justina, cuya memoria venera la iglesia el dia 26 de setiembre. Habia en la ciudad de Antioquia un mancebo disoluto tan frenéticamente apasionado de la casta virgen Justina, que resolvió disfrutarla á toda costa. Como se le hubiesen frustrado los demás medios, recurrió al célebre mágico Cipriano, el cual deseoso de servirle apuró toda la industria de su arte infernal. Justina por otro lado sintiéndose abrasada de nuevo fuego empleó el ayuno, la mortificacion y la oracion, y especialmente acudió á la virgen de las vírgenes y guardadora de la castidad, la cual no obstante los reiterados pactos de Cipriano, contrarió sus planes y obligó á los demonios á confesar su impotencia. Cipriano de resultas se convirtió de impio mágico en mártir glorioso de Jesucristo por la intercesion de santa Justina. Esta es la razon por que nuestra madre la iglesia bien informada del poder de la Virgen la implora tan fervientemente cuando trabaja para romper los contratos ajustados con el infierno, llamándola con este motivo la destructora de los encantos y de los maleficios, al

paso que los infelices mágicos aguzan contra ella como contra su capital enemiga el hacha de sus proyectos nefandos.

IV. Mas así como en lo antiguo el principal honor de las batallas consistia en el rico botin que un general hacia á su enemigo derrotándole por sí mismo, así el punto mas alto de las victorias de la madre de Dios consiste en los preciosos despojos que ha ganado á la magia dándole muerte en la persona de algunos de sus capitanes, y sacando de las manos mismas de Satanás los rehenes de su perfidia con grandísimo perjuicio de ellos, eterna infamia del sortilegio y confusion irreparable del infierno. Toda la antigüedad apreció el memorable ejemplo de Teófilo referido por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, amigo intimo de aquel y testigo ocular del suceso: despues de él le citaron Metafrasta, Pedro Damiano, Honorio, obispo de Autun, S. Antonino de Florencia y otros varios autores graves. Teófilo fué un eclésiástico tan acreditado bajo el imperio de Justiniano, que se le juzgó digno de la mitra; pero no habiendo querido consentir en su eleccion fué nombrado arcediano mayor de la iglesia de Adana en Cilicia. Como nunca faltan malas voluntades á los hombres de bien, al poco tiempo fué acusado de malversacion en su arcedianato y depuesto ignominiosamente. El enemigo que no duerme jamás, se previó de esta ocasion y le puso delante un viejo hechicero judío, el cual con sus encantos le hizo consentir en tomar venganza del agravio recibido y obligarse por una cédula firmada de su puño á entregarse á Satanás, que se le habia aparecido visiblemente. El infeliz que habia adelantado tanto en el camino de la perdicion, sintió vivísimos remordimientos de conciencia por haber abandonado cobardemente á Dios y á la Virgen su madre. Ya no podia sufrir aquel cruel tormento; pero ¿qué hará en tal apuro? ¿A quién se encomendará? ¿De quién esperará mi-

sericordia? ¿De la beatísima Trinidad? ¡Ah! Ha renegado vergonzosamente de ella. ¿Del Salvador de las almas crucificado por los pecadores? Ha conculcado su preciosa sangre y renunciado los frutos de su pasion. ¿De los santos? Los ha despreciado. ¿De la Virgen? Le ha vuelto la espalda. Sin embargo recurre á este único asilo acordándose de las inestimables misericordias de nuestra señora publicadas por tantos escritores y experimentadas por infinitas personas. Con el corazon angustiado se dirige á una capilla de la madre de bondad, y postrado en tierra ante una imágen suya le dice estas palabras: Benditísima señora, defensa de nuestro linaje, puerto y refugio seguro de los que recurren á tí, confieso que te he ofendido grandemente y á tu muy amado hijo y que soy indigno de perdon. No obstante por esta humilde confesion de mi deslealtad y por tu propia misericordia te suplico me presentes á tu hijo y no aborrezcas á un desgraciado, que ha sido engañado miserablemente por el enemigo comun, y á quien no queda ya mas esperanza de salvacion que tú sola, porque sé muy bien, oh santa señora, que fuera de tí no puedo encontrarla y que si me rechazas, debo de hacer cuenta que estoy perdido. Mas pues no has despreciado nunca los ruegos de un corazon contrito, ni dado repulsa al pecador penitente, te suplico por todos los testimonios antiguos y modernos de tus grandes misericordias que no despidas al que te promete delante de Dios no olvidarte nunca, ni abandonar tu servicio por ninguna cosa en el mundo. Esto lo dijo por espacio de cuarenta dias, pegado el rostro contra el suelo y con tantas lágrimas, suspiros y sollozos que las entrañas de la madre de bondad no pudieron ya resistir mas tiempo sin manifestar al humilde penitente que sus súplicas habian sido oidas. En efecto al dia cuadragésimo como continuase en la misma postura y con las mismas instancias, de pronto vió delante el papel que habia entregado al

diablo, y á poco fué reconciliado por su obispo con la iglesia y con Dios. Y como la Virgen no hace nunca nada á medias, recibió desde entonces bajo su proteccion á aquel hombre en tales términos, que acumulando virtud sobre virtud y gracia sobre gracia mereció por su vida ejemplar ser agregado al catálogo de los santos: la iglesia le venera el día 4 de febrero. Esta victoria no es única en su género. Léese otra casi igual en la historia de Loreto, otra en la de la orden de predicadores y en otros varios libros, que podrá registrar fácilmente el curioso lector. Baste esta para testimonio irrecusable del poder de la madre de Dios, quien le ostenta con mas gusto, cuanto que va unido á la manifestacion de su singular bondad, convida á los pecadores á llegarse á ella con toda confianza, nos descubre los frutos de la verdadera penitencia, y nos hace ver á dónde nos precipitan nuestras pasiones cuando las dejamos correr á rienda suelta.

S. IX.—Tercera victoria alcanzada por la madre de Dios de los herejes enemigos de su hijo y suyos.

I. (1) Los santos padres han reconocido unánimes que Maria habia sido elegida muy particularmente por Dios para combatir y exterminar las herejias. Hace mil y trescientos años que S. Atanasio la llamaba la ruina de todas las herejias (2). S. Cirilo de Alejandria en la homilia que compuso contra el impio Nestorio, la apellidaba la vara de la recta creencia contra las herejias. Sofronio (3), S. Bernardo (4) y el abad

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota F. (2) Serm. de S. Deipara. (3) Serm. 4 de Assumpt. (4) Serm. in Signum ma-

Ruperto (1) convienen en decir que ella sola destruyó todas las herejias. Bien podian darle este elogio, porque la iglesia canta lo mismo.

II. No obstante esta conformidad de los santos padres no dejó de recelar que ese glorioso titulo dado tan particularmente á la virgen Maria con exclusion de cualquier otra criatura, detenga á algun espiritu quibuloso, que teniendo presente las singulares proezas de muchos héroes cristianos en defensa de la religion pudiera decir: ¿Qué! ¿No se tienen en nada el zelo sin igual de S. Atanasio para perseguir á los arrianos, su paciencia incontrastable para sufrir agravios, insultos y afrentas, el largo y continuado martirio que padeció con este motivo? Los sabios escritos de S. Ireneo, de Tertuliano y de S. Epifanio ¿no aprovecharon nada? ¿Para nada trabajó tanto S. Hilario contra los arrianos? ¿Para nada se fatigó tanto S. Gerónimo á fin de impugnar á Joviniano, á Vigilancio y á otros muchos? ¿Para nada se afanó S. Agustin en combatir á los donatistas, maniqueos, pelagianos y otros enemigos tales de la verdad? ¿Será preciso pues derribar los trofeos y enterrar las memorias de tantos sabios escritores y valerosos campeones, que defendieron la causa de Dios y de la iglesia con heróicos sacrificios? Despacio, espíritu apocado: aqui no se trata de eso, sino antes bien de conservarles el honor merecido y sin rebajar en nada sus distinguidas hazañas manifestar cómo la gloria de ellas se debe singularmente á Maria.

III. ¿Será tal vez en consideracion de la eleccion que Dios hizo de ella al principio del mundo oponiéndola á la antigua serpiente y á su prole espiritual, es decir, los hijos de Dios á la semilla de aquel desventu-

(1) S. Ruperto, Lib. 4 in Cant.

(1) S. Ruperto

diablo, y á poco fué reconciliado por su obispo con la iglesia y con Dios. Y como la Virgen no hace nunca nada á medias, recibió desde entonces bajo su proteccion á aquel hombre en tales términos, que acumulando virtud sobre virtud y gracia sobre gracia mereció por su vida ejemplar ser agregado al catálogo de los santos: la iglesia le venera el día 4 de febrero. Esta victoria no es única en su género. Léese otra casi igual en la historia de Loreto, otra en la de la orden de predicadores y en otros varios libros, que podrá registrar fácilmente el curioso lector. Baste esta para testimonio irrecusable del poder de la madre de Dios, quien le ostenta con mas gusto, cuanto que va unido á la manifestacion de su singular bondad, convida á los pecadores á llegarse á ella con toda confianza, nos descubre los frutos de la verdadera penitencia, y nos hace ver á dónde nos precipitan nuestras pasiones cuando las dejamos correr á rienda suelta.

S. IX.—Tercera victoria alcanzada por la madre de Dios de los herejes enemigos de su hijo y suyos.

I. (1) Los santos padres han reconocido unánimes que Maria habia sido elegida muy particularmente por Dios para combatir y exterminar las herejias. Hace mil y trescientos años que S. Atanasio la llamaba la ruina de todas las herejias (2). S. Cirilo de Alejandria, en la homilia que compuso contra el impio Nestorio, la apellidaba la vara de la recta creencia contra las herejias. Sofronio (3), S. Bernardo (4) y el abad

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota F. (2) Serm. de S. Deipara. (3) Serm. 4 de Assumpt. (4) Serm. in Signum ma-

Ruperto (1) convienen en decir que ella sola destruyó todas las herejias. Bien podian darle este elogio, porque la iglesia canta lo mismo.

II. No obstante esta conformidad de los santos padres no dejó de recelar que ese glorioso título dado tan particularmente á la virgen Maria con exclusion de cualquier otra criatura, detenga á algun espíritu quibuloso, que teniendo presente las singulares proezas de muchos héroes cristianos en defensa de la religion pudiera decir: ¿Qué! ¿No se tienen en nada el zelo sin igual de S. Atanasio para perseguir á los arrianos, su paciencia incontrastable para sufrir agravios, insultos y afrentas, el largo y continuado martirio que padeció con este motivo? Los sabios escritos de S. Ireneo, de Tertuliano y de S. Epifanio ¿no aprovecharon nada? ¿Para nada trabajó tanto S. Hilario contra los arrianos? ¿Para nada se fatigó tanto S. Gerónimo á fin de impugnar á Joviniano, á Vigilancio y á otros muchos? ¿Para nada se afanó S. Agustin en combatir á los donatistas, maniqueos, pelagianos y otros enemigos tales de la verdad? ¿Será preciso pues derribar los trofeos y enterrar las memorias de tantos sabios escritores y valerosos campeones, que defendieron la causa de Dios y de la iglesia con heróicos sacrificios? Despacio, espíritu apocado: aqui no se trata de eso, sino antes bien de conservarles el honor merecido y sin rebajar en nada sus distinguidas hazañas manifestar cómo la gloria de ellas se debe singularmente á Maria.

III. ¿Será tal vez en consideracion de la eleccion que Dios hizo de ella al principio del mundo oponiéndola á la antigua serpiente y á su prole espiritual, es decir, los hijos de Dios á la semilla de aquel desventu-

(1) S. Ruperto, Lib. 4 in Cant.

(1) S. Ruperto

rado, que son los impios y señaladamente los herejes, á quien todos los padres de la iglesia llaman raza de Satanás? De suerte que así como euando un ejército vuelve victorioso del campo de batalla y los capitanes y soldados cargados con rico botín, aunque todos tengan parte en la victoria y muchos en particular se hayan distinguido por su arrojo, no obstante se dice siempre que el general ha ganado la batalla, del mismo modo siendo la Virgen la capitana de los ejércitos de Dios y debiendo por una eleccion especialísima de hacer frente á todos los herejes, que son los enemigos de la iglesia, aunque infinitos padres, doctores y obispos hayan trabajado extraordinariamente para rechazar y confundir la herejía, la gloria se atribuye singularmente á la madre (quedándoles empero íntegra la honra de sus conquistas), como que han peleado bajo los estandartes de ella, y ella los ha convidado para tal empresa, los ha pagado con innumerables mercedes y gracias y les ha infundido valor para triunfar de sus enemigos.

IV. ¿Será en atencion á su muy querido hijo, el cual fué principalmente enviado al mundo para desbaratar las obras del diablo segun el testimonio de San Juan (1)? De suerte que habiéndole puesto ese mismo hijo en la mano las armas para combatir la herejía, segun deciamos poco há de los demonios, la gloria de su hijo es la suya propia y uno mismo el triunfo de los dos.

V. ¿Será porque como dice S. Bernardino de Sena (2), habiendo concebido la verdad de Dios, que es la verdad sustancial, la primera verdad y el origen de las otras, debe de ser llamada por lo mismo la madre de toda verdad y de consiguiente la extirpadora de toda falsedad?

(1) Joan. II.

(2) Tom. 2, conc. 51, art. 3, c. 4.

VI. ¿Será por ventura á consecuencia del magisterio que ejerció sobre los apóstoles despues de la muerte de su amado hijo, cuando el hombre enemigo empezó á sembrar la cizaña de diferentes errores en el campo fértil de la iglesia? Este es el parecer del abad Ruperto en el libro cuarto sobre los Cantares, donde el Salvador ya tan glorioso procura enjugar las lágrimas de su bendita madre y calmar con las siguientes palabras sus suspiros y los deseos que tenia de estar cuanto antes con él: «Mi amadísima madre, le dice, el estado de mi iglesia y tuya requiere que permanezcas todavía algun tiempo en ella para afirmar la union que debe de haber entre los oráculos proféticos y la predicacion de mis apóstoles, para ser la autora de muchas y grandes maravillas y la maestra de la religion: porque es preciso no ignores que vendrán hombres sediciosos, los cuales introducirán la discordia en nuestra casa y se esforzarán á romper la valla de nuestro huerto, á hacer sospechosa tu virginidad é increíble mi divinidad, á trastornarlo todo en cuanto puedan. De este número serán los carpocracianos y valentinianos, los apolinaristas, paulicianos, jovinianistas y otros tales, seducidos todos por el espíritu de error, que forjarán mil mentiras. Así es absolutamente necesario que mores algun tiempo sobre la tierra, hasta que todos esos monstruos de herejía sean destruidos por la declaracion que harás de la verdad, y por las sólidas pruebas que sugerirás así á los que las escriban, como á los que las publiquen de viva voz. Por esta razon las hijas de Jerusalem la instan tanto para que les haga una pintura muy particular de su amado y una declaracion muy extensa de sus calidades no tanto por ellas, que le conocian bastante, como para convencer la incredulidad de otros muchos, que le desfigurarian en adelante.

VII. Finalmente ¿será porque la misma verdad que obligó al mundo á recibirla por madre de Dios, dispó al

propio tiempo todos los errores suscitados contra el salvador del mundo en los primeros siglos de la iglesia? Tal es la opinion de S. Bernardo, quien habla de esta suerte en su sermón sobre la vision misteriosa del capítulo XII del Apocalipsis (1): «Esta mujer es la que antiguamente fué prometida al mundo para quebrantar la cabeza de la serpiente, que de mil modos y con mil ardidés puso asechanzas á su calcañar sin poder morderle jamás: tan lejos de eso, que por el contrario aquella mujer sola confundió la impiedad de todos los herejes. Quién ha dogmatizado que el Salvador no había tomado nuestra naturaleza de la sustancia de la Virgen: quién ha mentido que esta no le había parido: quién ha blasfemado contra su hijo y contra ella diciendo que despues de haber dado al mundo el Verbo encarnado había tenido otros hijos de su esposo S. José: quién no ha podido consentir que fuese llamada madre de Dios. Pero al cabo de la cuenta los que tendian las redes, fueron cogidos; los que esperaban derribarla, fueron derribados; los que querían rebajar sus calidades, fueron confundidos; y veremos que á pesar de ellos todas las naciones de la tierra la llaman bienaventurada. Vedla pues honrada y gloriosa no obstante los esfuerzos de los herejes: ved postros á sus pies todos sus enemigos, por mas que han hecho aquellos. Ahora en todas las calles y plazas de la celestial Jerusalem, en todos los lugares de la iglesia militante resuenan cánticos de júbilo y se oyen estas lisonjeras palabras: Victoria: viva la madre de Dios: viva la capitana de sus ejércitos: viva el azote de los herejes: viva María, que sola ha destruido todas las herejias.»

VIII. Las ha destruido, en primer lugar porque las ha hecho callar y no ha descansado hasta que han desaparecido. Con efecto ¿qué son hoy los cerintianos, los

(1) Serm. in *Signum magnum*.

ebionitas, los priscilianistas, los antimarianitas, sino unos nombres de mal agüero y víctimas de eterna ignominia? ¿En qué han venido á parar todos esos gigantes, que habían temblar al mundo entero y parecía que iban á atraerle á su partido? ¿Qué ha quedado de ellos sino una memoria hedionda semejante al olor de un muladar, que causa asco á los que le sienten? ¿Quién sabría ahora lo que fueron, si no hubiera permitido la divina providencia que se conservasen sus nombres en los escritos de los santos doctores tanto para servir de trofeo al salvador del mundo, á la virgen María y á innumerables valientes caudillos que se inmortalizaron peleando contra ellos, como para eterna confusion del infierno que suscitó tales monstruos, y para enseñanza de los que les sucedan, á fin que no esperen otro fruto de su doctrina que el de sus mayores, ni otro paradero que el que estos tuvieron? Siempre me ha agradado la invencion de S. Gregorio Nazianceno, el cual despues de haber atajado la herejia de los arrianos bajo los auspicios de la Virgen en la ciudad de Constantinopla y en la iglesia que le estaba dedicada, y restablecido en su primitivo vigor la piedad dió el nombre de Anastasia á nuestra señora y al lugar donde tantas veces había clamado contra la impiedad, como si dijéramos: la que resucitó la religion matando el arrianismo. Siempre me ha agradado, repito, la invencion que la gratitud sugirió á aquel insigne prelado; pero desearia que se hubiese hecho lo mismo con María santísima en todos los lugares de donde desterró el error y la impiedad para restaurar la fé verdadera. El mundo estaria lleno de trofeos y no se verian mas que coronas y arcos triunfales erigidos para perpetuar la memoria de María, protectora de la fé y martillo de todas las herejias.

IX. En segundo lugar ella las destruyó, porque derribó todos esos portaestandartes de doctrina desacredita-

da, los cuales han tenido todos sin excepcion un fin desastrado. Confieso que no es propio de la madre de Dios mostrarse terrible; que su gran gloria no consiste en los ejemplos de severidad; y que se hace mas recomendable sin comparacion por su clemencia. Pero asi como aunque el oficio principal de un juez sea la proteccion de los inocentes, no obstante porque sería esta imposible si no hubiera castigo para los que los insultan, es de toda necesidad que el tribunal amedrente á los malos; de la misma manera aunque la madre de Dios, propiamente hablando, no entiende mas que de bondad y piedad, sin embargo es preciso que para defender á los suyos de los insultos de los impios ostente de cuando en cuando que tiene poder para castigarlos. Hablariamos con mas propiedad si dijéramos que ella no sabe verdaderamente lo que es venganza, sino que Dios es muy justiciero con los insolentes enemigos de su madre, la cual no tiene otro cuidado que obligar al mundo con sus mercedes y finezas.

X. Sigase el discurso de los siglos, y estoy seguro se hallará que todos ellos tuvieron un fin trágico y digno de la vida que habian llevado. Cerinto, dice S. Ireneo despues de S. Policarpo, habia entrado en unos baños públicos, donde tenia pláticas impias, cuando llegó S. Juan, y sabiendo que estaba dentro el hereje se volvió á los que le acompañaban, y dijo: Hijos míos, démonos prisa á salir de aquí, no sea que se nos venga encima la casa. Apenas habia salido de ella, cuando se oyó un horrible estrépito y se supo que la justicia de Dios habia sepultado bajo las ruinas del edificio á Cerinto y á los que estaban con él. S. Epifanio cuenta la misma historia y con las mismas particularidades del heresiarca Ebion (1); por lo

(1) Hæres. 40 vel 30.

cual dice el cardenal Baronio que es verisimil que fueron compañeros de desgracia como lo habian sido de iniquidad. Eusebio hablando de Carpócrates y demas discipulos de Simon el mago afirma (1) que todos tuvieron un fin tan desastrado como su maestro, aunque no le especifica. Nicéforo refiere (2) que habiendo llegado á Persia el insigne impostor Manes con sus doce discipulos, á quienes llamaba apóstoles, encontró enfermo de peligro al hijo del rey, y fiado en su arte mágica hizo despedir á todos los médicos y se encargó de la curacion del príncipe; pero con tan poco acierto, que el enfermo murió en breve. Fué tal la indignacion del rey por este suceso, que mandó desollar vivo á Manes y echarle á los perros para que le devoraran.

XI. Todos los escritores sagrados están contestes en que Juliano el apóstata empezó á pagar con una funesta muerte el odio que habia tenido al salvador del mundo y á su santa madre. Habiendo marchado á pelear contra los persas no obstante los malos agüeros de las victimas, fué herido en el costado por una flecha, sin que pudiera saberse de dónde le habia sido disparada. Uno que estaba entonces en la guardia del emperador, escribió, segun se lee en Sócrates, que el demonio le habia disparado aquel flechazo (3). S. Gregorio Nazianceno cree que mas bien fué un ángel (4). S. Juan Damasceno atesta (5) haber sabido por Heladio, discipulo y sucesor de S. Basilio, que orando este santo en una iglesia de nuestra señora tuvo revelacion de que el mártir san Mercurio disparó la flecha á Juliano. Sozomeno añade que un criado del apóstata vió milagrosamente en el aire dos soldados bien armados que le iban á los alcan-

(1) L. 4, c. 4.

(2) Hist. ecclés., l. 6, c. 34.

(3) Lib. 3, c. 8.

(4) Orat. in Julian.

(5) Orat. de imaginib.

ces (1); y Nicéforo escribe ser opinion comun que el bienaventurado Artemio, noble capitan cristiano, habia sido el segundo de S. Mercurio (2). Teodoreto dice además que Juliano murió desesperado, y que cuando se sintió herido, conoció la mano vengadora de Dios y exclamó arrojando hácia el cielo un puñado de su sangre: Veniste, galileo, venciste; ó como cuenta Nicéforo: Sáciate, galileo, sáciate. Y al mismo tiempo que manifestaba su despecho contra el Salvador, vomitaba injurias y denuestos contra sus dioses, que habian faltado torpemente á sus promesas.

XII. El historiador Sócrates, que fué novaciano, quisiera que todos tuviesen por mártir á su Novato: no se lo disputaré yo, con tal que se entienda que fué mártir del diablo con sus predecesores. El mal está en que se avergonzó de comunicarnos en particular el género de su muerte. Joviniano habiendo venido á ser á manera de un cáncer que inficionaba á todos aquellos con quienes trataba, fué relegado por decreto del emperador Honorio á la isla de Boa en los confines de la Dalmacia, donde viviendo como habia acostumbrado, es decir, como verdadero puerco de Epicuro, vomitó su alma que habia cebado en los banquetes y deleites sensuales. No se imagine nadie que el abominable Nestorio salió mejor librado: basta traer á la memoria lo que escriben varios autores, entre ellos Nicéforo (3), Evagrio (4) y otros, que dicen que como aquel heresiarca continuase despues de condenado en el concilio de Efeso perturbando la iglesia oriental, el emperador Teodosio el jóven abrió al fin los ojos y le desterró á una isla de Egipto llamada Oasis, lugar muy incómodo y desapacible, donde mu-

(1) Lib. 6, cap. 2.

(2) Hist., l. 3, c. 20.

(3) Hist., lib. 4, cap. 26.

(4) Lib. 4, c. 8.

rió desastradamente cayéndosele la carne á pedazos y comida la lengua de gusanos, sin que bastase este castigo á hacerle reconocer su pecado.

XIII. Bien veo que el lector aguarda á saber el fin que tuvo el emperador Coprónimo, á quien podemos llamar el inmundo no solo por la etimología de su nombre (se llamó así por haber ensuciado con sus excrementos la pila del bautismo al tiempo de recibirle), sino tambien por su vida torpe y asquerosa, por sus sortilegios y especialmente porque gustaba de restregarse la cara con el estiércol de los caballos y obligaba á sus cortesanos á hacer lo mismo. Es cosa puesta en razon que habiendo sido el que se distinguió mas en el desprecio de la madre de Dios, sea expuesto tambien en el teatro de la ignominia para escarmiento de todos. Como en vida tuvo grandísima semejanza con el infame apóstata Juliano, era preciso que muriese de un modo parecido: así es que haciendo la guerra á los búlgaros fué herido en un muslo por una mano invisible y sintió en la herida, segun dice Cedreno, un fuego sobrenatural, que le desesperaba y le hacia gritar con todas sus fuerzas que Maria le quemaba con un fuego inextinguible y le obligaba á honrarla como á virgen, como á santa y como á madre de Dios. Esto lo decia no con un espíritu penitente, sino obligado del cielo y no pudiendo resistir á la fuerza que le arrancaba aquellas palabras. Un buen historiador añade (1) que al cabo de algunos años el emperador Miguel, hijo de Teófilo, mandó desenterrar su cuerpo con el del patriarca de Constantinopla Juan, que habia sido su satélite é iconoclasta como él, hizo llevarlos al teatro, azotarlos hasta que se descubrieran los huesos y luego arrojarlos al fuego.

XIV. De los albigenses ya hablé en el capítulo XIII

(1) Georg. Ham. in chronico. Véase á Spondano año 775.

del tratado primero, y para no olvidar á los que en nuestros dias han blasfemado de la Virgen, ¿le parece á nadie verisímil que habiendo habido castigos ejemplares para todos los satélites del demonio hubiesen quedado ellos impunes? Me falta tiempo para detenerme en esto; pero el que quiera, puede leer al docto y devoto Bosio, el cual escribe (1) haber sabido por un criado de Lutero que cuando este apóstata enfermó en Smalcalda, fué tal su desesperacion, que quiso quitarse la vida; lo cual hubiera hecho á no ser por el pronto auxilio de algunos familiares suyos, y estos para ocultar la fechoria de su maestro y señor hicieron jurar á todos los asistentes que no dirian una palabra. El diligente Tireo refiere (2) que el dia de la muerte de Lutero varios posesos que habia en Cheol, ciudad del Brabante, quedaron libres de los demonios con gran pasmo de la gente y mucho mas cuando al otro dia volvieron á entrar los espíritus malos en los cuerpos de donde habian salido la vispera, y preguntados dónde habian estado, respondieron que por mandato de su principe habian asistido al cortejo y acompañamiento del alma de Lutero. Esto lo confirmó un criado del apóstata, que contó despues que habiendo abierto la misma noche la ventana del aposento en que estaba expuesto el cuerpo de su amo, creyó morir de miedo al ver una multitud de fantasmas de diversas figuras que danzaban y hacian cabriolas en el aire. Los cuervos que graznaban al rededor del cuerpo cuando fué trasladado de Islebe á Witemberga, confirmaron la opinion que se tenia acerca de aquellos demonios malos, y mas aun el modo como murió, porque habiéndose acostado despues de beber bien fué encontrado muerto al dia siguiente.

(1) De notis ecclesie, p. 2, t. 2. (2) De dæmoniis, part. 1, sec. 11.

XV. Lo mismo dice el docto Coeleas de Juan Ecclampadio; á saber, que habiéndose acostado bueno y sano fué encontrado muerto al dia siguiente, ya sea porque le matase su supuesta mujer, como dicen unos, ya se matara él mismo, como quieren otros, ya fuese Satanás el ejecutor, como escribe Lutero en su libro de la misa privada. Juan Calvino no merecia mejor fin que los otros: así es que segun escribe en su vida Gerónimo Bolesec, habiendo sido atormentado por espacio de cuatro años de cólico, mal de piedra, gota, almorranas, calentura hética, asma, jaqueca, violentas fluxiones y vómito de sangre murió comido de piojos y gusanos en todo el cuerpo y especialmente en aquellas partes con que mas habia ofendido á Dios, invocando á los demonios, jurando, renegando, echando votos y porvidas y maldiciendo la hora en que habia estudiado.

XVI. Razon pues tenia yo cuando suplicaba poco há á los devotos siervos de la Virgen que contuviesen los impulsos de ira é indignacion contra estos impios y cuando les aseguraba que pronto los verian caer en las manos de la justicia de Dios. ¿Dónde están ahora esos fanfarrones, que desafiaban al cielo y á la tierra y soltaban sus lenguas viperinas para deshorrar á Dios y á su santísima madre? ¿A qué se reducen las esperanzas que al parecer tenian no solo de empañar el lustre de la Virgen, sino de impedir el culto que se le tributa, y aniquilar enteramente su nombre? Queriendo escalar el cielo fueron precipitados en los infiernos: queriendo denigrar la fama de nuestra reina se mancharon ellos con eterna ignominia: despreciando á aquella á quien debian todo respeto, se hicieron dignos de todo desprecio: los tiros de su insolencia se volvieron contra ellos y les traspasaron el corazon. Insultando á la madre comun de los cristianos, fueron sacrificados en aras de la infamia y del odio público: en una palabra con muchos trabajos compraron

un fin execrable, al que se siguieron innumerables y eternas desgracias. Vé ahí el paradero de todos los que son osados de insultar á la madre de Dios y concitar la ira de la que el Señor les dió por principal protectora.

XVII. Pero entre todas las victorias que ha alcanzado de la herejia esta mujer fuerte, la mas insigne y gloriosa consiste en la mudanza de los corazones y la reduccion de sus enemigos. Escuadrones enteros de los que habian tomado las armas contra ella, vencidos por el aliciente de su bondad mas que por los ejemplos de su severidad, han abandonado el campo enemigo, se han prostrado á sus pies y han peleado bajo de sus banderas y por ella con mas valor infinitamente que el que habian mostrado en defensa del infierno. Las historias abundan en conquistas de esta especie, y diariamente experimentamos que el ejército de la iglesia militante y triunfante se aumenta reforzado con tan preciosos despojos para gloria del Dios de los ejércitos y honra de la que capitanea tan acertadamente sus tropas.

§. X.—Cuarta victoria alcanzada de los blasfemos, enemigos de su hijo y suyos.

I. De todos los enemigos de Dios y de su santa madre solo falta derrotar á estos; pero no tardaremos en ver su fin, porque oigo á la Virgen guerrera decir con David: Perseguiré á mis enemigos, y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezcan (1). Además como se han hecho dignos del odio y de la indignacion de todas las criaturas, toda la naturaleza ha acudido al mandato de la reina del universo y ha corrido tras de ellos para aniquilarlos. Esto lo podria yo comprobar fácilmente con ejemplos si quisiera detenerme á mostrar todos los casos

(1) Salm. XVII.

tigos visibles que la justicia de Dios ha hecho en esos desdichados, y no temiera molestar mas al lector con una materia tan desagradable. Bastará presentar algunos para muestra, y me parece que no tengo que decir cuántas veces han sido empleados los santos ángeles en tales castigos, pues nadie ignora que llevan en sus manos la espada de Dios para hacer venganza en las naciones, y que en especial son muy zelosos de la honra de su reina. No quiero declarar tampoco las penas que los príncipes mas devotos de María han impuesto por tales delitos. Fácil es ver las ordenanzas de Carlos VII, Luis XII y Carlos VIII de Francia sobre el particular. Estos monarcas tenian á la vista el singular ejemplo de zelo de Felipe VI de Valois, el cual mandó que los que blasfemaran de la Virgen santísima, la primera vez fuesen expuestos en la plaza pública con la argolla al cuello por espacio de un mes todos los días desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde y que todos los transeuntes pudieran tirarles á la cara lodo y otras inmundicias, y que otro mes ayunasen á pan y agua: que á la segunda vez se les abriera en un día de mercado el lábio de arriba, de manera que se viesen los dientes: que á la tercera se hiciera lo mismo con el lábio inferior: que á la cuarta se les cortasen enteramente los dos labios; y si todavia continuaban, se les arrancase la lengua.

II. Aun es cosa mas memorable que las criaturas insensibles hayan manifestado sentir en algun modo las injurias hechas á la reina del cielo y de la tierra. En el año 1588 aconteció en una ciudad del Perú que un hombre muy vicioso despues de haber corrompido á una pobre india determinó pasar la noche con ella: el cielo entre tanto atemorizaba á los vivientes con una tormenta horrenda de truenos y relámpagos, de agua y piedra y como que advertia á los pecadores que pusieran fin á sus torpezas. La mujer pensaba de veras en ello y

un fin execrable, al que se siguieron innumerables y eternas desgracias. Vé ahí el paradero de todos los que son osados de insultar á la madre de Dios y concitar la ira de la que el Señor les dió por principal protectora.

XVII. Pero entre todas las victorias que ha alcanzado de la herejia esta mujer fuerte, la mas insigne y gloriosa consiste en la mudanza de los corazones y la reduccion de sus enemigos. Escuadrones enteros de los que habian tomado las armas contra ella, vencidos por el aliciente de su bondad mas que por los ejemplos de su severidad, han abandonado el campo enemigo, se han prostrado á sus pies y han peleado bajo de sus banderas y por ella con mas valor infinitamente que el que habian mostrado en defensa del infierno. Las historias abundan en conquistas de esta especie, y diariamente experimentamos que el ejército de la iglesia militante y triunfante se aumenta reforzado con tan preciosos despojos para gloria del Dios de los ejércitos y honra de la que capitanea tan acertadamente sus tropas.

§. X.—Cuarta victoria alcanzada de los blasfemos, enemigos de su hijo y suyos.

I. De todos los enemigos de Dios y de su santa madre solo falta derrotar á estos; pero no tardaremos en ver su fin, porque oigo á la Virgen guerrera decir con David: Perseguiré á mis enemigos, y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezcan (1). Además como se han hecho dignos del odio y de la indignacion de todas las criaturas, toda la naturaleza ha acudido al mandato de la reina del universo y ha corrido tras de ellos para aniquilarlos. Esto lo podria yo comprobar fácilmente con ejemplos si quisiera detenerme á mostrar todos los casos

(1) Salm. XVII.

tigos visibles que la justicia de Dios ha hecho en esos desdichados, y no temiera molestar mas al lector con una materia tan desagradable. Bastará presentar algunos para muestra, y me parece que no tengo que decir cuántas veces han sido empleados los santos ángeles en tales castigos, pues nadie ignora que llevan en sus manos la espada de Dios para hacer venganza en las naciones, y que en especial son muy zelosos de la honra de su reina. No quiero declarar tampoco las penas que los príncipes mas devotos de María han impuesto por tales delitos. Fácil es ver las ordenanzas de Carlos VII, Luis XII y Carlos VIII de Francia sobre el particular. Estos monarcas tenian á la vista el singular ejemplo de zelo de Felipe VI de Valois, el cual mandó que los que blasfemaran de la Virgen santísima, la primera vez fuesen expuestos en la plaza pública con la argolla al cuello por espacio de un mes todos los días desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde y que todos los transeuntes pudieran tirarles á la cara lodo y otras inmundicias, y que otro mes ayunasen á pan y agua: que á la segunda vez se les abriera en un día de mercado el lábio de arriba, de manera que se viesen los dientes: que á la tercera se hiciera lo mismo con el lábio inferior: que á la cuarta se les cortasen enteramente los dos labios; y si todavia continuaban, se les arrancase la lengua.

II. Aun es cosa mas memorable que las criaturas insensibles hayan manifestado sentir en algun modo las injurias hechas á la reina del cielo y de la tierra. En el año 1588 aconteció en una ciudad del Perú que un hombre muy vicioso despues de haber corrompido á una pobre india determinó pasar la noche con ella: el cielo entre tanto atemorizaba á los vivientes con una tormenta horrenda de truenos y relámpagos, de agua y piedra y como que advertia á los pecadores que pusieran fin á sus torpezas. La mujer pensaba de veras en ello y

exhortaba al viejo lascivo á que implorase la misericordia de la madre de Dios; pero el desalmado en medio de aquel pavoroso espectáculo se mofaba de ella y de su terror diciéndole que era muy tonta en creer que María pudiese darles algun auxilio. Apenas acababa de proferir estas palabras impías, cuando el cielo lanzó un rayo, que cayendo sobre el infeliz le arrojó á cuatro ó cinco pasos del lecho. La mujer fuera de sí salta de él y creyendo que la caída de su amigo era efecto solamente del miedo se acerca y halla que se habia prendido fuego á la paja y alguna leña seca amontonada cerca del cuerpo: quiere tirar de los pies y se queda con el pedazo. Dispónese á salir del aposento; pero se lo impide el fuego. Entonces no le queda otro recurso que gritar: *Fuego, fuego*, pidiendo socorro. Acuden los vecinos y se encuentran á aquel hombre tendido en el suelo con la boca abierta, los dientes rotos y arrancada del gáznate la lengua, que habia sido el instrumento de su blasfemia: quieren sacarle de la casa; pero se quedan con los pedazos de carne en las manos, advirtiéndoles cuanto ven y oyen que es peligrosísimo insultar á la madre de Dios.

III. Pero así como es bueno saberlo á costa ajena, es horrible servir de escarmiento á los otros, segun sucedió á los habitantes de un lugar de Italia cerca de Génova el año 1198. Cuenta un analista inglés (1) que de pronto se vieron poseidos del demonio parte de los moradores; lo cual causó gran conmocion é hizo acudir á muchos vecinos de la comarca por ver cómo se revolrian los poseos, y oír las cosas extraordinarias que decian. Para socorrerlos fueron llamados diversos religiosos y entre ellos el abad de Lucey, de la órden del Cister, que estrechó fuertemente á los espíritus malignos y los obligó á salir

(1) Roger. ab Hovedem, p. 2 Annal. in Richard. primo, an. 1198.

de los cuerpos de aquellos infelices. Mas insistiendo con particular empeño en saber la causa de la posesion, dijo-le el principal de los espíritus malos que ellos eran la legion que arrojada de los cuerpos humanos por el Salvador obtuvo licencia de entrar en unos puercos; que desde entonces no se les habia permitido atormentar mas que á los blasfemos de la Virgen; y que el motivo de haber venido allí era por estar lleno de ellos el pueblo.

IV. No puedo, ni debo pasar en silencio lo que por piadosa tradicion se cree haber acontecido en Aviñon hace mas de trescientos años. En la calle de nuestra señora de la Esperanza no lejos de la plaza de S. Desiderio hay una capilla del mismo nombre con un cuadro que representa lo siguiente. Habia en el mismo lugar una imágen de la Virgen bajo la advocacion de nuestra señora de la Esperanza, que aun hoy se ve por entre una verja de madera; y el pueblo aviñonés, devotísimo en todo tiempo de la virgen Maria, veneraba sobre manera aquel santuario. Enfrente habia una tienda donde se juntaban varios jugadores, y habiendo perdido uno de ellos su dinero á los naipes salió furioso y con blasfemias é imprecaciones, que no le podido saber en particular, tiró una piedra á la imágen y le dió por bajo de la tetilla, como lo manifiesta todavia la señal. Al punto salió sangre de la imágen, y el infeliz como frenético y fuera de sí quedó desfigurado en todo su cuerpo. Prendióle la justicia y fué condenado á muerte despues de dar pública satisfaccion á la Virgen, á quien habia ofendido. Llévanle ante la imágen; pero ya estaba tan mudado y tan arrepentido de lo que habia hecho, que habiéndose postro en tierra para hacer la debida reparacion comenzó á derramar tantas lágrimas y á exhalar tan hondos suspiros, que la madre de Dios siempre clemente restituyó el cuerpo á su estado primero para mostrar que se habia aplacado enteramente con la penitencia de aquel infeliz.

V. Sofronio refiere en el capítulo 47 del Prado espiritual una historia que confirma lo dicho por mí; á saber, que la madre de Dios aun en medio de los castigos no puede olvidar su ordinaria bondad. En la ciudad de Heliópolis en la Fenicia habia un juglar, que divertia á la gente con cuentos y ficciones sobre la madre de Dios, sazonzando sus chistes con blasfemias. Una noche se le apareció la Virgen y le dijo: Cayano (así se llamaba el blasfemo), ¿en qué te he agraviado, ó por qué he merecido que me trates así delante de tanta gente? El juglar lejos de aprovecharse de este aviso amoroso lo hizo peor al dia siguiente. La bondadosa señora le avisó por segunda vez y le exhortó á que no buscara su perdición de propósito deliberado, como estaba haciendo. Esta advertencia no surtió ningun efecto, como tampoco la tercera. Al cuarto dia estando descansando á la hora de la siesta vió á la Virgen enfadada, que no hizo mas que pasarle la mano por el tobillo. Cayano despertó al instante y halló que no era un sueño, sino que con efecto le habian sido cortados los pies para quitarle el medio de volver á sus blasfemias. De allí adelante fué un predicador de las maravillas de la amable justiciera, contando lo que le habia sucedido á cuantos iban á verle.

VI. A estos castigos antiguos y ejecutados en la persona de los que blasfemaron de la madre de Dios, agregaré otros dos ocurridos en nuestros dias á vista de los habitantes de dos ciudades, para que sepa la posteridad que las blasfemias cuestan caro por lo comun. Un hombre virtuoso y honrado que supo en el mismo lugar del suceso lo que voy á contar, y que conoció muy bien al sujeto de quien he de hablar, me ha asegurado que el dia de la natividad de nuestra señora del año 1604 ó 1605 (porque no podia decirlo á punto fijo) un vecino de Trignac en el Lemosin fué á vender vino y diferentes comestibles á una capilla de nuestra señora de Bessiere,

distante como legua y media de la ciudad y situada en la cumbre de un monte, donde se habian reunido mas de dos mil personas por devocion. El vendedor que era de la secta de los hugonotes, notando que un aldeano rezaba delante de dos imágenes que hay en la capilla, la una antigua y la otra moderna, le preguntó con fisga cuál creia que habia de serle mas propicia, si la nueva ó la vieja. El aldeano le respondió sencillamente que mejor haria en adorar á nuestra señora, á quien representaban las imágenes, que no en burlarse de aquella suerte. ¡Que la adore! replicó el hugonote: mas quisiera que Dios ó el diablo hubiese prendido fuego á mi casa por los cuatro costados. Apenas habia dicho estas palabras, cuando de pronto estando el cielo despejado y sereno se levantó un gran remolino con tantos y tan espantosos relámpagos y truenos, que toda la gente echó á correr. En el mismo instante (segun se supo despues) se vió pasar por medio del pueblo de Trignac un hachon encendido, que entrando por la puerta de la casa del blasfemo la redujo á cenizas con cuantos habia dentro, en presencia de mas de quinientas personas. El hugonote murió á poco desesperado por verse reducido á la pobreza siendo antes rico. Este castigo contribuyó á la conversion de muchos religionarios, como saben los naturales del pais.

VII. No es menos notable el ejemplo siguiente, y esperó que no ha de redundar de él menos provecho, especialmente á causa de los muchos calvinistas residentes en el lugar donde aconteció, porque la madre de misericordia no se propone en sus castigos perder los cuerpos, sino ganar las almas. En el año 1691 disputaban en cierta ciudad un católico y un hereje sobre la virginidad de la madre de Dios, defendiéndola el uno con firmeza é impugnándola el otro tercamente. Como el católico sostuviese con calor su proposicion, le dijo el hereje que consentia en morir de tumor pestilencial

si era verdad lo que él decia. ¡Cosa admirable! De allí á poco tiempo empezó á hincharse de resultas de diez y seis carbunclos que le salieron en diversas partes de su cuerpo, y murió ahogado como habia deseado. Aun no se venia en conocimiento de la mano que le habia herido, hasta que habiendo sido enterrado en el cementerio de los católicos á causa de los muchos calvinistas que hay en aquel lugar, la tierra sagrada que no podia sufrir al enemigo de la madre de Dios, le echó á la noche siguiente. Al otro dia se encontró el cuerpo fuera de la sepultura; mas como nadie sabia de qué modo habia acontecido, fué enterrado otra vez. La noche inmediata ocurrió lo mismo que la anterior; de lo cual se quejaron los herejes, como si los católicos le hubiesen desenterrado. La justicia mandó que á la noche siguiente guardaran el cementerio buen número de católicos y hugonotes con hachas. Cuando estaban unos y otros platicando entre sí, comenzó á levantarse poco á poco la tierra como cuando hay algun topo, y á vista de todos apareció el cuerpo fuera de la sepultura. La justicia informada del suceso así como de la blasfemia proferida por el difunto dió auto para que se quemase el cadáver, ya que la justicia divina enseñaba que un delito tan enorme no debia quedar impune. Ahora que escribo, el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Leon hace informacion jurídica del hecho, para que aparezca la verdad con toda evidencia. Dios por su bondad ordenará y por los ruegos de su misericordiosa madre hará (así lo esperamos) que este ejemplo aproveche á muchos extraviados, así como ha servido ya para confirmar á los verdaderos siervos de la Virgen en la estimacion que han de hacer del poder é integridad de la misma.

NOTAS.

A.

Congregacion de religiosas de nuestra señora del Calvario.

La princesa Antonia de Orleans fundó la primera casa de esta santa congregacion en la ciudad de Poitiers y se retiró á ella con veinte y cuatro religiosas el 25 de octubre de 1617. Habiendo llegado á cosa de las seis de la noche dijo la venerable madre á sus hijas: Hermanas mias, aqui no hemos venido para mudar de aire, sino para mudar de vida. Todas manifestaron que tal era su intento, y con efecto su mas ardiente deseo era imitar la pobreza del hijo de Dios, esconderse en sus adorables llagas y acompañar á María en pie junto á la cruz. Practican á la letra la regla primitiva de S. Benito con una fidelidad incomparable, sobrepujando la penitencia que el santo patriarca prescribe á sus hijos, y sustentándose de legumbres y pan, que endurecen en la chimenea para que sea mas desagradable. El papa Paulo V expidió un breve en favor de la nueva congregacion; pero le amplió mucho Gregorio XV, quien dió á la orden el título de nuestra señora del Calvario, alegrándose de destinar unas monjas á la veneracion de los dolores y angustias de la madre de Dios. Tambien las mandó pedir al Señor la salvacion de las almas por los méritos de la preciosa sangre de Jesucristo y rogar por la exaltacion de la santa iglesia católica, la propagacion de la fé y la extirpacion de las herejias, principalmente la de Mahoma. Urbano VIII confirmó las bulas de sus predecesores en favor de las religiosas del Calvario.

si era verdad lo que él decia. ¡Cosa admirable! De allí á poco tiempo empezó á hincharse de resultas de diez y seis carbunclos que le salieron en diversas partes de su cuerpo, y murió ahogado como habia deseado. Aun no se venia en conocimiento de la mano que le habia herido, hasta que habiendo sido enterrado en el cementerio de los católicos á causa de los muchos calvinistas que hay en aquel lugar, la tierra sagrada que no podia sufrir al enemigo de la madre de Dios, le echó á la noche siguiente. Al otro dia se encontró el cuerpo fuera de la sepultura; mas como nadie sabia de qué modo habia acontecido, fué enterrado otra vez. La noche inmediata ocurrió lo mismo que la anterior; de lo cual se quejaron los herejes, como si los católicos le hubiesen desenterrado. La justicia mandó que á la noche siguiente guardaran el cementerio buen número de católicos y hugonotes con hachas. Cuando estaban unos y otros platicando entre sí, comenzó á levantarse poco á poco la tierra como cuando hay algun topo, y á vista de todos apareció el cuerpo fuera de la sepultura. La justicia informada del suceso así como de la blasfemia proferida por el difunto dió auto para que se quemase el cadáver, ya que la justicia divina enseñaba que un delito tan enorme no debia quedar impune. Ahora que escribo, el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Leon hace informacion jurídica del hecho, para que aparezca la verdad con toda evidencia. Dios por su bondad ordenará y por los ruegos de su misericordiosa madre hará (así lo esperamos) que este ejemplo aproveche á muchos extraviados, así como ha servido ya para confirmar á los verdaderos siervos de la Virgen en la estimacion que han de hacer del poder é integridad de la misma.

NOTAS.

A.

Congregacion de religiosas de nuestra señora del Calvario.

La princesa Antonia de Orleans fundó la primera casa de esta santa congregacion en la ciudad de Poitiers y se retiró á ella con veinte y cuatro religiosas el 25 de octubre de 1617. Habiendo llegado á cosa de las seis de la noche dijo la venerable madre á sus hijas: Hermanas mias, aqui no hemos venido para mudar de aire, sino para mudar de vida. Todas manifestaron que tal era su intento, y con efecto su mas ardiente deseo era imitar la pobreza del hijo de Dios, esconderse en sus adorables llagas y acompañar á María en pie junto á la cruz. Practican á la letra la regla primitiva de S. Benito con una fidelidad incomparable, sobrepujando la penitencia que el santo patriarca prescribe á sus hijos, y sustentándose de legumbres y pan, que endurecen en la chimenea para que sea mas desagradable. El papa Paulo V expidió un breve en favor de la nueva congregacion; pero le amplió mucho Gregorio XV, quien dió á la orden el título de nuestra señora del Calvario, alegrándose de destinar unas monjas á la veneracion de los dolores y angustias de la madre de Dios. Tambien las mandó pedir al Señor la salvacion de las almas por los méritos de la preciosa sangre de Jesucristo y rogar por la exaltacion de la santa iglesia católica, la propagacion de la fé y la extirpacion de las herejias, principalmente la de Mahoma. Urbano VIII confirmó las bulas de sus predecesores en favor de las religiosas del Calvario.

Orden de las religiosas del santísimo sacramento.

Esta orden comenzó en la ciudad de París el año 1653, y aunque se instituyó principalmente para reparar por medio de una adoración perpétua las injurias hechas al santísimo sacramento del altar, está en todo bajo la protección de la madre de Dios, única abadesa de la orden; y aquellas preciosas víctimas de Jesús sacramentado han renunciado á tener ninguna otra. En el coro de su iglesia hay una imagen de bulto de la madre de Dios del tamaño natural, que tiene un báculo en la mano y ocupa la silla abacial. Ha sido bendecida con las ceremonias acostumbradas en la bendición de las abadesas, y á ella recurren las monjas después de Jesús. En el refectorio tienen una imagen igual en el mismo sitio, y todos los días la superiora la sirve de rodillas en vajilla de plata antes de distribuir la comida á las monjas: después se da la ración á algún pobre. Si no viviera aun la fundadora de una orden tan santa, diríamos aquí algo de su mérito; pero la Escritura nos lo prohíbe y su modestia no lo consentiría. En esta orden se profesa la regla de san Benito en su pureza, y creo que no hay un lugar en la tierra donde Dios sea mejor servido. Esta congregación comienza á propagarse en Francia y Lorena con mucha bendición.

Orden de religiosas de nuestra señora de la Caridad.

El año 1643 comenzó en la ciudad de Caen la congregación de religiosas de nuestra señora de la Caridad, fundadas por el P. Juan Eudes, superior de las misiones de la provincia de Normandía y célebre por las muchas almas que sacó del pecado, y por las recias persecuciones que sufrió en su carrera evangélica. El instituto de estas santas religiosas es dedicarse á la conversión de las mujeres arrepentidas, así como las hospitalarias sirven á

los enfermos. Nunca dan el hábito á las que han perdido la inocencia; pero las ayudan á mover la misericordia de Dios con sus acciones y sus consejos saludables. Visten una túnica, manto y escapulario blanco con una cruz roja sobre el corazón. Las fiestas principales de la congregación así de hombres como de mujeres son las de los sagrados corazones de Jesús y de María, que se celebran la primera el 20 de octubre y la segunda el 8 de febrero, y están aprobadas por la silla apostólica y por muchos prelados. Mientras que los sacerdotes de estas comunidades se dedican á formar á los eclesiásticos jóvenes en todas las cosas relativas al ministerio, y corren las ciudades y lugares anunciando las verdades evangélicas y encendiendo el fuego del amor divino en las almas, las religiosas levantan las manos al cielo como Moisés para atraer sobre ellos nuevas bendiciones del Señor. Toda Francia ha recogido copiosamente el fruto cuya semilla echan ellos. Las casas de esta congregación se multiplican sobre manera, y su reina y señora manifiesta en mil ocasiones cuán gratos le son los servicios de ellos. Las religiosas profesan la regla de S. Agustín con constituciones particulares. (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

B.

Oh Dios, ; qué extremo de mansedumbre! ; Qué inocentes deleites! ; Qué amor! ; Qué ternura entre tal hijo y tal madre! ; Qué grandezas se preparan en medio de esos cortos servicios que la incomparable madre va haciendo al divino niño! El santo presbítero Crisippo absorto á vista de estas maravillas dice: «¿Puede bien comprenderse lo que es fajar al que encierra al mundo en su inmensidad, vestir al que está adornado de su propio esplendor, acostar en la cuna al que está sentado sobre el trono de la gloria?» «¿Qué entendimiento se hubiera figurado jamás, dice S. Agustín, que el que sostiene el mundo con tres dedos, hubiese de ser llevado en los brazos de una mujer; que el pan de los ángeles fuese reducido á leche; y que la fortaleza de los

cielos pudiera caer en tan profunda flaqueza?» Habiéndose hecho el Señor Jesus tan pequeño por nuestro amor está pobre y necesitado en el pesebre, expuesto á la inclemencia del cielo en una estacion tan rigurosa y en un establo abierto y no tiene mas asilo, ni refugio que el seno virginal de su santa madre, su único tesoro. Así Maria, la criatura mas pura, santa y digna de todas y despues de su hijo Jesus la mas amada y amable, hace el oficio de madre, nodriza y aya del Verbo encarnado: ella le posee, le maneja, le sustenta y le conserva. ¡Dichoso el vientre que llevó al hijo del Padre eterno! ¡Dichosos los pechos que dieron de mamar á nuestro señor Jesucristo! Preparemos nuestros corazones para ver y contemplar este devoto misterio: dispongámonos á meditar por un lado la condescendencia y la bondad inestimable de nuestro Señor, que se digna de recibir todos estos cortos servicios de que han menester los niños, y por otro el esmero, el zelo, el cariño, la ternura y la vigilancia con que la santísima Virgen desempeña todos los deberes de madre y madre de tal hijo. (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

C.

Pero digamos que el divino esposo no la tuvo menor por su parte segun la excelente observacion de S. Bernardo, el cual comprendió y explicó mejor que nadie el amor reciproco del esposo y la esposa, quiero decir, del Verbo y de la virgen Maria. Tratando pues de este versículo de los Cantares: *Vedle que viene (el amado) saltando por los montes, atravesando collados*; dice que el esposo celestial saltó los montes cuando vino á ser el ángel del gran consejo, él que era el señor de los ángeles, cuando bajó á la tierra, cuando dió á conocer la salud que traía al mundo, cuando reveló su gracia y su justicia á las naciones, cuando dió su carne en comida, su sangre en bebida y su vida en precio y rescate de aquellos á quienes fué enviado. Pero para hacer ver el fervor de su espíritu, el ansia de su amor y el zelo de su

bondad para con aquella que habia de ser su esposa por excelencia, ve aquí que salta los montes atravesando todos los coros de los ángeles y camina á pasos agigantados como quien se apresura por llegar al término de su carrera. Aun pasa delante de S. Gabriel y se dirige al lado de su celestial esposa segun el testimonio del mismo arcángel cuando dice: Dios te salve llena de gracia: el Señor es contigo. ¡Qué! ¿encuentras en el seno de una doncella al que acabas de dejar en el cielo? ¿Cómo puede ser esto? Voló en alas de los vientos aguijado de su amor. Oh bienaventurado arcángel, eres vencido: el que te envió delante, ha llegado mas pronto que tú. He aquí me dice mi amado (son palabras de la esposa): Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven. Todas estas palabras son saetas inflamadas del esposo celestial, que se encaminaba con tanta diligencia á casa de la esposa (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

D.

Esta afligida Virgen es madre y tenia los sentimientos naturales de madre: es verdad que era sin ninguna tacha, antes bien con la pureza y santidad convenientes á todos sus privilegios. Por lo tanto viendo padecer á su hijo no podía menos de compadecerle. ¿Y qué es la compasion sino una passion junta al sentimiento de la pena de aquel á quien amamos, una identidad de passion tanto mas sensible, cuanto mas estrechamente unidas estan la persona que padece y la que compadece? ¿Y dónde se hallará una union mas perfecta que la de Jesus y Maria, la de tal madre y tal hijo? Una de las excelencias de la madre de Dios y una de las semejanzas que tiene con el Padre eterno, es que el hijo que les es común, es en cierto modo consustancial á su padre segun su nueva naturaleza. Síguese pues que los sentimientos correspondientes á esta union, aunque sean naturales, no dejan de ser divinos, porque proceden de una naturaleza deificada en Jesus y de una persona revestida del Espíritu Santo en Maria. Todos los sentimientos de esta au-

gusta madre son tales respecto de su divino hijo, su amor, su ternura y por lo tanto su compasion, que no hubo jamás dolor comparable al suyo á causa de la alteza del principio y del objeto.

Y porque veneramos en la sacratísima Virgen la naturaleza y la gracia y porque estaba unida á su hijo por la una y por la otra, por eso tenia dos especies de compasion, la una natural y la otra sobrenatural, cuyo principio era la dignidad de madre de Dios. Es cierto que la gracia así como la naturaleza tiene sus sentimientos y afectos, su amor, su zelo, su gozo, su esperanza, su dolor y sus penas: tiene su movimiento y su quietud, su turbacion y su paz, su privacion y su goce, y que la Virgen que vivia mucho mas de la vida de la gracia que de la de la naturaleza, los tenia mas perfectos que nadie, y por consiguiente estaba unida á Jesus de un modo mucho mas firme y sentia con mas vehemencia sus penas y tormentos.

Dispéñeme pues el lector de expresar aqui la magnitud de su compasion respecto de su hijo, que padecia los mas crueles suplicios. Este es un misterio escondido, que excede la capacidad del hombre mortal. Como el entendimiento no puede comprenderle, es imposible que la elocuencia hable con exactitud. Todo cuanto podemos decir, puede sacarse de tres principios, la luz, el amor y la capacidad de padecer. Esta capacidad de padecer en la Virgen forma una parte de sus derechos y grandezas. S. Pablo nos da la inteligencia de ella por estas palabras: *Habeis recibido la gracia no solo de creer en Jesucristo, sino tambien de padecer por él.* Hallamos tres ventajas en el orden de la gracia: la primera es el ser los hijos de Dios; la segunda el obrar por su espíritu; y la tercera el padecer por Dios. Esta es la que conserva y perfecciona las otras. El discípulo de la cruz protestaba abiertamente que solo se gloriaba en la cruz de nuestro señor Jesucristo, la que reputaba fuente de toda gracia y de toda virtud. Habla de este asunto como de una obligacion esencial á los cristianos, los cuales no serán herederos de Dios hasta que tomen parte en sus penas, y no pueden reinar con Jesucristo si no han padecido con él.

Si pues es una cosa tan honrosa á los santos padecer por su maestro, y si la capacidad de hacerlo es una de las pertenencias de la gracia que los santifica; ¿podremos dudar hasta dónde se extendió esta capacidad en el corazón de María madre de Jesus? ¡Oh! Ciertamente ella padeció mas que todos los justos juntos. Tambien creemos sin ninguna duda que su amor á él fue el mas puro, el mas ardiente, el mas firme y el mas perfecto que puede encontrarse entre las simples criaturas en el discurso de los siglos. Y si el conocimiento de lo que nuestro señor Jesucristo padece en el cuerpo y en el alma, es proporcionado en la Virgen á la capacidad y al amor, basta para imprimir en su corazón la compasion mas viva y penetrante que puede haber. ¿Y no leemos en el santo Evangelio que ella se halló presente á la pasion de su hijo clavado en la cruz? ¿Y no es muy probable que esta casta paloma fuese rociada con su sangre para cumplir con la ceremonia legal, que disponia se reservase una de las palomas ofrecidas en sacrificio y la otra fuese degollada?

Créese que nuestra madre afligida fue advertida con toda presteza del prendimiento de su hijo y que le siguió en todas las estaciones dolorosas que hizo, en cuanto lo permitia el bien parecer, y que cuando no estuvo presente, se le dió cuenta muy puntual. Aquella alma purísima fue iluminada con las verdades que reveló Dios á los profetas, y en particular con lo que habia vaticinado Isaías de la pasion y muerte afrentosa del Salvador: ella sabia que habia llegado el tiempo del cumplimiento y que el hijo de Dios y suyo iba á satisfacer á la divina justicia por los hombres.

Hallamos dos especies de compasion en la Virgen hácia su hijo agonizante, producidas por su amor natural y sobrenatural; pero yo descubro otra tercera mas alta y divina. El Evangelio nota que el Padre eterno hizo duelo de su hijo y obligó á todas las criaturas insensibles á sentir la muerte de él: la tierra tembló, el aire se oscureció con densas tinieblas, el sol se eclipsó, y el velo del templo se rasgó. Confortó á las santas mujeres para que diesen sepultura al cuerpo sacrosanto, ya que los discípulos habian huido despa-

voridos, y escogió al buen José de Arimatea, que nunca le había seguido, para que le embalsamara y sepultara.

Ve ahí una parte de lo que nos dice la sagrada escritura del duelo del Padre eterno, y ve aquí la consecuencia que debemos de sacar. El Padre entregó su hijo á la muerte por su extremado amor hácia nosotros; pero sin disminucion de su amor hácia él, de suerte que si su grandeza le permitiese padecer, ahora sentiria compasion y participaria de sus penas; mas lo que no puede hacer por sí, lo ejecuta por las personas mas cercanas á él. Siendo la primera de estas la Virgen santísima como madre y como esposa, el Señor obra en lo íntimo del ser de ella un modo de dolor y compasion de los mas amargos para compadecer á Jesus crucificado en el nombre y de parte de su padre, porque el duelo no es mas que una ficcion, cuando no va acompañado del pesar. Es verdad que S. Juan evangelista y la amante Magdalena contribuyeron con todo lo que podia esperarse de su respetuoso cariño; pero su dolor no se parecia al de María. De esta han de entenderse aquellas palabras de un profeta: *Grande es como el mar tu quebranto, oh virgen hija de Sion: ¿quién te remediara?* Habia pues en aquella alma virginal tres especies de compasion fundadas en tres especies de amor, uno natural, otro de gracia y otro del Padre á su hijo. A estas tres especies de compasion y amor se ha de atribuir la fortaleza invencible de aquella admirable criatura en medio de sus terribles angustias. Jesus lleno de oprobios y cubierto de llagas es la espada que atraviesa el corazon de María segun la profecía del anciano Simeon. Es una espada para sus sentidos, una espada para su corazon y su espíritu, una espada que penetra hasta lo íntimo del alma: toda ella está mas poseida del dolor que empapada en agua una esponja en medio del mar. Su calidad de madre, su ocupacion en tal objeto, la mano del Padre agravada sobre el Hijo y sobre la virgen María la reducen al último apuro; y sin embargo ella persevera firme como una roca azotada de la tempestad, sin que la abata una operacion que tanto aniquila, ni la mano tan pesada de un Dios. No estaba inclinada, ni agobiada: no se notaba

debilidad en su actitud: su dolor le infundia valor, porque era divino y no humano, y observamos que el primero ilumina y conforta en vez que el segundo perturba y debilita. El primero santifica y sostiene, ataja las lágrimas haciendo que el que padece, se una estrechamente al que está todo en todos. Por eso todos aquellos en quienes Dios obra este dolor, són representados en pie junto á la cruz, no solo María madre de Jesus, sino María Cleofé, María Magdalena y el discípulo amado.

Para comprender mejor el martirio de la Virgen padeciendo con su hijo clavado en la cruz probemos á entrar en el santuario de su alma purísima y descubrir sus secretos y disposiciones, porque no solo compadece á Jesus oprimido de dolores, sino que adora los consejos eternos que se cumplen en su hijo, y el amor incomprendible de Dios á los pecadores. Contempla María el zelo que tiene él por su gloria, la justicia que hace de su Verbo para hacer misericordia á los desgraciados, darnos su gracia y cargarle con nuestros pecados, reducirle á la muerte y levantarnos á la gloria. La entera sumision que tenia á esos consejos, luchaba con la compasion á su hijo paciente, y esa lucha aumentaba la pena. Ella amaba á su hijo y amaba á sus hermanos, y estos dos grandes amores no disminuian nada el uno al otro. El carácter de las almas sublimes es cumplir todos sus deberes con perfeccion. La Virgen pues practica una obediencia perfecta: su amor á su hijo y á los pecadores es perfecto, y su compasion tan grande, que excede á toda comparacion. Bien hubiera querido ella morir por nosotros en lugar de su divino hijo ó aliviarle á lo menos de una parte de sus tormentos; pero no ignoraba que él debia sufrir todos los efectos de la ira del Padre; que seria humillado hasta sufrir muerte de cruz y ser reputado entre los inicuos; que la justicia divina no podia ser satisfecha sino por una persona divina; y porque ella ardia en zelo por la salvacion del mundo, consiente en la inmolacion del cordero y entra así á gozar de la elevada calidad de reparadora á su modo. Por esto le tenemos dos obligaciones señaladas: la primera haber deseado reconciliarnos con Dios á costa de su sangre, y

la segunda haber entregado su hijo al consejo del Padre para el mismo designio y con tan admirable resignacion, que aun cuando hubiese podido librarle de la muerte por los medios humanos, no lo hubiera hecho; no hubiera querido quitar á Dios su víctima, ni á los pecadores el precio de su redencion. Ella pues tiene una gran parte en la obra de nuestra salvacion; tiene verdadero corazon de madre para nosotros; nos trata como á sus hijos, y aunque no nos ha redimido (porque eso solamente conviene á un Dios), contribuyó mucho á nuestra redencion entregando á su hijo en manos del Padre para que fuese nuestra víctima. Ademas el Salvador mismo reveló á una alma santa que habia sido tan profundo el dolor de su madre, que tuvo él que permanecer mucho tiempo con ella despues de su gloriosa resurreccion á fin de consolarla poco á poco y sacarla de aquel piélago de amargura (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

E.

Habiendo Dios criado al ángel y al hombre en el estado de justicia y habiéndose perdido los dos por su culpa, dejó al primero en su pecado y resolvió hacer misericordia al segundo. Este proceder tan diferente no supone injusticia en Dios, siempre sumamente equitativo, sino realza altamente la obligacion que tenemos á su bondad. Es verdad que las ventajas de los ángeles aumentaron su ingratitud: son unos espíritus libres de la materia, que todo lo pueden hacer y emprender con su entendimiento y su voluntad y encuentran su conservacion y su dicha en el conocimiento de la verdad: estan exentos de todas las miserias, no dependen del tiempo, son eternos é inmutables, son las copias mas excelentes del divino original, las imágenes mas perfectas que ha formado Dios fuera de sí mismo. El se deleita en expresar su bondad en los serafines, su conocimiento en los querubines, su descanso en los tronos, su imperio en las dominaciones y principados, su fortaleza en las potestades y virtudes, su actividad en los ángeles y arcángeles. Todas

estas gloriosas ventajas que debian de unirlos mas estrechamente á su criador, fueron la causa de la perdicion y rebelion de Lucifer y sus cómplices. Pero el hombre, aunque inocente, no habia recibido unos dones tan relevantes: su alma estaba cautiva en el cuerpo, y nada podia hacer sino por el intermedio de los sentidos: como está metido en la materia, necesita de alimento para sustentarse y de un sol que le alumbre; es esclavo del tiempo y del lugar; los años y las horas limitan su vida; el espacio encierra su cuerpo. El ángel pecó por pura malicia, y el hombre por debilidad, imprudencia y precipitacion. El ángel no fue seducido, y el hombre cedió á la tentacion. El ángel cayó por su culpa, y el hombre por sorpresa: Dios se acordó de que no era mas que polvo y flaqueza y por un designio admirable resolvió unirse á la naturaleza humana y reparar las ruinas de ella por un medio que le seria tan honroso y ensalzaria al hombre en Jesucristo sobre todos los ángeles, aunque les sea inferior en naturaleza. Con este mismo consejo resolvió hacerse no solo hombre, sino hijo del hombre tomando un cuerpo formado de la sangre mas pura de Maria santísima. Está pues comprendida en este consejo secreto y en este misterio escondido en Dios antes de todos siglos: hablo del misterio de la encarnacion del Verbo. El designio del Padre es engendrarle en la humanidad en la plenitud de los tiempos como le engendra en la divinidad antes de todos los tiempos, y que proceda de una madre en la tierra como procede de un padre en el cielo. Este consejo es oponer la generacion de Dios á la generacion de Adam, y la Virgen es mirada como verdadera madre de este hijo único y es escogida para esta dichosa y santísima operacion. Un dia se dirá que es bendita entre las mujeres y que es bendito el fruto de sus purísimas entrañas, y se le dirigirán estas palabras que se dicen á Dios y á su hijo Jesucristo: Tú eres la fuente de la vida; tú eres nuestra dulzura y esperanza; tú eres nuestra abogada y protectora. El ángel que instruía á santa Brígida, le manifestó que Adam despues de su primer pecado no desobedeció á Dios y se consagró enteramente á la penitencia: que despues de la muerte de Abel habia resuelto

la segunda haber entregado su hijo al consejo del Padre para el mismo designio y con tan admirable resignacion, que aun cuando hubiese podido librarle de la muerte por los medios humanos, no lo hubiera hecho; no hubiera querido quitar á Dios su víctima, ni á los pecadores el precio de su redencion. Ella pues tiene una gran parte en la obra de nuestra salvacion; tiene verdadero corazon de madre para nosotros; nos trata como á sus hijos, y aunque no nos ha redimido (porque eso solamente conviene á un Dios), contribuyó mucho á nuestra redencion entregando á su hijo en manos del Padre para que fuese nuestra víctima. Ademas el Salvador mismo reveló á una alma santa que habia sido tan profundo el dolor de su madre, que tuvo él que permanecer mucho tiempo con ella despues de su gloriosa resurreccion á fin de consolarla poco á poco y sacarla de aquel piélago de amargura (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

E.

Habiendo Dios criado al ángel y al hombre en el estado de justicia y habiéndose perdido los dos por su culpa, dejó al primero en su pecado y resolvió hacer misericordia al segundo. Este proceder tan diferente no supone injusticia en Dios, siempre sumamente equitativo, sino realza altamente la obligacion que tenemos á su bondad. Es verdad que las ventajas de los ángeles aumentaron su ingratitud: son unos espíritus libres de la materia, que todo lo pueden hacer y emprender con su entendimiento y su voluntad y encuentran su conservacion y su dicha en el conocimiento de la verdad: estan exentos de todas las miserias, no dependen del tiempo, son eternos é inmutables, son las copias mas excelentes del divino original, las imágenes mas perfectas que ha formado Dios fuera de sí mismo. El se deleita en expresar su bondad en los serafines, su conocimiento en los querubines, su descanso en los tronos, su imperio en las dominaciones y principados, su fortaleza en las potestades y virtudes, su actividad en los ángeles y arcángeles. Todas

estas gloriosas ventajas que debian de unirlos mas estrechamente á su criador, fueron la causa de la perdicion y rebelion de Lucifer y sus cómplices. Pero el hombre, aunque inocente, no habia recibido unos dones tan relevantes: su alma estaba cautiva en el cuerpo, y nada podia hacer sino por el intermedio de los sentidos: como está metido en la materia, necesita de alimento para sustentarse y de un sol que le alumbre; es esclavo del tiempo y del lugar; los años y las horas limitan su vida; el espacio encierra su cuerpo. El ángel pecó por pura malicia, y el hombre por debilidad, imprudencia y precipitacion. El ángel no fue seducido, y el hombre cedió á la tentacion. El ángel cayó por su culpa, y el hombre por sorpresa: Dios se acordó de que no era mas que polvo y flaqueza y por un designio admirable resolvió unirse á la naturaleza humana y reparar las ruinas de ella por un medio que le seria tan honroso y ensalzaria al hombre en Jesucristo sobre todos los ángeles, aunque les sea inferior en naturaleza. Con este mismo consejo resolvió hacerse no solo hombre, sino hijo del hombre tomando un cuerpo formado de la sangre mas pura de Maria santísima. Está pues comprendida en este consejo secreto y en este misterio escondido en Dios antes de todos siglos: hablo del misterio de la encarnacion del Verbo. El designio del Padre es engendrarle en la humanidad en la plenitud de los tiempos como le engendra en la divinidad antes de todos los tiempos, y que proceda de una madre en la tierra como procede de un padre en el cielo. Este consejo es oponer la generacion de Dios á la generacion de Adam, y la Virgen es mirada como verdadera madre de este hijo único y es escogida para esta dichosa y santísima operacion. Un dia se dirá que es bendita entre las mujeres y que es bendito el fruto de sus purísimas entrañas, y se le dirigirán estas palabras que se dicen á Dios y á su hijo Jesucristo: Tú eres la fuente de la vida; tú eres nuestra dulzura y esperanza; tú eres nuestra abogada y protectora. El ángel que instruía á santa Brígida, le manifestó que Adam despues de su primer pecado no desobedeció á Dios y se consagró enteramente á la penitencia: que despues de la muerte de Abel habia resuelto

vivir separado de su mujer; pero que Dios no lo aprobó queriendo que contribuyera á la propagacion de la especie: que para consolarle en sus pesares y disgustos le hizo conocer el misterio de la Encarnacion, y desde entonces juzgó que el hijo de Dios nacería de una virgen, la cual repararía el desórden de la primera mujer por su fé, su obediencia, su humildad, su modestia; y que él pedia continuamente á Dios el nacimiento de esa admirable criatura. S. Juan Damasceno introduce á nuestros primeros padres hablando á María en estos términos respetuosos y de gratitud: Bienaventurada, oh santa doncella, que el cielo nos dió: nosotros estamos muy obligados á celebrar tus alabanzas, porque por tu valimiento fuimos libertados de nuestras miserias. Tú tomaste de nosotros un cuerpo mortal, y nos dotaste de la inmortalidad: nosotros cerramos el paraíso, y tú le abriste: nosotros trocamos la alegría en tristeza, y tú convertiste el dolor en gozo. ¿Qué puedo decir sino que eres el áncora de nuestra salvacion y la puerta de la felicidad? (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur.*)

F.

Espera un poco, dice el salmista, y ya no existirá el malo: mirarás el lugar donde estaba, y no le hallarás. Yo vi al impío encumbrado como los cedros del Libano, y cuando volví á pasar un instante despues, habia desaparecido: le busqué y no le pude descubrir. Ve ahí una idea de los herejes que han hablado con tanta insolencia y desprecio del Salvador y de su santa madre; pero van á ser destruidos, y esa Virgen poderosísima hará sentir la fortaleza de su brazo desde los cielos hasta los infiernos en favor de los fieles. Con efecto siempre que el demonio suscita alguna nueva herejía ó algun cisma para perturbar la iglesia, romper su unidad, desviar el canal de las gracias separando á los miembros de la cabeza y cerrar la puerta de la salvacion, ella se opone con tanto amor como zelo, quebranta la cabeza del dragon, reduce á la nada sus terribles máquinas y aniquila todos sus esfuerzos contra el reino de Dios.

Como el espíritu maligno no puede ya producir mas que efectos de separacion, desde que abandonó la unidad de su principio por un loco amor de sí mismo, el poder de la Virgen se manifiesta singularmente por efectos contrarios de reconciliacion, union y paz. Cuando todo estaba en desórden, nos habiamos rebelado contra Dios y Dios se habia enojado con nosotros; ella hizo la paz, unió la grandeza de Dios á nuestra flaqueza con la union mas íntima que puede existir, y los pueblos que vivian en perpétua discordia, fueron reducidos á la unidad por su ministerio y por el misterio de amor cumplido en ella y por ella en la virtud del Altísimo.

Por consecuencia de esta primera é importantísima union de que se sirvió Dios hacerla órgano, participa ella de todos los efectos de reunion que dependen de la misma; y la iglesia que conoce esta verdad, recurre á su poder en todas las herejías y en todas las ocasiones de turbacion, diciéndole las siguientes palabras: «Regocíjate, oh Virgen santa; tú destruiste todas las herejías dando tu consentimiento á las palabras del ángel en el feliz instante en que concebiste al hombre Dios. La iglesia confiesa por estas alabanzas que María destruyó todas las herejías desde Oriente hasta Occidente, desde el origen del mundo hasta ahora, es decir, en todos los siglos, en todo el universo, y que este poder está fundado en su gracia y en su estado de madre de Dios y en la sumision que manifestó diciendo: Ve aquí á la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra. Esta sumision no era una simple persuasion de las verdades que le anunciaba el ángel Gabriel, sino una elevacion hasta el consejo de Dios, á quien miraba en aquel; y cuando su santa prima le recordó lo que habia pasado en el celestial colquio, dijo que era bienaventurada por haber creído las cosas que le habia dicho Dios. Ahora bien sabemos que fué informada de la perpetuidad del reinado de Jesucristo y que destruiria todas las potestades contrarias á la firmeza de él. Digamos pues que la Virgen mereció el cumplimiento de todas las cosas que le descubrió el arcángel acerca del amor inefable de Dios para con nosotros, por su humildad y su adhesion mereció la ruina de las herejías como una cosa que pertenece á la duracion del imperio del Salvador. Esto puede compren-

derse de dos maneras; ó que mereció que Dios lo cumpla, ó que mereció cumplirlo con él y ser su instrumento en la ejecución de estas grandes maravillas. La iglesia parece que participa de este último sentido, pues dice positivamente á la Virgen que destruyó todas las herejías y confiesa que este poder es el premio de la fe y una gloria que conviene á ella sola.

Tal vez en la creencia de esta verdad S. Cirilo, predicando al concilio de Efeso, llamó á la Virgen el cetro de la doctrina ortodoxa, es decir, que mantiene la fé católica por via de poder y autoridad, así como por sus méritos. La palabra cetro no significa menos. Cuando el Padre eterno envió su hijo al mundo, le dió la calidad de rey, le puso un cetro de hierro en la mano para quebrantar á los príncipes de la tierra que osaran oponerse á la propagacion del reino de Dios, y le aseguró que los quebrantaria como un vaso de barro, porque él es su hijo engendrado en la eternidad y en la plenitud de los tiempos. Nuestro Señor comunicó este poder á la Virgen, porque es su madre, á quien quiere honrar con una soberanía que imite á la suya, para que trabaje en dilatar su reino y quebrante la cabeza del dragon segun la amenaza que hemos repetido ya tantas veces: «Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y ella te quebrantará la cabeza.»

Hay dos unidades célebres en el estado de la religion cristiana, la unidad de Jesus Dios y hombre y la unidad de la iglesia, que es su cuerpo y su plenitud: esta está instituida en homenaje de la otra; y para honrarla ¿no era justo que pues la principal depende de la Virgen, dependiese tambien la menor? Este es el pensamiento de la iglesia misma en las alabanzas que da á la madre de Dios, acabada de citar: esto es lo que supone en la costumbre que tiene de invocar su auxilio cuando es perturbada por el error ó el cisma. Los padres del concilio de Constantinopla decian escribiendo al papa Hormisdas: «Por la intercesion de la virgen santa Maria los miembros que estaban divididos vuelven á la unidad por la gracia del Espiritu Santo.» Y aun que en este lugar pregonan cuánto habia trabajado el emperador en la reunion, sin embargo confiesan que el privilegio de reconciliar al Criador con la criatura corresponde

á la madre de Dios. El santo arzobispo de Constantinopla en la carta que escribe al mismo pontífice, le dice con gozo que la iglesia de Dios no temerá ya las discordias siendo asistida de las oraciones de la madre de Dios. Los prelados del concilio de Basilea viendo á la iglesia furiosamente azotada de la borrasca y deseando que gozase de paz resolvieron instituir la fiesta de la Visitacion, para que solicitada nuestra señora por los fieles en tal solemnidad se apiadase de los trabajos de la esposa de su hijo y emplease su valimiento para volverle la tranquilidad (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

	Páginas.
Continuacion del capítulo XII. La Lorena	1
El Franco Condado	7
El País Bajo	9
Inglaterra	22
Dinamarca	25
Moscovia	25
Polonia	26
Alemania	28
Hungría	49
La Tracia	50
La Guiena	51
La Italia	56
La Saboya	78
§. VI. <i>Que ha sido reconocida y honrada por todas las órdenes y primeramente por las militares.</i>	82
§. VII. <i>Que ha sido reconocida y venerada por las órdenes regulares.</i>	100
§. VIII. <i>Que ha sido reconocida y honrada de todas las maneras posibles.</i>	140
DUODÉCIMA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.	
Capítulo XIII. <i>Que es el honor de la tierra y del cielo.</i>	152
§. I. <i>Que la Virgen santísima es la flor de las simples criaturas.</i>	155
§. II. <i>Que es la perla de las buenas almas y la piedra preciosa inestimable.</i>	159
§. III. <i>Que es el verdadero espejo de todas las perfecciones divinas.</i>	167
§. IV. <i>Que es la luna de la iglesia.</i>	177
§. V. <i>Que es el sol del mundo.</i>	185

- §. VI. *Que es el paraíso de delicias* 190
 §. VII. *Que es el templo de Dios* 199
 §. VIII. *Que es la caridad de Dios* 208
 §. IX. *Que es el mundo de Dios* 214
 §. X. *Que es el trono de Dios* 219
 §. XI. *Que es el carro triunfal de la gloria de Dios* 225
 §. XII. *Que es la corona de todos los santos* 231
 Capítulo XIV. *De las obligaciones que por todos estos títulos tenemos de amar, honrar y servir á la madre de Dios* 242
 §. I. *De las obligaciones que tenemos de amarla* 242
 §. II. *De las obligaciones que tenemos de honrarla* 243
 §. III. *De las obligaciones que tenemos de servirla* 243

TRATADO SEGUNDO.

La corona de poder de la madre de Dios. 249

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO SEGUNDO.

Capítulo I. *Que la virgen Maria fue criada solamente con motivo y por amor de nuestro señor Jesucristo y que de otra suerte no hubiera existido jamás* 251

PRIMERA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo II. *Que ella sola tuvo el poder de atraer á la tierra el Verbo divino* 263
 §. I. *Que sola la Virgen fue hallada digna de atraer del cielo al Verbo divino* 263
 §. II. *El deseo ardiente de la Encarnacion, primera calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino* 268
 §. III. *La virginidad, segunda calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino* 273
 §. IV. *La humildad, tercera calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino* 276
 §. V. *La obediencia y el consentimiento en la divi-*

na voluntad, cuarta calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino 280

SEGUNDA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo III. *Que de ella sola en calidad de madre quiso el Verbo eterno tomar nuestra naturaleza* 288
 §. I. *Del poder general de la madre de Dios sobre toda la naturaleza criada, que se manifiesta en el misterio de la Encarnacion* 289
 §. II. *Del poder especial de la madre de Dios sobre nuestro señor Jesucristo su muy venerado hijo* 302

TERCERA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo IV. *Que fue la nodriza y el aya del Verbo divino* 308
 §. I. *De la excelencia de la calidad de nodriza y aya del Verbo encarnado* 310
 §. II. *Del cuidado y cariño con que la Virgen santísima crió, educó y sirvió á su amado hijo* 312
 §. III. *De las grandes dotes de amabilidad, gracia y honor que recibió la santa Virgen por los servicios hechos al niño Jesus* 319

CUARTA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo V. *Que es la esposa y compañera del Salvador* 328
 §. I. *Que la Virgen santísima es verdaderamente la esposa del Salvador* 328
 §. II. *Primer título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la virgen Maria* 332
 §. III. *Segundo título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la virgen Maria* 337
 §. IV. *Contrato de matrimonio entre el rey de la*

- gloria Jesucristo y la bienaventurada Virgen su esposa. 542
- §. V. La pompa nupcial con todas sus ceremonias. 550
- §. VI. Del honor y del poder que la Virgen santísima recibió por medio de este divino matrimonio . . . 560

QUINTA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo VI. Que es la madre del siglo futuro y la reparadora de nuestro linaje. 564
- §. I. De las calidades de padre del siglo futuro y reparador de los hombres, primer título del rey de la gloria encarnado. 565
- §. II. Del título de madre del siglo futuro y reparadora dado á la madre y esposa del Salvador. . . . 568
- §. III. Primer título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro. 572
- §. IV. Segundo título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro. 576
- §. V. Tercer título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro. 588
- §. VI. La suma dificultad que habia para la reparacion de los hombres. 400
- §. VII. El primer fruto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es la reconciliacion con Dios. 405
- §. VIII. El segundo efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es haberse trocado la maldicion en bendicion. 411
- §. IX. El tercer efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es la rehabilitacion de Adam 417
- §. X. El cuarto efecto de la reparacion del hombre hecha por la Virgen santísima es la libertad de los cautivos 426
- §. XI. El quinto efecto de la reparacion del linaje

- humano hecha por la Virgen santísima fue la esperanza de recurso. 451

SEXTA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo VII. Que es la gobernadora de la iglesia. 459
- §. I. De la calidad de rey espiritual y cabeza de la iglesia, segundo título del Salvador de nuestras almas. 459
- §. II. Que la Virgen santísima es verdaderamente la gobernadora de la iglesia. 445
- §. III. Del cuidado que la madre de Dios tuvo del sostenimiento y propagacion de la fe. 450
- §. IV. Del cuidado que la Virgen santísima tiene de todos los órdenes de la iglesia. 462
- §. V. Del cuidado particular que tiene de los príncipes y prelados de la iglesia. 471

SEPTIMA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo VIII. Que es la protectora de la iglesia. 476
- §. I. De la calidad de protector de la iglesia; tercer título del rey de la gloria encarnado. 477
- §. II. El primer emblema representa el amor incomparable de la madre de Dios á su iglesia; primera calidad de su proteccion. 480
- §. III. El segundo emblema representa los extraordinarios desvelos de la madre de Dios para con la iglesia; segunda calidad de su proteccion. 491
- §. IV. El tercer emblema representa la admirable fortaleza y poder de la madre de Dios; tercera calidad de su proteccion. 491

OCTAVA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE PODER DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo IX. Que es la capitana de los ejércitos de la iglesia. 495
- §. I. De la calidad de capitán general de los ejérci-

tos de la iglesia; cuarto título del rey de la gloria encarnado.	495
§. II. <i>Cómo la madre de Dios es la capitana de los ejércitos del Salvador.</i>	498
§. III. <i>El primer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los demonios.</i>	505
§. IV. <i>El segundo escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los mágicos, los hechiceros y otros tales mónstruos de naturaleza, que tienen trato familiar con el diablo.</i>	511
§. V. <i>El tercer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los herejes.</i>	519
§. VI. <i>El cuarto escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los blasfemos.</i>	529
§. VII. <i>Primera victoria de la madre de Dios alcanzada de los demonios enemigos de Dios y suyos.</i> . .	532
§. VIII. <i>Segunda victoria ganada por la madre de Dios á los mágicos, hechiceros y otros tales enemigos de su hijo y suyos.</i>	543
§. IX. <i>Tercera victoria alcanzada por la madre de Dios de los herejes enemigos de su hijo y suyos.</i> . .	548
§. X. <i>Cuarta victoria alcanzada de los blasfemos enemigos de su hijo y suyo.</i>	560
NOTAS.	567

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

